Carlos Chiniquy

Cincuenta años en la Iglesia de Roma



CHARLES CHINIQUY

1809-1899

DEDICACIÓN

¡Fieles ministros del Evangelio! Presento a ustedes este libro para que sepan que la bestial Iglesia de Roma, quien derramó la sangre de sus antepasados, todavía está operando hoy, a su misma puerta, para encadenar a su gente a los pies de sus ídolos. Conocerán la vida interior del papado desde el arte despótico por el cual ata a la mente del niño tímido, hasta la degradación indecible del sacerdote bajo el talón de hierro del obispo.

Les mostrará las supersticiones, las ridículas prácticas humillantes y la secreta agonía mental de los monjes, monjas y sacerdotes. Los errores del Romanismo serán discutidos y refutados con claridad y sencillez.

A los obispos, sacerdotes y gente del Romanismo también dedico este libro por amor a sus almas inmortales. Por la misericordia de Dios, descubrirán en sus páginas cómo han sido cruelmente engañados por sus vanas y falsas tradiciones.

Descubrirán que no son salvos por sus ceremonias, misas, confesiones, purgatorio, indulgencias, rosarios, ayunos, etc. ¡La salvación es un don! ¡La vida eterna es una dádiva! ¡El perdón de los pecados es un don! ¡Cristo es el Don! Lo único que tienen que hacer es arrepentirse, creer y amar.

C. CHINIQUY

¿A Su Iglesia? O ¿A su Biblia?
¿A Cuál Debería Obedecer?

Aquí está la hermosa y conmovedora historia de un sacerdote que no pudo permanecer en la Iglesia Católica Romana. Te reirás, y llorará s con Chíniquy y tu propio corazón será conmovido con un profundo deseo de obedecer a Cristo y solamente a él.

Como Chíniquy memorizaba las Escrituras en las rodillas de su madre y desarrolló un profundo amor a Dios. Al llegar a ser sacerdote, desesperadamente quería poner su plena confianza en su "Iglesia;" pero fue inundado por olas de dudas, porque su "Iglesia" pretendía adherirse al Evangelio y sin embargo, lo violaba continuamente.

Sus superiores celosos le acusaron falsamente, pero Abraham Lincoln lo defendió y salvó su reputación. Chíniquy prueba que fueron los Jesuitas quienes más tarde asesinaron a Abraham Lincoln y explica por qué.

Por fin, su obispo demandó que desechara a su preciosa Biblia y prometiera obediencia ciega a la "Iglesia." Después de una noche oscura de lucha interior, salió gloriosamente salvo y guió a casi la entera población de St. Anne, Illinois a confiar solamente en Cristo.

Aquí está la obra más fina jamás escrita para mostrar desde adentro lo que es verdaderamente el Catolicismo. Sentirás el corazón de Chíniquy quebrantado por los católicos, mientras claramente refuta los errores de Roma.

PREFACIO DEL TRADUCTOR

Leí la versión en inglés de este libro, Fifty Years in the Church of Rome, por primera vez cuando tenía 16 años de edad y fui profundamente impresionado por la manera en que Dios en su gracia y misericordia sacó a Carlos Chíniquy de las tinieblas tan espesas de las tradiciones de la Iglesia de Roma para llenarlo de la luz admirable del glorioso evangelio de salvación en Cristo Jesús y le agradezco a Dios que desde la niñez he conocido las Escrituras que nos hacen sabios para salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús.

Al estar sirviendo al Señor como misionero en la ciudad de Querétaro, Qro., México, vi con grande tristeza cuan difícil es rescatar a las almas de los engaños de Roma. Entonces llegó a mis manos una nueva edición en inglés de Cincuenta Años en la Iglesia de Roma y la estuve leyendo a mi esposa e hijos con una traducción libre para que entendieran en español. Luego nació en mi corazón la idea de traducirlo al español para que no sólo mi familia beneficiara de su lectura, sino muchos otros. Después de pedir permiso a Chick Publications para traducirlo y publicarlo en español, empecé el arduo trabajo de traducción por las noches. Estoy agradecido a la Maestra María Teresa Fernández por su paciente ayuda, pues ella me auxilió en la corrección de expresiones idiomáticas para que la traducción fuese lo más fiel al original, pero inteligible a la mentalidad mexicana. También agradezco a todos los demás que me ayudaron para darle una buena fluidez en español.

Mi deseo es que este libro sea un instrumento que Dios pueda usar para abrir los ojos de los que han sido cegados por las sofismas y las filosofías engañosas de la Iglesia de Roma para que vean la luz gloriosa del evangelio de salvación por medio de nuestro único Señor y Salvador, Jesucristo

George W. Romer
1919 Martin Dr.
Edinburg, TX 78539
Ph: (956) 994-1810
gwromer@hotmail.com

CAPÍTULO 1

Mi padre, Carlos Chíniquy, nacido en Qüebec, había estudiado allí para ser sacerdote. Pero algunos días antes de hacer sus votos, él presenció una gran iniquidad en las altas esferas de la Iglesia. Cambiando de opinión, estudió leyes y se casó con Reine Perrault. En 1803, fijó su residencia en Kamouraska, donde yo nací el 30 de julio de 1809.

Después de cuatro o cinco años, emigramos a Murray Bay donde no había escuela. Mi madre fue mi primera maestra.

Antes de salir del seminario, mi padre recibió de uno de los superiores, una Biblia en francés y latín, como muestra de su aprecio. Esa Biblia fue el primer libro, después del abecedario, que fui enseñado a leer. Mi madre escogía capítulos interesantes, que yo leía cada día hasta que sabía muchos de ellos de memoria.

Cuántas horas agradables pasaba al lado de mi madre, leyendo las páginas sublimes del libro divino. A veces ella me interrumpía para ver si entendía lo que leía. Cuando mis respuestas le aseguraban que sí lo entendía, me abrazaba y me besaba de puro gozo.

Vivimos a cierta distancia de la iglesia y en los días lluviosos, los caminos eran intransitables. Los domingos, los vecinos solían reunirse en nuestra casa por la tarde. Entonces, mis padres me paraban sobre una mesa grande en medio de la asamblea y yo recitaba ante esa gente buena los pasajes más bellos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Cuando me cansaba, mi madre, con su linda voz, cantaba algunos de los hermosos himnos franceses que llenaban su memoria.

Cuando el clima nos permitía ir a la iglesia, los granjeros me llevaban en sus calesas a la puerta del templo y me pedían que les recitara algún capítulo del Evangelio. Con perfecta atención, escuchaban la voz del niño a quien el Buen Maestro había escogido para darles el pan que viene del cielo. Recuerdo que más de una vez, cuando las campanas nos llamaban a entrar, lamentaban no poder oír más.

Un hermoso día de 1818, mi padre escribía en su oficina, mi madre estaba tejiendo y yo jugaba en la entrada de la puerta; de repente, vi a un sacerdote acercarse a la verja y sentí un

escalofrío de inquietud. Fue su primera visita a nuestro hogar.

El sacerdote era de baja estatura con una apariencia desagradable. Tenía hombros grandes y era muy corpulento. Su cabello era largo y despeinado y su doble barba parecía gemir bajo el peso de sus mejillas flácidas.

De prisa corrí y dije en voz baja a mis padres, El señor cura viene.

El sonido apenas había salido de mis labios cuando el Rev. Courtois llegó a la puerta. Mi padre le recibió, extendiéndole la mano para saludarlo.

El sacerdote nació en Francia, donde escapó por un pelo de ser condenado a muerte bajo la administración sangrienta de Robespierre. Se había refugiado en Inglaterra con muchos otros sacerdotes franceses; luego, vino a Qüebec; aquí el obispo le dio el cargo de la parroquia de Murray Bay.

Su plática era animada e interesante el primer cuarto de hora; nos dio verdadero gusto escucharlo. Pero, de repente, su rostro cambió como si una nube negra viniera sobre su mente y dejó de hablar. Mis padres habían quedado respetuosamente callados mientras le escuchaban. El silencio que seguía era sumamente desagradable para todos, como la hora pesada que precede a una tempestad.

Por fin, el sacerdote, dirigiéndose a mi padre, dijo: Señor Chíniquy, ¿Es verdad que usted y su hijo leen la Biblia?

Sí, señor, fue su pronta respuesta, mi hijo y yo leemos la Biblia y mejor aún, él ha memorizado un gran número de sus capítulos más interesantes. Si usted permite señor cura, él le recitará algunos.

¡No vine con ese propósito! contestó bruscamente el sacerdote, Pero, ¿No sabe usted que está prohibido por el concilio de Trento leer la Biblia en francés?

Me da lo mismo leer la Biblia en francés, griego o latín, contestó mi padre, porque entiendo estos idiomas con igual facilidad.

Pero, ¿Ignora el hecho de que no puede permitir a su hijo leer la Biblia? replicó el sacerdote.

Mi esposa dirige a nuestro hijo en la lectura de la Biblia y no creo que cometemos ningún pecado.

Señor Chíniquy, respondió el sacerdote, usted ha pasado todo un curso de teología. Usted sabe los deberes de un cura. Usted sabe que es mi penosa obligación venir aquí, quitarle la Biblia y quemarla.

Mi abuelo era un audaz marinero español (nuestro apellido original era Etchiniquía) y

había demasiado orgullo y sangre española en mi padre para escuchar con paciencia a tales frases en su propia casa. Se paró rápido como un rayo; yo abracé, temblando, a mi madre quien también temblaba.

Al principio, temí que sucedería alguna escena desafortunada y violenta, porque el enojo de mi padre en ese momento era terrible. Pero más temía que el sacerdote echara mano a mi querida Biblia que estaba delante de él en la mesa. Era mía; fue un regalo de navidad del año pasado. Afortunadamente, mi padre se controló, pero se paseaba por la habitación con sus labios pálidos, temblando y hablando entre dientes.

El sacerdote le observaba atentamente, presionando sus manos convulsivamente a su bastón y su rostro manifestaba un terror bien fundado. Quedó claro que el embajador de Roma no se hallaba tan infaliblemente seguro de su posición. Después de sus últimas palabras, permaneció silencioso como una tumba.

Por fin, mi padre se paró súbitamente delante del sacerdote, Señor, ¿Es eso todo lo que usted tiene que decir?

Sí, señor. dijo el sacerdote temblando.

Bien, añadió mi padre, usted sabe por cual puerta entró a mi casa; por favor, salga por la misma y váyase rápido.

El sacerdote salió inmediatamente. Yo sentí gozo inefable de que mi Biblia estaba segura. Corrí a mi padre, le abracé, le besé y le agradecí su victoria. Y para compensarlo, en mi sencillez de niño, me subí a la mesa grande y en mi mejor estilo, recité la pelea entre David y Goliat. Por supuesto, en mi mente, mi padre era David y el sacerdote de Roma era el gigante a quien la pequeña piedra del arroyo había derribado.

Tú conoces, Oh Dios, que a esa Biblia leída en las rodillas de mi madre, yo debo, por tu infinita misericordia, el conocimiento de la verdad que tengo hoy; porque ella mandó a mi joven corazón inteligente, rayos de luz que todos los sofismas y errores de Roma nunca pudieron extinguir.

CAPÍTULO 2

En junio de 1818, mis padres me mandaron a una escuela excelente en St. Thomas. Ahí vivía una de las hermanas de mi madre, quien era esposa de un molinero laborioso, Estephan Eschenbach. Ellos no tenían hijos y me recibieron como su propio hijo.

El pueblo de St. Thomas ya tenía, para entonces, una población considerable. Dos ríos hermosos, uniéndose ahí antes de desembocar al río St. Lawrence, suministraban el poder hidráulico a varios molinos y fábricas.

La escuela del Sr. Allen Jones era digna de su fama difundida. Como maestro, él merecía y disfrutaba del mayor respeto y confianza de los alumnos y padres. Pero siendo un Protestante, el sacerdote estaba en contra de él y hacía todo lo posible para convencer a mis familiares de que yo asistiera a la escuela a cargo del mismo sacerdote.

El Doctor Tache era el hombre principal de St. Thomas. No le hacía falta la influencia de los sacerdotes y frecuentemente descargaba su desprecio supremo por ellos. Una vez por semana, había una reunión en su casa de los principales ciudadanos de St. Thomas, donde los asuntos más importantes de la historia y religión eran discutidos abierta y calurosamente. Pero, tanto las premisas como las conclusiones eran invariablemente adversas a los sacerdotes y la religión de Roma y con demasiada frecuencia a toda forma de Cristianismo.

Aunque estas reuniones no eran enteramente sociedades secretas, en gran parte eran secretas. Mi amigo Cazeault era sobrino del Dr. Tache y se hospedaba en su casa. Puntualmente él me avisaba del día y hora de las reuniones. Juntos nos metíamos a escondidas en una habitación contigua donde podíamos oír todo sin que sospecharan de nuestra presencia. Lo que oí y vi en esas reuniones ciertamente me hubiera arruinado si la palabra de Dios, con la cual mi madre llenó mi mente y corazón tierno, no habría sido mi escudo y fortaleza.

También había en St. Thomas, uno de los antiguos monjes de Canadá, conocido bajo el nombre de Capuchín o Recoletos a quienes la conquista de Canadá por Gran Bretaña, había forzado a salir de su monasterio. Era relojero y vivía honradamente de su oficio.

El hermano Mark, como se llamaba, era un hombre notablemente bien hecho, con las manos más hermosas que jamás había visto. Su vida era solitaria; vivía a solas con su hermana, quien cuidaba su casa. El hermano Mark solía pasar un par de horas cada día pescando y frecuentemente yo le encontraba junto a las riberas de los hermosos ríos de St. Thomas. En cuanto él encontraba un lugar donde los peces abundaban, me invitaba a compartir su buena suerte. Yo apreciaba su atención y le correspondía con sincera gratitud.

A menudo me invitaba a su pequeña casa, solitaria pero limpia. Su buena hermana me colmaba de atención y amor. Había una mezcla de timidez y dignidad en el hermano Mark que no he hallado en ningún otro. Era cariñoso con los niños y sonreía graciosamente cuando yo le mostraba aprecio por su amabilidad. Pero esa sonrisa y cualquiera otra expresión de gozo eran pasajeras. De repente cambiaba como si alguna nube misteriosa pasara sobre su corazón.

El y los demás monjes del monasterio habían sido librados por el Papa de sus votos de pobreza y obediencia. Ellos podían ser independientes y aun ascender a una posición respetable en el mundo por sus esfuerzos honrados. Pero el Papa había sido inflexible en cuanto a sus votos de celibato. El deseo honesto del buen monje de vivir conforme a las leyes de Dios, con una esposa que el cielo le concediera, llegó a ser imposible: ¡El Papa se lo había prohibido!

El hermano Mark, dotado de un corazón tan amoroso, ha de haber sufrido mucho intentando en vano aniquilar los instintos y afectos que Dios mismo había implantado en él.

Un día, yo estaba con varios amigos jóvenes cerca de la casa del hermano Mark. De repente, vimos algo cubierto de sangre, arrojado de la ventana, caer a corta distancia de nosotros. Al mismo instante, oímos fuertes gritos saliendo de la casa del monje: ¡Ay, Dios mío! ¡Ten misericordia de mí! ¡Sálvame! ¡Estoy perdido!

La hermana del hermano Mark salió precipitadamente y gritó a algunos hombres que pasaban: ¡Vengan a ayudarnos! ¡Mi pobre hermano se está muriendo! ¡Por amor de Dios, apresúrense, está perdiendo toda su sangre!

Yo corrí a la puerta, pero su hermana la cerró bruscamente, diciendo: No queremos niños aquí.

Yo tenía un sincero afecto por el buen hermano; él había sido muy amable conmigo. Pero yo tenía que retroceder entre la multitud que rápidamente se había juntado. El misterio singular en que intentaban envolver al pobre monje me llenaba de preocupación y ansiedad.

Pero la preocupación pronto se convirtió en confusión indecible cuando oí la risa convulsiva

y las bromas vergonzosas del gentío, después que el doctor anunció la naturaleza de la herida. Sobrecogido de horror, salí huyendo. Ya no quería saber más de esa tragedia. Ya sabía demasiado. Pobre hermano Mark dejó de ser hombre: se convirtió en eunuco.

¡Oh cruel y apóstata Iglesia de Roma! ¡Cuántos corazones has quebrantado con aquel celibato que sólo Satanás pudo haber inventado! Sin embargo, no murió esta víctima desafortunada de su acción precipitada; pronto recuperó su salud normal.

Habiendo, entre tanto, dejado de visitarlo, algunos meses después, estaba yo pescando en un lugar muy solitario. Estaba completamente absorto, cuando sentí en mi hombro la presión suave de una mano; era la del hermano Mark.

Pensé que iba a desmayar cuando los sentimientos opuestos de sorpresa, dolor y gozo entraron a mi mente al mismo tiempo. Con una voz afectuosa y temblorosa me dijo: Mi querido hijo, ¿Por qué ya no vienes a visitarme?

No me atreví a mirarle. Me gustaba por sus hechos de bondad, pero la hora fatal, cuando en la calle delante de su puerta sufrí tanto a causa de él, pesaba sobre mi corazón como una montaña. No podía contestarle.

Luego, me preguntó nuevamente con el tono de un criminal suplicando misericordia: ¿Por qué es, mi querido hijo, que ya no vienes más a visitarme? Tú sabes que te amo.

Querido hermano Mark, le respondí, nunca olvidaré tu bondad conmigo. ¡Te estaré eternamente agradecido! Yo quisiera que estuviera en mi poder seguir visitándote como antes, pero no puedo y tú ya sabes la razón.

Yo había dicho esas palabras con la timidez e ignorancia de un niño. Pero la acción de aquel hombre desafortunado me había sobrecogido de tanto horror que no podía ni pensar en volverlo a visitar.

Pasó dos o tres minutos sin hablar ni moverse, pero yo oí sus sollozos y clamor de desesperación y angustia, como nunca volví a oír.

Yo no podía contenerme más; estaba sofocado de emoción suprimida. Las lágrimas me hicieron bien; también a él le hicieron bien. Le dijeron que yo todavía era su amigo.

El me tomó en sus brazos y me abrazó; sus lágrimas se mezclaron con las mías. Pero yo no podía hablar; las emociones eran demasiadas para mi edad. Me senté sobre una piedra húmeda y fría para no desmayar. Cayó de rodillas a mi lado; elevó al cielo sus ojos, rojos e hinchados de llorar y con sus manos alzadas en súplica, clamaba con un acento que parecía partir mi corazón: ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuán miserable hombre soy!

Los veinticinco años que duré como sacerdote de Roma, me han revelado que esos

clamores de desolación que escuché ese día eran sólo el eco de los clamores que salen de cada convento, cada casa parroquial y cada casa donde seres humanos están atados por el celibato papista.

CAPÍTULO 3

Ningunas palabras pueden expresar la consternación, ansiedad y vergüenza de un niño romanista, cuando oye por primera vez a su sacerdote decir desde el púlpito en un tono severo y solemne: Esta semana mandarán a sus hijos a confesarse. Asegúrense que comprendan que esta acción es la más importante de sus vidas. Decidirá su eterna felicidad o miseria. Padres y madres, si su hijo oculta sus pecados y comienza a mentir al sacerdote, quien ocupa el lugar de Dios mismo, este pecado es casi irreparable. El diablo tomará posesión de su corazón; su vida será una serie de sacrilegios; y su muerte y eternidad, las de un malvado.

Yo estaba en la iglesia de St. Thomas cuando estas palabras cayeron sobre mí como una bomba. Frecuentemente había oído a mi madre decir que de la primera confesión dependía mi eterna felicidad o miseria. Por tanto, esa semana iba a decidir mi eterno destino.

Pálido y asustado, salí de la iglesia y volví a la casa de mis parientes. Tomé mi lugar en la mesa, pero no podía comer. Fui a mi recámara para examinar mi conciencia y acordarme de todas mis acciones, palabras y pensamientos pecaminosos. Aunque apenas cumplía diez años, esta tarea era abrumadora.

Cuando comencé a contar todos mis pecados, se confundía mi memoria, mi cabeza se sentía mareada, mi corazón pulsaba rápidamente y mi frente sudaba profusamente. Sentí desesperación; era imposible para mí acordarme de todo.

Pasé la noche casi sin dormir. En un sueño espantoso, sentí que había sido echado al infierno por no haber confesado todos mis pecados al sacerdote. Desperté fatigado por los fantasmas de aquella noche terrible. Pasé preocupaciones similares los tres días previos a mi primera confesión. Tenía constantemente delante de mí, el rostro de aquel sacerdote severo que nunca me sonreía. El estaba presente en mis pensamientos durante el día y en mis sueños durante la noche, como el ministro de un Dios airado, justamente irritado contra mí a causa de mis pecados. Perdón, en efecto, había sido prometido bajo la condición de una buena confesión; pero también mi lugar en el infierno me fue mostrado si mi confesión no

fuera la más perfecta posible.

Ahora, mi conciencia afligida me decía que habría una probabilidad de noventa y nueve a uno que mi confesión sería mala. Fuera por olvidar algunos pecados o por falta de contrición de la cual había oído tanto, pero cuya naturaleza y efecto creaba un caos total en mi mente.

Así, la cruel Iglesia de Roma quitó mi tierno corazón del bueno y misericordioso Jesús, cuyo amor y compasión me hacía derramar lágrimas de gozo al lado de mi madre. El Salvador a quien esa Iglesia me hizo adorar, por medio del temor, no era el Salvador que llamó a los niños acercarse a él para bendecirlos y tomarlos en sus brazos. Sus manos impías pronto me colocarían a los pies de un hombre pálido y severo, digno representante de un dios despiadado. Yo temblaba ante el estrado de una divinidad implacable, mientras el Evangelio sólo pedía lágrimas de amor y gozo, derramadas a los pies del Amigo de los pecadores.

Por fin, llegó el día de la confesión, o más bien, de juicio y condenación. Yo me presenté ante el sacerdote.

El Sr. Beaubien era un sacerdote nuevo, quien no favorecía nuestra escuela más que su predecesor. Incluso se había encargado de predicar un sermón en contra de la escuela hereje. Su falta de amor por nosotros fue plenamente recíproca.

El Sr. Beaubien también ceceaba y tartamudeaba. Una de mis diversiones favoritas era imitarlo, la cual producía estallidos de risa en todos nosotros. Yo tenía que examinarme sobre cuántas veces me había burlado de él. Esta circunstancia no fue calculada para hacer mi confesión más agradable.

Por fin, me arrodillé al lado de mi confesor. Todo mi cuerpo temblaba. Repetí el rezo preparatorio a la confesión, sin saber lo que dije.

Según las instrucciones dadas antes de la confesión, creíamos que el sacerdote era casi la personificación de Jesucristo. Por lo tanto, creí que mi pecado más grande era el haberme mofado del sacerdote. Habiendo aprendido que era mejor confesar los pecados más grandes primero, comencé así: Padre, me acuso de haberme burlado de un sacerdote.

Apenas había dicho estas palabras cuando este supuesto representante del humilde Salvador preguntó bruscamente: ¿De cuál sacerdote te burlaste muchacho?

Yo hubiera preferido cortarme la lengua que decirle en la cara quien era. Así que, guardé silencio un rato; mi silencio le puso nervioso y casi enojado. Con un tono arrogante dijo: ¿De cuál sacerdote tomaste la libertad de burlarte de él?

Vi que tenía que responder. Afortunadamente su arrogancia me hizo más firme y audaz. Dije: Señor, usted es el sacerdote de quien me burlaba.

¿Pero cuántas veces te encargaste de burlarte de mí, muchacho?

Intenté descubrirlo, contesté, pero nunca pude.

Tienes que decirme cuántas veces; porque burlarse de su propio sacerdote es un gran pecado.

Es imposible darle el número de veces, respondí.

Bueno, hijo mío, ayudaré a tu memoria haciéndote preguntas. Dime la verdad. ¿Piensas que te hayas burlado de mí diez veces?

Muchas más veces, señor.

¿Cincuenta veces?

Muchas más todavía.

¿Cien veces?

Diría quinientas veces o quizás más, contesté.

Bueno, muchacho, ¿Pasas todo el tiempo burlándote de mí?

No todo, pero desgraciadamente lo hago muchas veces.

Bien dices desgraciadamente, porque burlarse de su sacerdote, quien ocupa el lugar de nuestro Señor Jesucristo, es un gran pecado para ti. Pero, dime muchachito, ¿Por qué te has burlado de mí así?

En la reexaminación de mi conciencia no había previsto que sería obligatorio a dar la razón por haberme burlado del sacerdote y estaba asombrado por sus preguntas. No me atreví a contestar, mudo por la vergüenza que me abrumaba. Pero con su perseverancia hostigadora, el sacerdote insistía que le dijera por qué me había burlado de él, diciendo que sería condenado si no dijera toda la verdad. Así que, le dije, Me he burlado de usted por varias cosas.

¿Qué es lo primero que te hizo burlar de mí? siguió el sacerdote.

Me reía de usted porque ceceaba. Entre los alumnos de nuestra escuela, muchas veces imitamos su predicación para provocar la risa.

¿Has hecho esto frecuentemente?

Casi todos los días, especialmente desde que predicó contra nosotros.

¿Por cuál otra razón te reíste de mí, muchachito?

Por largo rato quedé en silencio. Cada vez que abría mi boca para hablar me faltaba valor. El seguía incitándome. Por fin, dije: Hay rumores en el pueblo que usted enamora a las muchachas; que usted visita a las señoritas Richards todas las tardes y esto nos hace reír.

Evidentemente el pobre sacerdote fue abrumado por mi respuesta y dejó de preguntarme

sobre ese tema. Cambiando la conversación, dijo: ¿Cuáles son tus otros pecados?

Empecé a confesarlos en el orden en que llegaban a mi memoria. Pero el sentimiento de vergüenza que me dominaba al repetir todos mis pecados a este hombre, era mil veces peor que el haber ofendido a Dios. No quedó ningún lugar para algún sentimiento religioso.

Cuando había confesado todos los pecados que podía recordar, el sacerdote me empezó a hacer las preguntas más extrañas sobre asuntos de los cuales mi pluma tiene que guardar silencio. Dije: Padre, no entiendo lo que me pregunta.

Yo te pregunto sobre el sexto mandamiento (séptimo en la Biblia). Confiesa todo; irás al infierno si por tu falta omites algo, inmediatamente arrastró mi mente a regiones que, gracias a Dios, hasta ese momento me eran desconocidas.

Le respondí, No entiendo o nunca he hecho esas cosas.

Astutamente volvió a asuntos secundarios; luego, sutilmente regresó a su tema favorito: pecados de libertinaje.

Sus preguntas eran tan inmundas que me ruboricé, nauseabundo de repugnancia y vergüenza. Más de una vez, lamentablemente, había estado en compañía de malos muchachos, pero ninguno había ofendido a mi naturaleza moral tanto como este sacerdote. En vano le decía que no era culpable de tales cosas y que aún no entendía lo que me preguntaba, pero no me iba a dispensar. Como un buitre, ese cruel sacerdote parecía determinado a contaminar y arruinar mi corazón.

Por fin, me hizo una pregunta con una forma de expresión tan vulgar que un sentimiento de horror me hizo temblar. Fui tan lleno de indignación que le dije: Señor, yo soy muy malo; he visto, oído y hecho muchas cosas que lamento, pero nunca fui culpable de lo que usted me menciona. Mis oídos nunca han oído nada tan malvado como lo que usted ha dicho. Por favor, ya no me haga esas preguntas; no me enseñe más maldad de la que ya sé.

El resto de mi confesión era corto. La firmeza de mi voz evidentemente asustó al sacerdote y le hizo sonrojar. De pronto se detuvo y comenzó a darme un buen consejo que me hubiera sido útil si las profundas heridas de sus preguntas no me hubieran dejado tan absorto en mis pensamientos. Me dio una corta penitencia y me despidió.

Salí del confesionario irritado y confundido. Fui a un rincón retirado de la iglesia para hacer mi penitencia, es decir, repetir los rezos que me había indicado.

Permanecí un largo tiempo en la iglesia. Necesitaba calma después de una prueba tan terrible. Pero en vano busqué reposo. Las preguntas vergonzosas que me había hecho, el mundo de iniquidad al que fui introducido, los fantasmas impuros por los cuales mi corazón

de niño había sido contaminado, confundieron y afligieron tan extrañamente a mi mente que empecé a llorar amargamente.

¿Por qué esas lágrimas? ¿Por qué esa desolación? ¿Lloré por mis pecados? ¡Ay! Mis pecados no suscitaron estas lágrimas. Yo pensaba en mi madre quien tan bien me cuidó; ella tuvo tanto éxito en proteger mis pensamientos de esas formas de pecado, los pensamientos que en ese momento contaminaban mi corazón. Dije a mí mismo: ¡Ah! Si mi madre hubiera escuchado esas preguntas, si ella pudiera ver los malos pensamientos que me inundan en este momento; si supiera a cual escuela me mandó cuando me aconsejó en su última carta ir a confesarme, cómo sus lágrimas se mezclarían con las mías. Parecía que mi madre no me amaría más, al ver la contaminación con la cual ese sacerdote había profanado mi alma.

Me sentí sumamente decepcionado al ser alejado tan lejos del Salvador por ese confesionario que había prometido acercarme más a él. Salí de la iglesia sólo cuando fui obligado a hacerlo por el anochecer y llegué a la casa de mi tío con el sentimiento de haber hecho una mala acción y el temor de ser descubierto.

Este tío, como la mayoría de los ciudadanos principales de St. Thomas, era católico-romano en nombre, sin embargo, no creía ni una sola palabra de sus doctrinas. El se reía de los sacerdotes, sus misas, su purgatorio y especialmente de su confesión. El no ocultaba que cuando era niño se escandalizó por las palabras y acciones de un sacerdote en el confesionario. El me habló en bromas, aumentando mi pena y dolor. Ahora, me dijo, serás un buen muchacho. Pero si has oído tantas cosas nuevas como yo la primera vez que fui a confesarme, eres un muchacho muy instruido. Y estalló en risa.

Yo me sonrojé y guardé silencio. Mi tía quien era una Católico-romana devota, me dijo: ¿No es cierto que tu corazón siente alivio desde que confesaste todos tus pecados? Yo le di una respuesta evasiva, pero no podía ocultar mi tristeza.

Pensé que yo era el único niño a quien el sacerdote había hecho esas preguntas tan contaminantes. Pero grande fue mi sorpresa cuando supe que a mis compañeros no les había ido mejor. Pero en lugar de entristecerse, ellos se reían.

¿Te hizo tal y tal pregunta? demandaban riéndose estrepitosamente.

Yo rehusaba contestar y decía: ¿No se avergüenzan ustedes de hablar de esas cosas?

¡Ja, ja! Cuán escrupuloso eres, continuaban, si no es un pecado para un sacerdote hablarnos de esas cosas, ¿Cómo podrá ser un pecado para nosotros?

Yo me quedé confundido, no sabiendo qué decir. Pronto percibí que aun las niñas habían sido contaminadas y escandalizadas por las preguntas del sacerdote. Pude entender que les

hizo las mismas preguntas. Algunas estaban indignadas, mientras otras se reían de buena gana.

Mi intención no es sugerir que este sacerdote era más culpable que los demás, o que no hizo más que cumplir los deberes de su ministerio. Tal fue mi opinión en ese tiempo y detestaba a ese hombre con todo mi corazón, hasta que supe mejor. Este sacerdote sólo había hecho su deber; sólo estaba obedeciendo al Papa y sus teólogos.

La desgracia del Sr. Beaubien, como todos los sacerdotes de Roma, era haberse atado por juramentos terribles a no pensar por él mismo ni usar la luz de su propia razón.

Si hubiera quedado solo, el Sr. Beaubien naturalmente sería demasiado caballero para hacer tales preguntas. Pero sin duda él había leído a Ligorio, Dens y Debreyne, autores aprobados por el Papa y fue obligado a tomar las tinieblas por la luz y el vicio por la virtud.

CAPÍTULO 4

Poco después de la prueba de la confesión auricular, mi amiguito Louis Cazeault me abordó y me dijo: ¿Sabes lo que ocurrió anoche?

No, le contesté, ¿Qué pasó?

Tú sabes que nuestro sacerdote pasa casi todas las tardes en la casa del Sr. Richards. Todo el mundo piensa que va ahí por sus dos hijas. Bueno, para curarlo, mi tío, el Dr. Tache, y otros seis hombres se enmascararon y le azotaron sin misericordia cuando venía de regreso a las once de la noche. Ya lo sabe todo la aldea y todos se parten de risa.

Mi primer sentimiento era de gozo; pues, sus preguntas me habían herido tanto que no podía perdonarlo. No obstante, oculté mi gusto y repliqué, Tú me estás contando un cuento malvado; no puedo creer una sola palabra.

Bueno, dijo el joven Cazeault, ven a las ocho, esta noche, a la casa de mi tío. A esa hora celebrarán una reunión secreta. Sin duda hablarán de la píldora dada al sacerdote anoche. Vamos a escondernos como siempre y escucharemos todo. Te aseguro que será interesante.

Yo iré, le contesté, pero no creo ni una palabra de esa historia.

En la escuela, la mayoría de los alumnos se agruparon en plática animada y risa convulsiva. Algo fuera de lo normal había ocurrido en la aldea. Me acerqué a varios de esos grupos y todos me recibieron con la pregunta: ¿Sabías que le dieron una paliza al sacerdote anoche al venir de la casa de las señoritas Richards?

Yo dije, Ese cuento fue inventado en broma; si alguien hubiera golpeado al sacerdote, seguramente no se jactaría del hecho.

Pero nosotros oímos sus gritos, respondieron muchas voces.

Seguramente se equivocan acerca de su voz, dije.

Nosotros corrimos a ayudarle, dijeron algunos, y reconocimos la voz del sacerdote. Es el único en la aldea que cecea.

Nosotros lo vimos con nuestros propios ojos, dijeron otros.

La campana de la escuela puso fin a esa plática. Al salir de clases, regresé a casa y

encontré a mi tío y mi tía metidos en un debate caluroso. Mi tío quería ocultar el hecho de que él contaba entre aquellos que habían azotado al sacerdote. Pero daba detalles tan precisos y se divertía tanto de la aventura, que era fácil ver que él participó en el complot. Mi tía estaba indignada.

Ese debate amargo me enfadó tanto, que me retiré a mi alcoba. Cambié muchas veces mi resolución de ir a la sesión secreta en la noche. Había rehusado ir a las dos sesiones anteriores y una voz silenciosa me dijo que había hecho bien. Luego me atormentaba el deseo de saber exactamente lo que había ocurrido.

Quince minutos antes de la reunión, mi amigo vino y dijo: Apresúrate, ya están llegando los miembros de la asociación.

Todos mis buenos propósitos se esfumaron y a los pocos minutos estaba escondido en un rincón de ese cuartito donde aprendí tantas cosas extrañas y escandalosas de las vidas de los sacerdotes de Canadá.

El Dr. Tache presidió. Era elocuente por naturaleza y hablaba con profunda convicción. Sus oraciones cortas y agudas penetraron en lo más recóndito del alma. En sustancia, dijo lo siguiente: Caballeros, estoy feliz de ver aquí mayor número de asistentes de lo normal. Los eventos graves de anoche, sin duda, han hecho a muchos decidir asistir a los debates que algunos empezaron a abandonar; pero la importancia de los cuales parece aumentar de día en día.

La cuestión discutida en nuestra última sesión, “El Sacerdote”, es asunto de vida y muerte, no sólo para nuestro Canadá joven y hermoso, sino moralmente para nuestras familias y cada uno de nosotros.

Yo sé que hay una sola opinión entre nosotros tocante a los sacerdotes. Me alegro que esta opinión la sostenga todos los hombres educados de Canadá y Francia, más bien, de todo el mundo. El reinado del sacerdote es el reinado de la ignorancia, corrupción y la más descarada inmoralidad, bajo el disfraz de la hipocresía más refinada. El reinado del sacerdote es la muerte de nuestras escuelas; es la degradación de nuestras esposas y la prostitución de nuestras hijas. Es el reinado de la tiranía y la pérdida de libertad.

Tenemos una sola escuela buena en todo nuestro condado y es un gran honor para nuestra aldea. Ahora, fíjense cuán enérgicamente todos los sacerdotes que vienen a trabajar aquí intentan cerrar esa escuela. Usan todos los medios posibles para destruir ese enfoque de luz que apoyamos con tanto sacrificio.

Con el sacerdote de Roma, nuestros hijos no nos pertenecen. El es su amo. Déjenme

explicar: El sacerdote nos honra con la creencia de que los cuerpos, carne y huesos, de nuestros hijos son nuestros y por tanto, es nuestro deber vestirlos y alimentarlos. Pero las partes más nobles y más sagradas, el intelecto, el corazón y el alma, el sacerdote reclama como propiedad suya. Tiene la audacia de decirnos que solamente a él le corresponde iluminar esos intelectos, formar esos corazones y moldear esas almas como a él le convenga. Tiene la impudencia de decirnos que somos demasiado tontos o perversos para saber nuestro deber al respeto; que no tenemos el derecho de escoger nuestro maestro de escuela; y que no tenemos el derecho de dar a esas almas, hambrientas de la verdad, una sola migaja de ese alimento preparado con tanta sabiduría y éxito por hombres ilustres de todas las edades.

Por medio del confesionario, los sacerdotes envenenan las fuentes de vida en nuestros hijos. Los inician en misterios de iniquidad que aterrorizarían a un esclavo de las galeras. Antes que cumpliera quince años, yo había aprendido más sinvergüenzadas de la boca de mi confesor que los que he conocido en todos mis estudios y en mi vida como médico durante veinte años. Hace pocos días, pregunté a mi sobrinito Louis Cazeault lo que había aprendido en su confesión. El repitió cosas que me da vergüenza decir en presencia de ustedes y que ustedes, padres de familia, no podrían escuchar sin sonrojarse. Y no solamente ponen esas preguntas a nuestros niños, sino también a nuestras queridas niñas. ¿No somos los hombres más degradados si no rompemos el yugo de hierro que el sacerdote impone a nuestro querido país y por medio del cual nos mantiene a sus pies como viles esclavos, tanto a nosotros como a nuestras esposas e hijos?

¿Necesito decirles que para la mayoría de las mujeres, el confesionario es una cita de coquetería y amor? ¿No sienten, como yo, que por medio del confesionario el sacerdote es más el amo de los corazones de nuestras esposas que nosotros mismos? ¿No van invariablemente nuestras esposas a los pies del sacerdote para abrirle los secretos más sagrados e íntimos de nuestras vidas como esposos y padres? El esposo ya no es la guía de su esposa en las sendas oscuras y difíciles de la vida. ¡Es el sacerdote! Ya no somos sus amigos y consejeros naturales. Ya no nos confían sus ansiedades y cuidados. Ya no esperan recibir de nosotros los remedios para las miserias de esta vida. Hacia el sacerdote vuelven sus pensamientos y deseos. El tiene su entera y exclusiva confianza. En una palabra, el sacerdote es el verdadero esposo de nuestras mujeres. El es quien posee su respeto y sus corazones a tal grado que ninguno de nosotros atrevimos aspirar.

Si fuera el sacerdote un ángel, si no fuera carne y sangre como nosotros, entonces estuviéramos indiferentes a lo que pudiera ocurrir entre él y nuestras esposas a quienes tiene

a sus pies, en sus manos y aún más en su corazón. Pero, ¿Qué me dice mi experiencia, no sólo como médico, sino también como ciudadano de St. Thomas? ¿Qué les dice la suya?

Nuestra experiencia nos dice que el sacerdote en lugar de ser más fuerte, es más débil que nosotros generalmente en lo que respecta a las mujeres. Sus votos fingidos de castidad perfecta, lejos de hacerle menos vulnerable a las flechas de Cupido; le hacen más fácilmente la víctima.

De hecho, los últimos cuatro sacerdotes que vinieron a St. Thomas, ¿No han seducido tres de ellos a muchas de las esposas e hijas de nuestras familias más respetadas? ¿No está llena de indignación toda la parroquia por las largas visitas de noche por nuestro sacerdote actual a dos muchachas cuyos morales disolutos no son secretos para nadie?

En la sesión anterior, muchos pensaron que sería bien hablar al obispo acerca del escándalo causado por esas visitas de noche. Pero la mayoría opinó que el obispo no prestaría atención a nuestra queja, o mandaría a otro que no sería mejor. Esa mayoría decidió unánime administrarle la justicia con nuestras propias manos. El sacerdote es nuestro siervo; le pagamos un gran diezmo, por tanto, tenemos derecho sobre él. El ha abusado de nosotros por negligencia pública de las leyes más básicas de la moralidad. Sus visitas nocturnas dan a nuestra juventud un ejemplo de perversidad, los efectos del cual nadie puede calcular.

Se decidió unánimemente darle una paliza, sin necesidad de decir por quienes fue hecho. Pueden estar seguros que la flagelación del Sr. Beaubien anoche, nunca será olvidada por él.

¡Que el cielo conceda que esta corrección fraternal, enseñe a todos los sacerdotes de Canadá que su reinado de oro ya se acabó; que los ojos de la gente están abiertos y que su dominio está llegando a su fin!

Todos escucharon este discurso con silencio profundo y el Dr. Tache vio, por el aplauso, que sus palabras habían sido el sentir de todos.

Luego, siguió un caballero llamado Dubord quien, substancialmente, dijo lo siguiente: Señor Presidente, yo no estaba entre aquellos que dieron al sacerdote esta expresión de sentimiento público con la lengua enérgica del látigo. No obstante, quisiera haberlo hecho. Gustosamente hubiera cooperado en darles esa lección a los sacerdotes de Canadá.

Permítame decir la razón: Mi hija, quien tiene doce años, fue a confesarse con las otras, hace varias semanas. Lo hizo en contra de mi voluntad. Yo sé por experiencia propia que, de todas las acciones en la vida de una persona, el confesarse es la más degradante. ¿Por qué las naciones Católico-romanas son inferiores a las protestantes? Entre más la gente de esas naciones van a confesarse, más rápido se echan abajo en inteligencia y moralidad. Tengo un

ejemplo de esto en mi propia casa.

Como dije, yo estaba en contra de que fuera a confesarse mi hija; pero su pobre madre, quien estaba bajo el control del sacerdote, fervientemente quería que fuera. Para no tener una escena desagradable en mi casa, cedí a las lágrimas de mi esposa.

Al día siguiente, ellas pensaron que yo estaba ausente; pero estaba en mi oficina con la puerta suficientemente abierta para oír lo que se decía. Mi esposa y mi hija tuvieron la siguiente conversación: ¿Qué es lo que te hace tan pensativa y triste, mi querida Lucy, desde que fuiste a confesarte?

Deberías sentirte más feliz ya que has confesado tus pecados.

Lucy no le contestó. Después de dos o tres minutos de silencio, su madre le dijo: ¿Por qué lloras mi querida hija? ¿Te sientes mal?

Todavía no respondía la niña. Por supuesto, me puse muy atento. Ya me imaginé la prueba horrible que habría ocurrido. Mi corazón latía de inquietud y cólera. Después de una pausa, mi esposa le habló con suficiente firmeza para forzarla a contestar. Con voz temblorosa y medio suprimida por sollozos, mi querida hija respondió, ¡Ay, mamá!, si supieras lo que me preguntó el sacerdote y lo que él me dijo en el confesionario, estarías tan triste como yo.

Pero, ¿Qué te dijo? El es un hombre santo. Ciertamente no le entendiste si piensas que te dijo algo malo para herirte.

Querida madre, dijo, echándose en los brazos de su madre, ¡No me pidas que te confiese lo que me dijo el sacerdote! El me dijo cosas tan vergonzosas que no puedo repetirlas. Pero lo que más me duele es la imposibilidad de desterrar de mis pensamientos las cosas odiosas que él me enseñó. Sus palabras inmundas son como las sanguijuelas puestas en el pecho de mi amiga Luisa, no podían quitarlas sin romper la carne. ¿Qué ha de ser su opinión de mí para haberme hecho tales preguntas?

Mi hija ya no dijo más, pero empezó a llorar. Después de un corto silencio mi esposa respondió: Voy a ir al sacerdote y le diré que tenga más cuidado cómo habla en el confesionario. Yo misma me he fijado que se pasa de la raya con sus preguntas. No obstante, pensé que sería más prudente con los niños. Te pido, sin embargo, que nunca hables de esto con nadie, especialmente con tu pobre padre, porque él tiene tan poca religión y esto lo dejaría sin nada.

Yo no podía contenerme más. Entré bruscamente en la sala. Mi hija corrió, llorando, a mis brazos; mi esposa gritó de terror y casi se desmayó.

Dije a mi hija: Si tú me amas, pon tu mano sobre mi corazón y prométeme que nunca

volverás a confesarte. Teme a Dios, hija mía, anda en su presencia, porque él te ve en cualquier lugar. Día y noche está dispuesto a perdonarnos. Nunca vuelvas a ponerte a los pies de un sacerdote para ser contaminada y degradada por él.

Esto, mi hija me prometió.

Cuando mi esposa se recuperó de la sorpresa, le dije: Señora, por largo tiempo el sacerdote ha sido todo para ti, y tu esposo nada. Hay un poder oculto y terrible que gobierna tus pensamientos, afectos y hechos y es el poder del sacerdote. Esto lo has negado muchas veces, pero la Providencia ha decidido hoy que este poder sea para siempre quebrantado para ti y para mí. Yo quiero ser el gobernante en mi propia casa y desde este momento, el poder del sacerdote sobre ti tiene que cesar, a menos que prefieras salir de mi casa para siempre. ¡El sacerdote ha reinado aquí demasiado tiempo! Pero, ahora que sé que ha manchado y contaminado el alma de mi hija, ¡Su imperio tiene que caer! Si tú vuelves a llevar tu corazón y tus secretos a los pies del sacerdote, ten la bondad de nunca volver a la misma casa conmigo.

Tres discursos más siguieron, todos cargados de detalles y hechos que prueban que el confesionario era la causa principal de la desmoralización deplorable de St. Thomas.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente, escribí una carta a mi madre: "Por amor a Dios, ven por mí; no soporto más estar aquí. Si supieras lo que mis ojos han visto y mis oídos han escuchado no demorarías en venir."

De verdad, si no tuviera que cruzar el río St. Lawrence, hubiera salido a Murray Bay el día después de la sesión secreta. Me acordaba de los días tranquilos y felices que pasaba con mi madre leyendo los capítulos hermosos de la Biblia que ella escogía para instruirme e interesarme. ¡Cuán diferente era nuestra conversación después de esas lecturas de las conversaciones oídas en St. Thomas!

Dichosamente, el deseo de mis padres de verme nuevamente era tan grande como el mío. Después de varias semanas, mi madre vino por mí. Me apretó contra su corazón y me llevó a los brazos de mi padre.

Llegué a la casa el 17 de julio de 1821 y pasé toda la tarde al lado de mi padre. Con gusto él me examinó en gramática, álgebra y aun en geometría. Más de una vez le noté lágrimas de gozo cuando vio que mis respuestas fueron correctas. ¡Qué maestro tan admirable ha de ser este Sr. Jones, dijo, para haber avanzado tanto a un niño en el corto espacio de catorce meses!

¡Cuán dulces pero cortas eran esas horas! Tuvimos adoración en familia: Yo leí de Lucas, el regreso del hijo pródigo, luego mi madre cantó un himno de gozo y gratitud. Fui a dormir con mi corazón lleno de felicidad, para tomar el sueño más dulce de la vida. Pero, ¡Ay, Dios! ¡Qué terrible despertar habías preparado para mí!

Como a las cuatro de la mañana, los gritos de mi madre cayeron sobre mis oídos.

¿Qué sucede, querida madre?

¡Ay, mi querido hijo! ¡Ya no tienes padre! ¡Está muerto! al decir estas palabras, se desmayó y cayó inconsciente al suelo.

Mientras un amigo, quien había pasado la noche con nosotros, la atendía, me apresuré a la cama de mi padre. Le apreté a mi corazón, le besé, le cubrí con mis lágrimas, moví su cabeza,

apreté sus manos e intenté levantarlo sobre su almohada. No podía creer que estaba muerto. Me parecía que aun si estuviera muerto, volvería a vivir; que Dios no podía quitarme así a mi padre en el preciso momento cuando me había vuelto a él, después de tan larga ausencia. Me arrodillé a orar, pero mis lágrimas y clamores eran inútiles. ¡Estaba muerto! ¡Ya estaba frío como hielo!

Dos días después, lo enterraron; mi madre, tan sobrecogida de dolor, no pudo seguir la procesión funeraria. Yo me quedé con ella como su único apoyo terrenal. ¡Pobre mamá! ¡Cuántas lágrimas derramó en esos días de sumo dolor! Aunque tan joven, yo comprendí la grandeza de nuestra pérdida y mezclé mis lágrimas con las de ella.

Cuán dolorosas son las noches desveladas de una mujer cuando Dios le quita a su esposo repentinamente en la flor de la vida y la deja sola, hundida en la miseria, con tres hijos pequeños, dos de ellos demasiado chicos para comprender su pérdida. Cada objeto en la casa y cada paso que toma, le recuerda su pérdida. Cuán amargas son las lágrimas cuando su niño más chiquito se echa en sus brazos y dice: Mamá, ¿Dónde está papá? ¿Por qué no regresa?, ¡Me siento solo!

Yo escuchaba sus sollozos durante las largas horas de días y noches. Muchas veces, de rodillas, imploraba a Dios tener misericordia de ella y sus tres huérfanos infelices. Yo no podía hacer nada entonces para consolarla excepto amarla, orar y llorar con ella.

Pocos días después del entierro, vi al Sr. Courtois llegando a nuestra casa. El era el párroco que había intentado quitarnos nuestra Biblia. El tenía la fama de rico; por tanto, mi primer pensamiento fue que venía a consolarnos y ayudarnos. Y vi que mi madre tenía la misma esperanza. Ella le recibió como un ángel del cielo.

Desde sus primeras palabras, sin embargo, vi que nos iba mal. Intentó mostrarse compasivo y habló de la confianza que deberíamos tener en Dios en los tiempos de prueba, pero sus palabras eran frías y secas.

Volteándose a mí, dijo: ¿Sigues leyendo la Biblia muchachito?

Sí, señor, contesté, mi voz temblando del temor de que intentaría nuevamente quitarnos ese tesoro, ya que no tenía un padre para defenderlo.

Entonces dijo: Señora, yo le dije que ni usted ni su hijo deben leer ese libro.

Mi madre bajó los ojos y respondió sólo con las lágrimas que caían de sus mejillas.

Después de un largo silencio, el sacerdote continuo: Señora, necesita usted pagar las oraciones que se han cantado y los servicios que pidió que se ofrecieran por el reposo del alma de su marido. Le estaré muy agradecido si me paga esa pequeña deuda.

Señor Courtois, contestó mi madre, mi esposo no me dejó nada, más que deudas. Solamente me quedan mis manos para ganarme la vida. No por mí, sino por amor a estos huérfanos, no tome lo poco que nos queda.

Pero, señora, su esposo murió repentinamente sin ninguna preparación; así que, él está en las llamas del purgatorio. Para librarlo necesita usted unir sus sacrificios personales a las oraciones y misas de la Iglesia.

Como le dije, mi esposo me ha dejado absolutamente sin fondos y es imposible darle algún dinero, replicó mi madre.

Pero, señora, las misas ofrecidas por el descanso de su marido tienen que ser pagadas, respondió el sacerdote.

Mi madre cubrió su rostro con su pañuelo y lloró.

Mis sentimientos no eran de dolor, sino de enojo indecible. Mis ojos estaban fijos en la cara de ese hombre quien estaba torturando el corazón de mi madre. Mis manos se apretaban, listas para golpear. Sentía ganas de decirle: ¿No le da vergüenza a usted, que es tan rico, venir a quitar el último trozo de pan de nuestras bocas?

Pero no tenía suficiente fortaleza física y moral; me sentí lleno de pena y desilusión.

Después de un largo rato de silencio, mi madre levantó sus ojos enrojecidos con lágrimas y dijo: Señor, ¿Ve usted esa vaca en el prado? Su leche y mantequilla forman la parte principal del alimento para mis hijos. Espero que no nos la quite. Sin embargo, si es necesario hacer tal sacrificio para libertar el alma de mi pobre esposo del purgatorio, llévesela como el pago de las misas que se ofrecieron para extinguir esas llamas devoradoras.

Al instante, se levantó el sacerdote diciendo: Muy bien, señora, y se salió.

Nuestros ojos le siguieron ansiosamente mientras dirigió sus pasos hacia el prado y condujo a la vaca en la dirección de su casa. Yo grité con desesperación: ¡Ay, madre! Está llevándose nuestra vaca, ¿Qué será de nosotros?

Mi madre también clamó con dolor al ver al sacerdote llevarse el único medio que el cielo le había dejado para alimentar a sus hijos. Echándome en sus brazos, le pregunté: ¿Por qué le regalaste nuestra vaca? ¿Qué será de nosotros? Seguramente moriremos de hambre.

Querido hijo, me contestó, no pensé que el sacerdote sería tan cruel como para quitarnos el último recurso que Dios nos ha dejado. ¡Ay! Si hubiera creído que fuera tan despiadado, no le hubiera hablado de esa manera. Como tú dices mi hijo, ¿Qué será de nosotros?, pero, ¿No me has leído muchas veces en tu Biblia que Dios es el padre de las viudas y de los huérfanos? El escuchará nuestras oraciones y verá nuestras lágrimas. Vamos a arrodillarnos y pedirle

que tenga misericordia de nosotros.

Los dos nos arrodillamos; ella tomó mi mano derecha en su izquierda y levantando la otra hacia el cielo, ofreció una oración por sus pobres hijos, semejante a la cual no he oído desde entonces. Cuando su voz se ahogaba por sus sollozos, hablaba con sus ojos ardientes levantados al cielo y con su mano alzada. Yo también oraba a Dios con ella, repitiendo sus palabras entre mis propios sollozos.

Cuando terminó su oración, se quedó largo rato pálida y temblando. Luego, abrazándome, dijo: Querido hijo, si algún día llegas a ser sacerdote, te pido que nunca seas tan insensible hacia las pobres viudas como los sacerdotes de hoy. Cuando me dijo esas palabras, sentí sus lágrimas ardientes caer sobre mis mejillas.

La memoria de esas lágrimas nunca me ha dejado. Yo las sentí constantemente durante los veinte y cinco años que duré predicando las supersticiones inconcebibles de Roma.

Yo no era mejor que otros sacerdotes. Yo creía las fábulas impías del purgatorio. Aceptaba el dinero que me daban los ricos por las misas que yo decía para extinguir las llamas. Pero el recuerdo de las palabras y lágrimas de mi madre me guardaron de ser cruel y despiadado con las viudas pobres.

El Señor, creo yo, había puesto en la boca de mi madre esas palabras tan sencillas pero tan elocuentes y hermosas, como una de sus grandes misericordias conmigo. Esas lágrimas, la mano de Roma nunca pudo borrar.

¿Hasta cuándo, Oh Señor, se engordará esa enemiga insolente del Evangelio, la Iglesia de Roma, de las lágrimas de las viudas y huérfanos con el cruel invento pagano del purgatorio? ¡Oh, quita el velo de los ojos de los sacerdotes y la gente de Roma como lo has quitado de los míos! Haz que entiendan que su esperanza de purificación no descansa en aquellas llamas, sino solamente en la sangre del Cordero derramada en el Calvario para salvar al mundo.

CAPÍTULO 6

Dios escuchó la oración de la pobre viuda. Varios días después que el sacerdote se llevó nuestra vaca, ella recibió una carta de cada una de sus dos hermanas, Genevieve y Catherine.

La primera, casada con Etienne Eschenbach de St.Thomas, le dijo que vendiera todo y viniera con sus hijos a vivir con ella. Nosotros no tenemos familia, dijo, y Dios nos ha dado abundancia. Con mucho gusto lo compartiremos con ustedes.

La segunda, casada en Kamouraska con Don Amable Dionne, escribió: Supimos la triste noticia de la muerte de tu esposo. Hace poco, nosotros también perdimos nuestro único hijo. Quisiéramos llenar el vacío con Carlos tu hijo mayor. Lo criaremos como nuestro propio hijo y pronto él será tu sostén. Mientras tanto, vende en subasta todo lo que tienes y ve a St. Thomas con los dos chiquitos.

En pocos días, se vendieron todos nuestros muebles. Desgraciadamente, aunque había ocultado cuidadosamente a mi querida Biblia, ella desapareció. ¿Habría renunciado mi madre a ese tesoro, amenazada por un sacerdote? o ¿lo habría destruido alguno de nuestros familiares, creyendo que eso fuera su deber? No lo sé, pero sentí profundamente la pérdida.

Al día siguiente, con sollozos y lágrimas amargas, me despedí de mi pobre madre y mis hermanitos. Ellos se fueron a St. Thomas y yo a Kamouraska.

Mis tíos me recibieron con cariño sincero. Cuando se enteraron que yo deseaba ser sacerdote, me llevaron a estudiar latín bajo la dirección del Rev. Sr. Morín, Vicario de Kamouraska.

El era un hombre instruido, entre cuarenta y cincuenta años de edad y había sido sacerdote en Montreal. Pero, como sucede en la mayoría de los sacerdotes, su voto de castidad no era suficiente garantía contra los encantos de una de sus hermosas feligresas. El escándalo le costó el puesto y el Obispo le mandó a Kamouraska donde era desconocido. El me trató bien y yo le correspondí con afecto sincero.

Un día, al principio de 1822, él me llamó aparte y me dijo, El Sr. Varín, el párroco, acostumbra a hacer una gran fiesta en sus cumpleaños. Ahora, los principales ciudadanos del

pueblo, desean presentarle un ramo de flores. Yo fui nombrado a escribir un discurso y escoger a alguien para presentarlo delante del sacerdote y yo te escogí a ti, ¿Que te parece?

Pero yo soy muy joven, repliqué.

Tu juventud sólo lo hará más interesante, dijo el sacerdote.

Bueno, no tengo inconveniente, siempre que el pasaje sea corto y tenga suficiente tiempo para aprenderlo.

Todo se preparó y llegó la hora. Como quince caballeros e igual número de damas de la alta sociedad de Kamouraska se reunieron en las salas hermosas de la casa parroquial. El Sr. Varín estaba presente cuando el galán Paschall Tache y su dama entraron conmigo. Fui colocado en medio de los invitados. Mi cabeza fue coronada de flores, porque yo debía representar al ángel de la parroquia, escogido para dar a su pastor la expresión pública de admiración y gratitud. Cuando el discurso terminó, yo presenté al sacerdote un ramo hermoso.

El Sr. Varín era chaparro, pero fornido; inteligencia y bondad irradiaban de sus expresivos ojos negros y su sonrisa graciosa. Era un anfitrión encantador y estaba apasionadamente aficionado a estas fiestas.

Fue conmovido hasta las lágrimas al oír el discurso y expresó su gozo y gratitud por ser tan altamente apreciado por sus feligreses.

Después que el pastor feliz expresó las gracias, las damas cantaron dos o tres cantos hermosos. Entonces abrieron las puertas del comedor; delante de nosotros estaba una mesa larga, repleta de las carnes y los vinos más deliciosos que Canadá puede ofrecer.

Nunca antes había asistido al banquete de un sacerdote. Además del Sr. Varín y su vicario, otros tres sacerdotes fueron colocados artísticamente entre las damas más hermosas de la compañía. Las damas, después de honrarnos con su presencia cerca de una hora, se retiraron a la sala de recepción.

El Sr. Varín se levantó y dijo: Caballeros, brindemos a la salud de estas amables damas cuya presencia ha hecho más agradable la primera parte de nuestra pequeña fiesta.

Siguiendo al Sr. Varín, cada invitado llenó y vació su copa de vino. Luego, el galán Tache propuso: A la salud del sacerdote más venerable y amado de Canadá, el reverendo señor Varín.

Nuevamente las copas fueron llenadas y vaciadas, excepto la mía, porque yo estaba sentado al lado de mi tío Dionne quien con su mirada severa me dijo: Si tomas otra, te mandaré retirar de la mesa.

Hubiera sido difícil contar cuántos brindis hicieron, porque después de cada brindis pedían

un canto o un cuento, los cuales producían aplausos, gritos de gusto y risa convulsiva. Cuando llegó mi turno para proponer un brindis, yo quería que me dispensaran, pero ellos rehusaron eximirme. Levantándome de mi silla, volteé al Sr. Varín y le dije: ¡Brindemos a la salud de nuestro Santo Padre, el Papa!

Nadie, hasta entonces, había pensado en el Papa, así que, la mención de su nombre por un niño, bajo tales circunstancia, parecía tan divertido a los sacerdotes y sus alegres invitados que prorrumpieron en carcajadas, golpeando el suelo con sus pies y gritando: ¡Bravo, bravo! ¡A la salud del Papa!

Tantos brindis no podían ser tomados sin tener su efecto natural: la embriaguez. El primero que sucumbió fue el Padre Noel. Yo había notado que en lugar de usar su copa, frecuentemente tomaba de un vaso grande. Los síntomas de su embriaguez se manifestaron cuando intentó llenar su vaso. Su mano tembló tanto que la botella cayó al suelo y se rompió. Queriendo seguir con alegría, empezó a cantar un canto Báquico, pero no pudo terminar, y su cabeza cayó en la mesa. Cuando intentó levantarse, cayó pesadamente en su silla.

Los otros sacerdotes y sus invitados sólo le miraban, riéndose estrepitosamente. Con un esfuerzo desesperado se levantó, pero después de dar dos o tres pasos, cayó de cabeza en el suelo. Sus dos vecinos acudieron a ayudarle, pero no pudieron; los tres rodaron bajo la mesa. Por fin, otro, menos afectado por el vino, le agarró de los pies y le arrastró a un cuarto contiguo donde lo dejó.

Esta primera escena me parecía bastante extraña, porque nunca había visto a un sacerdote borracho. Pero lo que más me asombró era la risa de los demás sacerdotes ante ese espectáculo.

Cuando los sacerdotes y sus amigos habían cantado, reído y tomado por más de una hora, el Sr. Varín se levantó y dijo: Las damas no deben quedarse solas toda la tarde, ¿No serán doble nuestro gozo y felicidad si ellas los comparten con nosotros?

Esta proposición fue aplaudida y pasamos a la sala de recepción donde nos esperaban las damas. Varias piezas de música bien ejecutadas avivaron esta parte del espectáculo. Este recurso, sin embargo, pronto fue agotado. Además, varias de las damas notaban claramente que sus esposos estaban medio borrachos y se sentían avergonzadas.

Lo que más temía el Sr. Varín era una interrupción en las festividades que frecuentemente ocurrían en su casa parroquial: Bien, bien, damas y caballeros, no alberguemos ningún pensamiento oscuro esta noche, la más feliz de mi vida. Vamos a jugar a la gallina ciega.

¡Vamos a jugar a la gallina ciega! repitieron todos.

¿Pero a quien tapamos los ojos primero? preguntó el sacerdote. Los tuyos, Sr. Varín, gritaron todas las damas, Miramos a ti como buen ejemplo y lo seguiremos.

El Sr. Varín consintió e inmediatamente una de las damas colocó su pañuelo perfumado sobre los ojos de su sacerdote y le llevó al centro del cuarto, empujándolo suavemente y diciendo: ¡Señor ciego! ¡Huyan todos, sálvese quien pueda!

No hay nada más curioso ni cómico que observar a un hombre embriagado, especialmente si no quiere que nadie lo note. Tal fue la posición del Sr. Varín.

Daba un paso hacia adelante y dos hacia atrás y se tambaleaba hacia la derecha y la izquierda. Todos se reían a carcajadas. Uno tras otro, le pellizcaba o le tocaba suavemente en la mano, brazo u hombro y pasando rápido, gritaba: ¡Córrele! De pronto agarró el brazo de una dama que se le acercó demasiado. Ella luchó en vano para escapar, porque la mano del sacerdote la detuvo firmemente. Usando la otra mano intentó tocar su cabeza para saber el nombre de su cautiva bonita. Pero, en ese momento, se debilitaron sus piernas y se cayó, arrastrando su feligresa hermosa al suelo. Ella se volteó encima de él para escapar, pero de pronto él se volteó encima de ella para detenerla mejor.

Aunque este incidente sólo duró un momento, duró lo suficiente para hacer sonrojar a las damas, quienes cubrían sus caras. Esto terminó el juego. ¡Nunca en mi vida había visto algo tan vergonzoso!

Solamente las mujeres sintieron vergüenza, porque los hombres estaban demasiado embriagados para sonrojar. Los sacerdotes o eran demasiado borrachos o demasiado acostumbrados a esas escenas para avergonzarse.

Al día siguiente, cada uno de estos sacerdotes celebró la misa y comió lo que llaman el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, como si hubieran pasado la noche anterior en oración y meditación en las leyes de Dios.

Así, oh pérfida Iglesia de Roma, engañaste a las naciones que te siguen y estropeaste aun a los sacerdotes a quienes esclavizaste.

CAPÍTULO 7

Los sacerdotes Católico-romanos dedican dos o tres meses cada año, preparando a los niños de diez a doce años para su primera comunión. Están obligados a asistir a la iglesia casi todos los días, memorizar el catecismo y entender perfectamente sus enseñanzas. A través de esta preparación, la Iglesia de Roma pone el fundamento de las idolatrías y supersticiones que ella afirma ser la religión de Jesucristo.

Además de corromper las verdades más sagradas del Evangelio por este catecismo, se consigue para el Papa y sus representantes aquella adoración que es el secreto del poder de Roma. Es durante esta instrucción religiosa que Jesús es quitado de los corazones por los cuales él pagó un precio tan alto y ponen a María en su lugar. Esta gran iniquidad se ejecuta con tanta destreza que es casi imposible para un pobre niño escapar. Es así cómo María reemplazó a mi precioso Salvador durante mi propia niñez.

El sacerdote que nos instruyó fue el Rev. Sr. Morín. El era sumamente amable, le respetábamos y le amábamos sinceramente. Un día me dijo: Ponte de pie, hijo, y contesta las muchas preguntas que te voy a hacer.

Me puse de pie. Me dijo: Hijo, cuando eras culpable de algo malo en tu casa, ¿Quién te castigaba más severamente, tu padre o tu madre?

Después de unos momentos de vacilación, contesté: Mi padre.

Correcto, hijo, dijo el sacerdote, de hecho, el padre es casi siempre más impaciente y pronto para castigar que la madre. Ahora, hijo, dinos, ¿Cuál de tus padres te castigaban más severamente?

Mi padre, dije nuevamente sin vacilar.

Es verdad, hijo, la bondad superior de una madre benigna se percibe aun en la corrección, donde sus golpes son más ligeros. Además, ¿no es cierto que muchas veces cuando merecías castigo, alguien se interponía entre ti y la vara de tu padre, quitándosela y pacificándolo?

Sí, dije, más de una vez mi madre lo hizo así y me salvó de un severo castigo.

Ahora, mis hijos, ¿No les han salvado sus buenas madres de las correcciones de sus padres

aun cuando lo merecían?

Sí, señor, respondimos todos.

Una pregunta más, ¿Cuando tu padre venía a azotarte, no te echaste en los brazos de alguien para escapar?

Sí, señor, más de una vez me refugié en los brazos de mi madre. Ella suplicaba por mí de tal forma que frecuentemente evité el castigo.

Dirigiéndose a todos los niños continuó: Ustedes tienen un Padre y una Madre en el cielo; su Padre es Jesús y su Madre es María. Nunca olviden que el corazón de una madre siempre es más tierno y misericordioso.

Muchas veces tus pecados hacen enojar a tu Padre y él, rugiente, abre las puertas del infierno para echarte adentro. Desde hace mucho, te hubieras condenado si tu Madre Celestial no hubiera desarmado a tu Padre airado e irritado. Cuando Jesús te castigaría, la buena Virgen María se interpone entre tú y él. Ella obtiene tu perdón.

Así que, hijos míos, cuando su conciencia les dice que son culpables y que Jesús está airado, vayan pronto a María. Refúgiense en los brazos de una buena Madre; recurrirán a su poder soberano sobre Jesús y seguramente ella les salvará.

Así, en la Iglesia de Roma, no Jesús, sino María representa el amor infinito y la misericordia de Dios para el pecador. Su esperanza se dirige hacia María para escapar del castigo merecido. ¡No es Jesús, sino María quien salva al pecador! La Iglesia de Roma constantemente invita a los pecadores a volver sus pensamientos, esperanzas y afectos, no a Jesús, sino a María.

Por medio de esa doctrina impía, Roma engaña a los intelectos, seduce a los corazones y destruye las almas de la juventud para siempre. Bajo el pretexto de honrar a la Virgen María, la insulta por representar falsa y ultrajantemente a su hijo adorable. La antigua idolatría pagana se disfraza con un nombre nuevo.

CAPÍTULO 8

Para el niño Católico-romano, ¡Cuán hermosa, pero cuán triste es su primera comunión! Con gozo y ansiedad, está a punto de comer por primera vez lo que le han enseñado a creer que es su Dios; no de una manera simbólica ni conmemorativa, sino comer su carne, sus huesos, sus manos, sus pies, su cabeza y su cuerpo entero. Yo tenía que creer esto o ser echado para siempre en el infierno. Sin embargo, ¡Todo el tiempo, mis ojos, mis manos, mi boca, mi lengua y mi razón me decían que sólo estaba comiendo pan!

¿Diré que creía esto? Yo creía como todo buen Católico cree; yo creí como cree un cadáver. Mi razón y mis sentidos habían sido sacrificados a los pies de ese terrible dios moderno, el Papa. Neciamente había dicho a mis facultades intelectuales y a mis sentidos: ¡Cállense! ¡Son mentirosos!

Hasta ahora, había creído que me fueron dados por Dios para ayudarme a caminar en las sendas oscuras de la vida; pero, ¡He aquí! ¡El Santo Papa me enseña que son solamente instrumentos del diablo para engañarme!

Tal fue mi condición el día de mi primera comunión. Dos sentimientos luchaban en mi mente. Me gozaba al pensar que pronto tendría posesión total de Jesucristo. Pero aunque apenas tenía doce años, estaba acostumbrado a confiar en mis ojos. Pensé que fácilmente podría distinguir entre un trocito de pan y un hombre adulto.

Además, yo sumamente aborrecía la idea de comer carne humana y beber sangre humana aun cuando me aseguraban que era la carne y sangre de Jesucristo mismo. ¡Pero lo que más me turbaba era la idea de que Dios, tan grande, tan glorioso y tan santo pudiera ser ingerido por mí como el pan común! Terrible, entonces, era la lucha en mi joven corazón, donde gozo y pavor, confianza y temor, fe e incredulidad por turnos dominaban. Estando en el sudor frío de esa lucha secreta conocida sólo por Dios y por mí mismo, oré a Dios y a la Santa Virgen, pidiendo misericordia, fortaleza y luz durante esas horas de angustia.

La Iglesia de Roma es la máquina humana más hábil que el mundo jamás ha visto. Los que guían sus sendas oscuras son, a menudo, hombres de profundo pensamiento. Ellos

entienden la lucha en la mente de los niños en el momento supremo cuando tienen que sacrificar su razón en el altar de Roma. Para prevenir estas luchas siempre tan peligrosas para la Iglesia, nada han descuidado para distraer sus mentes a otros temas.

Primero, el párroco, ayudado por la vanidad de los mismos padres de familia, asegura que los niños se vistan de la mejor manera calculada para adular su vanidad.

Se decora la iglesia con pompa y el servicio, encantado con música instrumental y cantos escogidos. Incienso sube del altar en una nube dulce y aromática. La gente viene de todas partes para disfrutar del hermoso espectáculo. Sacerdotes de las iglesias vecinas añaden a la solemnidad. El sacerdote oficiante se viste del atavío más costoso. Se exhiben en el altar manteles de plata y oro delante de los espectadores maravillados. Muchas veces, se coloca una vela encendida en la mano de cada joven comulgante. Esto, en sí mismo, atrae toda su atención, porque un movimiento equivocado encendería la ropa de su vecino o la suya propia, una mala fortuna que ha sucedido más de una vez en mi presencia.

Ahora, en medio de ese espectáculo maravilloso, ocupado en detener su vela encendida para que no se fuera a quemar vivo, ¡Llega el momento de la comunión sin darle tiempo para meditar lo que está por hacer! ¡Abre su boca y el sacerdote coloca en su lengua una oblea de pan sin levadura, la cual o se pega firmemente al paladar o se derrite en su boca, bajando pronto a su estómago igual que el alimento que come tres veces al día!

¡El primer sentimiento del niño, entonces, es sorpresa ante el pensamiento de que el Creador de los cielos y la tierra, el Sostén del universo, el Salvador del mundo pudiera pasar tan fácilmente por su garganta!

Ahora, sigan a esos niños a sus casas después de esa gran comedia monstruosa. Escuchen su plática y carcajadas, estudien sus modales, sus miradas de satisfacción a sus ropas bonitas y la vanidad que manifiestan correspondiendo a las felicitaciones. ¡Fíjense en la ligereza de sus acciones y conversación inmediatamente después de comulgar y díganme si piensan que ellos creen en el dogma terrible que les han enseñado!

¡No! ¡Y nunca creerán con la firmeza de fe acompañada de la inteligencia! El pobre niño piensa que cree y sinceramente intenta creerlo. El cree como cree todo católico-romano. ¡Cree como cree un idiota!

La primera comunión le ha convertido por el resto de su vida en una verdadera máquina en las manos del Papa. Es el primer enlace de aquella larga cadena de esclavitud que el sacerdote y la Iglesia ponen en su cuello. El Papa tiene la punta de esa cadena y mueve a su víctima a la derecha o a la izquierda a su antojo tal como gobernamos a los animales

domésticos.

Como dice Loyola: Si esos niños han hecho una buena comunión, ellos serán sumisos al Papa, ¡Como el bastón en la mano del viajero, no tendrán ni voluntad ni pensamiento propio!

¡Mi alma ha conocido el peso de esas cadenas; la ignominia de aquella esclavitud! Pero el gran conquistador de almas, Jesús, me miró con misericordia y rompió mis cadenas. Con su Santa Palabra me libertó. ¡Bendito sea su nombre para siempre!

CAPÍTULO 9

Terminé mis estudios en el Colegio Nicolét en agosto de 1829. Fácilmente hubiera aprendido en tres o cuatro años lo que duré siete años estudiando. Nuestros profesores se ocupaban más en desperdiciar nuestro tiempo que en aumentar nuestro entendimiento. Tan pronto que la inteligencia, guiado por el Jesuita, haya ascendido al nivel de los pies del Papa, tiene que permanecer ahí, postrarse y dormir.

Aunque mi inteligencia se rebelaba muchas veces, me forcé a aceptar estas fábulas como verdades del Evangelio. Estas eran ocasiones de terrible lucha en mi alma. Recuerdo el día que expresé mis dudas a mi profesor de filosofía: Cuando mi superior abusa de su autoridad sobre mí para engañarme con falsas doctrinas o si me manda a hacer cosas que yo considero ser malas o deshonestas, ¿No seré perdido si le obedezco?

El me contestó: Nunca tendrás que dar cuenta a Dios por lo que te ordenan hacer tus superiores legítimos si ellos te engañan, siendo ellos mismos engañados, sólo ellos serán responsables. No pecas si sigues la regla de oro básica de toda filosofía Cristiana y perfección: humildad y obediencia.

Poco satisfecho, expresé mi inconformidad a varios de mis compañeros de escuela incluyendo a Joseph Turcot, quien más tarde llegó a ser Ministro de Obras Públicas de Canadá. El me respondió: ¡Entre más estudio lo que ellos llaman principios de filosofía Cristiana y lógica, más pienso que intentan convertirnos en asnos a todos nosotros!

Al día siguiente, abrí mi corazón a nuestro director, el Sr. Leprohon, a quien veneraba como un santo y amaba como padre. Apunté su respuesta: Mi querido Chíniquy, ¿Cómo trajeron Adán y Eva todo el diluvio de males sobre nosotros? ¿No es porque elevaron su miserable razón sobre la de Dios? Ellos tendrían la promesa de vida eterna si hubieran sometido su razón a su Amo Supremo. Ellos se perdieron por rebelarse contra la autoridad de Dios.

Así es hoy también. Todos los males, los errores, los crímenes por los cuales el mundo está inundado, proceden de la misma rebelión de la voluntad y razón humana contra la voluntad y razón de Dios. Dios reina todavía sobre parte del mundo, el mundo de los escogidos, a través

del Papa, quien controla las enseñanzas de nuestra infalible y santa Iglesia. Al someternos a Dios, quien nos habla a través del Papa, somos salvos y caminamos en las sendas de la verdad y santidad. Pero erramos y perecemos si ponemos nuestra razón por encima de la de nuestro superior, el Papa, quien nos habla personalmente o a través de nuestros superiores quienes han recibido de él la autoridad para guiarnos.

Pero, le dije, si mi razón me dice que el Papa u otro superior, puesto sobre mí por él, está equivocado y me manda hacer algo malo, ¿No sería culpable delante de Dios si le obedezco?

¡Imposible! contestó el Sr. Leprohon, porque el Papa y los obispos unidos a él, tienen la promesa de nunca fallar en la fe. Ellos no pueden guiarte en ningún error, ni mandarte a hacer nada contra la ley de Dios. Pero, supongamos que cometieran algún error o te obligaran a creer o hacer algo contrario al Evangelio, Dios no te contará como responsable si estás obedeciendo a tu legítimo superior.

Yo tenía que contentarme con esa respuesta, pero a pesar de mi silencio respetuoso, él me vio todavía inquieto y triste. Para convencerme, me prestó dos obras de De Maistre: "Le Pape" y "Les Soirees de St. Petersburgh", donde encontré apoyadas las mismas doctrinas. El era honesto en sus convicciones, porque las había encontrado en estos libros aprobados por los "Papas infalibles."

Yo sé que Roma puede exhibir cierto número de hombres inteligentes en cada rama de ciencia que han estudiado en sus colegios. Pero esos hombres extraordinarios, desde el principio, secretamente habían roto las cadenas con las cuales sus superiores intentaron atarlos. El noventa por ciento de ellos han sido perseguidos, excomulgados, torturados, y algunos aun asesinados, porque se atrevieron a pensar por sí mismos.

Galileo, uno de los hombres más reconocidos por la ciencia, era Católico-romano. Pero, ¿No le azotaron y le mandaron al calabozo? ¿No tuvo que pedir perdón a Dios y al hombre por haber pensado diferente del Papa en cuanto al movimiento de la tierra alrededor de sol?

Copérnico ciertamente fue uno de las luces más grandes de su época, pero fue censurado y excomulgado a causa de sus admirables descubrimientos científicos.

Francia, entre todos sus hijos dotados, no conoce un genio mayor que Pascal. El era Católico, pero vivió y murió excomulgado.

Estos alumnos de colegios Católico-romanos, de quienes los sacerdotes a veces se glorían tan imprudentemente, han salido de las manos de sus maestros Jesuitas para proclamar su sumo aborrecimiento por el sacerdocio y el papado. Ellos han visto con sus propios ojos que el sacerdote de Roma es el enemigo más peligroso y más implacable de la inteligencia, el

progreso y la libertad.

Voltaire estudió en un colegio Católico-romano y probablemente fue ahí donde se valorizó para su terrible batalla contra Roma. El Catolicismo nunca se recuperará del golpe que Voltaire le dio en Francia.

Cuando vean a los colegios y conventos Católico-romanos elevar sus chapiteles arrogantes sobre algún cerro alto o en medio de algún valle verde, pueden esperar confiadamente que el auto-respeto y las virtudes varoniles de la gente pronto desaparecerán. La inteligencia, el progreso y la prosperidad pronto serán reemplazados por las supersticiones, la ociosidad, la borrachera, la ignorancia, la pobreza y degradaciones de toda índole. Los colegios y conventos son las altas ciudadelas de las cuales el Papa tira sus misiles más penetrantes contra los derechos y libertades de las naciones.

En los colegios y conventos de Roma es donde los alumnos aprenden que fueron creados para obedecer al Papa en todo, que la Biblia tiene que ser quemada y que la libertad tiene que ser destruida a toda costa.

CAPÍTULO 10

Para comprender la educación moral de los alumnos en los colegios Católico-romanos, uno sólo necesita entender que desde el principio hasta el fin, están rodeados de un medio ambiente en que respiran únicamente el paganismo.

Por ejemplo, nuestros superiores nos convencieron que los escapularios, medallas, agua bendita etc. serían de gran utilidad en batallar contra las tentaciones más peligrosas, como también en evadir los peligros más comunes de la vida. Por consecuencia, los guardamos con el mayor respeto, besándolos día y noche con afecto como si fueran instrumentos de la misericordia de Dios. Luego, descubrimos en los historiadores griegos y latinos que no eran más que remanentes del paganismo.

El moderno Pontifex Máximus (el Papa de Roma), supuesto sucesor de San Pedro, el Vicario de Jesucristo, asemejaba a los Pontifex Máximus de la gran república de Roma como dos gotas de agua. Nuestro Papa retuvo el nombre, los atributos, la pompa, el orgullo y aun el vestuario de ese sumo sacerdote pagano. ¿No fue la adoración a los santos absolutamente la misma adoración a los dioses de tiempos antiguos? ¿No fue descrito minuciosamente nuestro purgatorio por Virgilio? ¿No fueron repetidos nuestros rezos a la Virgen y a los santos, casi con las mismas palabras por los adoradores ante las imágenes de sus dioses igual como las rezamos delante de las imágenes en nuestras iglesias? ¿No se usó nuestra agua bendita entre los idólatras y con el mismo propósito?

Por medio de la historia supimos el año en que había sido edificado en Roma el templo magnífico consagrado a todos los dioses llevando el nombre Pantheon. Palabras no pueden expresar la vergüenza que sentimos al aprender que los Católico-romanos de nuestros días, bajo la supervisión y sanción del Papa, ¡Todavía se postran ante los MISMOS IDOLOS en el MISMO TEMPLO para obtener los MISMOS FAVORES!

Cuando nos preguntamos, ¿Cuál es la diferencia entre la religión de Roma pagana y la de Roma hoy? Más de un alumno respondería: La única diferencia está en el nombre. En lugar de llamar a esta estatua Júpiter, la llamamos San Pedro y en lugar de llamar a aquella Minerva o

Venus, la llamamos Sta. María. Es la antigua idolatría disfrazada con nombres Cristianos.

Yo deseaba seriamente ser un Católico honesto y sincero, pero estas impresiones y pensamientos me distraían mucho. Desgraciadamente, muchos de los libros puestos en nuestras manos por nuestros superiores para confirmar nuestra fió, formar nuestro carácter moral y sustentar nuestra piedad y nuestra confianza en las dogmas de la Iglesia de Roma, tenían una semejanza espantosa a las historias de los dioses y diosas que había leído. Los milagros atribuidos a la Virgen María frecuentemente parecían ser sólo una reproducción de los trucos y engaños de los sacerdotes de Júpiter, Venus, Minerva etc. Algunos de esos milagros de la Virgen María igualaban y sobrepasaban en absurdo a los cuentos horrendos de los dioses y diosas paganos.

Después de leer la metamorfosis monstruosa de los dioses del Olimpo, el alumno siente un deseo ardiente de nutrirse con las palabras de vida. Pero el sacerdote del colegio se interpone entre el alumno y Cristo y en lugar de dejarlo nutrirse con el Pan de Vida, les ofrece fábulas, algarrobas para apaciguar su hambre.

¡Sólo Dios sabe cuánto sufrí durante mis estudios al encontrarme absolutamente privado del privilegio de comer el Pan de Vida, su Santa Palabra!

Durante los últimos años de mis estudios, mis superiores a menudo me confiaban el cargo de la biblioteca. Un día festivo, me quedé solo en el colegio. Encerrándome en la biblioteca, empecé a examinar todos los libros. Descubrí que los libros más adecuados para instruirnos eran marcados prohibidos. Sentí vergüenza inexpresable al ver que sólo los libros más indiferentes eran colocados en nuestras manos. Varios alumnos más avanzados ya me habían hecho esa observación, pero no les creía. Hasta ese momento había desechado la idea de que junto con los demás alumnos, yo era víctima de un sistema increíble de ceguera intelectual y moral.

Entre los libros prohibidos, encontré una Biblia espléndida. La agarré como un avaro que descubre a un tesoro perdido. La levanté a mis labios y la besé respetuosamente. La apreté a mi corazón como uno abraza al amigo de quien se ha separado por largo tiempo. Esta Biblia trajo a mi memoria las horas más deleitosas de mi vida. Leí en sus páginas divinas hasta que regresaron los escolares.

Al día siguiente, el Rev. Sr. Leprohon, nuestro director, me llamó a su cuarto y me dijo: Pareces turbado hoy, ¿Tienes algún motivo de dolor? ¿Estás enfermo?

No podía expresar adecuadamente mi amor y respeto por este hombre venerable. El era al mismo tiempo mi amigo y mi benefactor. Durante cuatro años, él y el Rev. Sr. Brassard habían

pagado mi alojamiento.

Había leído la Biblia el día anterior en desobediencia a mi benefactor, porque cuando él me confió el cuidado de la biblioteca, me hizo prometer no leer los libros del catálogo prohibido. Me dolió entristecerlo al admitir que había quebrantado mi palabra de honor, pero me dolió mucho más engañarlo ocultando la verdad.

Así que, le dije: Tiene usted razón en decir que estoy inquieto y triste. Confieso que hay algo que me confunde en gran manera. Nunca me atrevo a hablar de ello, pero como usted desea saber la causa de mi tristeza, se lo diré. ¡Usted ha puesto en nuestras manos no sólo a leer, sino a aprender de memoria libros que usted bien sabe, en parte son inspirados del infierno y nos prohíbe leer el único libro cuya cada palabra es enviada del cielo! Esto me confunde y me escandaliza. Su pavor hacia la Biblia conmueve mi fe y me hace temer que en nuestra Iglesia nos estamos desviando.

El Sr. Leprohon respondió: Yo he sido el director de este colegio por más de veinte años y nunca he oído de los labios de ningún alumno semejantes reparos y quejas. ¿No temas ser víctima de un engaño del diablo al entrometerte con una pregunta tan extraña y tan nueva para un escolar, cuya única meta debe ser obedecer a sus superiores?

Tal vez, yo sea el primero en hablarle de este modo, pero también es muy probable que soy el único alumno que haya leído la Santa Biblia en su niñez. Le aseguro que la lectura cuidadosa de ese libro admirable me ha hecho un bien que todavía siento. Yo sé, por experiencia personal, que no hay en todo el mundo un libro tan bueno y apropiado para leer y estoy en gran manera entristecido y escandalizado por el pavor que usted tiene hacia ella.

Le confieso que pasé la tarde de ayer en la biblioteca leyendo la Biblia. Encontré en ella cosas que me hicieron llorar de gozo y felicidad, cosas que hicieron más bien a mi alma y corazón que todo lo que usted me ha dado para leer en los últimos seis años. Y estoy tan triste hoy, porque usted me aprueba cuando leo las palabras del diablo y me condena cuando leo la Palabra de Dios.

Mi superior contestó: Puesto que has leído la Biblia, debes saber que hay asuntos en ella de una naturaleza tan delicada que es impropio para un joven o aún más para una señorita leer.

Entiendo, le respondí, pero usted sabe muy bien que Satanás nos habla de cosas malas día y noche para que las gustemos y nos perdamos. Pero cuando el Dios de pureza nos habla de cosas malas (de las cuales es casi imposible que el hombre ignore), El lo hace para que las odiemos y las aborrezcamos y nos da la gracia para evitarlas. Puesto que no puedes evitar que el diablo nos susurre para seducirnos, ¿Cómo se atreve a impedir a Dios hablarnos de las

mismas cosas para escudarnos de su seducción? Además, cuando Dios mismo quiere hablarme sobre cualquier tema, ¿Qué derecho tiene usted de obstruir la penetración de su Palabra a mi corazón?

Aunque la mente del Sr. Leprohon estaba enredada en las tinieblas de Roma, su corazón permanecía honesto y verdadero. Yo le respetaba y amaba como padre aunque difería de él en opinión y sabía que él me quería como su propio hijo.

El se asombró por mi respuesta. Se puso pálido y vi lágrimas a punto de salir de sus ojos. Suspiró profundamente y me miró algún tiempo reflexionando y sin contestar.

Por fin, me dijo: Mi querido Chíniquy, tu respuesta y tus argumentos tienen tal fuerza que me asustan; si tuviera solamente mis propias ideas personales para desaprobarlos, reconozco que no podría hacerlo. Pero tengo algo mejor que mis propios pensamientos débiles. Tengo los pensamientos de la Iglesia y de nuestro Santo Padre, el Papa. Ellos nos prohíben poner la Biblia al alcance de nuestros alumnos. Esto debe poner fin a tus problemas. Obedecer a tus superiores legítimos en todas las cosas es la regla que un escolar Cristiano, como tú, debe seguir y si lo quebrantaste ayer, espero que sea la última vez que un hijo, a quien amo más que a mí mismo, me sea motivo de tanto dolor.

Al decir esto, me abrazó y me apretó a su corazón y bañó mi cara con sus lágrimas. Yo también lloré, sí, lloré abundantemente. Pero Dios sabe que aunque el pesar de haber entristecido a mi benefactor y padre me hizo llorar en ese momento, lloré mucho más al percibir que nunca más sería permitido leer su Santa Palabra.

Los dioses de los paganos nos hablaban diariamente por medio de sus apóstoles y discípulos: Homero, Virgilio, Pindar, Horacio etc. ¡Pero al Dios de los Cristianos, no le permitían decirnos una sola palabra! Tengo que decir, con corazón triste, que la educación moral y religiosa de los colegios Católico-romanos es peor que vacío. ¡Han excluido la única norma verdadera de la moral y la religión: LA PALABRA DE DIOS!

CAPÍTULO 11

En la historia del paganismo, frecuentemente los padres mataban a sus hijos sobre los altares de sus dioses para apaciguar su ira u obtener sus favores. Pero ahora vemos algo todavía más extraño: Padres Cristianos forzando a sus hijos a entrar en los templos y a los pies de los ídolos de Roma, bajo el concepto falaz de educarlos. Mientras el padre pagano destruye la vida temporal de su hijo, el padre Cristiano destruye su vida eterna. El pagano era consecuente. El creía en el poder omnipotente y santidad de sus dioses; sinceramente PENSABA que ellos gobernaban el mundo y que bendecían tanto a la víctima como a los que las ofrecían.

Pero, ¿Dónde está la firmeza del Protestante que sacrifica a su hijo en los altares del Papa? ¿Será cierto que cree en su santidad o en su supremo e infalible poder? Entonces, ¿Por qué no va él mismo a postrarse a sus pies? Los Protestantes dicen, como pretexto, que los superiores de los colegios y los conventos les han asegurado que sus convicciones religiosas serán respetadas y que no les dirá ni les hará nada para quitar ni estremecer la religión de sus hijos.

Nuestros primeros padres no fueron menos cruelmente engañados por las palabras seductivas de la serpiente que los Protestantes por las promesas engañosas de los sacerdotes y monjas de Roma.

Yo mismo presencié esta promesa hecha por nuestro superior a un padre quien era un juez en Nueva York. Varios días después, ese mismo superior me dijo: Tú sabes algo de inglés y este joven sabe suficiente francés que pueden entenderse. Intenta hacerlo tu amigo y condúcelo a nuestra santa religión. Su padre es un hombre de mucha influencia en los Estados Unidos y este hijo único es heredero de una inmensa fortuna. Habrá grandes resultados para el futuro de la Iglesia en los Estados Unidos como consecuencia de su conversión.

Yo repliqué: ¿Ha olvidado usted la promesa que hizo a su padre de nunca decir ni hacer nada para conmocionar o quitar la religión de este joven?

Mi superior sonrió ante mi simplicidad y dijo: Cuando hayas estudiado teología, sabrás que

el Protestantismo no es una religión, sino la negación de la religión. Protestar no puede ser la base de ninguna doctrina. Así que, cuando prometí al Juez Pike que las convicciones religiosas de su hijo serían respetadas y que no haría nada para cambiar su fe, le prometí la cosa más fácil en el mundo, puesto que prometí no entrometerme con algo que no existe.

Cegado por el razonamiento de mi superior, me dediqué a hacer de ese joven amigo un buen católico-romano. Probablemente hubiera tenido éxito si una grave enfermedad no le hubiera forzado a regresar a casa.

Protestantes que leen esto tal vez se indignarán contra semejante engaño, pero su desprecio debe ser para ustedes mismos. El superior Sr. Leprohon fue honesto, él actuó conforme a principios que él pensó ser buenos y legítimos y gustosamente hubiera dado hasta la última gota de su sangre en su defensa. El sacerdote de Roma no es el traidor aquí; el protestante que quiere que su hijo sea educado por un Jesuita, es quien no tiene nada de religión. No hay nada más ridículo que oír a tal hombre rogar que respeten a sus principios religiosos. No es el sacerdote de Roma que es despreciable y traicionero a sus principios, sino es el protestante que traicionó a su Evangelio y a su propia conciencia por educar a su hijo con los siervos del Papa.

Cuando yo estuve en la Iglesia de Roma, frecuentemente hablamos de la necesidad de hacer esfuerzos super-humanos para atraer a los jóvenes Protestantes a nuestros colegios y conventos como el medio más corto y único de dominar más pronto al mundo. Los mismos sacerdotes de Roma se glorían de que más de la mitad de los alumnos de las monjas son hijos de protestantes y que setenta por ciento, tarde o temprano, llegan a ser los discípulos más firmes y los verdaderos pilares del papado en los Estados Unidos.

Pero, dicen algunos Protestantes, ¿Dónde podemos conseguir mayor seguridad para proteger la moral de nuestras hijas que en esos conventos? Las caras de las buenas monjas, sus sonrisas angélicas, aun de sus labios parece fluir un perfume celestial. ¿No son éstas las señales infalibles de que nada contaminará los corazones de nuestros queridos hijos al estar bajo el cuidado de esas monjas santas?

¡Sonrisas angélicas! ¡Labios que destilan perfume celestial! ¡Expresiones de paz y santidad de las buenas monjas! ¡Atractivo ilusorio! ¡Cruel engaño!

¡Burla de comedia! Sí, todas esas sonrisas angélicas, todas esas expresiones de gozo y felicidad, no son más que carnadas para engañar a los hombres honestos pero demasiado confiados.

Por largo tiempo creí que había algo real en toda la exhibición de paz y felicidad que vi en

las caras de muchas monjas. Pero cuán pronto desaparecieron mis ilusiones cuando leí con mis propios ojos un libro de las reglas secretas del convento. Una de sus reglas es que siempre, especialmente en presencia de extranjeros, deben mostrar una apariencia de gozo y felicidad aun cuando su alma esté inundada de tristeza y dolor. Los motivos dados para poner así una máscara continuamente son asegurar la estimación y respeto de la gente e inducir a más jóvenes a entrar en el convento. Frecuentemente el corazón de la pobre monja está lleno de dolor y su alma ahogada en un mar de desolación, pero está obligada por juramento a siempre parecer gozosa.

¡Ay! Si los protestantes supieran como yo, cuánto sangran los corazones de esas monjas, cuánto sienten mortalmente heridas esas pobres víctimas del Papa y cómo casi todas mueren a una temprana edad, quebrantadas de corazón, llorarían al ver su profunda miseria. En lugar de ayudar a Satanás a mantener esos tristes calabozos entregándole su dinero y sus hijos, los dejarían desmoronar en el polvo y así parar los torrentes de lágrimas silenciosas y amargas que esas celdas ocultan.

Pero, dice alguien, la educación está tan barata en el convento. Yo contesto: Si costara la mitad del precio, costaría el doble de su valor. Las cosas baratas siempre llevan precios demasiado altos. Intelectualmente la educación en un convento es completamente nulo. El gran objetivo del Papa para las monjas es cautivar y destruir su inteligencia.

¿Qué clase de educación moral podrá una joven recibir de una monja que cree que puede vivir como le dé la gana, que nada malo le puede suceder ni en esta vida ni en la venidera con tal que sea devota a la Virgen María?

Que lean los Protestantes “Las Glorias de María” por San Ligorio, un libro que se halla en las manos de todo sacerdote y monja y entonces entenderán qué clase de moralidad se practica y se enseña dentro de los muros de la Iglesia de Roma.

CAPÍTULO 12

La palabra EDUCACIÓN es una palabra hermosa. Viene del latín educare que significa levantar de los grados mas bajos hasta las esferas más altas de conocimiento. El objetivo de la educación entonces es alimentar, ampliar, levantar, iluminar y fortalecer la inteligencia.

Cuando un protestante habla de educación, la palabra se usa y se entiende en su sentido verdadero. Cuando manda a su hijito a una escuela Protestante, desea honestamente que su inteligencia se eleve en conocimiento tan alto como sea posible. Cuando el hijo del Protestante haya adquirido un poco de conocimiento, quiere adquirir más, igual que el águila entresaca sus alas para volar más alto. Una ambición noble y misteriosa se apodera de su alma juvenil. Empieza a sentir algo de esa sed insaciable de conocimiento que Dios mismo ha puesto en el pecho de todo descendiente de Adán. Por tanto, debiera ser una obligación tanto para católico-romano como para protestantes ayudar al alumno en su vuelo. Pero, ¿Es así? No.

Cuando los protestantes mandan sus hijos a la escuela, no ponen trabas a su inteligencia. El escolar Protestante progresa de la batida tímida hasta el vuelo confiado y audaz, de una región de conocimiento a otra más alta hasta perderse en aquel océano de luz, verdad y vida que es Dios.

¡Las naciones del mundo que son verdaderamente grandes, verdaderamente poderosas y verdaderamente libres, son protestantes! Son las naciones avanzadas en los rangos de progreso, ciencia y libertad; dejando muy atrás las naciones desafortunadas cuyas manos están atadas por las despreciables cadenas de hierro del papado.

El joven escolar Católico-romano nace con la misma inteligencia despierta que el Protestante; es dotado por su Creador con los mismos poderes mentales que su vecino Protestante; tiene las mismas aspiraciones nobles implantadas por Dios. Igual que el Protestante, lo mandan a la escuela para recibir lo que llaman “educación”. Al principio, entiende la palabra en su verdadero sentido; va a la escuela con la esperanza de ser elevado tan alto como permitan su inteligencia y esfuerzo personal.

Pero aquí empiezan las desilusiones y tribulaciones del alumno Católico-romano. Lo más alto que es permitido alcanzar es el nivel de los dedos gordos de los pies del Papa. El Papa es, supuestamente, la única fuente de ciencia, conocimiento y verdad. Su conocimiento es el último límite de aprendizaje y luz que el mundo puede alcanzar. No se permite saber ni creer lo que Su Santidad no sabe ni cree.

El 22 de junio de 1663, Galileo fue obligado a caer de rodillas en súplica para escapar de la muerte cruel ordenada por el Papa. El firmó con su propia mano la siguiente retractación: Yo abjuro, maldigo y detesto el error y la herejía del movimiento de la tierra, etc.

Ese hombre instruido tenía que degradarse y jurar una mentira, que la tierra no se mueve alrededor del sol. Así, las alas de esa águila gigante fueron cortadas por las tijeras del Papa. Pero Dios no permitió que ese intelecto gigante fuese enteramente estrangulado por las manos sangrientas de aquel enemigo de la luz y la verdad, el Papa. Suficiente fortaleza y vida permanecieron en Galileo para permitirle decir cuando se levantó: ¡Esto no impedirá el movimiento de la tierra!

El decreto infalible del Papa infalible, Urbano VIII, contra el movimiento de la tierra fue firmado por los cardenales Felia, Guido, Desiderio, Antonio Bellingero y Frabriccio. Dice: "En el nombre y por la autoridad de Jesucristo, la plenitud del cual reside en su Vicario, el Papa, declaramos que la proposición de que la tierra no es el centro del universo y que se mueve con movimiento diurno es absurda, filosóficamente falsa y errónea en la fe."

¡Qué cosa tan gloriosa para el Papa de Roma ser infalible! ¡El sabe infaliblemente que la tierra no se mueve alrededor del sol! y ¡Qué cosa más bendita para los Católico-romanos ser gobernados y enseñados por semejante ser infalible! Consideren la consecuencia de ese decreto infalible en la siguiente acta de humilde sumisión de dos célebres astrónomos Jesuitas, Lesueur y Jacquier: "Newton supone, en su tercer libro, la hipótesis de que la tierra se mueve alrededor del sol. Las proposiciones de ese autor no se pueden explicar, excepto por la misma hipótesis; así que, somos forzados a actuar con un carácter que no es nuestro. Pero declaramos nuestra entera sumisión a los decretos de los Sumo Pontífices de Roma contra el movimiento de la tierra." (Newton's Principia Vol. III pág.450)

Aquí ven a dos Jesuitas instruidos, que han escrito una obra factible para comprobar que la tierra se mueve alrededor del sol, temblando ante las amenazas de muerte del Vaticano, someterse a los decretos de los Papas de Roma contra el movimiento de la tierra. Estos dos Jesuitas cultos dicen la más despreciable y ridícula mentira para salvarse de ese gran extinguidor de luz cuyo trono está en la ciudad de siete colinas.

Si Newton, Franklin, Fulton o Morse hubieran sido Romanistas, sus nombres se hubieran perdido en la oscuridad que es la herencia natural de los miserables esclavos de los Papas quienes desde la infancia les dicen que nadie tiene el derecho de usar su "juicio privado", ni inteligencia ni conciencia en la investigación de la verdad. Hubieran permanecido mudos e inertes a los pies del moderno y terrible dios de Roma, el Papa.

Pero ellos eran protestantes. En esa palabra grande y gloriosa "Protestante" está el secreto de los descubrimientos maravillosos que han cambiado la faz del mundo. ¡Ellos eran protestantes! Sí, pasaron su niñez en escuelas Protestantes donde leyeron un libro que les dijo que fueron creados a la imagen de Dios y que ese gran Dios envió a su Hijo eterno, Jesús, para libertarnos de la servidumbre de los hombres. Ellos leyeron en ese libro Protestante (porque la Biblia es el libro más Protestante en el mundo) que el hombre tiene no solamente una conciencia, sino también una inteligencia para guiarle. Aprendieron que esa inteligencia y esa conciencia no tienen otro amo, ni ninguna otra guía, ni ninguna otra luz aparte de Dios. En los muros de sus escuelas protestantes, el Hijo de Dios escribió las palabras maravillosas: "Venid a mí, Yo soy el camino, la luz y la vida."

¿Por qué las naciones Católico-romanas no sólo quedan estancadas, sino decaen? Vayan a sus escuelas y observan los principios que siembran en las mentes de sus desafortunados esclavos y tendrán la clave a ese triste misterio. ¿Cuál es la primera lección diaria enseñada a los niños? ¿No es que el crimen más grande que un hombre puede cometer es seguir su juicio privado? Esto significa que tiene ojos, oídos e inteligencia, pero no puede usarlos sin arriesgar ser eternamente condenado. Sus superiores, el sacerdote y el Papa, tienen que ver por él, oír por él y pensar por él. Si esto parece ser una exageración, permítanme forzar a la Iglesia de Roma a venir aquí y hablar por sí misma.

Aquí están las palabras textuales del supuesto "Santo" Ignacio de Loyola, fundador de la sociedad de los Jesuitas: "En cuanto a la santa obediencia, esta virtud tiene que ser perfecta en todo aspecto: en ejecución, en voluntad e intelecto. Ella se impone con toda celeridad, gozo espiritual y perseverancia, persuadiéndonos que todo es justo; suprimiendo todo pensamiento repugnante y juicio propio en la obediencia específica; que cada uno se persuade que el que vive bajo la obediencia debe ser movido y dirigido, bajo la Providencia Divina, por su superior COMO SI FUERA UN CADÁVER (perinde acsi cadáver esset) que se deja ser movido y dirigido en cualquier dirección."

Ustedes me preguntan: ¿Qué utilidad tendrán millones de cadáveres morales? ¿Por qué no dejarlos vivir? La respuesta es fácil. El gran y único objetivo de los pensamientos y las

maquinaciones del Papa y los sacerdotes es elevarse por encima del resto del mundo. Ellos quieren estar aún más alto que Dios mismo. Refiriéndose al Papa, el Espíritu Santo dice: "El cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios." (2Ts. 2:4)

Para alcanzar su objetivo, los sacerdotes han convencido a sus millones y millones de esclavos que son meros cadáveres; que no deben tener ni voluntad, ni conciencia ni inteligencia propia. Cuando hayan hecho una pirámide de todos aquellos cadáveres inmóviles e inertes, tan alta que su cúspide entra a la misma habitación de las antiguas divinidades del mundo pagano; ahí se colocan a sí mismos y a sus Papas por encima y dicen al resto del mundo: -¿Quién de ustedes es tan alto como nosotros? ¿Dónde habrá reyes y emperadores con tronos tan elevados como los nuestros? ¿No estamos en la cúspide de la humanidad?

¡Sí, sí! respondo yo a los sacerdotes de Roma, están altos, efectivamente muy altos. Su trono está más alto que cualquier que conozcamos. ¡¡Pero es un trono de cadáveres!!

Permítanme poner ante sus ojos otro trozo de la enseñanza Jesuita de "Los Ejercicios Espirituales" por su fundador Ignacio de Loyola: "...debemos siempre mantener como principio fijo que lo que veo ser blanco, creo ser negro si las autoridades superiores de la Iglesia así lo definen."

Todos saben que es un deseo declarado de Roma tener la educación pública en manos de los Jesuitas; según ella, ellos son los mejores maestros modelos. ¿Por qué? Porque ellos más audazamente y más exitosamente que cualquier otro de sus maestros, aspiran a la destrucción de la inteligencia y conciencia de los alumnos. Cuando un hombre ha sido entrenado suficiente tiempo por ellos, se convierta perfectamente en un cadáver moral. Sus superiores pueden hacer con él lo que les dé la gana. Escucha las palabras de ese Papa "infalible" Gregorio XVI en su celebrada Encíclica del 15 de Agosto de 1832: "Si la santa Iglesia así lo requiere, sacrificaremos nuestras propias opiniones, nuestro conocimiento, nuestra inteligencia, los sueños espléndidos de nuestra imaginación y las realizaciones más sublimes del entendimiento humano."

Después de considerar estas ideas anti-sociales de Roma, el Sr. Gladstone escribió recientemente: "Ningún complot más astuto fue jamás diseñado contra la libertad, la virtud y la felicidad de la humanidad que el Romanismo." ("Carta a Earl Aberdeen")

Ahora, Protestantes, ¿Empiezan a comprender la grande distancia que hay entre la palabra "educación" entre ustedes y el significado de la misma palabra en la Iglesia de Roma? Por educación ustedes quieren decir elevar al hombre al la esfera más alta de la virilidad.

Roma quiere decir bajarlo más abajo que los brutos estúpidos. Por educación ustedes quieren decir enseñar al hombre que él es un agente libre; que la libertad dentro de las leyes de Dios y de su país es una dádiva a todos; que es mejor morir un hombre libre que vivir como esclavo. Roma quiere enseñar que hay un solo hombre que es libre, el Papa; todos los demás nacen para ser sus miserables esclavos en pensamiento, voluntad y acción.

Yo les pregunto, Protestantes americanos, ¿Qué será de su país hermoso si permiten a la Iglesia de Roma enseñar a sus hijos? ¿Qué futuro de vergüenza, degradación y esclavitud preparan para su país, si Roma tiene éxito en forzarlos a apoyar a tales escuelas? ¿Qué clase de mujeres saldrán de las escuelas de monjas quienes les enseñan que el nivel más alto de perfección en una mujer es cuando obedece a su superior, el sacerdote, ¡En todo lo que él mande! o que tu hija nunca tendrá que dar cuenta a Dios por las acciones que haya hecho para agradar y obedecer a su superior, el sacerdote, el obispo o el Papa? Nuevamente, ¿Qué clase de hombres y ciudadanos saldrán de las escuelas de los Jesuitas que creen y enseñan que un hombre alcanza la perfección de virilidad sólo cuando es un perfecto cadáver espiritual ante su superior?

CAPÍTULO 13

La teología es el estudio del conocimiento de las leyes de Dios. Desde luego, no hay tema más noble. Cuán solemnes eran mis pensamientos y elevadas mis aspiraciones en 1829 cuando comencé mi curso de estudio de teología en Nicolet. Yo suponía que mis libros de teología me darían un conocimiento más perfecto de la santa voluntad de Dios y de las leyes sagradas.

Los teólogos principales estudiados eran Bailly, Dens, Santo Tomás y sobre todo, Ligorio, quien desde entonces ha sido canonizado. Nunca abrí uno sin ofrecer una ferviente oración a Dios y a la Virgen María por luz, tanto para mí como para la gente cuyo pastor llegaría a ser.

Pero, ¡Cuán sorprendido me quedé al descubrir que para aceptar los principios de los teólogos, tendría que abandonar toda la verdad de justicia, honor y santidad! Cuán largos y dolorosos esfuerzos me costaron extinguir uno por uno las luces de verdad y de razón encendidas en mi inteligencia por la mano de mi Dios misericordioso. Porque estudiar la teología en la Iglesia de Roma es aprender a hablar falsamente, engañar, cometer robo y perjurarse.

Yo sé que católico-romano y aun protestantes valiente y fervientemente negarán lo que ahora digo. Sin embargo, es la verdad. Mis testigos no pueden ser contradichos por nadie. Mis testigos hasta son "infalibles". Son ni más ni menos los mismos teólogos Católico-romanos aprobados por los Papas infalibles. Estos mismos hombres, que corrompieron mi corazón, pervirtieron mi inteligencia y envenenaron mi alma como han hecho con todo sacerdote de su Iglesia, serán mis únicos testigos para testificar en contra de ellos mismos.

Ligorio afirma que es lícito mentir bajo juramento. En su tratado sobre juramentos dice: "Es una opinión cierta y común entre todos los divinos que por una causa justa, es lícito usar equivocación (engaño) y confirmarla (la equivocación) con juramento... Ahora una causa justa es cualquier fin honesto para preservar cosas buenas para el espíritu o cosas útiles para el cuerpo." (Mor. Theol. t. ii. cap. ii. de jur. p.316, n.151. Mech. 1845)

Ligorio dice que una mujer culpable de adulterio puede negarlo bajo juramento si lo ha

confesado a un sacerdote. El dice: “Si sacramentalmente confesó adulterio, ella puede contestar: ”Soy inocente de este crimen” porque es quitado por la confesión.” Ligorio mantiene que es lícito cometer un crimen menor para evitar un crimen mayor. El dice: “Así que, Sánchez enseña que es lícito persuadir al hombre determinado a matar a alguien, a cometer robo o fornicación.” (Mor. Theol. t.ii. lib.iii. cap.ii. n.57, p.157)

Ligorio también justifica a un sirviente que ayuda a su amo a cometer fornicación trayéndole una escalera. Los Salmanticenses dicen que es lícito para un sirviente robar a su amo si siente que su salario no es adecuado.

Ligorio en Dubium II, considera cuánto será la cantidad de propiedad robada necesaria para constituir un pecado mortal. El dice: Si alguien en cierta ocasión sólo roba una cantidad moderada ... sin la intención de adquirir una cantidad notable ni de dañar demasiado a su prójimo por varios robos, él no peca gravemente, ni estos juntos constituyen un pecado mortal; no obstante, después que llegue a una cantidad notable, por retenerlo, puede que cometa un pecado mortal. Pero aun este pecado mortal puede evitarse si no puede restituirlo o si tenga la intención de hacer restitución inmediatamente. (Mor. theol. t.iii. p.257, n.533. Mech. 1845.)

Los teólogos de Roma nos aseguran que es lícito y aun imperativo ocultar y disfrazar nuestra fe: “Cuando te preguntan concerniente a tu fe, no sólo es lícito, sino frecuentemente es más conducente a la gloria de Dios y la utilidad de tu prójimo ocultar la fe que confesarla. Por ejemplo, si ocultándola entre herejes (Protestantes) podrás realizar mayor bien; o si por la confesión de la fe más males sigan, como algún peligro, la muerte o la hostilidad de un tirano o tortura. Por tanto, frecuentemente es precipitado ofrecerse voluntariamente.” (Mor. Theol. t.ii. p.817, n.14. Mech. 1845.)

El Papa tiene el derecho de libertar de todo juramento: “En cuanto a un juramento hecho para un objeto bueno y legítimo parece que no debe haber ningún poder capaz de anularlo. Sin embargo, cuando es para el bien del público, asunto que está bajo la jurisdicción directa del Papa, quien tiene el poder supremo de la Iglesia, el Papa tiene pleno poder para libertar de ese juramento.” (Santo Tomás, Quest 89 art. 9 vol.IV.)

Los Católico-romanos tienen, no sólo el derecho, sino la obligación de matar a los herejes: “Cualquier hombre excomulgado queda privado de toda comunicación civil con los fieles de tal manera que si no es admitido, no pueden tener ninguna comunicación con él, como dice el siguiente verso: Se prohíbe besarlo, orar con él, saludarlo, comer o hacer algún trato con él.” (San Ligorio, vol. IX, p.62)

"Aunque los herejes no deben ser tolerados... tenemos que soportarlos hasta que por una segunda amonestación, sean vueltos a la fe de la Iglesia. Pero aquellos que después de una segunda amonestación permanecen obstinados en sus errores, no sólo tienen que ser excomulgados, sino entregados a los poderes seculares para ser exterminados."

"Aunque los herejes que se arrepienten siempre tienen que ser aceptados a penitencia cuantas veces caigan, no por eso deben ser permitidos a gozar de los beneficios de la vida. Cuando caen nuevamente, son admitidos al arrepentirse, pero la sentencia de muerte no será quitada."

"No es necesario obedecer a un rey si es excomulgado. Cuando un hombre es excomulgado por su apostasía... todos sus súbditos son libertados del juramento de lealtad por el cual se habían obligado a servirle." (Santo Tomás vol.4, p.91)

Todo hereje y protestante será condenado a muerte y todo juramento de lealtad a un gobierno Protestante o hereje es anulado por el concilio de Letrán celebrado en 1215 D.C.:

"Excomulgamos y anatemizamos a toda herejía que se exalta en contra de la santa fe Católica ortodoxa, condenando a todo hereje por cualquier nombre que sea conocido; porque aunque se defieren de cara, son atados juntos por la cola. Tales condenados serán entregados a los poderes seculares existentes para recibir su debido castigo. Si son laicos, sus bienes serán confiscados; si sacerdotes, primero serán degradados de sus órdenes respectivos y sus propiedades aplicadas a la iglesia donde han oficiado. Los poderes seculares de todo grado y rango serán advertidos, inducidos y si sea necesario obligados por censura eclesiástica a jurar que se esforzarán hasta lo sumo en defensa de la fe y en extirpar (matar) a todos los herejes denunciados por la Iglesia que se encuentren en sus territorios. Y siempre que una persona asume el gobierno sea espiritual o temporal, será obligado a acatar este decreto.

"Si algún señor temporal, después de ser amonestado y requerido por la Iglesia, se descuidara de limpiar su territorio de la depravación hereje, el metropolitano y los obispos de la provincia se unirán para excomulgarlo. Si permanece contumaz y rebelde por un año entero, el hecho será dado a conocer al Pontífice Supremo, quien declarará a sus vasallos libertados de su voto de lealtad desde ese momento en adelante y el territorio será otorgado a los Católicos para ser ocupados por ellos con la condición de exterminar a los herejes y preservar a dicho territorio en la fe...

"Decretamos, además, que todo el que tenga trato con los herejes, especialmente el que los reciba, los defienda o los aliente, será excomulgado. No será elegible a ningún puesto

público, ni será admitido como testigo. Tampoco tendrá el poder de legar su propiedad por testamento, ni heredar ninguna herencia. No podrá presentar ninguna demanda contra nadie, pero cualquier persona podrá presentar demanda contra él. Si es un juez, su decisión no tendrá ninguna fuerza ni ningún caso será traído ante él. Si es defensor, no será permitido defender ningún caso; si es abogado, ningún instrumento hecho por él será aceptado como válido, sino que será condenado con su autor."

Yo tendría que escribir varios tomos grandes para citar a todos los doctores y teólogos Católico-romanos que aprueban el mentir, el perjurar, el adulterio, el robo y hasta el homicidio para la mayor gloria de Dios y el bien de la Iglesia de Roma. ¡Pero he citado suficientes para los que tienen ojos para ver y oídos para oír! Con semejantes principios, ¿Es de extrañar que todas las naciones católico-romano, sin una sola excepción, han declinado tan rápido? El gran Legislador del mundo, el único Salvador de las naciones, Jesús, ha dicho: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."

Una nación puede ser grande y fuerte solamente según las verdades que forman la base de su fe y vida. "La Verdad" es el único pan que Dios da a las naciones para que prosperen y vivan. El engaño, la hipocresía, el perjurio, el adulterio, el robo, y el homicidio son los venenos mortales que matan a las naciones.

Entonces, entre más un pueblo cree y venera a los sacerdotes de Roma con su teología, más pronto ese pueblo se debilitará y caerá. Un gran pensador ha dicho: "Entre más sacerdotes, más crímenes." Porque, entonces, más manos intentarán derribar los únicos fundamentos seguros de la sociedad.

¿Cómo podrá algún hombre estar seguro de la honestidad de su esposa, mientras cien mil sacerdotes le dicen que ella puede cometer cualquier pecado con su vecino para evitar que él haga un crimen peor o cuando le aseguran que aunque sea culpable de adulterio, puede jurar que es tan pura como un ángel?

¿Qué aprovechará enseñar los mejores principios de honor, decencia y santidad a una señorita, cuando está obligada a confesarse muchas veces cada año ante un sacerdote soltero quien está atado por conciencia a darle las lecciones más infames de depravación, bajo el pretexto de ayudarle a confesar todos sus pecados?

¿Cómo asegurarán los derechos de justicia y cómo pueden los jueces y jurados proteger a los inocentes y castigar a los culpables mientras a los testigos, cien mil sacerdotes les dicen que es lícito ocultar la verdad, dar respuestas equivocadas y aun perjurarse bajo mil pretextos?

¿Cuál gobierno puede encauzar al pueblo a caminar con paso firme en los caminos de luz, progreso y libertad, mientras hay un poder oscuro sobre ellos que tiene el derecho a cualquier hora, día o noche, romper y disolver todos los juramentos más sagrados de lealtad?

Armado con su teología, el sacerdote de Roma se convierte en el enemigo más peligroso e implacable de toda verdad, justicia y libertad. Es el obstáculo más formidable a todo buen gobierno y frecuentemente, sin darse cuenta, es el peor enemigo de Dios y del hombre.

CAPÍTULO 14

Si yo escribiera todos los trucos ingeniosos, las mentiras piadosas y perversiones de la Palabra de Dios usados para seducir a las pobres víctimas a meterse en la trampa del celibato perpetuo, necesitaría diez tomos grandes en lugar de un capítulo corto.

El Papa lleva a su víctima a la cumbre de un monte alto y ahí le muestra todos los honores, alabanza, riquezas, paz y gozo de este mundo, además el trono más glorioso del cielo y luego le dice: Todas estas cosas te daré si postrándote a mis pies me prometes sumisión absoluta y juras a nunca casarte para servirme mejor.

¿Quién puede desechar cosas tan gloriosas? Pero las desgraciadas víctimas a veces tienen presentimientos de las terribles miserias que les esperan.

Acercándose a la hora fatal de ese voto impío, las víctimas juveniles frecuentemente sienten su corazón desmayar de terror. Con las mejillas pálidas, labios temblorosos y con sudor frío, preguntan a sus superiores: ¿Será posible que nuestro Dios misericordioso requiera de nosotros semejante sacrificio?

¡Ay! ¡Cómo se vuelven elocuentes los sacerdotes despiadados en pintar al celibato como el único camino seguro al cielo o en mostrar los fuegos eternos del infierno preparados para recibir a los cobardes y traidores que después de haber puesto su mano al arado del celibato, miran hacia atrás! Los inundan con mil mentiras piadosas acerca de los milagros hecho por Cristo a favor de sus vírgenes y sacerdotes. Les hechizan por numerosos textos de las Escrituras, aunque no tienen la más mínima referencia a semejantes votos.

El más extraño de esos abusos se hace usando Mateo 19:12: "Pues hay eunucos que nacieron así desde el vientre de su madre y hay eunucos que son hechos por los hombres y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto que lo reciba."

En una ocasión, nuestro superior hizo un llamamiento muy urgente a nuestros sentimientos usando este texto. Pero el discurso aunque entusiasta, parecía deficiente de lógica. En la siguiente conferencia, después de pedir respetuosamente y obtener permiso

para expresar nuestras objeciones, hablé de la siguiente manera:

Querido y venerable señor, usted nos dijo que las palabras de Cristo, "Hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos." nos muestra que tenemos que hacer el voto de celibato y hacernos eunucos si queremos llegar a ser sacerdotes. Nos parece que este texto en ninguna manera prueba que un eunuco esté más cerca del reino de Dios que aquel que obedece las leyes de Dios. Si no era bueno para el hombre estar sin esposa cuando era tan santo y fuerte en el huerto del Edén, ¿Cómo puede ser bueno ahora que esta tan débil y pecaminoso?

Nuestro Salvador muestra claramente que él no encuentra ningún poder santificador en el estado de eunuco. Cuando el joven rico le preguntó: "Buen Maestro, ¿Qué debo hacer para tener la vida eterna?" ¿Acaso le contestó el Buen Maestro en el lenguaje que oímos de usted hace dos días? ¡No! Le dijo: "Guarda los mandamientos". ¿No diría lo mismo a mí también?

¿Dónde está el mandamiento en el Antiguo o el Nuevo Testamento que manda a hacer el voto de celibato? Cristo nunca menciona esa doctrina. ¿Cómo podemos entender las razones o la importancia de una obligación tan estricta y antinatural en nuestros días, cuando sabemos muy bien que los mismos santos apóstoles vivían con sus esposas y el Salvador nunca les reprendió por ello?

Esta libre expresión agarró desprevenido a nuestro superior. Me contestó: ¿Es todo lo que tienes que decir?

No es todo lo que queremos decir, respondí, pero antes de seguir, agradeceríamos recibir de usted la luz que deseamos sobre las dificultades que acabo de manifestar.

Has hablado como un verdadero hereje, replicó el Sr. Leprohon con viveza desacostumbrada, y si no esperara que hayas dicho estas cosas para recibir la luz, te denunciaría inmediatamente al obispo. Tú hablas de las Escrituras tal como hablaría un protestante. Apelas a ellas como la única fuente de verdad y conocimiento Cristiano. Has olvidado las Santas Tradiciones cuya autoridad es igual a la de las Escrituras.

Tienes razón en decir que la Biblia no impone los votos de celibato, pero lo encontramos en las Santas Tradiciones. El voto de celibato es ordenado por Jesucristo a través de su Iglesia. Las ordenanzas de la Iglesia comprometen a nuestras conciencias igual como los mandamientos de Dios dados en el monte Sinaí. No hay salvación para aquellos que no someten su razón a las enseñanzas de la Iglesia.

No necesitas entender todas las razones por el voto de celibato, pero estás obligado a creer en su necesidad y santidad, puesto que la Iglesia ha pronunciado su veredicto sobre esa

cuestión. No te corresponde discutir, porque tu deber es obedecer a la Iglesia así como los hijos sumisos obedecen a su madre benigna.

Pero, ¿Quién puede dudar, cuando recordamos que Cristo ordenó a sus apóstoles a separarse de sus esposas? ¿No dijo San Pedro a nuestro Salvador, "He aquí, lo hemos dejado todo y te hemos seguido?" (Mateo 19:27) ¿No es el sacerdote el verdadero representante de Cristo en la tierra? En su ordenación, ¿No es el sacerdote hecho igual y en un sentido superior a Cristo? Porque cuando celebra la misa, él manda a Cristo y el mismo Hijo de Dios está obligado a obedecer. El tiene que bajar del cielo cada vez que el sacerdote le ordena. El sacerdote lo encierra en el sagrario o lo saca de ahí según su propia voluntad. Al llegar a ser sacerdotes, serán elevados a una dignidad más alto que la de los ángeles. El sacerdote tiene que levantarse a un grado de santidad mucho más alto que el nivel de la gente común, a una santidad igual a la de los ángeles. ¿No ha dicho nuestro Salvador, hablando de los ángeles: "No se casarán ni se darán en casamiento"? Puesto que los sacerdotes son mensajeros y ángeles de Dios en la tierra, ciertamente tienen que vestirse de santidad y pureza angelical.

¿No dice San Pablo que la virginidad es superior al matrimonio? ¿No muestra este dicho del apóstol que el sacerdote, cuyas manos tocan diariamente el cuerpo divino y la sangre de Cristo, debe ser casto y puro, no contaminado por los deberes de la vida casada? Jesucristo a través de su santa Iglesia manda este voto a sus sacerdotes como el remedio más eficaz contra nuestra naturaleza corrupta.

Gustosamente contestaré sus demás objeciones si tienen más, dijo el Sr. Leprohon.

Le agradecemos mucho sus respuestas, le contesté, y aprovecharemos su bondad para presentar algunas observaciones adicionales. Pero primero, gracias por aclarar que la Palabra de Dios no apoya a los votos de celibato, sino que solamente las tradiciones de la Iglesia dictan su necesidad y santidad. Nos parecía que usted deseaba que creyéramos que estaba fundado en las Santas Escrituras. Si nos permite, hablaremos de las tradiciones en otra ocasión y nos limitaremos hoy a los textos que usted mencionó a favor del celibato.

Cuando Pedro dice: "Hemos dejado todo", nos parece que no tenía la intención de decir que había abandonado para siempre a su esposa por medio de un voto. Porque San Pablo dice positivamente, después de muchos años, que Pedro todavía tenía a su esposa y que vivía con ella, no sólo en su casa, sino que viajaba con ella cuando predicaba el Evangelio. Las palabras de las Escrituras no pueden ser opacadas por alguna astuta explicación ni por ninguna tradición.

Aunque usted ya sabe las palabras de Pablo sobre ese tema, permítame leerlas: "¿Acaso

no tenemos derecho de comer y beber? ¿No tenemos derecho de traer con nosotros a una hermana por mujer como también los otros apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas?” (1Cor. 9:4,5) Al decir San Pedro: “hemos dejado todo” no podría significar que nunca viviría con su esposa como hombre casado. Evidentemente las palabras de Pedro significan solamente que Jesús tenía el primer lugar en su corazón y que todo lo demás aun los objetos más queridos como su padre, madre y esposa eran secundarios en sus afectos y prioridades.

El otro texto que mencionó acerca de los ángeles no parece referirse al tema. Cuando nuestro Salvador habla de hombres que son como los ángeles y que no se casan, se refiere al estado de los hombres después de la resurrección. Si la Iglesia tuviera la misma regla para nosotros no tendríamos ninguna objeción. Usted nos dice que el voto de celibato es el mejor remedio contra las inclinaciones de nuestra naturaleza corrupta. ¿No es extraño que Dios nos dice que el mejor remedio que El había preparado contra esas inclinaciones está en las bendiciones del santo matrimonio? (1Cor. 7:2) Pero ahora nuestra Iglesia ha encontrado otro remedio más de acuerdo a la dignidad del hombre y la santidad de Dios: el voto de celibato.

Nuestro venerable superior, ya no pudiendo ocultar su indignación, me interrumpió bruscamente diciendo: Lamento sumamente el haberte dejado seguir hasta aquí. Esto no es una discusión Cristiana y humilde entre Levitas jóvenes y su superior para recibir de él la luz que desean. Es una exposición y defensa de las doctrinas más herejes que jamás he oído. ¿No te da vergüenza intentar hacernos preferir tu interpretación de las Santas Escrituras a la de la Iglesia? ¿Es a ti o a su santa Iglesia que Cristo prometió la luz del Espíritu Santo? ¿Eres tú quien enseñas a la Iglesia o la Iglesia tiene que enseñarte a ti? ¿Eres tú quien gobernarás y guiarás a la Iglesia o es la Iglesia quien te gobernará y te guiará a ti?

Mi querido Chíniquy, si no hay un gran cambio muy pronto en ti y en los que pretendes representar, temo mucho por todos ustedes. Muestras un espíritu de infidelidad y rebelión que me asusta. ¡Igual como Lucifer, te rebelas contra el Señor! ¿No temas los dolores eternos de su rebelión?

Estas apoyando un error Protestante cuando dices que los apóstoles vivían con sus esposas de la manera normal. Es verdad que Pablo dice que los apóstoles tenían mujeres con ellos y que aun viajaban con ellas. Pero las Santas Tradiciones de la Iglesia nos dicen que esas mujeres eran vírgenes santas que viajaban con los apóstoles para ministrar a sus varias necesidades, lavando su ropa interior y preparando sus comidas como las sirvientas que los sacerdotes ocupan hoy. Es una impiedad Protestante pensar o hablar de otra manera. Pero una palabra más y he terminado. Si ustedes aceptan la enseñanza de la Iglesia y se someten

como hijos obedientes a esa Madre Santísima, ella les levantará a la dignidad del sacerdocio; a una dignidad mucho más arriba de reyes y emperadores en este mundo. Si la sirven con fidelidad, ella les asegurará el respeto y la veneración de todo el mundo mientras vivan y les procurará una corona de gloria en el cielo.

Pero si rechazan sus doctrinas y persisten en sus opiniones rebeldes y escuchan a su propia razón engañosa en lugar de la Iglesia al interpretar las Santas Escrituras, se convertirán en herejes, apostatas y protestantes. Llevarán una vida de deshonra en este mundo y serán perdidos por toda la eternidad.

Nuestro superior se salió inmediatamente después de estas palabras fulminantes. Después de su salida, algunos de los alumnos de teología se reían a carcajadas y me dieron las gracias por haber luchado tan valerosamente y ganado una victoria tan gloriosa; Pues, había confundido a mi superior, pulverizando todos sus argumentos. Dos de ellos, repugnados por la lógica absurda de nuestro superior, salieron del seminario pocos días después. Si yo hubiera escuchado a mi conciencia, hubiera salido del seminario el mismo día.

La razón me dijo que el voto de celibato era un pecado contra la lógica, la moral y contra Dios. Pero yo era un católico-romano muy sincero. Más que nunca determiné no tener ni conocimiento, ni pensamiento, ni voluntad, ni luz ni deseos, sino solamente aquello que la Iglesia me daría a través de mi superior. ¡Yo era falible, ella era infalible! ¡Yo era pecador, ella era la esposa inmaculada de Jesucristo! ¡Yo era débil, ella tenía más poder que las grandes aguas del océano! ¡Yo no era más que un átomo, ella cubría al mundo con su gloria! Por tanto, ¿Qué podría temer en humillarme a sus pies, vivir su vida, fortalecerme con su fuerza, ser sabio con su sabiduría y santo con su santidad? ¿No me había dicho mi superior repetidamente que ningún error, ningún pecado me sería imputado mientras obedecía a mi Iglesia y andaba en sus caminos?

Con estos sentimientos de perfecto y profundo respeto por mi Iglesia, me consagré irrevocablemente a su servicio el 4 de mayo de 1832 al hacer el voto de celibato y aceptar el oficio de subdiácono.

CAPÍTULO 15

"La madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra" (Ap. 17:5).

Antes del día en que la teología de Roma fuera inspirada por Satanás, el mundo ciertamente presenció muchos hechos oscuros; pero el vicio nunca se había vestido con el manto de teología. Las formas más vergonzosas de iniquidad nunca habían sido los objetos de estudio detallado bajo el pretexto de salvar al mundo y glorificar a Dios.

Los que quieren entender, lean "El Sacerdote, la Mujer y el Confesionario" y luego decidan si no es suficiente para escandalizar los sentimientos del más depravado.

¿Alguna vez el mundo haya presenciado a semejante sacrilegio? A un joven de veinticinco años le han seducido a hacer un voto de celibato perpetuo y al día siguiente la Iglesia de Roma llena su mente de las imágenes más repugnantes. Roma ni siquiera intenta ocultar el poder abrumador de esta clase de enseñanza, sino que DESCARADAMENTE les dice que el estudio de esas preguntas actuarán con un poder irresistible sobre sus órganos y sin siquiera un sonrojo dice: "¡Contaminaciones resultarán!" (Dens Vol.1 p.315)

¿Cómo pueden las naciones Católico-romanas esperar levantarse en la escala de dignidad y moralidad Cristiana mientras permanecen entre ellos sacerdotes que diariamente están ligados por conciencia a contaminar las mentes y corazones de sus madres, sus esposas y sus hijas?

Diré una vez por todas que no hablo con desprecio ni sentimientos anti-cristianos contra los profesores quienes me iniciaron en esos misterios de iniquidad. Ellos también estaban aplastados, igual que nosotros, bajo un yugo que ataba a sus mentes y contaminaba sin medida a sus corazones. Siempre que nos daban la lecciones, era evidente que se avergonzaban en lo más interior de su alma. Sus conciencias como hombres honestos les prohibían abrir su boca sobre semejantes asuntos, sin embargo, como esclavos y sacerdotes del Papa eran obligados a hablar de ellos sin reserva.

Después de las lecciones, nosotros los alumnos sentíamos tanta vergüenza que a veces ni nos atrevimos a mirarnos. Más de uno de mis compañeros me dijeron con lágrimas de

vergüenza y furia que se arrepentían de haberse ligado con juramento perpetuo para ministrar en los altares de la Iglesia.

Un día, uno de los alumnos, Desaulnier, que compartía el mismo cuarto conmigo me preguntó: Chíniquy, ¿Qué piensas de nuestros estudios actuales de teología? ¿No es una vergüenza abrasadora tener que permitir a nuestras mentes contaminarse tanto?

No puedo expresar adecuadamente mis sentimientos de repugnancia, le respondí.

¿Sabes qué? dijo Desaulnier, estoy determinado a nunca consentir ser ordenado sacerdote; porque cuando pienso en el hecho de que el sacerdote está obligado a consultar con las mujeres sobre todos estos asuntos contaminantes, siento No soy menos perturbado, repliqué, mi cabeza me duele y mi corazón se sumerge cuando oigo que nuestros teólogos nos dicen que estamos ligados en conciencia a hablar con mujeres extrañas sobre cuestiones tan contaminantes.

Pero ya es casi la hora en que de costumbre nos visita el buen Sr. Leprohon, le dije, ¿Prometes apoyarme en lo que le preguntaré sobre este tema? Estoy seguro que nuestro puro y santo superior nunca ha dicho una sola palabra a las mujeres sobre estas cuestiones degradantes. A pesar de todos los teólogos, seguramente él nos permitirá guardar puros nuestras lenguas y corazones como también nuestros cuerpos en el confesionario.

Yo he deseado hablar con él por algún tiempo, respondió Desaulnier, pero mi valentía siempre me ha fallado; de seguro te apoyaré. Si estamos en libertad para nunca hablar con mujeres de estos horrores, consentiré a servir a la Iglesia como sacerdote, pero si no, NUNCA SERÉ SACERDOTE.

Pocos minutos después, nuestro superior entró para visitarnos. Le di las gracias y abrí los tomos de Dens y Ligorio en uno de los capítulos infames y le dije con un sonrojo: Después de Dios, usted tiene el primer lugar en mi corazón desde la muerte de mi madre y usted lo sabe. Así que, confío que usted me dirá todo lo que quiero saber en estas horas de ansiedad. Yo he hecho el voto de celibato perpetuo, pero no entendía claramente lo que hacía. Dens, Ligorio y Santo Tomás han dirigido nuestras mentes a regiones que eran realmente nuevas e inexploradas por nosotros. Por favor, díganos por el amor de Dios si estaremos ligados en conciencia a hablar en el confesionario con las mujeres casadas y solteras sobre cuestiones tan contaminantes e impuras.

Sin duda alguna, respondió el Rev. Sr. Leprohon, porque los instruidos y santos teólogos son positivos en esa cuestión. Es absolutamente necesario, porque en general las señoritas y mujeres casadas son demasiadas tímidas para confesar esos pecados. Por tanto, hay que

ayudarlas, interrogándolas.

Pero, le contesté, hemos hecho un juramento a permanecer siempre puros e impolutos. ¿No sería mejor experimentar esas cosas en los santos lazos de matrimonio conforme a las leyes de Dios que en compañía y conversaciones con mujeres extrañas?

Aquí, me interrumpió Desaulnier: Mi querido Sr. Leprohon, yo concuerdo con todo lo que Chíniquy acaba de decirle. Le pregunto, mi querido señor, ¿Qué será de mi voto de perfecta castidad perpetua cuando en la presencia seductora de la esposa de mi prójimo o las palabras encantadoras de su hija, me haya contaminado en el confesionario? Después de todo, la gente me verá como un hombre casto, pero ¿Qué seré a los ojos de Dios? Los hombres pensarán que soy un ángel de pureza; pero mi propia conciencia me dirá que no soy más que un hábil hipócrita. Porque según los teólogos, el confesionario es la tumba de la castidad del sacerdote.

Las palabras audaces y enérgicas de Desaulnier evidentemente hicieron una impresión angustiosa en nuestro superior. Pocas veces, alguno de sus discípulos le había hablado con tanta libertad. No ocultó su dolor ante lo que él llamó un ataque impropio y anti-cristiano contra algunas de las ordenanzas más santas de la Iglesia. Después de refutar a Desaulnier, volvió a mí: Mi querido Chíniquy, te he advertido repetidamente contra el hábito que tienes de hacer caso a tus propios razonamientos frágiles. Si te creyéramos a ti, comenzaríamos inmediatamente a reformar la Iglesia y abolir la confesión de mujeres con los sacerdotes, echaríamos todos nuestros libros teológicos al fuego y mandaríamos escribir otros mejor adaptados a tu parecer. El diablo de orgullo te está tentando como tentó a todos los supuestos reformadores. ¡Si no te cuidas, llegarás a ser otro Lutero!

Los libros teológicos de Santo Tomás, Ligorio y Dens han sido aprobados por la Iglesia. Por un lado, entonces, veo a todos nuestros santos Papas y obispos Católicos, todos nuestros teólogos instruidos y sacerdotes y al otro lado, ¿Qué veo? Nada, excepto mi pequeño aunque querido Chíniquy.

Es tan absurdo para ti reformar la Iglesia con tu pequeña razón como para un grano de arena al pie de una montaña intentar sacar a la montaña fuera de su lugar. Sigue mi consejo, continuó nuestro superior, antes que sea demasiado tarde. Permanezca quieto el pequeño grano de arena al pie de la montaña majestuosa. Todos los buenos sacerdotes antes de nosotros salvaron sus almas, aunque sus cuerpos fueron contaminados; porque esas contaminaciones carnales no son más que miserias humanas que no pueden ensuciar al alma que desea permanecer unida a Dios. Así, el corazón de un buen sacerdote, como espero que

mi querido Chíniquy sea, permanecerá puro y santo a pesar del ensuciamiento accidental e inevitable de la carne.

Aparte de esas cosas, recibirás en tu ordenación una gracia especial que te transformará en otro hombre y la Virgen María, a quien recurrirás constantemente, te obtendrá de su Hijo una pureza perfecta.

La contaminación de la carne de la cual hablan los teólogos y que confieso que es inevitable al oír las confesiones de mujeres no debe perturbarte, porque Dens y Ligorio (Dens Vol.1 p.299, 300) nos aseguran que no es pecaminosa. ¡Pero basta! Te prohíbo hablarme nuevamente sobre esas preguntas ociosas; y !Cuánto valga mi autoridad, a ustedes dos les prohíbo hablar el uno al otro sobre ese tema!

Yo había esperado oír algún argumento bueno y razonable, pero para mi sorpresa, él silenció la voz de mi conciencia con un coup d'état (un golpe de estado). Desaulnier, tal como me dijo antes, rehusó ser un sacerdote. Permaneció toda su vida en las órdenes de subdiaconado en el Colegio de Nicolet como profesor de filosofía.

El era buen lógico y un matemático profundo; aunque era amable con todos, no era comunicativo. Probablemente yo era el único a quien abrió su mente concerniente a las grandes cuestiones del Cristianismo: La fe, la historia, la Iglesia y su disciplina. Repetidamente me dijo: Quisiera nunca haber abierto un libro de teología. Nuestros teólogos son sin corazón, sin alma y sin lógica. Muchos de ellos aprueban el robo, mentiras y perjurio; otros nos arrastran sin sonrojo a los abismos más asquerosos de iniquidad. A ellos le gustaría hacer asesinos de todo Católico. Según su doctrina, Cristo no es más que un bandido Corsicano cuyos discípulos sanguinarios están obligados a destruir a todos los herejes con fuego y espada. Si actuáramos conforme a los principios de esos teólogos, exterminaríamos a todos los protestantes con la misma frialdad con que mataríamos a un lobo. Con sus manos enrojecidas con la sangre de la masacre de San Bartolomé, nos hablan de caridad, religión y Dios.

Para mí, la idea de ese miserable grano de arena que ridículamente intenta quitar la montaña majestuosa, me impresionó extrañamente y me humilló. Me quedé silencioso y confundido, aunque no convencido. Casi cada mes que pasé en el seminario de Nicolet, sacerdotes del distrito de Three Rivers y de otras partes fueron enviados por los obispos para pasar dos o tres semanas haciendo penitencias por haber engendrado bastardos con sus sobrinas, amas de casa y penitentes bonitas. Estos hechos públicos e innegables no armonizaban mucho con aquellas teorías hermosas de nuestro venerable director, pero mi

respeto por el Sr. Leprohon selló mis labios. Después, a solas en mi cuarto me caí de rodillas para pedir perdón a Dios por haber pensado por un momento diferente de los Papas y teólogos de Roma. Pero, ¡Ay de mí! ¡Todavía no me daba cuenta que cuando Jesús, en su misericordia, envía un solo rayo de su gracia al alma que perece, hay más luz y sabiduría en esa alma que en todos los Papas y sus teólogos!

Sólo Dios conoce qué noche tan oscura y terrible pasé después de ese encuentro. Nuevamente tenía que sofocar a mi conciencia, desmantelar a mi razón y sujetarlos bajo las infamias de las teologías de Roma meticulosamente calculadas para guardar al mundo encadenado en la ignorancia y la superstición.

CAPÍTULO 16

Hay varias ceremonias imponentes en la ordenación de un sacerdote. Nunca olvidaré el gozo que sentí cuando el Pontífice Romano, presentándome la Biblia me ordenó con voz solemne a estudiarla y predicarla. Esa orden traspasó mi alma como un destello de luz. Sosteniendo el libro sagrado, acepté el mandato con gozo inefable, pero sentí que me cayó una piedra de rayo cuando pronuncié el terrible juramento que se requiere de todo sacerdote: “Nunca interpretaré las Santas Escrituras, excepto según el consenso unánime de los Santos Padres.”

Muchas veces los otros alumnos y yo habíamos discutido ese juramento extraño. A solas en la presencia de Dios, mi conciencia se echaba hacia atrás en terror ante sus consecuencias. Pero yo no era el único que examinaba su evidente naturaleza blasfematoria.

Aproximadamente seis meses antes, Stephen Baillargeon, uno de mis compañeros de teología, dijo a uno de nuestros superiores, el Rev. Sr. Raimbault: ¡Una de las cosas que mi conciencia no puede reconciliar es el juramento solemne que tendremos que jurar a nunca interpretar las Escrituras, excepto según el consenso unánime de los Santos Padres! ¡No hemos dedicado ni una sola hora todavía al estudio serio de los Santos Padres. Conozco a muchos sacerdotes y ninguno de ellos jamás ha estudiado a los Santos Padres!

En el nombre del sentido común, ¿Cómo podemos jurar que seguiremos las opiniones de hombres de quienes nada sabemos y de quienes nada sabremos excepto por simples rumores vagos?

Nuestro superior dio una respuesta débil, pero su desconcierto creció cuando yo dije: Si me permite, señor superior, yo tengo algunas objeciones más formidables. Quiera Dios que pudiera decir que no sé nada de los Santos Padres. Pero mi pesar es que ya sabemos demasiado de los Santos Padres para estar exentos de perjurarnos cuando juramos a no interpretar las Santas Escrituras, excepto según su consenso unánime.

Por favor, señor superior, díganos, ¿Cuáles son los textos de las Escrituras en que están unánimes los Santos Padres? Usted se respeta demasiado para responder. Y si usted, uno de

los hombres más instruidos de Francia no puede poner su dedo en los textos de la Santa Biblia y decir, “Los Santos Padres están perfectamente unánimes en estos textos”, ¿Cómo osamos jurar delante de Dios y los hombres a interpretar cada texto de las Escrituras solamente según el consenso unánime de esos Santos Padres?

Las consecuencias de ese juramento son legión y cada una de ellas me parece ser la muerte de nuestro ministerio y la condenación de nuestras almas. Henrión, Berrault, Bell, Costel y Fleury, todos nos atestiguan que la Iglesia se ha llenado constantemente del ruido de las controversias de Santos Padres contra Santos Padres. Algunos dicen, junto con nuestros mejores teólogos modernos, Santo Tomás, Bellarmine y Ligorio que tenemos que matar a los herejes como matamos a las bestias salvajes, mientras muchos otros dicen que tenemos que tolerarlos. Todos ustedes saben el nombre del Santo Padre que manda al infierno a todas las viudas que se casan por segunda vez, mientras otros Santos Padres no están de acuerdo.

Algunos tienen ideas muy distintas acerca del purgatorio. Otros en Africa y en Asia rehusaron aceptar la jurisdicción suprema del Papa sobre todas las iglesias. ¡Varios se reían de las excomulgaciones de los Papas y gustosamente murieron sin hacer nada para reconciliarse con él! ¿No llegamos a la conclusión de que San Jerónimo y San Agustín coincidieron en una sola cosa: de estar en desacuerdo sobre cualquier tema que trataran? San Agustín, al fin de su vida, concordó con los Protestantes de nuestros días que “sobre esta roca” significa Cristo solamente y no Pedro.

Y ahora ustedes nos piden en el nombre del Dios de Verdad a jurar solemnemente que interpretaremos las Escrituras solamente según el consenso unánime de aquellos Santos Padres que han sido unánimes en una sola cosa: de nunca estar de acuerdo el uno con el otro y a veces ni con ellos mismos.

Si requieren de nosotros un juramento, ¿Por qué ponen en nuestras manos la historia de la Iglesia que ha saciado nuestra memoria de las interminables divisiones feroces sobre cada cuestión que las Escrituras presentan a nuestra fe?

Si soy demasiado ignorante o estúpido para entender a San Marcos, San Lucas y San Pablo, ¿Cómo seré suficientemente inteligente para entender a Jerónimo, Agustín y Tertulian? Y si San Mateo, San Juan, y San Pedro no han recibido de Dios la gracia con suficiente luz y claridad para ser entendidos por hombres de buena voluntad, ¿Cómo es que Justin, Clemes y Cipriano han recibido de nuestro Dios un favor que El negó a sus apóstoles y evangelistas? Si no puedo depender de mi juicio privado para estudiar, con la ayuda de Dios, a las Escrituras, ¿Cómo podré depender de mi juicio privado al estudiar a los Santos Padres?

Este dogma o artículo de nuestra religión por el cual tenemos que ir a los Santos Padres para saber "Así dice el Señor" y no a las mismas Santas Escrituras, es para mi alma como un puño de arena arrojado en los ojos. ¡Me ciega totalmente!

¡Qué alternativa tan espantosa tenemos! O tenemos que perjurarnos, jurando seguir una unanimidad de fábula para permanecer católico-romano o tenemos que sumergirnos en el abismo de impiedad y ateísmo al rehusar jurar que nos adheriremos a una unanimidad que nunca existió.

Era evidente durante la clase que habíamos expresado el sentir de cada uno de los alumnos de teología. Pero nuestro superior no se atrevió a confrontar ni a contestar ni un solo argumento nuestro. Su desconcierto fue superado sólo por su gozo cuando la campana anunció el fin de la clase.

El prometió respondernos, pero al día siguiente no hizo más que echar polvo en nuestros ojos e insultarnos hasta quedarse satisfecho y empezó por prohibirme leer más de los libros controversiales que yo había comprado y tenía que entregar otros libros que me habían permitido leer como privilegio. Se decidió que mi inteligencia no era suficientemente clara y que mi fe no era suficientemente fuerte para leer esos libros. Lo único que pude hacer era inclinar mi cabeza bajo el yugo y obedecer sin decir nada. ¡La noche más oscura envolvió a nuestras mentes y teníamos que creer que esas tinieblas eran la luz resplandeciente de Dios! Hicimos el acto más degradante que un hombre puede hacer. Callamos la voz de nuestra conciencia y consentimos en seguir las opiniones de nuestro superior, así como el bruto sigue las órdenes de su amo.

Durante los meses antes de mi ordenación, hice todo en mi poder para aniquilar mis pensamientos sobre este tema; pero para mi asombro, cuando llegó el momento para perjurarme, un escalofrío de horror y vergüenza corrió por mi cuerpo a pesar de mí mismo. En el interior de mi alma, mi conciencia herida clamaba: ¡Has aniquilado la Palabra de Dios! ¡Te rebelas contra el Espíritu Santo! ¡Niegas las Santas Escrituras para seguir los pasos de hombres pecaminosos! ¡Rechazas las aguas puras de la vida eterna para beber las aguas lodosas de la muerte!

Para sofocar nuevamente a la voz de mi conciencia, hice lo que me aconsejó mi Iglesia: clamé a mi dios oblea y a la bendita Virgen María que vinieran a socorrerme y callaren las voces que perturbaban mi paz y sacudían mi fe.

Con toda sinceridad, el día de mi ordenación, renové la promesa que ya había hecho tantas veces y dije en presencia de Dios y sus ángeles: Yo prometo que nunca creeré nada, excepto

según las enseñanzas de mi Santa Iglesia Apostólica Romana.

Acosté mi cabeza en esa almohada de necedad, ignorancia y fanatismo para dormir el sueño de muerte espiritual con los millones de esclavos que el Papa tiene a sus pies.

Dormí ese sueño hasta que el Dios de nuestra Salvación, en su grande misericordia, me despertó, dando a mi alma la luz, la verdad y la vida que están en Jesucristo.

CAPÍTULO 17

Fui ordenado en la catedral de Qüebec en septiembre de 1833 por el Reverendísimo Sinaie, primer Arzobispo de Canadá. ¡Este delegado del Papa, por la imposición de las manos en mi cabeza, me dio el poder de convertir una oblea real en el real y substancial cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo! La ilusión brillante de Eva cuando el engañador le dijo: "seréis como dioses" era juego de niños en comparación a lo que yo sentí. ¡Mi Iglesia infalible me colocó no solamente en términos iguales con mi Salvador y Dios, sino en realidad más arriba de él! De ahora en adelante, no sólo le mandaría, sino que le crearía; no sólo en un sentido espiritual y místico, sino de un modo real, personal e irresistible.

La dignidad que yo acababa de recibir era mayor que todas las dignidades y tronos de este mundo. Yo sería un sacerdote de mi Dios para siempre jamás. ¡Cristo, ahora me asociaba consigo mismo perfectamente como el gran y eterno sacrificador, porque yo renovaría cada día de mi vida su SACRIFICIO EXPIATORIO! ¡A la orden mía, el eterno, unigénito Hijo de mi Dios vendría a mis manos en persona! ¡El mismo Cristo que se sienta a la diestra del Padre bajaría cada día para unir su carne a mi carne, su sangre a mi sangre, su alma divina a mi pobre alma pecadora para andar, trabajar y vivir en mí y conmigo en la más perfecta unidad e intimidad!

Pasé todo ese día y la mayor parte de la noche contemplando estos honores y dignidades super-humanos. Muchas veces caí de rodillas para darle gracias a Dios por sus misericordias hacia mí. En la presencia de Dios y sus ángeles, dije a mis labios y a mi lengua: ¡Sean santos ahora, porque no solamente hablarán a su Dios, sino que le darán un nuevo nacimiento cada día! Dije a mi corazón: ¡Ahora, sé santo y puro, porque cada día llevarás al Santo de los Santos! A mi alma dije: ¡Ahora, sé santo, porque de aquí en adelante estarás íntima y personalmente unida a Cristo Jesús. Te alimentarás del cuerpo, sangre, alma y divinidad de aquel ante quien los ángeles no se hayan con suficiente pureza!

Mirando a mi mesa donde mi pipa llena de tabaco y mi tabaquero yacían, dije: ¡Maleza impura y perniciosa, nunca más me contaminarás! ¡Sería inferior a mi dignidad probarte

más! Luego, abriendo la ventana, los eché a la calle para nunca volverlos a usar.

Al día siguiente, yo iba a decir mi primera misa y hacer ese milagro incomparable que la Iglesia de Roma llama TRANSUBSTANCIACIÓN. Mucho antes del amanecer estaba vestido y de rodillas. ¡Este iba a ser el día más santo y glorioso de mi vida! Exaltado el día anterior a gran dignidad, ahora por primera vez iba a hacer un milagro en el altar que ni ángeles ni serafines podrían hacer.

No es cosa fácil ejecutar todas las ceremonias de una misa. Hay más de cien diferentes ceremonias y posiciones del cuerpo que es necesario cumplir con suma perfección. Omitir una de ellas voluntariamente, por descuido negligente o por ignorancia, significa eterna condenación. Pero gracias a una docena de ejercicios la semana anterior y a los amigos amables que me ayudaron, ejecuté las ceremonias mucho más fácil de lo que esperaba. Duraron como una hora... Pero cuando terminaron, yo estaba agotado por el esfuerzo que hice para mantener mi mente y corazón al unísono con la grandeza infinita de los misterios realizados por mí.

Para hacerse creer que uno puede convertir un trozo de pan en Dios requiere un esfuerzo supremo de la voluntad y la aniquilación total de la inteligencia. El estado del alma al terminar el esfuerzo es más como la muerte que la vida.

Me persuadí que en verdad había hecho la acción más santa y sublime de mi vida, cuando en realidad, ¡Había sido culpable del acto más ultrajante de idolatría! Mis ojos, mis manos y labios, mi boca y lengua y todos mis sentidos e inteligencia me decían que lo que había visto, tocado y comido no era más que una oblea. Pero las voces del Papa y su Iglesia me decían que era el verdadero cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo. ¡Me persuadí que las voces de mis sentidos e inteligencia eran las voces de Satanás y que la voz engañosa del Papa era la voz del Dios de verdad! Todo sacerdote de Roma tiene que aceptar esa necedad y perversidad extraña, cada día de su vida, para poder permanecer como sacerdote de Roma.

Necesito llevar al “buen dios” mañana a un enfermo, dice el sacerdote a su sirvienta, pero no hay más partículas en el sagrario. Haz algunos bizcochos para que yo pueda consagrarlos mañana.

La doméstica obediente toma la harina de trigo, porque ninguna otra clase de harina sirve para hacer el dios del Papa. Una mezcla de cualquier otra clase de harina haría el milagro de la “Transubstanciación” un gran fracaso. La sirvienta, por consiguiente, toma la masa y la coce entre dos planchas calientes. Cuando está bien cocida, toma las tijeras y corta las obleas que miden cuatro o cinco pulgadas. Las recorta hasta que quedan al tamaño de una pulgada y los

entrega respetuosamente al sacerdote.

A la mañana siguiente, el sacerdote lleva las obleas recién hechas al altar y las convierte en cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo. Fue una de esas obleas que yo llevé al altar en aquella hora solemne de mi primera misa y que convertí en mi Salvador por medio de las cinco palabras mágicas: "¡HOC EST ENIM CORPUS MEUM!"

Ahora pregunto: ¿Dónde está la diferencia entre la adoración del becerro-dios que hizo Aarón y la oblea-dios que yo hice el 22 de septiembre de 1833? La única diferencia es que la idolatría de Aarón duró sólo un día, mientras la idolatría en que yo viví, duró un cuarto de siglo y ha sido perpetuado en la Iglesia de Roma por más de mil años.

¿Qué ha hecho la Iglesia de Roma al abandonar las palabras de Cristo: "Haced esto en memoria de mí" y substituir su dogma de Transubstanciación? Ha llevado el mundo otra vez al paganismo antiguo. El sacerdote de Roma adora a un Salvador llamado Cristo; sí, pero ese Cristo no es el Cristo del Evangelio. Es un Cristo falso sacado de contrabando del Pantheón de Roma y en sacrilegio lo llaman con el nombre adorable de nuestro Señor Jesucristo.

Frecuentemente me han preguntado: ¿Será posible que sinceramente te creiste tener el poder de convertir a la oblea en Dios? ¿De verdad adorabas a esa oblea como tu Salvador? Para mi vergüenza y para la vergüenza de la pobre humanidad, tengo que decir que sí.

Yo decía a la gente mientras se la presentaba: Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, adorémosle. Luego, postrándome de rodillas, adoraba al dios hecho por mí mismo con la ayuda de mi sirvienta. Y toda la gente se postraba para adorar al dios recién hecho.

Tengo que confesar, además, que aunque yo era obligado a creer en la existencia de Cristo en el cielo y era invitado por mi Iglesia a adorarlo como mi Salvador y mi Dios, igual que todo Católico-romano, tenía más confianza, fe y amor hacia el Cristo que yo había creado con unas cuantas palabras de mis labios, que hacia el Cristo del cielo.

Mi Iglesia me dijo que el Cristo del cielo estaba airado contra mí a causa de mis pecados; que El constantemente se disponía a castigarme según su terrible justicia; que El se armaba de relámpagos y truenos para aplastarme y que si no fuera por su madre, quien intercedía por mí, día y noche, yo sería echado en el infierno por mis pecados. No sólo tenía que creer esta doctrina, sino tenía que predicarla a la gente. Además de esto, yo tenía que creer que el Cristo del cielo era un monarca poderoso, un rey gloriosísimo, rodeado de innumerables ejércitos de siervos, oficiales y amigos y que no le convenía a un pobre rebelde presentarse ante su rey irritado para conseguir su perdón. Tendría que dirigirse a alguno de sus cortesanos de mayor

influencia o a su madre, a quien nada le puede negar, para defender su causa.

Pero no había tales terrores ni temores en mi corazón cuando me acercaba a mi Salvador que yo mismo había creado. Un Salvador tan humilde e indefenso seguramente no tenía ningún estruendo en su mano para castigar a sus enemigos. No podía tener ninguna mirada de enojo. El era mi amigo además de ser la obra de mis manos. ¿No le había yo bajado del cielo? y ¿No había venido a mis manos para oírme, bendecirme y perdonarme, para que él se acercara a mí y yo a él?

Ningunas palabras pueden expresar la idea del placer que yo sentía al estar a solas ante el Cristo de la misa matutina, derramando mi corazón ante sus pies. Para los que no han vivido bajo esas terribles ilusiones, es imposible entender la confianza con que hablaba con el Cristo delante de mí, ligado por los lazos de su amor por mí. Cuántas veces en los días más fríos del invierno, en iglesias que nunca habían visto fuego alguno, con una temperatura de quince grados bajo cero, pasaba horas enteras en adoración del Salvador a quien había hecho sólo unas horas antes.

Cuán a menudo miraba con admiración silenciosa a la Persona Divina que estaba ahí solitaria pasando las largas horas, día y noche, reprendida y abandonada para que yo tuviera la oportunidad de acercarme a ella y hablarle como un amigo a otro, como un pecador arrepentido con su Salvador misericordioso. Mi fe o más bien mi ilusión era entonces tan completa que apenas sentía el frío cortante. Diré que en verdad las horas más felices que pasé durante los largos años en que la Iglesia de Roma me había inundado en las tinieblas, eran las horas que pasé adorando al Cristo que había hecho con mis propios labios. Y todo sacerdote de Roma haría la misma declaración si fuera entrevistado sobre el tema.

Es un principio similar de monstruosa fe que impulsa a las viudas de la India a echarse con gritos de gozo al fuego que les quemará en cenizas junto con los cadáveres de sus maridos difuntos. Sus sacerdotes les han asegurado que semejante sacrificio les garantiza su propia felicidad eterna y la de sus maridos difuntos.

De hecho, los Católico-romanos no tienen otro Salvador a quien puedan acudir aparte de aquel hecho por la consagración de la oblea. El es el único Salvador que no está airado contra ellos y que no requiere la mediación de vírgenes y santos para aplacar su ira. Por esta razón se llenan los templos Católicos de los pobres y ciegos Católico-romanos. ¡Observen cómo corren al pie de los altares a casi cualquier hora del día y a veces mucho antes del amanecer! Aun en una mañana tempestuosa, verán a multitudes de adoradores caminando por el lodo para pasar una hora al pie de sus sagrarios. Toda alma anhela tener un Dios con quien pueda

hablar y quien oirá sus súplicas con un corazón de misericordia y secará sus lágrimas de arrepentimiento.

Los hijos de luz, los discípulos del Evangelio que protestan contra los errores de Roma, saben que su Padre Celestial está en todo lugar y está dispuesto a oír, a perdonar y a ayudarles. Ellos encuentran a Jesús en sus recámaras más secretas cuando entran ahí para orar. Lo encuentran en el campo, atrás del mostrador y mientras viajan. Dondequiera se encuentran con él y le hablan como amigo a su amigo.

No es así con los seguidores del Papa. A ellos les dicen contrario al Evangelio (Mt.24:23) que Cristo está en la cámara secreta o sagrario. Cruelmente engañados por sus sacerdotes, ellos corren, aguantan las tempestades para acercarse lo más posible al lugar donde vive su Cristo misericordioso. Ellos van a ese Cristo pensando que les dará una cordial bienvenida, que escuchará sus oraciones humildes y será compasivo a sus lágrimas de arrepentimiento.

Dejen de admirar los protestantes a los pobres Católico-romanos engañados que hacen frente a la tempestad y van a la iglesia antes del amanecer. Esta devoción que tanto les vislumbra, debe provocar compasión y no admiración. Porque es el resultado lógico de la más terrible oscuridad espiritual. Es la consecuencia natural de la creencia que el sacerdote de Roma puede crear a Cristo y Dios por la consagración de una oblea y guardarlo en un sagrario...

Los egipcios adoraban a Dios en la forma de cocodrilos y becerros. Los griegos hicieron dioses de mármol o de oro. El persa hizo al sol su dios. Los hotentotes hicieron sus dioses de un hueso de ballena; viajaban lejos en tempestades para adorarlos. ¡La Iglesia de Roma hace su dios de un trozo de pan! ¿No es esto idolatría?

Desde el año de 1833 hasta el día en que Dios en su misericordia abrió mis ojos, mi sirvienta había usado más de treinta y seis mil kilos de harina de trigo para hacer obleas que yo supuestamente convertía en el Cristo de la misa. Algunos de estos yo comí; otros cargué conmigo para los enfermos y otros coloqué en el sagrario para la adoración de la gente. Frecuentemente me pregunto: ¿Cómo es posible que haya sido culpable de un acto tan ultrajante de idolatría? Mi única respuesta es la respuesta del ciego del Evangelio: "No sé, pero una cosa si sé, que antes era yo ciego, mas ahora veo." (Jn.9:25)

CAPÍTULO 18

En el mes de enero de 1834, oí el siguiente informe del Rev. Sr. Paquette, cura de St. Gervais, en un banquete que había hecho para sus sacerdotes vecinos:

Cuando joven, yo era el vicario de un cura que podía comer tanto como dos de nosotros y tomar tanto como cuatro. El era alto y fuerte y había dejado los moretones de sus puños duros en la nariz de más de uno de sus ovejas amadas; porque su enojo era realmente terrible después de tomar una botella de vino.

Un día, después de una comida suntuosa, le mandaron llamar para llevar el "buen dios" (Le Bon Dieu) a un hombre moribundo. Era pleno invierno y el frío era intenso y los aires soplaban fuertemente. Había casi dos metros de nieve y los caminos eran casi intransitables. Era un asunto serio viajar nueve millas en semejante día, pero no había remedio. El mensajero era uno de los ancianos principales y el hombre moribundo era uno de los ciudadanos importantes del lugar. El cura, después de refunfuñar, tomó un vaso grande de buena Jamaica con su chofer como medida preventiva contra el frío. Fue a la iglesia, agarró al "buen dios" (Le Bon Dieu) y subió al trineo envuelto lo mejor posible en su grande sotana de piel de búfalo.

Aunque había dos caballos, uno delante del otro, para jalar al trineo, la jornada era larga y pesada y se empeoró por una circunstancia de mala suerte. A medio camino, se encontraron con otro viajero viniendo en la dirección opuesta. El camino era demasiado angosto para dejar a los dos trineos y caballos permanecer fácilmente en tierra firme al rebasarse. Una vez que los caballos se inundan en uno o dos metros de nieve, entre más se esfuerzan para salir, más profundo se inundan.

El chofer quien llevaba el "buen dios" con el cura, naturalmente esperaba tener el privilegio de mantenerse en medio del camino y escapar del peligro de herir a uno de sus caballos o romper su trineo. Gritó al otro viajero con un alto tono de autoridad: ¡Viajero! Déjeme el camino. Meta a sus caballos a la nieve. Apresúrese, tengo prisa. ¡Llevo al "buen dios"!

Desgraciadamente ese viajero era un hereje a quien le importaba más sus caballos que el "buen dios". El contestó: Que se lleve el diablo a su "buen dios", pero no voy a romper el cuello

de mi caballo. Si su dios no le ha enseñado las reglas de la ley y del sentido común, le voy a dar una lección gratuita sobre ese tema. Saltando de su trineo, tomó las riendas del caballo delantero del cura para ayudarle a caminar al lado del camino y mantener la mitad para sí mismo.

Pero el chofer, quien por naturaleza era muy impaciente e intrépido, había tomado demasiado con mi cura antes de salir de la casa parroquial para permanecer calmado como debería haber hecho. El también saltó de su trineo, corrió al extranjero, le agarró del cuello con su mano izquierda y levantó la derecha para golpearle en la cara.

Desgraciadamente para él, el hereje parecía haber previsto todo esto. El había dejado su abrigo en su trineo y estaba mejor preparado para el conflicto que su agresor. El también era un gigante en tamaño y fuerza. Rápido como un relámpago, sus puños derecho e izquierdo cayeron como mazos de hierro en la cara del pobre chofer quien cayó de espaldas a la nieve suave donde casi desapareció.

Hasta entonces, el cura había sido un espectador silencioso; pero el espectáculo y los gritos de su amigo a quien el extranjero aporreaba sin misericordia le hizo perder su paciencia. Quitando de su cuello la bolsa de seda que contenía el "buen dios", lo colocó en el asiento del trineo y dijo: Querido "buen dios", por favor, permanece neutral; tengo que ayudar a mi chofer; no participes en este conflicto y yo castigaré a este protestante infame como él merece.

Pero el desgraciado chofer estaba completamente fuera de combate antes que el cura pudiera acudir en su auxilio. Su cara estaba cortada horriblemente, tres dientes quebrados, la mandíbula inferior desencajada y los ojos tan terriblemente dañados que duró varios días antes que volviera a ver algo.

Cuando el hereje vio al sacerdote venir a renovar la batalla, se quitó su otro capote para estar más libre en sus movimientos. El cura no había sido tan sabio. Demasiado confiado de su fuerza hercúlea, cubierto de su abrigo pesado se echó encima del extranjero.

Los dos combatientes eran verdaderos gigantes y los primeros golpes han de haber sido terribles de los dos lados. Pero el "hereje infame" probablemente no había tomado tanto como mi cura antes de salir de la casa, o tal vez era más experto en el intercambio de esos golpes salvajes. La batalla era larga y la sangre fluía libremente en ambos lados. Los gritos de los combatientes se hubieran oído a larga distancia si no fuera por el rugir del aire que en ese instante soplaba como un huracán.

La tempestad, los gritos, la sangre, el sobrepelliz y ropa rota enrojecida de sangre

coagulada formó un espectáculo tan terrible que se asustaron los caballos del cura y echándose a la nieve, dieron la espalda a la tempestad y corrieron rumbo a casa. Arrastraron los fragmentos del trineo volteado una grande distancia y llegaron a la puerta del establo con sólo unas partes pequeñas de los arreos.

El "buen dios" aparentemente oyó la oración de mi cura y permaneció neutral; en todo caso no se puso de parte de su sacerdote, porque perdió y el infame Protestante permaneció el amo de batalla. El cura tenía que sacar a su chofer de la nieve donde había quedado enterrado como un buey degollado. Los dos tenían que arrastrarse como media milla antes de llegar a la granja más cercana donde llegaron después del anochecer.

Pero lo peor no se ha dicho. Los caballos habían arrastrado el trineo cierta distancia, lo voltearon y lo hicieron pedazos. La bolsita de seda con la caja plateada y su contenido precioso se perdió en la nieve y aunque cientos de personas la buscaron no se halló. Y solamente hacia fines de junio, un niño, viendo algunos trapos en el lodo junto al camino, los levantó y cayó la pequeña caja plateada.

Sospechando que era lo que la gente buscaba durante tantos días el invierno pasado, la llevó a la casa parroquial. Yo estaba presente cuando la abrieron. Habíamos esperado encontrar al "buen dios" más o menos intacto, pero estábamos destinados a ser desilusionados. ¡El "buen dios" estaba completamente fundido! (¡Le Bon Dieu etait fondú!)

Durante la recitación de esta historia picante, que fue narrada de la manera más divertida y cómica, los sacerdotes habían bebido libremente y se reían a carcajadas. Pero cuando llegó la conclusión: "¡Le Bon Dieu etait fondú!" Había un prorrumpir de carcajadas como nunca había oído. Los sacerdotes golpeaban el suelo con sus pies y la mesa con sus manos, llenando la casa con gritos de ¡Le Bon Dieu est fondú! ¡Le Bon Dieu est fondú! (El "buen dios" está fundido). Sí, el dios de Roma arrastrado por un sacerdote borracho en verdad se había fundido en la zanja lodosa. Este hecho glorioso fue proclamado por sus propios sacerdotes en medio de risa convulsiva y ante mesas llenas de botellas de vino recién vaciadas por ellos.

A mediados de marzo de 1839, pasé uno de los días más desgraciados de mi vida sacerdotal. Como a las dos de la tarde, un pobre irlandés de más allá de las altas montañas vino apresuradamente para que fuera a ungir a una mujer moribunda. Tardé diez minutos en correr a la iglesia, meter al "buen dios" en la pequeña caja plateada, encerrarlo todo en la bolsa de mi chaleco y subir al trineo rústico del irlandés.

Los caminos eran sumamente malos y teníamos que ir muy despacio. A las siete p.m., faltaban más de tres millas para llegar a la casa de la enferma. Ya oscurecía y el caballo estaba

tan agotado que no era posible seguir adelante por el bosque tenebroso. Decidí pasar la noche en una choza de irlandeses pobres que vivían cerca del camino. Toqué a la puerta y pedí hospedaje. Fui recibido con esa demostración calurosa de respeto que todo irlandés Católico-romano sabe mostrar a sus sacerdotes mejor que nadie. La choza medía siete metros de largo y cinco de ancho. Fue hecho de troncos redondos entrelazados con abundancia de barro para evitar la entrada del aire y del frío. Seis gordos y saludables niños y niñas aunque medio desnudos y no muy bien lavados, se presentaron alrededor de sus buenos padres como testigos vivos de que esta choza, a pesar de su apariencia fea, era realmente un hogar feliz para sus habitantes. Además de ocho seres humanos protegidos bajo ese techo hospitalario, vi en un extremo de la choza una magnífica vaca con su becerro recién nacido y dos puercos finos. Estos dos últimos huéspedes estaban separados del resto de la familia sólo por una división, de como un metro de alto, hecha de ramas.

Por favor, Su Reverencia, dijo la buena mujer después de preparar la cena, disculpe nuestra pobreza, pero tenga la seguridad que nos sentimos felices y muy honrados de hospedarle en nuestra humilde morada esta noche. Mi única pena es que solamente papas, leche y mantequilla tenemos para ofrecerle de cenar. En esta región apartada, el té, el azúcar y la harina de trigo son lujos escasos.

Le agradecí a la buena mujer su hospitalidad, asegurándole que las buenas papas, mantequilla fresca y leche eran el mejor manjar exquisito que me podrían ofrecer en cualquier lugar. Me senté a la mesa y comí una de las cenas más deliciosas de mi vida. Las papas estaban muy bien cocidas y la mantequilla, crema y leche eran de la mejor calidad. También mi apetito estaba bastante agudo debido a la jornada larga por las montañas escarpadas.

No les había dicho a esta buena gente ni a mi chofer que tenía en la bolsa de mi chaleco al "Le Bon Dieu" (el "buen dios") porque les hubiera inquietado demasiado, añadiendo a mis otras dificultades. Cuando llegó la hora de dormir, me acosté con toda mi ropa. Dormí bien, porque estaba muy cansado debido a los caminos pesados y quebrantados desde Beauport hasta estas montañas distantes.

A la mañana siguiente antes del desayuno y del alba, me levanté y tan pronto que vimos el primer vislumbre para ver el camino, salí en dirección de la casa de la mujer enferma, después de ofrecer una oración en silencio.

No había viajado más de un cuarto de milla cuando metí mi mano en la bolsa de mi chaleco y para mi consternación indescriptible, descubrí que me faltaba la cajita plateada que

contenía al “buen dios”. Un sudor frío pasó por mi cuerpo. Le dije al chofer que se parara y se regresara inmediatamente, porque perdí algo que tal vez encontraría en la cama donde dormí. Dentro de cinco minutos volvimos; al abrir la puerta encontré a la pobre mujer y su esposo casi enloquecidos. Estaban pálidos y temblorosos como criminales esperando ser condenados.

¿No encontraron una cajita plateada después que salí? pregunté.

¡Ay, Dios mío! respondió la mujer desolada, sí la encontré, pero quiera Dios que nunca la hubiera visto; aquí está.

Pero, ¿Por qué lamenta usted haberlo encontrado cuando yo estoy tan feliz de hallarla aquí segura en sus manos? repliqué.

¡Ay! Su Reverencia, usted no sabe qué desgracia tan terrible me sucedió hace menos de medio minuto antes que usted llamara a la puerta, exclamó.

¿Qué desgracia le habrá ocurrido en tan corto tiempo? le pregunté.

Bueno, por favor, Su Reverencia, abra la cajita y me comprenderá.

La abrí. ¡Pero el “buen dios” no estaba ahí! Mirándole a la cara de la mujer afligida, le pregunté: ¿Qué significa esto? ¡Está vacía!

¡Significa respondió, que soy la mujer más desgraciada! Ni cinco minutos después que usted salió, fui a su cama y encontré esa cajita. No sabiendo qué era, la enseñé a mis hijos y a mi esposo. Le pedí a mi esposo que la abriera, pero rehusó hacerlo. Entonces la volteé por todos lados intentando adivinar qué contenía, hasta que el diablo me tentó tanto que decidí abrirla. Vine a este rincón donde está esta lámpara pálida y la abrí. Pero,

¡Ay, Dios mío! no me atrevo a decir lo demás.

Al decir estas palabras, cayó al suelo en un ataque de histeria, con gritos agudos y echando espuma por la boca. Arrancaba cruelmente su cabello con sus propias manos. Los gritos y lamentaciones de los niños eran tan angustiosos que apenas pude evitar de llorar también.

Después de varios momentos de la mayor agonía, viendo que se calmaba más la mujer, me dirigí al esposo diciendo: Por favor, explíqueme estas cosas tan extrañas.

Al principio apenas pudo hablar, pero como yo le presionaba, me dijo con voz temblorosa: Por favor, Su Reverencia, mire ese recipiente que usan los niños y tal vez comprenderá nuestra desolación. Cuando mi esposa abrió la cajita, no se fijó que ahí estaba el recipiente directamente abajo de sus manos. ¡Al abrirla, lo que había en la cajita plateada cayó en el recipiente y se hundió! Todos nos llenamos de asombro cuando llamó usted a la puerta y entró.

Me sentí tan sobrecogido de horror indecible al pensar que el cuerpo, sangre, alma y divinidad de mi Salvador Jesucristo estaba ahí hundido en ese recipiente, que me quedé mudo y por largo rato no sabía ni qué hacer. Primero vino a mi mente que debería meter mi mano al recipiente e intentar rescatar a mi Salvador de ese sepulcro de ignominia, pero no podía reunir suficiente valor para hacerlo.

Por fin, pedí a la pobre familia desolada que cavara un hoyo de un metro y que lo enterraran con su contenido y salí de la casa después que les prohibí jamás decir una sola palabra de esa terrible calamidad.

En uno de los libros más sagrados de leyes y reglamentos de la Iglesia de Roma, (Misale Romanum) leemos en la página 58: "Si el sacerdote vomita la eucaristía, si las especies aparecen enteras, que sean tragadas reverentemente a menos que surja la enfermedad; para entonces, que las especies consagradas sean separadas con cuidado y sean guardadas en un lugar sagrado hasta que se corrompan y después echarlas a la basura. Pero si las especies no aparecen, sea quemado el vómito y las cenizas echadas a la basura".

Cuando yo era sacerdote de Roma estaba obligado con todo el católico-romano, a creer que Cristo había puesto su propio cuerpo en su boca con sus propias manos y que él se comió a sí mismo, no espiritualmente, sino de una manera material y substancial. ¡Después de comer a sí mismo, se dio a cada uno de sus discípulos quienes le comieron también! !En todas las edades oscuras del paganismo, el mundo jamás ha visto a semejante sistema de idolatría tan degradante, impía, ridícula y diabólica en su consecuencia como el dogma de Transubstanciación que enseña la Iglesia de Roma!

Cuando con la luz del Evangelio en la mano, el Cristiano entra a esos escondrijos horribles de superstición, necedad e impiedad, casi no puede creer a sus ojos y oídos. ¡Parece imposible que los hombres puedan consentir en adorar a un dios que las ratas puedan comer! ¡Un dios que puede ser arrastrado y perdido en una zanja lodosa por un sacerdote borracho! ¡Un dios que puede ser comido, vomitado y comida otra vez por aquellos que tienen suficiente valor para comer otra vez lo que hayan vomitado!

La religión de Roma no es una religión, es una parodia, la caricatura despreciable y la destrucción de religión. La Iglesia de Roma, como hecho público, no es más que el cumplimiento de esa profecía terrible: "Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, Dios les envía un poder engañoso para que crean la mentira." (2 Tes. 2:10-11)

CAPÍTULO 19

El 24 de septiembre de 1833, el Rev. Sr. Casault, secretario del Obispo de Qüebec, me presentó las cartas oficiales donde me nombraron el vicario del Rev. Sr. Perras, el arcipreste y cura de St. Charles. Pronto me encaminé con corazón alegre para tomar el cargo asignado a mí por mi superior.

La parroquia de St. Charles está hermosamente situada como a veinte millas al suroeste de Qüebec en las riberas de un río. Las granjas grandes y graneros pulcramente blanqueados con cal eran símbolos de paz y consolación.

Muchas veces yo había oído que el Rev. Sr. Perras era uno de los sacerdotes más instruidos, piadosos y venerables de Canadá. Cuando llegué, él había salido a visitar a un enfermo, pero su hermana me recibió con todos los signos de cortesía. A pesar de la carga de sus 55 años, ella había preservado toda la frescura y amabilidad de la juventud.

Después de algunas palabras de bienvenida, me mostró mi estudio y recámara. Los dos cuartos eran la perfección de orden y comodidad. Cerré las puertas y caí de rodillas para dar gracias a Dios y a la Bendita Virgen por haberme dado semejante hogar. Diez minutos más tarde, regresé a la sala grande donde hallé a la Srta. Perras esperando para ofrecerme una copa de vino. Luego me dijo cuánto se alegraron ella y su hermano cuando supieron que yo iba a venir a vivir con ellos. Ella había conocido a mi madre antes de casarse y me contó cómo había pasado días felices con ella.

Ella no pudo haberme hablado de un tema más interesante que mi madre. Aunque había muerto hacía varios años, ella nunca dejó de estar presente en mi mente y cercana y querida a mi corazón.

Al rato, llegó el cura y me levanté para saludarlo, pero es imposible expresar adecuadamente lo que sentí en ese momento. Para entonces, el Rev. Sr. Perras tenía como 65 años de edad. Era un hombre alto y casi un gigante. Ningún rey jamás tuvo un porte de mayor dignidad. Sus hermosos ojos azules eran la encarnación de bondad. Había en su rostro una expresión de paz, calma, piedad y bondad que conquistó completamente mi corazón y

respeto. Cuando, con una sonrisa en sus labios, extendió sus manos hacia mí, caí de rodillas y dije: Señor Perras, Dios me envía a usted para que usted sea mi primer maestro y padre. Usted guiará mis primeros pasos inexpertos en el santo ministerio. Bendígame y ruegue que yo sea un buen sacerdote igual que usted mismo.

Esa acción mía, impremeditada y sincera, conmovió tanto al buen sacerdote anciano que apenas podía hablar. Inclinándose hacia mí, me levantó y me abrazó. Con una voz temblando de emoción dijo: Que Dios te bendiga mi querido señor y él también sea bendito por haberte escogido para ayudarme a sobrellevar la carga del ministerio en mi vejez.

Después de una media hora de la conversación más interesante, me mostró su biblioteca que era muy grande y compuesta de los mejores libros que a un sacerdote de Roma le es permitido leer. Muy amablemente la puso a mi disposición.

Durante los ocho meses en que era mi privilegio permanecer con el venerable Sr. Perras, la conversación era sumamente interesante. Nunca oí de él ninguna plática frívola ni odiosa como se acostumbra haber entre los sacerdotes. Era bien versado en la literatura, filosofía, historia y teología de Roma. Había conocido personalmente a casi todos los obispos y sacerdotes de los últimos cincuenta años y su memoria estaba bien almacenado de anécdotas y hechos concerniente al clero casi desde los días de la conquista de Canadá.

Un par de meses antes de mi llegada a St. Charles, el vicario que me precedió, llamado Lajus, se fugó públicamente con una de sus penitentes hermosas. Después de tres meses de escándalo público, ella, arrepentida, volvió a sus padres que estaban destrozados de corazón. Casi al mismo tiempo, un cura vecino en el cual yo tenía mucha confianza, también se comprometió con una de sus bellas feligresas de una manera vergonzosa aunque menos publicada. Estos dos escándalos me angustiaban en extremo y por casi una semana me sentí tan inundado de vergüenza que tenía pavor de mostrar mi cara en público y casi me arrepentí de haber llegado a ser sacerdote. Mis noches eran desveladas; apenas podía comer. Mis pláticas con el Sr. Perras perdían su encanto.

¿Estás enfermo mi joven amigo? me preguntó un día.

No señor, no estoy enfermo, contesté, pero sí estoy triste.

El replicó: ¿Puedo saber la causa de tu tristeza? Solías estar alegre y feliz desde que llegaste. Por favor, dime, ¿Qué te pasa? Yo soy un hombre anciano y conozco muchos remedios tanto para el alma como para el cuerpo.

Los dos últimos escándalos terribles de los sacerdotes, le respondí, son la causa de mi tristeza. Las noticias han caído sobre mí como una bomba. Aunque había oído algo de esa

naturaleza cuando era un sencillo eclesiástico en el colegio, la debilidad humana de tantos sacerdotes es verdaderamente angustiosa. ¿Cómo puede uno esperar estar firme sobre sus pies cuando ve a semejantes hombres tan fuertes caer a su lado? ¿Qué será de nuestra santa Iglesia en Canadá y en todo el mundo si sus sacerdotes más devotos son tan débiles y tienen tan poquito auto-respeto y tan poquito temor de Dios?

Mi querido joven amigo, respondió el Sr. Perras, nuestra santa Iglesia es infalible. Las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella. Pero la seguridad de su perpetuidad e infalibilidad no depende de ningún fundamento humano; No depende de la santidad personal de sus sacerdotes. La prueba más clara de que nuestra santa Iglesia tiene promesa de perpetuidad e infalibilidad, se saca de los mismos pecados y escándalos de sus sacerdotes. Porque esos pecados y escándalos la hubieran destruido desde hace mucho tiempo si Cristo no estuviera en medio de ella para salvarla y sostenerla.

Así como el arca de Noé fue salvada milagrosamente por la mano poderosa de Dios cuando de otra manera las aguas del diluvio la hubieran naufragado, también nuestra santa Iglesia se evita perecer en las inundaciones de iniquidad por las cuales demasiados sacerdotes han inundado al mundo. Por tanto, en medio de todos estos escándalos, mantén firmes e inconmovibles tu fe y confianza en nuestra santa Iglesia y tu respeto por ella, así como el soldado valiente hace un esfuerzo super-humano para salvar la bandera cuando ve a los que la llevan caer degollados en el campo de batalla. ¡Ay! Y tú verás a muchos portadores de la bandera perecer antes que alcances a mi edad.

Yo estoy por terminar mi carrera y gracias a Dios mi fe en nuestra santa Iglesia está más fuerte que nunca; aunque he visto y oído muchas cosas que en comparación con ellas, los hechos que ahora te afligen son meras pequeñeces.

Para prepararte mejor para el conflicto, pienso que es mi deber decirte un hecho que me informó el fallecido Sr. Obispo Plessis. Nunca lo he revelado a nadie, pero mi interés en ti es tan grande que te lo contaré. Mi confianza en tu sabiduría es tan absoluto que estoy seguro no abusarás de ella. Nunca debemos permitir a la gente saberlo, porque no sólo disminuiría, sino destruiría su respeto y confianza en nosotros sin los cuales sería casi imposible guiarlos.

Ya te conté que el fallecido venerable Obispo Plessis era mi amigo personal. Cada verano cuando terminaba los tres meses de visitación episcopal de su diócesis, él venía y pasaba ocho o diez días de reposo absoluto y disfrutaba de la vida solitaria y privada conmigo en esta casa parroquial. Los dos cuarto que tú ocupas eran de él y muchas veces él me dijo que los días más felices de su vida episcopal eran los que pasaba en esta soledad.

Un verano, él llegó más cansado que nunca y casi me asustó el aire de angustia que cubría su rostro. Yo supuse que esto se debía a su fatiga extrema y esperaba que a la mañana siguiente volvería a ser el mismo hombre amable e interesante. Yo también estaba muy agotado y dormí profundamente hasta las tres de la mañana. Luego, de repente me despertaron los sollozos, lamentaciones medio suprimidas y oraciones que salían del cuarto del obispo. Sin perder un solo momento, fui y toqué a la puerta preguntando de la causa de estos sollozos. Aparentemente el pobre obispo no sospechaba que yo le podía oír.

¿Sollozos, sollozos? respondió, ¿Qué quiere decir con eso? Por favor, regrese a su cuarto a dormir. No se moleste por mí. Estoy bien. y él absolutamente rehusó abrir la puerta de su cuarto. Las horas restantes de la noche, las pasé desvelado. Los sollozos del obispo eran más suprimidos, pero no podía evitar que yo los escuchara.

A la mañana siguiente, sus ojos estaban rojos y en su rostro se veía que había sufrido intensamente. Después del desayuno le dije: Mi señor, la noche pasada ha sido una noche de desolación para Su Señoría. Por amor de Dios y en el nombre de los lazos sagrados de amistad, por favor, dígame la causa de su dolor; disminuirá al momento que lo comparta con su amigo.

El obispo me contestó: Tiene usted razón cuando piensa que estoy bajo una carga de gran desolación, pero su causa es de tal naturaleza que no puedo revelarlo ni a usted, mi querido amigo.

Durante el día, en vano hice todo lo posible para convencer al Monseñor Plessis a revelar la causa de su dolor. Esa noche, Su Señoría se metió a su recámara más temprano de lo normal. Era imposible para mí dormir esa noche, porque su desolación parecía ser tan grande que temí encontrar a mi querido amigo muerto en su cama la mañana siguiente. Yo le observé desde el cuarto adjunto desde las diez de la noche hasta la mañana siguiente y vi que su dolor era todavía más intenso.

Formé una firme resolución, la cual efectué al momento que él salió de su cuarto por la mañana. Mi señor, le dije, yo pensé, hasta anoche, que usted me honraba con su amistad, pero hoy veo que estaba equivocado. Usted no me considera su amigo, porque si yo fuera un amigo digno de su confianza, descargaría su corazón al mío. ¡De qué sirve una amistad si no es para ayudarnos a sobrellevar las cargas de la vida! Yo me sentía honrado por su presencia en mi casa mientras me consideraba su propio amigo. Pero me parece muy probable que la carga que quiere llevar usted solo, le matará y eso muy pronto. No me gusta nada la idea de encontrarle súbitamente muerto en mi casa parroquial y tener al juez de primera instancia

pidiendo informes dolorosos. Por tanto, mi señor, no se ofenderá si le pido respetuosamente a Su Señoría que busque otro alojamiento lo más pronto posible.

Mis palabras cayeron sobre el obispo como una bomba. Con un profundo suspiro me miró en la cara con lágrimas rodando de sus ojos y dijo: Tiene usted razón, Sr. Perras, nunca debería ocultar mi dolor de un amigo, como usted siempre ha sido. Pero usted es el único a quien puedo revelarlo. Sin duda su corazón sacerdotal y Cristiano no será menos quebrantado que el mío, pero usted me ayudará a sobrellevarlo con sus oraciones y consejos sabios. Sin embargo, antes de iniciarlo en un misterio tan terrible, vamos a orar. Luego, nos arrodillamos y rezamos juntos un rosario para invocar el poder de la Virgen María; después, recitamos un Salmo.

Entonces el obispo dijo: Usted sabe que acabo de terminar la visita de mi diócesis inmenso de Qüebec. No le hablaré de la gente; ellos generalmente son verdaderamente religiosos y fieles a la Iglesia. Pero los sacerdotes, ¡Ay, Dios mío! ¿Te diré lo que son? Mi querido Sr. Perras, casi moriría de gozo si Dios me dijera que estoy equivocado. Pero, ¡Ay! No estoy equivocado. La triste y terrible verdad es ésta: ¡Los sacerdotes, con la excepción de usted y otros tres, todos son infieles y ateos! ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡Qué será de la Iglesia en manos de hombres tan malvados! Y cubriendo su rostro con sus manos, el obispo estalló en llanto y por una hora no podía decir una sola palabra y yo mismo me quedé mudo.

Al principio, lamenté haber presionado al obispo a revelar semejante "misterio de iniquidad" inesperado. Pero después de una hora de silencio, casi incapaces de mirarnos la cara, le dije: Mi señor, lo que usted me acaba de decir ciertamente es la cosa más triste que jamás he oído, pero permíteme decirle que su dolor está fuera de límites.

Le llevé a la biblioteca y abrí las páginas de la historia de la Iglesia y le mostré los nombres de más de cincuenta Papas que habían sido ateos e infieles. Leí las vidas de Borgia, Alejandro VI y otra docena más que segura y justamente serían ahorcados hoy por el verdugo de Qüebec si ellos cometieran en esta ciudad la mitad de los crímenes públicos de adulterio, homicidio y perversiones de toda clase que ellos cometieron en Roma, Avignón, Nápoles, etc.

Claramente le comprobé que sus sacerdotes, aunque infieles y ateos, eran ángeles de piedad, modestia, pureza y religión en comparación con un Borjia que vivió públicamente como hombre casado con su propia hija y tuvo un hijo por ella. El acordó conmigo que varios de los Papas: Los Alejandro, los Juan, los Pío y los Leo se hundieron mucho más profundo en el abismo de iniquidad que sus sacerdotes. Mi conclusión fue que si nuestra santa Iglesia pudo sobrevivir la influencia mortal de tales escándalos durante tantos siglos en Europa, no

sería destruida en Canadá aun por la legión de ateos que la sirven hoy. El obispo reconoció la lógica de mi conclusión y me dio las gracias por impedir que se desesperara del futuro de nuestra santa Iglesia en Canadá. Los demás días que pasó conmigo, estaba casi tan alegre y amable como antes.

Ahora, mi querido joven amigo, añadió el Sr. Perras, espero que tú seas tan razonable y lógico en tu religión como el Obispo Plessis, quien probablemente fue el hombre más grande que ha tenido Canadá. Cuando Satanás intenta conmover tu fe por los escándalos que ves, acuérdate de aquel Papa, quien para vengarse de su predecesor, le mandó exhumar; trajo su cadáver delante de los jueces; le acusó de los crímenes más horribles que él comprobó por muchos testigos oculares y sentenció al Papa muerto a ser decapitado, arrastrado con sogas por las calles lodosas de Roma y echado en el río Tiber. Sí, cuando tu mente está oprimida por los crímenes secretos de los sacerdotes que llegues a saber, sea por el confesionario o por rumor público, acuérdate que más de doce Papas fueron elevados a esa alta y santa dignidad por las prostitutas ricas de influencia de Roma con las cuales ellos vivían públicamente de la manera más escandalosa. Acuérdate del joven Juan XI, hijo del Papa Sergio, quien fue consagrado Papa, cuando tenía sólo doce años, por la influencia de su madre prostituta Marosia. El fue tan horriblemente disoluto que fue destituido por el pueblo y el clero de Roma.

Bien, si nuestra santa Iglesia pudo pasar por semejantes tempestades sin perecer, ¿No es una evidencia viviente de que Cristo es su piloto; que ella es imperecedera e infalible, porque San Pedro es su fundamento?

¡Ay, Dios mío! ¿Confesaré lo que eran mis pensamientos durante ese discurso de mi cura que duró más de una hora? Sí, tengo que decir la verdad. Cuando el sacerdote me estaba exhibiendo los crímenes inmencionables de tantos de nuestros Papas, una voz misteriosa estaba repitiendo a los oídos de mi alma las palabras del querido Salvador: "Un árbol bueno no puede dar malos frutos ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis." (Mt.7:18-20) A pesar de mí mismo, la voz de mi conciencia clamaba en tonos de trueno: Una Iglesia cuya cabeza y miembros son tan horriblemente corruptos, de ninguna manera puede ser la Iglesia de Cristo.

CAPÍTULO 20

Generalmente, los sacerdotes vivían en unidad cordial y fraternal y solían, cada uno por turno, dar un gran banquete cada jueves. Varios días antes se hacían preparativos para colectar todo lo que podía agradar al gusto de los invitados. Se compraban los mejores vinos, se buscaban los pavos, pollos, corderos o lechones más gordos. Se hacían en casa o se traían de la ciudad los pasteles más deliciosos a toda costa y se pedían los postres y frutas más raras y costosas.

Había una extraña competencia entre aquellos curas para ver quien superaba al otro. Se empleaban varias ayudantes extras, unos días antes, para ayudar a las sirvientas ordinarias en preparar el "GRAN BANQUETE".

El segundo jueves de mayo de 1834, le tocó al Sr. Perras. A las doce del día, éramos quince sacerdotes alrededor de la mesa.

Aquí, reconoceré los hábitos perfectos de moral y sobriedad del Sr. Perras. El, sí tomaba su copita social de vino, pero nunca le vi tomar más de dos copas en una misma comida. Quisiera poder decir lo mismo de todos los que estaban en su mesa ese día.

Nunca he visto, ni antes ni después, una mesa cubierta con tantas viandas apetitosas y exquisitas. El buen cura había superado a sí mismo. Una de las características más notables de estos banquetes era la ligereza y la falta absoluta de seriedad y gravedad. ¡Ni una sola palabra dicha en mi presencia ahí, indicaría que estos hombres tuvieran otro interés en el mundo aparte de comer, beber, contar y oír cuentos, reírse y llevar una vida alegre!

Al principio me agradó todo lo que oí, vi y gusté. Me reí de buena gana con los demás invitados de sus historias picantes de sus bellas penitentes o de las caricaturas chistosas que pintaban los unos de los otros; sin embargo, en ratos me sentí inquieto y molesto. Una y otra vez las lecciones de la vida sacerdotal recibidas de los labios de mi querido y venerable Sr. Leprohon llamaban fuertemente a la puerta de mi conciencia. Algunas palabras de las Santas Escrituras también hacían un ruido extraño en mi alma y mi propio sentido común me decía que esto no era la manera de vivir que Cristo enseñó a sus discípulos.

Hice un gran esfuerzo para sofocar esas voces molestas. A veces tuve éxito y me volvía alegre, pero un momento después fui agobiado nuevamente por ellas y sentí escalofríos como si hubiera percibido en las paredes del salón festivo el dedo de mi Dios airado escribiendo: "MENE MENE TEKEL UPHARSIN". Entonces, toda mi alegría desapareció y a pesar de todos mis esfuerzos de parecer feliz, el Rev. Sr. Paquette, cura de St. Gervais, lo observó en mi rostro. Ese sacerdote era probablemente el que más disfrutaba de toda esa fiesta. Bajo el manto nevado de 65 años había guardado el afecto y jovialidad de la juventud. Era amado por todos y particularmente por los sacerdotes jóvenes quienes eran los objetos de su constante atención. Siempre había sido sumamente bondadoso conmigo y me atrevo a decir que mis horas más agradables eran las que pasé en su casa parroquial.

Mirándome en el preciso momento en que todo mi intelecto estaba bajo la nube más oscura, me dijo: Mi querido Padrecito Chíniquy, ¿Estás cayendo en las manos de la melancolía mientras todos estamos tan felices? ¡Estabas alegre hace media hora! ¿Estás enfermo? ¡Te ves tan serio y ansioso como Jonás en el vientre de la ballena! ¿Te han dejado algunas de tus bellas penitentes para ir a confesarse con otro?

Ante estas preguntas chistosas, el comedor se conmovió de risa convulsiva. Yo quería haber participado, pero no había remedio. Un momento antes, vi que se sonrojaron las sirvientas. Se escandalizaron por unas palabras indecentes proferidas por un sacerdote joven acerca de una de sus penitentes, palabras que seguramente nunca hubiera dicho si no hubiera ingerido demasiado vino. Le respondí: Estoy muy agradecido por su bondadoso interés y me siento muy honrado de estar aquí en medio de ustedes. Pero así como al día más claro no le faltan nubes, así es con nosotros a veces. Soy joven e inexperto y no he aprendido ver algunas cosas correctamente todavía. Cuando tenga más años espero ser más sabio y no ponerme en ridículo como hago hoy.

¡Tah, tah, tah! dijo el anciano Sr. Paquette, ésta no es la hora de nubes oscuras y melancolía. Alégrate como conviene tu edad. Habrá suficientes horas durante el resto de tu vida para la tristeza y los pensamientos sobrios. Y apelando a todos, preguntó: ¿No es cierto caballeros?

¡Si, sí! respondieron unánimes todos los invitados.

Ahora, dijo el sacerdote anciano, tú oíste el veredicto del jurado. Está a favor mío y en contra tuya. Díme la causa de tu tristeza y me comprometo a consolarte y hacerte feliz como estabas al comienzo del banquete.

Yo preferiría que ustedes siguieran disfrutando de esta hora agradable sin fijarse en mí,

respondí, por favor, discúlpenme si no les molesto con las causas de mi necedad personal.

Bien, bien, dijo el Sr. Paquette, ya lo veo. La causa de tu problema es que todavía no hemos brindado una sola copa de jerez. Llena tu copa de este vino y seguramente ahogarás a la melancolía que veo al fondo.

Con gusto, dije, me siento honrado al brindar con usted. Y eché algunas gotas de vino a mi copa.

¡Ay, ay! ¿Veo lo que estás haciendo? ¡Sólo unas gotas en tu copa! Eso ni mojaría la pata hendida de la melancolía que te atormenta. Se requiere una copa llena y rebosando para ahogarla y acabar con ella. Llena tu copa de este vino precioso, el mejor que jamás he probado.

Pero no puedo tomar más que estas gotitas.

¿Por qué no? replicó.

Porque ocho días antes de su muerte me escribió mi madre pidiéndome prometerla que nunca tomaría más que dos copas de vino en la misma comida. ¡Le hice esa promesa en mi contestación y el mismo día que recibió mi promesa, partió de este mundo para transmitirla escrita en su corazón al cielo a los pies de su Dios!

Guarda esa promesa sagrada, respondió el cura anciano, pero díme, ¿Por qué estás tan triste cuando nosotros estamos tan alegres?

¡Sí, sí! dijeron todos los sacerdotes, tú sabes que simpatizamos contigo, por favor, dínos la causa de esta tristeza.

Entonces contesté: Sería mejor para mí, guardar mi propio secreto que yo sé que me pondrá en ridículo aquí, pero como ustedes están unánimes en su petición, se los diré: Ustedes bien saben que he sido impedido hasta ahora asistir a algunos de sus gran banquetes. Dos veces tuve que ir a Qüebec, a veces he estado enfermo, varias veces fui llamado para visitar a una persona moribunda y otras veces, por el clima, los caminos eran intransitables. Este, entonces, es el primer gran banquete al cual tengo el honor de asistir con todos ustedes.

Pero antes de proseguir, debo decirles que durante los ocho meses en que he tenido el privilegio de sentarme a la mesa del Rev. Sr. Perras, nunca he visto en esta casa parroquial cosas semejantes a los que acaban de suceder. Sobriedad, moderación y verdadera templanza evangélica en bebida y comida han sido la regla invariable. Nunca se ha dicho ninguna palabra que haría sonrojar a las sirvientas ni a los ángeles de Dios. ¡Quiera Dios que no estuviera aquí hoy! porque francamente estoy escandalizado por la mesa epicuriana

delante de nosotros y el número increíble de botellas de los vinos más caros vaciados en esta comida.

Sin embargo, espero que esté equivocado en mi evaluación de lo que he visto y oído. Soy el más joven de todos ustedes. No me corresponde enseñar a ustedes, sino es mi deber aprender de ustedes.

¡Ay, ay! Mi querido Chíniquy, respondió el cura anciano, has agarrado al bastón por la punta equivocada. ¿No somos todos hijos de Dios?

Sí, señor, respondí, somos hijos de Dios.

Ahora, ¿No da un padre amoroso lo que él considere la mejor parte de sus bienes a sus amados hijos?

Sí, señor, repliqué.

¿No se agrada ese padre amoroso cuando ve a sus amados hijos comer y beber las cosas buenas que les ha preparado?

Sí, señor, fue mi respuesta.

Entonces, respondió el sacerdote lógico, entre más nosotros los amados hijos de Dios comamos estas viandas exquisitas y bebamos estos vinos deliciosos que nuestro Padre Celestial pone en nuestras manos, más se agrada de nosotros. Entre más nosotros, los más amados de Dios, nos alegramos y nos gozamos, más él mismo se agrada y se regocija en su reino celestial. Pues, si Dios, nuestro Padre, se agrada tanto de nosotros, ¿Por qué tú estás tan triste?

Esta obra maestra de argumentación fue recibida por todos (excepto el Sr. Perras) con aplausos de aprobación y gritos de "¡Bravo, bravo!"

Yo era demasiado cobarde para decir lo que sentía. Intenté ocultar mi tristeza creciente con sonrisas forzadas en mis labios. Para entonces, era la una y cuarto p.m. A las dos, todo el grupo fue a la iglesia donde, después de adorar a su dios oblea por quince minutos, cayeron de rodillas a los pies los unos de los otros a confesar sus pecados y conseguir perdón por la absolución de sus confesores.

Para las tres p.m. todos se habían ido y me quedé solo con mi venerable cura anciano Perras. Después de algunos minutos de silencio, le dije: Mi querido Sr. Perras, no tengo palabras para expresar mi pesar por lo que dije en su mesa. Le pido perdón por cada palabra de esa desgraciada conversación a la cual fui arrastrado a pesar de mí mismo. Cuando pedí al Sr. Paquette que me dijera en qué me había equivocado, no tenía la menor idea que oiríamos a uno de los veteranos en el sacerdocio asociar el nombre de Dios con impiedades tan

deplorables.

El Sr. Perras me respondió, Lejos de desagradarme lo que oí de ti en esta comida, te diré que has ganado más de mi estimación por ello. Yo mismo me avergüenzo de estos banquetes. Nosotros los sacerdotes somos víctimas igual como el resto del mundo de modas, vanidades, orgullo y lascivia de aquel mundo contra el cual somos enviados a predicar. Los gastos que hacemos en estos banquetes ciertamente son un crimen frente a la miseria de la gente que nos rodea. Este será el último banquete que daré con tanta extravagancia tonta. Las palabras valientes que dijiste me han hecho bien. Les harán bien a ellos también; no estaban tan intoxicados para no recordar lo que has dicho.

Luego apretando mi mano en la suya me dijo: Te doy gracias, mi buen Padrecito Chíniquy, por el corto pero excelente sermón. No será perdido. Me sacaste las lágrimas cuando nos mostraste a tu madre piadosa yendo a los pies de Dios en el cielo, con tu promesa sagrada escrita en su corazón ¡Oh, has de haber tenido una buena madre! Yo la conocí cuando ella era muy joven. En ese entonces, ya era una señorita conocida por su sabiduría y la dignidad de sus modales.

Entonces me dejó solo en la sala y salió a visitar a un enfermo en una de las casa vecinas. Al encontrarme solo, caí de rodillas para orar y llorar. Mi alma se llenó de emociones inexpresables que no pude contener. Lloré por mis propios pecados, porque no me hallé en mejor condición que los demás, aunque no había comido ni bebido en exceso como varios de ellos. Lloré por mis amigos que había visto tan débiles; después de todo, eran mis amigos. Yo les amé y sabía que ellos me amaban. Lloré por mi Iglesia servida por pobres sacerdotes tan pecadores. ¡Si! Lloré ahí de rodillas hasta quedarme satisfecho y me hizo bien. Pero mi Dios tenía guardada otra prueba para su pobre siervo infiel.

Después de mi oración, no había estado ni diez minutos en mi estudio cuando oí gritos extraños y un ruido como de un homicidio en acción. Evidentemente forzando una puerta en el piso superior, alguien bajaba por las escaleras. Los gritos de "¡Homicidio, homicidio!" llegaron a mis oídos. "¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Dónde está el Sr. Perras?" llenaron el aire.

Corrí rápidamente a la sala para ver qué ocurría. ¡Ahí me encontré cara a cara con una mujer totalmente desnuda con su largo cabello ondeando por sus hombros, su cara tan pálida como la muerte y sus ojos clavados en sus cuencos! Extendió sus manos hacia mí con un chillido horrible y antes que pudiera moverme un solo paso, agarró mis dos brazos con las manos. Mis huesos crujían por su apretón y sus uñas rompían mi piel. Intenté escapar, pero era imposible. Pedí auxilio, pero el espectro viviente gritó todavía más fuerte: No tienes nada

que temer, cállate, soy enviada por el Dios Todopoderoso y la bendita Virgen María para darte un mensaje. Los sacerdotes que he conocido, sin excepción, son una banda de víboras; destruyen a sus penitentes femeninas a través de la confesión auricular. ¡Ellos me han destruido y mataron a mi niña! ¡No sigas su ejemplo!

Luego empezó a cantar con una voz hermosa una melodía conmovedora, un cierto poema que ella había compuesto el cual conseguí después secretamente de una de sus sirvientas, la traducción del cual es la siguiente:

"¡Los sacerdotes de Satanás han contaminado mi corazón!
¡Han condenado mi alma! ¡Han asesinado a mi niña!
¡Ay, mi niña, querida niña! Desde tu sitio en el cielo,
¿Ves las lágrimas de tu madre culpable?
¿Nunca me consolará tu rostro sonriente?"

Mientras cantaba estas palabras, lágrimas grandes corrían por sus pálidas mejillas y su triste voz pudiera derretir un corazón de piedra. ¡Fui petrificado en la presencia de ese fantasma viviente! No me atreví a tocarla de manera alguna con mis manos. Me sentí horrorizado y paralizado mirando ese espectro pálido, cadavérico y desnudo. Cuando la pobre sirvienta intentó en vano arrastrarla para quitarla de mí, le asustó con el grito: ¡Si me tocas, te estrangularé en un instante!

¿Dónde está el señor Perras? ¿Dónde está la señorita Perras? ¿Dónde están las demás sirvientas? grité a la sirvienta que estaba temblando y fuera de sí.

La señorita Perras fue corriendo a la iglesia por el cura, respondió, y no sé adonde fue la otra muchacha.

En ese instante, entró el Sr. Perras. Corrió de prisa hacia su hermana y dijo: ¿No te da vergüenza presentarte desnuda ante semejante caballero? y con sus brazos fuertes intentó forzarla a soltarme.

Volteando su cara hacia él y con ojos de una tigre grito: ¡Miserable hermano! ¿Qué has hecho con mi niña? ¡Veo su sangre en tus manos!

Mientras luchaba con su hermano, hice un gran esfuerzo repentino de escapar de su apretón y esta vez tuve éxito; pero viendo que quería echarse encima de mí nuevamente, salté por una ventana abierta. Rápido como un rayo, ella se zafó de las manos de su hermano y también saltó por la ventana persiguiéndome. De pronto, me caí de cabeza con mis pies enredados en mi larga y negra sotana sacerdotal.

Providencialmente, dos hombres fuertes atraídos por mis gritos acudieron para

rescatarme. A ella la envolvieron en una cobija y la llevaron a su aposento donde quedó encerrada con seguro, bajo la vigilancia de dos sirvientas fuertes.

La historia de esa mujer es verdaderamente triste. Viviendo en la casa de su hermano sacerdote, cuando era joven y muy hermosa, le sedujo su padre confesor y llegó a ser madre de una niña a la cual amó con corazón de una verdadera madre. Ella estaba determinada a quedarse con ella y criarla.

Pero esto no correspondía a las opiniones del cura. Una noche mientras dormía la madre, le quitaron la niña. El despertar de esa mujer era terrible. Cuando comprendió que nunca volvería a ver a su hija, llenó la casa parroquial con sus gritos y lamentaciones. Al principio, rehusó comer para que muriera, pero pronto se volvió maniática.

El Sr. Perras, demasiado apegado a su hermana para mandarla a un manicomio, resolvió cuidarla en su propia casa parroquial que era muy grande. Una habitación en su piso superior fue arreglada de tal forma que sus gritos no se oyeran y donde tendría todas las comodidades posibles en sus tristes circunstancias. Dos sirvientas fueron contratadas para cuidarla. Todo esto fue tan bien planeado que yo tenía ocho meses viviendo en esa casa parroquial sin siquiera sospechar que hubiera un ser tan desgraciado bajo el mismo techo.

Parece que ocasionalmente, durante muchos días, su mente estaba perfectamente lúcida. Luego pasaba su tiempo orando y cantando el poema que ella misma compuso y que cantó cuando me tenía agarrado. En sus mejores momentos, había abrigado un odio invencible contra los sacerdotes que había conocido. Oyendo a sus sirvientas hablar de mí frecuentemente, varias veces expresó el deseo de verme, el cual, por supuesto, le negaron. Antes de haber forzado la puerta, escapando de las manos de su guardia, había pasado varios días diciendo que había recibido de Dios un mensaje para mí que me entregaría aunque tuviera que pasar por encima de los cadáveres de todos en la casa.

¡Qué víctima tan desgraciada de la confesión auricular! ¿Cuántos más cantarían las palabras tristes de su canto:

"¡Los sacerdotes de Satanás han contaminado mi corazón!

¡Han condenado mi alma! ¡Han asesinado a mi niña!"?

CAPÍTULO 21

Charlesborough, 25 de mayo de 1814

REV. SR. C. CHINIQUY,

Mi querido señor:

Mi Sr. Panet me ha escogido nuevamente este año para acompañarlo en su visita episcopal. Yo he consentido con la condición de que usted tomara mi lugar a la cabeza de mi querida parroquia durante mi ausencia. Porque no tendré ninguna ansiedad al saber que mi gente está en manos de un sacerdote que aunque tan joven, se ha elevado muy alto en la estimación de todos que le conocen. Por favor, venga a verme lo más pronto posible para decirle muchas cosas que harán más fácil y bendecido su ministerio aquí en Charlesborough. Su Señoría me ha prometido que cuando usted pase por Qüebec, él le dará todos los poderes que desea para administrar mi parroquia durante mi ausencia como si usted fuera su cura.

Su devoto hermano sacerdote y amigo en el amor y corazón de Jesús y María,

ANTONIO BEDARD

Me sentí absolutamente confundido por esta carta, me parecía evidente que mis amigos y mis superiores habían exagerado extrañamente mi débil capacidad. En mi contestación protesté respetuosamente contra semejante decisión, pero una carta enviada por el obispo mismo me ordenó ir sin demora a Charlesborough.

El Rev. Sr. Bedard me recibió con palabras tan amables que se dirritió mi corazón. El tenía como 65 años de edad, era chaparro, con hombros grandes y energía indomitable y ojos radiantes con una expresión de bondad insuperable.

El era uno de los pocos sacerdotes en quien he hallado una verdadera fe honesta en la Iglesia de Roma. El creía con la fe de un niño todas las cosas absurdas que la Iglesia de Roma enseña y vivió conforme a su fe honesta y sincera.

En la religión del Sr. Perras había verdadera calma y serenidad, mientras la religión del Sr. Bedard tenía más relámpago y trueno. ¿Quién podría oír uno de sus sermones sin sentir conmovido su corazón y su alma lleno de terror. Nunca oí nada tan emocionante como sus

palabras cuando predicaba sobre los juicios de Dios y el castigo de los malos. El Sr. Perras nunca ayunó excepto los días fijados por la Iglesia; el Sr. Bedard, por otra parte, se condenó a ayunar dos veces por semana.

El Sr. Perras dormía toda la noche como un niño inocente; el Sr. Bedard, en cambio, casi cada noche que pasé con él se levantaba y se azotaba de la manera más despiadada con tiras de cuero que tenían trozos de plomo en la punta. Mientras se imponía esos terribles castigos, recitaba de memoria el Salmo 51 en latín: "Ten misericordia de mi, oh Dios, conforme a tus piedades". Aunque parecía estar inconsciente de ello, rezaba con una voz tan fuerte que yo oía cada palabra que decía. También golpeaba su carne con tanta violencia que yo podía contar todos los golpes.

Un día, protesté respetuosamente contra semejante auto-imposición tan cruel como dañosa para su salud y que estaba quebrantando su constitución. "Cher petit frere" (Querido hermanito), contestó, nuestra salud y constitución no pueden ser perjudicados por tales penitencias, pero fácil y frecuentemente se arruinan por nuestros pecados. Aunque me he impuesto estos castigos saludables y bien merecidos durante muchos años, yo soy uno de los hombres más saludables de mi parroquia. Y aunque estoy anciano, sigo siendo un gran pecador. Tengo un enemigo implacable e indomitable en mi corazón que no se puede sojuzgar, excepto por castigar a mi carne. Si no hago estas penitencias por mis transgresiones innumerables, ¿Quién hará penitencias por mí? Si no pago las deudas que debo a la justicia de Dios, ¿Quién las pagará por mí?

Pero, le respondí ¿No pagó nuestro Salvador Jesucristo nuestras deudas en el Calvario? ¿No nos salvó y nos redimió a todos por su muerte en la cruz? ¿Por qué usted y yo hemos de pagar nuevamente la justicia de Dios que fue pagado tan perfecta y absolutamente por nuestro Salvador?

¡Ay! mi querido joven amigo, pronto replicó el Sr. Bedard, esa doctrina que tienes es Protestante y ha sido condenado por el santo concilio de Trento. Cristo ciertamente ha pagado nuestras deudas, pero no de una manera tan absoluta que no haya más para ser pagado por nosotros. San Pablo dice en su epístola a los Colosenses: "Cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia." Aunque Cristo pudiera haber pagado entera y absolutamente nuestras deudas si hubiera sido su voluntad, es evidente que tal cosa no fue su voluntad. Dejó atrás algo que Pablo, tú, yo y cada discípulo debemos tomar y sufrir en nuestra carne por su Iglesia. Por la misericordia de Dios, las penitencias que me impongo y los dolores que sufro por estas flagelaciones, purifican mi alma

culpable y levantándome de este mundo contaminante, me acercan más y más a mi Dios cada día. Entre más hacemos penitencia e infligimos dolores a nuestros cuerpos por ayunos y flagelaciones, más nos alegramos en la seguridad de así levantarnos mucho más arriba del polvo de este mundo pecaminoso y nos acercamos más y más a ese estado de santidad del cual habló nuestro Salvador cuando dijo: "Sed santos como yo soy santo."

Cuando el Sr. Bedard alimentaba mi alma de estas hojarascas, me hablaba con gran animación y sinceridad. Igual que yo, estaba muy lejos de la casa del Buen Padre. Nunca había probado el pan de los hijos. Ninguno de nosotros conocíamos la dulzura de ese pan. Teníamos que aceptar esas hojarascas como nuestro único alimento, aunque no nos quitaba el hambre.

Le respondí: Lo que usted me dice aquí es lo que encuentro en todos nuestros libros ascéticos y tratados teológicos y en las vidas de todos nuestros santos. Pero esta mañana leí en el segundo capítulo de Efesios: "Pero Dios que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, ... Porque por gracia sois salvos por medio de la fe y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe." (Ef. 2: 5-8)

Ahora, mi querido y venerable Sr. Bedard, permítame preguntarle respetuosamente, ¿Cómo es posible que su salvación sea sólo por gracia si usted tiene que pagarla cada día rompiendo su carne y azotando su cuerpo de una manera tan temible? ¿No es una forma muy extraña de gracia la que enrojece su piel con su sangre y malluga su carne cada noche?

Querido hermanito, respondió el Sr. Bedard, Cuando el Sr. Perras me habló de tu piedad, no me ocultó que tienes un defecto muy peligroso, que es el de pasar demasiado tiempo en la lectura de la Biblia en preferencia a cualquier otro de nuestros libros santos. Me dijo que tienes la tendencia fatal de interpretar las Escrituras demasiado conforme a tu propia mente y de una manera que es más protestante que Católica. Lamento ver que el cura de St. Charles tenía demasiada razón. Pero, él añadió que aunque tu lectura excesiva de las Santas Escrituras traía algunas nubes a tu mente, al final siempre cedías al sentido dado por nuestra santa Iglesia. Esto no me impidió el deseo de tenerte en mi lugar durante mi ausencia y espero que no tendré que lamentarlo, porque estamos seguros de que nuestro querido joven Chíniquy nunca será un traidor a nuestra santa Iglesia.

Estas palabras, dichas con gran solemnidad mezcladas con la bondad más sincera, atravesaron mi alma como una espada de dos filos. Sentí confusión y pesar inexpresables y mordiéndome el labio, dije: He jurado a nunca interpretar las Santas Escrituras, excepto

conforme al consenso unánime de los Santos Padres y con la ayuda de Dios cumpliré mi promesa. Lamento en gran manera no estar de acuerdo con usted por un momento. Usted es mi superior en edad, en conocimiento y en piedad. Por favor, perdóneme esta desviación momentánea de mi deber y pida por mí que yo sea como usted: Un soldado fiel y valiente de nuestra santa Iglesia hasta el fin.

En ese momento entró la sobrina del cura para informarnos que la comida estaba lista. Pasamos a una mesa modesta, pero bien surtida. Sin embargo, lo que más gusto me dio, fue que se terminó esa conversación penosa. Apenas teníamos cinco minutos sentados a la mesa cuando un hombre pobre llamó a la puerta y pidió un trozo de pan por amor de Jesús y de María. El Sr. Bedard se levantó de la mesa, se acercó al pobre extranjero y le dijo: Pase, mi amigo, siéntese entre mí y nuestro Padrecito Chíniquy. Nuestro Salvador era el amigo de los pobres; él era el padre de la viuda y del huérfano y nosotros sus sacerdotes tenemos que seguirle. No se preocupe, siéntase como en su casa. Aunque yo soy el cura de Charlesborough, soy su hermano. Puede ser que en el cielo usted se siente en un trono más alto que el mío si usted ama a nuestro Salvador Jesucristo y a su santa Madre María más que yo.

Con estas palabras pusieron las mejores cosas de la mesa en el plato del pobre extranjero, quien al principio vaciló, pero terminó por devorar las viandas excelentes.

Después de esto no necesito decir que el Sr. Bedard era caritativo con los pobres; siempre los trataba como sus mejores amigos. Así también era mi cura anterior de St. Charles y aunque su caridad no era tan demostrativa y fraternal como la del Sr. Bedard, nunca vi a ningún pobre salir de la casa parroquial de St. Charles cuyo pecho no se llenaba de gratitud y gozo.

El Sr. Bedard era exactamente como el Sr. Perras en que se confesaba una y a menudo dos veces por semana y prefiriendo no fallar en ese acto humillante, ambos, al estar ausente su confesor normal y muy en contra de mis propios sentimientos, varias veces se arrodillaron humildemente a mis pies juveniles a confesarse.

Estos dos hombres notables tenían la misma opinión acerca de la inmoralidad y la falta de religión de la mayoría de los sacerdotes. Ambos me contaron cosas de la vida secreta del clero que nadie creería si lo publicara. Ambos admitieron repetidamente que la confesión auricular era la fuente diaria de perversiones indecibles entre los confesores y sus penitentes tanto femeninas como masculinas, pero ninguno de los dos tenía suficiente luz para deducir de esos hechos que la confesión auricular fuera una institución diabólica. Ambos sinceramente

creyeron como yo, en ese entonces, que la institución era buena, necesaria y divina y que resultó ser una fuente de perdición a tantos sacerdotes solamente a causa de su falta de fe y piedad y principalmente por su negligencia en rezar a la Virgen María.

Ellos no me dieron esos detalles con un espíritu de crítica contra nuestros hermanos débiles. Su intención era advertirme contra los peligros que eran tan fuertes para mí como para otros. Ambos invariablemente terminaban esas confidencias invitándome a rezar más y más constantemente a la Madre de Dios, la bendita Virgen María; a vigilarme y a evitar estar a solas con una penitente femenina. Me aconsejaron también a tratar mi propio cuerpo como mi peor enemigo, reduciéndolo a sujeción a la ley y crucificándolo día y noche.

Las revelaciones que recibí de estos dignos sacerdotes en ninguna manera conmovieron a mi fe en la Iglesia. Ella se volvió más querida para mí como una madre recibe más afecto y devoción de un hijo obediente mientras más se aumentan sus pruebas y aflicciones. Me parecía, después de este conocimiento, que era mi deber mostrar más que nunca mi respeto, amor y devoción sin reserva a mi santa y querida madre, la Iglesia de Roma fuera de la cual (creía yo sinceramente en ese entonces) no había salvación.

Aunque estos dos sacerdotes profesaron tener el más profundo amor y respeto por las Santas Escrituras, dedicaron muy poco tiempo a su estudio. Ambos, varias veces me reprendieron por pasar muchas horas en su lectura atenta y repetidamente me advirtieron contra el hábito de apelar constantemente a ellas contra ciertas prácticas y enseñanzas de nuestros teólogos. Como buenos sacerdotes Católico-romanos, no tenían el derecho de ir directamente a las Santas Escrituras para saber que "¡Así dice el Señor!" ¡Las tradiciones de la Iglesia eran su fuente de ciencia y luz! Me asombraba la facilidad con que enterraban bajo las nubes oscuras de su tradición a los textos más claros de las Santas Escrituras que yo citaba en defensa de mi posición en nuestras conversaciones y debates.

Ambos, con igual celo y desgraciadamente con demasiado éxito, me persuadieron que era correcto para la Iglesia mandarme a jurar que nunca interpretaría las Santas Escrituras, excepto según el consenso unánime de los Santos Padres. Pero cuando yo les mostraba que los Santos Padres nunca habían estado unánimes en nada, excepto para no estar de acuerdo el uno con el otro en casi cualquier tema que trataban y cuando demostré, por nuestros historiadores eclesiásticos, que algunos Santos Padres tenían opiniones muy diferentes que las de nosotros sobre muchos temas, nunca contestaron mi pregunta excepto para silenciarme con el texto: "Si no oyere a la Iglesia, tenle por gentil y publicano" y me daban largos sermones sobre el peligro del orgullo y auto-confianza.

Ambos me enseñaron que el inferior tiene que obedecer ciegamente a su superior, así como el bastón a la mano que lo detiene, asegurándome al mismo tiempo que el inferior no era responsable por los errores que cometiera al obedecer a su superior legítimo.

El Sr. Perras y el Sr. Bedard tenían un gran amor por su Salvador Jesús, pero el Jesucristo que ellos amaron, respetaron y adoraron no era el Cristo del Evangelio, sino el Cristo de la Iglesia de Roma. Ellos tenían un gran temor como un gran amor por su Dios que profesaban crear cada mañana por el acto de consagración. También creían y predicaban que la idolatría era uno de los crímenes mas grandes que el hombre podía cometer, sin embargo, ellos mismos, cada mañana adoraban a un ídolo de su propia creación. Eran obligados por su Iglesia a renovar la terrible iniquidad de Aarón con esta única diferencia que mientras Aarón hizo sus dioses de oro fundido, ellos hacían el suyo de harina entre dos planchas calientes y bien pulidas o en la forma de un hombre crucificado.

Cuando Aarón habló al pueblo de su becerro de oro, dijo: "Estos son tus dioses, oh Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto." Igualmente el Sr. Bedard y el Sr. Perras, exhibiendo la oblea a la gente engañada, decían: "¡Ecce agnus Dei qui tollit peccata mundi!" ("¡He aquí, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!")

Estos dos sacerdotes sinceros, ponían toda su confianza en las reliquias y escapularios. Oí a ambos decir que ningún accidente fatal podría suceder al que llevaba un escapulario en su pecho y que ninguna muerte repentina podría venir al que fielmente guardaba esos ecapularios benditos en su persona. Sin embargo, ambos de repente murieron las muertes más tristes. El Sr. Bedard cayó muerto, el 19 de mayo de 1837, en un gran banquete dado por sus amigos. Estaba en el acto de tragar una copa de esa bebida de la cual dice Dios: "No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa. Se entra suavemente, mas al fin como serpiente morderá y como áspid dará dolor." El Sr. Perras, tristemente, se volvió loco y murió de un ataque de delirio, el 29 de julio de 1847.

CAPÍTULO 22

A principios de septiembre de 1834, el Obispo Synaie me designó el puesto envidiable de uno de los vicarios de St. Roch, Qüebec, donde el Rev. Sr. Tetu había sido cura aproximadamente un año. El era uno de los diecisiete hijos del Sr. Francisco Tetu, uno de los granjeros más respetados y ricos de St. Thomas. Tan amable era mi nuevo cura que nunca lo vi de mal humor ni una sola vez durante los cuatro años que estuve con él. Aunque a veces, sin querer, puse a prueba su paciencia, nunca oí una sola palabra desagradable salir de sus labios.

Durante una de las horas agradables que pasamos después de la comida, uno de sus vicarios, el Sr. Louis Parent, dijo al Rev. Sr. Tetu: He entregado esta mañana más de cien dólares al obispo como el precio de las misas que mis penitentes piadosos me han pedido que celebrara, la mayor parte de ellas por las almas en el purgatorio. Cada semana tengo que hacer lo mismo igual que usted y cada uno de los cientos de sacerdotes de Canadá tienen que hacer. Ahora quiero saber cómo los obispos pueden disponer de todas esas misas y qué hacen con las grandes sumas de dinero que reciben de todas partes del país.

El buen cura contestó, bromeando como siempre: Si se celebran todas, el purgatorio debería vaciarse dos veces al día, porque yo he calculado que las sumas dadas por esas misas en Canadá no pueden ser menos de cuatro mil dólares cada día. Hay tres veces más Católicos en los Estados Unidos que aquí, así que, no es una exageración decir que diariamente en estos dos países se dan por lo menos $16,000 dólares para echar agua fría a las llamas ardientes de esa prisión de fuego. Ahora, multiplicando por trescientos sesenta y cinco días del año, llega a la suma generosa de $5,840,000 dólares cada año. Pero como todos sabemos que se paga dos veces más por las misas mayores que por las menores, es evidente que más de diez millones de dólares se gastan para ayudar a las almas del purgatorio a terminar sus torturas cada doce meses en Norteamérica solamente.

No hay suficientes sacerdotes en el mundo para decir todas las misas pagadas por la gente. Yo no sé más que ustedes en cuanto a lo que los obispos hacen con esos millones de

dólares. Pero si quieres saber mi opinión sobre ese tema delicado, te diré que entre menos pensamos y hablamos de ello, mejor para nosotros. Yo rechazo esos pensamientos lo más posible y te aconsejo que hagas lo mismo.

Los otros vicarios parecían inclinados con el Sr. Parent a aceptar esa conclusión, pero como yo no había dicho una sola palabra, me pidieron mi opinión y se la di: Hay muchas cosas en nuestra santa Iglesia que se ven como manchas negras, pero espero que sea debido a nuestra ignorancia. Entre tanto que no sabemos qué hacen los obispos con esas misas innumerables pagados en su mano, yo prefiero creer que actúan como hombres honestos. Apenas dije esas cuantas palabras cuando me mandaron llamar a visitar a un feligrés enfermo y se terminó la conversación.

Ocho días después, yo estaba a solas en mi cuarto leyendo el "L'Ami de la Religion et du Roi" un periódico que recibí de París editado por Picot. Mi curiosidad fue excitada por el título de la cabecera de la página en letras grandes: "Piedad Admirable de la Gente Canadiense Francés" La lectura de esa hoja me hizo llorar lágrimas de vergüenza y sacudió mi fe hasta el fundamento.

Corrí al cura y los vicarios y les dije: Hace pocos días, intentamos en vano descubrir qué sucedía con las grandes sumas de dinero pagadas por nuestra gente a los obispos para decir las misas. Aquí está la respuesta.

Entonces leímos juntos el artículo que decía en substancia: ¡Que los venerables obispos de Qüebec habían enviado no menos de cien mil francos en diferentes ocasiones a los sacerdotes de París para que ellos dijeran 400,000 misas al costo de cinco centavos cada uno! ¡Aquí tenemos la triste evidencia que los obispos habían tomado para sí mismos 400,000 francos de nuestra pobre gente, bajo el pretexto de salvar las almas del purgatorio! Ese artículo nos cayó como una bomba. Nuestras lenguas se paralizaban de vergüenza.

Por fin, Baillargeon, dirigiéndose al cura dijo ¿Será posible que nuestros obispos sean estafadores y nosotros los instrumentos para defraudar a nuestra gente? ¿Qué diría la gente si supiera que no solamente no decimos las misas por las cuales ella constantemente llena nuestros manos con su dinero difícilmente ganado, sino que mandamos decir esas misas en París por cinco centavos? ¿Qué pensará de nosotros nuestra buena gente cuando sepa que nuestros obispos se embolsan 20 centavos de cada misa que nos pide celebrar?

El cura respondió, Es afortunado que la gente no sabe, porque seguramente nos echarían a todos en el río. Vamos a guardar ese comercio vergonzoso lo más secreto posible. Pues, ¿Qué es el crimen de simonía, si esto no es una instancia?

Yo repliqué: ¿Cómo pueden esperar guardar secreto ese tráfico del cuerpo y sangre de Jesucristo, cuando no menos de 40,000 copias del periódico se circulan en Francia y más de 100 vienen a Canadá y los Estados Unidos. El problema es mayor de lo que sospechan. ¿No fue a causa de tales crímenes públicos e innegables y los trucos viles del clero de Francia, que el pueblo francés en general, hace medio siglo, condenó a muerte a todos los obispos y sacerdotes de Francia?

Pero esa operación astuta de nuestros obispos toma un color todavía más oscuro, porque esas "misas de cinco centavos" que dicen en París no valen un solo centavo. ¿Quién entre nosotros ignora el hecho de que la mayoría de los sacerdotes de París son ateos y muchos de ellos viven públicamente con concubinas? ¿Pondría su dinero en nuestras manos la gente, si fuéramos lo suficiente honestos para decirles que sus misas serían dichas por cinco centavos en París por tales sacerdotes? ¿No les engañamos cuando aceptamos su dinero bajo la condición bien entendida que ofreceríamos el santo sacrificio según sus deseos? Pero si me permiten hablar un poco más, tengo otro hecho extraño que considerar con ustedes.

Sí, habla, habla, contestaron los cuatro sacerdotes.

Luego continué: ¿Recuerdan como fueron seducidos a entrar a la "Sociedad de Tres Misas"? ¿Quién entre nosotros tenía la idea que la mayor parte del año se pasaría diciendo misas por los sacerdotes y así ser imposible satisfacer las demandas piadosas de la gente que nos apoya? Ya pertenecíamos a las sociedades de la Bendita Virgen María y de San Miguel que levantaron a cinco el número de misas que teníamos que celebrar por los sacerdotes difuntos. Deslumbrados por la idea de que tendríamos 2,000 misas dichas por nosotros en nuestra muerte, mordimos la carnada que nos presentó el obispo. Tuvimos que decir 165 misas por los 33 sacerdotes que murieron el año pasado lo cual significa que cada uno de nosotros tuvo que pagar 41 dólares al obispo por las misas que él mandó decir en París por ocho dólares. Siendo obligados, la mayor parte del año, a celebrar el santo sacrificio en beneficio de los sacerdotes difuntos, no podemos celebrar las misas que la gente nos paga diariamente y por tanto, somos forzados a transferirlas al obispo quien las manda a París después de hacer desaparecer 20 centavos de cada una. Luego entre más sacerdotes se inscriben en su sociedad de "Tres Misas", más los 20 centavos puede embolsar de nosotros y de nuestra gente piadosa. Eso explica su celo admirable por inscribir a cada uno de nosotros. No es tan importante el valor del de dinero, pero me siento desolado al ver que nos volvemos los cómplices de su comercio simoniaco. Sin embargo, ¿Por qué lamentar el pasado? Ya no hay remedio. Aprendamos del pasado a ser sabios en el futuro.

El Sr. Tetu respondió: Nos has mostrado nuestro error, ahora, puedes indicarnos algún remedio?

El remedio sería abolir la sociedad de "Tres Misas" y establecer otra de "Una Misa" la cual se celebrará en la muerte de cada sacerdote. Es cierto que en lugar de 2,000 misas, tendremos solamente 1,200 en nuestra muerte. Pero si 1,200 misas no nos abren las puertas del cielo, es porque estaremos en el infierno. De esta manera podemos decir más misas a petición de nuestra gente y se disminuirá el número de misas de cinco centavos dichas por sacerdotes en París a petición de nuestro obispo. Si siguen mi consejo, nombraremos inmediatamente al Rev. Sr. Tetu presidente de la nueva sociedad, el Sr. Parent será el tesorero y yo consiento en ser el secretario. Una vez organizada nuestra sociedad, presentaremos nuestra renuncia al presidente de la otra sociedad. Enviaremos inmediatamente una circular a todos los sacerdotes dándoles la razón del cambio y pidiéndoles respetuosamente que se unan con nosotros en esta sociedad para disminuir el número de misas de cinco centavos celebrados por los sacerdotes de París.

Dentro de dos horas la nueva sociedad fue plenamente organizada. Las razones para su formación fueron escritas en un libro y enviamos una carta respetuosa al obispo renunciando nuestra membresía en la sociedad de "Tres Misas". Esa carta fue firmada: C. Chíniquy, secretario. Tres horas más tarde recibí la siguiente nota del palacio del obispo:

Mi Señor Obispo de Qüebec quiere verte inmediatamente sobre un asunto importante. No faltes en venir sin dilación, sinceramente,

CHARLES P. CAZEAULT, Secretario

Enseñé la misiva al cura y los vicarios y les dije: Una tempestad está estallando en la montaña. Esto es el primer trueno y el ambiente se ve oscuro y pesado. Oren por mí para que hable y actúe como un sacerdote honesto y valiente.

En la antesala del obispo, hallé a mi amigo personal Cazeault. El me dijo: Mi querido Chíniquy, estás navegando en un mar agitado, serás un dichoso marinero si escapas del naufragio. El obispo está muy enojado contigo, pero no te desanimes, el derecho está a tu favor.

Entonces amablemente me abrió la puerta de la sala del obispo y dijo: Mi señor, el Sr. Chíniquy está aquí esperando sus órdenes.

Pásalo, respondió el obispo.

Entré y me arrodillé a sus pies, pero dando un paso hacia atrás me dijo de la manera más irritada: No tengo bendición para ti hasta que me des una explicación satisfactoria de tu

conducta extraña.

Me levanté y dije: Mi señor, ¿Qué desea usted de mí?

Quiero que me expliques el significado de esta carta firmada por ti como secretario de una sociedad recién nacida llamada "Sociedad de Una Misa".

Le respondí: Mi señor, la carta está escrita en buen francés. Su Señoría debería de haberlo entendido bien. No sé como una explicación mía podrá hacerla más clara.

Quiero saber tu motivo por salir de la antigua y respetable "Sociedad de Tres Misas". ¿No se compone de tus obispos y de todos los sacerdotes de Canadá? ¿No te hallaste entre suficiente buena compañía? ¿Te opones a las oraciones rezadas por las almas del purgatorio?

Le repliqué: Mi señor, responderé trayendo un hecho a la atención de Su Señoría. El gran número de misas que decimos por las almas de los sacerdotes difuntos hace imposible el decir misas por la gente que nos paga. Somos forzados a transferir este dinero a sus manos y luego en lugar de que sean ofrecidos estos santos sacrificios por los buenos sacerdotes de Canadá, Su Señoría recurre a los sacerdotes de París donde las consigue a cinco centavos. Vemos dos grandes males aquí: primero, sacerdotes en los cuales no tenemos ni la menor confianza dicen nuestras misas; porque entre usted y yo, las misas dichas por los sacerdotes de Francia y particularmente los de París, no valen ni un centavo. El segundo mal es todavía peor, uno de los crímenes más grandes que nuestra santa Iglesia siempre ha condenado es el crimen de simonía.

¿Quieres decir, replicó indignado el obispo, que yo soy culpable del crimen de simonía?

Si, mi señor, es exactamente lo que quiero decir. No veo como Su Señoría no comprende que el comercio de misas por el cual usted gana 400,000 francos de una mercancía espiritual que usted consigue por 100,000, no sea simonía.

¡Tú me insultas! ¡Tú eres el hombre más impudente que jamás he visto! ¡Si no retractas lo que has dicho, te suspenderé y te excomulgaré!

Mi suspensión y excomulgación no mejorará la posición de Su Señoría. Porque la gente sabrá que usted me ha excomulgado, porque protesté contra su comercio de misas. Ellos sabrán que usted embolsó 20 centavos de cada misa y que las mandó decir por cinco centavos en París por sacerdotes, la mayoría de los cuales viven con concubinas. Y usted verá que unánimes me bendecirán por mi protesta y a usted le condenarán por su comercio simoniaco, dije estas palabras con una calma tan perfecta que el obispo vio que yo no tenía el menor temor de sus amenazas.

Me es evidente, dijo, que tu objetivo es ser un reformador, un Lutero en Canadá. ¡Pero

nunca lograrás ser más que un chango!

Vi que el obispo estaba fuera de sí y que mi calma perfecta añadió a su irritación. Le respondí: Si Lutero no hubiera hecho algo peor de lo que yo hago hoy, debería ser bendito por Dios y los hombres. Pido respetuosamente a Su Señoría que se calme. El tema de que estoy hablándole es más serio de lo que usted piensa. Está usted cavando debajo de sus propios pies y los pies de sus sacerdotes el mismo abismo en el cual la Iglesia de Francia casi pereció hace menos de medio siglo. Yo soy su mejor amigo cuando sin temor le digo esta verdad antes que sea demasiado tarde. Dios sabe que es porque le amo y le respeto como a mi propio padre que deploro profundamente las consecuencias terribles que seguirían. ¡Ay de Su Señoría! ¡Ay de mí! ¡Ay de nuestra santa Iglesia el día que nuestra gente sepa que en nuestra santa religión, el cuerpo y sangre de Cristo se conviertan en mercancías para llenar el tesoro de los obispos y los Papas!

Era evidente que estas últimas palabras, dichas con el más perfecto dominio propio, no se perdían del todo. El obispo se calmó y me respondió: Yo podría castigarte por esta libertad con que te has atrevido a hablar a tu obispo, pero prefiero advertirte a ser más respetuoso y obediente en el futuro. Me has pedido quitar tu nombre de la "Sociedad de Tres Misas"; tú y los cuatro simplones que han cometido el mismo acto de necedad son los únicos perdedores en el asunto. En lugar de 2,000 misas dichas por la liberación de sus almas de las llamas del purgatorio, tendrán solamente 1,200. Pero estoy seguro que hay demasiada sabiduría y verdadera piedad en mi clero como para seguir tu ejemplo. Serás dejado solo y cubierto de ridículo, porque ellos te llamarán "el pequeño reformador".

Respondí al obispo: Es verdad que soy joven, pero las verdades que he dicho a Su Señoría son tan antiguas como el Evangelio. Tengo tanta confianza en los méritos infinitos del santo sacrificio de la misa que creo sinceramente que 1,200 misas dichas por sacerdotes buenos son suficientes para limpiar mi alma y extinguir las llamas del purgatorio. Pero además, prefiero 1,200 misas dichas por cien sacerdotes canadienses sinceros que un millón, dichas por los sacerdotes de cinco centavos de París.

Estas últimas palabras dichas medio en serio y medio de broma trajo un cambio a la cara de mi obispo. Pensé que era un buen momento para conseguir su bendición y despedirme de él. Tomé mi sombrero, me arrodillé a sus pies, obtuve su bendición y me salí.

CAPÍTULO 23

La hora de mi ausencia había sido una de ansiedad para el cura y los vicarios. Pero mi pronto regreso les llenó de gozo.

¿Qué noticias hay? exclamaron todos.

Buenas noticias, respondí, la batalla ha sido feroz, pero corta. Hemos ganado el día y si nos movemos rápidamente otra gran victoria nos espera. El obispo está tan seguro de que nadie nos seguirá que no moverá un solo dedo para detenerlos. Esto nos asegurará nuestro éxito. Pero no debemos perder un solo momento, vamos a mandar nuestra circular a todos los sacerdotes de Canadá.

Dentro de veinticuatro horas, más de trescientas cartas fueron llevados a todos los sacerdotes explicándoles las razones por las cuales debemos intentar, por todos los medios justos, poner fin al vergonzoso comercio simoniaco de misas traficando entre Canadá y Francia.

La semana apenas había terminado cuando llegaron cartas al obispo de todos los curas y vicarios, pidiéndole respetuosamente que les retirara de la Sociedad de Tres Misas. Solamente cincuenta rehusaron acceder a nuestra petición.

Nuestra victoria era más completa de lo que esperábamos. Pero el Obispo de Qüebec esperando recuperar su terreno perdido escribió inmediatamente al Obispo de Montreal, mi Sr. Telemesse para acudir a socorrerle y mostrarnos la monstruosidad del crimen de revelarnos contra la voluntad de nuestros superiores eclesiásticos.

Algunos días después, para mi consternación recibí una nota corta y fría del secretario, diciéndome que los obispos de Montreal y Qüebec querían verme en el palacio sin dilación. Nunca había visto al Obispo de Montreal y esperaba ver a un hombre de proporciones gigantescas. Me sorprendió ver que era muy pequeño. Sus ojos eran penetrantes como los de un águila, pero cuando se fijó en mí, vi en ellos las marcas de un noble corazón honesto.

Los movimientos de su cabeza eran rápidos y sus frases cortas; parecía conocer una sola línea, la recta, al tratar cualquier tema o relación humana. Tenía la reputación merecida de

ser uno de los hombres más instruidos y elocuentes de Canadá. El Obispo de Qüebec se quedó en su sofá dejando al Obispo de Montreal recibirme. Me postré a sus pies para pedir su bendición, la cual me dio de la manera más cordial. Luego, poniendo su mano sobre mi hombro, me dijo en el estilo cuaquer: ¿Será posible que tú eres Chíniquy, ese sacerdote que hace tanto ruido? ¿Cómo puede un hombre tan pequeño hacer tanto ruido?

Puesto que había una sonrisa en su rostro al decir estas palabras, vi inmediatamente que no había enojo ni malos sentimientos en su corazón. Repliqué: Mi señor, ¿No sabe usted que las perlas y los perfumes más preciosos se ponen en los frascos más pequeños?

El obispo vio que esto era el complemento de su alocución y sonriendo, respondió: Bien, bien, si tú eres un sacerdote ruidoso, no eres un tonto. Pero díme, ¿Por qué quieres destruir nuestra Sociedad de Tres Misas y establecer esa nueva sobre sus ruinas a pesar de tus superiores?

Mi señor, mi respuesta será la más respetuosa, corta y clara posible. He salido de la Sociedad de Tres Misas porque era mi derecho hacerlo sin permiso de nadie. Espero que nuestros venerables obispos de Canadá no desean ser servidos por esclavos.

Yo no digo, respondió el obispo, que tú estás obligado a quedarte, pero ¿Puedo saber por qué has dejado una asociación tan respetable encabezada por tus obispos y los sacerdotes más venerables de Canadá?

Otra vez, mi señor, seré claro en mi respuesta: Si Su Señoría desea ir al infierno con sus sacerdotes venerables por hacer desaparecer 20 centavos de cada uno de nuestros penitentes honestos y piadosos por misas que mandan decir por cinco centavos por los sacerdotes malos de París, no les seguiré. Por otra parte, si Su Señoría desea ser echado al río por la gente furiosa cuando sepan cuanto tiempo y cuan sutilmente les hemos estafado con nuestro comercio simoniaco, yo no quiero seguirle a esa corriente fría.

Bien, Bien, respondió el obispo, olvidemos ese asunto para siempre.

El dijo esta corta oración con tanta sinceridad y honestidad que vi que estaba hablando en serio. De un vistazo, reconoció que su terreno era insostenible. Sentí verdadero gozo ante una victoria tan pronta y completa. Me postré nuevamente a los pies del obispo y pedí su bendición antes de despedirme de él para ir y decir a los curas y vicarios las alegres noticias.

Desde ese tiempo hasta ahora, al morir algún sacerdote, la prensa del clero no falta en mencionar si el sacerdote difunto pertenecía a la Sociedad de “Tres” o de “Una” misa.

Hasta cierto punto habíamos disminuido el comercio simoniaco e infame de las misas, pero desgraciadamente no lo destruimos y yo sé que hoy ha resucitado. Después que dejé la

Iglesia de Roma, los obispos resucitaron la Sociedad de Tres Misas de su sepulcro. Es un hecho público que el comercio de misas con Francia todavía se conduce en gran escala. En París y otras ciudades de ese país, hay agencias públicas para llevar a cabo ese tráfico vergonzoso.

En 1874, la Casa de Mesme conducía un negocio inmenso con su reserva de misas. Al sospecharlo el gobierno, hizo una revisión de su contabilidad y se descubrió que un número increíble de misas nunca llegaron a su destino, sino solamente llenaron la bolsa del mercader de misas Pariciano. Así, el desdichado Mesme fue enviado a la penitenciaría para meditar en los méritos infinitos del sacrificio de la misa. Pero estos hechos se desconocen entre los pobres Católico-romanos que son desplumados más y más por sus sacerdotes bajo el pretexto de salvar las almas del purgatorio.

CAPÍTULO 24

Una de las primeras cosas hechas por el cura Tetu, luego que sus nueve vicarios fueron escogidos, era dividir, echando suertes, a su gran parroquia en cuatro partes. Mi suerte me dio la parte noreste de la parroquia que incluía el hospital Marinero de Qüebec.

El número de marineros enfermos que tenía que visitar casi diario en esa noble institución variaba entre 25 y 100. No habiendo lugar ahí para celebrar la misa y guardar el santo sacramento, me encontraba en lo que al principio me parecía una grave dificultad. Frecuentemente tenía que administrar el viático (santa comunión) a algún marinero moribundo.

Hasta entonces, nunca había llevado el "buen dios" a los moribundos sin ser acompañado por varias personas caminando o montado a caballo. Yo me vestía con un sobrepelliz blanco encima de mi larga sotana negra para impresionar a la gente. Un hombre, sonando una campana, iba delante de mí para anunciar a la gente que el gran dios pasaba por ahí y ellos tenían que caer de rodillas en su casa o junto al camino o en el campo para adorarlo.

Esto funcionaba bien en St. Charles o en Charlesborough, pero, ¿Podría hacerlo en Qüebec donde tantos miserables herejes estaban más dispuestos a reírse de mi dios que adorarlo? En mi celo y fe sincera, sin embargo, yo estaba determinado a desafiar a los herejes en todo el mundo y exponerme a sus insultos antes de abandonar el respeto supremo y adoración que correspondía a mi dios dondequiera. Dos veces lo llevé al hospital con la solemnidad normal.

En vano mi cura intentó persuadirme a cambiar de parecer. Entonces él me invitó amablemente a acompañarle a conferir con el obispo. No puedo expresar la consternación que sentí cuando el obispo me dijo, con una ligereza que nunca había observado en él, que debido a tantos Protestantes que teníamos que confrontar dondequiera, sería mejor hacer a nuestro "dios" viajar incógnito por las calles de Qüebec. Luego añadió en un tono humorístico: Guárdalo en la bolsa de tu chaleco como los demás sacerdotes de la ciudad. Nunca aspiras a ser reformador y superar a tus hermanos venerables en el sacerdocio. Nunca debemos olvidar que somos un pueblo conquistado. Si fuéramos los amos, lo llevaríamos a

los moribundos con los honores públicos que solíamos rendirle antes de la conquista, pero los Protestantes están más fuertes. Nuestro gobernador es Protestante como también nuestra reina. La guarnición de los muros de su baluarte impregnable se compone principalmente de Protestantes. Según las leyes de nuestra santa Iglesia, tenemos el derecho de castigar aun con la muerte a la gente miserable que ridiculiza los misterios de nuestra santa religión. Pero aunque tenemos ese derecho, no somos lo suficiente fuertes para ponerlo en vigor. Entonces tenemos que llevar el yugo en silencio. Después de todo, es nuestro dios mismo quien en su juicio inescrutable nos ha privado del poder de honrarlo como él merece. Si en su buena providencia pudiéramos romper nuestros grillos y libertarnos para adoptar nuevamente las leyes que impiden a los herejes fijar su residencia entre nosotros, entonces lo llevaríamos como solíamos en aquellos días felices.

Pero, dije, cuando camino por las calles con mi "buen dios" en la bolsa de mi chaleco, ¿Qué haré si me encuentro con algún amigo que quiere saludarme y bromear conmigo?

El obispo se rió y respondió: Le dices a tu amigo que tienes prisa y sigues tu camino lo más pronto posible. Pero si no hay remedio, platica y bromea con él sin ningún escrúpulo de conciencia. Lo importante en este asunto delicado es que la gente no llegue a saber que llevamos a nuestro dios incógnito por las calles, porque este conocimiento seguramente conmovería y debilitaría su fe. El hombre de la calle permanece en nuestra santa Iglesia por virtud de las ceremonias impresionantes de nuestras procesiones y señales de respeto público que expresamos a Jesucristo cuando lo llevamos a los enfermos, porque la gente se convence más por lo que ven con sus ojos y tocan con sus manos que por lo que oyen con sus oídos.

Me sometí a la orden de mi superior eclesiástico, pero la manera jocosa en que habló del misterio más temible y adorable de la Iglesia me dejó con la impresión de que él no creía ni jota del dogma de Transubstanciación.

Duré varios años acostumbrándome a llevar mi dios en la bolsa de mi chaleco como los demás sacerdotes sin más ceremonia que una picadura de tabaco. Entre tanto que caminaba solo, me sentía feliz, porque podía conversar en silencio con mi Salvador y darle toda la expresión de mi amor y adoración. Pero cuánta tristeza sentía cuando, como me sucedía frecuentemente, me encontraba con algunos amigos obligándome a saludarlos y entrar en esas pláticas ociosas tan comunes dondequiera. Con el mayor esfuerzo, asumía una máscara sonriente para ocultar la expresión de adoración y con ganas maldecía el día en que mi país cayó bajo el yugo de los Protestantes.

¡Cuántas veces pedí a mi dios oblea a quien apretaba a mi corazón que nos concediera la oportunidad de romper esas ataduras y destruir para siempre el poder de Inglaterra Protestante sobre nosotros! Entonces estaríamos libres nuevamente para rendir a nuestro Salvador todos los honores públicos que corresponden a su majestad. Entonces pondríamos en vigor las leyes por las cuales ningún hereje tendría derecho de residir ni vivir en Canadá.

CAPÍTULO 25

Cuando por suerte llegué a ser el primer capellán del hospital marinero de Qüebec, estaba seguro que Dios había ordenado esto para mi bien y para su propia gloria y resulta que tenía razón. A principios de noviembre de 1834, el director llamado Sr. Glackmayer vino a decirme que había un extraordinariamente alto número de enfermos dejado por la armada del otoño. Por el peligro de la muerte, me llamaban día y noche. En secreto, me avisó que varios de ellos ya habían muerto de la peor especie de viruela y que muchos también morían de la terrible Cólera Morbo que todavía hacía estragos entre los marineros.

Estas tristes noticias me llegaron como una orden del cielo a acudir al rescate de mis queridos marineros enfermos. El primer hombre que conocí era el Dr. Douglas quien confirmó el número de enfermos y añadió que las enfermedades prevalecientes eran de las más peligrosas.

El Dr. Douglas era uno de los fundadores y directores del hospital como también uno de los cirujanos mejor capacitados de Qüebec. Aunque era un fiel Protestante, me honraba con su confianza y amistad desde el primer día que nos conocimos. Diré que nunca conocí un corazón más noble, una mente más abierta, ni un filántropo más auténtico.

Después de agradecerle la triste pero útil noticia, le pedí al Sr. Glackmayer una copa de brandy, la cual tragué de inmediato.

¿Qué está haciendo? preguntó el Dr. Douglas.

¿No ve, respondí, que he tomado una copa de brandy excelente?

Pero, por favor, dígame, ¿Por qué?

Porque es un buen preservativo contra el medio ambiente que respiro todo el día, repliqué, tengo que oír las confesiones de toda esa gente muriendo de la viruela o de la Cólera Morbo y respirar el aire pútrido alrededor de sus almohadas. ¿No me advierte el sentido común que debo tomar alguna precaución contra el contagio?

¿Será posible, respondió, que un hombre a quien estimo tanto sea tan ignorante de los efectos mortales del alcohol en el cuerpo humano? Lo que usted ha tomado no es más que

veneno y lejos de protegerlo contra el peligro, ahora está más expuesto a ello que antes de tomarlo.

Pobre de ustedes protestantes, respondí de broma, son una banda de fanáticos con sus doctrinas extremosas de abstinencia. Nunca me convertirá usted a su punto de vista sobre ese tema. ¿Será para el uso de los perros que Dios creó al vino y al brandy? ¿No es para el uso de hombres que lo tomen con moderación e inteligencia?

Mi querido Sr. Chíniquy, usted bromea, pero yo le hablo en serio cuando le digo que se ha envenenado con esa copa de brandy, dijo el Dr. Douglas.

Si los buenos vinos y brandy fueran veneno, respondí, pronto sería usted el único médico en Qüebec, porque usted es el único del cuerpo médico que conozco que se abstiene. Pues, aunque me agrada mucho su plática, con su permiso voy a visitar a mis queridos marineros enfermos cuyo clamor por ayuda espiritual suena en mis oídos.

Una palabra más, dijo el Dr. Douglas, mañana por la mañana haremos una autopsia de un marinero que acaba de morir repentinamente aquí. ¿Tendrá usted alguna objeción de venir y ver en el cadáver de ese hombre lo que su copa de brandy ha hecho en su propio cuerpo?

No, señor, no tengo ninguna objeción, contesté, desde hace mucho tiempo he tenido la inquietud de hacer un estudio especial de la anatomía. Esta será mi primera lección; no podría tener un mejor maestro.

Me despedí de él y fui con mis pacientes con los cuales pasé lo que restaba del día y la mayor parte de la noche. Cincuenta de ellos querían hacer confesiones generales de todos los pecados de su vida y di los últimos sacramentos a veinticinco que morían de viruela o de Cólera Morbo. A la mañana siguiente a la hora citada, estaba al lado del cadáver del hombre muerto. El Dr. Douglas amablemente me prestó un microscopio potente.

No tengo la menor duda, dijo, que este hombre fue matado instantáneamente por una copa de ron. Ese ron ha causado la rotura de la aorta.

Mientras hablaba así, el cuchillo hacía su obra tan rápido que el espectáculo horrible de la arteria rota estaba delante de nuestros ojos casi al salir las últimas palabras de su boca.

Fíjese aquí, dijo el doctor, por toda la arteria verá usted miles y tal vez millones de puntos rojos que son los muchos hoyos perforados por el alcohol. Igual como los ratones almizcleños del río Mississippi cavan hoyos pequeños en las presas, desatando las aguas y llevando desolación y muerte por todas sus riberas, así el alcohol, cada día, causa la muerte repentina de miles de víctimas, perforando las venas de los pulmones y de todo el cuerpo. Mire a los pulmones y cuente si puede los miles y miles de puntos rojos, oscuros y amarillos y las

pequeñas úlceras. Cada uno de ellos es la obra del alcohol causando corrupción y muerte en todos estos órganos maravillosos. El alcohol es uno de los venenos más peligrosos; ha matado a más hombres que todos los demás venenos juntos.

El alcohol no puede ir a ninguna parte del cuerpo humano sin llevar desorden y muerte con él. Porque no puede de ninguna manera unirse a ninguna parte de nuestro cuerpo. El agua que tomamos y la comida nutritiva que comemos son enviados a los pulmones, el cerebro, los nervios, los músculos y los huesos. Dondequiera que van reciben, por decirlo así, cartas de ciudadanía que los permite quedar ahí en paz y trabajar para el bien público. Pero no es así con el alcohol; al momento mismo que entra al estómago trae desorden, ruina y muerte según la cantidad ingerida.

Mire aquí con el microscopio y verá que dondequiera que el rey alcohol ha puesto su pie, el cuerpo se ha convertido en un campo de batalla produciendo ruina y muerte. Por la obra tan extraordinaria de la naturaleza o más bien por orden de Dios, cada vena y arteria por el cual el alcohol tiene que pasar, de repente se contrae como para impedir su paso o para ahogar a su enemigo mortal. Cada vena y arteria evidentemente ha escuchado la voz de Dios, diciendo: "¡El vino es escarnecedor, muerde como la serpiente y como el áspid da dolor!" Cada nervio y músculo que toca el alcohol, tiembla y se estremece como en presencia de un enemigo implacable e invencible. Sí, ante la presencia del alcohol cada nervio y músculo pierde su fortaleza, igual que el hombre más valiente que en presencia de un monstruo horrible o demonio, de repente pierde su fuerza natural y se estremece de cabeza a pies.

No puedo repetir todo lo que oí ese día de los labios del Dr. Douglas y lo que vi con mis propios ojos de los horribles efectos del alcohol por cada miembro de ese cadáver; sería demasiado largo. Basta con decir que me horrorizaron mi propia necedad y la necedad de tantas personas que usan bebidas intoxicantes.

Durante los cuatro años que duré como capellán del hospital marinero, más de cien cadáveres fueron abiertos delante de mí. Es mi convicción que la primera cosa que un orador sobre la abstinencia debe hacer es estudiar anatomía; examinar los cadáveres tanto de bebedores templados como de borrachos incurables y estudiar ahí los efectos del alcohol en los varios órganos del cuerpo humano. Esos cadáveres eran libros escritos por la mano de Dios mismo y me hablaron como ningún hombre puede hablar. Pero ahora es el momento para contar cómo Dios me obligó casi a pesar de mí mismo a abandonar para siempre el uso de bebidas intoxicantes.

Entre mis penitentes había una dama joven que pertenecía a una de las familias más

respetadas de Qüebec. Tenía una niña de casi un año de edad y por supuesto la joven madre la adoraba. Desgraciadamente esa dama, como ocurre con demasiada frecuencia aun entre las familias más refinadas, había aprendido en la casa de su padre y por el ejemplo de su propia madre a beber vino en la mesa y cuando visitaba a sus amigas. Poco a poco empezó a tomar, cuando se encontraba sola, unas gotas de vino, al principio por consejo de su médico, pero pronto solamente para saciar un apetito descontrolado que crecía más fuerte cada día. Con la excepción de su marido, yo era el único que sabía este hecho. El era un íntimo amigo mío y varias veces con lágrimas escurriendo por sus mejillas me había suplicado en el nombre de Dios que la persuadiera a abstenerse de tomar.

Ese varón vivía muy feliz con su esposa elegante y su niña incomparablemente hermosa. Era rico, tenía una posición elevada en el mundo, amigos sin número y su hogar era un palacio. Cada vez que hablé con esa dama, sea a solas o en presencia de su marido, ella derramaba lágrimas de arrepentimiento, prometía reformarse y tomar únicamente lo poquito que su médico le había recetado. Pero, ¡Ay! esa receta mortal del médico era como aceite derramado sobre ascuas ardientes. Estaba encendiendo un fuego que nadie pudo apagar.

Un día, el cual nunca olvidaré, un mensajero llegó apresuradamente y me dijo: El Sr. A. quiere que vaya usted a su casa inmediatamente. Una desgracia terrible acaba de suceder. Su hermosa hija acaba de morir. Su esposa está media loca y él teme que se suicide.

Subí de un salto a la calesa elegante jalado por dos caballos finos y en pocos minutos estaba en la presencia del espectáculo más angustioso que jamás había visto. La joven señora, destrozando su vestido, arrancando los cabellos con sus manos y rasguñando su cara con sus uñas, estaba gritando: ¡Ay, por amor de Dios, denme un cuchillo para cortarme la garganta! ¡He matado a mi hija! ¡Mi querida está muerta! ¡Soy la asesina de mi propia querida Lucy! ¡Mis manos están teñidas con su sangre! ¡Déjenme morir con ella!

Yo me quedé horrorizado y al principio permanecí mudo e inerte. El joven esposo junto con otros dos caballeros, el Sr. Blanchet y Pannet, el juez de primera instancia, intentaban detener las manos de su esposa desgraciada. Por fin, la mujer, fijando sus ojos en mí, dijo: Oh, querido Padre Chíniquy, por amor de Dios déme un cuchillo para que pueda cortarme la garganta. Estando borracha, levanté a mi preciosa hija para besarla. Pero me caí y su cabeza pegó contra la esquina puntiaguda de la estufa. ¡Sus sesos y sangre están esparcidos en el suelo! ¡Mi hija, mi propia hija está muerta! ¡Yo la he matado! ¡Maldito licor, maldito vino! ¡Mi hija está muerta, estoy condenada! ¡Maldita bebida!

Yo no podía hablar, pero sí podía vertir lágrimas y llorar. Lloré y mezclé mis lágrimas con las de aquella madre desgraciada. Luego con una expresión de desesperación, que penetró mi alma como una espada, dijo: Pase usted a verla.

Entré al cuarto contigua y ahí vi a esa una vez hermosa niña, muerta con su cara cubierta de su sangre y sesos. Había un boquete en la sien derecha. La madre embriagada, cayéndose con su niña en sus brazos, golpeó su cabeza contra la estufa con una fuerza tan terrible que volcó la estufa al suelo.

Los carbones encendidos estaban esparcidos por todos lados y por poco se había encendido la casa. Pero ese golpe y la muerte espantosa de su hija, de repente la volvieron en sí y puso fin a su intoxicación. De un vistazo comprendió la totalidad de su desgracia. Su primer pensamiento era correr al aparador, agarrar un agudo cuchillo largo y cortarse la garganta. Providencialmente, su esposo llegó en ese instante. Con gran dificultad y después de una lucha terrible logró quitar el cuchillo de sus manos y lo tiró a la calle por una ventana.

Para entonces eran como las cinco de la tarde. Después de pasar una hora de agonía indescriptible de mente y de corazón, intenté salir para regresar a la casa parroquial. Pero mi joven amigo desgraciado me suplicó en el nombre de Dios que pasara la noche con él. Usted es el único, me dijo, quien nos puede ayudar en esta noche horrible. Mi desgracia es bastante grande sin destruir nuestro buen nombre difundiéndola públicamente. Quiero guardarlo lo más secreto posible. Aparte del médico y el juez de primera instancia, usted es el único hombre sobre la tierra en quien confío para ayudarme. Por favor, quédese con nosotros.

Me quedé, pero en vano intenté calmar a la desgraciada madre. Constantemente quebrantaba nuestros corazones con sus lamentaciones y sus esfuerzos convulsivos de quitarse la vida. Cada minuto gritaba: ¡Mi hija, mi querida Lucy! Justo cuando tus pequeños brazos me acariciaban tan suavemente y tus besos angélicos eran tan dulces a mis labios, te degollé. Cuando me abrazabas a tu corazón amante y me besabas, yo tu madre embriagada te di el golpe mortal... ¡Mis manos están teñidas de tu sangre y mi pecho cubierto de tus sesos! ¡Ay, por amor de Dios, querido esposo, quítame la vida! No puedo consentir en vivir un día más. Querido Padre Chíniquy, déme un cuchillo para poder mezclar mi sangre con la de mi hija. ¡Ojalá me enterrasen en el mismo sepulcro con ella!

En vano intenté hablarle de la misericordia de Dios hacia los pecadores. No escuchaba nada de lo que le decía; estaba absolutamente sorda a mi voz. Como a las diez de la noche, tuvo el ataque más terrible de angustia y desesperación. Aunque éramos cuatro hombres que la cuidábamos, ella era más fuerte que todos nosotros. Tenía la fuerza de un gigante. Ella se

zafó de nuestras manos y corrió al cuarto donde la niña muerta yacía en su cuna. Asiendo del cadáver frío con sus manos, rompió las vendas blancas puestos alrededor de la cabeza para cubrir la herida horrible y con gritos de desolación apretó sus labios, mejillas y sus mismos ojos sobre el boquete que rezumaba sesos y sangre, como queriendo sanarlo y hacer volver la vida a la pobrecita.

Mi querida, mi amada, mi pobre querida Lucy, gritó, abre tus ojos y mira nuevamente a tu madre. ¡Dame un beso, abrázame nuevamente a tu pecho! Pero tus ojos están cerradas; tus labios fríos ya no sonríen; estás muerta y yo tu madre te degollé. ¿Puedes perdonarme tu muerte? ¿Puedes pedir a Jesucristo nuestro Salvador que me perdone? ¿Puedes pedir a la bendita Virgen María que ruegue por mí? ¿Nunca volveré a verte? ¡Ay no, estoy perdida, estoy condenada, soy una madre borracha que ha asesinado a su propia querida Lucy! ¡No hay misericordia para una madre borracha, la asesina de su propia hija!

Cuando hablaba así a su hija, a veces se arrodillaba, pero luego corría como huyendo de un fantasma. Pero siempre abrazaba al cadáver inerte a su pecho o convulsivamente pasaba sus labios y mejillas sobre la herida horrible a tal grado que sus labios, toda su cara, su pecho y manos estaban embadurnados de la sangre que fluía de la herida. ¿Diré que todos estábamos "derramando lágrimas y llorando"? Pues la palabras "derramando lágrimas y llorando" no pueden expresar la desolación y horror que sentimos.

Como a las once, cuando ella estaba de rodillas abrazando a la niña muerta, levantó sus ojos hacia mí y dijo: Querido Padre Chíniquy, ¿Por qué no he seguido su consejo cariñoso cuando más con sus lágrimas que con sus palabras, tantas veces intentó persuadirme a abandonar esos malditos vinos intoxicantes? ¡Cuántas veces me ha dado usted las palabras que vienen del mismo cielo: "El vino es escarnecedor, muerde como serpiente y como áspid da dolor"! ¡Cuántas veces me rogó usted en el nombre de mi querida hija, en el nombre de mi querido esposo y en el nombre de Dios, abandonar el uso de esas malditas bebidas! Pero ahora, escucha mi petición. Vaya usted por todo Canadá; mande a todos los padres que nunca pongan ninguna bebida intoxicante ante los ojos de sus hijos. Fue en la mesa de mi padre donde primero aprendí a tomar ese vino que maldeciré por toda la eternidad. Mande a las madres a nunca probar esas bebidas abominables. Fue mi madre quien primero me enseñó a beber ese vino que maldeciré mientras Dios exista.

Lleva la sangre de mi hija y tiñe el dintel de las puertas de cada casa en Canadá y anuncie a todos sus habitantes que esa sangre fue derramada por la mano de una madre homicida cuando estaba borracha. Con esa sangre escriba en los muros de cada casa de Canadá que el

vino es escarnecedor y diga a los canadienses franceses cómo sobre el cadáver de mi hija he maldecido a ese vino que me ha hecho despreciable, miserable y culpable.

Se detuvo un momento para respirar un poco; luego añadió: Dígame en el nombre de Dios, ¿Puede mi hija perdonarme su muerte? ¿Puede ella pedir a Dios que me mire con misericordia? ¿Podrá ella hacer que la bendita Virgen María ruegue por mí y obtenga mi perdón?

Pero antes que pude contestar, ella nos horrorizó con sus gritos desesperados: ¡Estoy perdida! ¡Borracha, maté a mi hija! ¡Maldito vino! Luego cayó un cadáver en el suelo. Torrentes de sangre fluían de su boca sobre su hija muerta que abrazaba en su pecho aún después de su muerte.

Ese drama terrible nunca fue revelado a la gente de Qüebec. El veredicto del juez de primera instancia fue que la muerte de la niña era accidental y que la madre angustiada murió de un corazón quebrantada seis horas después. Dos días después, la madre desgraciada fue enterrada con el cadáver de su hija agarrado en sus brazos.

Después de una tempestad tan terrible, yo necesitaba soledad y descanso, pero sobre todo, necesitaba oración. Me encerré en mi pequeño cuarto durante dos días y ahí a solas en la presencia de Dios meditaba en la terrible justicia y retribución de las cuales él me hizo testigo. Esa mujer desgraciada había sido mi penitente; ella y su esposo contaban entre mis más queridos y devotos amigos. Solamente en días recientes se había esclavizado a la borrachera. Antes de eso su piedad y sentido de honor eran de la clase más exaltada que se conoce en la Iglesia de Roma.

Sus últimas palabras no eran expresiones comunes proferidas por pecadores ordinarios al confrontarse con la muerte; para mí, esas palabras tenían una solemnidad que casi transformaron a ella en el oráculo de Dios a mi mente.

Esa noche memorable, en medio de la profunda oscuridad y temible quietud, si estaba despierto o dormido no lo sé, pero vi la calmada forma hermosa de mi querida madre, de pie a mi lado, tomada de la mano de la difunta asesina todavía cubierta de la sangre de su hija. Sí, mi amada madre estaba delante de mí y me dijo con tal poder y autoridad que cada una de sus palabras quedaron grabados en mi alma como si fueran escritas con letras de lágrimas, sangre y fuego: Ve por toda Canadá, manda a cada padre de familia a nunca poner ninguna bebida intoxicante delante de sus hijos. Manda a las madres a nunca probar ni una gota de esas bebidas malditas. Manda a todo el pueblo de Canadá a nunca tocar ni mirar a la copa envenenada y tú, mi amado hijo, abandona para siempre el uso de esas bebidas detestables

que son malditas en el infierno, en el cielo y en la tierra y muerden como serpiente y dan dolor como el áspid.

Cuando cesó el sonido de esa voz tan dulce y poderosa y mi alma dejó de ver esa extraña visión, me quedé muy agitado e inquieto. Dije a mí mismo: ¡Tal vez las cosas terribles que he visto y oído en estos días pasados destruirán a mi mente y me mandarán al manicomio! Me caí de rodillas a llorar y orar. Esto me hizo bien y pronto me sentí más fuerte y calmado.

Elevando nuevamente mi mente a Dios, dije: Oh Dios mío, hazme saber tu santa voluntad y concédeme la gracia para hacerla. ¿Provienen de ti las voces que acabo de escuchar o son nada más los sueños vanos de mi mente afligida? ¿Será tu voluntad, oh Dios mío, que yo vaya a decir a mi país lo que tan providencialmente me has revelado de los horribles daños insospechados que causan el vino y bebidas alcohólicas tanto al cuerpo como al alma del hombre o será tu voluntad ocultar de los ojos del mundo las cosas maravillosas que tu me has revelado y que las entierre yo conmigo en el sepulcro?

Rápido como un relámpago me vino la respuesta: ¡Lo que te he enseñado en secreto, predícalo desde las azoteas!

Rebosando de una emoción indecible y mi corazón lleno de un poder que no era mío, levanté mis manos hacia el cielo y dije a mi Dios: ¡Por amor a mi querido Salvador Jesús, y por el bien de mi país, oh Dios mío, te prometo que nunca volveré a usar bebidas intoxicantes; además haré todo lo que haya en mi poder para persuadir a otros sacerdotes y a toda la gente a hacer el mismo sacrificio!

Cincuenta años han pasado desde que hice esa promesa y gracias a Dios, la he guardado.

Durante los próximos dos años, yo era el único sacerdote en Canadá quien se abstuvo del uso del vino y de otras bebidas alcohólicas; y sólo Dios sabe cuántos desprecios, reprensiones e insultos de toda clase tuve que soportar. Cuántas veces los apodos de fanático, hipócrita, reformador, y medio hereje fueron susurrados en mis oídos no sólo por los sacerdotes, sino también por los obispos.

Pero yo estaba seguro que mi Dios conocía los motivos de mis acciones y por su gracia permanecí calmado y paciente. En su infinita misericordia, él se fijó en su siervo inútil y escogió el día en que mis humillaciones se convirtieran en gran gozo. Llegó el día en que vi a esos sacerdotes y obispos a la cabeza de sus congregaciones recibiendo la promesa y la bendición de abstinencia de mis manos. Los mismos obispos que al principio me condenaron, pronto invitaron a los ciudadanos principales de sus ciudades a presentarme una medalla de oro como muestra de su aprecio, después de darme oficialmente el título de "Apóstol de

Abstinencia de Canadá.”

Por la voluntad de Dios vi con mis propios ojos a mi querido Canadá hacer promesas de abstinencia y abandonar el uso de bebidas intoxicantes. Cuántas lágrimas se secaron en esos días. Miles y miles de corazones fueron consolados y colmados de gozo. Felicidad y abundancia reinaron en muchos hogares anteriormente desolados y el nombre de nuestro Dios misericordioso fue bendecido dondequiera en mi amado país.

¡Esto, ciertamente, no fue obra del pobre Chíniquy! Fue la obra del Señor, porque el Señor, quien es maravilloso en todos sus hechos, escogió nuevamente el instrumento más débil para mostrar su misericordia a los hijos de los hombres. ¡El llamó al más inútil de sus siervos para hacer la mayor obra de reforma que jamás se ha visto en Canadá, para que la alabanza y la gloria sean atribuidas a él y solamente a él!

CAPÍTULO 26

“Fuera de la Iglesia de Roma, no hay salvación” es una de las doctrinas que los sacerdotes tienen que creer y enseñar a la gente. Ese dogma, una vez aceptado, me hizo dedicar todas mis energías a la conversión de Protestantes.Impedir que una de esas preciosas almas inmortales fueran al infierno me parecía más importante y glorioso que conquistar un reino. En vista de mostrarles sus errores, llené mi biblioteca de los mejores libros contraversiales disponibles en Qüebec y estudié las Santas Escrituras con la mayor atención. En el hospital marinero como también con la gente de la ciudad, tuve varias ocasiones de conocer a Protestantes y hablar con ellos. Pero descubrí inmediatamente que con muy pocas excepciones, evitaban hablar conmigo acerca de la religión y esto me afligía. Aprendiendo, un día, que el Rev. Sr. Antonio Parent, superior del Seminario de Qüebec había convertido a cientos de protestantes durante su largo ministerio, fui a preguntarle si esto fuera verdad. En respuesta, me mostró la lista de sus conversos que eran más de 200 y entre ellos contaban algunas de las más respetadas familias inglesas y escocesas de la ciudad.

Después de repasar esa larga lista de conversos, le dije al Sr. Parent: Por favor, dígame, ¿Cómo logró persuadir a estos conversos Protestantes a consentir en hablar con usted sobre los errores de su religión. Muchas veces yo he intentado mostrar a los protestantes que se perderían si no se someten a nuestra santa Iglesia. Pero con pocas excepciones se ríen de mí y lo más cortés posible cambian la conversación a otros temas. ¿No sería usted tan amable de revelarme su secreto para que yo también pueda impedir que se pierdan algunas de esas almas preciosas?

Tienes razón al pensar que tengo un secreto, respondió el Sr. Parent, la mayoría de los protestantes en Qüebec tienen sirvientas Católico-romanas irlandeses. Estas venían a confesarse conmigo y yo les preguntaba si sus amos o sus amas Protestantes fueran verdaderamente devotos y piadosos o si fueran indiferentes y fríos en cumplir sus deberes religiosos. Luego quería saber si tenían buenas relaciones con sus ministros. Según las respuestas de las muchachas, yo sabía sus hábitos morales y religiosos como si perteneciera

a sus familias.

Así, aprendí que muchos protestantes no tienen más religión ni fe que nuestros perros. Se despiertan por la mañana y se duermen en la noche sin orar a Dios más que los caballos en sus establos. Muchos de ellos van a la iglesia el domingo más para reírse de sus ministros y criticar sus sermones que para otra cosa. Por medio de las confesiones de estas muchachas honestas aprendí que a muchos protestantes les gustan las finas ceremonias de nuestra Iglesia y que frecuentemente las favorecían en comparación con las ceremonias frías de ellos. También expresaban sus opiniones con palabras entusiastas acerca de la superioridad de nuestras instituciones educativas y conventos sobre sus propias escuelas preparatorias y colegios. Además, tú sabes que un gran número de los protestantes más respetuosos y ricos confían sus hijas a nuestras buenas monjas para su educación.

Tomé notas de todas estas cosas y formé mi plan de batalla. El resultado glorioso está delante de tus ojos. Mi primer paso con los Protestantes quienes yo sabía estar sin ninguna religión o que ya se inclinaban a favor de nosotros era ir con ellos a veces con cinco Libras o hasta con veinticinco Libras y presentarles el dinero como suyo propio.

Ellos al principio me miraban con asombro y la siguiente conversación ocurría casi invariablemente: ¿Está seguro, señor, que este dinero es mío?

Sí, señor, le contestaba, Estoy seguro que este dinero es suyo.

Pero, replicaba, por favor, dígame, ¿Cómo sabe que me pertenece a mí? Esta es la primera vez que tengo el honor de hablar con usted y no nos conocemos en absoluto.

Le respondía, No puedo decirle cómo sé que este dinero es suyo, pero le digo que la persona que lo depositó en mis manos me ha dado su nombre y domicilio tan precisos que no hay posibilidad de ningún error.

¿Me puede decir el nombre de la persona que puso este dinero en sus manos? preguntaba el Protestante.

No, señor, el secreto de la confesión es inviolable, yo replicaba, no tenemos ningún ejemplo en que haya sido quebrantado y yo, como todos los sacerdotes de nuestra Iglesia, preferiría morir antes de traicionar la confianza de nuestros penitentes y revelar su confesión. Ni siquiera podemos actuar sobre lo que aprendemos por su confesión, excepto a petición de ellos.

Entonces esta confesión auricular ha de ser una cosa muy admirable, añadía el Protestante, no me daba cuenta de ello hasta hoy.

Sí, señor, la confesión auricular es la cosa más admirable, respondía yo, porque es una

institución divina. Pero, con su permiso, señor, mi ministerio me llama a otro lugar. Debo despedirme de usted para ir a donde mi deber me llama.

Lamento que se va tan pronto, generalmente contestaba el Protestante, ¿Puede visitarme nuevamente? Por favor, hónreme con otra visita. Me gustaría presentarle a mi esposa. Yo sé que también a ella le daría mucho gusto conocerle.

Sí, señor, acepto con gratitud su invitación. Me agradaría tener el honor de conocer a la familia de un caballero cuya alabanza está en la boca de todo el mundo y cuya industria y honestidad son un honor a nuestra ciudad. Si está bien con usted, la próxima semana a la misma hora tendré el honor de presentar homenaje y respeto a su señora.

Al día siguiente todos los periódicos informaron que el Señor Fulano recibió cinco, diez o hasta veinticinco Libras como una restitución a través de la confesión auricular y aun los directores de los periódicos que eran fieles Protestantes no hallaban suficientes palabras elocuentes para elogiarme a mí y a nuestro sacramento de penitencia.

Tres o cuatro días después, las sirvientas fieles estaban de nuevo en el confesionario rebosantes de gozo diciéndome que sus amos y amas no podían hablar de otra cosa fuera de la amabilidad y honestidad de los sacerdotes de Roma. Los exaltaba mil millas por encima de sus propios ministros. De la boca de estas muchachas piadosas aprendimos invariablemente que elogiaban a la confesión auricular a todos sus amigos y hasta expresaban pesar de que los reformadores hubieran desechado una institución tan útil.

Ahora, mi querido joven amigo, puedes ver cómo por la bendición de Dios, el pequeño sacrificio de algunas Libras destruyó todos los prejuicios de esos pobres herejes contra la confesión auricular y nuestra santa Iglesia en general. A la hora citada, nunca falté de hacer una visita respetuosa y siempre me recibían como el mesías. El único tema que tocamos, por supuesto, era el gran bien hecho por la confesión auricular. Fácilmente les mostré cómo ella actúa como un freno a todas las malas pasiones del corazón y cómo se adapta admirablemente a las necesidades de los pobres pecadores que encuentran en su confesor un amigo, consejero, guía, padre y un verdadero salvador.

Muy pocas veces no tuve éxito en traer a esas familias a nuestra santa Iglesia dentro de uno o dos años. Si fracasé en ganar al padre o la madre casi seguramente les persuadí a enviar a sus hijas con nuestras buenas monjas y sus hijos a nuestros colegios donde, tarde o temprano, se convierten en nuestros católico-romano más devotos. Ya puedes ver que los pocos dólares que gasté cada año por esa causa santa han sido la mejor inversión que jamás he hecho.

Le di las gracias por esos detalles tan interesantes. Pero, le dije, aunque no puedo menos que admirar su astucia y destreza perfecta, permítame preguntarle, ¿No teme ser culpable cuando les hace creer que el dinero les llegó a través de la confesión auricular?

No tengo el menor temor de eso, pronto respondió el sacerdote anciano, si te fijaste en lo que dije, has de reconocer que no dije directamente que el dinero procedía de la confesión auricular. Si se engañan esos protestantes, sólo se debe a su propia falta de poner mayor atención en lo que dije. Yo sé que guardé cosas en mi mente que les haría entender el asunto de una manera diferente si se los hubiera dicho. Pero Ligorio y todos los teólogos más aprobados por nuestra santa Iglesia nos dicen que sí se permiten esas reservaciones mentales cuando son para el bien de las almas y la gloria de Dios.

Sí, le respondí, yo sé que esa es la doctrina de Ligorio y que es aprobada por los Papas. Pero debo confesar que esto me parece enteramente opuesto a lo que leemos en el sublime Evangelio. El sencillo y sublime Sí, Sí y No, No de nuestro Salvador me parece en contradicción al arte de engañar, aunque uno no dice absolutas y directas falsedades.

Replicó airadamente el Sr. Parent: Ahora, mi querido joven amigo, entiendo la verdad de lo que me dijeron hace poco los Rev. Sres. Perras y Bedard. Aunque esos admirables sacerdotes te estiman mucho, ven una nube oscura en tu horizonte. Ellos dicen que pasas demasiado tiempo en la lectura de la Biblia y no lo suficiente en estudiar las doctrinas y santas tradiciones de la Iglesia. También estás demasiado inclinado a interpretar la palabra de Dios según tu propia inteligencia falible en lugar de ir únicamente a la Iglesia para esa interpretación. Esta es la piedra peligrosa contra la cual naufragaron Lutero y Calvino. Acepta mi consejo: no intentas ser más sabio que la Iglesia. Obedece su voz cuando te habla a través de sus santos teólogos. Esto será tu única salvaguardia. El obispo te suspendería inmediatamente si se diera cuenta de tu falta de fe en la Iglesia.

Estas últimas palabras fueron dichos más como sentencia de condenación que otra cosa. Sentí que la única forma de evitar que me denunciara al obispo como hereje y Protestante era pedir una disculpa y retirarme del terreno peligroso en que había entrado. El aceptó mi explicación, pero vi que se arrepintió amargamente de haberme confiado su secreto. Me retiré de su presencia muy humillado por mi falta de prudencia y sabiduría.

Sin embargo, aunque no podía aprobar todos los métodos del Superior de Qüebec, no podía menos que admirar, en ese entonces, los resultados gloriosos de sus esfuerzos en convertir a protestantes. Hice una resolución de dedicarme más que nunca a mostrarles sus errores y hacerlos buenos Católicos. Durante mis 25 años de sacerdocio persuadí a 93

protestantes a abandonar la luz del Evangelio y la verdad para seguir las tradiciones ocultas y mentirosas de Roma. No puedo entrar en los detalles de sus conversiones o más bien de sus perversiones. Basta decir que pronto descubrí que mi única oportunidad de proselitizar era entre los Ritualistas (Episcopales y Anglicanos). Vi inmediatamente que Calvino y Knox de verdad habían cavado un abismo infranqueable entre los Presbiterianos, Metodistas, Bautistas y la Iglesia de Roma. Si los Ritualistas permanecen protestantes y no toman el paso muy corto de regreso a Roma, me asombraría. Algunas personas se sorprenden de que tantos hombres eminentes e instruidos de Gran Bretaña y América abandonan su Protestantismo para someterse a la Iglesia de Roma, pero yo me maravillo de que tan poquitos de ellos no caen en ese abismo de idolatría y necedad cuando pasan toda la vida en el borde mismo de la sima.

CAPÍTULO 27

Los tres años siguientes a la epidemia de la Cólera Morbo serán recordados por largo tiempo en Qüebec a causa de los numerosos robos audaces y homicidios que mantenían a la población total en terror constante. Por fin, cinco de los criminales: Chambers, Mathieu, Gagnon, Waterworth and Lemoine fueron arrestados en 1836, sometidos a juicio, declarados culpables y condenados a muerte en marzo de 1837.

Una noche, durante el proceso del juicio, yo fui llamado a visitar a un enfermo. Pregunté al mensajero por el nombre del enfermo y él dijo que se llamaba Frances Oregon. Yo le dije que el enfermo era un total extranjero para mí. Cuando me acerqué a la calesa, el mensajero se echó a correr y desapareció. Mirando a las caras de los dos hombres que vinieron por mí en la calesa, me parecía que los dos llevaban máscaras.

¿Qué significa esto? dije, ambos llevan máscaras, ¿Tienen la intención de asesinarme?

Querido Padre Chíniquy, contestó uno de ellos en voz baja, temblorosa y en tono de súplica, no teme. Juramos delante de Dios que no le haremos ningún mal. Nosotros tenemos en nuestras manos una mayor parte de los artículos de plata robados durante estos últimos tres años. La policía nos está persiguiendo y estamos en peligro de ser capturados. Por amor de Dios venga con nosotros. Vamos a poner todas esas cosas robadas en sus manos para que usted las entregue a sus dueños. Luego, huiremos del país inmediatamente y llevaremos una vida mejor. Somos protestantes y la Biblia nos dice que no podemos ser salvos si guardamos en nuestras manos lo que no es nuestro. Usted no nos conoce, pero nosotros le conocemos bien a usted. Usted es el único hombre en Qüebec a quien podemos confiar nuestras vidas y este terrible secreto. Nos hemos puestos estas máscaras para que usted no nos conociera y para que usted no sea transigido si por alguna razón le llamen ante el tribunal de justicia.

Mi primer pensamiento era dejarles y correr a la puerta de la casa parroquial; pero semejante acto de cobardía, después de un momento de reflección, me parecía indigno de un hombre. Ellos son Protestantes y confían en mí, pensé, bien, bien, ellos no lamentarán haber puesto su confianza en un sacerdote Católico. Entonces les respondí: Lo que me piden es de

una naturaleza muy delicada y hasta peligrosa. Antes que lo haga, quiero consultar al que yo considero uno de los hombres más sabios de Qüebec, el Rev. Sr. Demars, el ex-presidente del Seminario de Qüebec. No puedo prometer concederles su petición si él me dice que no vaya.

Muy bien, dijeron ambos y en muy corto tiempo yo estaba solo en la habitación del Sr. Demars.

Señor, le dije, yo necesito un consejo sobre un asunto muy extraño. Le expliqué la situación bajo el sello de la confesión para que ninguno de los dos nos quedáramos transigidos.

Antes de contestarme el sacerdote venerable dijo: Yo soy muy anciano, pero nunca he escuchado nada tan extraño en toda mi vida. ¿No tienes miedo de ir solo con estos dos ladrones?

No, señor, respondí, no veo ninguna razón para temer.

Bien, bien, replicó el Sr. Demars, si no tienes miedo, tu madre te dio un cerebro de diamante y nervios de acero.

Ahora, mi querido señor, por favor, de la forma más breve dígame su opinión. ¿Me aconseja usted irme con ellos?

El respondió: Hay tantas consideraciones por hacer que es imposible pesarlas todas. La única cosa que podemos hacer es orar a Dios y a su santa Madre por sabiduría. Vamos a orar.

Después de la oración, el anciano sacerdote dijo con una voz llena de emoción y con lágrimas en sus ojos, Si no tienes miedo, ¡Sí, ve, ve!

Caí de rodillas y le dije, Antes de irme, por favor, déme su bendición y ore por mí.

Salí del seminario y me senté a la derecha de uno de mis compañeros desconocidos, mientras el otro estaba en el asiento delantero conduciendo al caballo. Ni una sola palabra se decía por el camino, pero percibí que el extranjero a mi izquierda estaba orando a Dios, aunque con una voz tan baja que entendí solamente estas palabras repetidas dos veces: Oh Señor, ten misericordia de mí, tan grande pecador.

Estas palabras tocaron mi corazón y trajeron a mi memoria las palabras de mi querido Salvador: “Los publicanos y rameras entrarán al reino de Dios antes que vosotros.” Yo también oré por este pobre pecador arrepentido y por mí mismo, repitiendo el sublime Salmo 51: “Ten misericordia de mí, Oh Señor.”

Duramos media hora en llegar a la casa, donde la calesa fue encerrada. La noche era tan oscura que me era imposible reconocer dónde me encontraba. La única persona que vi dentro de la casa era una mujer alta, cubierta con un largo velo negro, quien parecía ser un hombre

disfrazado a causa de su tamaño y fuerzas, porque cargaba dos costales muy pesados como si fueran manojos de paja. Una pequeña vela detrás de una cortina echaba sombras parecidas a fantasmas alrededor de nosotros.

No se decía ninguna palabra, excepto uno de mis compañeros que susurró en una voz muy baja: Por favor, fíjese en las etiquetas que están en cada bulto. Ellas indicarán su dueño.

Luego que estos bultos fueron colocados en la calesa, salimos de regreso a la casa parroquial, donde llegamos un poco antes del alba. Ni una palabra se intercambió entre nosotros por el camino y mi impresión fue de que mis compañeros arrepentidos unían sus oraciones silenciosas con la mía a los pies de ese Dios misericordioso quien ha dicho a todos los pecadores: "Venid a mí todos los que estáis cargados y cansados y yo os haré descansar."

Ellos metieron los bultos en mi baúl, el cual cerré cuidadosamente con llave. Cuando terminó todo, les acompañé a la puerta. Luego ambos, asiendo de mis manos, con un movimiento de gratitud y gozo las apretaron a sus labios derramando lágrimas y diciendo en voz baja: Que Dios le bendiga mil veces por la buena obra que acaba de realizar. Después de Cristo, usted es nuestro salvador.

Mientras estos dos hombres me hablaban, le agradó a Dios enviar a mi alma uno de esos rayos de felicidad que nos da sólo de vez en cuando. Estos dos hombres para mí dejaron de ser ladrones; eran hermanos queridos, amigos preciosos; cosa semejante raramente se ve. Los prejuicios estrechos y vergonzosos de mi religión fueron silenciados ante las oraciones fervientes que oí de sus labios; desaparecieron ante esas lágrimas de arrepentimiento, gratitud y amor que cayeron de sus ojos a mis manos. Yo apreté sus manos en las mías diciéndoles: Les agradezco y les bendigo por escogerme como el confidente de sus desgracias y arrepentimiento. A ustedes les debo tres de las horas más preciosas de mi vida. Adiós, nunca nos volveremos a ver en esta tierra, pero nos veremos en el cielo, adiós.

Era imposible dormir el resto de esa noche memorable. Además, tenía en mi posesión suficientes artículos robados para mandar a cincuenta hombres a la horca. A las diez de la mañana estaba en el taller del Sr. Amiot el ofebre más rico de Qüebec con mi pesado morral lleno de plata fundida. Después de obtener de él la promesa de secreto, se lo entregué, contándole al mismo tiempo su historia. Le pedí que lo pesara, guardara su contenido, y me pagara en efectivo su valor lo cual yo distribuiría según las etiquetas.

El me dijo que había mil dólares de plata fundida los cuales él me dio inmediatamente. Fui directamente a entregar la mitad al Rev. Sr. Cazeault, capellán de la congregación que fue robada y distribuí el restante a los individuos indicados por las etiquetas pegadas a este

enorme lingote.

La buena Sra. Montgomery difícilmente creía a sus ojos cuando, después de obtener de ella la promesa de secreto inviolable sobre lo que le iba a mostrar, Le presenté los trastes magníficos de plata, canastas para fruta, cafeteras, azucareras, cremeras y una gran número de cubiertos de plata finísima que habían sido hurtados de su casa en 1835. Le parecía un sueño ver ante sus ojos estas reliquias preciosas de la familia. Luego, ella me contó de la manera más conmovedora cuán terrible momento sufrió cuando los ladrones le agarraron a ella, a una sirvienta y a un joven y los enrollaron en alfombras para sofocar sus gritos.

Esta señora excelente era protestante y fue la primera vez en mi vida que conocí a un protestante cuya piedad parecía tan iluminada y sincera. No pude menos que admirarla cuando, después de darme sus sinceras gracias y bendición, me pidió que orara con ella para ayudarla a dar gracias a Dios por el favor que le había mostrado. Le dije que me sentiría feliz unirme con ella en bendecir al Señor por sus misericordias. Luego, me prestó una Biblia hermosamente encuadernada y leímos alternadamente, despacio y de rodillas el Salmo 103: "Bendice, alma mía, a Jehová, etc."

Al despedirme de ella, me ofreció un monedero que tenía más de cien dólares en oro el cual rehusé, diciéndole que yo preferiría perder mis dos manos que recibir un solo centavo por lo que había hecho.

Ella me dijo: Usted está rodeado de gente pobre, llévelos esto que ofrezco al Señor como un débil testimonio de mi gratitud, y le aseguro que mientras viva pediré que Dios derrame sobre usted, sus más abundantes favores.

Al salir, no pude ocultar de mí mismo que mi alma había sido embalsamada de un verdadero perfume de piedad que nunca había sentido en mi propia Iglesia.

Antes que terminó el día, yo había devuelto a sus dueños legítimos los efectos cuyo valor superaba más de siete mil dólares y tenía mis recibos en buena forma.

Pensé que era mi deber entregar a mi amigo venerable, el Gran Vicario Demars, una cuenta detallada. El escuchó con profundo interés y no podía detener sus lágrimas cuando le conté la escena conmovedora de la separación de mis dos nuevos amigos esa noche oscura que ha permanecido como una de las más brillantes de mi vida. Cuando mi historia terminó, el dijo: En verdad soy muy anciano, pero tengo que confesar que nunca he escuchado nada tan extraño ni tan hermoso como esta historia.

Después de los eventos de las previas veinticuatro horas, me hacía mucha falta el descanso, pero era imposible para mí dormir. Por primera vez, confronté cara a cara a ese

Protestantismo que mi Iglesia me había enseñado a odiar y a combatir. Pero cuando esa fe fue puesta en la balanza contra mi propia religión, parecía una lingotería de oro en contraste con un montón de harapos podridos. A pesar de mí mismo, escuchaba los clamores de ese ladrón arrepentido: ¡Señor, ten misericordia de mí, un pecador tan grande!

Luego, la piedad sublime de la Sra. Montgomery y las bendiciones que ella pidió que Dios derramase sobre mí, su siervo inútil, parecían como tantas ascuas de fuego echados en mi cabeza por Dios para castigarme por haber difamado a los Protestantes y haber criticado tan frecuentemente su religión.

Una voz secreta surgía dentro de mí: ¿No ves cómo estos Protestantes a quienes deseabas aplastar con tanto desprecio, saben como orar, arrepentirse y enmendar sus faltas mucho más noblemente que los miserables desgraciados a quienes mantienes a tus pies como tantos esclavos por medio del confesionario? ¿Alguna vez ha actuado tan eficazmente en los pecadores la confesión auricular como la Biblia en estos ladrones para cambiar sus corazones? ¡Juzga este día por sus frutos, cuál de las dos religiones es guiado por el espíritu de las tinieblas o por el Espíritu Santo!

No queriendo condenar a mi religión ni permitir que mi corazón fuera atraído por el Protestantismo durante las largas horas de esa noche intranquila, me quedé ansioso, humillado e inquieto.

CAPÍTULO 28

Pocos días después de la extraña noche providencial que pasé con los ladrones arrepentidos, recibí la siguiente carta firmada por Chambers y sus desgraciados amigos criminales que fueron arrestados durante la serie de robos y homicidios:

Querido Padre Chíniquy, Estamos condenados a muerte. Por favor, venga a ayudarnos a confrontar nuestra sentencia como cristianos.

No intentaré decir lo que sentí al entrar a las celdas húmedas y oscuras donde los culpables estaban encadenados. Ningunas palabras humanas pueden expresar esas cosas. Sus lágrimas y sollozos penetraban mi corazón como una espada de dos filos. Después que los demás me pidieron que escuchara la confesión de sus pecados y que los preparase para la muerte, dijo Chambers: Usted sabe que soy Protestante, pero estoy casado con una Católico-romana que es penitente suya. Usted ha convencido a mis dos queridas hermanas a convertirse al Catolicismo. Muchas veces he deseado seguirles, pero mi vida criminal me ha impedido hacerlo. Pero estoy determinado a hacer lo que considero ser la voluntad de Dios sobre este asunto tan importante. Por favor, dígame lo que debo hacer para llegar a ser un Católico.

Yo era un sacerdote Católico-romano sincero, creyendo que fuera de la Iglesia de Roma no hay salvación. La conversión de ese gran pecador me parecía un milagro de Dios y fue para mí una feliz distracción en medio de la desolación que sentí en ese calabozo.Pasé los próximos ocho días escuchando sus confesiones y también instruí a Chambers en la fe de la Iglesia de Roma. Les pregunté algunos de los detalles de los homicidios y robos que habían cometido que fueron para mí una lección sobre la perversión humana. Los hechos que escuché me convencieron de la necesidad que todos tenemos. Cuando el hombre es dejado solo, sin ninguna religión para impedir a sus pasiones incontrolables, es más cruel que las bestias salvajes. La existencia de la sociedad sería imposible sin una religión y un Dios para protegerla.

Yo estoy a favor de la libertad de conciencia en su sentido más alto, pero pienso que el ateo

debe ser castigado igual que el asesino o el ladrón, porque sus creencias tienden a hacer asesinos y ladrones a todos los hombres. Ninguna ley ni sociedad es factible si no existe Dios.

Entre más se acercaba ese día fatal cuando acompañaría a esos hombres a la horca para verlos lanzados a la eternidad, más horror sentía. Ellos eran para mí, más queridos que mi propia vida. No sólo con gusto mezclaba mis lágrimas con ellos, uniendo con ellos mis oraciones fervientes a Dios por misericordia, sino sentí que estaría dispuesto a derramar mi propia sangre para salvar sus vidas.

El gobernador, Lord Gosford, era mi amigo y puesto que algunos de los hombres pertenecían a las familias más respetadas de Qüebec, organicé una petición para procurar cambiar su sentencia a exilio permanente en la lejana colonia penal de Botany Bay, Australia. Fue firmada por el obispo, los sacerdotes católicos, ministros de varios denominaciones Protestantes y cientos de los ciudadanos principales de Qüebec. Yo presenté personalmente la petición acompañado por el secretario del arzobispo. Pero sentí gran angustia cuando el gobernador me respondió que esos hombres cometieron tantos homicidios y mantuvieron al país en terror por tantos años que era absolutamente necesario castigarlos con muerte.

¿Quién puede describir la desolación de aquellos hombres desgraciados cuando, con una voz ahogada por sollozos y lágrimas, les dije que el gobernador había rehusado? Serían ahorcados al día siguiente. Llenaron sus celdas con clamores que hubieran quebrantado al corazón más endurecido. Había un temor que me atormentaba, como un fantasma del infierno, los últimos tres días. Parecía que a pesar de todos mis esfuerzos, oraciones, confesiones, absoluciones y sacramentos, estos hombres no eran convertidos y serían lanzados a la eternidad con todos sus pecados. Cuando comparé la calma y arrepentimiento sincero de los ladrones con quienes pasé una noche, hacía varias semanas, en su calesa con las expresiones ruidosas de lamentación de estos recién convertidos pecadores, no pude más que descubrir una distancia inmensurable entre los dos.

Yo decía a mí mismo ansiosamente: ¿Será posible que aquellos Protestantes que estaban conmigo en la calesa tenían los verdaderos caminos de arrepentimiento, perdón, paz y vida eterna, mientras nosotros los Católico-romanos con nuestra señal de la cruz, agua bendita, nuestros crucifijos y rezos a los santos, nuestros escapularios y medallas y nuestra tan humillante confesión auricular sólo estamos distrayendo a la mente, alma y corazón del pecador de la verdadera y única fuente de salvación, Cristo? En medio de esos pensamientos angustiosos, casi me arrepentí de haber ayudado a Chambers a abandonar su Protestantismo por mi Romanismo.

Como a las 4:00 p.m., hice un esfuerzo supremo para sacudirme de mi desolación y animarme para los deberes solemnes que Dios me había encomendado. Yo hice algunas preguntas a esos hombres para ver si estaban verdaderamente arrepentidos y convertidos. Sus respuestas añadieron a mi temor. Es verdad que les había hablado de Cristo y su muerte por ellos, pero esto había sido tan entremezclado con exhortaciones a confiar en María, poner su confianza en medallas, escapularios, confesiones etc. que parecía que en nuestra religión, Cristo era como una perla preciosa, perdida entre una montaña de arena. Este temor pronto hizo mi angustia insoportable.

Entonces me metí al pequeño cuarto que el carcelero me había designado y caí de rodillas para orar a Dios por mí mismo y mis pobres convictos. Aunque esta oración me trajo algo de calma, de todas maneras, grande fue mi angustia. Fue entonces que vino a mi mente otra vez la idea de ir al gobernador y hacer otro esfuerzo supremo de intentar cambiar la sentencia de muerte a la de exilio perpetuo. Sin dilatar un solo momento, fui a su palacio.

Eran como las 7:00 p.m. cuando de mala gana me admitió a su presencia, diciéndome al extenderme la mano: Espero, señor Chíniquy, que usted no viene a renovar su petición de la mañana, porque no puedo concedérsela.

Sin una palabra para responder, caí de rodillas y por más de diez minutos, hablé como jamás había hablado. Hablé tal como hablamos cuando somos embajadores de Dios en una misión de misericordia. Por algún tiempo el gobernador estaba mudo y pasmado. No sólo era un hombre magnánimo, sino también tenía un corazón tierno y amable. Sus lágrimas pronto empezaron a fluir con las mías y sus sollozos se mezclaron con los míos. Con una voz medio sofocada por su emoción, me extendió su mano amistosa y dijo: Padre Chíniquy, usted me pide un favor que no debo concederle, pero no puedo resistir sus argumentos cuando sus lágrimas, sollozos y clamores me penetran como flechas y quebrantan mi corazón. Voy a conceder el favor que usted me pide.

Eran las 10:00 p.m. cuando toqué la puerta del carcelero pidiéndole permiso para ver a mis queridos amigos en sus celdas para decirles que había obtenido su perdón. El casi no lo creía, pero fijándose en el pergamino, dijo: ¿Ha notado que está cubierto y casi echado a perder por las manchas de las lágrimas del gobernador? Usted ha de ser un hechicero para ablandar el corazón de semejante hombre. Yo sé que estaba absolutamente indispuesto a conceder el perdón.

Yo le convencí que no fue obra mía, sino de nuestro Salvador Jesucristo: Por favor, apresúrese a abrir las celdas de esos hombres desgraciados para contarles lo que nuestro

Dios misericordioso ha hecho para ellos.

Al entrar, no podía contenerme, grité: ¡Regocíjense y bendigan al Señor, mis queridos amigos! ¡No morirán mañana, tengo su perdón conmigo!

Dos de ellos se desmayaron y los otros lloraban derramando lágrimas de gozo. Me abrazaron fuertemente y me cubrieron con sus lágrimas de gozo. Me arrodillé con ellos y dimos gracias a Dios.

A la mañana siguiente, yo estaba con ellos antes de las 7:00 a.m. Las multitudes ya empezaban a reunirse a esa hora temprana para presenciar la muerte de los acusados. Pero cuando oyeron la novedad que la sentencia había sido cambiada, el gentío se volvió furioso. Por un tiempo, temieron que la turba rompiera las puertas de la cárcel y ahorcaría a los reos. El jefe de la policía me advirtió a no aparecer por las calles por algunos días.

Al partir ellos, un mes después, rumbo a Botany Bay, regalé a cada uno un Nuevo Testamento Católico-romano traducido por DeSacy, para leer y meditar durante su largo viaje aburrido. Me despedí de ellos encomendándoles a la misericordia de Dios y la protección de la Virgen María y todos los Santos. Algunos meses después, oí que en alta mar Chambers había roto sus cadenas y las de algunos de sus compañeros con la intención de tomar posesión del barco y escapar a alguna ribera lejana. Pero fue traicionado y luego ahorcado al llegar a Liverpool.

Yo casi había perdido la vista de esos días emocionantes de mi sacerdocio juvenil, cuando en 1878 fui llamado por la providencia de Dios para dar conferencias sobre el Romanismo en Australia.

Poco después de mi llegada, un caballero venerable tocó la puerta. Al saludarme el extranjero, dijo: ¿Está aquí el Padre Chíniquy?

Sí, señor, yo soy el Padre Chíniquy, contesté.

Oh querido Padre Chíniquy, pronto replicó el extranjero, ¿Será posible que sea usted mismo? ¿Me permite estar completamente a solas con usted por media hora?

Seguro que sí, dije, por favor, señor, pase usted y sígame.

Al estar a solas con el extranjero, me preguntó: ¿Usted me reconoce?

¿Cómo puedo reconocerlo, señor, respondí, no recuerdo haberlo visto jamás.

¿Recuerda usted de Chambers, quien fue condenado a muerte en Qüebec en 1837 con sus cómplices? preguntó el extranjero.

Sí, señor, lo recuerdo muy bien, repliqué.

Bueno, querido Padre Chíniquy, yo soy uno de los criminales que llenó a Canadá con terror

por varios años. Fui arrestado y justamente condenado a muerte. Usted obtuvo nuestro perdón y la sentencia de muerte fue conmutada a exilio perpetuo en Botany Bay. Mi nombre en Canadá fue A____, pero aquí me llaman B_____. Dios me ha bendecido desde entonces de muchas maneras, pero es a usted a quien debo mi vida y todos los privilegios de mi existencia actual. Después de Dios, usted es mi salvador. Vengo a darle las gracias y a bendecirlo por lo que usted ha hecho por mí.

Pero su gozo de él no excedió el mío. Le pedí que me contara los detalles de su extraña y maravillosa historia. Aquí doy un corto resumen de su respuesta:

Después de su última bendición que usted me dio abordo del barco, lo primero que hice fue abrir el Nuevo Testamento que usted me dio. Fue la primera vez en mi vida que tuve ese libro en mis manos. A decir verdad, la primera lectura del Evangelio hizo mucho para derrumbar mi fe Católico-romana y hacer naufragar la religión que me enseñaron mis padres, el colegio y aun usted mismo. El único bien que me hizo la primera lectura era darme pensamientos más serios y prevenir mi participación con Chambers y sus conspiradores en su necio complot.

Pero si mi primera lectura del Evangelio no me hizo mucho bien, no puedo decir lo mismo de la segunda. Recuerdo que usted nos dijo que nunca leyéramos sin antes ofrecer a Dios una ferviente oración por ayuda y luz para entenderlo. Yo estaba verdaderamente hastiado de mi vida anterior. Pues al abandonar el temor y el amor de Dios, me caí al abismo más profundo de perversión y miseria humana hasta llegar tan cerca del fin de mi vida en la horca. Sentí la necesidad de un cambio. Muchas veces usted nos repitió las palabras de nuestro Salvador: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cansados y yo os haré descansar." Pero igual que todos los demás sacerdotes, usted siempre mezcló esas admirables palabras salvadoras con la invocación a María y la confianza en nuestras medallas, escapularios, la señal de la cruz, etc. El llamamiento de Cristo siempre fue ahogado en la Iglesia de Roma por aquellas supersticiones y absurdas prácticas impías.

Una mañana, después de pasar una noche sin dormir y sintiéndome oprimido por el peso de mis pecados, abrí el Evangelio después de una ferviente oración por luz y guianza. Se clavaron mis ojos en las palabras de Juan 1: 29: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo." Estas palabras descendieron sobre mi pobre alma culpable con un poder divino irresistible. Con lágrimas de indecible desolación, pasé el día clamando:

¡Oh, Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, ten misericordia de mí! ¡Quita mis pecados!

Antes que terminara el día, sentía y sabía que el Cordero de Dios había quitado mis

pecados. El cambió mi corazón y me hizo un hombre totalmente nuevo. Desde ese día, la lectura del Evangelio era como el pan al hombre hambriento y como las aguas puras y refrescantes al viajero sediento. Mi gozo, mi inefable gozo, era leer el Santo Libro y hablar del amor del querido Salvador para los pobres pecadores con mis compañeros en cadenas. Gracias a Dios, un buen número de ellos encontraron al que es Preciosísimo, convirtiéndose sinceramente en los agujeros oscuros de ese barco.

En los trabajos forzados en Sydney con los demás reos, sentí que mis cadenas eran tan ligeras como plumas, porque estaba seguro que mis pecados fueron quitados y aunque trabajaba bajo el sol ardiente desde la mañana hasta la noche, me sentí feliz y mi corazón estaba lleno de gozo, porque estaba seguro que mi Salvador me había preparado un trono en su reino y que él me había comprado una corona de gloria, muriendo en la cruz para redimir mi alma culpable.

Apenas había pasado un año en Australia en medio de los convictos, cuando un ministro del Evangelio, acompañado por otro caballero, vino a mí y dijo: Su perfectamente buena conducta y su vida Cristiana han atraído la atención y la admiración de las autoridades y el gobernador nos envía para entregarle este documento que dice que usted ya no es un criminal ante los ojos de la ley. Está perdonado y puede llevar la vida de un ciudadano honorable con la condición de que usted siga en los caminos de Dios. Después de hablar así, el caballero puso cien dólares en mis manos y añadió:

Vaya y sea usted un fiel seguidor del Señor Jesucristo y el Dios Todopoderoso le bendecirá y le hará prosperar en todos sus caminos.

Lleno de gozo, pasé varios días y noches bendiciendo al Dios de mi Salvación, Jesús, el Redentor de mi alma.

Algunos años después, oímos de los descubrimientos de ricas minas de oro en varias partes de Australia. Primero pedí a Dios que me guiara, luego salí hacia las minas en búsqueda de oro. Después de una larga caminata, estaba muy cansado. Me senté en una piedra lisa para comer y luego apagar mi sed con el agua del arroyo. Estaba comiendo y bendiciendo a Dios, cuando de repente me llamó la atención una piedra junto al arroyo casi del tamaño de un huevo de ganso. Fui y la recogí. ¡La piedra era casi todo del oro más puro!

Me arrodillé a dar gracias a Dios y alabarle por esta nueva prueba de su misericordia hacia mí y empecé a buscar más. Usted puede imaginar mi gozo al encontrar ese terreno literalmente cubierto de piezas de oro. Cuando alcancé a tener como ochenta mil Libras depositadas en los bancos, un caballero me ofreció ochenta mil Libras más por el terreno y se

lo vendí. Invertí en un terreno que pronto llegó a ser el sitio de una ciudad importante y llegué a ser uno de los hombres más ricos de Australia. Luego comencé a estudiar y a mejorar la poca educación que había recibido en Canadá. Me casé y mi Dios me ha hecho padre de varios hijos. La gente entre quienes fijé mi residencia, desconociendo mi pasado, me han elevado entre las dignidades principales del lugar. Por favor, querido Sr. Chíniquy, venga a comer conmigo mañana para poder mostrarle mis propiedades y presentarle a mi esposa y a mis hijos.

Al contarme sus aventuras maravillosas, su voz muchas veces fue ahogada por sus emociones. Le dije: Ahora entiendo por qué mi Dios me dio un poder tan maravilloso sobre el gobernador de Canadá cuando arranqué su perdón de las manos a pesar de sí mismo. El Dios misericordioso quiso salvarle a usted y usted es salvo. ¡Bendito sea su nombre para siempre!

Al día siguiente, fue mi privilegio estar con su familia en su comida. Nunca en mi vida he visto una madre más feliz y una familia más interesante. Después de la comida me mostró su hermoso jardín y su rico palacio. Luego, abrazándome fuertemente, dijo: Querido Padre Chíniquy, todas estas cosas pertenecen a usted. Es a usted, después de Dios, a quien debo mi vida, todas las bendiciones de una grande familia Cristiana y el honor de la alta posición que tengo en este país. ¡Que el Dios del cielo siempre le bendiga por lo que usted ha hecho por mí!

Le respondí: Querido amigo, a mí usted no debe nada. No he sido más que un débil instrumento de las misericordias de Dios hacia usted. Al gran Dios misericordioso solamente sea la alabanza y la gloria. Por favor, pida a su familia que se acerque y cantemos unidos para la gloria y alabanza de Dios, el Salmo 103.

Después de cantar, me despedí de él por segunda vez para nunca verlo nuevamente hasta que estemos en aquella Tierra Prometida donde cantaremos la eterna Aleluya alrededor del trono del Cordero inmolado por nosotros y quien nos redimió con su sangre.

CAPÍTULO 29

La flota mercantil del otoño de 1836 había llenado el hospital marinero de Qüebec con las víctimas de una fiebre tifoidea de la peor especie. Debido a la epidemia, los doctores y la mayoría de los enfermeros fueron barridos durante los meses del invierno. En la primavera de 1837, yo era casi el único sobreviviente. Para evitar el pánico, la situación del hospital fue guardado secreto; pero para fines de mayo, yo contraje la enfermedad, forzándome a revelar la situación al obispo para que otro capellán fuese designado. El joven Mons. D. Estimanville fue escogido. Duré más de una hora enseñándole todos los cuartos y presentándole a los pobres enfermos y moribundos marineros.

Luego, me sentí tan exhausto que dos amigos tenían que sostenerme en mi regreso a la casa parroquial de St. Roche. Mis médicos fueron llamados inmediatamente. Mi caso era tan peligroso que hicieron llamar a otros tres médicos. Durante nueve días sufrí las torturas más horribles en mi cerebro y en el mismo tuétano de mis huesos. Mi única nutrición fueron unas gotas de agua. Los médicos dijeron al obispo que no había esperanza. Me administraron los últimos sacramentos y me preparé a morir. Al décimo día estaba totalmente inerte.

Aunque todas mis facultades físicas parecían muertas, mi memoria, inteligencia y alma actuaban con más poder que nunca. Durante el curso de la fiebre tuve visiones terribles. En una de ellas, me vi rodeado por enemigos despiadados cuyas dagas y espadas estaban metidas en mi cuerpo. Había muchas otras que recuerdo con minuciosos detalles. Al principio, la muerte no tuvo terror para mí, pues yo había hecho todo en mi poder para cumplir con todo lo que mi Iglesia me mandaba hacer para ser salvo.

Está muerto o si no, tiene sólo pocos minutos para vivir. Ya está frío y sin respiración y no podemos sentir su pulso, aunque dijeron estas palabras en un tono muy bajo, explotaron en mis oídos como truenos. "Está muerto" sonaba en mis oídos. Las palabras no pueden expresar mi horror. Una ola congelante empezó a moverse lentamente desde mis extremidades hacia mi corazón. En ese momento, hice un gran esfuerzo para salvarme, invocando la ayuda de la bendita Virgen María. Como un relámpago me atacó una visión

terrible. Vi a todas mis buenas obras y penitencias en las cuales mi Iglesia me mandó confiar para obtener la salvación, de un lado de la balanza de la justicia de Dios. Mis pecados estaban al otro lado. Mis buenas obras parecían sólo un grano de arena en comparación con el peso de mis pecados.

Esta terrible visión destruyó completamente mi falsa seguridad farisaica y llenó mi alma de terror indecible. No pude clamar a Jesucristo ni a Dios su Padre, porque creí sinceramente que ambos estaban airados contra mí a causa de mis pecados. Con mucha ansiedad, volví mis esperanzas hacia Sta. Ana y Sta. Filomena. Mi confianza en Sta. Ana vino de las muletas sin número etc. que cubrían la iglesia "La Bonne St. Anne du Nord." El cuerpo de Sta. Filomena había sido descubierto recientemente de manera milagrosa y se llenaba el mundo de rumores de los milagros hechos por medio de su intercesión; sus medallas se hallaban dondequiera.

Con toda mi confianza en la voluntad y poder de estas dos Santas de obtener cualquier favor, las invoqué para que pidieran a Dios que me concediera algunos años más de vida. Con la mayor honestidad de propósito, prometí añadir a mi penitencia vivir una vida más santa en el servicio de los pobres y los enfermos. También prometí poner un cuadro de las dos Santas en la iglesia de Sta. Ana para proclamar al mundo su gran poder en el cielo, si ellas obtuvieran mi curación y restaurasen mi salud.

Extrañamente las últimas palabras de mi oración apenas fueron dichas cuando vi aparecer arriba de mi cabeza a Sta. Ana y Sta. Filomena sentadas en medio de una gran luz sobre una hermosa nube dorada. Ambas me miraron con gran amabilidad. La amabilidad de Sta. Ana, sin embargo, estaba tan mezclada con un aire de reverencia y gravedad que no me gustaban sus miradas; mientras Sta. Filomena tenía tal expresión de amor super-humano y amabilidad que me sentía atraído a ella por un poder magnético cuando ella dijo claramente: Serás curado. Y la visión desapareció.

¡Pero fui curado, perfectamente curado! Al desaparecer las dos Santas, sentí como un choque eléctrico pasar por todo mi cuerpo. Los dolores se quitaron, mi lengua se desató, los nervios fueron restaurados a su poder natural y normal, mis ojos se abrieron y las olas congelantes que venían de mis extremidades hacia mi corazón se convirtieron en un baño caluroso y agradable restaurando vida y fuerza a cada parte de mi cuerpo. Levanté mi cabeza, estiré mis manos que no había movido en tres días y mirando alrededor vi a cuatro sacerdotes. Les dije: Estoy curado, por favor, denme algo de comer.

Inmensamente asombrados, dos de ellos me abrazaron por los hombros para ayudarme a sentar un momento y cambiar mi almohada mientras los otros corrieron a traerme alimento.

¿Qué significa esto? dijeron todos, anoche los doctores nos dijeron que estabas muerto y hemos pasado la noche no sólo llorando tu muerte, sino rezando para rescatar tu alma de las llamas del purgatorio. Y ahora estás con apetito, alegre y saludable.

Respondí: Significa que cuando sentí que iba a morir, pedí a Sta. Ana y Sta. Filomena a venir a mi socorro y a curarme y ellas han venido. Vi a las dos ahí arriba de mi cabeza. Fue Sta. Filomena quien me habló como mensajero de las misericordias de Dios. He prometido mandar pintar un cuadro de ellas y colocarlo en la iglesia de La Bonne St. Anne du Nord.

Los médicos, habiendo oído de mi curación repentina, se apresuraron en venir a ver lo que significaba. Al principio casi no creían lo que veían sus ojos. La noche anterior me habían dado por muerto; y ahora, la mañana siguiente estaba perfectamente sano. Me preguntaban todas las circunstancias conectadas con esta extraña curación inesperada y yo les dije sencilla pero claramente lo que había ocurrido en el mismo momento en que esperaba morir. Dos de mis médicos eran católico-romano y tres eran Protestantes. Mientras los doctores Católicos parecían creer en mi curación milagrosa, los protestantes enérgicamente protestaron contra esa opinión en el nombre de la ciencia y del sentido común. El Dr. Douglas me hizo la siguiente interrogación:

Dijo: Querido Padre Chíniquy, usted sabe que no tiene en Qüebec un amigo más devoto que yo y usted me conoce demasiado bien como para sospechar que yo quiero herir sus sentimientos religiosos cuando le digo que no hay la menor apariencia de un milagro en su tan feliz y repentina curación. Si es tan amable para responder a mis preguntas, verá usted que está equivocado al atribuir a un milagro algo que es tan común y natural. Aunque está perfectamente curado, está muy débil. Por favor, sólo responda sí o no a mis preguntas para no agotarse. Por favor, díganos si ésta es la primera visión que tuvo durante el período de esa terrible fiebre.

Respondí: He tenido muchas otras visiones, pero las consideré el efecto de la fiebre.

Dr.: Por favor, haga sus respuestas más cortas o de otra manera no le haré más preguntas. Díganos sencillamente si no ha visto en esas visiones a veces cosas horrorosas y espantosas y otras veces cosas muy hermosas.

Res.: Sí, señor.

Dr.: ¿No han impresionado a su mente esas visiones con tal poder y realidad que nunca las olvidará y que usted las consideraba más reales que una mera visión de un cerebro enfermo?

Res.: Sí, señor.

Dr.: No se sintió a veces mucho peor o a veces mucho mejor después de esas visiones

según su naturaleza?

Res.: Sí, señor.

Dr.: Cuando reposaba durante esa enfermedad, ¿No oraba a los Santos y particularmente a Sta. Ana y Sta. Filomena?

Res.: Sí, señor.

Dr.: Cuando considerabas que la muerte se acercaba (y en verdad estaba muy cerca) y escuchó mis palabras imprudentes que sólo le quedaban pocos minutos de vida, ¿No le sobrecogió un pavor de la muerte como nunca había sentido antes?

Res.: Sí, señor.

Dr.: ¿No hizo entonces un gran esfuerzo para resistir la muerte?

Res.: Sí, señor.

Dr.: ¿Sabe que usted es un hombre con una voluntad fuertísima y que pocos hombres pueden resistirla cuando usted desea hacer algo? ¿No sabía que su voluntad es de un poder tan excepcional que montañas de dificultades han desaparecido delante de usted aquí en Qüebec? ¿No ha visto aun a mí mismo con otros muchos cediendo a su voluntad a pesar de nosotros mismos?

Con una sonrisa respondí: Sí, señor.

Dr.: ¿No recuerda ver muchas veces a gente sufriendo terriblemente de un dolor de muela venir a sacarla y que de repente eran curados al ver las navajas y otros instrumentos quirúrgicos que colocamos en la mesa para usar?

Respondí con una risa: Sí, señor, frecuentemente lo he visto y a mí también me ocurrió una vez.

Dr.: ¿Cree usted que había algún poder sobrenatural entonces en los instrumento quirúrgicos y que esas curaciones repentinas de dolor de muela eran milagrosas?

Res.: No, señor.

Dr.: ¿No ha leído el volumen de “Directorio Médico” sobre la fiebre tifoidea que le presté donde relata varias curaciones exactamente iguales a la suya?

Res.: Sí, señor.

Entonces, dirigiéndose a los médicos, el Dr. Douglas dijo: No debemos agotar a nuestro querido Padre Chíniquy, pero según sus respuestas ustedes entienden que no hay un milagro aquí. Su curación repentina es una cosa muy natural. La visión era lo que llamamos el clímax de la enfermedad cuando la mente está poderosamente empeñada en un objeto muy excitante y cuando esa cosa misteriosa de la cual todavía sabemos muy poco llamado la

voluntad (el espíritu) y el alma luchan como un gigante contra la muerte en una batalla donde dolores, enfermedades y aun la muerte huyen y son vencidos.

Mi querido Padre Chíniquy, de sus propios labios lo tenemos. Usted luchó anoche contra la fiebre y la cercana muerte como un gigante. Con razón ganó la victoria y confieso que es una gran victoria. Yo sé que no es la primera victoria que has ganado y estoy seguro que no será la última. Dios le ha dado una voluntad irresistible. En ese sentido solamente su curación ha venido de él.

Un proverbio antiguo dice: “No hay nada tan difícil como persuadir a un hombre que no quiere ser persuadido.” Aunque el razonamiento y palabras amables del doctor deberían ser escuchado gustosamente, sólo me molestaban. Parecía más agradable a Dios y más conforme a mi fe creer que había sido curado por un milagro. Y por supuesto, el obispo, mi confesor y un sin número de sacerdotes y amigos Católico-romanos que me visitaron durante mi recuperación confirmaron mi opinión.

El diestro pintor, Sr. Plamonon, fue llamado para pintar el cuadro que yo había prometido colocar en la iglesia de St. Anne du Nord. Fue una de las pinturas más hermosas y distinguidas del artista. Tres meses después de mi recuperación, fui a la casa parroquial del cura de St. Anne du Nord, el Rev. Sr. Ranvoize, un pariente mío. El tenía como sesenta y cinco años de edad, era muy rico y tenía una magnífica biblioteca. Cuando era joven disfrutaba de la reputación de ser uno de los mejores predicadores de Canadá.

Era noche cuando llegué con mi cuadro; luego, al estar a solas con el cura anciano, él me dijo: ¿Será posible, mi querido joven primo, que te vas a poner en ridículo mañana? Tu supuesta curación milagrosa fue un sueño de tu cerebro enfermo en el momento de supremo crisis de la fiebre. Es lo que llaman el clímax de la enfermedad cuando un esfuerzo desesperado o mata o cura al paciente. En cuanto a la visión de esa muchacha hermosa a quien llaman Sta. Filomena y quien te ha hecho tanto bien, seguramente no es la primera muchacha que te haya venido en tus sueños y te haya hecho sentir bien. Al decir estas palabras, se rió tan estrepitosamente que temí que se partiera de risa. Dos veces me repitió esta broma.

Al principio, yo estaba tan escandalizado por esta reprensión inesperada, la cual yo consideraba casi una blasfemia, que estaba a punto de salir sin una palabra más. Pero, después de un momento de reflexión, le dije: ¿Cómo puede usted hablar con tanta liviandad de una cosa tan solemne? ¿No cree usted en el poder de los Santos quienes siendo más santo y puros que nosotros ven a Dios cara a cara, hablan con él y obtienen favores que él rehusaría

a nosotros los rebeldes? ¿No es usted el testigo diario de las curaciones milagrosas hechas en su propia iglesia ante sus propios ojos? Literalmente miles de muletas cubren las paredes de su iglesia.

Mi llamada sincera a los milagros diarios y la mera mención de las muletas produjo una risa tan homérica que sentí desconcertado y entristecido. Me quedé absolutamente mudo; quería nunca haber venido. Cuando se había reído de mí hasta quedarse satisfecho, dijo: Mi querido primo, tu eres el primero con quien hablo de esta forma. Lo hago porque, en primer lugar, te considero un hombre de inteligencia y espero que me comprendas. Segundo, porque tú eres mi primo. Si fueras uno de esos sacerdotes idiotas y verdaderos mentecatos que forman al clero hoy o algún extranjero, te dejaría ir por tu camino creyendo esas ridículas supersticiones degradantes de nuestra pobre gente ignorante.

Yo te conocí desde tu infancia y conocí a tu padre. El era uno de mis amigos más queridos. Tú eres muy joven y yo muy anciano; es mi deber de honor y conciencia revelarte una cosa que he guardado secreto entre Dios y mí mismo. Yo he estado aquí más de treinta años y aunque nuestro país se llena constantemente del ruido de los milagros grandes y pequeños hechos en la iglesia cada día, estoy dispuesto a jurar ante Dios y comprobar ante cualquier hombre de sentido común que ningún milagro se ha hecho en mi iglesia desde que llegué aquí. Cada una de esas curaciones milagrosas es puro engaño, la obra o de tontos o de adiestrados impostores hipócritas.

Creeme, mi querido primo, he estudiado cuidadosamente la historia de todas esas muletas. Noventa y nueve por ciento han sido por pobres mendigos perezosos quienes al principio pensaron correctamente que crearían más simpatía y traerían más dinero a sus bolsas caminando de puerta en puerta con una o dos muletas. Esas muletas son la clave para abrir tantos corazones como bolsas. Pero llega el día en que ese mendigo ha comprado una buena granja con sus limosnas robadas o cuando esté realmente cansado y repugnado por sus muletas y quiere deshacerse de ellas, ¿Cómo puede hacerlo sin transigirse? ¡Por un milagro!

Luego a veces viaja cientos de millas de puerta en puerta mendigando como siempre, pero esta vez pide las oraciones de toda la familia diciendo:

Voy caminando a la buena Sta. Ana du Nord a pedir que me cure mis piernas. Espero que me curará como a tantos otros. ¡Tengo mucha confianza en su poder! Cada uno le da el doble o quizás diez veces más que antes al pobre cojo haciéndole prometer que si es curado, que regrese para que ellos bendigan a la buena Sta. Ana con él. Cuando llega aquí, me da a veces

un dólar o a veces cinco dólares para decir la misa por él.

Yo recibo el dinero, porque sería un tonto rehusarlo cuando sé que su bolsa se ha llenado tanto. Durante la celebración de la misa generalmente escucho mucho ruido y gritos de gozo: "¡Un milagro, un milagro!" Las muletas son echados en el suelo y el cojo camina tan bien como tú o yo. Y el último acto de esa comedia religiosa es el más lucrativo, porque cumple su promesa visitando cada casa que alguna vez había visitado con sus muletas. El da un informe detallado de su curación milagrosa. Lágrimas fluyen de los ojos de todos y generalmente el último centavo de esa familia es entregado al impostor.

Este es el caso de noventa y nueve de cada cien curaciones hechas en mi iglesia. El número cien se trata de personas honestas, pero, perdone la expresión, tan ciegas y supersticiosas como tú. Son realmente curados, porque estaban realmente enfermos, pero sus curaciones son el efecto natural del gran esfuerzo de la voluntad. Es el resultado de una feliz combinación de causas naturales que trabajan en el cuerpo, matan el dolor, expelan la enfermedad y restauran la salud.

Uno de los puntos más débiles de nuestra religión son los milagros ridículos y me atrevo a decir diabólicos hechos y creídos diariamente entre nosotros por las supuestas reliquias y huesos de los santos. ¿No sabes que la mayoría de esas reliquias no son más que huesos de pollos y de ovejas? Y ¿Qué no diría si te contara todo lo que sé sobre las milagrosas imposturas diarias de los escapularios, agua bendita, rosarios y medallas de todas clases? Si yo fuera el Papa, echaría todas esas farzas que proceden del paganismo al mar y presentaría ante los ojos de los pecadores ninguna cosa, sino a Cristo y a él crucificado como el objeto de su fe y esperanza, así como los apóstoles Pablo, Pedro y Santiago hacen en sus epístolas.

No puedo repetir aquí todo lo que escuché esa noche de aquel pariente anciano contra las prácticas ridículas de la Iglesia de Roma, porque habló durante tres horas como un verdadero Protestante. Lo que decía me parecía estar conforme al sentido común, pero como era contraria a la práctica de mi Iglesia y a mi creencia personal, fui sumamente escandalizado y dolido y en ninguna manera convencido. Sentí lástima que él había perdido su antigua fe y piedad.

Al terminar, le dije sin ceremonia: Yo oí hace mucho tiempo que usted no les caía bien a los obispos, pero no sabía por qué. Sin embargo, si ellos supieran lo que usted piensa y dice aquí esta noche seguramente le suspenderían.

¿Me traicionarás tú, añadió, informando al obispo de nuestra conversación?

No, mi primo, repliqué, preferiría ser quemado a cenizas. No vendería tu amable

hospitalidad a precio de traición.

Eran las dos de la mañana cuando nos retiramos a nuestras recámaras respectivas. Pero esa noche era otra de insomnio. Era triste y extraño para mí ver que ese anciano sacerdote instruido era secretamente un protestante.

A la mañana siguiente, las multitudes llegaron a oír la historia de mi curación milagrosa y ver con sus propios ojos el cuadro de las dos Santas que se me habían aparecido. A las 10:00 a.m. más de 10,000 personas se apiñaron dentro y alrededor de la iglesia.

Después de describir el milagro, exhibí el cuadro y lo presenté para su admiración y adoración. Había lágrimas cayendo en cada mejilla y gritos de admiración y gozo en cada labio. El cuadro me representaba muriendo en mi cama de sufrimiento con las dos Santas a cierta distancia arriba de mí extendiéndome la mano como si dijeran "Serás curado." Fue colocado en la pared en un lugar visible donde miles y miles fueron a adorarlo desde ese día hasta el año de 1858 cuando el cura fue ordenado por el obispo a quemarlo, porque fue en el mismo año que Dios quitó las escamas de mis ojos.

La aparición de las dos Santas dejó una impresión tan profunda en mi mente que durante la primera semana después de mi conversión, frecuentemente me preguntaba: ¿Cómo es que ahora creo que la Iglesia de Roma es falsa cuando semejante milagro fue hecho en mí siendo uno de sus sacerdotes?

Como un mes después de mi conversión, contraje nuevamente la fiebre tifoidea. Durante doce días, experimenté las mismas torturas y agonías como en 1837. Pero esta vez me moría felizmente. No había temor de ver mis buenas obras como un grano de arena y las montañas de mis iniquidades en la balanza de Dios contra mí. Estaba confiando únicamente en Jesús para ser salvo. Era la sangre de Jesús, el Cordero de Dios, que estaba en la balanza. Entonces no tuve ningún temor, porque sabía que era salvo por Jesús y que esa salvación fue un acto perfecto de su amor, su misericordia y su poder; por consecuencia, me daba gusto morir.

Al día decimotercero de mi sufrimiento, el doctor me dejó, diciendo las mismas palabras de los doctores de Qüebec: Tiene solo pocos minutos de vida si no está muerto ya.

Aunque por tres o cuatro días no mostré ninguna señal de vida, estaba perfectamente consciente. Yo oí las palabras del doctor y con alegría cambiaría las miserias de esta vida corta por esa eternidad de gloria que mi Salvador me había comprado. Sólo lamentaba morir antes de rescatar más de mis queridos paisanos de la religión idolátrica de Roma. Con los labios de mi alma dije: Querido Jesús, felizmente voy contigo ahora mismo, pero si es tu voluntad dejarme vivir algunos años más para difundir la luz del Evangelio entre mis

paisanos, te bendeciré eternamente junto con mis paisanos convertidos por tu misericordia.

Apenas llegó esta oración al trono de la gracia cuando vi una docena de obispos marchando hacia mí con espadas en sus manos para matarme. Al levantarse la primera espada para partirme la cabeza, hice un esfuerzo desesperado, arrancándola de la mano de mi supuesto asesino y le golpeé con tal fuerza en su cuello que su cabeza rodaba en el suelo. El segundo, tercero, cuarto etc. hasta el último se precipitaron para matarme, pero yo golpeé con tal fuerza al cuello de cada uno de ellos que doce cabezas rodaban en el suelo y flotaban en un charco de sangre. En mi emoción grité a mis amigos que me rodeaban: ¿No ven las cabezas rodando y la sangre fluyendo en el suelo?

De repente sentí como un choque eléctrico de cabeza a pies. ¡Estaba curado, perfectamente curado! Pedí a mis amigos algo de comer; pues no había probado alimento en doce días. Con lágrimas de gozo y gratitud a Dios, ellos cumplieron mi petición. Esta última fue no solamente la curación perfecta de mi cuerpo, sino también una curación del alma. Entonces comprendí claramente que la primera no fue más milagrosa que la segunda. Ahora tenía un perfecto entendimiento de las falsificaciones diabólicas de milagros en la Iglesia de Roma. En los dos casos, fui curado y salvado, no por los Santos, ni por los obispos, ni por los Papas, sino por mi Dios por medio de su Hijo, Jesucristo.

CAPÍTULO 30

El 21 de septiembre de 1838 fue un día de desolación para mí. Recibí la carta de mi obispo asignándome cura de Beauport. Esa parroquia fue considerada el nido de los borrachos de Canadá. Los recursos naturales de esa parroquia eran extraordinarios. Sin embargo, la gente de Beauport se contaba entre la gente más pobre y miserable de Canadá, porque casi cada centavo que ganaba entraba a las manos de los cantineros. ¡Cuántas veces le oí llenar el aire de gritos y blasfemias y vi las calles enrojecidas con sangre cuando peleaban los unos con los otros como perros rabiosos!

El Rev. Sr. Begin, quien fue su cura desde 1825, había aceptado los principios morales del gran teólogo Católico-romano, Ligorio, quien dice: Un hombre no es culpable del pecado de borrachera entre tanto que pueda distinguir entre un alfiler y una carga de heno.

Fui inmediatamente al palacio a persuadir a Su Señoría a escoger a otro sacerdote para Beauport. El escuchó mis argumentos y respondió: Mi querido Sr. Chíniquy, tú olvidas que la obediencia implícita y perfecta a sus superiores es la virtud de un buen sacerdote. Tu resistencia obstinada a tus superiores es una de tus debilidades. Si continúas siguiendo tu propia mente en lugar de obedecer a los que Dios ha escogido para guiarte, en verdad temo por tu futuro. Tu nombre está anotado en nuestros registros oficiales como el cura de Beauport. Permanecerás ahí hasta que yo cambie de opinión. Vi que no había remedio, tenía que obedecer.

Mi predecesor estaba vendiendo todos sus muebles antes de tomar el cargo de su parroquia lejana. Amablemente me invitó a comprar en abonos lo que yo deseaba para mi propio uso. Toda la parroquia estaba ahí mucho antes que yo llegara, en parte para mostrar su simpatía amistosa a su antiguo pastor y en parte para conocer al nuevo cura. Mi pequeña estatura y cuerpo delgado se contrastaban al lado de mi alto y jovial predecesor.

Apenas supera en tamaño a mi tabaquero, dijo alguien no lejos de mí, creo que cabría en la bolsa de mi chaleco.

¿No tiene la apariencia de una sardina salada? susurró una señora a una vecina con risa

campechana.

Después de un par de horas, un mantel grande fue quitado de una mesa larga, presentando una increíble cantidad de copas para vino y cerveza, garrafas vacías y botellas. Esto produjo carcajadas y aplausos. Casi todos me miraban a mí y escuché a cientos de labios decir: Esto es para usted, Sr. Chíniquy.

Respondí al instante: No vengo a Beauport para comprar copas y botellas, sino para romperlas. Estas palabras prendieron su ira como una chispa en la pólvora. Un diluvio de insultos y maldiciones se soltó sobre mí y pronto vi que lo mejor que podría hacer era irme.

Volví inmediatamente al palacio del obispo para intentar cambiar su mente. Le dije lo ocurrido, diciendo: Siento que no tengo el poder moral ni física para hacer algún bien ahí.

No estoy de acuerdo, replicó el obispo, evidentemente la gente quería probar tu valentía, invitándote a comprar esas copas y hubieras perdido si hubieras cedido a su deseo. Tú eres precisamente lo que la gente de Beauport quiere. Les sorprendiste con tu reprensión audaz. Creeme que ellos te bendecirán si por la gracia de Dios cumples tu profecía, aunque será un milagro si tienes éxito en volver sobria a la gente de Beauport.

El próximo domingo fue un día espléndido y la iglesia de Beauport se llenó. Mi primer sermón fue sobre el texto: ¡Ay de mí si no predico el Evangelio! (1 Cor.9:16) Con una voz muchas veces sofocada por sollozos, expliqué algunas de las terribles responsabilidades de un pastor. El efecto de ese sermón fue sentido hasta el último día de mi ministerio sacerdotal en Beauport.

Después del sermón, les dije: Les pediré un favor. Acabo de darles algunos de los deberes de su pobre cura joven hacia ustedes. Quiero que regresen esta tarde a las 2:30 p.m. para poder enseñarles algunos de sus deberes hacia su pastor.

A la hora fijada, la iglesia estaba todavía más concurrida. El texto fue: Y cuando el pastor ha sacado fuera todas sus propias ovejas, va delante de ellas y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. (Jn.10:4) Mi intención era alejar a la gente de las cantinas la mayor parte del domingo e impresionar en sus mentes las grandes verdades salvadoras, presentándolas, dos veces el mismo día, de distintos ángulos. Así hice durante los cuatro años que permanecí en Beauport.

No había encabezado la parroquia más de tres meses cuando decidí formar una sociedad de abstinencia sobre los mismos principios que enseñaba el Padre Mathew de Irlanda. Primero abordé al obispo sobre el tema, pero para mi gran consternación, él absolutamente me prohibió aun pensarlo. Dijo: Predica contra la borrachera, pero deja en paz a la gente

respetable que no es borracha. San Pablo aconsejó a su discípulo Timoteo a beber vino; no intentes ser más celoso que los apóstoles.

En seguida intenté ganar el apoyo de los sacerdotes vecinos. Pero sin una sola excepción, se rieron de mí y me prohibieron hablarles más de abandonar su copa social de vino. Yo estaba determinado a toda costa a formar la sociedad de abstinencia, pero me asustó la idea de que no sólo la ira de todo el clero, sino también la burla de todo el país me inundarían si fracasara.

Perplejo, decidí escribir al Padre Mathew a pedir su consejo. Ese notable apóstol de abstinencia contestó instándome a comenzar la obra inmediatamente, dependiendo de Dios, sin prestar atención a la oposición del hombre. Seguí su consejo y empecé inmediatamente a preparar. Antes de empezar, oraba a Dios y todos los Santos, casi día y noche. Estudié todos los mejores libros escritos en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos sobre el tema y repasé el curso de anatomía que tomé bajo el instruido Dr. Douglas. Por fin, me sentí preparado para la batalla.

CAPÍTULO 31

El 21 de marzo de 1839, di mi primer sermón sobre la abstinencia. Expliqué cómo el alcohol destruía no solamente sus vidas de ellos, sino también las de sus hijos hambrientos. No puedo librar esta batalla solo, les reté, necesitamos levantar un gran ejército con Jesucristo como nuestro General. El nos bendecirá y nos llevará a la victoria. ¡Durante los próximos tres días llenaremos nuestras filas para que ese gigante destructor de nuestros cuerpos y almas sea expulsado de entre nosotros!

Al día siguiente, 75 hombres que contaban entre los borrachos más desesperados de Beauport se ingresaron bajo la bandera de abstinencia. El segundo día se unieron 200 a la batalla. Para el tercer día 300 más hicieron la promesa. Durante estos tres días, más de 2/3 de mi congregación habían hecho la promesa pública de abstinencia, solemnemente en la presencia de Dios delante del altar.

Como un gran número de personas de parroquias vecinas y aun de Qüebec habían venido por curiosidad, las noticias de esa obra maravillosa se difundieron rápidamente por todo el país. La prensa, tanto la francesa como la inglesa estaban unánimes en sus alabanzas y felicitaciones. Pero mientras los Protestantes de Qüebec estaban bendiciendo a Dios por esta reforma, los canadienses franceses, siguiendo el ejemplo de sus sacerdotes, me denunciaban como un necio y hereje.

La indignación del obispo sobrepasó todo límite. Pocos días después, me mandó llamar a su palacio: Has transigido nuestra santa religión introduciendo una sociedad cuyo origen es claramente hereje. Anoche el venerable Gran Vicario Demars me dijo que tarde o temprano te convertirás en Protestante y que esto es tu primer paso. ¿No ves que sólo los protestantes te alaban? Mi primer pensamiento, cuando un testigo ocular me contó lo que has hecho, era suspenderte. Lo único que me ha impedido hacerlo es la esperanza de que tú mismo disuelvas esa sociedad anti-católica que huele a herejía y que no será tolerada por tu obispo.

Le respondí: Mi señor, usted ha olvidado que yo estaba totalmente en contra de ser designado el cura de Beauport y Dios sabe que usted sólo tiene que decir la palabra y le

entregaré mi renuncia; pero ahora con una condición: que se me permita publicar ante el mundo que el Rev. Sr. Begin, mi predecesor, nunca fue molestado por su obispo por haber permitido a su congregación nadar en el fango de la borrachera durante veintitrés años y que yo he sido deshonrado por mi obispo y echado fuera de esa misma parroquia por haber sido el instrumento, por la misericordia de Dios, en convertirla en la gente más sobria de Canadá.

El pobre obispo sintió inmediatamente que no podía sostener su posición. También vio que sus amenazas no tenían ninguna influencia sobre mí y que yo no estaba dispuesto a deshacer lo que había hecho. Después de uno o dos minutos de silencio penoso, dijo: ¿No ves que las promesas solemnes que has arrancado de esos pobres borrachos son precipitadas e imprudentes y que las quebrantarán en la primera oportunidad? Su futuro estado de degradación después de semejante excitación será peor que el primero.

Le respondí: Yo participaría de su temor si ese cambio fuese obra mía, pero como es la obra del Señor, no tenemos nada que temer. En cuanto a la profecía del venerable Sr. Demars de que he dado mis primeros pasos hacia el Protestantismo al convertir a un pueblo de la borrachera a la sobriedad, el venerable Gran Vicario haría mejor en venir a ver lo que el Señor está haciendo en Beauport en lugar de calumniarme y proferir falsas profecías contra su cura y su gente. Mi única respuesta es que los protestantes entienden mejor la Palabra de Dios sobre esta cuestión y la respetan mejor que nosotros los católico-romano. Ya es hora de abrir nuestros ojos a nuestra falsa posición. Sería tan amable Su Señoría de decirme, ¿Por qué yo soy denunciado y calumniado cuando el Padre Mathew es alabado públicamente por sus obispos y bendecido por el Papa por llenar a Irlanda con sociedades de abstinencia?

En ese mismo momento entró el subsecretario a decir al obispo que un caballero quería verlo inmediatamente sobre un asunto urgente y el obispo me despidió bruscamente para mi gran consuelo y su aparente alivio.

Con la excepción del secretario Cazeault, todos los sacerdotes que encontré ese día y durante el siguiente mes, o me trataban con frialdad o me inundaban con sus sarcasmos. Uno de ellos, que tenía amigos en Beauport, era tan audaz que intentó ir por toda la parroquia poniéndome en ridículo, diciendo que yo estaba medio loco y que la mejor cosa que pudiera hacer la gente era brindar moderadamente a mi salud cuando ellos salían al centro.

Pero en la tercera casa, topó con una mujer quien, después de oír el mal consejo que daba a su esposo, le dijo: Yo no sé si nuestro pastor sea un necio por volver sobria a la gente, pero sí sé que usted es un mensajero del diablo cuando aconseja a mi marido a tomar nuevamente. Usted sabe que él era uno de los borrachos más desesperados de Beauport.

¡Usted personalmente conoce los golpes que yo he recibido cuando él se emborrachaba y cuán pobres y miserables vivíamos y cómo los niños tenían que salir medio desnudos por las calles a mendigar para no morir de hambre conmigo!

Ahora que mi esposo ha hecho la promesa de abstinencia, tenemos toda comodidad. Mis queridos hijos comen y se visten bien y me encuentro en un pequeño paraíso. ¡Si no sale usted de esta casa inmediatamente, lo sacaré con mi escoba!

Y ella hubiera cumplido su promesa si el sacerdote no tuviera la sensatez de desaparecer apresuradamente.

Cuatro meses después de la fundación de la sociedad en Beauport, la paz, felicidad e industria reemplazaron los alborotos, peleas, blasfemias y miserias asquerosas. La gratitud y respeto de ese pueblo noble por su joven cura no conocía límites.

CAPÍTULO 32

Dentro de un año, los dueños de las siete cantinas de Beauport fueron forzados a buscar su vivienda en algún negocio más honorable. Cuando esto fue publicado por toda la prensa de Qüebec, muchas de las personas más conscientes de las parroquias circundantes comenzaron a decir unos a otros: ¿Por qué no procuramos traer entre nosotros esta reforma de abstinencia que está haciendo tanto bien en Beauport? Las esposas de los borrachos se decían: ¿Por qué nuestro cura no hace aquí lo que el cura de Beauport ha hecho?

Un día, una de esas mujeres desgraciadas cuyo marido había gastado una rica herencia en la disipación, vino a mí. Ella me explicó cómo ella había pedido a su cura establecer una sociedad de abstinencia en su parroquia, pero él le contestó que no se metiera donde no la llamaban. Ella, entonces, le pidió respetuosamente que me invitara a venir a ayudarle, pero él la reprendió severamente por mencionar mi nombre.

La pobre mujer estaba llorando cuando me dijo: ¿Será posible que nuestros sacerdotes estén tan indiferentes a nuestros sufrimientos que permitirán que el demonio de la borrachera nos torture mientras vivamos, cuando Dios nos da una manera tan fácil y honrada para destruir su poder para siempre?

Mi corazón fue conmovido por las lágrimas de esa mujer y le dije: Yo conozco una manera para poner fin a la oposición de su cura y forzarle a traer entre ustedes la reforma que tanto desean, pero necesito contar con su promesa más sagrado de secreto antes de confiarle mi opinión sobre ese tema.

Ella contestó: Nunca revelaré su secreto. Por amor de Dios, dígame lo que debo hacer.

Le respondí: La próxima vez que vaya a la confesión, diga a su sacerdote que usted tiene un nuevo pecado que confesar que es muy difícil revelarle. El le presionará más a confesarlo. Entonces le dirá: Padre, confieso que he perdido la confianza en usted. Al preguntarle: ¿Por qué?, usted le dirá: Padre, usted conoce el mal trato que he recibido de mi esposo borracho igual que a cientos de otras esposas en su parroquia. Usted conoce las lágrimas que hemos derramado sobre la ruina de nuestros hijos que son destruidos por los malos ejemplos de sus

padres borrachos. Usted conoce los crímenes diarios y las abominaciones indecibles causadas por la borrachera. Usted podrá secar nuestras lágrimas, beneficiará a nuestros maridos y salvará a nuestros hijos estableciendo una sociedad de abstinencia aquí como hay en Beauport. Pero usted rehusa hacerlo. ¿Cómo puedo entonces creer que usted es un buen sacerdote con caridad y compasión hacia nosotros?

Escucha con silencio respetuoso a su respuesta, acepta su penitencia y si le pregunta si se arrepiente de ese pecado, dígale que no puede arrepentirse hasta que él use los medios que Dios le ofrece para convencer a los borrachos. Procure que el mayor número de mujeres vayan a confesar la misma cosa.

Quince días después, regresó para decirme que otras cincuenta mujeres respetables habían confesado al sacerdote que habían perdido su confianza en él. El pobre sacerdote estaba fuera de sí. Forzado a escuchar cada día que sus feligresas más respetadas estaban perdiendo su confianza en él, temió perder a su excelente parroquia cerca de Qüebec y ser enviado a las selvas del interior de Canadá. Tres semanas después, estaba tocando mi puerta. Estaba muy pálido y ansioso, sin embargo, me dio gusto verlo. Era considerado un buen sacerdote y había sido uno de mis mejores amigos. Le invité a comer conmigo e hice todo lo posible para que se sintiera en casa, porque sabía por sus modales penosos que tenía una proposición muy difícil de hacer y no me equivoqué.

Por fin, me dijo: Sr. Chíniquy, ¿Tendrá usted la bondad de predicar un retiro de tres días sobre la abstinencia a mi congregación como lo ha hecho aquí?

Le respondí: Sí, señor, con el mayor placer. Pero lo haré con una condición: que usted sea el primero en hacer la solemne promesa de abstinencia en presencia de toda la gente.

Seguro que sí, respondió, porque el pastor tiene que ser el ejemplo de su congregación.

Tres semanas más tarde, su parroquia noblemente siguió el ejemplo de Beauport. Sin perder un solo día, él fue con otros dos curas y les convenció a hacer lo mismo. Seis semanas después, quedaron cerradas todas las cantinas desde Beauport hasta St. Joachim.

Poco a poco los sacerdotes de la provincia estaban reuniéndose alrededor de nuestra gloriosa bandera de abstinencia. Pero mi obispo, aunque menos severo, todavía me trataba con frialdad. Por fin, la buena providencia de Dios, a través de una gran humillación, le forzó a contar a nuestra sociedad entre las más grandes bendiciones espirituales y temporales del siglo.

A fines de agosto de 1840, supimos que el Conde de Forbin Janson, Obispo de Nancy en Francia, venía de visita a Montreal. El Padre Mathew me había dicho en una de sus cartas que

este obispo le había visitado y había bendecido su obra en Irlanda y también había persuadido al Papa a enviarle su bendición apostólica.

Pedí y obtuve permiso de salir por algunos días y fui a Montreal. Fui inmediatamente a rendirle homenaje y pedirle en el nombre de Dios a poner con valor la influencia de su gran nombre y posición a favor de las sociedades de abstinencia. El me prometió que lo haría, añadiendo: El hábito social de tomar es tan general y fuerte que es casi imposible evitar que las gentes se conviertan en borrachos. He visto al Padre Mathew en Irlanda y te aseguro que haré todo en mi poder para fortalecer tu posición, pero no digas a nadie que me has visto.

Algunos días después, en Qüebec, un gran banquete fue preparado en su honor. Como yo era uno de los curas más jóvenes me sentaron en el último lugar frente a los cuatro obispos. Cuando se acabaron las ricas viandas y frutas exquisitas, trajeron botellas de vinos de la mejor calidad. El Rev. Sr. Demars golpeó la mesa para ordenar silencio. Se levantó y dijo: Por favor, mis señores obispos y caballeros, brindemos a la salud de mi señor Conde de Forbin Janson, Primado de Lorraine y Obispo de Nancy.

Cuando me dieron el vino, lo pasé a mi vecino y llené mi copa con agua, esperando que nadie lo notaría. Pero me equivoqué; los ojos de mi obispo, mi señor Signaie, estaban fijos en mí. Con una voz severa me dijo: Señor Chíniquy, sirve vino en tu copa para brindar con nosotros a la salud del Monseñor de Nancy.

Paralizado de terror, no podía pronunciar una sola palabra. Resistir abiertamente a mi obispo en la presencia de semejante asamblea augusto parecía imposible. Pero obedecerle también era imposible, porque había prometido a mi Dios y a mi patria que nunca volvería a tomar vino alguno. Los ojos de todos se fijaron en mí.

Mi corazón comenzó a palpitar tan violentamente que no podía respirar. Quería nunca haber venido a este banquete. Algunas lágrimas caían de mis ojos. El Rev. Sr. LaFrance, que estaba a mi lado, me dio un codazo y dijo: ¿No oyó la orden de mi señor Signaie? Permanecí mudo como si nadie me hubiese hablado. Miré hacia abajo y deseaba estar muerto. El silencio me dijo que todos esperaban mi respuesta, pero mis labios estaban sellados. Después de un minuto de ese silencio, el obispo con una voz fuerte y enojado volvió a decir: ¿Por qué no pones vino en tu copa y brindas a la salud de mi señor Forbin Janson como los demás estamos haciendo?

Mi señor, dije con una voz baja y temblorosa, he puesto en mi copa lo que quiero tomar. He prometido a mi Dios y a mi patria que nunca volveré a tomar vino alguno.

El obispo, olvidándose de dónde se encontraba, dijo: Tú no eres más que un fanático y

quieres reformarnos.

En ese instante, olvidé que era un súbdito de ese obispo y recordé que era un hombre en la presencia de otro hombre. Levanté mi cabeza, abrí mis ojos y rápido como un rayo me puse de pie. Dirigiéndome al Gran Vicario Demars, dije con calma: Señor, ¿Fue para insultarme en su mesa que usted me invitó aquí? ¿No es su deber defender mi honor cuando soy su invitado? Pues como parece que usted olvida lo que es su deber a sus invitados, yo haré mi propia defensa contra mi agresor injusto.

Entonces, volviendo hacia el Obispo de Nancy, dije: Mi señor de Nancy apelo a Su Señoría por la sentencia injusta de mi propio obispo. En el nombre de Dios y de su Hijo Jesucristo le pido que usted nos diga aquí si un sacerdote no puede, por amor a su Salvador y para el bien de su prójimo como también para su propia abnegación, abandonar para siempre el uso del vino y otras bebidas alcohólicas, sin ser abusado, calumniado e insultado como me sucede aquí en su presencia.

Las palabras no pueden expresar la emoción de esa multitud de sacerdotes acostumbrados desde la infancia a la sumisión abyecta a su obispo y que ahora estaban presenciando por primera vez un conflicto, cuerpo a cuerpo, entre un impotente, humilde y desprotegido cura joven y su poderoso, orgulloso y arrogante obispo.

El obispo de Nancy al principio rehusó responder, pero presionado por el obispo y noventa por ciento de esa vasta asamblea de sacerdotes, alzó sus ojos y manos al cielo y ofreció una ardiente oración silenciosa a Dios. Luego dijo con dignidad inefable: Mi señor, Obispo de Qüebec, ¡Aquí, delante de nosotros está nuestro joven sacerdote, el Sr. Chíniquy, quien una vez de rodillas en la presencia de Dios y sus ángeles, por amor a Jesucristo, el bien de su propia alma y el bien de su patria, prometió nunca tomar! Nosotros somos testigos de que él es fiel a su promesa. ¡Y porque él guarda su promesa con tanto heroísmo, Su Señoría le llama un fanático!

Ahora, me piden pronunciar mi veredicto en este suceso penoso. Aquí está: Si yo miro a través de las edades pasadas cuando Dios mismo gobernaba a su propio pueblo por medio de sus profetas, veo a Sansón quien por orden especial de Dios nunca tomó vino ni ninguna otra bebida alcohólica.

Del Antiguo Testamento paso al Nuevo y veo a Juan el Bautista el precursor de nuestro Salvador Jesucristo, quien para obedecer al mandato de Dios, nunca tomó vino alguno. ¡Cuando yo miro al señor Chíniquy, con Sansón a su derecha para protegerlo y a Juan el Bautista para bendecirlo, tiene una posición tan fuerte e impregnable que no me atrevería a

atacarlo ni condenarlo!

El obispo de Nancy entonces se sentó, vació su copa en otro vaso, la llenó de agua y brindó a mi salud.

Nadie quiso tomar su vino y la salud del Obispo de Nancy quedó sin brindar. Pero un buen número de sacerdotes, llenando sus copas de agua y dándome una señal silenciosa de aprobación, brindaron a mi salud. Fue en esa mesa que la abstinencia comenzó su marcha triunfante por Canadá.

CAPÍTULO 33

¿Nos ha dado Dios oídos para oír, ojos para ver e inteligencia para entender? ¡El Papa dice que no! Pero el Hijo de Dios dice que sí: No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis?” (Mc. 8: 17 y 18)

Esta apelación solemne de nuestro Salvador a nuestro sentido común derriba la estructura completa de Roma. El Papa lo sabe, por tanto, los Católico-romanos son advertidos a no confiar en el testimonio de sus oídos, ojos e inteligencia.

En la Jeune Lorette vivía un sacerdote jubilado que estaba ciego. Para ayudarle, los sacerdotes alrededor de Qüebec lo cuidaban por turnos en sus casas parroquiales. Los concilios de Roma han prohibido a los sacerdotes ciegos decir la misa, pero a causa de su elevada piedad, él obtuvo del Papa el privilegio de celebrar la misa corta de la Virgen que sabía perfectamente de memoria.

Una mañana, el sacerdote anciano estaba en el altar diciendo su misa. Yo estaba en la sacristía escuchando confesiones, cuando el joven sirviente vino y me dijo: Le llama el Padre Daule, por favor, venga pronto.

Temiendo que algo hubiera sucedido a mi anciano amigo, corrí a él. Lo encontré palpando nerviosamente al altar con sus manos como en búsqueda de algo muy precioso. Llegando cerca de él, le pregunté: ¿Qué desea usted?

El respondió con un grito de angustia: ¡El buen dios ha desaparecido del altar! ¡Está perdido!

Con la esperanza de que estaba equivocado y que sólo había dejado caer al suelo, por algún accidente, al buen dios (Le Bon Dieu), hicimos la búsqueda más minuciosa, pero no encontramos al buen dios.

Al principio, acordándome de los miles de milagros que había leído de desapariciones y maravillosos cambios de las formas del dios oblea, llegó a mi mente que habíamos presenciado un gran milagro. Pero pronto cambié de opinión. La iglesia de Beauport estaba

habitada por las ratas más audaces e insolentes que jamás he visto. Muchas veces al decir la misa, yo había visto las trompas feas de varias de ellas. Fueron atraídas por el olor de la oblea recién hecha. Querían desayunar el cuerpo, sangre, alma y divinidad de mi Cristo. Pero como yo estaba constantemente moviéndome y rezando en voz alta, las ratas invariablemente se asustaban y huían a sus escondites secretos.

El Padre Daule sinceramente creía lo que todo sacerdote de Roma está obligado a creer: que él tenía el poder para convertir la oblea en dios. Inclinando mi cabeza al angustiado sacerdote anciano, le pregunté: ¿No ha quedado, como suele, un largo tiempo sin moverse en la adoración del buen dios después de la consagración?

Prontamente contestó: Sí, pero, ¿Qué relación tiene eso con la pérdida del buen dios?

Repliqué en una voz baja, pero con un acento honesto de angustia y asombro: ¡Algunas ratas arrastraron y comieron al buen dios!

¿Qué me dice? replicó el Padre Daule, ¿El buen dios, arrastrado y comido por ratas?

Sí, contesté, no tengo la menor duda.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué calamidad tan horrible me ha ocurrido! Exclamó el anciano, levantando sus manos y ojos al cielo, ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no me quitaste la vida antes que me ocurriera semejante desgracia? No pudo hablar más, su voz fue ahogada por sus sollozos.

Al principio, yo no sabía qué decir. Mil pensamientos, algunos serios y otros sumamente absurdos, cruzaron mi mente. El sacerdote anciano lloraba como un niño. Me preguntó con una voz quebrantada por sollozos: ¿Qué debo hacer?

Le respondí: La Iglesia ha previsto sucesos de esta índole y ha provisto para ellos. Lo único que tiene que hacer es conseguir una oblea nueva, consagrarla y continuar su misa como si nada extraño hubiera sucedido. Yo iré y le traeré una oblea nueva.

Corrí a la sacristía y le llevé una oblea nueva, la cual consagró y convirtió en un nuevo dios y terminó su misa como le aconsejé. Después que terminó, llevé al desconsolado sacerdote anciano por la mano a mi casa parroquial. Intenté calmar sus sentimientos diciéndole que no era culpa suya; que este extraño y triste suceso no era el primero; que había sido previsto por la Iglesia, la cual nos dice qué hacer en estas circunstancias y que no había falta ni ofensa contra Dios ni los hombres de parte suya. Esperaba que el sentido común de mis palabras le ayudarían a vencer sus sentimientos, pero estaba equivocado. Sus lamentaciones eran tan amargas y largas como las de Jeremías.

Por fin, perdí mi paciencia y dije: Mi querido Padre Daule, a nuestro gran y justo Dios no le

agrada semejante exceso de dolor y pesar por algo que estaba única y enteramente bajo el control de su poder y sabiduría eterna.

Señor Chíniquy, contestó, veo que faltas la atención y experiencia que tan frecuentemente falta entre los sacerdotes jóvenes. ¿No comprendes la terrible calamidad que acaba de ocurrir en tu iglesia? Si tuvieras más fe y piedad, llorarías conmigo. ¿Cómo puedes hablar tranquilamente de algo que hace llorar a los ángeles? ¡Nuestro Salvador arrastrado y comido por ratas! ¡Ay, gran Dios! ¿No sobrepasa esto la humillación y los horrores del Calvario?

Mi querido Padre Daule, respondí, permíteme decirle respetuosamente que sí entiendo, igual que usted, la naturaleza deplorable del evento de esta mañana y yo hubiera derramado mi sangre para impedirlo, pero hay que ver el hecho en su propia luz. No dependió de nuestra voluntad. Dios es el único que podría haberlo previsto o impedido. Le diré claramente mi propia opinión: si yo fuera Dios Todopoderoso y una miserable rata se acercara a mí para comerme, yo la mataría antes que pudiera tocarme.

Mi antigua fe robusta en mi poder sacerdotal de cambiar la oblea en dios había, en gran parte, evaporado. Evidentemente Dios quería abrir mis ojos a cuán absurda y terrible es una religión cuyo dios pudiera ser arrastrado y comido por ratas. Si yo hubiera sido fiel a las perspicácias salvadoras que había en mí entonces, hubiera sido salvo en esa misma hora y antes que terminara el día, hubiera quebrantado las cadenas vergozosas del Papa. En esa hora, parecía evidente que el dogma de la Transubstanciación era la más monstruosa mentira, y mi sacerdocio, un insulto a Dios y a los hombres. Mi inteligencia me decía con voz de trueno: Ya no permanezcas más siendo sacerdote de un dios a quien haces cada día y a quien aun las ratas pueden comer.

Aunque ciego, el Padre Daule entendió por los acentos severos de mi voz que mi fe en el dios que él había creado esa mañana, había sido seriamente modificada si no completamente desmoronada. Quedó silencioso por algún tiempo; luego me invitó a sentarme con él y me habló con un patetismo y una autoridad que sólo mi juventud y su vejez podían justificar. El me dio la reprensión más terrible de mi vida. Me inundó con un diluvio de Santos Padres, concilios y Papas infalibles que habían creído y predicado delante de todo el mundo el dogma de la Transubstanciación.

Si yo hubiera hecho caso a la voz de mi inteligencia y hubiera aceptado la luz que mi Dios misericordioso me daba, fácilmente hubiera hecho pedazos los argumentos del anciano sacerdote de Roma. Pero, ¿Qué podía mi inteligencia decir contra la Iglesia de Roma? ¡Se me prohibió escucharla, porque no pesaba nada contra tantas inteligencias instruidas, santas e

infalibles! No me daba cuenta que el peso de la inteligencia de Dios estaba a mi favor y que ella, pesada en el balance contra la inteligencia de los Papas, era mayor que todo el universo contra un grano de arena.

Una hora más tarde, derramando lágrimas de arrepentimiento, yo estaba a los pies del Padre Daule en el confesionario confesando el gran pecado que había cometido al dudar por un momento del poder del sacerdote de cambiar una oblea en dios. El me dio mi perdón y para mi penitencia me prohibió decir una sola palabra acerca del triste fin del dios que él había creado esa mañana, porque este conocimiento destruiría la fe de los Católico-romanos más sinceros.

La otra parte de la penitencia era: durante nueve días tenía que caminar de rodillas ante las catorce estaciones de la cruz y recitar delante de cada cuadro un Salmo penitencial, la cual hice. Para el día sexto, la piel de mis rodillas se rompía y la sangre fluía libremente. Sufrí verdadera tortura cada vez que me arrodillé y a cada paso que di. ¡Pero me parecía que estas terribles torturas no eran nada en comparación a mi gran iniquidad!

CAPÍTULO 34

Varios días previos a la victoria ganada durante el banquete honrando al Obispo de Forbin Janson, Me encontré en un estado de gran desesperación a causa de la ira que había incurrido por establecer la sociedad de abstinencia. Mis sentimientos de aislamiento se volvieron insoportables. De verdad, fue una de las horas más oscuras de mi vida.

Mirando fijamente por mi ventana, noté que un extranjero llegó a la puerta. Observando su porte, percibí que era un caballero de calidad. Estrechando mi mano como si fuéramos viejos amigos, se presentó y con gran gozo procedió a explicarme el propósito de su visita.

El había sido escogido para informarme personalmente que la gran mayoría de la gente de habla inglés, no sólo de Qüebec, sino por todo Canadá, manifestaba la más profunda admiración por la gran reforma que yo había realizado en Beauport y que la gente que él representaba estaba enterada de la severa oposición de parte de mis superiores que yo tenía que confrontar.

El dijo: Dios está de su parte (citando a Proverbios 23: 31 y 32). Tenga ánimo, señor, porque tiene a su favor a Jesucristo mismo; porque él ha dicho: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados. . . Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persiguen y digan toda clase de mal contra vosotros mintiendo (Mt. 5: 6 a 11). Aunque muchos se oponen, hay muchos más orando por usted día y noche, pidiendo a nuestro Padre Celestial que derrame sobre usted sus más abundantes bendiciones. Entonces prosiguió en darme sus opiniones sobre la abstinencia. ¡Eran idénticas a las mías! Me maravillé de su sinceridad de propósito y claridad de entendimiento.

Sus palabras de ánimo eran verdaderamente proféticas: Aunque hoy se sostiene solo, pero firme y las semillas que ha sembrado hoy, frecuentemente las riega con sus propias lágrimas, yo sé que dentro de poco, un país agradecido bendecirá su nombre.

Apenas dándome tiempo para expresar mi gratitud, dijo: Yo sé que usted ha de estar muy ocupado, no quitaré más de su valioso tiempo. Adiós, señor, que el Señor le bendiga y le guarde en todos sus caminos.

La noticia inesperada de que la gente de habla inglés estaba orando por mí llenó mi corazón de gozo y sorpresa. Mi primer pensamiento fue caer de rodillas y darle gracias a Dios por enviarme a semejante mensajero. Cada palabra de sus labios había caído sobre mi alma herida como el aceite del buen samaritano sobre las heridas sangrentadas del caminante a Jericó.

De repente, mi mente se echó hacia atrás en horror acompañado por una sensación de humillación indecible. ¡Ese hombre era protestante! ¡Una persona a quien mi Iglesia me había enseñado a anatematizar y maldecir como esclavos de Satanás y rebeldes contra Cristo! ¡Me sentí tan avergonzado al pensar en esa gente orando por mí! Sin embargo, una voz surgió dentro de mí y entre más intenté silenciarla, más fuerte se aumentaba: ¿Quién está más cerca de Dios?

Las respuestas que venían de mi alma no podían ser calladas. Fui forzado a escuchar y sonrojar ante la realidad que me saltaba a la vista. ¡Orgullo! ¡Sí, orgullo diabólico! Este es el vicio (por excelencia) de todo sacerdote de Roma. Así como está enseñado a creer y decir que su Iglesia está muy por encima de cualquier otra iglesia, lo mismo se enseña concerniente al sacerdocio. Como sacerdote, uno se cree estar por encima de todos los reyes, emperadores, gobernadores y presidentes del mundo. Orgullo es el pan cotidiano del Papa, de los obispos y sacerdotes y aun del laico más bajo de la Iglesia. Esto es el gran secreto de su poder y fortaleza. Les da el ánimo de una voluntad de acero para someter todo bajo sus pies, sujetar a todo ser humano a su voluntad. El sacerdote de Roma cree que él ha sido llamado por Dios Todopoderoso para mandar, subyugar y gobernar al mundo.

Si alguien sospecha que exagero, lea las siguientes palabras que el Cardinal Manning pone en los labios del Papa en uno de sus discursos: Yo no reconozco ningún poder civil; no estoy sujeto a ningún príncipe. Soy más que esto, me declaro ser el juez supremo y director de la conciencia de los hombres desde el campesino que ara el campo hasta el príncipe que se siente sobre el trono; desde el hogar que vive en la sombra de la privacía hasta el legislador que hace leyes para el reino. Yo soy el único, último y supremo juez de lo que es bueno o malo.

Ese orgullo que estaba en mí, aunque no lo veía en aquel entonces, recibió de mi visitante Protestante una verdadera y ruda reprención.

¡Qué criatura tan extraña es el hombre! ¡Cuán volubles son sus juicios! En 1842 no tenían palabras suficientemente halagadoras para alabar al mismo hombre sobre quien habían escupido en 1838 por hacer la misma cosa. Este cambio repentino de condenación a la alabanza, cuando hacía la misma obra, tenía el buen efecto de curarme del orgullo natural

que uno está propenso a sentir cuando es aplaudido públicamente por los hombres.

CAPÍTULO 35

Por la gran misericordia de Dios, la parroquia de Beauport, que al principio me parecía como un abismo sin fondo en el cual iba a perecer, se había cambiado para mí en un paraíso terrenal. Un solo deseo había en mi corazón: nunca ser quitado de allí.

De repente la calesa del obispo de Qüebec llegó a la puerta de la casa parroquial. El subsecretario dirigió sus pasos al jardín donde yo estaba y me entregó la siguiente carta del Reverendísimo Turgeon, coadjutor de Qüebec:

Mi querido Sr. Chíniquy,

Su Señoría Obispo Signaie y yo deseamos consultar con usted sobre un asunto muy importante. Hemos enviado nuestra calesa para traerlo a Qüebec. Por favor, venga sin la menor dilación.

Sinceramente,

FLAV. TURGEON

Una hora después, yo estaba con los obispos. Mi Sr. Signaie dijo: El Monseñor Turgeon te dirá por qué enviamos por ti con tanta prisa.

Sr. Chíniquy, dijo el Obispo Turgeon, ¿No es Kamouraska el lugar de tu nacimiento?

Sí, mi señor.

¿Te gusta ese lugar y te interesa mucho su bienestar?

Por supuesto, mi señor, las horas más felices de mi juventud las pasé allí.

Tú sabes, contestó el obispo, que el Rev. Sr. Varín ha estado demasiado enfermo estos últimos años para supervisar los intereses espirituales de ese importante lugar. Cientos de las mejores familias de Qüebec y Montreal recurren ahí cada verano. La borrachera, el lujo y la inmoralidad más degradante están desmoronando la vida misma de Kamouraska hoy.

Estas palabras traspasaron mi alma como una espada de dos filos: Mi señor, espero que no es su intención quitarme de mi querida parroquia de Beauport.

No, Sr. Chíniquy, no usaremos nuestra autoridad para romper los sagrados y dulces lazos que te unen a la parroquia de Beauport. Pero pondremos ante tu conciencia las razones por

las cuales deseamos que estés a la cabeza de esa gran parroquia importante.

Por más de una hora, los dos obispos hicieron fuertes apelaciones a mi caridad por las multitudes hundidas en el abismo de la borrachera y toda clase de vicios sin tener quien les salvara.

El Obispo Signaie añadió: ¿No colocarán una corona doble en tu frente tus obispos, tu patria y tu Dios si consientes en ser el instrumento de las misericordias de Dios hacia la gente del lugar de tu nacimiento y los lugares vecinos? ¿Puedes descansar y vivir en paz ahora en Beauport, mientras oyes día y noche la voz de las multitudes que claman: Ven a ayudarnos, estamos pereciendo? ¿Qué responderás a Dios en el día postrero cuando él te muestre las miles de preciosas almas perdidas de Kamouraska, porque tú rehusaste ir a socorrerlas?Sus amistosas apelaciones paternales tenían mayor poder sobre mí que órdenes. Consentí en ir, bien consciente de los problemas sin fin y la guerra que tendría que confrontar.

La gente de Beauport hizo todo en su poder para convencer a los obispos a permitirme permanecer más tiempo entre ellos, pero el sacrificio tenía que hacerse. Di mi sermón de despedida en medio de clamores indescriptibles, sollozos y lágrimas; y el 17 de septiembre, salí rumbo a Kamouraska.

Cuando me despedí del obispo de Qüebec, él me enseño una carta recién recibida del Sr. Varín llena de las más amargas expresiones de indignación a causa de la selección de semejante fanático y agitador como Chíniquy para un lugar bien conocido por sus hábitos pacíficos y armonía entre todas las clases. Las últimas palabras de su carta eran las siguientes: El clero y la gente de Kamouraska y vecindades consideran como un insulto el nombramiento del Sr. Chíniquy a esta parroquia. Esperamos y pedimos que Su Señoría cambie de parecer al respecto.

Al mostrarme la carta, mis Sres. Signaie y Turgeon dijeron: Tememos que tendrás más problemas de lo que esperábamos con el anciano cura y sus partidarios, pero te encomendamos a la gracia de Dios y la protección de la Virgen María acordándonos que nuestro Salvador ha dicho: En el mundo tendréis aflicción; mas confiad, yo he vencido al mundo. (Jn. 16: 33)

Llegué a Kamouraska el 21 de septiembre de 1842, uno de los finísimos días del año; pero mi corazón estaba lleno de desolación indecible, porque por todo el camino los curas me dijeron que la gente con su pastor anciano estaban unánimes en su oposición a mi presencia ahí.

Despedí al chofer, tomé mi morral, entré a la iglesia y pasé más de una hora en ferviente

oración o más bien clamores y lágrimas. Me sentí tan deshecho que necesitaba esa hora de descanso y oración. Las lágrimas que derramé ahí desahogaron mi espíritu cargado.

Hay un poder maravilloso en las oraciones y lágrimas que surgen del corazón. Sentí como un hombre nuevo. Me parecía que escuchaba la trompeta de Dios llamándome al campo de batalla. Mi único propósito, entonces, era ir y luchar confiando solamente en él por la victoria.

Tomé mi morral, salí de la iglesia y caminé lentamente hacia la casa parroquial. Al tocar la puerta, una voz airada exclamó, ¡Entra!

Entré y di un paso hacia el anciano cura enfermo y estaba a punto de saludarlo cuando me dijo con enojo: La gente de Beauport hicieron grandes esfuerzos para que continuaras entre ella, pero la gente de Kamouraska hará un esfuerzo igual para sacarte de este lugar.

Monseñor le Cure, le respondí con calma, Dios sabe que yo nunca quería salir de Beauport para venir aquí, pero pienso que es el gran Dios misericordioso que me ha traído por la mano aquí y espero que él me ayudará a vencer toda oposición indistinto de donde venga.

El replicó con enojo: ¿Es para insultarme que me llamas Monseñor le Cure? Yo ya no soy el cura de Kamouraska, ahora, tú eres el cura, Sr. Chíniquy.

Discúlpeme, mi querido Sr. Varín, dije, usted todavía es y espero que permanecerá toda su vida el honrado y amado cura de Kamouraska. El respeto y gratitud que yo le debo a usted me ha hecho rehusar los títulos y honores que nuestro obispo quería darme.

Pues si yo soy el cura, entonces, ¿Qué eres tú? replicó el sacerdote anciano con más calma.

No soy más que un sencillo soldado de Cristo y un sembrador de la buena semilla del Evangelio, respondí, mientras yo peleo contra nuestro enemigo común en la llanura como hizo Josué, usted como Moisés se colocará en la cumbre de la montaña, levantará sus manos al cielo, enviará sus oraciones al propiciatorio y así ganaremos la batalla. Entonces ambos bendeciremos al Dios de nuestra Salvación por la victoria...

¡Bien, bien! Esto es hermoso, grandioso y sublime, dijo el anciano sacerdote con una voz llena de emoción amistosa, pero, ¿Dónde están tus muebles y biblioteca?

Mis muebles, contesté, consisten en este morral que tengo en mi mano. No quiero ninguno de mis propios libros mientras tenga el gusto y el honor de estar con el buen Monseñor Varín quien me permitirá, estoy seguro, registrar su biblioteca espléndida y estudiar sus libros raros y cultos.

Pero, ¿Cuáles habitaciones quieres ocupar? respondió el buen cura anciano.

Como la casa parroquial será suya y mía, respondí, no quiero molestarlo de ninguna manera; por favor, dígame dónde usted quiere que duerme y descanse. Yo lo aceptaré con

gratitud. Cuando yo era niño, un pobre huérfano en su parroquia hace unos veinte años, ¿No era usted un padre para mí? Por favor, sigue viéndome como su propio hijo, pues yo siempre lo he amado y estimado como padre y todavía así lo estimo. Usted era mi guía y consejero en mis primeros pasos en los caminos de Dios. Por favor, siga guiándome y aconsejándome hasta el fin de su vida.

No había terminado mis últimas palabras cuando el anciano se deshizo en lágrimas, me abrazó, apretándome a su corazón y dijo con una voz medio sofocada por sus sollozos: Querido Sr. Chíniquy, perdóname las cosas malas que he escrito y dicho de ti. Estás bienvenido a mi casa parroquial y alabo a Dios por enviarme semejante joven amigo para ayudarme a sobrellevar la carga en mi vejez.

Luego le di la carta del obispo que confirmó todo lo que le dije acerca de mi misión de paz hacia él. Desde ese día hasta su muerte, que ocurrió seis meses después, nunca tuve un amigo tan sincero como el Sr. Varín.

La causa principal de oposición que la gente tenía contra mi venida fue que yo era el sobrino de Don Amable Dionne quien había hecho una fortuna colosal a expensas de ellos. El Rev. Sr. Varín, quien siempre le debía, fue forzado por las circunstancias a comprar de él tanto para sí mismo como para la iglesia y tenía que pagar sin quejarse los más exorbitantes precios por todo.

A la mañana siguiente, después de mi llegada, el sacristán me dijo que la iglesia necesitaba varios metros de algodón para hacer algunas reparaciones y me preguntó si debería ir como siempre a la tienda del Sr. Dionne. Yo le dije que fuera ahí primero a preguntar el precio de ese artículo, luego que fuera a las demás tiendas y que lo comprara en la más barata. Pedían 30 en la tienda del Sr. Dionne y sólo 15 en la del Sr. St. Pierre; por supuesto, lo compramos ahí.

No terminó el día antes que este hecho aparentemente insignificante fuera conocido en toda la parroquia tomando imprevistas dimensiones extraordinarias. Los granjeros se juntaron y se felicitaron que por fin las imposiciones que tenían que pagar en la tienda terminaron. Muchos buscaron al Sr. St. Pierre para oír de sus propios labios que su nuevo cura inmediatamente les había librado de lo que ellos estimaban ser una larga servidumbre ignominiosa. Se felicitaban por tener ahora un sacerdote con una mente tan independiente y honesta que no les haría ninguna injusticia ni aun para agradar a un pariente en cuya casa había pasado los años de su niñez.

Este sencillo acto de honestidad hacia la gente, ganó para mí su afecto. Sólo una mancha

oscura quedó en sus mentes contra mí. Se les habían dicho que el único tema que yo predicaba era ron, whisky y borrachera.

Asistió una inmensa multitud el próximo domingo. Mi texto fue: Así como el Padre me amó, así os he amado. (Jn.15:9), enseñándoles cómo Jesús demostró que él era su amigo. Pero sus sentimientos de piedad y gusto por lo que oyeron no era nada en comparación a su sorpresa cuando vieron que prediqué casi una hora sin decir una sola palabra sobre whisky, ron o cerveza.

CAPÍTULO 36

Al ser invitado por todos los curas a establecer entre su gente sociedades de abstinencia, tuve oportunidades, como ningún otro sacerdote de Canadá, de conocer los escándalos secretos y públicos de cada parroquia. Cuando visité a Eboulements, al lado norte del río, invitado por el Rev. Noel Toussignant, aprendí de los labios de ese joven sacerdote y del ex-sacerdote Tetreau la historia de un escándalo muy vergonzoso.

En 1830 un joven sacerdote de Qüebec llamado Derome se había enamorado de una de sus penitentes jovencitas de Vercheres donde había predicado varios días. El la convenció a seguirle a la casa parroquial de Qüebec. Para ocultar mejor su iniquidad del público, persuadió a su víctima a vestirse como hombre y echar su vestido en el río para convencer a sus padres y a toda la parroquia que ella se había ahogado.

Yo la había visto muchas veces en la casa parroquial de Qüebec bajo el nombre de José y había admirado sus modales refinados, aunque más de una vez fui inclinado a pensar que el elegante José no era más que una muchacha perdida. Pero el respeto que yo tenía por el cura de Qüebec (Quien era el coadjutor del obispo) y sus jóvenes vicarios, me hizo rechazar esas sospechas. Las cosas seguían tranquilamente entre José y el sacerdote durante varios años hasta que algunas sospechas suscitaron en las mentes de la gente observadora de la parroquia, quienes dijeron al cura que sería más prudente y honorable para él despedir a su sirviente. Para acabar con esas sospechas y retenerlo en la casa parroquial, el cura le persuadió a casarse con la hija de un pobre vecino.

Las dos muchachas fueron debidamente casadas por el cura, quien continuó sus intimidades criminales con la esperanza de que nadie le volviera a perturbar sobre el tema. Fue transferido a La Petite Riviere en 1838 y poco después, el Rev. Sr. Tetreau fue designado cura. Este nuevo sacerdote, desconociendo las abominaciones que practicaba su predecesor, siguió empleando a José. Un día, José estaba trabajando en la puerta de la casa parroquial cuando, en presencia de varias personas, un extranjero llegó y le preguntó si estaba en casa el Sr. Tetreau.

Sí, señor, el Sr. Cura está en casa, respondió José, pero como usted parece ser un extranjero en este lugar, permíteme preguntarle, ¿De cuál parroquia viene usted?

No me avergüenzo de mi parroquia, respondió el extranjero, vengo de Vercheres.

Cuando dijo la palabra Vercheres, José se puso tan pálido que el extranjero, perplejo, le miró cuidadosamente y exclamó: ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es lo que veo aquí? ¡Genevieve, Genevieve! ¡Sobre quien hemos lamentado tanto tiempo como ahogada! ¡Aquí estás, disfrazada como hombre!

¡Querido tío, (era su tío) por amor de Dios, ni una palabra más aquí!

Pero era demasiado tarde. Las personas que estaban presentes oyeron al tío y a la sobrina. Sus largas y secretas sospechas eran bien fundadas: uno de sus antiguos sacerdotes había mantenido a una muchacha disfrazada de hombre en su casa y para cegar más completamente a la gente, la había casado con otra muchacha para tener a las dos en su casa según su antojo sin despertar sospecha alguna.

Las noticias volaron casi tan rápido como relámpago de un extremo de la parroquia a la otra y se difundió por toda la región por ambos lados del Río St. Lawrence. Yo había oído de ese horror, pero no lo creía. Sin embargo, tenía que creerlo cuando oí directamente de los labios del ex-cura Sr. Tetreau y el nuevo cura, Sr. Noel Toussignant, y de los labios del dueño de la casa, el Honorable Laterriere los siguientes detalles que hacía poco tiempo fueron revelados.

Un juez de la paz investigó el asunto en nombre de la moralidad pública. José fue llevado ante los magistrados quienes decidieron pedir a un médico a hacer una encuesta, no pos-mortem, sino ante-mortem. El Honorable Laterriere, quien hizo la encuesta, declaró que José era mujer y los lazos de matrimonio fueron legalmente disueltos.

El obispo y sus vicarios inmediatamente enviaron a un hombre de confianza con dos mil dólares para persuadir a la muchacha a salir del país cuanto antes. Ella aceptó la oferta y cruzó a los Estados Unidos donde pronto se casó y allí permaneció.

Yo hubiera preferido nunca haber oído esa historia o que por lo menos pudiera dudar de algunas de sus circunstancias, pero no había remedio. Fui forzado a reconocer que en mi Iglesia de Roma había tanta corrupción, desde la cabeza hasta los pies, que apenas ha sido superada por Sodoma. Recordé lo que el Rev. Sr. Perras me había contado de las lágrimas y desolación del Obispo Plessis cuando descubrió que todos los sacerdotes de Canadá, con la excepción de tres, eran ateos.

Pero las abominaciones de las cuales José era víctima parecían sobrepasar los límites

concebibles de infamia. Por primera vez, lamenté sinceramente haberme hecho sacerdote. El sacerdocio de Roma me parecía entonces ser el cumplimiento preciso de la profecía del Apocalipsis acerca de la gran ramera que embriagaba a las naciones con el vino de sus fornicaciones. (Ap. 17: 1-5)

La confesión auricular que yo sabía ser la causa de estas abominaciones me parecía lo que es en verdad, una escuela de perdición, tanto para el sacerdote como para sus penitentes femeninas. El juramento de celibato del sacerdote era ante mis ojos, en esas horas de aflicción, solamente un disfraz vergonzoso para ocultar una corrupción desconocida aun en los días del antiguo paganismo más depravado.

Yo todavía creía que fuera de la Iglesia de Roma no había salvación, pero mi alma se llenaba de perturbación y ansiedad. No sólo desconfiaba de mí mismo, sino perdí la confianza en los demás sacerdotes y obispos. Dondequiera que volteaba, mis ojos veían los ejemplos más seductivos de perdición. Yo quería salir de este mundo engañoso y perdido.

El Rev. Sr. Guigues, superior del monasterio de los Padres de los Oblatos de María Inmaculada en Longueuil cerca de Montreal, vino a pasar algunos días conmigo para el beneficio de su salud y yo le confesé mis temores.

El Rev. Superior me respondió: Yo entiendo perfectamente tus temores. Son legítimos y demasiado bien fundados. Yo conozco los peligros formidables que rodean al sacerdote. Yo no me hubiera atrevido a ser un sacerdote secular por un solo día. Yo sabía la historia humillante y desgraciada de José y sé muchas cosas aún más horribles e indecibles que aprendí al predicar y oír confesiones en Francia y en Canadá. De hecho, en realidad es moralmente imposible para un sacerdote secular guardar su voto de celibato excepto por un milagro de la gracia de Dios.

Desde hace mucho, nuestra Iglesia hubiera sido una Sodoma moderna si Dios no le hubiera concedido gracia por los muchos sacerdotes que siempre han ingresado en las varias órdenes religiosas. Solamente los sacerdotes a quienes Dios en su misericordia llama a hacerse miembros de esas órdenes están fuera de peligro, porque ellos están bajo el cuidado paterno y la vigilancia de sus superiores, cuyo celo y caridad son como un escudo para protegerlos. Sus santas leyes estrictas son como un muro fuerte y torres altas que el enemigo no puede penetrar.

El último domingo de septiembre de 1846, di mi sermón de despedida a mi querida parroquia para ir a Longueuil y convertirme en un novato de los Oblatos de María Inmaculada.

CAPÍTULO 37

El primer domingo de noviembre de 1846, pedí ser recibido como novato de la orden religiosa de los Oblatos de María Inmaculada de Longueuil, cuyo objetivo es predicar retiros (avivamientos) entre la gente. Ningún hijo de la Iglesia de Roma jamás sostuvo una opinión más exaltada de la hermosura y santidad de la vida monástica que yo, el día que me ingresé bajo sus banderas misteriosas.

¡Cuán fácil será obtener la salvación ahora! Sólo tendría que recurrir al Padre Guigues y obedecerle como si fuera mi Padre que está en el cielo. ¡Sí, su voluntad será para mí la voluntad de Dios! Aunque yo podría errar al obedecerle, mis errores no serían cargados contra mí. Para salvar mi alma, sólo tendría que ser como un cadáver en las manos de mi padre superior, sin ninguna ansiedad ni ninguna responsabilidad propia; sería llevado al cielo como un niño recién nacido en los brazos de su madre amorosa.

¡Pero cuán cortos fueron estos sueños bonitos de mi pobre mente engañada! Yo estaba de rodillas cuando el Padre Guigues me entregó, con gran solemnidad, los libros en latín de las reglas de esa orden monástica que constituye su verdadero evangelio, advirtiéndome que era un libro secreto y me hizo jurar solemnemente que nunca lo enseñaría a nadie fuera de la orden.

A solas en mi celda a la siguiente mañana, dije a mí mismo: ¿No has oído y dicho mil veces que la santa Iglesia de Roma condena absolutamente y anatemiza a las sociedades secretas? Después de intentar en vano a reconciliar estas dos ideas en mi mente, recordé felizmente que yo era un cadáver, que había abandonado para siempre mi juicio privado y que mi única ocupación era obedecer.

Mientras leía con suma atención, pronto comprendí por qué este libro fue guardado de los ojos de los curas y sacerdotes seculares. Para mi asombro indecible descubrí que desde el principio hasta el fin hablaba con el más profundo desprecio por todos ellos.

El Oblato que estudia su libro de reglas, su único evangelio, tiene que llenar su mente con la idea de que su santidad es superior, no sólo por encima del pobre sacerdote secular, sino de

todo el mundo. Sólo el Oblato es Cristiano, santo y sagrado. El resto del mundo está perdido. ¡El Oblato es la sal de la tierra y la luz del mundo! Dije a mí mismo: ¿He dejado a mi hermosa y querida parroquia para alcanzar esta perfección farisaica?

Sin embargo, después de algún tiempo de estas reflecciones, recordé los innumerables e insospechados escándalos espantosos que había conocido en casi todas las parroquias que había visitado. Recordé la borrachera de aquel cura, las impurezas de éste, las ignorancias de otro, la mundanería y la falta absoluta de fe de otros y concluí que, después de todo, los Oblatos no estaban tan lejos de la verdad.

Finalmente, me dije: Después de todo, si los Oblatos viven una vida de santidad como espero encontrar aquí, ¿Será un crimen que ellos sientan y expresen entre ellos la diferencia que existe entre el clero regular y el secular? ¿Vengo aquí a juzgar y a condenar a estos hombres santos? ¡No! Vine aquí para salvarme, practicando las virtudes cristianas más heroicas, la primera de las cuales es que debo abandonar absolutamente y para siempre a mi juicio privado y considerarme como un cadáver en las manos de mi superior.

Día y noche de esa primera semana, pedí a Dios y a la Virgen María con todo el fervor de mi alma que alcanzara ese estado de la suprema perfección donde no tendría ni voluntad ni juicio propio. Los días de esa primera semana pasaron rápidamente. Las pasé en oración, en lectura y meditación de las Escrituras y en estudio de historia eclesiástica y libros ascéticos desde las 5:30 de la mañana hasta las 9:30 de la noche.

Servían las comidas a las horas regulares de las 7:00, 12:00 y 6:00 durante las cuales con rara excepción se guardaba silencio y se leían libros piadosos. La calidad de la comida era buena; pero al principio, antes que emplearan a una cocinera para presidir sobre la cocina, todo estaba tan inmundo que tenía que cerrar los ojos en las comidas. ¡Me hubiera quejado si no hubiera sellado mis labios esa extraña opinión monástica de que todo religioso es un cadáver! ¿Qué le importa a un cadáver la limpieza o la impureza de lo que se pone en la boca?

Al tercer día, habiendo tomado en el desayuno un vaso de leche literalmente mezclado con estiércol de vaca, mi estómago se rebeló, una circunstancia que sumamente lamentaba atribuyéndolo a mi falta de perfección monástica. Envidiaba el alto estado de santidad de los otros padres que habían alcanzado tan perfectamente a la perfección sublime de sumisión, que tomaban esa leche contaminada como si estuviera limpia.

Un día, después de la merienda, íbamos caminando del comedor a la capilla para pasar cinco o diez minutos en adoración al dios oblea. Teníamos que cruzar dos puertas y estaba muy oscuro. Siendo yo el más reciente para entrar al monasterio, yo tenía que ir primero y los

otros monjes me seguían. Estabamos recitando en alta voz un Salmo en latín. Todos estabamos marchando rápidamente cuando de repente mis pies toparon con un grande objeto oculto y me caí rodando en el suelo. El compañero que me seguía hizo lo mismo y rodó sobre mí y así hicieron cinco o seis más que en la oscuridad se toparon con ese objeto.

En un momento, éramos cinco o seis santos padres rodando uno encima del otro sin poder levantarnos por estar riéndonos convulsivamente. Resultó que el Padre Brunette en uno de sus ataques de humildad había dejado la mesa un poquito antes de los demás con el permiso del Superior para postrarse en el suelo delante de la puerta.

Las palabras no pueden describir la vergüenza que sentí al ver casi diariamente algún acto semejante bajo el nombre de humildad Cristiana. En vano intenté silenciar la voz de mi inteligencia que me decía, cada vez más fuerte, día tras día, que tales actos de humildad eran una parodia.

En vano me decía: ¡Chíniquy, no has venido aquí para filosofar, sino para santificarte, convirtiéndote en cadáver que no tiene ideas preconcebidas, ni adquiere ningún almacén de conocimiento ni ninguna regla de sentido común para guiarse! Pobre, miserable y pecaminoso Chíniquy, tú estás aquí para salvarte, admirando cada pizca de las santas reglas de tus superiores y obedecer cada palabra de sus labios. Yo envidiaba la piedad humilde de los otros buenos padres que aparentemente estaban tan felices por haber vencido esa razón arrogante que constantemente se rebelaba en mí.

Dos veces por semana yo iba con mi guía y confesor, el Padre Allard, maestro de los novatos. Le confesaba mis esfuerzos vanos de subyugar a mi razón rebelde. El siempre me alegraba con la promesa de que tarde o temprano yo tendría esa perfecta paz que está prometida al monje humilde cuando alcanza la suprema perfección monástica de considerarse un cadáver en las manos de sus superiores.

Mis esfuerzos sinceros y constantes para reconciliarme con las reglas del monasterio, sin embargo, recibieron una nueva y brusca detención. Leí en el libro de reglas que un monje verdadero debe observar minuciosamente a los que viven con él y secretamente informar a su superior de los defectos y pecados que percibe en ellos. La primera vez que leí esa regla extraña, mi mente estaba tan absorto en otras cosas que no presté mucha atención a ella.

Pero la segunda vez que estudié esta cláusula, me dije: ¿Será posible que no somos más que una banda de espías?

No tardé mucho en ver sus efectos desastrosos. Uno de los padres por quien sentí cierto afecto y quien me había probado muchas veces su sincera amistad, me dijo un día: Por amor

de Dios, mi querido Padre Chíniquy, dime si eres tú quien me denunció al Superior que yo había dicho que la conducta del Padre Guigues hacía mí era poca caritativa.

No, mi querido amigo, le respondí, nunca dije cosa semejante contra ti.

Me alegro de saber eso, replicó, porque me dijeron algunos de los padres que fuiste tú quien me denunció al Superior como culpable, aunque soy inocente de esa ofensa, pero yo no pude creerlo. Añadió con lágrimas: Yo me arrepiento de haber dejado mi parroquia para ser un Oblato. Esa ley abominable de detección convierte a este monasterio y supongo a toda orden monástica en un verdadero infierno. Cuando hayas pasado más tiempo aquí, verás cómo esa ley pone un muro insuperable entre todos nosotros y destruye toda fuente de felicidad Cristiana y armonía social.

Yo entiendo perfectamente lo que dices, le respondí, la última vez que estaba a solas con el Padre Superior, él me preguntó por qué yo había dicho que el Papa actual era un viejo necio. El persistía en afirmar que yo lo había dicho, porque, añadió, uno de nuestros padres de mayor confianza me aseguró que tú lo dijiste. Bueno, mi querido Padre Superior, le respondí, Ese padre de confianza le ha dicho una gran mentira. Nunca he dicho cosa semejante, porque yo sinceramente creo que nuestro Papa actual es uno de los más sabios que jamás gobernó a la Iglesia.

Luego añadí: Ahora entiendo por qué las conversaciones están tan sosas y sin vida en las horas en que se nos permite platicar. Nadie se atreve a expresar su opinión sobre ningún tema serio.

Eso es precisamente la razón, respondió mi amigo, algunos de los padres como tú y yo preferiríamos ser ahorcados antes de ser espías, sin embargo, la gran mayoría de ellos, particularmente los sacerdotes franceses, recién importados de Francia, no oirán ni diez palabras de tus labios sobre cualquier tema sin buscar la oportunidad de denunciar a ocho de ellas como indecorosas o poco Cristianas a los superiores.

No digo que siempre es por malicia que dan tales informes falsos, más bien, es por falta de juicio. Ellos son de miras estrechas, no entienden ni la mitad de lo que oyen en su verdadero sentido y dan sus falsas impresiones a los superiores quienes desgraciadamente alientan a este sistema de espionaje como la mejor manera de transformar a cada uno de nosotros en cadáveres. Como nunca somos confrontados con nuestros falsos acusadores, nunca podemos conocerlos y perdemos la confianza los unos de los otros. Así es cómo las dulces y santas fuentes del verdadero amor Cristiano se secan para siempre.

A causa de este sistema de espionaje, un célebre escritor francés, quien él mismo había

sido monje, escribió: Los monjes entran al monasterio sin conocerse, viven allí sin amarse y se apartan los unos de los otros sin arrepentirse de nada.

Poco tiempo después de mi recepción como novato, el superior del Seminario de St. Sulpice, Gran Vicario de la diócesis de Montreal, el Rev. Sr. Qüiblier, llamó a nuestra puerta para descansar una hora y desayunar con nosotros. Este desgraciado sacerdote que se contaba entre los mejores oradores y entre los hombres mejor parecidos que Montreal jamás había visto, había vivido una vida tan disoluta con sus monjas penitentes y damas penitentes de Montreal que un clamor de indignación de parte de todo el pueblo había forzado al Obispo Bourget a enviarlo nuevamente a Francia. Nuestro padre superior aprovechó la oportunidad de su visita para hacernos dar gracias a Dios por habernos reunido dentro de los muros de nuestro monasterio donde las fuerzas del enemigo eran impotentes.

Poco después de la caída pública del Gran Vicario de Montreal, una viuda bien parecida fue empleada para presidir sobre nuestra cocina. Ella tenía más de cuarenta años de edad y tenía muy buenas modales. Desgraciadamente, no había cumplido ni cuatro meses en el monasterio cuando se enamoró de su padre confesor, uno de los más piadosos de los padres Oblatos franceses. Los dos fueron descubiertos en una mala hora olvidándose de una de las santas leyes de Dios. El sacerdote culpable fue castigado y la débil mujer despedida.

¡Pero qué vergüenza indecible permaneció sobre todos nosotros! De ese día en adelante, las extrañas ilusiones hermosas que me trajeron a ese monasterio se desvanecieron. Estudié los Oblatos con los ojos abiertos y los vi tal como son.

En la primavera de 1847, contrayendo una severa enfermedad, el doctor me ordenó ir al Hotel Diu de Montreal cerca de la espléndida iglesia de Santa María. Ahí conocí a una venerable monja anciana que era muy loquás. Era una de las superioras de la casa. Su apellido era Urtubice. Su mente todavía estaba llena de indignación contra la mala conducta de dos padres Oblatos, quienes bajo el pretexto de enfermedad vinieron recientemente a su convento para seducir a las monjas jóvenes que les servían. Ella me contó cómo los había sacado, prohibiéndoles volver jamás por cualquier motivo al hospital. Después de contarme varias otras historias picantes, le pregunté si ella había conocido a María Monk cuando ella estaba en su convento y qué opinaba de su libro Revelaciones Terribles.

Yo la conocí muy bien, dijo, ella duró seis meses con nosotras. He leído su libro, porque me fue entregado para que yo lo refutara. Pero después de leerlo, rehusé tener nada que ver con esa revelación deplorable. Ciertamente hay algunas invenciones y suposiciones, pero hay suficiente verdad para hacer que todos nuestros conventos sean derribados por el pueblo si

sólo la mitad fuera conocido por el público. Luego me dijo: Por amor de Dios no revele usted estas cosas al mundo hasta que la última de nosotras haya muerto, si Dios le da vida. Entonces, cubrió su cara con sus manos, se deshizo en lágrimas y salió del cuarto.

Me quedé horrorizado. Lamenté haber escuchado sus palabras, aunque estaba determinado a respetar su petición de no revelar los secretos terribles que ella me había confiado. Mi Dios sabe que nunca repetí ni una palabra de ello hasta ahora. Pero creo que es mi deber revelar, a mi país y a todo el mundo, la verdad sobre este grave tema tal como me fue dado por uno de los testigos oculares irrefutables.

Aunque no me había recuperado completamente, salí el mismo día para Longueuil donde entré al monasterio con corazón pesado. El día anterior, dos de los padres habían regresado de dos o tres meses de excursiones evangelísticas entre los leñadores que cortaban madera en los bosques cerca del río Ottawa.

Me alegré al oír de su llegada. Yo esperaba que las historias interesantes de sus excursiones evangelísticas harían una feliz diversión de las cosas deplorables que supe tan recientemente. Pero se podía ver a sólo uno de esos padres y su conversación no era ni interesante ni agradable. Era evidente que una nube oscura le envolvía. ¿Y el otro Oblato? El mismo día que llegó, fue ordenado a encerrarse en su celda y hacer un retiro de diez días y durante ese plazo fue prohibido hablar con nadie.

Yo pregunté a un devoto amigo entre los antiguos Oblatos la razón por una cosa tan extraña. El me dijo: Pobre Padre D___ sedujo a una de sus bellas penitentes en el camino. Ella era una mujer casada, la señora de la casa donde nuestros misioneros solían recibir la más cordial hospitalidad. Habiendo descubierto el esposo la infidelidad de su esposa, casi la mató; ignominiosamente echó fuera a los dos padres y escribió una terrible carta al superior.

¿Frecuentemente ocurren estas acciones deplorables entre los padres Oblatos? le pregunté.Mi amigo levantó sus ojos llenos de lágrimas y con un suspiro profundo respondió: Querido Padre Chíniquy, quiera Dios que pudiera decirte que este es el primer caso. Pero, ¡Ay! Tú sabes por lo que ocurrió con nuestra cocinera que no lo es y también sabes de la vida abominable del Padre Telmonth con las dos monjas en Ottawa.

Si es así, repliqué, ¿Dónde está la ventaja del clero regular sobre el secular?

La única ventaja que yo veo, respondió mi amigo, es que el clero regular se entrega con más impunidad a toda clase de disolución y libertinaje que el secular. Los monjes, ocultados de los ojos del público dentro de los muros de su monasterio donde nadie o por lo menos muy poca gente tiene acceso, son más fácilmente conquistados por el diablo y guardados más

firmemente en sus cadenas que los sacerdotes seculares. La vista aguda del público y el contacto diario que los sacerdotes seculares tienen con sus familiares y feligreses, forman una poderosa represión de su naturaleza depravada. En el monasterio no hay ninguna represión con la excepción de los castigos infantiles y ridículos de retiros, besando el suelo o los pies o postrándose en el suelo como hizo el Padre Brunette pocos días después que tú entraste.

Esa gran ley divina del auto-respeto que Dios mismo implantó en el corazón de cada ser humano que haya vivido en una sociedad Cristiana, se destruye por completo en el monasterio o el convento. El fundamento de perfección en el monje o la monja es considerarse como cadáveres. ¿No ves que este principio corta hasta la raíz de todo lo bueno, santo y grandioso que Dios puso en el hombre?

Si estudias la verdadera historia y no la historia falsa del monasticismo, descubrirás los detalles de una corrupción imposible en cualquier otro lugar, ni aun en las casas más bajas de prostitución. Lee las memorias de Scripio De Ricci, uno de los más piadosos e inteligentes de todos los obispos de nuestra Iglesia y verás que los monjes y las monjas de Italia viven la misma vida de las bestias salvajes. Sí, lee las terribles revelaciones de lo que sucede entre esos hombres y mujeres desgraciados a quienes la mano de hierro del monasticismo mantiene atados en sus calabozos oscuros.

Oirás de los labios de las monjas que los monjes actúan con más libertad en ellas que los maridos con sus esposas legítimas. ¡Verás que cada una de esas instituciones monásticas es una nueva Sodoma! Todo es mecánico, material y falso en la vida de un monje o una monja. Aun las mejores virtudes son engañosas y mentirosas.

¿No has notado cómo estos supuestos monjes humildes hablan con sumo desprecio del resto del mundo? Yo he tenido la oportunidad de ver el odio profundo que existe entre todas las órdenes monásticas las unas contra las otras. ¡Cómo los Dominicanos siempre han aborrecido a los Franciscanos y cómo ambos aborrecen a los Jesuitas, quienes les pagan con la misma moneda! ¡Qué odio tan intenso divide a los Oblatos, a quienes pertenecemos, de los Jesuitas y los Jesuitas nunca pierden una oportunidad de demostrarnos su sumo desprecio! Está absolutamente prohibido para un Oblato confesarse con un Jesuita y está prohibido a un Jesuita confesarse con un Oblato o con cualquier sacerdote de otra orden.

He encontrado entre los monjes de Canadá las mismas cosas que he visto entre los de Francia e Italia. Con pocas excepciones, todos son cadáveres, absolutamente muertos a todo sentimiento de verdadera honestidad y verdadero Cristianismo. Son cadáveres putrefactos

que han perdido la dignidad de la virilidad.

Lamento que el monje distinguido, cuya opinión abreviada sobre el monasticismo que he dado, me haya pedido que nunca revelara su nombre. Eventualmente logró obtener una misión a los indios salvajes de las montañas Rocky y ahí sin ruido se deslizó de sus manos. Rompió sus cadenas para vivir la vida de un hombre libertado por Cristo en los lazos santos de matrimonio Cristiano con una respetuosa dama americana.

Hacía ya un año que yo había sido un soldado débil y tímido, asustado por las ruinas desparramadas por dondequiera en el campo de batalla. Busqué refugio contra el peligro inminente y pensé que el monasterio de los Oblatos de María Inmaculada era una de esas impregnables fortalezas construidas por mi Dios donde las flechas del enemigo no me alcanzarían y me lancé a él.

De repente, las fortalezas y muros que estaban alrededor de mí cayeron al suelo, se volvieron polvo y oí una voz diciéndome: ¡Soldado! ¡Sal fuera y ponte en la luz del sol; no confíes más en los muros construidos por las manos de hombres; no son más que polvo! ¡Ven y lucha en el pleno día bajo los ojos de Dios, protegido solamente por la bandera del Evangelio de Cristo! ¡Sal fuera de esos muros, son un engaño diabólico, una trampa y un fraude!

Yo hice caso a esa voz y el primero de noviembre de 1847 me despedí de los internados del monasterio de los Oblatos de María Inmaculada.

CAPÍTULO 38

Los once meses que pasé en el monasterio de los Oblatos de María Inmaculada cuentan entre los favores más grandes que Dios me ha concedido. Ningún otro testimonio me hubiera convencido que las instituciones monásticas no fueran de las más benditas del Evangelio. Pero así como los ojos de Tomás fueron abiertos sólo después de ver a las heridas de Cristo, yo nunca hubiera creído que las instituciones monásticas fueran de origen pagano y diabólico si mi Dios no me hubiera forzado a ver con mis propios ojos su corrupción indecible.

Aunque permanecí todavía más tiempo como un sincero sacerdote Católico, me atrevo a decir que Dios mismo ya había quebrantado las ligaduras más fuertes de mis afectos y respeto por esa Iglesia.

Mucho antes que yo saliera de los Oblatos, muchos sacerdotes influyentes del distrito de Montreal me dijeron que mi única posibilidad de éxito si deseaba continuar mi cruzada contra el demonio de la borrachera era trabajar solo. A la cabeza de los curas canadienses franceses que decían así estaba mi venerable amigo personal y benefactor, el Rev. Sr. Brassard, cura de Longueuil. El no sólo había sido uno de mis maestros y mis amigos más devotos cuando estudié en el colegio de Nicolet, sino me había ayudado con su propio dinero para terminar los últimos cuatro años de mis estudios.

Nadie tenía mayor estimación que él por los Oblatos de María Inmaculada cuando primero se establecieron en Canadá. Pero el monasterio estaba demasiado cerca de su casa parroquial para su propio bien de ellos. Su vista aguda, su alta inteligencia e integridad de carácter pronto detectó que había más barniz falso que oro puro en su espejo de pompa reluciente. Varios lios de amor entre algunos de los Oblatos y las señoritas bonitas de su parroquia le habían llenado de repugnancia.

Pero lo que destruyó por completo su confianza fue el descubrimiento que el Padre Superior Guigues estaba abriendo las cartas del Sr. Brassard que muchas veces habían pasado por el correo a través de sus manos. Esa acción criminal casi llegó a ser demandado ante el tribunal legal por el Sr. Brassard. Esto fue evitado sólo porque el Padre Guigues

reconoció su culpa y pidió perdón de la forma más humillada delante de mí y varios otros testigos.

Mucho antes que yo saliera de los Oblatos, el Sr. Brassard me había dicho: Los Oblatos no son los hombres que tú crees que son. A mí me han decepcionado mucho y tu desilusión igualará a la mía cuando se abren tus ojos. Yo sé que no permanecerás mucho tiempo entre ellos. ¡Te ofrezco de antemano la hospitalidad de mi casa parroquial cuando tu conciencia te llame fuera del monasterio!

Me aproveché de esa amable invitación la noche del primero de noviembre de 1847. La próxima semana la pasé preparando un memorándum que tenía la intención de presentar a mi señor Bourget, Obispo de Montreal, como explicación de mi salida de los Oblatos. Yo sabía que le decepcioné y le desagradó el paso que había dado. Esto no me sorprendió; yo sabía que estos monjes habían sido importados de Francia por él y eran sus favoritos.

Cuando entré al monasterio once meses antes, él iba de viaje a Roma y me expresó el gusto que sintió de que me iba a unir con ellos. Las razones de mi salida, sin embargo, eran igualmente buenas y el memorándum que preparé estaba tan lleno de hechos indubitables y argumentos incontestables que estaba casi seguro de que se aplacaría la ira del obispo y me ganaría su aprecio más firme que antes. No me decepcionó.

Varios días después, me llamó Su Señoría y fui recibido fríamente. Me dijo: No puedo ocultar mi sorpresa y dolor ante el paso precipitado que acabas de dar. ¡Qué vergüenza para todos tus amigos al ver tu falta de constancia y perseverancia! Has perdido la confianza de tus mejores amigos por haber salido sin buenas razones de la compañía de hombres tan santos. Algunos rumores circulan contra ti que nos dan a entender que eres un hombre inmanejable, un sacerdote egoísta a quien los sacerdotes a fuerzas han despedido.

Yo permanecí perfectamente calmado. Había resuelto de antemano escuchar todas sus críticas hostiles y ofensivas como si fueran dirigidas a otra persona. Le respondí: Por favor, señor mío, lea este documento importante y usted verá que he guardado mi buen nombre durante mi estancia en ese monasterio. Le presenté la siguiente carta de testimonio que el superior me entregó cuando salí:

Yo, el abajo firmante, Superior del Noviciado de los Oblatos de María Inmaculada en Longueuil, certifico que la conducta del Sr. Chíniquy, cuando estuvo en nuestro monasterio, ha sido digno del carácter sagrado que él posee y después de este año de soledad, no merece menos la confianza de sus hermanos en el santo ministerio que antes. Deseamos, además, dar nuestro testimonio a su celo perseverante en la causa de abstinencia. Creemos que lo que

dará mayor carácter de estabilidad a esa reforma admirable y asegurará su éxito perfecto son las reflecciones y estudios profundos del Sr. Chíniquy sobre la importancia de esa obra cuando se encontraba en la soledad de Longueuil.

T.F. Allard,

Superior del Noviciado, O.M.I.

Me dio verdadero gusto ver que cada renglón de ese documento leído por el obispo estaba borrando algunas de las arrugas hostiles y severas de su cara. Amablemente me lo entregó diciendo: Doy gracias a Dios al ver que todavía eres digno de mi estima y confianza como cuando entraste en el monasterio. Pero, ¿Serás tan amable de decirme las razones verdaderas por haberte separado tan bruscamente de los Oblatos?

Sí, mi señor, se las daré, Le entregué el memorándum de casi treinta páginas que yo había preparado. El obispo leyó cinco o seis páginas y dijo:

¿Estás seguro de la exactitud de lo que escribes aquí?

Sí, mi señor, le dije, son tan verdaderas y reales como yo estoy delante de usted.

El obispo se puso pálido y permaneció algunos minutos en silencio mordiendo sus labios y después de un profundo suspiro, dijo: ¿Es tu intención revelar estos tristes misterios al mundo o podemos esperar que los guardarás en secreto?

Mi señor, le respondí, me considero obligado en conciencia y honor guardar secretas estas cosas con la condición de que no sea forzado a revelarlos en auto-defensa contra algún abuso o persecución procedente de los Oblatos o de algún otro partido.

Pero los Oblatos no pueden proferir ninguna palabra contra ti después del testimonio de honor que te han dado, pronto respondió el obispo.

Es cierto, mi señor, pero usted sabe de otro que tiene mis destinos futuros en sus manos, contesté.

Yo te entiendo, pero prometo que no tendrás nada que temer de aquel lado. Aunque francamente hubiera preferido verte trabajar como miembro de los Oblatos, puede ser que sea más conforme a la voluntad de Dios que trabajes en esa abstinencia gloriosa de la cual evidentemente eres el bendito apóstol de Canadá. Me da gusto decirte que hablé de ti con el Papa y él me pidió que te diera una medalla preciosa que lleva sus facciones más perfectas y un crucifijo espléndido. Su Santidad bondadosamente añadió 300 días de indulgencia a cada persona que hace la promesa de abstinencia, besando los pies de ese crucifijo. Espera un momento, añadió el obispo, voy a traerlos y presentárselos.

Cuando regresó el obispo, caí de rodillas para recibirlos y apreté ambos a mis labios con

sumo respeto. El me concedió el poder de predicar y oír confesiones en toda su diócesis y me despidió sólo después de imponer sus manos sobre mi cabeza y pedir a Dios que derramase sobre mí sus más abundantes bendiciones dondequiera que fuera a trabajar en Canadá en la santa causa de abstinencia.

CAPÍTULO 39

Al reasumir la batalla por la abstinencia, estudié nuevamente las mejores obras sobre el tema, desde el instruido naturista Pliny hasta el celebrado Sr. Astley Cooper. Recopilé una multitud de notas científicas, argumentos y hechos de estos libros y preparé un Manual de Abstinencia que tuvo tanto éxito que pasó por cuatro ediciones de 25,000 copias cada una, en menos de cuatro años.

Pero mi mejor fuente de información y sabiduría eran cartas que recibí del Padre Mathew y mis entrevistas personales con él cuando visitó a los Estados Unidos.Nunca di discursos sobre la abstinencia en ningún lugar sin antes informarme de las estadísticas más fidedignas de: el número de muertes y accidentes causados por la borrachera durante los últimos quince a veinte años; el número de huérfanos y viudas hechos así por la borrachera; el número de familias ricas arruinadas y el número de familias pobres hechas más pobres; y la cantidad aproximada de dinero gastado por la gente en alcohol durante los últimos veinte años.

Nuestro Dios misericordioso bendijo visiblemente a la obra y a su siervo inútil. En la primera parroquia de Longueuil, 2,300 ciudadanos se ingresaron bajo las banderas de la abstinencia. En lugar de invitarles a firmar alguna promesa escrita, les pedí que vinieran al pie del altar y besaran el crucifijo que yo sostenía (que me fue dado y bendecido por el Papa).

Durante los próximos cuatro años, di 1,800 discursos en público en 200 parroquias con los mismos frutos, ingresando a más de 200,000 personas bajo la bandera de abstinencia. Dondequiera se cerraban las cantinas, destilerías y cervecerías y los dueños fueron forzados a buscar algún otro oficio para ganarse la vida. No fue por causa de ninguna ley estricta, sino porque toda la gente había dejado de tomar bebidas alcohólicas por estar plenamente convencidos que eran perjudiciales a sus cuerpos, adversas a su felicidad y ruinosas a sus almas.

La convicción era tan unánime en muchos lugares que la última noche que pasé en medio de ellos, los comerciantes hacían pirámides de todos sus barriles de ron, cerveza, vino y brandy en las plazas públicas y me invitaban a encenderlos mientras los esposos y esposas,

los padres y los niños de los borrachos redimidos rompían el aire con gritos de gozo ante la destrucción de su enemigo y el fuego subía en fuertes llamas. Uno de los comerciantes me dio una hacha para desfondar el último barril de ron. Después que se vació la última gota, me subí en él para dirigir algunas palabras de despedida a la gente.

Lo único que echaba a perder ese gozo, eran los honores exagerados y las alabanzas inmerecidas con que fui literalmente inundado. Al principio, cuando fui obligado a recibir una ovación de los curas y la gente, me quedé confundido, porque sentí tan profundamente que no merecía semejantes honores. Pero todavía peor, a fines de mayo de 1849, el juez Mondelet fue escogido por los obispos, los sacerdotes y la ciudad de Montreal en presencia de 15,000 personas para presentarme una medalla de oro y un regalo de cuatrocientos dólares.

Pero la sorpresa más grande vino a fines de junio de 1850 cuando fui delegado por 40,000 abstemios a presentar al Parlamento de Toronto una petición para responsabilizar a los vendedores de ron por los estragos causado a las familias de los pobres borrachos a quienes ellos habían vendido sus drogas venenosas. La Cámara de los Comunes amablemente designaron un comité de diez miembros para ayudarme a formular ese proyecto de ley que fácilmente fue aprobado por las tres ramas. Yo estaba presente cuando ese proyecto se convirtió en ley, dando a las víctimas inocentes de padres o esposos borrachos una indemnización por parte de los estafadores de terrenos que se habían enriquecido de su pobreza y miserias indecibles.

Cuando en mayo de 1850 el Arzobispo Turgeon de Qüebec mandó al Rev. Carlos Baillargeon, cura de Qüebec, a Roma para ser nombrado su sucesor, le aconsejó pasar a Longueuil para obtener de mí una carta que él podría presentar al Papa con una copia de mi Manual de Abstinencia. Yo cumplí con su petición y le escribí al Papa. Algunos meses después, recibí estos renglones:

Roma, 10 de agosto de 1850

Rev. Sr. Chíniquy

Querido señor y amigo,

El lunes 12 me fue concedida la primera oportunidad de tener una audiencia privada con el Pontífice Soberano. Le presenté tu libro con tu carta, los cuales él recibió con todas las señas especiales de satisfacción y aprobación. Luego me encargó decirte que él te concede su bendición apostólica a ti y a la obra santa de abstinencia que tú prediques. Me considero dichoso por haber podido presentar de tu parte al Vicario de Jesucristo un libro que después de haber hecho tanto bien a mis compatriotas, ha podido sacar de sus labios venerables

semejantes palabras solemnes de aprobación a las sociedades de abstinencia y de bendiciones sobre aquellos que son sus apóstoles. También es para mi corazón un placer muy dulce transmitírtelos.

Tu amigo,

Carlos Baillargeon

Sacerdote

Un corto tiempo antes de recibir esta carta de Roma, el Obispo Bourget de Montreal me dio oficialmente el título de Apóstol de Abstinencia en el siguiente documento:

Ignacio Bourget, por la misericordia y gracia divina de la sede apostólica, Obispo de Montreal,

A todos los que examinan la presente carta, notificamos y certificamos que el venerable Carlos Chíniquy, Apóstol de Abstinencia, sacerdote de nuestra diócesis es muy conocido por nosotros y consideramos que ha demostrado que vive una vida loable y conforme a su profesión eclesiástica. Por medio de las misericordias de nuestro Dios, no se halla bajo ninguna censura eclesiástica, por lo menos según nuestro conocimiento. Suplicamos a todos y cada uno, Arzobispos, obispos y otros dignatarios de la Iglesia a quienes él visitara, que por el amor de Cristo lo reciban amable y atentamente; que tan frecuentemente como él se los pida, se le permiten celebrar el santo sacrificio de la misa y ejercer otros privilegios eclesiásticos de piedad ya que nosotros estamos dispuestos a concederle estos y otros privilegios mayores. Para confirmar esto, hemos ordenado que las presentes cartas sean preparada con nuestra firma y sello y con la subscripción de nuestro secretario en nuestro palacio del Bendito Santiago en el año de 1850 a 6 de junio.

+ IGNACIO, Obispo de Marianápolis Por orden del más ilustre y más Reverendo Obispo de Marianápolis, D.D.,

+ J.O. Pare, Canon, Secretario

Ningunas palabras de mi pluma pueden dar una idea de la angustia y vergüenza que sentí ante estos honores y alabanzas públicos inmerecidos, porque cuando mi orgullo natural estaba a punto de engañarme, ahí estaba mi conciencia clamando con una voz muy fuerte: Chíniquy, tú eres un pecador indigno de semejantes alabanzas y honores.Otra seria ansiedad para mí era el flujo constante de grandes cantidades de dinero de las manos de mis tan amables y agradecidos compatriotas reformados a las mías. Ese dinero pronto me hubiera hecho el hombre más rico de Canadá. Pero confieso que al estar en la presencia de Dios, bajé al fondo de mi corazón para ver si estaba lo suficiente fuerte para llevar semejante peso

reluciente y me encontré demasiado débil.

Cuando tenía sólo dieciocho años, mi querido y venerable benefactor, el Rev. Sr. Leprohon, director del colegio de Nicolet, me había dicho algo que nunca he olvidado: Chíniquy, estoy seguro que si tú fueras lo que llamamos un hombre próspero en el mundo, es probable que tendrías muchas oportunidades para enriquecerte. Pero cuando la plata y el oro fluyan en tus manos, no los amontones ni los guardes. Porque si pones en ellos tus afectos, serás miserable en este mundo y condenado en el venidero. Regálalos mientras vivas; entonces, serás bendecido por Dios y el hombre y tú serás bendecido por tu propia conciencia. Descansarás en paz y morirás en gozo.

Nunca he olvidado estas solemnes advertencias de uno de los más sabios y mejores amigos que Dios me dio. Las encontré corroboradas en cada página de esa Biblia que amaba y estudiaba cada día. También las encontré escritos en mi corazón. Entonces de rodillas, sin hacer un voto absoluto, hice la resolución de guardar sólo lo que necesitaría para mi sostén diario y dar lo demás a los pobres o para algún proyecto Cristiano o patriótico.

Yo guardé mi promesa. El dinero que me dio el Parlamento, no permaneció más de tres semanas en mi mano. En Canadá, nunca guardé un solo centavo en las cajas fuertes de ningún banco y cuando salí hacia Illinois en el otoño de 1851, en lugar de llevar conmigo una fortuna, que hubiera podido hacer fácilmente, apenas tenía 1,500 dólares en mi mano, el precio de una parte de mi biblioteca que pesaba demasiado para llevarla tan lejos.

CAPÍTULO 40

El 15 de agosto de 1850, prediqué en la catedral de Montreal sobre el poder de la bendita Virgen María en el cielo para interceder por los pecadores. Nada parecía más natural que orar a ella y confiar en su protección. Por supuesto, mi discurso era más sentimental que bíblico, pero entonces yo creía sinceramente lo que decía.

¿Quién entre ustedes, mi queridos hermanos, dije a la gente, rehusaría cualquier demanda razonable de una madre amada? ¿Quién entristecería a su corazón amoroso rehusándole una petición cuando tiene el poder para concedérsela? Por mi parte, si viviera todavía mi madre amada, yo preferiría que me machacaran la mano derecha y la quemaran hasta cenizas o que me cortaran la lengua antes de decir no a mi madre, pidiéndome cualquier favor que yo pudiera otorgarle.

Este respeto y obediencia a nuestras madres, Cristo Jesús, el Hijo de Dios, lo practicó a la perfección. Aunque era Dios y hombre, él vivía en perfecta sumisión a la voluntad de su madre. El Evangelio dice en referencia a sus padres, José y María: El estaba sujeto a ellos (Lu.2:51). ¡Cuán grandiosa y resplandeciente revelación tenemos en estas pocas palabras: Jesús estaba sujeto a María! No está escrito que Jesús es el mismo ayer, hoy y para siempre? (He.13:8) El no ha cambiado. Es todavía el hijo de María hoy, así como lo era a la edad de doce años. Por esta razón nuestra santa Iglesia nos invita a poner nuestra confianza ilimitada en su intercesión. Puesto que Jesús siempre le concede sus peticiones, presentemos nuestras peticiones a ella si queremos recibir los favores que deseamos.

La segunda razón por la que todos tenemos que acudir a María es porque somos pecadores rebeldes ante los ojos de Dios. Jesucristo ciertamente es nuestro Salvador, pero también es un Dios infinitamente justo e infinitamente santo. El aborrece nuestros pecados con un odio infinito.

Si le hubiéramos amado y servido fielmente, podríamos acudir a él con la esperanza y seguridad de ser bienvenidos. Pero le hemos olvidado y ofendido; hemos pisoteado su sangre debajo de nuestros pies; nos hemos unido con aquellos que lo clavaron en la cruz; hemos

traspasado su corazón con la lanza y derramado su sangre hasta la última gota. ¿Cómo osaríamos acercarnos a él y cruzar nuestra mirada con la de él? Por esta razón, nuestra santa Iglesia, hablando a través de su infalible Pontífice Supremo, el Vicario de Cristo, Gregorio XVI, nos ha dicho de la manera más solemne que María es la única esperanza de los pecadores.

Concluyendo mis argumentos, agregué: Jesús tiene mil razones buenas para rehusar nuestras peticiones, si somos tan descarados como para hablarle nosotros mismos. Pero miren a la diestra de nuestro rey ofendido y he aquí su querida y divina madre. Ella es la madre de ustedes también, porque es a todos nosotros igual que a Juan que Cristo dijo en la cruz, refiriéndose a María: He aquí, tú madre. (Jn.19:27) Jesús nunca ha rehusado un favor pedido por la Reina del Cielo. El no puede reprender a su madre; acudamos a ella y pidámosle que sea nuestra abogada para que defienda nuestra causa y ella lo hará. Pidamos a ella nuestro perdón y ella lo obtendrá.

Mi sermón había hecho una visible y profunda impresión. El Obispo Prince me dio las gracias y me felicitó por el buen efecto que se vio en la gente. Sinceramente creí que había dicho lo más verdadero y correcto delante de Dios.

Antes de dormir, tomé mi Biblia como siempre y me arrodillé delante de Dios. Leí el capítulo doce de Mateo con un corazón devoto y un sincero deseo de entender. Extrañamente, cuando llegué al versículo cuarenta y seis sentí una admiración misteriosa como si hubiera entrado por primera vez a una tierra muy nueva y santa.

Aunque había leído ese versículo y los que siguen muchas veces, llegaron a mi mente con una frescura como si nunca los hubiera leído antes. Lentamente y con intensa atención, contemplé la llegada de María a la casa para encontrarse con su divino hijo que había estado tanto tiempo ausente de ella. ¡Mi corazón palpitaba de gozo ante el privilegio de presenciar esa entrevista y oír las respetuosas palabras que Jesús dirigiría a su madre!

Con mi corazón y alma estremecidos con estos sentimientos, leí lentamente:

"Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera y querían hablarle. Y le dijo uno: He aquí, tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablarte. Respondiendo él a quien le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ¡He aquí, mi madre y mis hermanos! Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre." (Mt. 12: 46-50)

Apenas terminé de leer el último versículo cuando grandes gotas de sudor empezaron a fluir por mi rostro, mi corazón latía con tremenda velocidad y casi me desmayé. Me senté en

mi sillón esperando en cualquier momento caer al suelo. Sólo los que han oído el ruido tronante de las cataratas de Niágara y han sentido el temblor de las rocas debajo de sus pies tienen idea de lo que sentí en esa hora de agonía. Mi conciencia retumbaba como la voz de mil Niágaras diciéndome: Predicaste una mentira sacrílega esta mañana cuando dijiste a tu congregación ignorante y engañada que Jesús siempre le concede las peticiones de su madre, María. ¿No te da vergüenza engañarte a ti mismo y a tus pobres compatriotas con semejantes falsedades absurdas?

Leelo nuevamente y comprende que lejos de concederle todas sus peticiones a María, Jesús siempre, excepto como niño, ha dicho no a su peticiones. Cuando ella le pedía algo en público, él siempre la reprendía. ¿Le faltó amor y respeto cuando le dio esa reprensión? ¡No! Nunca un hijo había amado y respetado más a su madre que él, pero era una protesta solemne contra la adoración blasfema a María como se practica en la Iglesia de Roma.

Me sentí tan confundido por la voz que me conmovía hasta los huesos que pensé por un momento que estaba poseído por un demonio. ¡Dios mío! clamé, ¡Ten misericordia de mí! ¡Socórreme! ¡Sálvame de las manos de mis enemigos! Rápido como un relámpago vino la respuesta: No es la voz de Satanás la que oyes. Soy Yo, tu Salvador y tu Dios el que hablo. Lee cómo Marcos, Lucas y Juan te dicen cómo yo recibía sus peticiones desde el día en que comencé a trabajar y hablar públicamente como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Tomé mi Biblia y leí:

Viniendo después su madre y sus hermanos y quedándose afuera, enviaron a llamarle y la gente que estaba alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera y te buscan. El les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí, mi madre y mis hermanos; porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre. (Mc.3:31-35)

La voz siguió: ¿No ves que predicas una mentira blasfema cada vez que dices que Jesús siempre concedía las peticiones de su madre?

Nuevamente, impotente para aplacar los pensamientos que despiadadamente conmovían mi fe y derribaban el respeto que tenía por mi Iglesia, vino a mi mente que San Lucas narra esta entrevista de una manera muy diferente. Pero, ¿Cómo hallaré palabras para expresar mi angustia cuando vi que la reprensión de Jesucristo fue expresada de una manera aún más severa por San Lucas!

Estos tres parecían decirme: ¿Cómo te atreves a predicar junto con tu Iglesia apóstata y mentirosa que Jesús siempre concedía las peticiones de María, cuando nosotros fuimos

ordenados por Dios a escribir y proclamar que todas las peticiones públicas que ella le presentó cuando trabajaba como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo, fueron contestadas por una reprensión pública.

¿Qué podía responder? Temblando de cabeza a pies, caí de rodillas clamando a la Virgen María que acudiera a mi auxilio y le pedí que no sucumbiera a esta tentación y perdiera mi fe y confianza en ella. Pero entre más oraba, más fuerte la voz parecía decirme: ¿Cómo te atreves a predicar semejante mentira cuando nosotros te decimos lo contrario por orden de Dios mismo!

En vano lloraba, oraba, clamaba y luchaba desde las diez de la noche hasta las tres de la mañana. De repente, el milagro de cambiar el agua en vino que Cristo hizo a petición de su madre vino a mi mente. Sentí una esperanza momentánea de que en este caso el Salvador había obedecido a las demandas de su Santa Madre. Ansiosamente abrí mi Biblia y leí:

Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora. Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere. (Jn. 2 :1-5)

Yo siempre aceptaba ese texto como prueba de que el primerísimo milagro de Jesucristo fue hecho a petición de su madre. Yo estaba preparándome para responder a los tres testigos: Aquí está la prueba de mi confianza en la intercesión de María; aquí está el sello de su irresistible poder sobrehumano sobre su hijo divino. ¡Aquí está la evidencia innegable que Jesús no puede rehusar cosa alguna que su madre le pida!

Armado con estas explicaciones de la Iglesia, estaba a punto de confrontar lo que San Mateo, San Marcos y San Lucas me decían cuando de repente, vino a mi mente un pensamiento angustioso como si los tres testigos me dijeran: ¿Cómo puedes estar tan ciego como para no ver que en lugar de ser un favor concedido a María, este primer milagro es la primera oportunidad escogida por Cristo para protestar en contra de la intercesión de ella! Es una advertencia solemne a María a nunca interponerse ante las necesidades de otros y para nosotros a nunca confiar en su intervención. Aquí, María evidentemente llena de compasión por esa pobre gente que no tenía los medios para proveer el vino para los invitados que habían venido con Jesús, quiere que su hijo les dé lo que les hacía falta. ¿Cómo responde Cristo a su petición? El responde con una reprensión, una solemne reprensión... En lugar de decir: Sí, Madre, haré lo que deseas; él dice: ¡Mujer! ¿Qué tienes conmigo?. Esto claramente significa: Mujer, no tienes nada que ver en este asunto. No quiero que te interpongas entre las

necesidades de la humanidad y yo. No quiero que el mundo crea que tú tengas algún derecho, poder o influencia sobre mí o más compasión ante las miserias del hombre de la que yo tengo. Mujer, es solamente a mí a quien los hijos perdidos de Adán tienen que acudir para ser salvos. ¿Qué tienes conmigo en mi gran obra de salvar a este mundo perdido? Nada, absolutamente nada. Yo vengo a cumplir, no tu voluntad, sino la voluntad de mi Padre.

Esto es lo que Jesús quiso decir con la solemne reprensión que dio a María. Quería desterrar toda idea de que ella se convertiría en intercesora entre el hombre y Cristo. El quería protestar contra la doctrina de la Iglesia de Roma. María lo entendió bien, porque ella dijo: Haced todo lo que él os dijere. Nunca vengan a mí, vayan a él.

Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podemos ser salvos. (Hch.4:12)

Cada uno de estos pensamientos golpeó contra mi alma angustiada como un huracán. Cada frase era como el resplandor de relámpagos en una noche oscura. Hasta el amanecer, me sentí impotente contra los esfuerzos de Dios de destruir y derribar la inmensa fortaleza de los sofismos, falsedades e idolatrías que Roma había construido alrededor de mi alma. ¡Qué cosa tan horrenda es luchar contra el Señor!

Durante las largas horas de esa noche, mi Dios contendía conmigo y yo luchaba contra él. Pero aunque todo se derrumbó hasta el polvo, no fui vencido. Mi entendimiento estaba casi convencido, pero mi voluntad rebelde y orgullosa no estaba dispuesta a rendirse.

Por la mañana mis ojos estaban rojos y mi cara hinchada y en el desayuno el Obispo Prince me dijo: Tus ojos se ven como si hubieras llorado toda la noche.

Su Señoría tiene razón al pensar que he llorado toda la noche, le respondí. (El Obispo Prince había sido mi amigo personal desde el tiempo en que entré al Colegio Nicolet donde él había sido profesor de retórica.)

El obispo replicó: ¿Puedo saber la causa de tu dolor?

Sí, mi señor, le dije, las tentaciones más horribles contra nuestra santa religión me asaltaron toda la noche. Usted me felicitó ayer al comprobar que Jesús siempre concede las peticiones de su madre y que él no puede rehusarle ningún favor. Toda la noche se me ha dicho que esta es una mentira blasfema. Por medio de las Escrituras he sido casi convencido que usted y yo como también nuestra santa Iglesia predicamos una falsedad blasfema siempre que proclamamos las doctrinas de la adoración a María.

El pobre obispo pronto respondió: Espero que no has cedido a esas tentaciones para convertirte en Protestante como tantos de tus enemigos susurran.

Es mi esperanza, mi señor, le contesté, que nuestro Dios misericordioso me guardará hasta el fin de mi vida como un sumiso y fiel sacerdote de nuestra santa Iglesia. Sin embargo, no puedo ocultar de Su Señoría que mi fe fue terriblemente conmovida anoche. Como obispo, su porción de luz y sabiduría ha de ser mayor que la mía. Por favor, ¿Cómo reconcilia usted esa proposición con este texto. Le di el Evangelio de Mateo señalándole los últimos cinco versículos del capítulo doce.

El los leyó y dijo: Ahora, ¿Qué quieres saber?

Mi señor, le dije, quiero preguntarle respetuosamente, ¿Cómo podemos decir que Jesús siempre ha concedido las peticiones de su madre cuando este Evangelio dice exactamente lo opuesto? ¿No debemos temer que proclamamos una falsedad blasfema cuando apoyamos una proposición que contradice directamente al Evangelio?

El pobre obispo parecía estar absolutamente confundido por esta sencilla y honesta pregunta. Yo también me sentía confundido y triste por su humillación. Empezando una frase se daba por vencido o intentando usar argumentos, no podía llegar a una conclusión. Me parecía que él nunca había leído ese texto o, como yo y el resto de los sacerdotes de Roma, nunca había notado que derrumbaba completamente a la adoración a María. Para ayudarle a salir de las dificultades en las cuales le había empujado, en seguida le dije: Mi señor, ¿Me permite hacerle algunas preguntas?

Con gusto, respondió.

Bien, mi señor, ¿Quién vino a este mundo para salvar a usted y a mí, Jesús o María?

El obispo respondió: Fue Jesús.

Luego le pregunté: Cuando Jesús y María estaban en la tierra, ¿Quién amó a los pecadores con un amor más salvador y eficaz?

Jesús siendo Dios, su amor evidentemente era más eficaz y salvador que el de María, respondió el obispo.

Y, ¿A quién invitó Jesús a los pecadores para buscar su salvación, a sí mismo o a María? pregunté nuevamente.

El obispo contestó: Jesús dijo, venid a mí. Nunca dijo que fueran a María.

¿Tenemos algún ejemplo en las Escrituras de pecadores, temiendo ser reprendidos por Jesús, que hayan ido a María para obtener acceso a Jesús por medio de ella y que hayan sido salvados por medio de su intercesión?

No recuerdo ningún caso, replicó el obispo.

Entonces, le pregunté: ¿A quién se dirigió el malhechor penitente en la cruz para ser salvo,

a Jesús o a María?

A Jesús, replicó el obispo.

¿Hizo bien el malhechor penitente en dirigirse a Jesús en la cruz en lugar de María, quien estaba a sus pies?

Seguramente hizo mejor, respondió el obispo.

Ahora, mi señor, le dije, permíteme hacerle una sola pregunta más. Por favor, dígame, ¿Cree usted que ahora que Jesús está en el cielo sentado a la diestra de su Padre, habrá perdido algo de su amor, superior y misericordioso, por los pecadores? Y si es así, ¿Puede comprobar que lo que perdió Jesús, lo haya ganado María?

No creo que Cristo haya perdido nada de su amor ni poder para salvarnos ahora que está en el cielo, respondió el obispo.

Ahora, mi señor, le dije, si Jesús es todavía mi mejor amigo, mi amigo más misericordioso y amoroso, ¿Por qué no debo acudir directamente a él? ¿Por qué debemos por un solo momento acudir a alguien que está infinitamente inferior en poder, amor y misericordia para obtener nuestra salvación?

El obispo estaba pasmado por mis preguntas. Tartamudeó una respuesta ininteligible y se disculpó a causa de algún asunto pendiente. Extendiéndome la mano antes de salir, dijo: Hallarás la respuesta a tus preguntas y dificultades en los Santos Padres.

¿Me puede prestar los Santos Padres, mi señor?

Replicó: No, señor, no los tengo.

Esta última respuesta de mi obispo dejó mi mente en un estado de gran angustia. Con el sincero deseo de hallar en los Santo Padres alguna explicación para disipar mi dudas penosas, fui inmediatamente al Sr. Fabre el gran librero de Montreal, quien obtuvo de Francia la edición espléndida de los Santos Padres por Migne. Yo estudié con suma atención cada página donde pudiera hallar lo que ellos enseñaban sobre la adoración a María y la doctrina de que Jesucristo nunca le había rehusado ninguna petición dirigida a ella.

¡Cuál fue mi desolación y vergüenza al descubrir que los Santos Padres de los primeros seis siglos nunca pregonaron la adoración a María. Las muchas páginas elocuentes sobre el poder de María en el cielo y su amor por los pecadores halladas en mis teólogos y otros libros ascéticos, que había leído antes, no eran más que mentiras impudentes, adiciones intercaladas en sus obras cien años después de su muerte. Después de descubrir estas falsificaciones de las cuales mi Iglesia era culpable, cuántas veces en el silencio de mis largas noches de estudio y meditación devocional oía una voz diciéndome: ¡Sal fuera de Babilonia!

Pero, ¿A dónde podría ir? ¿Podría hallar fuera de la Iglesia de Roma esa salvación que se encontraba solamente dentro de sus muros? Yo decía a mí mismo: Ciertamente hay algunos errores en mi querida Iglesia, pero, ¿No hallaría errores todavía más condenables entre los cientos de iglesias Protestantes que bajo los nombres de Episcopales, Bautistas, Presbiterianos, Metodistas, etc. están divididas y subdivididas en veintenas de sectas desdeñables y que se anatemizan y se denuncian unos a otros delante del mundo?

Mis ideas de la gran familia de las iglesias evangélicas compuestas bajo el nombre general de Protestantismo era en aquel entonces tan exagerado que era absolutamente imposible para mí hallar en ellos esa unidad que yo consideraba tan esencial a la Iglesia de Cristo. La hora todavía no había llegado cuando mi querido Salvador me haría entender sus palabras sublimes: Yo soy la vid verdadera y vosotros sois los pámpanos.

Después, al estar debajo de una hermosa vid en mi jardín lo entendí. Nunca vi dos pámpanos iguales en esa vid prolífica. Algunos pámpanos eran muy grandes, otros muy delgados, algunos muy largos, otros muy cortos, algunos subiendo, otros bajando, algunos rectos como una flecha,otros tan torcidos como un relámpago, algunos volteados al occidente y otros al oriente. Pero aunque los pámpanos se deferían unos de los otros en tantas formas, todos dieron excelente fruto entretanto que permanecían unidos a la vid.

CAPÍTULO 41

El trabajo más desconsolador de un sincero sacerdote Católico es el estudio de los Santos Padres. No da un solo paso en el laberinto de sus discusiones y controversias sin ver desvanecerse los sueños de sus estudios teológicos y opiniones religiosas. Obligado por un juramento solemne a interpretar las Santas Escrituras solamente según el consenso unánime de los Santos Padres, la primera cosa que le angustia es su absoluta falta de unanimidad sobre la mayor parte de los temas que discuten. Es un hecho que más de 2/3 de lo que un Santo Padre escribió, fue para probar que lo que algún otro Santo Padre escribió estaba equivocado o hereje.

El estudiante de los Padres también descubre que muchos de ellos contradicen a sí mismos, que recientemente cambiaron de opinión, o que ahora sostienen como verdad salvadora lo que anteriormente condenaban como errores de herejía. ¿Qué será del juramento solemne de todo sacerdote ante este hecho innegable?

Es cierto que en mis libros de teología Católico-romana había largos extractos de los Santos Padres apoyando y confirmando mi fe en esos dogmas. Por ejemplo, tenían las liturgias apostólicas de San Pedro, San Marcos y Santiago para probar que el sacrificio de la misa, el purgatorio, los rezos por los muertos, la transubstanciación eran creídos y enseñados desde los mismos días de los apóstoles. Pero grande fue mi asombro cuando descubrí que esas liturgias no eran más que una vil y atrevida falsificación presentada al mundo por los Papas y la Iglesia como verdades del Evangelio. No pude hallar palabras para expresar mis sentimientos de vergüenza y consternación. ¿Qué derecho tiene mi Iglesia de llamarse santa e infalible, cuando es públicamente culpable de semejantes mentiras.

Desde mi infancia, había sido enseñado, igual que todo católico-romano, que María es la Madre de Dios y muchas veces cada día rezaba a ella, diciendo: Santa María, Madre de Dios, ruega por mí. Pero cuánta fue mi angustia cuando leí en el Tratado sobre Fe y Credo por Agustín, estas palabras: Cuando el Señor dijo: Mujer, ¿Qué tienes conmigo? Mi hora no ha llegado., nos da a entender que en lo que respecta a él como Dios, para él no había madre.

Esto desmenuzó tan completamente las enseñanzas de mi Iglesia, diciéndome que es una blasfemia llamar a María: Madre de Dios, que me sentí atónito.

Podría escribir varios tomos si mi plan fuera contar la historia de mis agonías mentales al leer los Santos Padres. Así herido, lo manifesté al Sr. Brassard, diciendo: ¿No ve usted aquí la prueba indiscutible de lo que yo le he dicho muchas veces que durante los primeros seis siglos del Cristianismo no hallamos la menor evidencia de que hubiera semejante dogma del poder supremo y autoridad del obispo de Roma, ni de ningún otro obispo, sobre el resto del mundo Cristiano?

Mi querido Chíniquy, respondió el Sr. Brassard, ¿No te dije, cuando compraste los Santos Padres, que estabas haciendo algo tonto y peligroso? Como tú eres el único sacerdote en Canadá que tiene los Santos Padres, en muchas esferas se cree y se dice que los obtuviste por orgullo para elevarte por encima del resto del clero. Veo, con pesar, que estás perdiendo rápidamente el respeto del obispo y de los sacerdotes en general a causa de tu perseverancia indomitable en dedicar todo tu tiempo libre al estudio. También eres demasiado abierto e imprudente en hablar de lo que llamas las contradicciones de los Santos Padres y su falta de armonía con algunas de nuestras opiniones religiosas.

Muchos dicen que esta aplicación demasiada intensa al estudio, sin un solo momento de distracción, trastornará tu inteligencia y afligirá tu mente. Aun susurran que no se sorprenderían si la lectura de la Biblia y los Santos Padres te conduzcan al abismo del Protestantismo. Yo sé que están equivocados y haré todo lo que pueda para defenderte. Pero creo que, como tu amigo más devoto, es mi deber decirte estas cosas y advertírtelo antes de que sea demasiado tarde.

Repliqué: El Obispo Prince me dijo las mismas cosas y le daré la misma respuesta que le di a él: Cuando usted ordena a un sacerdote, ¿No le obliga a jurar que nunca interpretará las Santas Escrituras excepto según el consenso unánime de los Santos Padres? ¿Cómo podemos saber su consenso unánime si no los estudiamos? ¿No es todavía más extraño que no sólo los sacerdote no estudian los Santos Padres, sino que el único en Canadá que intenta estudiarlos es ridiculizado y sospechado de herejía? ¿Es culpa mía si esta piedra preciosa llamada Consenso unánime de los Santos Padres que es el mismo fundamento de nuestra creencia y enseñanza religiosa, no se encuentre en ninguna parte? ¿Es culpa mía si Origen nunca creyó en el castigo eterno de los condenados; si San Cipriano negó la autoridad suprema del obispo de Roma; si San Agustín dice positivamente que nadie está obligado a creer en el purgatorio; si San Juan Crisóstomo negó públicamente la obligación de la

confesión auricular y la presencia real del cuerpo de Cristo en la Eucaristía? ¿Es culpa mía si uno de los Papas más instruidos y santos, Gregorio Magno, haya llamado Anticristo" a todos sus sucesores por tomar el título de Pontífice Supremo y por intentar convencer al mundo que ellos, por autoridad divina, tienen una jurisdicción y poder supremo sobre toda la Iglesia?"

Y, ¿Qué te contestó el obispo? replicó el Sr. Brassard.

Igual que usted, expresando sus temores que el estudio de la Biblia y los Santos Padres me mandaría a un manicomio o me conduciría al abismo del Protestantismo.

Yo le contesté: Entretanto que Dios mantenga sana mi inteligencia, nunca podría unirme a los Protestantes. Porque las sectas innumerables y ridículas de esos herejes son el mejor antídoto contra sus errores venenosos. Permaneceré como buen Católico, no a causa de los Santos Padres y su unanimidad inexistente, sino a causa de la grandiosa unanimidad de los profetas, apóstoles y evangelistas con Jesucristo. Mi fe será fundada no sobre las palabras falibles, oscuras y vacilantes de Origen, Tertuliano, Crisóstomo, Agustín o Jerónimo, sino en las palabras infalibles de Jesús, el Hijo de Dios y sus escritores inspirados: Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pedro, Santiago y Pablo. Es Jesús y no Origen quien me guiará ahora, porque éste es un pecador como yo, pero aquél es para siempre mi Salvador y mi Dios. Yo sé lo suficiente sobre los Santos Padres para asegurar a Su Señoría que el juramento que hacemos de interpretar la palabra de Dios según su consenso unánime es una pifia miserable, si no un perjurio blasfemo. Es evidente que Pío IV, quien impuso la obligación de este juramento sobre todos nosotros, nunca leyó un solo tomo de los Santos Padres. El no hubiera sido culpable de semejante pifia increíble si hubiera supuesto que los Santos Padres están unánimes en una sola cosa: de diferirse los unos de los otros en casi todo.

Y, ¿Qué respondió mi Sr. Prince a esto? preguntó el Sr. Brassard.

Igual que cuando le abordé sobre el tema de la Virgen María: mirando a su reloj, terminó bruscamente esa conversación, diciendo que tenía una cita muy importante en esa misma hora.

Poco tiempo después de esa penosa conversación sobre los Santos Padres, era la voluntad de mi Dios que una nueva flecha fuera clavada en mi conciencia Católico-romana. Fui invitado a dar un curso de tres sermones en Varennes. Iba saliendo de la iglesia con el cura cuando se encontró con nosotros un hombre pobre vestido de harapos. Sus pálidos y temblorosos labios indicaban que fue reducido al grado más bajo de miseria humana. Quitando su sombrero en señal de respeto por nosotros, dijo al Rev. Primeau con una voz temblorosa: Usted sabe, señor, que mi esposa fue enterrada hace diez días. Yo estaba demasiado necesitado para

mandar cantar un servicio fúnebre el día que fue enterrada. Temo que ella está en el purgatorio, porque casi todas las noches en mis sueños la veo envuelta en llamas ardientes. Me grita por ayuda y me pide que mande cantar una misa mayor por el descanso de su alma. Vengo a suplicarle que sea tan amable de cantar esa misa mayor por ella.

El cura respondió: Por supuesto, su esposa está en las llamas del purgatorio y sufre allí torturas indecibles; pueden ser aliviadas solamente ofreciendo el santo sacrificio de la misa. Déme cinco dólares y cantaré esa misa mañana por la mañana.

Usted sabe muy bien, señor Le Cure, respondió el pobre hombre en el tono más suplicante, que mi esposa y yo hemos estado enfermos la mayor parte del año. ¡Soy demasiado pobre para darle cinco dólares!

Si no puede pagar, no se puede cantar ninguna misa. Usted sabe las reglas; no está en mi poder cambiarlas, el cura dijo estas palabras en un tono altivo e insensible en contraste total con la angustia solemne del pobre hombre enfermo. Sus palabras me causaron mucha pena, porque sentí compasión por el hombre. Yo sabía que el cura vivía muy cómodamente, estaba a la cabeza de una de las parroquias más ricas de Canadá y que él tenía varios miles de dólares en el banco. Yo esperaba, al principio que bondadosamente le concediera la petición sin hablar del pago, pero fui decepcionado.

Mi primer pensamiento, después de oír esta dura reprensión, era sacar de mi bolsa una de las varias monedas de cinco dólares oro que yo traía y dársela al pobre hombre, pero fui impedido por el temor de insultar a este sacerdote que era mayor de edad que yo y por quien siempre tenía gran respeto. Sabía que él habría creído que mi acción fuera una condenación de su conducta.

Mientras yo sentía vergüenza de mi propia cobardía, le dijo al pobre hombre desconcertado: Esa mujer es tu esposa, no la mía; entonces, es responsabilidad suya y no mía, procurar sacarla del purgatorio.

Volteando a mí, dijo muy amablemente: Por favor, señor, vamos a merendar.

Apenas empezamos a caminar cuando el pobre hombre, elevando su voz, dijo de una manera muy conmovedora: No puedo dejar a mi pobre esposa en las llamas del purgatorio. Si no puede cantar una misa mayor, por favor, ¿Podría decir cinco misas rezadas para rescatar su alma de esas llamas ardientes?

El sacerdote volteó a él y le dijo: Sí, puedo decir cinco misas para sacar el alma de su esposa del purgatorio, pero déme cinco chelines, porque usted sabe que el precio de una misa rezada es un chelín.

El pobre hombre respondió: No puedo darle un dólar mucho menos cinco. No tengo ni un centavo y mis tres pobres niñitos están desnudos y muriéndose de hambre.

¡Bien, bien! dijo el cura, cuando pasé esta mañana por tu casa, vi a dos hermosos lechoncitos. Déme uno de ellos y diré cinco misas rezadas.

El pobre hombre dijo: Esos puerquitos me fueron regalados por un vecino caritativo para que yo los criara para alimentar a mis pobres hijos el próximo invierno. Seguramente morirán de hambre si le entrego mis puercos.

Yo ya no pude soportar escuchar más de ese extraño diálogo. Estaba fuera de mí con vergüenza y repugnancia. Bruscamente dejé al mercader de almas terminar sus gangas y entré a mi recámara, cerrando la puerta con llave y caí de rodillas para llorar hasta quedar satisfecho.

Un cuarto de hora más tarde, el cura llamó a mi puerta y dijo: ¡La merienda está lista, por favor, baje!

Le respondí: No me siento bien, quiero descansar. Por favor, discúlpeme si no meriendo esta noche.

Se requeriría una pluma más elocuente que la mía para contar la historia correcta de esa noche de insomnio. Las horas eran oscuras y largas. ¡Dios mío, Dios mío! clamé mil veces, ¿Será posible que en mi tan querida Iglesia de Roma, pudiera haber semejantes abominaciones como las que he visto hoy? ¡Oh, cuán cruel, cuán despiadados somos nosotros tus sacerdotes si es que en verdad somos tus sacerdotes! ¿No es una blasfemia llamarnos tus sacerdotes cuando no solamente no sacrificamos nada de nosotros por salvar a esa alma, sino que dejamos a ese esposo y sus huérfanos morir de hambre? ¿Qué derecho tenemos de arrancar semejantes cantidades de dinero de tus pobres hijos para ayudarles a salir del purgatorio? ¿No dicen tus apóstoles que solamente tu sangre puede purificar el alma? Existirá en verdad semejante prisión de fuego para los pecadores después de la muerte? Pues, ni tú ni ninguno de tus apóstoles la mencionan. Varios de los Padres consideran que el purgatorio es de origen pagano. Tertuliano habló de él sólo después de haber ingresado a la secta de los montañistas y confesó que no fue por las Escrituras, sino por la inspiración del Paracleto de Montaño, que él supo algo del purgatorio. Agustín, el más instruido y piadoso de los Santos Padres, afirma que no se halla el purgatorio en la Biblia y dice positivamente que su existencia es dudosa y que cada quien puede creer de ello como le parezca apropiado. ¿Será posible que yo sea tan mezquino como para rehusar a extender una mano de ayuda a ese pobre hombre angustiado por temor de ofender al cruel sacerdote?

Nosotros los sacerdotes creemos y decimos que podemos ayudar a las almas salir del horno ardiente del purgatorio por nuestras oraciones y misas, pero en lugar de apresurarnos a rescatarlas, volteamos a sus padres, amigos o hijos de los difuntos y decimos: ¡Déme cinco dólares, déme un chelín y pondré fin a esas torturas! ¡Pero si rehúsan darnos ese dinero, dejamos a su padre, esposo, esposa, hijo o amigo soportar esas torturas, cientos de años más!

Pasé la mañana siguiente oyendo confesiones. Luego, di un sermón sobre la malicia del pecado, la causa del sufrimiento de Cristo en la cruz. Este sermón dio una feliz diversión a mi mente. Después del sermón, el cura me tomó por la mano y me llevó al comedor donde me dio, a pesar de mí mismo, el lugar de honor.

El tenía la reputación de tener una de las mejores cocineras de Canadá. Los platillos delante de nuestros ojos no disminuían su reputación. El primer platillo era un lechón rostizado con un arte y perfección como nunca había visto. Parecía un trozo de oro puro y su olor hubiera hecho agua a la boca del más penitente anacoreta.

No había probado nada durante las previas veinticuatro horas y además delante de mí estaba mi platillo favorito. Mi cuchillo y tenedor pronto hicieron su trabajo. Estaba a punto de meter el primer bocado suculento en mi boca cuando, de repente, el recuerdo del lechón de aquel pobre hombre vino a mi mente. Coloqué el trozo en mi plato y con penosa ansiedad le dije al cura: ¿Me permite hacerle una pregunta acerca de este platillo?

¡Claro que sí! Pregúntame no sólo una, sino dos preguntas y con gusto las contestaré lo mejor que pueda, respondió con sus finos modales.

¿Es éste el lechón del pobre hombre de ayer? pregunté.

Con un ataque de risa convulsiva replicó: ¡Sí, precisamente! ¡Si no podemos sacar el alma de la pobre mujer de las llamas del purgatorio, en todo caso, sí, comeremos un fino lechón! Los otros trece sacerdotes llenaron el salón de risa para mostrar su aprecio por el ingenio de su anfitrión.

Sin embargo, su risa no era de larga duración. Con un sentimiento de vergüenza e indignación empujé el plato con tal fuerza que cruzó la mesa y casi cayó al suelo, diciendo con una repugnancia que ninguna pluma puede describir: Preferiría morirme de hambre que comer este abominable platillo. Veo en él, las lágrimas de ese pobre hombre; veo la sangre de sus niños hambrientos y es el precio de un alma.

¡No, no, caballeros! ¡No lo toquen! Usted sabe, señor cura, cómo 30,000 sacerdotes y monjes fueron exterminados en Francia en los días sangrientos de 1792. Fue por iniquidades

semejantes a esta que el Dios Todopoderoso visitó la Iglesia en Francia. El mismo futuro nos espera aquí en Canadá el día que la gente se despierta de su sueño y vean que en lugar de ser ministros de Cristo, somos unos viles mercaderes de almas bajo el disfraz de religión.

El pobre cura aturdido por la solemnidad de mis palabras como también por la culpa de su conciencia, murmuró una excusa. El lechón permaneció sin tocarse y el resto de la comida tenía más la apariencia de una ceremonia fúnebre que de un convivio. Por la misericordia de Dios, había redimido mi cobardía del día anterior, pero había herido mortalmente los sentimientos del cura y sus amigos y perdí para siempre su buena voluntad

CAPÍTULO 42

El 15 de diciembre de 1850, recibí una carta del obispo de Chicago, Oliv Vandeveld, pidiéndome que me uniese con él y llegara a ser su sucesor.

Me contó de las ricas tierras fértiles de Illinois y del valle Mississippi. Es nuestra intención tomar posesión, sin ruido, de esa vasta y magnífica región en el nombre de nuestra santa Iglesia. escribió. Su plan era unir el flujo de inmigrantes Católicos, franceses, canadienses y belgas esparcidos en las ciudades de los Estados Unidos y dirigirlos hacia los poblados de esta nueva región.

¿Por qué no les persuadimos a venir y tomar posesión de estos estados fértiles de Illinois, Missouri, Iowa, Kansas etc.? Pueden conseguir esas tierras ahora a un precio nominal. Si tenemos éxito como esperamos tener, nuestra santa Iglesia pronto contará sus hijos aquí por diez y veinte millones y por medio de sus números, su riqueza y unidad, tendrá suficiente peso en el balance de poder para gobernar a todo, razonó el obispo.

Siguió explicando cómo este poder sería logrado y cómo este plan impediría la pérdida de fe entre los inmigrantes: Los Protestantes, siempre divididos entre sí, nunca formarán un partido fuerte sin la ayuda del voto unido de nuestra gente Católica. Entonces en realidad, aunque no en apariencia, nuestra santa Iglesia gobernará al mundo entero. Hoy, hay una ola de emigrantes de Canadá hacia los Estados Unidos que, si no se para o si no se dirige bien, amenaza echar la buena gente canadiense francés al fango del Protestantismo. Tus compatriotas, una vez mezclados con las innumerables sectas que intentarán atraerles, son fácilmente conmovidos en su fe.

En mi contestación, le dije que los obispos de Boston, Buffalo y Detroit ya me habían aconsejado a colocarme a la cabeza de la inmigración canadiense francés para dirigir la marea hacia las vastas y ricas regiones del oeste. Le comuniqué que yo, igual que él, sentía que esto era la mejor manera para evitar que mis compatriotas cayeran en los lazos puestos ante ellos por los Protestantes.

Le dije que lo consideraría un gran honor y privilegio pasar el resto de mi vida extendiendo

el poder e influencia de nuestra santa Iglesia en los Estados Unidos y que el próximo junio le presentaría mis respetos en Chicago cuando fuera a visitar a la colonia de mis compatriotas en Bourbonnais Grove. Añadí que después de haber visto esos territorios de Illinois y del valle Mississippi con mis propios ojos, sería más fácil darle una respuesta definida.

Terminé mi carta diciendo: Pero suplico respetuosamente a Su Señoría que abandone la idea de escogerme como su coadjutor o sucesor. Ya dos veces he rehusado ser un obispo. Esa alta dignidad está demasiado por encima de mis méritos y capacidades para ser jamás aceptado por mí. Estoy feliz y orgulloso de pelear las batallas de nuestra santa Iglesia; pero quisiera que mis superiores me permitan permanecer en sus rangos como un simple soldado para defender su honor y extender su poder. Quizás, entonces, con la ayuda de Dios haré algo bueno; pues, siento que arruinaría todo si fuese exaltado a una posición tan elevada, de la cual no soy digno.

Sin hablar a nadie de la proposición del obispo de Chicago, empecé a prepararme para ir a ver el nuevo campo donde él quería que yo trabajara. Luego, a principios de mayo de 1851, recibí una invitación muy urgente de mi Sr. Lefebre, Obispo de Detroit para dar unas conferencias sobre la abstinencia a los canadienses franceses que entonces formaban la mayoría de los Católico-romanos de esa ciudad.

Ese obispo había reemplazado al Obispo Rese cuyos escándalos e infamias habían cubierto de vergüenza a toda la Iglesia de América. Durante los últimos años que estuvo en su diócesis, transcurrían pocas semanas sin ser recogido, bestialmente borracho, de las cantinas más bajas y aun de las calles de Detroit y arrastrado inconsciente a su palacio. Después de largos y vanos esfuerzos de reformarlo, el Papa y los obispos de América, felizmente, tuvieron éxito en convencerlo ir a Roma a presentar sus respetos al supuesto Vicario de Jesucristo. Apenas pisaron sus pies en Roma cuando los inquisitores le echaron en uno de sus calabozos donde permaneció hasta que los Republicanos le pusieron en libertad en 1848, después que el Papa Pío IX huyó a Civita Vecchia.

Para borrar del rostro de su Iglesia las manchas negras con las cuales su predecesor la había cubierto, el Obispo Lefebre hizo la mayor exhibición de celo por la causa de abstinencia. Lo más pronto que fue instalado, invitó a su congregación a seguir su ejemplo de ingresar bajo sus banderas en un discurso poderoso sobre los males causados por el uso de bebidas alcohólicas. Al terminar su elocuente sermón, poniendo su mano derecha sobre el altar, hizo la promesa solemne de nunca beber licores alcohólicos.

Su sermón eficaz sobre la abstinencia junto con su solemne y pública promesa fueron

publicados en casi todos los periódicos de ese tiempo y yo los leí muchas veces a la gente con buen efecto. Así que, en mi camino hacia Illinois la primera semana de junio, me detuve en la ciudad de Detroit para dar el curso de conferencias solicitado por el obispo. Aunque el obispo estaba fuera, empecé inmediatamente a predicar ante un inmenso auditorio en la catedral. Yo había acordado dar cinco conferencias, pero sólo fue hasta la tercera que asistió el Obispo Lefebre. Después de felicitarme por mi celo y éxito en la causa de abstinencia, me llevó por la mano a su comedor y dijo: Vamos a refrescarnos.

Nunca olvidaré mi sorpresa y consternación al contemplar la larga mesa del comedor repleta de botellas de brandy, vino, cerveza etc. y seis o siete sacerdotes que ya estaban sentados, alegremente vaciando sus copas. Mi primer impulso era expresar mi sorpresa e indignación y salir repugnado del salón, pero por un segundo y mejor pensamiento, esperé un poco para ver más de ese espectáculo inesperado. Acepté el asiento que el obispo me ofreció a su mano derecha.

Padre Chíniquy, dijo, este es el Clarete más dulce que jamás habrás gustado. Y antes que pudiera decir una sola palabra, había llenado mi copa grande con vino y brindó a mi salud.

Mirando al obispo con asombro, dije: ¿Qué significa esto, mi señor?

Significa que quiero brindar contigo el mejor Clarete que jamás has probado, respondió.

¿Cree usted que soy un comediante? ¿Me ha llamado usted aquí para actuar semejante comedia extraña? repliqué con mis labios temblando de indignación.

No te invité para actuar ninguna comedia, respondió, te invité para dar una conferencia sobre la abstinencia a mi gente y lo has hecho de la manera más admirable estos últimos tres días. Aunque no me viste, yo estaba presente en la conferencia de esta noche. Nunca había oído nada tan elocuente sobre ese tema como lo que tú dijiste. Pero, ahora que has cumplido tu deber, yo debo hacer el mío: tratarte como un caballero y beber esta botella de vino contigo.

Pero, mi señor, le contesté, permítame decirle que yo no merecería ser llamado o tratado como caballero si fuera tan vil como para tomar vino después del discurso que di esta noche.

Discúlpeme si difiero en opinión, respondió el obispo, esa gente borracha a quien hablaste tan efectivamente contra los males de intemperancia necesitan esos rigurosos remedios amargos que ofrece el abstemismo. Pero aquí, somos hombres sobrios y caballeros y no queremos tales remedios. Yo nunca pensé que los médicos fueran absolutamente obligados a tomar las píldoras que administran a sus pacientes.

Espero que Su Señoría no me negará el derecho que usted reclama para sí mismo de diferir

en opinión en este asunto. Yo difiero totalmente de usted cuando dice que hombres que beben como usted hace con sus sacerdotes tienen el derecho de llamarse hombres sobrios.

Temo, Sr. Chíniquy, que te olvides dónde estás y con quién estás hablando en este momento, replicó el obispo.

Le respondí: Puede ser que yo haya pilfrado y que sea culpable de un grave error al venir aquí y hablar con usted de esta manera. En ese caso, mi señor, estoy dispuesto a pedirle perdón. Pero antes de retractar lo que he dicho, por favor, permítame preguntarle respetuosamente una cosa muy sencilla.

Luego, sacando de mi bolsillo su discurso escrito y su pública y solemne promesa de nunca tomar ni ofrecer ninguna bebida alcohólica a otros, la leí en voz alta y le pregunté: ¿Es usted el mismo obispo de Detroit, llamado Lefebre, quien hizo esta promesa solemne? Si usted no es el mismo hombre, me retractaré y le pediré perdón, pero si es usted el mismo, no tengo nada que retractar.

Mi respuesta cayó sobre el obispo como un relámpago. Ceceó una explicación ininteligible e insignificante la cual terminó por un coup d'ètat, diciendo: Mi querido Sr. Chíniquy, no te invité para predicar al obispo, sino solamente a la gente de Detroit.

Tiene usted razón, mi señor. No fui llamado para predicar al obispo, pero permítame decirle que si yo hubiera supuesto antes que cuando el obispo de Detroit con sus sacerdotes, solemne y públicamente y con su mano derecha en el altar, prometen a nunca tomar ninguna bebida alcohólica, esto significa que ellos beberán y se llenarán de esos detestables licores hasta que hagan añicos a sus cerebros, no les hubiera molestado con mi presencia ni mis comentarios aquí. Sin embargo, permítame decirle a Su Señoría que sea tan amable de buscar a otro conferencista para sus reuniones de abstinencia, porque estoy determinado subir al tren rumbo a Chicago, mañana por la mañana.

No hay necesidad de decir que durante esa conversación penosa, todos los sacerdotes (excepto uno) estaban tan llenos de indignación contra mí como estaban llenos de vino. Dejé la mesa y fui a mi recámara inundado de tristeza y vergüenza. Media hora después, el obispo estaba conmigo instándome a continuar mis conferencias a causa de los temibles escándalos que resultarían a causa de mi salida repentina e inesperada de Detroit. Yo admití que sí habría un gran escándalo, pero le dije que él sería el único responsable por ello a causa de su falta de fe y firmeza.

Al principio, intentó convencerme que fue ordenado a beber por su propio médico para su salud, pero le mostré que eso era una ilusión miserable. Luego, dijo que lamentó lo que

ocurrió y confesó que sería mejor si los sacerdotes practicaran lo que predicaban a la gente. Después de esto, me pidió en el nombre de nuestro Señor Jesucristo olvidar los errores de los obispos y sacerdotes de Detroit y pensar sólo del bien que resultaría de la conversión de los innumerables borrachos de esta ciudad. Me habló con tanto fervor que tocó las cuerdas más sensibles de mi corazón y me arrancó la promesa de dar las dos conferencias esperadas.

Al estar a solas, intenté ahogar, en sueño profundo, las tristes emociones de esa noche, pero era imposible. Esa noche resultó ser otra de insomnio para mí. La intemperancia de ese alto dignatario y sus sacerdotes me llenó de horror y repugnancia indecible. Muchas veces durante las horas oscuras de esa noche, oía una voz que me decía: ¿No ves que los obispos y sacerdotes de tu Iglesia no creen una sola palabra de su religión? Su único objetivo es echar polvo en los ojos de la gente y vivir una vida jovial. ¿No ves que no estás siguiendo la Palabra de Dios, sino solamente las vanas y falsas tradiciones de hombres en la Iglesia de Roma? ¡Sal de ella! ¡Rompe el yugo pesado que está sobre ti y sigue la sencilla y pura religión de Jesucristo!

Intenté silenciar esa voz, diciéndome: Estos pecados no son los pecados de mi santa Iglesia; son los pecados de individuos. ¡No fue la culpa de Cristo que Judas fuera ladrón! Tampoco es la culpa de mi santa Iglesia si este obispo y sus sacerdotes sean borrachos y hombres mundanos. ¿Adónde iría, si saliera de mi Iglesia? ¿No hallaría borrachos e infieles dondequiera que fuera en búsqueda de una mejor religión?

Con la esperanza de que el primer aire fresco de la mañana me hiciera bien, salí al hermoso jardín alrededor de la residencia episcopal. Pero, ¡Qué sorpresa me dio ver al obispo apoyándose en un árbol con un pañuelo sobre su rostro bañado en lágrimas. Le dije: Mi querido obispo, ¿Qué le pasa? ¿Por qué llora y lamenta a una hora tan temprana?

Apretando convulsivamente mi mano con la suya, respondió: Querido Padre Chíniquy, ¿No sabes todavía la terrible tragedia que me ha sucedido esta noche?

¿Cuál calamidad? pregunté.¿Recuerdes, respondió, ese joven sacerdote que estaba sentado a tu derecha anoche? Bueno, él se marchó durante la noche con la esposa de un joven que había seducido y me robó cuatro mil dólares antes de irse.

No me sorprende en ninguna manera, respondí, cuando la sangre de un hombre hierve con esos licores de fuego, es totalmente absurdo creer que guardará su voto de castidad.

Tienes razón, tienes razón. Dios Todopoderoso me ha castigado por quebrantar la promesa pública que hice. Queremos una reforma aquí y la tendremos, contestó.

Por supuesto, los dos días siguientes en que fui el invitado del Obispo Lefebre, ni una gota

de bebida alcohólica se veía en su mesa. Pero yo sé que no muchos días después, ese representante del Papa nuevamente olvidó sus votos solemnes y siguió tomando con sus sacerdotes hasta que murió la muerte más miserable en 1875.

CAPÍTULO 43

El viaje de Detroit a Chicago, en el mes de junio 1851, no era tan agradable como lo es hoy. El 15 de junio, desembarqué por primera vez, con la mayor dificultad, en un muelle destrozado en la desembocadura del río de Chicago. Algunas de las calles que tenía que cruzar para llegar al palacio del obispo eran casi impasables. En algunos lugares echaron tablas sueltas de un lado a otro para evitar que la gente se inundara en el lodo y las arenas movedizas. El primer vistazo de Chicago, de aquel entonces, no se compara con lo que esa ciudad llegó a ser en 1884.

Cuando entré a la casa miserable llamado el palacio del obispo, casi no podía creer mis ojos. Las tablas del piso del comedor en la planta baja flotaban y se requería mucha ingenuidad para mantener secos los pies mientras comía por primera vez con el obispo. Pero la amabilidad y cortesía Cristiana del obispo me hizo sentir más feliz en su pobre casa de lo que me sentí, años después, en el palacio de mármol blanco construido por su sucesor arrogante, O'Regan.

Para entonces, había en Chicago como 200 familias canadienses franceses bajo el pastorado del Rev. M. A. Lebel quien, igual que yo, nació en Kamouraska. La borrachera y otras inmoralidades del clero, descritas a mí por ese sacerdote, sobrepasaban todo lo que jamás había oído ni conocido.

Después de hacerme prometer a nunca revelar el hecho mientras él viviera, me aseguró que el último obispo había sido envenenado por uno de sus gran vicarios. El gran vicario, siendo el padre confesor de las monjas de Loretto, se había enamorado de una de las supuestas vírgenes, quien murió pocos días después de dar a luz un niño mortinato.

Esto amenazó un gran escándalo. Así que, el obispo pensó que era su deber hacer una investigación y castigar al sacerdote si se hallase culpable. Pero el gran vicario descubrió que el camino más corto para no ser descubierto era poner fin a la investigación, asesinando al obispo. Un veneno muy difícil de detectar le fue administrado y la muerte del prelado pronto siguió sin excitar ninguna sorpresa en la comunidad.

Horrorizado por este hecho, estaba a punto de regresar inmediatamente a Canadá, pero después de una reflexión más madura, me parecía que estas terribles iniquidades de parte de los sacerdotes de Illinois eran precisamente la razón para no cerrar mis oídos a la voz de Dios si fuera su voluntad que yo viniera a cuidar a las almas preciosas que él me encomendara. Duré una semana en Chicago dando conferencias sobre la abstinencia cada noche y escuchando, durante el día, los grandes planes que el obispo estaba formulando para hacer a nuestra Iglesia de Roma la dueña y gobernante del magnífico Valle Mississippi.

El me demostró claramente que una vez dueña de los tesoros incalculables de esas ricas tierras por medio de sus hijos obedientes, nuestra Iglesia fácilmente infundiría el respeto y sumisión de los estados del Este. Me sentí realmente feliz y agradecido a Dios que él me hubiera escogido para ayudar al Papa y a los obispos a realizar semejante noble y magnífico proyecto.

Saliendo de Chicago, duré casi tres días cruzando las vastas llanuras entre Chicago y Bourbonnais que en ese entonces eran toda una soledad. Pasé tres semanas predicando y explorando el territorio que se extendía entre el río Kankakee al suroeste hacia el río Mississippi. Sólo entonces comprendí claramente la grandeza de los planes del obispo. Determiné sacrificar la exaltada posición que Dios me había dado en Canadá para guiar los pasos de los emigrantes Católico-romanos de Francia, Bélgica y Canadá hacia las regiones del Oeste para extender el poder y la influencia de mi Iglesia por todos los Estados Unidos.

Al volver a Chicago la segunda semana de julio, todo fue arreglado con el obispo para mi regreso en el otoño. Sin embargo, se entendió entre nosotros que mi salida de Canadá hacia los Estados Unidos sería guardado en secreto hasta la última hora a causa de la severa oposición que yo esperaba de mi obispo. La última cosa por hacer, al volver a Canadá, para preparar a los emigrantes a ir a Illinois en lugar de alguna otra parte de los Estados Unidos, era publicar por medio de la prensa las incomparables ventajas que Dios les había provisto en el Oeste. Lo hice por medio de una carta que fue publicado no sólo por la prensa de Canadá, sino también por muchos periódicos de Francia y Bélgica. Esa carta es de tal importancia que espero que mis lectores me toleren al reproducir los siguientes extractos:

Montreal, Canadá Oriental
13 de Agosto de 1851

Es imposible dar a nuestros amigos por narración una idea de lo que sentimos cuando cruzamos por primera vez las inmensas llanuras de Illinois. Es un espectáculo que se necesita

ver para comprender bien. Todo alrededor se ve el verdor más exuberante; flores de toda especie y de fragancia más allá de descripción. Pero, si en meditación silenciosa uno se fija con nueva atención en esas llanuras tan ricas y magníficas, se siente una tristeza inexpresable.

Uno recuerda a sus amigos en Canadá y en particular a aquellos quienes, aplastados por la miseria, bañan con el sudor de su frente a una tierra estéril y desolada, y dice: ¡Ah! Si fulano de mis amigos estuviera aquí, cuán pronto vería sus labores duras y sin recompensa cambiados en la posición más feliz.

Quizás seré acusado de intentar a despoblar a mi país y conducir a mis compatriotas a los Estados Unidos. ¡No! Nunca tenía un diseño tan perverso. Aquí está mi opinión sobre el tema de la emigración y no veo ninguna razón para avergonzarme de ella ni ocultarla. Es un hecho que un gran número (más alto de lo que generalmente se cree) de canadienses franceses emigran anualmente de Canadá y nadie lo lamenta más que yo. Pero, mientras no presten más atención a ese mal los que gobiernan a Canadá, será un mal incurable y cada año Canadá perderá a miles y miles de sus brazos más fuertes y corazones más nobles para beneficiar a nuestros vecinos felices.

La gran mayoría de ellos, por falta de caminos a los mercados de Qüebec y Montreal y más aún por la tiranía de los crueles propietarios, pronto serán obligados a despedirse eternamente de su país. Y con un corazón airado contra sus arrogantes opresores, buscarán en exilio, en una tierra extraña, la protección que no pudieron encontrar en su propio país. ¡Sí! Si nuestro gobierno canadiense aún continúa mostrando la misma apatía incomprensible por el bienestar de sus propios súbditos, la emigración de Canadá aumentará cada año para incrementar los rangos del pueblo americano.

Puesto que no podemos impedir esa emigración, ¿No es nuestro deber dirigirla de tal manera que sea de mayor beneficio a los pobres emigrantes? Hagamos todo lo posible para impedirles ir a las grandes ciudades de los Estados Unidos. Inundados entre la población mezclada de las ciudades americanas, nuestros desgraciados compatriotas emigrantes estarían demasiado expuestos a perder su moralidad y fe.

Ciertamente no hay otro país bajo el cielo donde el espacio, pan y libertad se aseguran tan universalmente a cada miembro de la comunidad como en los Estados Unidos. Pero no es en las grandes ciudades de los Estados Unidos donde nuestros pobres compatriotas emigrantes hallarán estos tres grandes dones. El canadiense francés que se detiene en las grandes ciudades no podrá, con pocas excepciones, elevarse por encima de la posición poco

envidiable de un pobre obrero calificado. Pero aquellos que dirigen sus pasos a las ricas y extensas llanuras de Bourbonnais, ciertamente tendrán mejor suerte.

Muchos en Canadá creerían que estoy exagerando si publicara cuán felices, prósperas y respetadas son las poblaciones canadienses franceses de Bourbonnais. Ellos han tenido la inteligencia de seguir el buen ejemplo del granjero trabajador americano en el modo de cultivar la tierra. En sus granjas como también en las de sus vecinos, hallarán la mejor maquinaria para cosechar sus sembrados y desgranar su grano. Se gozan de la justa reputación de tener los mejores caballos del país y pocos pueden superarlos en el número y calidad de su ganado.

¿Qué será la perspectiva de un joven en Canadá si no tiene más de doscientos dólares? Toda una vida de trabajo duro y privación continua será su suerte segura. Pero que vaya ese joven directamente a Bourbonnais y si es trabajador, sobrio y religioso, antes de pasar dos años, no verá ningún motivo para envidiar al granjero más feliz de Canadá.

La tierra que tomará en Illinois está totalmente preparada para arar. No tiene árboles para cortar o erradicar ni mover piedras, ni cavar zanjas. Su único trabajo es cercar, arar la tierra y sembrarla. La Santa Providencia ha preparado todo para el beneficio de los granjeros felices de Illinois. Ese país fértil está regado por una multitud de ríos y arroyos grandes cuyas riberas generalmente están llenas de las más ricas y extensas arboledas de la madera de la mejor calidad como el roble negro, maple, roble blanco, roble erizo, fresno, etc. Las semillas de la hermosa acacia le darán un árbol espléndido. La mayor variedad de frutas crece naturalmente en casi todas partes de Illinois. Minas de carbón se han descubierto en el mero corazón de esa tierra y son más que suficientes para las necesidades de la gente. Dentro de poco, un ferrocarril entre Chicago y Bourbonnais llevará a nuestros felices compatriotas al mercado más extensa, la reina del Oeste: Chicago.

Diré, entonces, a mis jóvenes compatriotas que tienen la intención de emigrar de Canadá: Mi amigo, el exilio es una de las peores calamidades que pueda ocurrir a un hombre. Joven canadiense, permanece en tu país, guarda tu corazón para amarla, tu inteligencia para adornarla y tus brazos para protegerla. Joven y querido compatriota, permanece en tu hermoso país. No hay nada tan grandioso y sublime en el mundo que las aguas del río St. Lawrence. Será en sus profundas y majestuosas aguas donde dentro de poco Europa y América se encontrarán y se ligarán con los lazos benditos de eterna paz. En sus riberas intercambiarán sus tesoros incalculables. Permanece en el país de tu nacimiento, mi querido hijo; que el sudor de tu frente siga fertilizándolo y que el perfume de tus virtudes traiga sobre

él la bendición de Dios. Pero, mi querido hijo, si no tienes más lugar en el valle de St. Lawrence o si por la falta de protección del gobierno no puedes salir al bosque sin correr el riesgo de perder tu vida en una charca o ser aplastado bajo los pies de un tirano Inglés o escocés, no te invito a agotar tus mejores días para el beneficio de los extranjeros insolentes que son los señores de las tierras orientales. Antes bien te diría: Ve, hijo mío, hay muchos lugares extensos todavía vacíos sobre la tierra y Dios está en todo lugar.

Si ese gran Dios te llama a otra tierra, sométete a su divina voluntad. Pero antes de despedirte de tu patria, graba en tu corazón y manténlo como depósito santo, el amor a tu santa religión, tu idioma hermoso y el querido pero desafortunado país de tu nacimiento. En tu camino a la tierra de exilio, detente lo menos posible en las grandes ciudades por temor a los muchos lazos que tu enemigo eterno tiene preparado para tu perdición. Pero ve directamente a Bourbonnais. Allí hallarás a muchos de tus hermanos que han eregido la cruz de Cristo. Únete a ellos; estarás fuerte en su fuerza. Ve a ayudarles a conquistar para el Evangelio de Jesús a aquellas ricas tierras que pronto pesarán más de lo que se cree en general en la balanza de las naciones. ¡Sí! Ve directamente a Illinois; no estarás enteramente en un país extraño y distinto.

La Santa Providencia escogió a tus antepasados para descubrir ese rico país y revelar al mundo sus recursos admirables. Más que una vez, esa tierra de Illinois ha sido santificada por la sangre de tus antepasados. En Illinois, no darás un solo paso sin hallar la prueba indubitable de la perseverancia, genio, valor y piedad de los antepasados franceses. Ve a Illinois y los muchos nombres de: Bourbonnais, Joliet, Dubuque, La Salle, St. Charles, St. Mary, etc, que encontrarás dondequiera, te dirán mejor que mis palabras que ese país no es otra cosa que la rica herencia que tus padres descubrieron para el beneficio de sus descendientes.

C. CHINIQUY

Yo nunca hubiera publicado esta carta si hubiera previsto su efecto sobre los granjeros de Canadá. Pocos días después que apareció, sus granjas cayeron a la mitad de su valor. En algunas parroquias, todos querían vender sus terrenos y emigrar al Oeste. Sólo fue por falta de compradores que no vimos una emigración que seguramente hubiera arruinado a Canadá. Fui asustado por su efecto tan inmediato en la mente del público.

Sin embargo, mientras algunos me alababan hasta el cielo por haberlo publicado, otros me maldecían y me llamaban un traidor. Al día siguiente a su publicación, yo estaba en Qüebec. La primera persona que encontré, fue el Sr. DeCharbonel, Obispo de Toronto. Después de

bendecirme, apretó mi mano en la suya y dijo: Acabo de leer tu carta admirable. Es uno de los artículos más hermosos y elocuentes que jamás he leído. Ciertamente, el Espíritu de Dios ha inspirado a cada frase. Acabo de mandar seis copias de ella a distintas revistas en Francia y Bélgica donde serán publicados y harán un bien incalculable, dirigiendo a los emigrantes Católicos de habla francés hacia un país donde no correrán el riesgo de su fe, pero donde tendrán la seguridad de lograr un futuro de prosperidad ilimitada para sus familias. Tu nombre será colocado entre los mayores benefactores de la humanidad.

Aunque estos cumplidos me parecían muy exagerados e inmerecidos, no puedo negar que me agradaron, confirmando mis esperanzas y convicciones de que mucho bien resultaría del plan. Le di gracias al obispo por sus amables y amistosas palabras y lo dejé para ir a dar mis saludos respetuosos al Obispo Bourget de Montreal y presentarle un corto resumen de mi viaje al Oeste lejano. Le encontré a solas en su cuarto en el acto mismo de leer mi carta. Una leona que acaba de perder a sus cachorros no me hubiera mirado con más airados y amenazantes ojos.

¿Será posible, Sr. Chíniquy, dijo, que tu mano haya escrito y firmado semejante pérfido documento? ¿Cómo te atreviste a traspasar tan cruelmente al pecho de tu propia patria después que ella te ha tratado tan noblemente? ¿No ves que tu carta traicionera dará tanto impulso a la emigración que nuestras parroquias más prósperas se convertirán en soledad?

Sorprendido por esta inesperada explosión de malos sentimientos, respondí: Su Señoría, seguramente me ha malentendido si halla en mi carta algún plan traicionero de arruinar a nuestro país. Por favor, léala otra vez y usted verá que cada renglón ha sido inspirado por los motivos más puros de patriotismo y las opiniones más altas de religión.

La brusca respuesta que me dio el obispo, claramente me indicó que mi ausencia sería preferida a mi presencia. Por tanto, le dejé después de pedir su bendición, la cual me dio de la manera más fría posible.

El 25 de agosto, volví nuevamente a Longueuil de mi viaje a Qüebec que había extendido hasta Kamouraska para visitar a los feligreses de noble corazón cuya unanimidad en hacer la promesa de abstinencia y cuya admirable fidelidad en guardarla me llenaron de gozo inefable.

Relaté mi última entrevista con el Obispo Bourget a mi fiel amigo, el Sr. Brassard. El me respondió: Los malos sentimientos del obispo de Montreal contra ti no son un secreto para mí. Desgraciadamente los hombres vulgares que le rodean y le aconsejan son tan incapaces como el mismo obispo para entender tus opiniones elevadas de dirigir los pasos de los

Católico-romanos hacia el espléndido valle del Río Mississippi. Ahora estoy seguro de lo que digo aunque no tengo libertad de decirte cómo llegó a mi conocimiento. Hay un complot en alguna parte para deshonrarte y destruirte en seguida. Aquellos que están a la cabeza de ese complot esperan que si tienen éxito en destruir tu popularidad, nadie intentará seguirte a Illinois. Porque aunque lo has ocultado lo mejor posible, es evidente a todos que tú eres el hombre escogido por los obispos del Oeste para dirigir los pasos inciertos de los pobres inmigrantes hacia esas ricas tierras.

¿Quieres decir, mi querido Sr. Brassard, repliqué, que hay sacerdotes alrededor del obispo de Montreal tan viles y crueles como para forjar calumnias contra mí y difundirlas delante de todo el país de tal manera que no podré refutarlas?

Es precisamente lo que digo, respondió el Sr. Brassard, fíjate en lo que te digo. El obispo te ha usado para reformar a su diócesis y él te quiere por esa obra, pero tu popularidad es demasiada para tus enemigos. Ellos quieren deshacerse de ti y ningún medio será demasiado vil ni criminal para lograr tu destrucción y alcanzar su objetivo.

Pero, mi querido Sr. Brassard, ¿Puedes darme algún detalle de los complots que aguardan contra mí? pregunté.

No, no puedo porque no los conozco, pero esté alerta, porque tus pocos pero poderosos enemigos están jubilosos. Ellos hablan de la impotencia absoluta a la cual pronto serás reducido si alcanzas lo que ellos tan maliciosa y falsamente llaman tus objetivos traicioneros.

Le respondí: Nuestro Salvador ha dicho a todos sus discípulos: En el mundo tendréis tribulación; mas confiad, yo he vencido al mundo. (Jn.15:33) Estoy, más que nunca, determinado a poner mi confianza en Dios y no temer a ningún hombre.

Dos horas después de esta conversación, recibí la siguiente nota del Rev. Sr. Pare, secretario del obispo:

Al Rev. Sr. Chíniquy, Apóstol de Abstinencia,

Mi querido señor, mi Sr. Obispo de Montreal quiere verte sobre un asunto muy importante. Por favor, ven cuanto antes.

Sinceramente,

JOSE PARE, Secretario

A la mañana siguiente, yo estaba a solas con el Monseñor Bourget quien me recibió muy amablemente. Al principio, parecía que había desterrado completamente los malos sentimientos de nuestra última entrevista en Qüebec. Después de hacer algunos comentarios amistosos sobre mi continua labor y el éxito de la causa de la abstinencia, dejó de hablar un

momento y parecía apenado para continuar la conversación. Por fin, dijo: No eres tú el padre confesor de la Sra. Chenier?

Sí, mi señor, he sido su confesor desde que he vivido en Longueuil.

Muy bien, muy bien, contestó, supongo que sabes que su única hija es una monja en el Convento Congregación.

Sí, mi señor, lo sé, repliqué.

¿No podrías convencer a la Sra. Chenier a convertirse en monja también? preguntó el obispo.

Nunca había pensado en eso, mi señor, le respondí, pero no veo por qué debo aconsejarla a cambiar su hermosa casa de campo, lavada por las aguas frescas y puras del río St. Lawrence donde vive tan feliz y alegre, por los muros tenebrosos de un convento.

Pero ella todavía está joven y hermosa; puede ser engañada por las tentaciones al estar allí en esa casa hermosa rodeada por todos los goces de su fortuna, replicó el obispo.

Yo entiendo a Su Señoría, dije, Sí, la Sra. Chenier tiene la reputación de ser rica, aunque desconozco cuánto sea su fortuna. Ella ha conservado bien los encantos y la frescura de su juventud. Sin embargo, yo pienso que el mejor remedio contra las tentaciones que usted parece temer por ella, es aconsejarla a casarse. Un buen esposo Cristiano me parece ser un remedio mucho mejor contra los peligros a los cuales Su Señoría alude que los muros melancólicos de un convento.

Tú hablas igual que un protestante, replicó el obispo con una evidente irritación nerviosa, nosotros notamos que aunque tú oyes las confesiones de un gran número de damas jóvenes, no hay una sola que se convierte en monja. Parece que ignoras que el voto de castidad es el camino más corto a una vida de santidad en este mundo y de felicidad en la venidera.

Lamento mucho diferir de Su Señoría en este punto, respondí, pero no lo puedo evitar. El remedio que usted ha encontrado contra el pecado es muy moderno. El remedio antiguo ofrecido por Dios mismo es muy diferente y mucho mejor en mi opinión: No es bueno que el hombre esté solo; haré una ayuda idónea para él. (Ge.2:18) Así dijo nuestro Creador en el paraíso terrenal. Además, Para evitar la fornicación, que cada uno tenga su propia esposa y cada una su propio marido, es lo que dice el mismo Dios por medio de su Apóstol Pablo. Yo conozco demasiado bien cómo la gran mayoría de las monjas guardan sus votos de castidad para creer que ese remedio moderno contra las tentaciones que usted ha mencionado es un mejoramiento al remedio establecido y ordenado por nuestro Dios, respondí.

Con una mirada de enojo el obispo replicó: Esto es Protestantismo, Sr. Chíniquy, es puro

Protestantismo.

Respetuosamente le pido perdón por diferir de Su Señoría, repliqué, ¡Esto no es Protestantismo; es sencilla y absolutamente la pura Palabra de Dios. Mi señor, Dios sabe que es mi sincero deseo como también mi deber benéfico hacer todo en mi poder para merecer su estimación; no quiero molestarlo ni desobedecerle. Por favor, dígame una buena razón por qué debo aconsejar a la Sra. Chenier a entrar al convento y cumpliré su petición la próxima vez que ella venga a confesarse.Volviendo a su manera más amable, el obispo me respondió: Mi primera razón es el bien espiritual que ella recibirá de sus votos de castidad y pobreza perpetuas en el convento. La segunda razón es que esa señora es rica y nosotros necesitamos su dinero. Pronto poseeremos toda su fortuna, porque su única hija ya está en el Convento Congregación.

Mi querido obispo, le repliqué, usted ya sabe lo que pienso de su primera razón. Después de investigar ese hecho de las mismas monjas como también de sus padres confesores, estoy plenamente convencido que la verdadera virtud de pureza es mucho mejor conservado en los hogares de nuestras madres, hermanas casadas y amigas Cristianas que en las celdas secretas, por no decir prisiones, donde las pobres monjas están encadenadas por los grillos pesados asumidos por sus votos, los cuales la gran mayoría maldicen cuando no los pueden romper. Y en cuanto a la segunda razón que Su Señoría me dio para convencer a la Sra. Chenier a convertirse en monja, siento nuevamente que no puedo aceptarla en buena conciencia. No me he consagrado al sacerdocio para privar a las familias respetuosas de su herencia legal para enriquecerme a mí mismo ni a ningún otro. Yo sé que ella tiene familiares pobres que necesitan su fortuna después de su muerte.

¿Pretendes decir que tu obispo es un ladrón? respondió enojado el obispo.

¡No, mi señor, en ninguna manera! Sin duda desde su alto punto de vista, Su Señoría ve las cosas de una manera muy distinta de lo que yo las veo en la baja posición que ocupo en la Iglesia. Pero así como Su Señoría está obligado a seguir los dictados de su conciencia en todo, yo también me siento obligado a hacer caso a la mía.

Esta penosa conversación ya había durado demasiado. Me levanté para despedirme de él y dije: Mi señor, le ruego que me perdone por haber desilusionado a Su Señoría.

Fríamente me respondió: No es la primera vez; aunque quisiera que fuera la última en que muestras semejante falta de respeto y sumisión a la voluntad de tus superiores. Pero como yo siento que es un asunto de conciencia de parte tuya, no tengo ninguna mala voluntad contra ti y felizmente te digo que te mantengo toda mi estimación anterior. El único favor que

te pido ahora es que guardes secreto esta conversación.

Le respondí: Yo también prefiero guardar secreto entre nosotros este asunto desafortunado. Espero que ni Su Señoría ni el gran Dios, el único que nos ha oído, jamás me lo haga un deber imperiosa mencionarlo.

¿Qué novedades me traes del palacio del obispo? preguntó mi venerable amigo, el Sr. Brassard, cuando regresé al anochecer.

Tendría una picosa pero desagradable noticia para contarle si el obispo no me hubiera pedido que guardara secreto entre nosotros lo que nos dijimos, repliqué.

El Sr. Brassard se rió abiertamente ante mi respuesta y dijo: ¡Un secreto! ¡Un secreto! ¡Ja! Pero es un secreto gaceta, porque frecuentemente el obispo me ha molestado a mí como a muchos otros con ese asunto desde tu regreso de Illinois. Varias veces nos ha pedido convencerte a aconsejar a tu penitente devota, la Sra. Chenier, a convertirse en monja. Yo sabía que te invitó a su palacio ayer por ese motivo. Los ojos de nuestro pobre obispo están demasiados y firmemente fijos en la fortuna de esa señora. Por eso tiene tanto celo por la salvación de su alma por medio de la vida monástica. En vano intenté a disuadir al obispo de hablar contigo sobre ese tema a causa de tus prejuicios contra nuestras buenas monjas, pero no me hizo caso. Sin duda ha realizado mis peores anticipaciones. Con tu terquedad usual, has rehusado ceder a sus demandas. Temo que has añadido a su mala voluntad y has consumado tu desgracia.

¡Qué hombre tan engañoso es ese obispo! respondí con indignación, él me dio a entender que esto era el más sagrado secreto entre él y yo, pero veo, por lo que me dices, que no es más que un secreto absurdo conocido por cientos que lo han oído. Por favor, mi querido Sr. Brassard, dime, ¿No es una vergüenza ardiente que nuestros conventos se han convertido en verdaderas trampas para robar, estafar y arruinar a tantas familias tan insospechas? No tengo palabras para expresar mi repugnancia e indignación cuando veo todas esas grandes demostraciones y diatribas elocuentes de parte de nuestros líderes espirituales sobre la perfección y santidad de las monjas. En realidad no son más que un velo para ocultar sus operaciones estafadoras. ¿No siente usted que esas pobres monjas son las víctimas del sistema más estupenda de estafa que el mundo jamás ha visto? Sé que hay algunas excepciones honradas. Por ejemplo, el convento que usted ha fundado aquí es una excepción. No lo has construido para enriquecerte, porque has gastado hasta tu último centavo para su construcción. Pero tú y yo somos solamente simplones que hasta ahora hemos ignorado los terribles secretos que mueven la maquinaria de los monasterios y conventos. Estoy

repugnado y horrorizado más que nunca, no sólo por la corrupción indecible, sino también por el estupendo sistema de fraude que es su piedra fundamental.

Si las ciudades de Qüebec y Montreal supieran lo que yo sé de las sumas incalculables de dinero robadas secretamente por el confesionario para ayudar a nuestros obispos a edificar los catedrales famosos y palacios espléndidos o para vestirse con vestimentos de seda, razo, plata y oro; y a vivir más lujosamente que los Rajás de Turquía, ellos prenderían fuego a todos esos edificios palaciegos, ahorcarían a los confesores que han echado a las pobres monjas en esos calabozos bajo el pretexto de salvar sus almas, cuando el verdadero motivo es apoderarse de sus herencias y aumentar sus fortunas colosales.

El obispo ha abierto ante mí la más deplorable y vergonzosa página de la historia de nuestra Iglesia. Me hace comprender muchos hechos que hasta hoy me eran misteriosos. Ahora, entiendo la ira de los ingleses en épocas pasadas y el pueblo francés más recientemente, cuando tan violentamente arrancaron de las manos del clero la enorme riqueza que habían acumulado durante la edades de las tinieblas. Hasta ahora, yo condenaba a esas naciones, pero hoy los absuelvo. Estoy seguro que esos hombres, aunque cegados y crueles en sus venganzas, eran los ministros de la justicia de Dios. El Dios del cielo no podía tolerar para siempre un sistema sacrílego de estafa como el que está operando de un extremo a otro, no sólo de Canadá, sino del mundo entero bajo el disfraz de religión.

Yo sé que el obispo y sus lisonjeros me odiarán y me perseguirán por mi oposición severa contra su rapacidad, pero me siento feliz y orgulloso de su odio. El Dios de verdad y justicia, el Dios del Evangelio estará a mi favor cuando me ataquen. No les temo, ¡Que vengan! El obispo ciertamente no me conoció cuando pensó que yo consentiría en hacerme el instrumento de su hipocresía y que bajo el falso pretexto de una perfección ilusiva, echaría a esa señora en un calabozo por el resto de su vida para que él se enriqueciera con su herencia.

El Sr. Brassard me respondió: No puedo culparte por desobedecer al obispo en este caso. Yo le dije de antemano lo que ocurriría, porque sé lo que piensas de las monjas. Aunque yo no iría tan lejos como tú en eso, no puedo absolutamente cerrar mis ojos a los hechos que nos saltan a la vista. Esas comunidades de monjas, en cada siglo, han sido la causa principal de las calamidades que han venido sobre la Iglesia. Porque su codicia, orgullo y pereza junto con sus demás escándalos siempre han sido igual.

Si yo hubiera podido prever lo que ha ocurrido dentro del convento que he edificado aquí, nunca lo hubiera eregido. Sin embargo, ya que lo he construido, es como el niño de mi vejez y me siento obligado a apoyarlo hasta el fin. Esto no me evita de ser afligido al ver la facilidad

con la cual nuestras pobres monjas ceden a los deseos criminales de sus demasiado débiles confesores. ¿Quién hubiera pensado que ese delgado y feo superior de los Oblatos, el Padre Allard, pudiera enamorarse de sus monjas jóvenes. ¿No has oído cómo los jóvenes de nuestra aldea, indignados porque él pasaba la mayor parte de la noche con las monjas, le dieron una paliza cuando él iba cruzando el puente, poco antes de salir de Longueuil rumbo a Africa? Es evidente que nuestro obispo multiplica demasiado rápido esas casas religiosas. Mi temor es que más pronto de lo que esperamos, traerán sobre nuestra Iglesia en Canadá los mismos cataclismos que tan frecuentemente la han desolado en Inglaterra, Francia, Alemania y aun Italia.

El reloj sonó las doce de la noche cuando esta última frase salió de la boca del Sr. Brassard. Era ya buena hora para descansar. Cuando me dejó para ir a su recámara, dijo: Mi querido Chíniquy, ciñe bien tus lomos y aguda tu espada para el conflicto eminente. Mi temor es que el obispo y sus consejeros nunca olvidarán que arrancaste de sus manos el botín que tanto codiciaban. Nunca olvidarán el espíritu de independencia con el cual les reprendiste. De hecho, el conflicto ya comenzó. ¡Que Dios te proteja contra los golpes abiertos y las maquinaciones secretas que aguardan contra ti!

Le respondí: No les temo. Pongo mi confianza en Dios. Es para su honor que estoy luchando y sufriendo. Ciertamente El me protegerá de esos mercaderes sacrílegos de almas.

CAPÍTULO 44

La primera semana de septiembre de 1851, yo estaba oyendo confesiones en una de las iglesias de Montreal cuando una joven bien parecida vino a confesarme sus pecados, cuya depravación superaba lo peor que jamás había oído. Aunque dos veces le prohibí hacerlo, ella me dio los nombres de varios sacerdotes que fueron cómplices en sus orgías. Los detalles de sus iniquidades, los dijo con una impudencia tan cínica que inmediatamente se me ocurrió la idea que ella fue enviada por alguien para arruinarme. Bruscamente paré sus historias repugnantes, diciéndole: La manera en que confiesas tus pecados es una segura indicación de que no vienes aquí para reconciliarte con Dios, sino para arruinarme. Por la gracia de Dios, fracasarás. Te prohíbo volver jamás a mi confesionario. Si te veo nuevamente entre mis penitentes, mandaré al sacristán que te expulse de la iglesia.

En ese instante, cerré la apertura por la cual me estaba hablando. Ella contestó algo que no pude entender, pero la manera en que se salió del confesionario indicó que estaba loca de coraje. Luego, fue a hablar algunas palabras con un taxista que estaba en la iglesia preparándose para confesar. La próxima noche, le dije al Rev. Sr. Brassard que yo sospechaba que esa joven fue enviada a mi confesionario para arruinarme. El estuvo de acuerdo conmigo y expresó gran ansiedad sobre el incidente. Yo repliqué que no participaba de sus temores; que Dios conocía mi inocencia y la pureza de mis motivos. El me defendería y me protegería.

Mi querido Chíniquy, respondió el Sr. Brassard, yo conozco a tus enemigos. No son numerosos, pero su poder para hacer daño no tiene límites. Ciertamente Dios puede salvarte de sus manos, pero no comparto tu seguridad del futuro. Tu respuesta al obispo referente a la Sra. Chenier lo ha alejado para siempre. El Obispo Bourget tiene la reputación de ser el hombre más vengativo de Canadá. El sacará partido de la menor oportunidad para atacarte sin misericordia.

Le respondí: Aunque haya mil Obispos Bourget en complot contra mí, no les temeré entre tanto que estoy en lo justo, como en este día.

Para fines del mes, encontré en mi mesa una corta carta del Obispo Bourget diciéndome

que por una acción criminal que él no quería mencionar, cometido contra una persona que él no nombraría, él retiraba todos mis poderes sacerdotales y me suspendía. Mostré la carta al Sr. Brassard y le dije:

¿No es esto el cumplimiento de tus profecías? ¿Qué opinas de un obispo que suspende a un sacerdote sin darle un solo hecho ni aun permitirle conocer a sus acusadores?

Es precisamente lo que yo esperaba de la venganza implacable del obispo de Montreal. El nunca te dará las razones de tu suspensión, porque bien sabe que eres inocente y nunca te confrontará con tus acusadores, porque sería demasiado fácil para ti confundirles.

Pero, ¿No es esto contrario a todas las leyes de Dios y de los hombres? repliqué.

Por supuesto, respondió, pero, ¿No sabes que en este continente de América los obispos, desde hace mucho, han tirado por la borda a todas las leyes de Dios, del hombre y de la Iglesia para dominar y esclavizar a los sacerdotes?

Fíjate en lo que te digo, repliqué, no permitiré que el obispo me trate de esa manera. Si él se atreve a pisotear bajo sus pies a las leyes del Evangelio para lograr mi ruina y satisfacer su venganza, le voy a enseñar una lección que nunca olvidará. Soy inocente y Dios lo sabe. Mi confianza está en él; él no me abandonará. Voy a ir inmediatamente al obispo. Si él nunca sabía cuánto poder hay en un sacerdote honesto, lo aprenderá hoy.

Dos horas más tarde estaba tocando a la puerta del obispo. El me recibió con cortesía helada. Le dije: Mi señor, usted ya sabe por qué estoy en su presencia. ¡Aquí está una carta de usted acusándome de un crimen no especificada bajo testimonio de acusadores que usted rehusa nombrar! Y, ¡Antes de oírme y confrontarme con mis acusadores, usted me castiga como culpable! Vengo en el nombre de Dios y de su Hijo, Jesucristo, para pedirle respetuosamente que me diga de cuál crimen estoy acusado para que pueda mostrar mi inocencia. Quiero ser confrontado con mis acusadores para confundirles.

El obispo, al principio, estaba obviamente apenado por mi presencia. Sus labios estaban pálidos y temblorosos, pero sus ojos estaban secos y rojos como los ojos de un tigre en la presencia de su presa. Me respondió: No puedo concederte tu petición, señor.

Entonces abriendo mi Nuevo Testamento, leí: No admitas ninguna acusación contra un sacerdote excepto ante dos o tres testigos. (1 Tim.5:19) Añadí: Fue después de oír la voz de Dios y la de su santa Iglesia que yo consentí en hacerme sacerdote. Espero que no sea la intención de Su Señoría poner a un lado la Palabra de Dios y su santa Iglesia. ¿Es su intención romper este santo pacto solemne hecho por Cristo con sus sacerdotes y sellado con su sangre?

Con un aire de menosprecio y de autoridad tiránica que yo nunca sospechaba ser posible en un obispo, él respondió: No tengo que aceptar de ti ninguna lección de las Escrituras ni de la ley canónico, señor, ni dar respuesta a tus preguntas impertinentes. ¡Estás suspendido!

Estas palabras, dichas por un hombre a quien yo estaba acostumbrado a considerar como mi superior, tenían un efecto extraño en mí. Sentí como si despertara de un largo y doloroso sueño. Por primera vez entendí las tristes profecías del Rev. Sr. Brassard y me di cuenta del horror de mi posición. Mi ruina fue logrado. Aunque yo sabía que ese alto dignatario era un monstruo de hipocresía, injusticia y tiranía, entre las masas tenía la reputación de un santo. Su sentencia injusta sería considerada justa y equitativa por las multitudes sobre quienes él reinaba soberanamente. Con sólo la inclinación de su cabeza la gente caería a sus pies y obedecería a su mandato de aplastarme. Todo oído se cerraría y todo corazón se endurecería contra mí. En esa hora fatal, por primera vez en mi vida, mi fortaleza moral y valentía me fallaron... Sentí que acababa de caer en un abismo sin fondo, del cual era imposible escapar. ¿Qué valdría mi inocencia, conocida sólo por Dios, cuando todo el mundo me creería culpable? Las palabras no pueden describir la tortura mental de esa hora horrible.

Por más de un cuarto de hora no hubo ningún intercambio de palabras entre nosotros. El parecía estar muy ocupado escribiendo cartas, mientras yo descansaba mi cabeza entre mis manos en desesperación. Por fin, caí de rodillas, tomé las manos del obispo en las mías y con una voz medio ahogada con suspiros, dije: Mi señor, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en la presencia de Dios, juro que no he hecho nada que pudiera traer semejante sentencia contra mí. De nuevo le imploro a Su Señoría a confrontarme con mis acusadores para que yo les muestre mi inocencia.

Con una insolencia salvaje, el obispo quitó sus manos como si yo los hubiera contaminado y dijo, levantándose de su silla: ¡Tú eres culpable! ¡Vete de mi presencia! Mil veces, desde entonces, he dado gracias a Dios que no tenía una daga conmigo, porque la hubiera hundido en su corazón. Parece extraño, pero la malicia diabólica de ese hombre depravado de repente me devolvió mi antiguo valor y auto-respeto. En seguida, resolví confrontar la tempestad. Sentí en mi alma esa fuerza gigantesca que frecuentemente Dios mismo imparte a los oprimidos en la presencia de sus tiranos despiadados. Me parecía que un rayo de relámpago había traspasado mi alma después de haber escrito con letras de fuego en los muros del palacio: Misterio de iniquidad.

Dependiendo únicamente del Dios de verdad y justicia, quien conocía mi inocencia y la gran perversidad de mi opresor, salí del palacio sin una palabra y regresé apresuradamente a

Longueuil para informar al Rev. Sr. Brassard de mi firme resolución de luchar contra el obispo hasta el fin. El prorrumpió en lágrimas cuando le dije lo que ocurrió en el palacio del obispo.

A pesar de ser inocente, estás condenado, dijo, la prueba infalible de tu inocencia es la cruel negación de ser confrontado con tus acusadores. Si fueras culpable, gustosamente lo mostraría confundiéndote ante esos testigos. Pero la perversidad de tus acusadores es tan bien conocido que ellos se avergüenzan de dar sus nombres. El obispo prefiere aplastarte bajo el peso de su propia reputación inmerecida de justicia y santidad, porque muy pocos le conocen como nosotros. Temo que tendrá éxito en destruirte. Aunque eres inocente, nunca podrás contender contra un adversario tan poderoso.

Mi querido Sr. Brassard, tú estás equivocado, repliqué, nunca he estado más seguro de salir victorioso. La iniquidad monstruosa del obispo lleva su propio antídoto. No fue un sueño que vi cuando me expulsó tan ignominiosamente de su cuarto. Un rayo de relámpago pasó ante mis ojos y escribió como si fuera fuego en los muros del palacio: Misterio de Iniquidad. ¡Cuando Canadá y la totalidad del Cristianismo conozcan la conducta infame de ese dignatario y cuando vean el Misterio de Iniquidad que sellaré en su frente, habrá un clamor unánime de indignación contra él!

Oh, si pudiera descubrir los nombres de mis acusadores, forzaría a ese tirano poderoso a retirar esa sentencia doble rápido. Estoy determinado a mostrar no sólo a Canadá, sino a todo el mundo que este complot infame no es más que la obra de los viles esclavos, tanto hombres como mujeres por quienes el obispo está rodeado.

Mi primer pensamiento es salir inmediatamente rumbo a Chicago donde me espera el Obispo Vandeveld, pero estoy resuelto a no ir hasta que haya forzado a mi opresor despiadado a retirar su sentencia injusta. Voy a ir inmediatamente al colegio Jesuita donde tengo el plan de pasar los próximos ocho días en oración y retiro. Los Jesuitas son los hombres mejor capacitados, bajo el cielo, para detectar las cosas más ocultas. Espero que ellos me ayudarán a desterrar ese oscuro misterio de iniquidad y exponerlo ante el mundo.

Me alegro que no temas la tempestad que está sobre ti y que tus velas están bien orientadas, respondió el Sr. Brassard, harás bien en poner tu confianza en Dios primero y después en los Jesuitas. La manera audaz en que pretendes confrontar a los ataques de tus enemigos despiadados te dará un victoria fácil. Mi esperanza es que los Jesuitas te ayudarán a arrojar en la cara del obispo la vergüenza y deshonra que él ha preparado para ti.

A las 6:00 p.m. en un modesto pero bien iluminado y ventilado cuarto del colegio Jesuita, yo estaba a solas con el venerable Sr. Schneider, el director. Le conté cómo el obispo de

Montreal, cuatro años antes habiendo abandonado sus prejuicios contra mí cuando salí de los Oblatos, me apoyó sinceramente en mis labores. Le informé también del cambio repentino de esos buenos sentimientos en odio incontrolable desde el día en que rehusé obligar a la Sra. Chenier a convertirse en monja para que él se apoderara de su fortuna. Le conté cómo esos malos sentimientos hallaron nuevo aliento en mi plan de consagrar el resto de mi vida dirigiendo la marea de la emigración Católica francesa hacia el Valle Mississippi. Le expuse mis sospechas acerca de esa joven miserable que había expulsado de mi confesionario.

Tengo en mente un objetivo doble, añadí, el primero es pasar los últimos ocho días de mi residencia en Canadá en oración. Pero el segundo es pedir la ayuda de su caridad, sabiduría y experiencia para forzar al obispo a retirar su sentencia injusta contra mí. Si él no la retira, estoy determinado a denunciarlo delante de todo el país y retarle públicamente a confrontarme con mis acusadores.

Si haces eso, respondió el Sr. Schneider, temo que harás irreparable daño no sólo al obispo de Montreal, sino también a nuestra santa Iglesia.Repliqué: Nuestra santa Iglesia sufriría mayor daño si ella sancionara la conducta infame del obispo.

Tienes razón, contestó el Jesuita, nuestra santa Iglesia no puede sancionar semejante conducta criminal. Cientos de veces ella ha condenado esas tiránicas e injustas acciones en otros obispos. Semejante falta de honestidad común y justicia será condenada dondequiera, una vez que sea conocido. Lo primero que necesitamos hacer es descubrir los nombres de tus acusadores. Mi impresión es que la joven miserable, que tan brusca y sabiamente expulsaste de tu confesionario, sabe más del complot de lo que el obispo quiere que descubramos. ¡Qué lástima que no le pediste su nombre y domicilio.

En todo caso, puedes contar con mis esfuerzos para convencer a nuestro obispo que él ha asumido una posición contra ti que es absolutamente insostenible. Antes que termina tu retiro, sin duda, gustosamente se reconciliará contigo. Sólo confía en Dios y en la bendita Virgen María y no tendrás nada que temer. Nuestro obispo se ha colocado por encima de toda ley de hombre y de Dios para condenar al sacerdote que él mismo oficialmente nombró el Apóstol de Abstinencia de Canadá. Los 200,000 soldados que has ingresado bajo la santa bandera de abstinencia le forzarán a retractar su precipitada e injusta sentencia.

Se alargaría demasiado repetir todas las palabras animosas que me dijo ese Jesuita sabio. El Padre Schneider era un sacerdote europeo que había estado en Montreal sólo desde 1849. Se granjeó mi confianza desde la primera vez que le conocí y le escogí en seguida como mi confesor y consejero. El tercer día de mi retiro, el Padre Schneider vino a mi cuarto más

temprano de lo normal y me dijo: He descubierto el nombre y domicilio del taxista a quien esa muchacha miserable habló en la iglesia. Si no tienes ningún inconveniente, lo mandaré llamar. Quizás él conozca a esa joven y la convenza a venir aquí.Por supuesto, querido Padre, le respondí, hágalo sin perder un momento.

Dos horas después el taxista estaba conmigo. Le reconocí como uno de mis queridos compatriotas a quien la sociedad de abstinencia había transformado en un hombre nuevo. Le pregunté si recordaba el nombre de la joven que pocos días antes le había hablado en la iglesia después de salir de mi confesionario.

¡Sí, señor, la conozco bien! Ella tiene mala fama, aunque pertenece a una familia respetable.

Añadí: ¿Crees que puedes convencerla a venir aquí, diciéndole que un sacerdote en el colegio Jesuita quiere verla? Pero no le digas mi nombre.

Respondió: Nada será más fácil. Estará aquí en unas dos horas si la encuentro en su casa.

A las 3:00 p.m., el taxista llamó nuevamente a mi puerta y me dijo en voz baja: La joven que usted quiere ver está en la sala de espera. Ella no tiene idea de que usted está aquí, porque ella me dijo que usted estaría ahora predicando en St. Constant. Ella parece estar muy enojado contra usted y se queja amargamente contra su falta de cortesía la primera vez que fue a confesarse con usted.

¿De verdad te dijo eso? le repliqué.

¡Sí señor! Me dijo eso cuando salió de su confesionario el otro día. Luego, me pidió que la llevara a su casa. Estaba fuera de sí y juró que le haría pagar por sus duras palabras y modales groseras hacia ella. Usted hará bien en cuidarse. Ella es una de las jóvenes más depravadas de Montreal y tiene una lengua peligrosísima. Y para vergüenza de nuestra santa religión, se encuentra diariamente en el palacio del obispo.

Inmediatamente, fui con el Padre Schneider y le dije: Mi querido Padre, por la misericordia de Dios, la joven que queremos ver está en la sala de espera. Por lo que acabo de escuchar del taxista que la trajo, no tengo la menor duda que ella fue empleada por el obispo para calumniarme. Por favor, venga a dar testimonio de mi inocencia. Pero lleva consigo su Evangelio, tinta, papel y pluma.

Muy bien, respondió el Jesuita sabio.

Dos minutos más tarde, estábamos con ella. Es imposible describir su asombro cuando me vio; casi se desmayó. Yo temía que no iba a poder decir ni una sola palabra. Le hablé muy amablemente y corrí a traerle un vaso de agua fría, el cual le hizo bien. Cuando se recuperó, le

dije con un tono mezclado con autoridad y amable firmeza: Tú estás aquí en la presencia de Dios y dos de sus sacerdotes. Ese gran Dios oirá cada palabra que salga de tu boca. Tienes que decir la verdad. Tú me has denunciado al obispo como culpable de cierta gran iniquidad. Eres la causa por la cual estoy suspendido. Solamente tú puedes reparar el daño que has hecho. Ese daño es grande, pero puede ser reparado fácilmente por ti. En presencia de este sacerdote venerable, dime si soy o no soy culpable del crimen del cual me has acusado.

Ante estas palabras la desgraciada joven se deshizo en lágrimas, ocultó su cara en su pañuelo y con una voz medio sofocada con suspiros dijo: ¡No, señor! Usted no es culpable.

Añadí: Confiesa otra cosa. ¿No es un hecho que viniste a mi confesionario más con la intención de tentarme a pecar que para reconciliarte con Dios?

Sí, señor, dijo, esa fue mi malvada intención.

Sigue diciendo la verdad y nuestro gran Dios misericordioso te perdonará. ¿No fue por venganza que formulaste las falsas acusaciones al obispo para que él me suspendiera?

Sí, señor, añadió, esa fue la única razón que yo tenía para acusarle.

Después que el Padre Schneider había hecho cuatro copias de esas declaraciones firmados por él como testigo y después que ella había jurado por el Evangelio, le perdoné el daño que me hizo, le di un buen consejo y la despedí.

¿No es evidente, dije al Padre Schneider, que nuestro Dios misericordioso nunca desampara a los que confían en él?

Sí, yo nunca había visto la intervención de Dios manifestada tan maravillosamente. Pero, por favor, dime por qué me pediste que te hiciera cuatro copias de su declaración jurada de tu inocencia; ¿No es una suficiente? preguntó el Sr. Schneider.

Le respondí: Una de esas copias es para el obispo; otra permanecerá en las manos de usted, el Sr. Brassard tendrá una y yo mismo necesito una. Porque me es tan evidente la deshonestidad del obispo ahora, que le creo capaz de destruir la copia que le mandaré a él, con la esperanza de mantenerme bajo sus pies después de su destrucción. Si él comete ese nuevo acto de iniquidad, le confundiré con otras tres copias auténticas. Además esa joven desgraciada pudiera morir antes de lo que se espera. En ese caso me encontraría nuevamente con el cuchillo del obispo en mi cuello si no tuviera otra copia de la retractación.

Tienes razón replicó el Padre Schneider, ahora lo único que te falta hacer es enviar esa retractación con una firme y cortés petición de retractación de su sentencia injusta contra ti. Déjame a mí hacer lo demás con él. Gracias a Dios, tienes la más completa victoria sobre tus agresores injustos. Sin duda, el obispo hará todo en su poder para hacerte olvidar la página

más oscura de su vida.

El Jesuita astuto tenía razón. Nunca me había recibido ningún obispo con tanta bondad y respeto como él cuando fui para despedirme de él antes de partir de Canadá rumbo a los Estados Unidos.

CAPÍTULO 45

Llegué a Chicago el 29 de octubre de 1851 y pasé seis días con el Obispo Vandeveld, madurando los planes para nuestra colonización Católica. El me dio sabios consejos con los poderes más amplios que un obispo puede conceder a un sacerdote y me instó a comenzar en seguida a escoger el sitio más conveniente para un proyecto tan importante e inmenso. Mi corazón se llenó de emociones incontrolables cuando llegó la hora de dejar a mi superior y salir a conquistar al magnífico estado de Illinois para beneficio de mi Iglesia. Me arrodillé delante de él para pedir su bendición y le supliqué que nunca me olvidara en sus oraciones. El no fue menos afectado que yo y apretándome a su pecho, baño mi cara con sus lágrimas y me bendijo.

Duré tres días en cruzar las llanuras entre Chicago y Bourbonnais. Estas llanuras eran una inmensa soledad con caminos casi intransitables. Por invitación del sacerdote, el Sr. Courjeault, varias personas habían venido de largas distancias para recibirme y colmarme con expresiones públicas de gozo y respeto.

Después de algunos días de reposo en medio de su joven e interesante colonia, expliqué al Sr. Courjeault que había sido enviado por el obispo para fundar una colonia para inmigrantes Católico-romanos de una escala suficientemente grandiosa para dominar al gobierno de Illinois y que era mi deber ir más al sur para buscar el sitio más conveniente para la primera aldea. Pero para mi pesar indecible, en el mismo momento en que le dije el objetivo de mi venida a Illinois, sentí el espíritu de celo convertirlo en un enemigo implacable. Lo mismo sucedió con el Rev. Sr. Lebel en Chicago.

Entretanto que ellos creían que yo había salido de Canadá para ayudarles a aumentar sus pequeñas congregaciones al inducir a los inmigrantes a fijar su residencia entre ellos, me colmaban con las señas de su estimación, tanto en público como en privado. Pero el momento que vieron que yo iba a fundar en el mero corazón de Illinois colonias de una escala tan grande, se unieron para paralizar y arruinar mis esfuerzos. Si hubiera sospechado semejante oposición de parte de los mismos hombres en cuya ayuda moral había dependido para el éxito

de mis planes de colonización, nunca hubiera salido de Canadá hacia Illinois. Pero ahora era demasiado tarde para detener mi marcha hacia adelante.

Confiando solamente en Dios por el éxito, convencí a seis de los ciudadanos más respetados de Bourbonnais a acompañarme con tres vagones en búsqueda del mejor sitio para el centro de mi futura colonia. Llevé una brújula para guiarme por esas llanuras inmensas que se extendían delante de mí como un océano. Yo quería escoger el punto más alto en Illinois para el primer poblado para asegurar el aire y el agua más pura para los nuevos inmigrantes. Afortunadamente por la dirección de Dios, tuve mayor éxito de lo que esperaba, porque recientemente los topógrafos del gobierno han reconocido que la aldea de St. Anne ocupa el punto más alto de ese estado espléndido.

Para mi gran sorpresa, diez días después que escogí ese sitio, cincuenta familias de Canadá plantaron sus tiendas alrededor de la mía en el sitio hermoso que hoy forma la aldea de St. Anne. Se acercaban los últimos días de noviembre y aunque el tiempo todavía estaba templado, sentí que no debería desperdiciar una sola hora en procurar albergues para cada familia antes que el invierno trajera enfermedad y muerte entre ellas. La mayor parte eran analfabetos y pobres, sin una sola idea de los peligros y dificultades increíbles de establecer una nueva colonia. Al principio, había solamente dos casas pequeñas para hospedarnos. Una medía ocho por diez metros y la otra, cinco por siete metros. Junto con todos mis queridos inmigrantes, envuelto en vestimentos de búfalo, con mi abrigo como almohada, dormí profundamente en el duro suelo durante los tres meses que duré erigiendo mi primera casa.

Hice un censo de la gente el primero de diciembre y encontré 200 almas, 100 de las cuales eran adultos. Les dije: No hay tres de ustedes que dejados solos sean capaces de preparar un albergue para su familia este invierno, pero si se olvidan de ustedes mismos y trabajan los unos por los otros como verdaderos amigos y hermanos, aumentarán sus fuerzas diez veces y en pocas semanas habrá suficientes edificios, pequeños pero sólidos, para protegerlos contra las tempestades y nieve del invierno que rápidamente se aproxima.

Vamos hoy al bosque juntos a cortar la madera, mañana la arrastraremos a uno de los lotes que han escogido y verán con cuanta rapidez se erige la casa. Pero antes de salir al bosque, arrodillémonos a pedir a nuestro Padre Celestial que bendiga la obra de nuestras manos, que nos conceda ser de un solo corazón y que nos proteja de los accidentes tan comunes en los bosques y obras de construcción.

Todos nos arrodillamos en el pasto y tanto con nuestras lágrimas como con nuestros labios, enviamos al propiciatorio una sincera oración y luego salimos al bosque.

¡Cuán rápidamente se erigieron las primeras 40 pequeñas pero bonitas casas en nuestras hermosas llanuras. Mientras los hombres cortaban madera y construían sus casas los unos de los otros con unidad, gozo, buena voluntad y diligencia, las mujeres preparaban comidas en común. Obtuvimos nuestra harina y carne de puerco de Bourbonnais y Momence a precios muy bajos y como yo tenía buena puntería, salía con uno o dos amigos y cazamos cada día suficientes gallinas silvestres, codornices, patos y gansos silvestres, barnaclas y venado para alimentar a más gente que había en nuestra joven colonia.

Cuando vi que suficientes casas habían sido construidos para dar albergue a todos los primeros inmigrantes, convoqué una reunión y les dije: Mis queridos amigos, creo que ahora debemos construir una casa de dos pisos, la parte superior será usado como escuela para sus niños entre semana y como capilla los domingos. La planta baja será mi casa parroquial. Yo proveeré el dinero para el solado, las tablillas, clavos, etc. y ustedes proveerán la mano de obra, cortando, trayendo y colocando la madera. Yo también pagaré al arquitecto sin pedir a ustedes un solo centavo. ¿Cómo les parece?

Unánimes respondieron: ¡Sí! Después que usted ha trabajado tan duro para darnos un hogar a cada uno de nosotros, es justo que nosotros le ayudemos a construir una para usted. Nos alegra saber que es su intención procurar una buena educación para nuestros hijos. Empecemos a trabajar en seguida. Esto fue el 16 de enero de 1852. El sol era tan caluroso como en un día hermoso de mayo en Canadá. Nuevamente nos arrodillamos para implorar la ayuda de Dios.

El día siguiente, éramos 72 varones en el bosque cercano cortando los grandes robles. El día 17 de abril, sólo tres meses más tarde, ese fino edificio de dos pisos de casi trece metros cuadrados fue bendecido por el Obispo Vandeveld. Fue coronado de un campanario de diez metros y una campana que pesaba 250 libras cuyo sonido solemne proclamaría nuestros goces y tristezas por las llanuras sin límite. Para entonces, contábamos con más de 100 familias con más de 500 adultos. La capilla que al principio pensábamos que sería demasiado grande, se llenó a su máxima capacidad el día de su consagración a Dios.

Menos de un mes más tarde, decidimos añadir otros trece metros cuadrados, los cuales, cuando fueron terminados seis meses después, se hallaban todavía insuficientes para acomodar la inundación de inmigrantes que constantemente aumentaba, llegando no sólo de Canadá, sino de Bélgica y Francia. Pronto, era necesario hacer un nuevo centro y expandir los límites de mi primera colonia, lo cual hice, colocando una cruz en L'Erable como a 15 millas al sur de St. Anne y otra en un lugar que llamamos St. Mary, doce millas al sureste en el condado

de Iroquois. Estas aldeas pronto se llenaron, porque esa misma primavera más de 1,000 familias nuevas llegaron de Canadá para unirse con nosotros.

Las palabras no pueden expresar el gozo de mi corazón cuando vi cuán rápidamente mi (en ese tiempo) querida Iglesia de Roma estaba tomando posesión de esas tierras magníficas y cómo ella pronto sería la dueña sin rival, no sólo de Illinois, sino de todo el Valle Mississippi. Pero los caminos de los hombres no son los caminos de Dios. Yo había sido llamado por los obispos de Roma a Illinois para extender el poder de esa Iglesia, pero mi Dios me llamó ahí para dar a esa Iglesia el golpe más mortal que jamás recibió en este continente.

Ahora, mi tarea es contar a mis lectores cómo el Dios de verdad, luz y vida, rompió uno tras otro los lazos encantados por los cuales fui cautivado a los pies del Papa y cómo él abrió mis ojos y los ojos de mi gente a las abominaciones insospechadas e inauditas del Romanismo.

CAPÍTULO 46

Por favor, acompáñame a Bourbonnais, tengo que conferir contigo y con el Rev. Sr. Courjeault sobre algunos asuntos importantes, dijo el obispo, media hora antes de salir de St. Anne, después de bendecir a la capilla.

Yo tenía la intención, mi señor, de pedir a Su Señoría que me concediese ese honor antes que usted lo ofreciera, respondí.

Dos horas de arduo manejo nos llevó a la casa parroquial del Rev. Sr. Courjeault, quien había preparado una comida suntuosa a la cual varios de los ciudadanos principales de Bourbonnais fueron invitados.

Cuando todos los invitados se habían ido, quedando sólo el obispo, el Sr. Courjeault y yo, el obispo sacó de su baúl un montón de periódicos semanales de Montreal, Canadá en los cuales varias cartas, muy despreciativas del obispo, fueron publicadas, firmadas R. L. C. Mostrándomelos, dijo:

Sr. Chíniquy, ¿Puedo saber las razones por qué has escrito cosas tan insultantes contra tu obispo?

Mi señor, respondí, no tengo palabras para expresar mi sorpresa e indignación cuando leí esas cartas, pero gracias a Dios, yo no soy el autor.

¿Estás positivo en esa negación y conoces el contenido de estas comunicaciones mentirosas? replicó el obispo.

Sí, mi señor, conozco el contenido. Las he leído varias veces con suma repugnancia e indignación.

Entonces, ¿Puedes decirme quién las escribió? preguntó el obispo.

Le respondí: Por favor, mi señor, haga esa pregunta al Rev. Sr. Courjeault. El es más capaz que cualquier otro para satisfacer a Su Señoría sobre ese asunto. Le miré al Sr. Courjeault con un aire indignado que le decía que él había sido descubierto. Los ojos del obispo también se voltearon y se fijaron firmemente en ese miserable sacerdote.

Nunca vi nada tan extraño como el rostro de ese hombre culpable. Su cara, aunque

normalmente fea, de repente tomó una apariencia cadavérica, con sus ojos fijos en el suelo como incapaces de moverse. Las únicas señas de vida que quedaban en él eran sus rodillas que temblaban convulsivamente y en las grandes gotas de sudor que corrían por su cara sucia; porque tengo que decir aquí que, con pocas excepciones, ese sacerdote era el hombre más sucio que jamás había visto.

El obispo, con expresiones de indecible indignación, exclamó: Sr. Courjeault, ¡Tú eres el escritor de esas cartas infames y calumniadoras! ¡Tres veces me has escrito y dos veces me has dicho verbalmente que ellas procedían del Sr. Chíniquy! No te pregunto si eres el autor de esas calumnias contra mi, lo veo escrito en tu cara. Tu malicia contra el Sr. Chíniquy es verdaderamente diabólica. ¿Cómo es posible que un sacerdote pueda entregarse tan completamente al diablo?

Dirigiéndose a mí, el obispo dijo: Sr. Chíniquy, te ruego que me perdones por haber creído que tú fueras tan depravado como para escribir esas calumnias contra tu obispo. Fui engañado por este hombre mentiroso. Retractaré inmediatamente lo que escribí y dije contra ti.

Luego, dirigiéndose al Sr. Courjeault, dijo: El castigo mínimo que puedo darte es expulsarte de mi diócesis y escribir a todos los obispos de América que tú eres el sacerdote más vil que he visto y que nunca te concedan ninguna posición en este continente.

Estas últimas palabras apenas salieron de la boca del obispo cuando el Sr. Courjeault cayó de rodillas ante mí y convulsivamente apretando mis manos en las suyas, dijo: Querido Sr. Chíniquy, reconozco la grandeza de mi iniquidad contra ti y contra nuestro obispo; por amor del querido Salvador Jesús, perdóname. Tomo a Dios por testigo que nunca tendrás un amigo más devoto de lo que yo te seré. Y usted, mi señor, permítame decirle que doy gracias a Dios que mi malicia y mi gran pecado contra usted y el Sr. Chíniquy sean conocidos y castigados en seguida. Sin embargo, en el nombre de nuestro Salvador crucificado le suplico que me perdone. Dios sabe que de aquí en adelante, usted no tendrá un sacerdote más obediente y devoto que yo.

Fue un espectáculo conmovedor ver las lágrimas y oír los sollozos de ese pecador arrepentido. No pude contener ni refrenar mis lágrimas. Le respondí: Sí, Sr. Courjeault, yo te perdono con todo mi corazón, así como mi Dios misericordioso me perdona mis pecados. ¡Que el Dios que ve tu arrepentimiento te perdone también!

El Obispo Vandeveld, quien fue dotado de una buena y muy sensible y amable naturaleza, también derramó sus lágrimas. Me preguntó: ¿Qué me aconseja hacer? ¿Tengo yo que

perdonar también? Y, ¿Puedo seguir reteniéndolo como cabeza de esta misión tan importante?Sí, mi señor, por favor, perdone y olvide los errores de este querido hermano. El ya hizo tanto bien a mis compatriotas de Bourbonnais. Le aseguro que, de aquí en adelante, él será uno de sus mejores sacerdotes.

El obispo le perdonó después de unos consejos apropiados y paternales, admirablemente mezclados con misericordia y firmeza. Para entonces, eran como las 3:00 p.m. Nos separamos para rezar nuestras oraciones vispertinas y matinales (rezos que duraban casi una hora). Apenas acabé de recitarlas en el jardín cuando vi al Rev. Sr. Courjeault caminando de la iglesia hacia mí con una expresión de tanto terror y tristeza que casi no le reconocí. El murmuró algo que no entendía, su voz ahogada en sus lágrimas y sollozos. Suponiendo que venía nuevamente a pedirme perdón, sentí una compasión inefable por él. Le dije: Mi querido Sr. Courjeault, ven a sentarte conmigo y no pienses más del pasado. Nunca volveré a pensar en tus errores momentáneos, puedes considerarme tu devoto amigo.

Querido Sr. Chíniquy, respondió, Tengo que revelarte otro misterio oscuro de mi vida miserable. Desde hace más de un año, he vivido con la hija del sacristán como si fuera mi esposa. Ella acaba de avisarme que va a ser madre y que tengo que responder por eso y darle $500.00 dólares. Ella amenaza con denunciarme públicamente si no sustento a ella y su progenitura. ¿No sería mejor para mí huir esta noche, volver a Francia a vivir con mi familia y ocultar mi vergüenza? A veces estoy tentado a echarme en el río para poner fin a mi miserable y deshonrada existencia. ¿Crees que el obispo perdonará este nuevo crimen si me postro a sus pies pidiéndole perdón? ¿Me dará algún otro lugar en su inmensa diócesis donde todas mis desgracias y pecados sean desconocidos? Por favor, dime, ¿Qué debo hacer?

Absolutamente pasmado, no sabía qué responder. Aunque le sentí compasión, tengo que confesar que este nuevo descubrimiento de hipocresía me llenó de horror y repugnancia indecible. Hasta ahora, él se había envuelto en un manto de engaño tan espeso que mucha gente le consideraba un ángel de pureza. Sus infamias estaban tan bien ocultas bajo un disfraz de extrema rigidez moral, que varios de sus feligreses le consideraban un santo cuyas reliquias podían hacer milagros.

Hacía poco, dos parejas jóvenes de las mejores familias de Bourbonnais, habiendo bailado en una respetable reunión social, fueron condenados por él y obligados a pedir perdón públicamente en la iglesia. Esta rigidez farisaica hizo que los vicios secretos de ese sacerdote fueran aún más llamativos y escandalosos. Sentí que el escándalo que seguiría a la publicación de este misterio de iniquidad sería terrible y haría que muchos perdieran para

siempre su fe en nuestra Iglesia. Tantos pensamientos tan tristes llenaban mi mente que estaba confundido e incapaz de darle un consejo. Le respondí: Tu desgracia es grandísima; si no estuviera aquí el obispo, quizás te diría mi opinión acerca de la mejor acción. Pero el obispo está aquí; él es el único a quien debes acudir. El es tu consejero apropiado; ve a decirle todo francamente y sigue su consejo.

Con pasos tambaleantes y con tan profunda emoción que sus sollozos y clamores se oían bastante lejos, fue con el obispo. Yo me quedé solo, medio petrificado por lo que escuché. Media hora más tarde el obispo me buscó. Estaba pálido y sus ojos enrojecidos por sus lágrimas. Me dijo: Sr. Chíniquy, ¡Qué terrible escándalo! ¡Qué nueva desgracia para nuestra santa Iglesia! Ese Sr. Courjeault es un diablo encarnado. ¿Qué haré? Por favor, ayúdame con tu consejo. ¿Qué consideras que sea la mejor manera de evitar el escándalo y proteger a la fe de la buena gente contra la tempestad destructiva que viene sobre ella?

Mi querido obispo, le respondí, entre más considero estos escándalos aquí, menos puedo ver cómo podemos salvar a la Iglesia de convertirse en un naufragio espantoso. Yo siento demasiado la responsabilidad de mi consejo para dárselo. Que Su Señoría, guiado por el Espíritu de Dios haga lo que usted considere mejor para la honra de la Iglesia y la salvación de tantas almas que estarán en peligro de perecer cuando este escándalo sea conocido. Por mí, lo único que puedo hacer es ocultar mi vergüenza, volver a mi colonia a orar, llorar y trabajar.

El obispo replicó: Esto es lo que pretendo hacer: El Sr. Courjeault me dice que no hay la menor sospecha entre la gente de su pecado y que sería cosa fácil enviar a esa joven a la casa provista en Canadá para las ofensas de los sacerdotes sin despertar ninguna sospecha. El parece estar tan arrepentido que espero que, de aquí en adelante, no tengamos nada que temer de él. Ahora, vivirá la vida de un buen sacerdote, sin hacer ningún escándalo. Porque si lo quito, entonces habrá algunas sospechas de su caída y el terrible escándalo que queremos evitar vendrá. ¿Qué opinas de este plan?

Si Su Señoría está seguro de la conversión del Sr. Courjeault y que no hay peligro de que su gran iniquidad sea conocida por la gente, evidentemente la cosa más sabia que puede hacerse es mandar a esa joven a Canadá y dejar al Sr. Courjeault aquí. Aunque veo gran peligro aun en esa forma de tratar este triste asunto.

Cinco días después, cuatro de los ciudadanos principales de Bourbonnais llamaron a mi puerta. Ellos fueron enviados como representantes de toda la aldea para preguntarme qué deberían hacer con su cura, el Sr. Courjeault. Me dijeron que varios de ellos, desde hace mucho tiempo, sospechaban de lo que ocurría entre el sacerdote y la hija del sacristán, pero

lo habían guardado en secreto. Sin embargo, ayer, dijeron, los ojos de toda la parroquia fueron abiertos al terrible escándalo. Las demostraciones y atenciones repugnantes del cura cuando la víctima de su lujuria subió a la diligencia, no dejó ninguna duda en la mente de nadie de que ella dará a luz un niño en Montreal. Ahora, Sr. Chíniquy, somos enviados aquí para pedir su consejo. Por favor, díganos, ¿Qué debemos hacer?

Mis queridos amigos, les respondí, no es a mí, sino a nuestro común obispo a quien deben preguntar qué hacer en semejante asunto deplorable.Pero ellos replicaron: ¿No será usted tan amable de acompañarnos a Bourbonnais para ir y decir a nuestro sacerdote desgraciado que su conducta criminal es conocida por todo el mundo y que decentemente no podemos tolerarlo un día más como nuestro maestro Cristiano? El nos ha rendido grandes servicios en el pasado que nunca olvidaremos. No queremos abusarlo ni insultarlo de ninguna manera. Aunque es culpable, todavía es un sacerdote. El único favor que le pediremos ahora es que abandone el puesto sin ruido ni escándalo, de noche, para evitar cualquier demostración desagradable que pudiera proceder de sus enemigos personales a quienes su rigidez farisaica ha hecho amargos y numerosos.

No veo ninguna razón para negarles ese favor, les respondí. Tres horas después, en presencia de esos cuatro caballeros, entregué mi triste mensaje al cura desgraciado. El lo recibió como su orden de muerte, pero se humilló y se sometió a su suerte. Después de pasar cuatro horas con nosotros arreglando sus asuntos, cayó de rodillas con torrentes de lágrimas, pidió perdón por el escándalo que había causado y nos rogó que pidiéramos perdón de su parte a toda la parroquia. A las doce de la noche se fue a Chicago.

Esa hora era verdaderamente triste para todos nosotros, pero mi Dios me tenía reservada una hora aún más triste. La gente de Bourbonnais me pidieron que les diera algunos cultos religiosos por las tardes de la siguiente semana. Yo estaba terminando uno de ellos el 8 de mayo, cuando de repente el Rev. Sr. Courjeault entró en la iglesia; caminó en medio de la multitud, saludando a éste, sonriendo a otro y apretando la mano de muchos. Su cara llevaba las señas de impudencia y corrupción. De un extremo de la iglesia al otro, se oía un murmullo de asombro e indignación: ¡El Sr. Courjeault, el Sr. Courjeault! ¡Gran Dios! ¿Qué significa esto?

Yo observé que avanzaba hacia mí, probablemente con la intención de saludarme delante de toda la gente, pero no le di oportunidad para hacerlo. Salí por la puerta trasera y fui a la casa parroquial. El, entonces, regresó a la puerta para platicar con la gente, pero muy pocos le hicieron caso. Las mujeres en especial sintieron repugnancia ante su impudencia. Viéndose

casi desertado en la puerta de la iglesia volvió sus pasos hacia la casa parroquial. Entró por la puerta chiflando y cuando me contempló, se rió y dijo: ¡Oh, oh! Nuestro querido Padrecito Chíniquy, ¿Aquí? ¿Qué tal?

Me siento muy mal, respondí, viendo cómo te estás destruyendo tan miserablemente.

Yo no quiero destruirme, contestó, pero eres tú quien quieres sacarme de mi hermosa parroquia de Bourbonnais para tomar mi lugar. Con los cuatro tarugos que te acompañaron el otro día, me asustó y me convenció de que mi desgracia con María es conocida por toda la gente. Pero nuestro buen obispo ha entendido que esto fue un truco y una de tus historias mentirosas. Volví para tomar posesión de mi parroquia y expulsarte.

Le dije: Si el obispo te ha enviado aquí para expulsarme para que yo pueda regresar a mi colonia querida, él ha hecho exactamente lo que yo quería, porque él sabe, mejor que nadie, el gran propósito por el cual vine a este país y que no puedo hacer mi trabajo mientras él me pide que cuide a Bourbonnais. Yo me voy en seguida y te dejo en plena posesión de tu parroquia. Pero te tengo lástima cuando veo la nube negra que está en tu horizonte. Adiós.

Tú eres la única nube negra en mi horizonte, respondió, Cuando te hayas ido, estaré en tan perfecta paz como estaba antes de que pisaran tus pies en Illinois. Adiós y por favor, nunca vuelvas aquí a menos que yo te invite.

Salí para regresar a St. Anne, pero mientras cruzaba la aldea, vi que había un alboroto entre la gente. Varias veces me detuvieron y me pidieron que quedase entre ellos para aconsejarles qué deberían hacer, pero rehusé diciéndoles: Sería un insulto de mi parte aconsejarles algo en un asunto donde su deber como hombres y Católicos es tan claro. Consulten el respeto que deben a sí mismos, a sus familias y a su Iglesia; entonces, sabrán qué hacer.

Tardé toda la noche, que era muy oscura, en llegar a St. Anne, donde llegué al amanecer el 9 de mayo de 1852.

El próximo domingo, aunque el culto en mi capilla estaba muy concurrido, no hice ninguna alusión a ese asunto deplorable. El lunes siguiente, cuatro ciudadanos de Bourbonnais vinieron a contarme lo que habían hecho y me pidieron que no les abandonara en esta hora de prueba, sino que me recordara que soy su compatriota y que ellos no tienen a nadie más a quien acudir para ayudarles a cumplir sus deberes religiosos.

Aquí está la substancia de su mensaje: Lo más pronto que usted salió de nuestra aldea sin decirnos lo que deberíamos hacer, convocamos una reunión pública donde hicimos las siguientes resoluciones:

1. Ningún insulto personal se expresará al Sr. Courjeault.

2. No podemos consentir en tenerlo como pastor una sola hora.

3. El próximo domingo, cuando empieza su sermón, al instante nos levantaremos y saldremos de la iglesia para que él se quede completamente solo; y comprenda nuestra severa determinación a no tolerarlo más como nuestro líder espiritual.

4. Mandaremos estas resoluciones al obispo, pidiéndole que permita que el Sr. Chíniquy divida su tiempo y atención entre su nueva colonia y nosotros hasta que tengamos un pastor capaz de instruirnos y edificarnos.

Extrañamente, el pobre Sr. Courjeault encerrado en su casa parroquial, no se enteró de esa reunión, ni se halló un solo amigo para advertirle de lo que sucedería el próximo domingo. Ese domingo el clima era magnífico y nunca había semejante multitud de gente en la iglesia. El miserable sacerdote, pensando por el gentío inusual que todo estaría bien con él ese día, empezó su misa y entró al púlpito para predicar su sermón. Pero apenas pronunció las primeras palabras cuando toda la congregación se salió corriendo de la iglesia como si estuviera encendida y él se quedó solo.

Por supuesto, esto le cayó como una bomba y casi se desmayó. Sin embargo, recuperándose, fue a la puerta y con lágrimas y sollozos convenció a la gente a escucharle y dijo: Veo que la mano de Dios está contra mí y yo lo merezco. Yo he pecado en volver. Ustedes ya no me quieren más como pastor y no puedo quejarme de eso. Esto es su derecho y será satisfecho. Abandonaré el puesto para siempre esta noche, sólo les pido que perdonen mis errores pasados y oren por mí.

Este corto discurso fue seguido por un silencio mortal; ni una sola voz se oía insultarlo. Muchos, al contrario, estaban tan impresionados por la triste solemnidad de esta ocurrencia que no podían refrenar sus lágrimas. Todos regresaron a sus hogares con corazones quebrantados.

El Sr. Courjeault se salió de Bourbonnais esa misma noche para nunca regresar, pero el terrible escándalo que causó no se desapareció con él. Nuestro gran Dios misericordioso, quien tantas veces ha hecho que los mismos pecados y errores de su pueblo ayuden para bien, hizo que la iniquidad pública del sacerdote quitara las escamas de muchos ojos y les preparara para recibir la luz que ya amanecía en el horizonte. Era como si muchos de nosotros escucháramos una voz del cielo diciendo: ¿No ven que en su Iglesia de Roma no siguen la palabra de Dios, sino las tradiciones mentirosas de los hombres? ¿No es evidente que el celibato de sus sacerdotes es un lazo y una institución de Satanás?

Muchos me pidieron que les mostrase en el Evangelio dónde Cristo había establecido la ley del celibato. Yo haré mejor, añadí, pondré el Evangelio en sus manos y busquen ustedes mismos en ese libro lo que él enseña sobre ese tema.

Ese mismo día, hice el pedido a un comerciante de Montreal por una caja grande llena de Nuevos Testamentos imprimidos por orden del Arzobispo de Qüebec. Muy pronto, conocieron todos mis inmigrantes que Jesús, no sólo nunca prohibió a sus apóstoles y sacerdotes a casarse, sino que les dejó libres para tener sus esposas y vivir con ellas según el testimonio del mismo Pablo: ¿No tenemos potestad de traer con nosotros una hermana por mujer como también los otros apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas? (1 Cor. 9: 5). Ellos vieron por su Evangelio que la doctrina del celibato de los sacerdotes no fue traído del cielo por Cristo, sino que había sido forjado en las tinieblas para añadir a las miserias del hombre. Ellos leían vez tras vez estas palabras de Cristo: Si permaneciereis en mi palabra, seréis mis verdaderos discípulos y conoceréis la verdad y la verdad os libertará. . . Por tanto, si el hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Jn. 8: 31, 32, 36).

Esta promesa de libertad que Cristo dio a los que le oyeron y le siguieron, a sus corazones les hizo saltar de gozo; llegó a sus mentes como música del cielo. También descubrieron por sí mismos que cada vez que los discípulos de Cristo le preguntaron quien sería el primer gobernante o el Papa en su Iglesia, él siempre les decía solemne y positivamente que en su Iglesia nadie llegaría a ser el primero, el gobernante o el Papa. Comenzaron a sospechar seriamente que los grandes poderes del Papa y sus obispos no eran más que una usurpación sacrílega. Pronto vi que la lectura de las Santas Escrituras por mis queridos compatriotas les estaba cambiando en otros hombres. Sus mentes obviamente se edificaban y se elevaban a las esferas más altas de pensamiento. Empezaron a sospechar que las cadenas pesadas que herían sus hombros, les impedían progresar en la riqueza, inteligencia y libertad que disfrutaban sus prójimos más afortunados llamados Protestantes.Esto no fue la plena luz del día, pero fue el bendito amanecer.

CAPÍTULO 47

Durante los siguientes seis meses, más de 500 familias de Francia, Bélgica y Canadá llegaron a nuestra colonia. Mi gozo se disminuyó, sin embargo, ante la noticia repentina de que el Sr. Courjeault había regresado de Francia donde había quedado solamente un mes.

No atreviéndose a visitar nuevamente a Bourbonnais, se escondía en las fronteras de Indiana a unas pocas millas de distancia. Volviéndose loco de celo y odio, el 23 de enero de 1853, me dirigió la carta más abusiva que jamás había recibido. La terminó diciéndome que la fina (aunque no terminada) iglesia de Bourbonnais que él construyó iba a ser quemada y que peligraba mi propia vida si permanecía a la cabeza de esa misión.

Inmediatamente, mandé esa carta al obispo pidiendo su consejo. En su respuesta me dijo que creía que el Sr. Courjeault era lo suficiente malvado como para cumplir sus amenazas. Añadió: Aunque no tengo clara evidencia, temo que el Sr. Lebel es cómplice con el Sr. Courjeault en el complot de quemar la iglesia de Bourbonnais. Varias personas me han informado que él dice que tu presencia ahí arruinará a esa gente y causará la desintegración de la Iglesia. Yo te aconsejaría, mi querido Sr. Chíniquy, asegurar a esa iglesia cuanto antes. Yo lo he intentado hacer aquí, pero han rehusado bajo el pretexto de que es un edificio de madera inacabada y que hay demasiado peligro de fuegos cuando los obreros todavía están trabajando en él. Mi impresión es que el Sr. Lebel tiene confianza con algunos caballeros de seguros y les ha asustado con ese rumor del cual él probablemente es el autor junto con el Sr. Courjeault. Quizás tendrás mejor suerte dirigiéndote a alguna compañía de seguros en Joliet o en Springfield.

Después de intentar en vano asegurar la iglesia, escribí al obispo: La única manera de escapar del peligro inminente es terminar la iglesia en seguida y luego asegurarla. Acabo de hacer una colecta de 400 dólares entre la gente de Bourbonnais a la cual añadí 300 dólares de mis propios recursos. Comenzaré a trabajar inmediatamente si Su Señoría no tiene ninguna objeción.

El estuvo de acuerdo con esto y trabajamos casi día y noche hasta que fue terminada. Me

atrevo a afirmar que, para una aldea en el campo, esa iglesia era insuperablemente hermosa. La estructura inferior y el altar fueron hechos de los más espléndidos robles negros de Bourbonnais, pulidos y barnizados por los mejores obreros calificados. Era muy noche cuando gozosamente pudimos decir las palabras solemnes Está terminada. Después cantamos el Te Deum. Si hubiera tenido la oportunidad a esa hora tan noche, la hubiera asegurado, pero fui forzado a esperar hasta el próximo lunes.

Al día siguiente (el primer domingo de mayo 1853), la iglesia nunca había estado tan llena y las palabras que dirigí a mi Dios cuando le di gracias por la hermosa iglesia que él nos había dado nunca habían sido tan sinceras y serias. Pero, ¡Ay! ¿Quién sospecharía que seis horas más tarde esa misma gente, reuniéndose alrededor de las ruinas humeantes de su iglesia, romperían el aire con sus gritos de desolación? Sin embargo, así fue el caso.

Después del culto público, dos niños, que permanecieron en la iglesia para esperar la hora del catecismo, corrieron a la casa parroquial gritando: ¡Fuego, fuego, fuego! Con la cabeza descubierta y medio paralizado, corrí a la iglesia con una cubeta de agua en la mano, pero ya era demasiado tarde. Las llamas ya habían corrido y saltado sobre el barniz fresco. En menos de dos horas, se deshizo nuestra hermosa iglesia. No había duda que esto fue un incendio premeditada, porque no habíamos dejado ningún fuego prendido en la iglesia después del culto.

Aunque aturdidos por esta terrible calamidad, la gente de noble corazón de Bourbonnais no perdieron su juicio. Mientras se reunían alrededor de las ruinas humeantes, les alenté diciendo: Solamente en medio de grandes pruebas y dificultades los hombres muestran sus calidades más nobles y su verdadera virilidad. Si somos verdaderos hombres, en lugar de desperdiciar nuestro tiempo derramando lágrimas y rompiendo el aire con gritos de desolación, vamos a poner nuestras manos a la obra mañana mismo y erigir una iglesia de piedra que no se quemará, sino que permanecerá delante de Dios y los hombres como un monumento imperecedero de nuestra fe, liberalidad y valor indomitable.

Inmediatamente, empezamos una colecta. En menos de una hora, cuatro mil dólares en efectivo y más de cinco mil dólares en tiempo, madera, piedra y otras materiales fueron prometidos. También fueron fielmente entregados para erigir esa fina iglesia de piedra de Bourbonnais.

El próximo jueves, el Obispo Vandeveld vino de Chicago para ver qué se podía hacer para reparar esa terrible pérdida y para inquirir de modo confidencial acerca del autor del incendio. Todos los hechos indicaron que el miserable Sr. Courjeault con Lebel, el sacerdote canadiense

francés de Chicago, lo habían hecho a través de sus emisarios. Ninguna duda de esto quedó en mi mente cuando supe que poco después el Sr. Courjeault se echó en uno de esos calabozos oscuros llamado, Monasterio de La Trappe.

Yo esperaba que mi obispo me trajera palabras de aliento, pero en lugar de eso me dijo: Mi querido Sr. Chíniquy, tengo que revelarte algo que no he comunicado a nadie. Por favor, no lo digas a nadie hasta que sea cumplido. ¡No puedo permanecer más como Obispo de Illinois! Esta fuera de mi poder cumplir mis deberes. La conducta de los sacerdotes de esta diócesis es tan mala que si yo siguiera los reglamentos canónicos, sería obligado a suspender a todos los sacerdotes con la excepción de ti y dos o tres más. Todos son o borrachos notorios o entregados a concubinaje público o secreto; varios de ellos tienen hijos de sus propias sobrinas y aun de sus propias hermanas. Pienso que ni diez de ellos creen en Dios. La religión para ellos no es más que una comedia bien pagada. ¿Dónde hallaré un remedio para semejante mal general? ¿Puedo castigar a unos y dejar a los demás libres en sus hechos abominables? ¿No será la suspensión general de estos sacerdotes el golpe de muerte a nuestra Iglesia en Illinois? Además, ¿Cómo los castigaré cuando sé que muchos de ellos están dispuestos a envenenarme el momento que levante un solo dedo contra ellos? ¡Tengo la intención de ir a Roma lo más pronto que reciba el permiso del Papa y a sus pies renunciar el obispado de Chicago, el cual no retendré bajo ninguna consideración! Ya no soporto más la terrible responsabilidad de mi posición aquí.

Decidí esperar hasta la mañana siguiente, cuando habría más tiempo, para expulsar, si fuera posible, sus pensamientos negativos y darle ánimo. Además, yo mismo estaba tan desanimado por esas terribles revelaciones que me hacía falta un descanso, tanto mental como corporal. Pero, ¡Ay! ¡El día siguiente resultó ser uno de los más oscuros de mi vida sacerdotal! Cuando llegó la hora del desayuno, fui a despertar al obispo. ¡Cuánto fue mi asombro cuando lo encontré ebrio! Me habían dicho que el Obispo Vandeveld, igual que la mayoría de los obispos de los Estados Unidos, era un borracho, pero nunca lo creía.

La destrucción de mi iglesia por manos de incendiarios ciertamente fue una gran calamidad para mí; pero la caída de mi obispo, de la alta posición que tenía en mi corazón y mente, fue peor. Mi amor y respeto por el Obispo Vandeveld eran cadenas muy fuertes por las cuales fui atado a los pies de los ídolos de Roma. Bendeciré eternamente a Dios quien rompió esas cadenas en ese día de suma desolación.

El resto del día, me quedé casi mudo en presencia del obispo y él no sintió menos pena cuando pidió mi opinión sobre su proyecto de dejar el diócesis. Le respondí en pocas palabras

que yo no podía desaprobar su propósito, porque yo preferiría vivir en la selva oscura en medio de animales salvajes que entre sacerdotes y obispos borrachos y ateos.

Algunos meses después, supe que el Papa aceptó su renuncia del obispado de Chicago y le asignó obispo de Natchez, Louisiana. Su sucesor en Chicago fue el Rev. Sr. O'Regan. Una de las primeras acciones de este nuevo obispo fue poner pleito al Obispo Vandeveld ante los tribunos criminales acusándole de ladrón por haber robado cien mil dólares del obispado de Chicago. Esta acción causó un terrible escándalo no sólo en Illinois, sino por todos los Estados Unidos. Los dos obispos usaron los mejores abogados para pelear el uno contra el otro, comprobando a todo el mundo que ambos eran igualmente estafadores y ladrones, hasta que el Papa les obligó a detenerse y llevar el asunto ante su tribunal en Roma. Allí se decidió que los cien mil dólares llevados de Chicago a la diócesis de Natchez deberían ser divididos en partes iguales entre los dos obispos.

Cuántas noches desveladas gritaba la voz de mi conciencia: ¿Qué haces aquí extendiendo el poder de una Iglesia que es una cueva de ladrones, borrachos y ateos inmorales; una Iglesia gobernada por hombres que bien sabes son estafadores impíos y viles farsantes? ¿No ves que no sigues la palabra de Dios, sino las falsas tradiciones de los hombres cuando consientes en doblar tus rodillas ante semejantes hombres? ¿No es una blasfemia llamar a tales hombres los embajadores y discípulos del humilde, puro, santo, pacífico y amoroso Jesús? ¡Sal fuera de esa Iglesia, rompe las cadenas por los cuales estás atado como vil esclavo a los pies de ellos! ¡Toma el Evangelio como tu única guía y a Cristo como tu único gobernante!

Mi fe en mi Iglesia fue desolada y conmovida por estos escándalos. De rodillas, pedí a mi Dios que la preservara de la ruina, pero toda la noche me sentí como un barco llevado a la deriva en un mar desconocido sin brújula ni timón. ¡Años después, comprendí que el divino y seguro Piloto estaba dirigiendo mi curso hacia la puerta de la salvación!

Me parecía que, aunque estaba muy ocupado buscando viviendas para los nuevos inmigrantes, era mi deber ir a presentar mis respetos a mi nuevo obispo y abrirle mi corazón como a mi mejor amigo y el guía a quien Dios mismo había escogido para sanar las heridas de mi alma con el aceite y vino de caridad.

Nunca olvidaré el día (el 11 de diciembre de 1854) cuando vi por primera vez al Obispo O'Regan. Era de estatura mediana con una cara repugnante y su cabeza en constante movimiento. Todos sus movimientos parecían la expresión de insolencia, desprecio, tiranía y soberbio. No había absolutamente nada agradable ni en sus palabras ni en sus modales. Caí

de rodillas para pedir su bendición y besé su mano que parecía tan fría como la de un cadáver.

¡Ah, ah! Tú eres el Padre Chíniquy, dijo, me alegro de verte, aunque dilataste mucho tu visita. Por favor, siéntate. Quiero que me des una explicación acerca de cierto documento muy extraño que acabo de leer hoy.

Entró rápidamente a su recámara para traer el documento. Había dos sacerdotes irlandeses en la sala que llegaron unos minutos antes de mí. Cuando estabamos solos, uno de ellos dijo: Pensamos que saldríamos avante al cambiar el Obispo Vandeveld por éste, pero temo que sólo hemos pasado de Caribdis a Escila, y se rieron descaradamente. Pero yo no podía reír; sentí, más bien, ganas de llorar. El obispo regresó con unos papeles en la mano que yo comprendí que eran las escrituras de los once acres de terreno que yo había comprado y donde construí la capilla de St. Anne.

¿Conoces estos papeles? me preguntó con enojo.

Sí, mi señor, los conozco, le respondí.

Entonces, replicó rápidamente, ¿sabes que son nulas estas escrituras, un fraude que nunca deberías haber firmado?

Su venerable y digno predecesor las aceptó, repliqué.

No me importa un comino lo que mi predecesor haya hecho, respondió bruscamente, no estamos hablando de mi Sr. Vandeveld, sino de un documento que es nulo; un engaño que debe ser echado al fuego. Tienes que entregarme otras escrituras de esa propiedad.

Al decir esto, tiró las escrituras en el suelo. Con calma las levanté y le dije: Lamento en gran manera, mi señor, que mi primera entrevista con Su Señoría fuera la ocasión de semejante acción inesperada. Pero espero que esto no destruye los sentimientos paternales que Dios ha puesto en el corazón de mi obispo para con el último y el menor de sus sacerdotes. Veo que Su Señoría está muy ocupado; no quiero abusar de su valioso tiempo. Llevaré este documento rechazado para hacer otro que espero que sea más de acuerdo con su opinión. Y en seguida me despedí de él.

Sentí que mi deber más apremiante después de esa primera entrevista era llevar mi corazón más cerca de Dios que nunca, leer y estudiar la Biblia con más atención y procurar que mi congregación recibiera, más que nunca, la palabra de Dios como su alimento diario. También empecé a predicar abiertamente de nuestros derechos y responsabilidades como cristianos tal como están enunciados en el Evangelio de Cristo.

Algún tiempo antes de esto, envié respetuosamente mi renuncia a la parroquia de Bourbonnais, la cual fue aceptado por el obispo. Otro sacerdote fue enviado por él para tomar

mi lugar ahí, pero él también pronto llegó a ser culpable de un escándalo público con su sirvienta. Los ciudadanos principales de Bourbonnais protestaron contra su presencia en medio de ellos y forzaron al obispo a despedirlo. Su sucesor fue el miserable sacerdote, el Sr. Lebel, quien había sido expulsado de Chicago por una ofensa criminal con su propia sobrina y ahora sería el cura de Bourbonnais. Pero fue suspendido y expulsado de ese lugar en septiembre de 1855 a causa de su borrachera y otros vicios públicos. Aproximadamente en ese mismo tiempo, otro sacerdote que había sido expulsado de Bélgica por un terrible escándalo, fue enviado a Kankakee como cura de los canadienses franceses de esa interesante y joven ciudad. Después de su expulsión de Bélgica, fue a Chicago donde, bajo otro nombre, hizo una fortuna y durante cinco o seis años mantuvo una casa de prostitución. Cansado de eso, ofreció cinco mil dólares al obispo para que lo aceptara como uno de sus sacerdotes y le diera una parroquia. El Obispo O'Regan, codiciando el dinero, aceptó el soborno y le mandó a Kankakee.

A los pocos días, él, acompañado por el Sr. Lebel, vino a visitarme. Los recibí lo más cortés posible, aunque ambos estaban medio borrachos cuando llegaron. Después de la comida, salieron a cazar gallinas de llanura y se emborracharon tanto que uno de ellos, el Sr. Lebel, perdió sus botas en una ciénega y regresó descalzo sin notar su pérdida. Yo tenía que ayudarles a subir a su carroza y al siguiente día les escribí prohibiéndoles a jamás volver a entrar a mi casa.

Poco antes que estos dos sacerdotes infames fueran expulsados ignominiosamente por sus congregaciones, para mi sorpresa y tristeza, recibí una carta del obispo que terminó con estas palabras: Lamento oír que rehuses vivir en paz con tus dos hermanos sacerdotes vecinos. Esto no debe ser; espero oír pronto que te hayas reconciliado con ellos.

Llegó a ser un hecho público que el obispo había dicho en presencia de mucha gente: Daría cualquier cosa al que me ayudara a deshacerme de ese inmanejable Chíniquy. Entre ellos contaba un estafador de terrenos que había sido culpado de perjurio en el condado Iroquois. El se ofreció al obispo: Si usted paga los gastos de la demanda, yo me comprometo a meter a Chíniquy a la cárcel. El obispo le contestó públicamente: Ninguna suma de dinero sería demasiado alta para librarme de un sacerdote que, él solo, me da más problemas que todo el resto del clero. Este especulador me arrastró ante el tribunal criminal de Kankakee, el 16 de mayo de 1855, pero perdió el pleito y fue condenado a pagar el costo.

Habiendo expresado tan frecuentemente en público sus malos sentimientos contra mí, me daba la impresión que el obispo no visitaría a mi colonia, pero estaba equivocado. El 11 de

junio, acompañado por el Sr. Lebel y Sr. Carthuval, llegó a St. Anne para administrar el sacramento de la confirmación.

En privado, yo protesté enérgicamente la presencia de estos dos hombres depravados en mi casa: Mi señor, permítame decirle respetuosamente que el Evangelio de Cristo me manda a evitar la compañía de hombres públicamente viciosos y disolutos. Mi conciencia me dice que por respeto a mí mismo, a mi congregación y al Evangelio que predico, debo evitar la compañía de hombres, uno de los cuales ha vivido con su sobrina como esposa y el otro, hasta recientes días, ha sido culpable de mantener una casa de prostitución en Chicago. Quizás Su Señoría ignora estas cosas y por consecuencia pone su confianza en estos hombres. Pero no hay nada más apto para destruir la fe de nuestra gente canadiense francés que ver a semejantes hombres en su compañía cuando usted viene a administrar el sacramento de la confirmación. Es por respeto a Su Señoría que tomo la libertad de hablar de esta manera.

El me respondió airadamente: Veo que es cierto lo que la gente dice de ti. Es al Evangelio al que constantemente apelas. ¡El Evangelio! Ciertamente el Evangelio es un libro santo, pero acuérdate que es la Iglesia quien te guiará. Cristo ha dicho: Escucha a mi Iglesia. Yo, aquí, soy el intérprete, el embajador, el representante de la Iglesia; cuando desobedeces a mí, desobedeces a la Iglesia.

Mi señor, le dije, ahora que he cumplido un deber de conciencia, por respeto a Su Señoría, voy a tratar a estos dos sacerdotes como si fueran dignos de la posición honorable que usted les ha dado.

Muy bien, muy bien, replicó el obispo, pero ha de estar cerca la hora de la comida.

Sí, mi señor, acabo de oír la campana que nos llama al comedor.

Después de la bendición de la mesa por el obispo, él se fijó en el Rev. Sr. Carthuval que estaba sentado frente a él y dijo: ¿Qué te pasa, Sr. Carthuval? No te ves bien.

No, mi señor, respondió, no estoy bien, quiero ir a la cama.

Tenía razón; no estaba bien, porque estaba borracho. Durante el servicio público, él salió de la capilla para bajar a pedir una botella de vino que yo guardaba para celebrar la misa. La sirvienta, pensando que requerían el vino en la capilla, le dio la botella, la cual bebió en su presencia en menos de cinco minutos. Después volvió a la capilla para ayudar al obispo a administrar la confirmación a los 150 personas a quienes yo había preparado para recibir este rito.

Lo más pronto que terminó la comida, el obispo me pidió que saliera a pasear con él.

Después de darme algunas felicitaciones por el sitio tan hermoso que había escogido para mi primera colonia y capilla, vio a corta distancia un edificio de piedra levantada a una altura un poco arriba de las ventanas. Dirigiendo sus pasos hacia él, se detuvo a una distancia de siete a diez metros y me preguntó: ¿De quién es esta casa?

Es mía, mi señor.

¡Es tuya! replicó, y, ¿A quién pertenece ese hermoso jardín?

Es mío también, mi señor.

¡Bien, bien! respondió, ¿Dónde conseguiste el dinero para comprar ese fino terreno y construir esa casa?

Conseguí el dinero donde todo hombre honesto consigue lo que posee, en el duro trabajo y en el sudor de mi frente, repliqué.

¡Yo quiero esa casa y ese terreno! respondió el obispo con una voz imperiosa.

Yo también, le contesté.

Tienes que darme esa casa y el terreno en que está construida, dijo el obispo.

No puedo dárselo mientras yo lo necesito, mi señor, le repliqué.

Veo que eres un sacerdote malo como me han dicho tan frecuentemente, porque no obedeces a tu obispo, respondió airado.Le respondí: No veo porque soy un sacerdote malo, porque guardo lo que Dios me ha dado.

Ignoras el hecho de que no tienes ningún derecho de poseer ninguna propiedad? él respondió.

¡Si, mi señor! Estoy ignorante de cualquier ley en nuestra santa Iglesia que me priva de tales derechos. Sin embargo, si Su Señoría me puede mostrar semejante ley, le entregaré las escrituras de esta propiedad ahora mismo.

Si no hay semejante ley, replicó, golpeando al suelo con sus pies, yo mandaré que adopten una.

Mi señor, le respondí, usted es un gran obispo; usted tiene gran poder en la Iglesia, pero permítame decirle que usted no es suficiente grande como para mandar adoptar semejante ley en nuestra Iglesia.

Tú eres un sacerdote insolente, respondió con terrible ira, y yo te haré arrepentir de tu insolencia.

Luego, se volteó hacia la capilla sin esperar mi respuesta y mandó enganchar los caballos a la carroza para salir cuanto antes. Un cuarto de hora después, salió de St. Anne y nunca volvió a venir. La visita de ese ladrón mitrado con sus dos sacerdotes disolutos, aunque muy corta,

por la misericordia de Dios, hizo mucho para preparar nuestras mentes para comprender que Roma es la gran ramera de la Biblia que seduce y embriaga a las naciones con el vino de sus prostituciones. (Ap. 17: 2)

CAPÍTULO 48

El 8 de diciembre de 1854, el Papa Pío IX estaba sentado en su trono. Tenía en su cabeza una triple corona de oro y diamantes; con vestiduras de seda y damasquino de los colores rojo y blanco sobre sus hombros. 500 prelados mitrados le rodeaban y más de 50,000 personas estaban a sus pies en la incomparable catedral de San Pedro en Roma. Después de algunos minutos del silencio más solemne, un cardenal, vestido de su sotana púrpura, salió de su asiento y caminó gravemente hacia el Papa. Postrándose humildemente a sus pies, dijo: Santo Padre, díganos si podemos creer y enseñar que la Madre de Dios, la Santa Virgen María fue inmaculada en su concepción.

El Sumo Pontífice respondió: No sé, pidamos la luz del Espíritu Santo.

El cardenal se retiró y el Papa y la multitud innumerable cayeron de rodillas mientras el coro armonioso cantó el Veni Creator Spíritus.

La última nota del sagrado himno apenas había redoblado por las bóvedas del templo cuando el mismo cardenal se levantó y se avanzó hacia el trono del Pontífice. Se postró a sus pies y dijo: Santo Padre, díganos si la Santa Madre de Dios, la Bendita Virgen María fue inmaculada en su concepción.

Nuevamente el Papa respondió: No sé, pidamos la luz del Espíritu Santo.

Y otra vez cantaron el Veni Creator Spíritus.

De nuevo, los ojos de la multitud siguieron los pasos graves del cardenal, vestido de púrpura, subir por tercera vez al trono del sucesor de San Pedro para preguntarle: Santo Padre, díganos, ¿Podemos creer que la Bendita Virgen María, la Madre de Dios, fue inmaculada en su concepción?

El Papa, como si hubiera recibido una comunicación directa de Dios, respondió con voz solemne: ¡Sí! ¡Tenemos que creer que la Bendita Virgen María fue inmaculada en su concepción! ¡No hay salvación para aquellos que no creen este dogma!

Luego, en voz alta, el Papa entonó el Te Deum; las campanas de las 300 iglesias de Roma sonaron y se dispararon los cañones del baluarte. Así se terminó el último acto de la comedia

más ridícula y sacrílega que el mundo jamás había visto. Se cerraron para siempre las puerta del cielo contra cualquier persona que rehusara creer la doctrina anti-bíblica que hay una hija de Eva que no heredó la naturaleza pecaminosa de Adán. Ella fue declarada exenta aun cuando el Dios de Verdad dijo: No hay justo, ni aun uno. . . porque todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. (Ro. 3: 10-23) Ni un solo vestigio de esta enseñanza se encuentra en los primeros siglos de la Iglesia. Solamente hasta el siglo duodécimo, fue predicado por unos monjes mentecatos, pero los hombres más instruidos se opusieron a ella.

Tenemos una carta muy notable de San Bernardo que refuta a unos monjes de Lyon que predicaban esta doctrina y escribió un libro apoyando esa opinión. Pero él fue refutado por Santo Tomás de Aquino, quien justamente fue considerado por la Iglesia de Roma el mejor teólogo de ese tiempo.

Después, los Franciscanos y los dominicanos atacaron los unos a los otros sin misericordia sobre ese tema y llenaron el mundo con el ruido de sus disputas airadas, condenando los unos a los otros como herejes. Tuvieron éxito en dividir a los Católico-romanos de Europa en dos campamentos de enemigos feroces. Fue discutido, atacado y defendido no sólo en las sillas de universidades y los púlpitos de las catedrales, sino también en los campos y en las mismas calles de las ciudades. Y cuando los dos partidos habían agotado su ingenuidad, conocimiento o su fanatismo ignorante, recurrían frecuentemente a la violencia para sostener sus argumentos.

Increíblemente, algunas ciudades grandes de Europa, especialmente en España, se enrojecieron con la sangre de los partidarios y oponentes de esa doctrina. Para resolver los conflictos, los reyes de Europa enviaron delegación tras delegación a los Papas para saber por su autoridad infalible qué deberían creer sobre el tema. Felipe III y Felipe IV hicieron esfuerzos supremos para forzar a los Papas Pablo V, Gregorio XV y Alejandro VII a detener el derramamiento de sangre y desarmar a los contendientes, elevando la opinión a favor de la Concepción Inmaculada a la dignidad de un dogma Católico, pero ellos fracasaron. La única respuesta que pudieron conseguir de la cabeza infalible de la Iglesia de Roma fue que Ese dogma no fue revelado en las Santas Escrituras, nunca había sido enseñado por los apóstoles ni por los Papas y nunca había sido creído ni predicado por la Iglesia de Roma como artículo de fe.

La única cosa que los Papas hicieron para aplacar a los reyes y obispos suplicantes de las naciones de Europa en esos días fue prohibir a los dos partidos llamarse el uno al otro herejes y prohibir decir que es un artículo de fe que se debería creer para ser salvo.

En el concilio de Trento, los Franciscanos y todos los partidarios de la Inmaculada Concepción unieron sus fuerzas para promover un decreto a favor del nuevo dogma, pero fracasaron, porque la mayoría de los obispos se opuso a ello.

Fue reservado para el desgraciado Pío IX el arrastrar a la Iglesia de Roma a ese último límite de necedad humana. Un monje del siglo pasado llamado Padre Leonardo, tuvo un sueño en que oyó a la Virgen María decirle: Habrá fin a las guerras en el mundo y a las herejías y cismas en la Iglesia solamente después que un Papa por medio de un decreto obligara a todos los fieles a creer que ella fue inmaculada en su concepción. El sueño fue circulado extensivamente por medio de un pequeño folleto con el título Visión Celestial.

Muchos creían que fue una genuina visión del cielo y desgraciadamente el amable, pero débil de mente, Pío IX contaba entre ellos. Cuando él era un exilo en Gaeta, él mismo tuvo un sueño sobre el mismo tema. El vio a la Virgen, quien le dijo que él volvería a Roma y lograría una paz eterna para la Iglesia, pero solamente después de prometer promulgar que la Inmaculada Concepción es un dogma que todos tendrían que creer para ser salvos. Despertó muy impresionado por su sueño; juró que promulgaría el nuevo dogma lo más pronto que regresara a Roma y el mundo ha visto cómo cumplió ese voto.

Pero por la promulgación de este nuevo dogma, Pío IX, lejos de asegurar una paz eterna para la Iglesia, lejos de destruir a lo que llaman herejías que atacan a Roma por todas partes, hizo más para conmover la fe de los Católico-romanos que todos sus enemigos. Intentando a forzar este nuevo artículo de fe en las conciencias de la gente en un tiempo cuando tantos pueden juzgar por ellos mismos y leer los archivos de generaciones pasadas, ha derrumbado la columna más fuerte de su Iglesia.

¡Con sumo desprecio, los sacerdotes de Roma hablaban contra los nuevos artículos de fe, las novedades de los arz-herejes, Lutero, Calvino, Knox, etc.! Cuán elocuentemente decían: En nuestra santa Iglesia de Roma no hay cambios ni innovaciones, ni novedades, ni dogmas nuevas. Creemos hoy solamente lo que nuestros padres creían y solamente lo que los apóstoles creían y predicaban. Y las multitudes ignorantes decían: Amén.

Pero, ¡Ay de los pobres sacerdotes hoy! Tienen que confesar que su credo incambiable no es más que una mentira vergonzosa, que la Iglesia de Roma está FORJANDO NUEVAS DOGMAS Y NUEVOS ARTICULOS DE FE. Su conciencia les dice: ¿Dónde estaba tu religión antes del 8 de diciembre de 1854? Y no pueden responder.

Nunca olvidaré mi tristeza cuando recibí la orden del Obispo O'Regan a promulgar el nuevo dogma a mi congregación. Fue como si un terremoto hubiera removido la tierra de debajo de

mis pies. Mis más queridas ilusiones acerca de la inmutabilidad y la infalibilidad de mi Iglesia se desmoronaron a pesar de todos mis esfuerzos para sostenerlas. He visto a sacerdotes ancianos, a quienes abrí mi mente sobre ese tema, derramar lágrimas de dolor sobre el daño que este nuevo dogma haría a la Iglesia.

Algunos días después de leer a mi congregación el decreto del Papa proclamando el nuevo dogma y condenando a todos los que no lo creían, uno de mis más inteligentes y respetables granjeros vino a visitarme y me hizo las siguientes preguntas sobre el nuevo artículo de fe: Señor Chíniquy, por favor dígame, ¿He entendido correctamente la carta del Papa que usted nos leyó el domingo pasado? ¿Nos dice el Papa en esa carta que hallaremos este nuevo dogma en las Santas Escrituras y que ha sido enseñado por los Padres y que la Iglesia lo ha creído continuamente desde los días de los apóstoles?

Respondí: Sí, amigo mío, el Papa nos dice todas esas cosas en su carta que leí en la iglesia el pasado domingo. Pero, señor, ¿Será tan amable de mostrarme los versos de las Santas Escrituras que hablan a favor de la Inmaculada Concepción de la Santa Virgen María?

Mi querido amigo, le respondí, lamento decirte que nunca he encontrado en las Santas Escrituras ni una sola palabra que indica que María fue inmaculada, pero he encontrado muchas palabras y palabras muy claras que dicen exactamente lo contrario.

Ahora, por favor, dígame el nombre del Santo Padre que predicaba que tenemos que creer en la Inmaculada Concepción o ser eternamente condenados si no lo creemos.

Le respondí a mi feligrés: Hubiera preferido, mi querido amigo, que nunca me hubieras hecho estas preguntas, pero tengo que decirte la verdad. Yo he estudiado a los Santos Padres con suficiente buena atención, pero todavía no he encontrado uno solo que tuviera esa opinión.

Espero que me disculpes por hacerle una pregunta más sobre este tema, añadió el buen granjero, Tal vez no se ha dado cuenta, pero hay bastante plática entre nosotros sobre el nuevo artículo de fe desde el domingo pasado y yo quiero saber más acerca de ello. El Papa dice en su carta que la Iglesia de Roma siempre ha creído y enseñado este dogma de la Inmaculada Concepción. ¿Correcto?

Sí, amigo mío, el Papa dice eso en su Encíclica, pero en estos últimos 900 años, más de 100 Papas han declarado que nunca lo ha creído. Aun varios Papas han prohibido a cualquier persona decir que la Inmaculada Concepción es un artículo de fe.

Si es así con este nuevo dogma, ¿Cómo podemos saber que no sea así con todos los dogmas de nuestra Iglesia tales como la confesión, el purgatorio, etc.? preguntó el granjero.

Mi querido amigo, no permites que el diablo conmueva tu fe. Verdaderamente vivimos en días malos; pidamos a Dios que nos ilumine y nos salve. Quisiera que nunca me hubieras hecho estas preguntas.

Mi feligrés honesto me dejó, pero sus terribles preguntas y las respuestas que fui forzado a darle, sonaban en mi alma como truenos de una tempestad irresistible que destruía todo lo que amaba y respetaba en mi tan querida y venerada Iglesia de Roma. Me dolía la cabeza; caí de rodillas, pero por un tiempo no podía proferir una sola palabra de oración; grandes lágrimas corrían por mis ardientes mejillas. Una nueva luz llegaba a mi alma, pero yo la consideraba una tentación engañosa de Satanás. Una voz me hablaba, fue la voz de Dios diciéndome: ¡Sal fuera de Babilonia! (Ap. 18: 4) Yo creí que era la voz de Satanás e intenté silenciarla. El Señor me estaba alejando de mis caminos perecederos, pero no le conocía. Yo luchaba contra él para permanecer en los calabozos oscuros del error, pero Dios, en su infinita misericordia, era más fuerte. El venció a su siervo infiel; él me conquistó y conmigo muchos otros.

CAPÍTULO 49

Hay dos mujeres por quienes debemos orar diariamente, la mujer Brahminita quien, engañada por sus sacerdotes, se quema sobre el cadáver de su marido para aplacar la ira de sus dioses de madera y la mujer Católico-romana quien, no menos engañada por sus sacerdotes, sufre una tortura mucho más cruel e ignominiosa en el confesionario auricular para aplacar la ira de su dios-oblea.

Muchas de ellas prefieren refugiarse en las manos de su Dios misericordioso y morir antes de someterse al sufrimiento contaminante y antes de recibir absolución de un hombre quien igual que ellas seguramente sería escandalizado por semejante recitación.

Cuántas veces he llorado como un niño cuando alguna jovencita inteligente y de noble corazón o alguna respetable dama casada me expresaba su invencible repugnancia y su horror ante semejantes preguntas y respuestas y me suplicaba que tuviera compasión de ella. Pero, ¡Ay de mí! Tenía que silenciar la voz de mi conciencia que me decía: ¿No sientes vergüenza que tú, un hombre soltero, te atreves a hablar de estos asuntos con una mujer? ¿No te sonrojas al hacer tales preguntas a una joven? ¿Dónde está tu auto-respeto? ¿Dónde está tu temor de Dios? ¿No promuevas la ruina de esa joven al forzarla a hablar de estos asuntos?

Cuántas veces mi Dios me habló igual como habla a todos los sacerdotes de Roma, diciéndome con una voz de trueno: ¿Qué no te haría ese joven, ese padre o hermano si pudiera escuchar las preguntas que haces a su esposa, hija o hermana? ¿No te reventaría los sesos? Sin embargo, fui obligado por todos los Papas, los teólogos de la moral y los concilios de Roma a creer que esta voz de advertencia de mi Dios misericordioso era la voz de Satanás.

Al principio de mi sacerdocio en Qüebec, fui muy sorprendido y apenado al ver a una competente y hermosa joven, a quien yo encontraba casi cada semana en la casa de su padre, entrando a mi confesionario. Ella normalmente se confesaba con otro sacerdote, conocido mío. Ella siempre fue reconocida como una de las jóvenes más piadosas de la ciudad. Aunque ella se disfrazó lo mejor posible para que no la conociera, sentí que no me

había equivocado.

No estando absolutamente seguro de quien era, no le revelé que posiblemente la conocía. Al principio, casi no podía hablar, porque su voz se sofocaba con sus sollozos. Después de mucho esfuerzo, dijo: Querido Padre, espero que no me conozcas y que nunca intentes conocerme. Soy una pecadora desesperada. ¡Oh, temo que estoy perdida! Pero si todavía hay esperanza de que yo sea salva, por amor de Dios no me reprendas.

Antes de empezar mi confesión, permíteme suplicarte que no contamines a mis oídos con las preguntas que nuestros confesores acostumbran a hacer a sus penitentes femeninas. Ya he sido asolada por esas preguntas. Antes de cumplir los diecisiete años, Dios sabe que sus ángeles no eran más puros que yo; pero el capellán del convento donde mis padres me enviaron para mi educación, aunque envejeciendo, me hizo una pregunta en el confesionario que al principio no la entendí, pero una compañera de la escuela me la explicó más tarde. Esa primera conversación impúdica de mi vida, hundió mis pensamientos en un mar de iniquidad que hasta entonces fue totalmente desconocido para mí. Tentaciones del carácter más humillante me asaltaron por una semana, día y noche. Después, pecados que quisiera borrar de mi sangre, si fuera posible, inundaron mi alma como un diluvio. Pero los goces de los pecadores son cortos. Sobrecogido de terror ante el pensamiento de los juicios de Dios, después de algunas semanas de la vida más deplorable, determiné abandonar mis pecados y reconciliarme con Dios.

Cubierta de vergüenza y temblando de cabeza a pies, fui a confesarme con mi anciano confesor a quien respetaba como un santo y quería como a un padre. Con lágrimas de sincero arrepentimiento, me parecía que le confesé la mayor parte de mis pecados, aunque por vergüenza y respeto por mi guía espiritual, oculté uno de ellos. Pero no le oculté que las preguntas extrañas que él me había hecho en mi última confesión, juntamente con la corrupción natural de mi corazón, fueron la causa principal de mi asolamiento.

El me habló amablemente, animándome a luchar contra mis malas inclinaciones y al principio me dio un consejo afable y bueno. Pero cuando pensé que había terminado de hablar conmigo y estuve a punto de salir del confesionario, me hizo dos preguntas de un carácter tan contaminante que temo que ni la sangre de Cristo ni todos los fuegos del infierno podrán borrarlas de mi memoria. Esas preguntas han logrado mi ruina. Penetraron a mi mente como dos flechas mortales. Están día y noche ante mi imaginación y llenan mis arterias y venas de veneno mortal.

Es verdad que al principio me llenaban de horror y repugnancia; pero, ¡Ay de mí! Pronto

me acostumbré tanto a ellas que me parecían haberse incorporado en mí como si fueran una segunda naturaleza. Esos pensamientos llegaron a ser una nueva fuente de innumerables deseos, pensamientos y acciones criminales.

Un mes después, fuimos obligadas por las reglas del convento a confesarnos. Pero para entonces, yo estaba tan perdida que ni sonrojaba ante la idea de confesar mis pecados vergonzosos a un hombre. Sentía un verdadero placer diabólico al pensar que tendría una larga conversación con mi confesor sobre esos asuntos y que él me haría más de sus extrañas preguntas. ¡De hecho, cuando le dije todo sin sonrojar, él empezó a interrogarme y Dios sabe qué cosas tan corruptas salieron de sus labios a mi pobre corazón criminal! ¡Cada una de sus preguntas estremecía mis nervios y me llenaba de las más vergonzosas sensaciones! Después de una hora de este criminal intimidad têtê-à-têtê con mi anciano confesor, percibí que él era tan depravado como yo. Con unas palabras insinuativas, me hizo una proposición criminal, la cual acepté con palabras insinuativas también; y durante más de un año, vivimos juntos en la intimidad más pecaminosa. Aunque él era mucho más grande de edad que yo, le amé de la manera más tonta. Cuando se terminó mi curso de instrucción en el convento, mis padres me llamaron nuevamente a su hogar. Realmente me alegré por ese cambio de residencia, porque ya me fastidié de mi vida criminal. Mi esperanza fue que bajo la dirección de un mejor confesor, me reconciliaría con Dios y comenzaría una vida Cristiana.

Desgraciadamente para mí, mi nuevo confesor, quien era muy joven, empezó también con sus interrogaciones. Pronto se enamoró de mí y yo le amé de la manera más criminal. He hecho cosas con él que espero que nunca me pedirás que te revele, porque son demasiado monstruosas para ser repetidas por una mujer a un hombre en el confesionario.

No digo esto para quitarme la responsabilidad de mis iniquidades con ese joven confesor, porque creo que soy más criminal que él. Creo que él era un bueno y santo sacerdote antes que me conociera, pero las preguntas que me hizo y las respuestas que yo tenía que darle derritieron su corazón igual que el hielo sobre el plomo ardiente.

Yo sé que esta confesión no es tan detallada como me requiere nuestra santa Iglesia, pero creí que me es necesario darte esta corta historia de la vida de la pecadora más grande y miserable que jamás te haya pedido que la ayudaras a salir de la tumba de sus iniquidades. Esta es la manera en que he vivido estos últimos años; pero el domingo pasado, Dios en su infinita misericordia, se fijó en mí. El te inspiró a darnos el Hijo Pródigo como un modelo de verdadera conversión y como la prueba más maravillosa de la infinita compasión de nuestro querido Salvador por los pecadores. He llorado día y noche desde ese día feliz cuando me

refugié en los brazos de mi amoroso y misericordioso Padre. Aún ahora, apenas puedo hablar a causa de mi pesar por mis iniquidades pasadas y del gozo que siento al ser permitida bañar los pies del Salvador con mis lágrimas que son tantas que mi voz se ahoga. Tú comprendes que he abandonado para siempre a mi último confesor; vengo a suplicarte que me hagas el favor de recibirme entre tus penitentes. ¡Oh, no me rechaces ni me reprendes, por amor del querido Salvador! ¡No temas tener a tu lado a semejante monstruo de iniquidad!

Pero antes de seguir, te pediré dos favores: El primero es que nunca intentes acertar mi nombre y el segundo es que nunca me hagas ninguna de esas preguntas por las cuales tantas penitentes se pierden y tantos sacerdotes son destruidos. Dos veces he caído por esas preguntas. ¡Oh, querido Padre, déjame ser tu penitente para que me ayudes a postrarme y llorar a los pies del Salvador como hizo la Magdalena. ¡Respéteme como él respetó a ese verdadero modelo de todas las pecaminosas mujeres arrepentidas! ¿Le hizo el Salvador alguna pregunta? ¿Arrancó de ella la historia de cosas que una mujer pecadora no puede decir sin abandonar el respeto que se debe a sí mismo y a Dios? ¡No! Tú mismo nos dijiste hace poco que lo único que hizo nuestro Salvador fue mirar sus lágrimas y amor. Bueno, por favor, haz esto conmigo y así me salvarás.

Yo era todavía un sacerdote muy joven y nunca había oído palabras tan sublimes en el confesionario. Sus lágrimas y sollozos mezclados con la franca declaración de las más humillantes acciones, me impresionaron tanto que por unos momentos no podía hablar. También se me ocurrió que podría estar equivocado en cuanto a su identificación; quizás ella no era la joven que había imaginado. Por tanto, fue fácil concederle su primera petición, sencillamente no haciendo nada por la cual pudiera conocerla.

La segunda parte de su petición era más penosa, porque los teólogos son muy positivos en ordenar a los confesores a interrogar a sus penitentes, especialmente a las del sexo femenino.

Le animé lo mejor que pude a perseverar en su buena resolución, invocando a la bendita Virgen María y a Sta. Filomena. Le dije que oraría y meditaría sobre el tema de su segunda petición y le pedí que volviera en una semana por mi respuesta.

El mismo día, fui con mi propio confesor, el Rev. Sr. Baillargeon. Le conté de la extraña y singular petición que ella me hizo y no le oculté que sentí muy inclinado a concedérsela, porque, como ya le había dicho varias veces, me sentía sumamente repugnado por las preguntas infames y contaminantes que los teólogos nos obligaban a hacer a nuestras penitentes femeninas. Le dije francamente que varios sacerdotes y jóvenes ya habían venido

a confesarse conmigo y que con la excepción de dos, todos me dijeron que es imposible hacer esas preguntas y oír las respuestas que sacaban sin caer en los pecados más condenables.

Mi confesor parecía estar muy perplejo y me pidió que volviera al día siguiente para que él pudiera repasar algunos libros de teología en ese intervalo. Al día siguiente, apunté por escrito su respuesta:

Semejantes casos de la destrucción de la virtud femenina por las preguntas del confesor es un mal inevitable. No tiene remedio, porque tales preguntas son absolutamente necesarias en la mayoría de los casos que tenemos que tratar. Los hombres generalmente confiesan sus pecados con tanta sinceridad que pocas veces hay necesidad de preguntarles, excepto cuando son muy ignorantes. Pero San Ligorio, como también nuestra observación personal, dice que la mayoría de las jóvenes y mujeres, por una falsa vergüenza criminal, raramente confiesan los pecados que cometan contra la pureza. Se requiere suma caridad en los confesores para evitar que esas desgraciadas esclavas de sus pasiones secretas hagan confesiones y comuniones sacrílegas. Con la mayor prudencia y celo tienes que preguntarles sobre estos asuntos, empezando con los pecados más pequeños y siguiendo poco a poco y entre más posible por grados imperceptibles a las acciones más criminales. Tal parece que la penitente, a quien referiste en tus preguntas ayer, no está dispuesta a hacer una plena y detallada confesión de todas sus iniquidades. No puedes prometer absolverla sin asegurarte por medio de sabias y prudentes preguntas que haya confesado todo.

No debes desanimarte cuando, por medio del confesionario o de algún otro modo, sepas de la caída de sacerdotes con sus penitentes en las debilidades comunes de la naturaleza humana. Nuestro Salvador sabía muy bien que las ocasiones y tentaciones que confrontamos en las confesiones de las jóvenes y mujeres son tan numerosas y a veces tan irresistibles que muchos caerían. Pero les ha dado la Santa Virgen María, quien constantemente pide y obtiene su perdón. Les ha dado el sacramento de la penitencia donde pueden recibir su perdón cuantas veces que lo pidan. El voto de perfecta castidad es un gran honor y privilegio, pero no podemos ocultarnos que pone en nuestros hombros una carga que muchos no pueden soportar para siempre. San Ligorio dice que no debemos reprender al sacerdote arrepentido que cae solamente una vez por mes y algunos otros teólogos dignos de confianza son todavía más indulgentes.

Esta respuesta no me satisfizo nada; me parecía estar compuesta de principios de coba. Regresé con un corazón muy pesado y una mente ansiosa. Dios sabe que hice muchas y fervientes oraciones que nunca regresara esta joven para darme su triste historia. Yo tenía

apenas veinte años de edad, lleno de juventud y vida. Me parecía que los piquetes de mil avispas a mis oídos no me harían tanto daño como las palabras de esa querida, hermosa, competente, pero perdida joven.

No quiero decir que las revelaciones que ella me había hecho de alguna manera disminuían mi estimación y respeto por ella. Al contrario, sus lágrimas y sollozos a mis pies, sus expresiones agonizantes de vergüenza y pesar, sus nobles palabras de protesta contra las interrogaciones repugnantes y contaminantes de los confesores le habían elevado muy alto en mi mente. Mi sincera esperanza fue que tuviera un lugar en el reino de Cristo con la mujer samaritana, María Magdalena y todos los pecadores que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero.

El día citado, estaba en mi confesionario escuchando la confesión de un joven cuando, aunque incógnita, reconocí a la Srta. Mary entrando a la sacristía. Vino directamente a mi confesionario donde se arrodilló junto a mí.

¡Oh! Hubiera dado cada gota de mi sangre en esa hora solemne para que tuviera la libertad de tratar a ella así como me lo suplicó tan elocuentemente. ¡Pero ahí en ese confesionario, yo no era el siervo de Cristo, sino un esclavo del Papa! No estaba ahí para salvar, sino para destruir; porque bajo el pretexto de purificar, la verdadera misión del confesor frecuentemente, si no siempre, a pesar de sí mismo, es escandalizar y condenar a las almas.

Sin hacer ruido, me volteé hacia ella y dije por la pequeña apertura: ¿Estás lista para empezar tu confesión?Pero ella no me respondió; lo único que alcancé a oír fue: ¡Oh, Jesús mío, ten misericordia de mí! Vengo a lavar mi alma en tu sangre, ¿Me reprenderás tú? Durante varios minutos, levantó sus manos y ojos al cielo orando y llorando. Mis lágrimas fluían con la suyas y mis fervientes oraciones iban a los pies de Jesús con las de ella. No le hubiera interrumpido por ninguna consideración en su sublime comunión con su misericordioso Salvador.

Después de un largo rato, hice un pequeño ruido con mi mano y acercando mis labios a la apertura en la división que nos separaba, dije en voz baja: ¿Querida hermana, estás lista para empezar tu confesión?

Ella volteó su cara un poco hacia mí y dijo con voz temblorosa: Sí, querido Padre, estoy lista. Mi querido Padre, ¿Recuerdas las peticiones que te hice el otro día? ¿Puedes permitirme confesar mis pecados sin forzarme a abandonar el respeto que debo a mí misma, a ti y a Dios quien nos oye? Y, ¿Puedes prometerme que no me harás ninguna de esas preguntas que ya me han hecho tanto daño? Francamente te declaro que hay pecados en mí que no puedo

revelar a nadie excepto a Cristo, porque él es mi Dios y él ya los conoce todos. Déjame derramar lágrimas y orar a sus pies. ¿No puedes perdonarme sin añadir a mis iniquidades, forzándome a decir cosas que la lengua de una mujer Cristiana nunca puede revelar a un hombre?

Mi querida hermana, le respondí, si yo fuera libre para seguir la voz de mis propios sentimientos, gustosamente te concedería tu petición. Pero estoy aquí solamente como ministro de nuestra santa Iglesia y estoy obligado a obedecer sus leyes. A través de sus santísimos Papas y teólogos, ella me dice que no puedo perdonar tus pecados si no los confiesas todos, tal como los has cometido. La Iglesia me dice también que tienes que dar los detalles que pudieran añadir a la malicia o cambiar la naturaleza de tus pecados. Lamento decirte que nuestros santísimos teólogos obligan al confesor a interrogar al penitente sobre los pecados que tiene buena razón para sospechar que hayan sido omitidos voluntariamente.

Con un grito agudo exclamó: ¡Ay, Dios mío! ¡Estoy perdida, para siempre perdida!Este grito me cayó como una bomba, pero sentí más temor cuando, al mirar por la apertura, la vi desmayar. Oí el ruido de su cuerpo cayendo al suelo y su cabeza pegando contra los lados del confesionario. Lo más rápido posible, corrí a auxiliarla; la tomé entre mis brazos y llamé a dos hombres que estaban cerca para ayudarme a acostarla en una banca. Lavé su cara con agua fría y vinagre. Ella estaba tan pálida como la muerte, pero sus labios se movían y decía algo que nadie más que yo entendía: ¡Estoy para siempre perdida!

La llevamos a la casa de su familia desconsolada donde por un mes subsistía entre la vida y la muerte. Sus primeros dos confesores fueron a visitarla, pero después de pedir que todos se salieran del cuarto, ella, cortés pero firmemente, les pidió que se fueran y que nunca más volvieran. Ella me pidió que la fuera a visitar todos los días, porque, dijo, sólo tengo unos pocos días más de vida, ayúdame a prepararme para la hora solemne cuando se me abrirán las puertas de la eternidad.

Todos los días la visité y oré y lloré con ella. Cuando a solas, muchas veces le pedí con lágrimas que terminara su confesión; pero con una firmeza que entonces me parecía misteriosa e inexplicable, ella cortésmente me reprendía.

Un día, al estar solo con ella, estaba arrodillado al lado de su cama orando. No podía articular una sola palabra a causa de la angustia inexpresable en mi alma por ella. Me preguntó: Querido Padre, ¿Por qué lloras?

Le respondí: ¿Cómo puedes hacer semejante pregunta a tu asesino? Lloro, porque yo te maté, querida amiga.

Esta respuesta parecía preocuparla en gran manera. Se sentía muy débil ese día. Después de llorar y orar un rato en silencio, me dijo: No llores por mí, sino por tantos sacerdotes que destruyen a sus penitentes en el confesionario. Yo creo en la santidad del sacramento de la penitencia, puesto que nuestra santa Iglesia lo ha establecido, pero de alguna manera hay algo sumamente mal en el confesionario. Dos veces he sido destruida y conozco a muchas jóvenes que también han sido destruidas por el confesionario. ¡Ay de los pobres sacerdotes el día que nuestros padres descubran lo que sucede con la pureza de sus hijas en las manos de sus confesores. Mi padre seguramente mataría a mis dos últimos confesores, si él supiera que ellos han destruido a su pobre hija.

No pude responder excepto por llorar más. Permanecimos en silencio por un largo tiempo y luego ella dijo: Es cierto que no estaba preparada para la reprensión que me diste el otro día en el confesionario, pero actuaste conscientemente como un sacerdote honesto. Sé que debes estar atado por ciertas leyes.

Luego ella apretó mi mano con su mano fría y dijo: No llores, querido Padre, porque esta tempestad repentina haya naufragado mi barca tan frágil. Esta tempestad ha servido para sacarme del abismo de mis iniquidades a la ribera donde Jesús espera para recibirme y perdonarme. La noche después que me trajiste media muerta aquí a la casa de mi padre, tuve un sueño. ¡Oh, no! No fue un sueño, fue la realidad. Mi Jesús vino a mí, estaba sangrando, su corona de espinas estaba en su cabeza, la pesada cruz mallugaba su hombro. El me dijo con una voz tan dulce que ninguna lengua puede imitarla: ¡Yo he visto tus lágrimas, he oído tus clamores y conozco tu amor por mí; tus pecados son perdonados; ten ánimo, en pocos días estarás conmigo!

Ella apenas terminó su última palabra cuando se desmayó. Llamé a su familia que corrió al cuarto. Mandaron por el médico. El la encontró tan débil que pensó apropiado permitir a sólo uno o dos personas permanecer en el cuarto conmigo. Nos pidió que no le habláramos nada, porque, dijo, la menor emoción puede matarla instantáneamente. Su enfermedad es en toda probabilidad un aneurisma de la aorta, la vena principal que lleva la sangre al corazón. Cuando se rompa, se irá como relámpago.

Eran casi las diez de la noche cuando salí de su casa para ir a descansar. Pero fue una noche de insomnio. Allí estaba mi querida Mary, pálida, muriendo del golpe mortal que yo le había dado en el confesionario. Allí estaba ella en su cama de muerte, traspasado el corazón con la daga que mi Iglesia había puesto en las manos y en lugar de reprenderme y maldecirme por mi salvaje fanatismo despiadado, ella me bendecía. ¡Ella estaba muriendo de un corazón

quebrantado! Y no fui permitido por mi Iglesia a darle ni una sola palabra de consolación ni ninguna esperanza, porque no había hecho su confesión. Yo había mallugado despiadadamente a esa planta tierna y no había nada en mis manos para sanar las heridas que había hecho. Era muy probable que moriría al día siguiente y yo fui prohibido mostrarle la corona de gloria que Jesús ha preparado en su reino para el pecador arrepentido.

Antes del amanecer, me levanté a leer nuevamente a mis teólogos para ver si encontrara a alguien que me permitiría perdonar los pecados de esa querida niña sin forzarla a decirme todo lo que había hecho. Pero ellos me parecían, más que nunca, unánimemente inexorables y los guardé otra vez en el librero de mi biblioteca con corazón quebrantado.

A las 9:00 a.m. del día siguiente, estaba nuevamente junto a la cama de Mary. Sentí grande gozo cuando el doctor y toda la familia me dijeron: Está mucho mejor; el descanso de anoche en verdad ha hecho un cambio maravilloso.

Con una sonrisa verdaderamente angélica, me extendió la mano y dijo: Pensé, anoche, que el querido Salvador me llevaría con él, pero él quiere, querido Padre, que le haga un poco más de molestia. Sin embargo, ten paciencia, no tardará mucho en tocar la hora solemne del llamamiento. Por favor, ¿Me leerás la historia del sufrimiento y muerte del amado Salvador que me leíste el otro día? Me hace tanto bien ver cuánto él me ha amado, una pecadora tan miserable.

Había una calma y solemnidad en sus palabras que me parecía excepcional como también a todos los que estaban presentes. Después de terminar la lectura, ella exclamó: ¡El me amó tanto que murió por mis pecados! Cerró sus ojos para meditar en silencio, pero había un torrente de grandes lágrimas corriendo por sus mejillas.

Me arrodillé junto a su cama con su familia para orar, pero no podía proferir una sola palabra. La idea de que esta querida niña estaba muriendo a causa del fanatismo cruel de mis teólogos y de mi propia cobardía al obedecerles era una piedra de molino en mi cuello que me estaba matando. Después de que habíamos llorado y orado en silencio junto a su cama, ella pidió a su madre que la dejara sola conmigo.

Al estar solos, tuve la impresión irresistible de que éste era su último día; nuevamente caí de rodillas y con lágrimas de la más sincera compasión por su alma, le pedí que se deshiciera de su vergüenza y obedeciera a nuestra santa Iglesia que requiere a todos a confesar sus pecados si ellos desean ser perdonados.

Calmadamente, pero con un aire de dignidad que ningunas palabras humanas pueden describir, dijo: ¿Es verdad que, después del pecado cometido por Adán y Eva, Dios mismo les

hizo túnicas de pieles y los vistió para que no vieran la desnudez el uno del otro?

Sí, dije, esto es lo que las Santas Escrituras dicen.

Bueno, entonces, ¿Cómo es posible que nuestros confesores se atreven a quitarnos esa santa túnica divina de modestia femenina y auto-respeto? ¿No ha hecho el mismo Dios Todopoderoso con sus propios manos a esa túnica de modestia femenina y auto-respeto para que no seamos para ustedes ni para nosotras mismas una causa de vergüenza y pecado?

Me quedé realmente pasmado por la hermosura, simplicidad y sublimidad de esa comparación. Permanecí absolutamente mudo y confundido. Ella estaba haciendo pedazos a todas las tradiciones y doctrinas de mi Iglesia y pulverizando a todos mis santos doctores y teólogos, sin embargo, esa noble respuesta halló tanto eco en mi alma que parecía sacrilegio intentar a tocarla con mi dedo.

Después de un corto silencio, ella continuó: Dos veces he sido destruida por sacerdotes en el confesionario. ¡Ellos me quitaron esa túnica divina de modestia y auto-respeto que Dios da a todo ser humano que viene a este mundo; y dos veces me convertí en un abismo de perdición para esos mismos sacerdotes en el cual ellos cayeron y temo que están perdidos para siempre! Mi misericordioso Padre Celestial me ha devuelto esa túnica de pieles, esa vestidura nupcial de modestia, auto-respeto y santidad que me habían quitado. El no permitirá ni a ti ni a ningún otro hombre, desgarrar ni estropear esa vestidura que es la obra de sus manos.

Estas palabras la habían agotado; era evidente que quería descansar. La dejé sola, pero yo estaba fuera de mí. Lleno de admiración por las lecciones sublimes que había recibido de los labios de esa regenerada hija de Eva, quien pronto volaría de entre nosotros, sentí suma repugnancia por mí mismo, mis teólogos y ¿Lo diré? Sí, sentí, en esa hora solemne, suma repugnancia por mi Iglesia que estaba contaminándome a mí y a todos sus sacerdotes en el confesionario. Sentí en esa hora sumo horror por la confesión auricular que tan frecuentemente es un abismo de perdición y suma miseria, tanto para el confesor como para la penitente.

A las 4:00 p.m. volví a la casa. Al estar a solas con ella, nuevamente caí de rodillas y en medio de un torrente de lágrimas, le dije: Querida hermana, es mi deseo darte el santo viático y la extrema unción, pero dime, ¿Cómo me atreveré a hacer una cosa tan sublime contra todas las prohibiciones de nuestra santa Iglesia? ¿Cómo puedo darte la santa comunión sin darte primero la absolución? Y ¿Cómo puedo darte la absolución cuando sinceramente persistes en decirme que tienes pecados que nunca confesarás ni a mí ni a

ningún otro confesor?

Tú sabes que te quiero y te respeto como si fueras un ángel enviado del cielo. Bendeciré cada hora que hemos pasado juntos mirando las heridas de nuestro amado y moribundo Salvador. ¡Te bendigo por haberme perdonado tu muerte! Porque yo sé y lo confieso en la presencia de Dios que yo te he matado, querida hermana. Sin embargo, preferiría morir mil veces que decirte alguna palabra que te heriría o perturbaría tu paz. Por favor, mi querida hermana, dime, ¿Qué puedo y debo hacer por ti en esta hora solemne?

Con tranquilidad y con una sonrisa de gozo, semejante a la cual no he visto antes ni después, dijo: Te doy gracias y te bendigo, querido Padre, por la parábola del Hijo Pródigo sobre la cual predicaste hace un mes. Tú me llevaste a los pies del querido Salvador; ahí he encontrado una paz y un gozo que sobrepasa todo lo que el corazón humano puede sentir. ¡Me he refugiado en los brazos de mi Padre Celestial y yo sé que él con misericordia me ha recibido y me ha perdonado, su pobre hija pródiga! ¡Oh, veo a los ángeles con sus arpas de oro alrededor del trono del Cordero! ¿No oyes la armonía celestial de sus cantos? ¡Me voy, voy para unirme con ellos en la casa de mi Padre! ¡NO SERÉ PERDIDA!

Sus manos cruzaron su pecho y había en su rostro la expresión de gozo verdaderamente sobrehumano; sus ojos fijos como si estuvieran mirando algún grandioso espectáculo sublime. Me parecía, al principio, que ella estaba orando, pero me equivoqué. El alma redimida se había ido sobre las alas doradas de amor para unirse a la multitud de los que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero y para cantar el eterno Aleluya.

La revelación de las indecibles corrupciones engendradas directa o indirectamente por la confesión auricular llegaron a mí de los labios de esa joven como los primeros rayos del sol que arrojarían las negras nubes de la noche con las cuales Roma había envuelto mi inteligencia sobre ese tema.

Ella fue enviada por la mano misericordiosa de mi Dios para enderezar mi camino. Sus palabras llenas de sabiduría sobrehumana y sus fervientes lágrimas llegaron a mí, por la maravillosa providencia de Dios, como los primeros rayos del Sol de Justicia para enseñarme que la confesión auricular era una invención satánica.

Si ella hubiera sido la única, quizás tuviera todavía alguna duda del origen diabólico de esa institución; pero miles y miles antes y después de ella fueron enviados por mi Dios misericordioso para decirme la misma historia hasta que después de veinticinco años de experiencia, me convencí de que esa invención moderna de Roma, tarde o temprano, con muy pocas excepciones arrastrará tanto al confesor como a su penitente femenina a una

irreparable ruina común.

Los que quisieran saber más sobre las abominaciones de la confesión auricular, deben leer mi libro: El Sacerdote, la Mujer y el Confesionario.

CAPÍTULO 50

El primero de agosto de 1855, recibí una carta de mi obispo en Chicago instruyéndome a asistir a un retiro espiritual que sería dado el próximo mes en el colegio de Chicago para todo el clero de las diócesi de Chicago y Qüincy.

Queriendo conocer al personal del clero irlandés del cual el Obispo Vandeveld me había dicho tantas cosas espantosas, llegué a la Universidad de Sta. María dos horas temprano.Nunca había visto a semejante banda de tipos joviales. Su disipación y risa, su intercambio de ingeniosas e indecorosas expresiones, el ruido tremendo que hacían al saludarse de lejos: Su ¡Hola, Patrick! ¡Hola, Murphy! ¡Hola, O'Brian! ¿Qué tal? ¿Cómo estás? ¿Cómo está Bridget? ¿Está Margarita todavía contigo? y las respuestas: ¡Sí, sí, ella no me dejaría! o ¡No, no, ya se fue esa muchacha loca! eran seguidas invariablemente de estallidos de risa.

¿Cuál extranjero al entrar en esa grande salón sospecharía que esos hombres estaban a punto de empezar una de las acciones más sublimes y sagradas de un sacerdote? Con la excepción de cinco o seis, parecían más a una banda de gancheros jaraneros.

Como una hora antes de la apertura de ejercicios, vi a uno de los sacerdotes con un sombrero en la mano, acompañado por otros dos, pasando entre todos recolectando dinero. Yo suponía que esta colecta fue proyectada para pagar nuestro alojamiento durante el retiro y me preparé para donar quince dólares. El sombrero grande estaba literalmente rebosando de billetes de cinco y diez dólares. Pregunté: ¿Cuál es el objetivo de esta colecta?

¡Ah, Ah! respondieron los colectores con una estrepitosa risa, Querido Padre Chíniquy, ¿Será posible que todavía no sabes? ¿No ves que al estar tan apretados como estaremos aquí, los cuartos están propensos a calentarse demasiado y nos dará sed; entonces, se necesita una gotita para refrescar la garganta y mitigar la sed? Y se rieron.

Les respondí con cortesía y seriedad: Caballeros, yo vine aquí para meditar y orar. He abandonado desde hace mucho el uso de bebidas alcohólicas. Por favor, discúlpenme, soy abstemio.

¡También nosotros! respondieron con una risa, todos hemos hecho la promesa del Padre Mathew, pero eso no nos impide tomar una gotita para mitigar la sed y mantener nuestra salud. El Padre Mathew no es tan despiadado como tú.

Conozco bien al Padre Mathew, les respondí, le he escrito y lo he visto muchas veces. Permítanme decirles que somos de la misma opinión tocante al uso de bebidas intoxicantes.

¿Será cierto que conozcas al Padre Mathew y que intercambias cartas con él? ¡Qué hombre tan santo es él y cuánto bien ha hecho en Irlanda y dondequiera! contestaron.

Pues el bien que ha hecho no durará mucho, dije, si todos sus discípulos guardaran sus promesas como ustedes.

Mientras hablábamos, se acercaron un buen número de sacerdotes alrededor de nosotros para oír lo que se decía, porque era evidente a todos que el barco de los colectores, no sólo había entrado a aguas de poca profundidad, sino que había pegado a una roca.

Uno de los sacerdotes dijo: Pensé que nos iba a predicar el Obispo Spaulding; no tenía idea que el Padre Chíniquy tenía ese cargo.

Caballeros, les respondí, tengo tanto derecho de predicarles a ustedes a favor de la abstinencia como ustedes tengan de predicarme de su falta de moderación. Ustedes pueden hacer lo que quieren respecto a las bebidas alcohólicas durante el retiro, pero espero tener el mismo derecho de pensar y hacer a mi agrado en este asunto.

Ellos me dejaron diciendo algo que no entendí, pero evidentemente estaban disgustados por lo que ellos consideraban mi obstinación y falta de buenos modales.

Debo decir, sin embargo, que dos de ellos, el Sr. Dunn y otro desconocido para mí, vinieron a felicitarme por la severa reprensión que les había dado.

Después de pedirme disculpas por el comportamiento de sus colegas, el Sr. Dunn expresó su repugnancia por lo que acaba de suceder, informándome que la cantidad total recolectada fue $500.00 dólares. Dando un paso más cerca, me dijo: No pienses que estás sin amigos aquí en medio de nosotros. Tienes más amigos de lo que piensas entre los sacerdotes irlandeses y yo soy uno de ellos aunque no me conoces. El Obispo Vandeveld me habló frecuentemente de tu obra de colonización.

Luego, apretando mi mano en la suya, me apartó de los demás y me dijo: Considérame de aquí en adelante como tu amigo. Has perdido un verdadero amigo en el Obispo Vandeveld y temo que el obispo actual no te hará justicia. Lebel y Carthuval lo han perjuiciado contra ti. Pero yo te apoyaré si te tratan injustamente como temo que hará la administración de la diócesis. Después del gobierno bondadoso y paternal del Obispo Vandeveld, ni los sacerdotes

ni la gente de Illinois soportarán más las cadenas de hierro que el obispo actual tiene guardadas para todos nosotros.

Le agradecí al Sr. Dunn por sus palabras amables y le dije que ya había probado el amor paternal de mi obispo al ser arrastrado dos veces por Spink ante los tribunales por rehusar vivir en paz con los dos sacerdotes más inmorales que jamás había conocido.

En ese momento la campana nos llamó a la capilla para oír los reglamentos del obispo para el retiro. A las 8:00 p.m. tuvimos nuestro primer sermón por el Obispo Spaulding de Kentucky. El era un hombre bien parecido, un gigante de estatura y un buen orador. Pero la manera en que presentó los temas, aunque muy hábil, dejó en mi mente la impresión de que no creía ni una palabra de lo que decía. Presentó dos sermones cada día y el Rev. Sr. Vanhulest, un Jesuita, nos dio dos meditaciones que duraron de cuarenta a cincuenta minutos cada una.

El resto del tiempo se ocupaba en leer en voz alta la vida de algún santo, en recitar el brevario, en el examen de la conciencia y confesión. Teníamos comidas de media hora seguidos por una hora de receso y así se pasaba el día. ¡Pero las noches, las noches! ¿Qué diré de ellas? Mi pluma rehusa apuntar todo lo que mis ojos vieron y mis oídos oyeron durante las largas horas de esas noches.

Usualmente comenzaron a tomar como a las nueve, pero dentro de media hora el alcohol comenzó a desatar las lenguas y trastornar los cerebros. Comenzaron las historias ingeniosas seguidas por las más indecentes y vergonzosas recitaciones. Los cantos lujuriosos y las más infames anécdotas volaban de cama en cama, de habitación en habitación hasta la una o las dos de la mañana.

Una noche, tres sacerdotes tuvieron ataques de delirio casi al mismo tiempo. Uno gritaba que tenía una docena de víboras en su camisa; el segundo estaba luchando contra miles de murciélagos que intentaban sacarle los ojos de sus cuencas; el tercero, con un palo, estaba repelando a millones de arañas que, según él decía, eran del tamaño de pavos silvestres, todos tratando de devorarlo. Además, docenas de ellos vomitaban sus estómagos sobrecargados en las camas y por todos lados. Al tercer día, yo estaba tan repugnado e indignado que determiné irme sin ruido bajo el pretexto de estar enfermo.

Había, sin embargo, algo todavía más abrumadora: La terrible lucha moral en mi alma. La voz de mi conciencia (que creí ser la voz de Satanás) clamaba en mis oídos: ¿No ves claramente que tu Iglesia es la Iglesia del diablo y que estos sacerdotes en lugar de ser los sacerdotes del Cordero de Dios, son los sucesores de los antiguos sacerdotes de Baco?

Lee tu Biblia con un poquito más de atención y fíjate si esto no es el reinado de la gran Ramera que contamina al mundo con sus abominaciones. ¿Hasta cuándo permanecerás en este mar de Sodoma? ¡Sal fuera! ¡Sal fuera de Babilonia si no quieres perecer con ella! ¿Puede el Hijo de Dios bajar cada mañana en cuerpo, alma y divinidad a las manos y estómagos de semejantes hombres? ¿Pueden las naciones ser guiadas en los caminos de Dios por ellos? ¿No eres culpable de un crimen imperdonable al plantar con tus propias manos en este magnífico país un árbol que produce semejante fruto? ¿Cómo te atreves a encontrarte con tu Dios después de engañarte a ti mismo y a la gente haciéndoles creer que estos son los representantes de Cristo, líderes y sacerdotes de la Iglesia fuera de la cual no hay salvación?

¡Oh, cuán terrible es resistir a la voz de Dios! ¡Creer que él es el maligno cuando, por sus advertencias, procura salvar tu alma! Temiendo perder enteramente mi fe en mi religión y convertirme en un ateo absoluto si permaneciera más tiempo en medio de tanto libertinaje, determiné irme. Pero antes de hacerlo, quería consultar a mi nuevo amigo quien la providencia de Dios me había provisto en el Sr. Dunn.

Lo busqué después de la comida y llevándolo aparte, le conté lo que ocurrió la noche pasada y le pedí su consejo sobre mi determinación de abandonar el retiro.

El respondió: No me revelas nada nuevo, porque yo pasé la noche en el mismo dormitorio. Un sacerdote me contó de todas las orgías ayer; casi no le creí lo que me dijo, por tanto, decidí ir para ver y oírlo yo mismo. No exageras, no has mencionado ni la mitad de los horrores de anoche. Escapa a toda descripción y es sencillamente increíble para cualquiera que no estuviera allí para atestiguarlo.

Sin embargo, te aconsejo que no te vayas. Tu salida te arruinaría para siempre en la mente del obispo. Lo mejor que puedes hacer es ir y contarlo todo al Obispo Spaulding. Yo lo hice esta mañana, pero sentí que no creyó ni la mitad de lo que dije. Cuando el mismo testimonio viene de ti, entonces lo creerá y probablemente tomará algunas medidas con nuestro propio obispo para poner fin a esos horrores.

Tengo que decirte algo en confianza que sobrepasa todo lo que sabes de las abominaciones de estas tres noches pasadas: Un respetable policía, que pertenece a mi congregación, vino a mí esta mañana para decirme que la primera noche, seis prostitutas vestidas como caballeros, y anoche, doce vinieron a la universidad después del anochecer, entraron al dormitorio y fueron directamente por señas a los que las habían invitado, cada una teniendo la llave necesaria.

Yo acabo de informarle al Obispo O'Regan del hecho, pero en lugar de prestar atención a lo que dije, se enfureció contra mí, diciéndome: ¿Tú crees que voy a bajar de mi dignidad de obispo para oír los informes de un policía degradado o viles espías? Si ellos quieren condenarse, no hay remedio, ¡Qué vayan al infierno! ¡No estoy más obligado ni tengo más poder que Dios para impedirles! ¿Les impide Dios? ¿les castiga él? ¡No! ¡Bueno, no puedes esperar de mí más celo y poder que nuestro Dios común!Con estas finas palabras, dijo el buen Sr. Dunn, tuve que salir rápidamente de su habitación. Es inútil hablar con el Obispo O'Regan sobre ese asunto. ¡Es inútil! El quiere recibir una cuota grande de esos sacerdotes al final del retiro y está más inclinado a manearlos que castigarlos con tal de obtener los cien mil dólares que él quiere para construir su palacio de mármol blanco en la ribera del lago.

Le repliqué: Aunque añades a mi desolación en lugar de disminuirla por lo que me dices de los extraños principios de nuestro obispo, voy a ir a hablar con mi señor Spaulding como tú me aconsejas.

Sin perder un momento, fui a su habitación. El me recibió muy amablemente y no parecía nada sorprendido por lo que le dije como si estuviera acostumbrado a ver lo mismo o aún peores abominaciones. Sin embargo, cuando le dije la cantidad de licor que tomaron y que el retiro sería solamente una comedia ridícula si no habría ninguna intención de reformar, él acordó que sería aconsejable intentarlo: Aunque esto no está en nuestro programa, podríamos dar uno o dos sermones sobre la necesidad de los sacerdotes de dar un ejemplo de abstinencia a su congregación. Por favor, acompáñeme a la habitación de mi señor O'Regan para conferir sobre el asunto después que tú le digas lo que está sucediendo.

¡Sí! dijo el Obispo O'Regan, es muy triste ver que nuestros sacerdotes tienen tan poquito auto-respeto aun durante días tan solemnes como estos de un retiro público. El Rev. Sr. Dunn acaba de decirme la misma triste historia como el Padre Chíniquy. Pero, ¿Qué remedio podemos hallar para tal estado de cosas? Quizás haría bien darles un buen sermón sobre la abstinencia. Sr. Chíniquy, me dicen que te llaman El Apóstol de Abstinencia de Canadá y que eres un poderoso orador sobre ese tema. ¿No te gustaría darles uno o dos discursos sobre el daño que hacen a sí mismos y a nuestra santa Iglesia por su borrachera?

Si esos sacerdotes pudieran entender francés, repliqué, con mucho gusto aceptaría el honor que usted me ofrece, pero para que ellos me entiendan, tendría que hablar en inglés y no domino lo suficiente a este idioma para intentarlo. Mi inglés quebrado sólo pondría en ridículo a la santa causa de abstinencia. Pero mi señor Spaulding ya ha predicado sobre ese tema en Kentucky y un discurso de Su Señoría sería escuchado con mayor atención y

beneficio.

Entonces, fue acordado que él cambiaría su programa y daría dos discursos sobre la abstinencia. Pero aunque estos discursos eran realmente elocuentes, eran perlas echadas delante de los puercos. Los sacerdotes borrachos durmieron como siempre y hasta roncaron durante casi toda la pronunciación. Es cierto que notamos un poco de mejoramiento y menos ruido las siguientes noches; el cambio, no obstante, fue muy poco.

Al cuarto día del retiro, el Rev. Sr. Lebel se acercó a mí con su maleta en la mano. Se veía furioso, dijo: Ahora has de estar satisfecho. Estoy suspendido y expulsado ignominiosamente de esta diócesis. ¡Es obra tuya! Pero fíjate en lo que te digo; Tú también pronto serás expulsado de tu colonia por el tirano mitrado que acaba de derrumbarme a mí. El me dijo varias veces que a toda costa quebrantará tus planes de colonización francés, enviándote al suroeste de Illinois junto al río Mississippi a un antiguo poblado francés cerca de St. Louis. Está enfurecido contra ti por haberte rehusado a entregarle tu fina propiedad en St. Anne.

Le respondí: Estás equivocado al pensar que yo soy el autor de tus desgracias. Te has desgraciado a ti mismo por tus propios hechos. Nadie lamenta más que yo tu desgracia y mi más sincero deseo es que el pasado sea una lección para guiar tus pasos en el futuro. El deseo del obispo de expulsarme no me aflige. Si es la voluntad de Dios guardarme a la cabeza de esa gran obra, el obispo de Chicago bajará de este trono episcopal antes que yo baje del hermoso cerro de St. Anne.

El, pronto se desapareció; ¡Pero cómo me entristeció la caída de este sacerdote a quien había amado tan sinceramente!

El siguiente domingo fue el último día del retiro. Todos los sacerdotes entraron a la catedral en procesión para recibir la santa comunión y cada uno de ellos comió lo que teníamos que creer ser el verdadero cuerpo, alma y divinidad de Jesucristo. Esto no evitó, sin embargo, que trece de ellos pasaran la próxima noche en la cárcel donde fueron llevados por la policía habiéndolos sacado de las casas de mala fama donde estuvieron alborotándose y peleándose. ¡Fueron puestos en libertad la mañana siguiente después de pagar grandes multas por el disturbio de esa noche!

Al día siguiente, fui a la casa parroquial del Sr. Dunn para preguntarle si él pudiera darme alguna explicación del rumor que el Sr. Lebel había mencionado que yo sería quitado de mi colonia por el obispo y enviado a alguna parte lejana de su diócesis.

Desgraciadamente es la verdad, dijo, el Obispo O'Regan cree que tiene la misión del cielo de deshacer todo lo que su predecesor ha hecho. Uno de los mejores planes grandiosos del

Obispo Vandeveld fue asegurar la posesión de este magnífico estado de Illinois para nuestra Iglesia induciendo a todo el católico-romano emigrados de Francia, Bélgica y Canadá a fincar aquí. Nuestro obispo actual se opone a ese plan y te trasladará a tal distancia que tus planes de colonización se acabarán. El dice que generalmente los franceses son rebeldes y desobedientes a sus superiores eclesiásticos. En vano he intentado cambiarle de opinión. Ya te dije que frecuentemente me pide mi opinión sobre lo que yo creo ser lo mejor para su diócesis, pero ahora mi impresión es que quiere saber nuestra opinión sólo por el gusto de hacer lo opuesto a nuestro consejo.

Al final del retiro, la petición por fondos del Obispo O'Regan tuvo éxito, aunque todos los que estaban presentes sintieron que era absurdo construir un palacio de cien mil dólares en un diócesis tan joven y pobre. Inmediatamente se juntó entre nosotros siete mil dólares en efectivo y pagares como muestra de buena voluntad. Luego de prometer que haríamos todo en nuestro poder para juntar el saldo de esa ridícula cantidad, fuimos simultáneamente bendecidos y despedidos del retiro.

Caminé sólo algunos pasos de la universidad cuando un sacerdote irlandés, desconocido para mí, me alcanzó para decirme: Mi señor O'Regan quiere verte inmediatamente. Cinco minutos después, estaba a solas con mi obispo quien, sin ningún prefacio, me dijo: Sr. Chíniquy, oigo muchas cosas extrañas y dañosas acerca de ti de todas partes. Pero lo peor de todo es que dicen que tú eres un secreto emisario Protestante; que en lugar de predicar las verdaderas doctrinas de nuestra santa Iglesia, de la Inmaculada Concepción, el purgatorio, etc., pasas tu tiempo distribuyendo Biblias y Nuevos Testamentos entre tus inmigrantes. Quiero saber de tus propios labios si esto es cierto o no.

Le respondí: Una parte de lo que la gente le ha dicho es falso y parte es verdad. No es cierto que he descuidado la predicación de las doctrinas de nuestra santa Iglesia del purgatorio, la Inmaculada Concepción de María, la confesión auricular o el respeto que debemos a nuestros superiores. Pero sí es verdad que distribuyo la Santa Biblia y el Evangelio de Cristo entre mi gente.En lugar de sonrojar de semejante conducta impropia para un sacerdote, pareces estar orgulloso de ella, respondió el obispo airado.

No entiendo, mi señor, por qué un sacerdote de Cristo debería sonrojarse por distribuir la Palabra de Dios entre su congregación. Puesto que estoy obligado a predicar esa Santa Palabra, no es sólo mi derecho, sino mi deber dársela. Estoy plenamente convencido que no hay predicación más eficaz y poderosa que la de nuestro Dios mismo cuando nos habla por medio de su Santo Libro.

¡Esto es puro Protestantismo, Sr. Chíniquy, puro Protestantismo! respondió airado.

Mi querido obispo, calmadamente respondí, si dar la Biblia a la gente e invitarla leer y meditar en ella es Protestantismo, nuestro santo Papa Pío VI era un buen Protestante: En su carta a Martini, que probablemente está en las primeras páginas de la hermosa Biblia que veo en la mesa de Su Señoría, no solamente le bendice por traducir ese Santo Libro, sino invita a la gente a leerla.

El obispo, asumiendo un aire de sumo desprecio, replicó: Tu respuesta muestra tu ignorancia total sobre el tema del cual hablas tan confiadamente. Si fueras mejor informado sobre ese grave tema, sabrías que la traducción por Martini, que el Papa aconseja a la gente italiana a leer, formó una obra de veintitrés tomos grandes que por supuesto nadie excepto la gente muy rica y ociosa podía leer. Ni uno entre diez mil italianos tiene los medios para comprar semejante obra y ni uno entre veinte mil tiene el tiempo ni la voluntad para examinar semejante masa de comentarios sin fin. El Papa nunca hubiera dado semejante consejo a leer la Biblia como la que tú distribuyes tan imprudentemente.

Entonces, mi señor, le respondí, ¿Usted me dice positivamente que el Papa dio permiso de leer la traducción de Martini porque él sabía que la gente común no podía conseguirla debido a su tamaño enorme y precio tan alta, y me asegura que él nunca hubiera dado tal consejo si la misma gente pudiera comprar y leer esa santa obra?

¡Sí, señor! Eso es lo que quiero decir, respondió el obispo con un aire de triunfo, Yo sé positivamente que esto es un hecho.

Con calma le repliqué: Espero que Su Señoría se ha equivocado sin querer, porque si estuviera correcto, los principios austeros e impávidos de la lógica me obligarían a pensar y decir que el Papa y todos sus seguidores son engañadores y que esa Encíclica en sus manos es un fraude público, porque todos los sacerdotes Católicos en todo el mundo la usamos y la imprimimos en todas nuestras propias Biblias para que la gente, tanto Protestante como Católica, crea que nosotros aprobamos la lectura de nuestras propias versiones de la Santa Biblia.

Si hubiera echado una chispa de fuego en un barril de pólvora, la explosión no hubiera sido más pronto ni tan terrible como la furia de ese prelado. Apuntando su dedo en mi cara, dijo: Ahora veo la verdad de lo que me han dicho que tú eres un protestante disfrazado desde el mismo día que fuiste ordenado sacerdote. ¡La Biblia! ¡La Biblia es tu lema! ¡Para ti la Biblia es todo y la santa Iglesia con sus Papas nada son! ¡Qué palabra tan insolente y me atrevo a decir cuán blasfema acabo de oír de ti! ¡Tú te atreves a llamar a una carta encíclica de uno de

nuestros santos Papas, un fraude!

En vano intenté explicar; no me escuchó y me silenció diciendo: ¡Si nuestra santa Iglesia, en un día desgraciado te haya ordenado uno de sus sacerdotes en mi diócesis, fue para predicar las doctrinas y no a distribuir la Biblia! ¡Si te olvides de eso, te lo haré recordar! Y con ese comentario tuve que salir por la puerta que él había abierto.

Gracias a Dios que esta primera persecución que recibí por causa de mi querida Biblia no disminuyó mi amor y respeto por la Santa Palabra de Dios ni mi confianza en ella. Al contrario, al llegar a mi casa, cayendo de rodillas, la tomé en las manos, la apreté a mi corazón y pedí a mi Padre Celestial que me concediera el favor de amarla más sinceramente y seguir su enseñanza divina con más fidelidad hasta el fin de mi vida.

CAPÍTULO 51

Dentro de un mes después del retiro, todas las ciudades de Illinois se llenaron de los clamores más humillantes contra el Obispo O'Regan. Numerosos artículos aparecieron en los periódicos principales, firmados por los más respetados nombres, acusándole de robo, simonía y perjurio. Quejas amargas salieron de casi cada congregación: Ha robado los hermosos y costosos vestimentos que compramos para nuestra iglesia, gritaron los canadienses franceses de Chicago. Nos ha estafado un lote fino donado para construir nuestra iglesia; lo vendió en $40,000.00 dólares y se embolsó el dinero para su uso privado sin notificarnos, dijeron los alemanes. ¡Su sed de dinero es tan grande, dijo todo el pueblo Católico de Illinois, que aun está vendiendo los huesos de los muertos para llenar sus tesoros!

No me había olvidado del intento atrevido del obispo de arrancar mi pequeña propiedad de las manos en su primera visita a mi colonia. Pero había esperado que este acto fuera un aislado caso excepcional en la vida de mi superior y no susurré ni palabra de ello a nadie. Sin embargo, empecé a cambiar de opinión. Quería pensar que estos informes fueran exageraciones y que el clamor contra mi obispo pronto callaría; no obstante, el clamor aumentó más fuerte cada día.

Decidí irme a Chicago para indagarlo personalmente. Fui directamente a la iglesia canadiense francés. Para mi consternación indecible era cierto todo. El obispo había robado los vestimentos para su uso personal. El ultraje de mis compatriotas no conocía límites. Varios hablaron de demandarlo ante los tribunales civiles; aun había plática de acosarlo e insultarlo públicamente en las calles o aun en su mismo palacio. La única manera en que pude apaciguarlos era prometerlos ir a Su Señoría y pedirle que restaurara los vestimentos.

Mi próxima parada fue un cementerio Católico-romano. En el camino me encontré con muchas cargas de arena. En la misma puerta del sitio consagrado encontré a tres carretas a punto de salir del terreno. Obtuve permiso de los choferes para buscar en la arena para ver si no hubiera algunos huesos. No hallé ninguno en la primera carreta, pero para mi horror y vergüenza encontré la mandíbula de un niño en la segunda y los huesos de un brazo y casi el

pie completo de un ser humano en la tercera.

Les pregunté cortésmente dónde habían cavado la arena. Para mi pesar y vergüenza indecible, descubrí que el obispo había dicho una mentira rematada. Para apaciguar la indignación pública contra su mercadería sacrílega, había publicado que estaba vendiendo la arena que estaba fuera de la barda.

Para justificar su caso, había ordenado la barda reemplazada por otra a cierta distancia dentro de la antigua. Para empeorar el asunto, el obispo había recibido ese terreno como donación de parte de la ciudad para un lugar de sepultura solamente después de hacer un juramento solemne que lo usaría únicamente para sepultar a los muertos. ¡Cada carga de arena vendida, entonces, no sólo fue un acto de simonía, sino de quebrantar un juramento solemne!

Entonces, fui directamente al obispo para cumplir la promesa que les hice a los canadienses franceses. No tardé mucho en darme cuenta que mi petición no sería bien recibida. Sin embargo, pensé que era mi deber hacer todo en mi poder para abrir los ojos de mi obispo al abismo que él estaba cavando para sí mismo y para todos lo Católicos por su conducta. Mi señor, le dije, no sorprenderé a Su Señoría cuando le digo que todos los verdaderos Católicos de Illinois están llenos de tristeza por los artículos que leen cada día en la prensa contra su obispo.

¡Sí, sí! contestó bruscamente, los buenos Católicos deberían estar tristes al leer semejantes diatribas repugnantes contra su superior e imagino que tú eres uno de los que están tristes. Entonces, ¿Por qué no detienes a tus compatriotas insolentes e infieles de escribir esas cosas? Pues, veo que la mayor parte de esas difamaciones son firmados por canadienses franceses.

Respondí: Es para intentar, con todo lo que hay en mi poder, poner fin a esos escándalos que estoy aquí en Chicago hoy, mi señor.

Muy bien, muy bien, replicó, puesto que tú tienes la reputación de tener gran influencia sobre tus compatriotas, úsala para detenerlos en su conducta rebelde contra mí y entonces creeré que eres un buen sacerdote.

Le respondí: Espero que tendré éxito en lo que Su Señoría quiere que haga, pero hay dos cosas por hacer para asegurar el éxito.

¿Cuáles son? al instante preguntó el obispo.

La primera es que Su Señoría devuelva los finos vestimentos eclesiásticos que usted quitó de la congregación canadiense francés de Chicago. La segunda es que Su Señoría desiste

absolutamente desde este día de robar la arena del terreno de sepultura que cubre las tumbas de los muertos.

El Obispo, golpeando violentamente a la mesa con su puño, cruzó la habitación dos o tres veces; luego, volteó hacia mi y apuntando el dedo en mi cara, exclamó con furia indescriptible, ¡Ahora, veo la verdad de lo que me dijo el Sr. Spink! Tú no eres solamente mi enemigo implacable, estás a la cabeza de mis enemigos. ¡Tú apruebas de sus escritos difamatorios contra mí! Nunca devolveré esos vestimentos eclesiásticos. ¡Son míos así como la iglesia canadiense francés es mía! ¿No sabes que el terreno en que se construyen las iglesias pertenece al obispo, como también las mismas iglesias y todo lo que pertenece a la iglesia? ¿No es una vergüenza ardiente usar esos vestimentos tan finos en una pobre iglesia miserable de Chicago cuando el obispo de esa ciudad importante se viste de harapos? Fue en el interés de la dignidad episcopal que mandé que esos ricos vestimentos espléndidos, que por ley son míos, fueran transferidos de una pequeña congregación insignificante a mi Catedral de Sta. María. Y si tú tuvieras una pizca de respeto por tu obispo, Sr. Chíniquy, irías inmediatamente a tus compatriotas y pondrías fin a sus murmuraciones y calumnias contra mí, diciéndoles sencillamente que he llevado lo que es mío, de esa iglesia que también es mía, a la catedral que es totalmente mía. Di a tus compatriotas que se callen y que respeten a su obispo cuando él está en lo correcto como lo estoy este día.

Muchas veces yo había considerado la infamia e injusticia de la ley que los obispos han aprobado por todos los Estados Unidos, haciendo a cada uno de ellos una corporación con el derecho de tomar como posesión personal a todas las propiedades eclesiásticas de los Católico-romanos. Pero nunca había comprendido la tiranía de esa ley tan claramente como en esa hora.

Le respondí: Mi señor, reconozco que esta es la ley en los Estados Unidos, pero es una ley humana directamente opuesta al Evangelio. No hay una sola palabra en el Evangelio que da este poder al obispo. Semejante poder no es un poder divino, sino un abuso que tarde o temprano destruirá a nuestra santa Iglesia en los Estados Unidos como ya la ha herido mortalmente en Gran Bretaña, Francia y en muchos otros lugares. Cuando Cristo dijo en el Santo Evangelio que él no tenía dónde recostar su cabeza, condenó de antemano a las pretensiones de los obispos de echar mano a las propiedades eclesiásticas como suyo propio. Tal reclamación es una usurpación y no un derecho. Mi señor, nuestro Salvador Jesucristo protestó contra esa usurpación cuando pedido por un joven a meterse en sus asuntos temporales con sus hermanos, él respondió que no había recibido semejante poder. El

Evangelio es una larga protesta contra esa usurpación. En cada página nos dice que el reino de Cristo no es de este mundo. Yo mismo doné $50.00 dólares para ayudar a mis compatriotas a comprar esos vestimentos eclesiásticos, los cuales pertenecen a ellos y no a usted.

Mis palabras proferidas con una expresión de firmeza que el obispo jamás había visto en ninguno de sus sacerdotes, cayeron sobre él como una bomba. Le dejaron tan perplejo que me miró un momento como si quisiera ver si fuera un sueño o una realidad que uno de sus sacerdotes tuviera la audacia de usar semejante lenguaje en su presencia. Pero recuperándose pronto de este estupor, me interrumpió, golpeando con enojo a la mesa con su puño otra vez: ¡Tú eres medio Protestante! ¡Tus palabras huelen a Protestantismo! ¡El Evangelio, el Evangelio! ¡Esa es tu gran torre de fortaleza contra las leyes y reglamentos de nuestra santa Iglesia! Si tú piensas, señor Chíniquy, que me asustas con tus grandes palabras del Evangelio, pronto verás tu error y tú lo pagarás. ¡Te haré recordar que es la Iglesia a quien tienes que obedecer y es a través de tu obispo que la Iglesia te manda!

Mi señor, le respondí, ¡Obedeceré a la Iglesia, sí, pero a una Iglesia fundada en el Evangelio, una Iglesia que respeta y sigue al Evangelio!

Mis palabras le lanzaron en un ataque de furia y dijo: Estoy demasiado ocupado para oír más de tu parloteo impertinente. Por favor, déjame solo y recuerda que si no enseñas a tu gente a respetar y obedecer a sus superiores, pronto oirás de mí. Y el obispo guardó su promesa.

Mi Sr. O'Regan había decidido suspenderme, pero no hallando ningún motivo en mi vida privada, ni pública como sacerdote, para imponer tal sentencia, presionó a Spink, el especulador de bienes raíces, a demandarme nuevamente y prometió basar mi suspensión en el veredicto de condenación contra mí que resultaría del pleito en el tribunal criminal de Kankakee. Pero el obispo y Peter Spink fueron nuevamente decepcionados, porque el veredicto del tribunal, dado el 13 de noviembre de 1855, salió a mi favor.

Mi gozo fue de corta duración, porque mis dos abogados, los Srs. Osgood y Paddock vinieron a decirme: Nuestra victoria aunque grande no está tan decisiva como esperábamos, porque el Sr. Spink acaba de hacer un juramento que no tiene confianza en este tribunal de Kankakee y ha apelado para remitir el caso a otro tribunal, el tribunal de Urbana en el condado de Champaign. Nos duele decirte que tienes que quedar preso bajo fianza en el custodio del Sheriff quien está obligado a entregarte al Sheriff de Urbana el 19 de Mayo de la próxima primavera.

Casi me desmayé cuando oí esto. El tribunal de Urbana está a una distancia de 110 millas y el costo de llevar mis 15 a 20 testigos esa gran distancia estaba completamente fuera de mi presupuesto.

En el momento en que salí del tribunal con un corazón pesado, me abordó un extranjero que me dijo: Yo he seguido su pleito desde el principio. Es más formidable de lo que usted sospecha. Su fiscal, Spink, es sólo un instrumento en las manos del obispo. El verdadero fiscal es el estafador de bienes raíces a la cabeza del diócesis y quien está destruyendo a nuestra santa religión con sus escándalos privados y públicos. Puesto que usted es el único entre sus sacerdotes que se atreve a resistirlo, él está determinado a deshacerse de usted. El gastará todos sus tesoros y usará la casi irresistible influencia de su posición para aplastarte. La desgracia para usted es que al luchar contra un obispo, usted lucha contra todos los obispos del mundo. Ellos unirán toda su riqueza e influencia para silenciarlo aunque a él le aborrezcan y le desprecien. No hay peligro de ningún veredicto en contra suya en este parte de Illinois donde usted es demasiado bien conocido para los testigos perjurados que han traído para influenciar a los jueces. Pero al estar entre extranjeros, fíjese bien en lo que le digo, los falsos juramentos de sus enemigos posiblemente serán aceptados como la verdad del Evangelio por el jurado y luego, aunque inocente, está perdido. Aunque sus dos abogados son hombres expertos, vas a querer algo mejor en Urbana. Intente adquirir los servicios de Abraham Lincoln de Springfield. ¡Si ese hombre le defiende a usted, sin duda saldrá victorioso de ese conflicto mortal!

Le respondí: Estoy muy agradecido por sus palabras de ánimo; por favor, permítame saber su nombre.

Sea usted tan amable y déjeme guardarme incógnito aquí, replicó, la única cosa que puedo decir es que soy Católico como usted e igual que usted no soporto más la tiranía de nuestros obispos americanos. Con muchos otros, veo a usted como nuestro libertador y por esa razón le aconsejo que contrate los servicios de Abraham Lincoln.

Pero, repliqué, ¿Quién es ese Abraham Lincoln? Nunca había oído de ese hombre.

El respondió: Abraham Lincoln es el mejor abogado y el hombre más honesto que tenemos en Illinois.

Fui inmediatamente con ese extranjero a mis dos abogados y les pregunté si no tendrían ninguna objeción a procurar los servicios de Abraham Lincoln para ayudarles a defenderme en Urbana. Ambos respondieron: ¡Oh! Si puedes adquirir los servicios de Abraham Lincoln, hazlo definitivamente. Le conocemos muy bien. Es uno de los mejores abogados y uno de los

hombres más honestos en nuestro estado.

Sin perder un momento, fui a la oficina de telégrafos con ese extranjero y envié un telegrama a Abraham Lincoln para preguntarle si él estaría dispuesto a defender mi honor y mi vida, aunque yo era extranjero para él, en la próxima audiencia del tribunal de Urbana en mayo.

Como 20 minutos después, recibí la respuesta:

¡Sí! Defenderé tu honor y tu vida en la próxima audiencia del tribunal de Urbana en mayo.

ABRAHAM LINCOLN

Mi amigo desconocido, luego, pagó al operador, apretó mi mano y dijo: Que Dios le bendiga y le ayude, Padre Chíniquy. Sigue luchando valientemente por la verdad y la justicia contra nuestros tiranos mitrados y Dios le ayudará hasta el fin. Luego, tomó el tren rumbo al norte y desapareció como una visión del cielo. Nunca lo volví a ver, pero no dejo pasar un solo día sin pedir a Dios que lo bendiga. Algunos minutos después, el Sr. Spink entró a la oficina de telégrafos para mandar un telegrama a Abraham Lincoln, pidiendo sus servicios en la próxima audiencia del tribunal de Urbana, pero llegó demasiado tarde.

El 19 de mayo de 1856, conocí por primera vez al Sr. Abraham Lincoln. Era un gigante de estatura, pero descubrí que era aún más gigante en su noble corazón. Era imposible conversar cinco minutos con él sin amarlo. Había una expresión de tanta bondad y honestidad en ese rostro y un magnetismo tan atractivo en ese hombre que después de algunos momentos de conversación, uno se sentía ligado a él por los afectos más nobles del corazón.

Cuando me apretó la mano, me dijo: Te equivocaste cuando en tu telegrama dijiste que me eras desconocido. Te conozco por tu reputación como el severo adversario de la tiranía de tu obispo y el protector valiente de tus compatriotas en Illinois. He oído mucho de ti por medio de dos sacerdotes y anoche tus abogados, el Srs. Osgood y Paddock, me informaron de cómo el obispo está usando algunas de sus armas para deshacerse de ti. Espero que será fácil derrotar sus proyectos y protegerte contra sus maquinaciones.

Luego, me preguntó cómo llegué a solicitar sus servicios. Le respondí, contándole la historia del amigo desconocido que me aconsejó a procurar tener como uno de mis abogados al Sr. Abraham Lincoln por la razón de que es el mejor abogado y el hombre más honesto en Illinois. El sonrió ante mi respuesta y dijo: Ese amigo desconocido ciertamente hubiera estado más correcto si te dijera que Abraham Lincoln es el abogado más feo del país. y se rió con ganas.

Pasé seis largos días en Urbana como un criminal bajo custodio del sheriff a los pies de mis

jueces. Durante la mayor parte de ese tiempo, todo lo que el lenguaje humano puede expresar de insultos y abusos fue amontonado sobre mi pobre cabeza. Sólo Dios sabe cuánto sufrí en esos días, pero providencialmente fui rodeado por un muro fuerte. Tenía a Abraham Lincoln como defensor, el mejor abogado y el hombre más honesto de Illinois, y como juez al instruido y recto, David Davis. Este llegó a ser Vice-presidente de los Estados Unidos en 1882 y aquél su Presidente más honrado de 1861-65.

Nunca he oído nada igual a la elocuencia de Abraham Lincoln cuando hizo pedazos a los testimonios de los dos sacerdotes perjurados, Lebel y Carthuval, quienes con diez o doce otros falsos testigos habían jurado contra mí. Con toda seguridad hubiera sido declarado inocente después de ese discurso elocuente y después del encargo del instruido Juez Davis, pero mis abogados, por un triste error, dejaron a un católico-romano en el jurado. Por supuesto, ese Católico-romano irlandés quería condenarme aun cuando los once honestos e inteligentes Protestantes eran unánimes en votar no culpable. Por fin, el tribunal, hallando que era imposible convencer al jurado de dar un veredicto unánime, los despidió. Pero, Spink nuevamente forzó al sheriff a guardarme bajo fianza, obteniendo del tribunal permiso para continuar el enjuiciamiento el 19 de octubre de 1856.

Humanamente hablando, hubiera sido uno de los hombres más miserables si no tuviera mi querida Biblia, la cual meditaba y estudiaba día y noche en esos días oscuros de prueba. Aunque el mundo no lo sospechaba, yo sabía desde el principio, que todas mis tribulaciones venían a causa de mi apego invencible y mi firme amor y respeto por la Biblia como la raíz y fuente de toda verdad revelada por Dios al hombre; y me sentía seguro que mi Dios lo sabía también. Esa seguridad apoyaba mi valor en el conflicto. Cada día mi Biblia se volvió más querida para mí y constantemente intentaba andar en su luz maravillosa y su enseñanza divina. Quería aprender mis deberes y derechos. Me gusta reconocer que la Biblia fue lo que me dio el poder y la sabiduría que tanto necesitaba para confrontar sin temor a tantos adversarios. Sentí que ese poder y sabiduría no eran míos. Así, mi Biblia me capacitó para permanecer calmado en el mismo foso de los leones. Me dio, desde el principio de ese terrible conflicto, la seguridad de una victoria final, porque cada vez que bañé mi alma en su divina luz, oí la voz de mi misericordioso Padre Celestial diciéndome: No temas, porque Yo estoy contigo. (Isa. 43: 5)

CAPÍTULO 52

El enfoque de la ira tiránica del Obispo O'Regan cayó principalmente sobre las congregaciones canadienses francesas de Chicago y de St. Anne. Su plan diabólico no era nada menos que su completa destrucción.

Poco después de la Pascua de 1856, el obispo puso su plan en acción. El Rev. Sr. Lemaire fue suspendido y arrojado ignominiosamente del diócesis de Chicago sin motivo, dejando a los canadienses franceses sin pastor. Algunos días después, la casa parroquial fue vendida por $1,200.00 dólares a un americano. La hermosa iglesia pequeña que estaba en el lote junto a la casa parroquial fue trasladada cinco o seis cuadras al suroeste y rentada por el obispo a los Católicos de la parroquia por aproximadamente $2000.00 dólares anuales. Ni una palabra de notificación fue dada a mis compatriotas, quienes habían construido esos finos edificios con su propio dinero.

El 19 de agosto de 1856, el obispo, oyendo que yo estaba en Chicago, me mandó llamar. Aunque no absolutamente ebrio, lo hallé lleno de vino y terriblemente excitado.

Sr. Chíniquy, dijo, tú me habías prometido usar tu influencia para poner fin a la conducta rebelde de tus compatriotas contra mí. Pero los encuentro más insolentes e inmanejables que nunca y creo firmemente que tú tienes la culpa. Tú y ese puño de canadienses franceses de Chicago me dan más problemas que todos los demás sacerdotes y gente de Illinois. Tú estás demasiado cerca de Chicago, señor, la gente de aquí siente demasiado tu influencia. Voy a trasladarte a un lugar lejano donde tendrás suficiente que hacer sin entremeterte en mi administración. Quiero tus servicios en Cahokia en mi diócesis de Qüincy y si para el 15 de septiembre próximo no estás allá, te suspenderé y te excomulgaré y para siempre poner fin a tus intrigas.

Mi señor, ¡Usted habla de suspensión y excomunión! Permíteme decirle respetuosamente que si usted puede mostrarme que haya hecho algo para merecer ser suspendido o excomulgado, me someteré en silencio a su sentencia. Pero antes de sentenciarme le pido en el nombre de Dios hacer una investigación pública de mí y confrontarme con mis acusadores.

Le advierto a Su Señoría que si me suspende y me excomulga sin hacer una investigación, yo usaré todos los medios que nuestra santa Iglesia pone a la disposición de sus sacerdotes para defender mi honor y comprobar mi inocencia. Apelaré también a las leyes de nuestra gran república que protege el carácter de todos sus ciudadanos contra cualquier persona que les calumnia. Entonces será a su propio riesgo y peligro hacer semejante sentencia contra mí.

Mi respuesta calmada sumamente excitó su furia. Golpeó violentamente a la mesa con su puño y dijo: No me importan un comino tus amenazas. Repito, Sr. Chíniquy, si no estás en Cahokia para el 15 del próximo mes, te suspenderé y te excomulgaré.

Sintiendo que sería una necedad de mi parte discutir con un hombre que estaba fuera de sí por la ira y exceso de vino, salí inmediatamente de la habitación para tomar el tren a St. Anne.

Después de pasar la noche pidiendo a Dios que cambiara el corazón del obispo para poder permanecer en medio de mi congregación, dirigí la siguiente carta al Obispo:

Al Reveredísimo O'Regan, Obispo de Chicago,

Mi señor, entre más considero su diseño de expulsarme de la colonia que he fundado y de la cual soy el pastor, más creo que es mi deber ante mí mismo, mis amigos y compatriotas, protestar delante de Dios y los hombres contra lo que usted intenta hacer. Ni un solo de sus sacerdotes tiene mayor estima en la mente pública, ni es más amado y respetado por su gente que yo. Desafío a mis amargados enemigos a comprobar lo contrario. Y ese carácter que es mi tesoro más precioso, usted intenta despojarme de él sacándome ignominiosamente de entre mi gente. Es verdad que tengo enemigos y de eso estoy orgulloso. Los principales son bien conocidos en esta región como los hombres más perversos. La recepción cordial que dicen que recibieron de usted no quita las manchas que tienen en la frente.

Por medio de esta carta, le pido nuevamente que haga una investigación pública y minuciosa de mi conducta. Me dice mi conciencia que no hay nada en contra de mí. Semejante trato público y justo confundirá a mis acusadores. Y hablo de acusadores cuando ni siquiera sé si tengo alguno. ¿Dónde están? ¿Cuáles son sus nombres? ¿De cuál pecado me acusan? ¡Todas estas preguntas que le hice el martes pasado quedaron sin respuesta! Pero quiera Dios que hoy me las contestará, dándome sus nombres. Estoy dispuesto a enfrentarme a ellos delante cualquier tribunal. Antes que usted dé el golpe final a la víctima de este complot infernal, le pido en el nombre de Dios que dé primero un momento de atención a las siguientes consecuencias de mi traslado del lugar donde estoy actualmente:

Usted sabe que tengo pleito con el Sr. Spink en el tribunal de Urbana a principios de

octubre. Mis abogados y todos mis testigos están en los condados de Kankakee e Iroquois. ¡En el momento en que quiero estar aquí para comprobar mi inocencia y defender mi honor, usted me ordena ir a un lugar que está a una distancia de más de 300 millas! ¿No se da cuenta que por esa extraña conducta está ayudando al Sr. Spink contra su propio sacerdote? Al estar en Cahokia, tendré que sufrir los gastos pesados de viajar más de 300 millas muchas veces para consultar a mis amigos o ser privado de su valiosa ayuda. ¿Será posible que usted intenta atar mis manos y pies y entregarme a mis enemigos implacables?Desde el principio de este pleito, el Sr. Spink proclama que usted le ayuda y que igual a los sacerdotes perjurados, usted le ha prometido hacer todo lo que está en su poder para aplastarme. Por amor al carácter sagrado que lleva, no muestre tan públicamente que las jactancias del Sr. Spink sean verdad. Por amor a su alta posición en la Iglesia, no ayude tan públicamente al despiadado estafador de bienes raíces de L'Erable. El ya traicionó a sus amigos Protestantes para conseguir una esposa y en breve le traicionará a usted por menos. Déjame vivir tranquilo aquí hasta que se termine este pleito.

Al expulsarme de mi colonia, la destruirá. Más de 90% de los inmigrantes vienen aquí para vivir cerca de mí. Golpearme a mí es golpear a todos ellos. ¿Dónde hallarás un sacerdote que amará tanto a esa gente como para donarla entre uno o dos mil dólares cada año como invariablemente he hecho? Ha sido a precio de esos sacrificios que con los emigrantes más pobres de Canadá he fundado en cuatro años una colonia insuperada e inigualada en los Estados Unidos por su progreso. Y ahora que he gastado mi último centavo para formar esta colonia, usted me expulsa de ella.

Nuestro colegio donde 150 muchachos reciben una buena educación se cerrará el mismo día que yo me vaya, porque usted sabe muy bien que los maestros que conseguí en Montreal se irán lo más pronto que yo.

¡Ay! Si usted es despiadado hacia el sacerdote de St. Anne, tenga piedad de estos pobres niños. Yo preferiría ser condenado a la muerte que verles destruir su inteligencia vagando por las calles. Déjame, entonces, terminar mi trabajo aquí y déme tiempo para fortalecer estas instituciones jóvenes que caerán al suelo conmigo.

Si usted me expulsa o me suspende como amenaza hacer si desobedezco a su orden, mis enemigos proclamarán que usted me trata con ese rigor, porque me ha hallado culpable de alguna gran iniquidad y esto necesariamente predispondría a los jueces contra mí. Me considerarían como un vil criminal. Porque, ¿Quién supondría en este país libre que hubiera hombres capaces de juzgar y condenar a otro como lo hace hoy nuestro obispo de Chicago sin

darle los nombres de sus acusadores ni decirle de cuales crímenes le acusan.

En el nombre de Dios le pido nuevamente que no me obligue a salir de mi colonia antes de comprobar mi inocencia y la iniquidad del Sr. Spink a la gente honesta de Urbana.

Pero si usted está sordo a mis oraciones y si nada puede desuadirlo de su resolución, no quisiera estar en la posición inenvidiable de un sacerdote suspendido entre mis compatriotas. Mándame por correo mis cartas de misión para los lugares nuevos que intenta confiar a mi cuidado. Entre más pronto llegue allá, será mejor para mi y para mi gente. ¡Estoy listo! Cuando esté en el camino de exilio, pediré al Dios de Abraham que me dé la fortaleza y fe que él dio a Isaac cuando acostando su cabeza en el altar, voluntariamente presentó su garganta a la espada. Pediré a mi Salvador, cargando la pesada cruz a la sima del Calvario, que me dirija y ayuda a mis pasos hacia la tierra de exilio que usted tiene preparado para su sacerdote devoto,

C. CHINIQUY

Al día siguiente, oímos que los sacerdotes borrachos alrededor de nosotros estaban publicando que el obispo ya me había suspendido y que ellos recibieron órdenes de él a tomar el mando de la colonia de St. Anne. Inmediatamente convoqué una reunión de toda la gente y les dije: El obispo no me ha suspendido como los sacerdotes vecinos publican. Sólo amenazó hacerlo si no salgo de este lugar hacia Cahokia para el 15 del próximo mes. Pero aunque no he sido suspendido, puede ser que sí publique falsamente que lo ha hecho. Podemos esperar cualquier cosa del destructor de las finas congregaciones de los canadienses franceses de Chicago. El quiere destruirme a mí y a ustedes así como destruyó a ellos. Pero antes que nos inmuela, espero que con la ayuda de Dios lucharemos como soldados Cristianos por nuestra vida y usaremos todos los medios que las leyes de nuestra santa Iglesia, la Santa Palabra de Dios y la gloriosa Constitución de los Estados Unidos nos permita emplear contra nuestro tirano despiadado.

Les pido como favor que envíen una delegación de cuatro miembros de nuestra colonia en quienes ponen la más absoluta confianza para llevar esta carta al obispo. Pero antes de entregársela, ellos harán las siguientes preguntas, las respuestas a las cuales apuntarán con gran cuidado en su presencia y fielmente nos las entregarán. Es evidente que ahora estamos entrando en una lucha transcendental. Tenemos que actuar con prudencia y firmeza.

A los señores, J.B. Lemoine, Leon Mailloux, Francis Bechard y B. Allaire, habiendo sido unánimemente escogidos para esta misión importante, les dimos las siguientes preguntas para hacer al obispo:

1. ¿Usted ha suspendido al Sr. Chíniquy? ¿Por qué?

2. ¿Es el Sr. Chíniquy culpable de algún crimen para merecer ser suspendido?

3. ¿Han sido comprobados contra él esos crímenes de una manera canónica?

4. ¿Por qué quiere quitar al Sr. Chíniquy de nosotros?

Nuestra delegación volvió de Chicago con las siguientes respuestas que después juraron delante del tribunal de Kankakee:

1. Suspendí al Sr. Chíniquy el 19 del mes actual a causa de su obstinación y falta de sumisión a mis órdenes cuando le mandé a Cahokia.

2. Si el Sr. Chíniquy ha dicho la misa mientras, como ustedes dicen, es irregular y sólo el Papa puede restaurarlo a sus funciones eclesiásticas y sacerdotales.

3. Lo quito de St. Anne a pesar de sus ruegos y las de ustedes porque no ha estado dispuesto a vivir en paz con los Rev. Sres. Lebel y Carthuval. (Cuando le preguntaron al obispo si esos dos sacerdotes no habían sido suspendidos por él a causa de sus escándalos públicos, fue obligado a decir: ¡Sí!)

4. Mi segunda razón por quitar al Sr. Chíniquy de St. Anne y mandarle en su nueva misión es para poner fin al pleito que el Sr. Spink ha levantado contra él. (Cuando preguntaron al obispo si él prometería que el pleito sería detenido por el traslado del Sr. Chíniquy, él respondió: No puedo prometer eso.)

5. El Sr. Chíniquy es uno de los mejores sacerdotes de mi diócesis y no quiero privarme de sus servicios. Ninguna acusación contra su moralidad ha sido comprobado delante de mí.

6. El Sr. Chíniquy ha demandado una investigación para probar su inocencia contra ciertas acusaciones hechas contra él y pidió los nombres de sus acusadores para confundirlos; he rehusado concederle esta petición. (Después que el obispo hizo estas declaraciones, la delegación le presentó la carta del Sr. Chíniquy. Evidentemente le impresionó profundamente. Luego que terminó de leerla, les dijo: Digan al Sr. Chíniquy que venga a verme para preparar su nueva misión y le daré las cartas que él quiere para ir a trabajar allá.)

FRANCIS BECHARD

BASILIQUE ALLAIRE J. B. LEMOINE

LEON MAILLOUX

(Estos caballeros con la excepción del Sr. Allaire todavía viven en 1885)

Después que lo anterior había sido leído y entregado a la gente, les mostré las evidentes falsedades y contradicciones de las respuestas del obispo.

Ahora, mis amigos, aquí está la ley de nuestra santa Iglesia: Si un hombre ha sido

condenado injustamente, que no presta ninguna atención a la sentencia injusta; que ni siquiera haga nada para que sea quitado esa sentencia injusta. (Canon de la Iglesia por el Papa Gelacio)

Se me ocurre hoy por primera vez que el obispo desea ejecutar más la destrucción de ustedes que la mía. Es mi deseo permanecer entre ustedes para defender sus derechos como católicos. Si ustedes son fieles a mí como yo seré a ustedes en la lucha inminente, no tendremos nada que temer, porque nuestra santa Iglesia está a nuestro favor; todas sus leyes y canones están a nuestro favor; el Dios del Evangelio está a nuestro favor y aun el Papa, a quien tendremos que apelar, está a nuestro favor. El Arzobispo de St. Louis, a quien llevé mi queja en abril pasado, me aconsejó escribirle al Papa de los hechos criminales del Obispo O'Regan. Si son leales a ustedes mismos, no permitirán que ese tirano mitrado realice aquí las mismas atrocidades que cometió contra nuestros compatriotas en Chicago. Si prometen salir en defensa de sus derechos, yo diré a ese obispo avaricioso: ¡Venga y venda nuestra casa parroquial y nuestra iglesia aquí si se atreve!

Tendremos que pelear una batalla gloriosa. Es la batalla de la libertad contra la tiranía más cruel que el mundo jamás ha visto. Es la batalla de la verdad contra la mentira. Es la batalla del antiguo Evangelio de Cristo contra el nuevo evangelio del Obispo O'Regan. Seamos leales a nosotros mismos hasta el fin y nuestra santa Iglesia, que ese obispo deshonra, nos bendecirá. Nuestro Salvador Jesucristo, cuyo Evangelio es despreciado por ese aventurero, está a nuestro favor y nos dará una victoria gloriosa. ¿No han leído en sus Biblias que Jesús quiere que sus discípulos sean libres cuando dijo: Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.? (Jn.8:36) ¿Significa esto que el Hijo de Dios quiere que seamos esclavos del Obispo O'Regan?

¡No! gritó toda la gente.

Que Dios les bendiga por comprender sus derechos Cristianos. Todos los que quieren estar libres conmigo, levanten la mano. Gracias a Dios, exclamé otra vez, ¡No hay un solo traidor entre nosotros! ¡Todos son leales, valientes y nobles soldados de libertad, verdad y justicia! ¡Que el Señor les bendiga a todos ustedes!

Era imposible describir el entusiasmo de la gente. Antes de despedirlos, les dije: Sin duda, muy pronto presenciaremos una de las comedias más absurdas jamás actuadas en este continente. Esa comedia generalmente se llama: Excomunión. Algunos sacerdotes borrachos enviados por el obispo borracho de Chicago vendrán a excolmulgarnos. Espero su visita cualquier día. Valdrá la pena ver ese drama y espero que ustedes vean y oigan la cosa más

divertida de su vida.

No me equivoqué. Al día siguiente oímos que el 3 de septiembre había sido escogido por el obispo para excomulgarnos. Dije a la congregación: Cuando ustedes vean la bandera de los libres y de los valientes flotando en la punta de nuestro campanario, vengan a reunirse alrededor de esa emblema de libertad.

Había más de tres mil personas en nuestro cerro hermoso cuando aparecieron los sacerdotes. Unos momentos antes, dije a esa inmensa multitud: Bendigo a Dios que tantos están aquí para presenciar el último acto tiránico del Obispo O'Regan. Pero les pido un favor: Que no se diga ningún insulto a los sacerdotes que vienen a actuar esa comedia. Por favor, no digan ninguna palabra de enojo. No levanten ni un solo dedo contra los actores. Ellos no son responsables por lo que hacen por dos razones: 1. Probablemente están borrachos y 2. Están obligados a hacer esa obra por su amo el Sr. Obispo O'Regan.

Los sacerdotes llegaron como a las 2:00 p.m. y nunca se había oído tantos gritos y aplausos en nuestra colonia como en su llegada. Nunca había visto a mi congregación tan alegre y de buen humor como cuando uno de los sacerdotes temblando de cabeza a pies con terror y borrachera, intentó leer la siguiente ficticia acta de excomunión, la cual clavó a la puerta de la capilla:

3 de septiembre de 1856.

El Reverendo Señor Chíniquy, hasta aquí el cura de St. Anne, Colonia de Beaver, en la diócesis de Chicago, formalmente ha sido suspendido por mí por causas canónicas.

El dicho Sr. Chíniquy, a pesar de esa suspensión, maliciosamente ha realizado las funciones del santo ministerio, administrando los santos sacramentos y diciendo misa. Esto le constituye un irregular y en directa oposición a la autoridad de la Iglesia. Por consecuencia es un cismático.El dicho Sr. Chíniquy así nombrado por mis cartas y requerimiento verbal, ha persistido absolutamente en violar las leyes de la Iglesia y desobedecer a su autoridad y por medio de esta presente carta está excomulgado.

Prohíbo a cualquier Católico tener comunicación con él en asuntos espirituales bajo pena de excomunión. Todo Católico que va en contra de esta suspensión está excomulgado.

+ANTONIO

Obispo de Chicago y

Administrador de Qüincy

Lo más pronto que los sacerdotes que clavaron este documento en la puerta de nuestra

capilla se habían huido a toda velocidad, fui a verlo y encontré lo que esperaba: que no fue firmado por el obispo ni por su gran vicario ni por ninguna persona conocida y por consecuencia era una completa nulidad según las leyes de la Iglesia. Temiendo que yo le entablaría una acción judicial como le había advertido, se echó hacia atrás de la responsabilidad de su propia acción y no lo firmó. Probablemente ignoraba el hecho de que él mismo se excomulgó ipso facto por no haber firmado el documento ni él ni ninguno de sus diputados conocidos. Supe después que mandó a un niño de doce años a escribirlo y firmarlo. De esta manera fue imposible para mí llevar ese documento ante ningún tribunal debido a su falta de las formas legales necesarias. Esta acta también fue nula por haber sido presentada por tres sacerdotes borrachos que no eran mentalmente competentes debido a su estado de ebriedad.

La gente comprendió muy bien que todo el asunto era una miserable farsa, diseñada a separarlos de su pastor. Por la buena providencia de Dios, tuvo el efecto completamente opuesto. Ellos nunca me habían mostrado respeto y devoción tan sinceros como desde ese día inolvidable.

CAPÍTULO 53

El domingo por la tarde, después que los tres sacerdotes borrachos clavaron a la puerta de nuestra capilla su sentencia de excomunión, sin firma, sin sello, sin testigos y por consecuencia nula, la gente se reunió de todas partes de nuestra colonia al salón grande del tribunal de la ciudad de Kankakee para oír varios discursos sobre sus deberes del día y aprobaron unánimemente la siguiente resolución:

Resueltos: que nosotros los canadienses franceses del condado de Kankakee aquí decidimos dar apoyo moral al Rev. C. Chíniquy en la persecución ahora ejercitada contra él por el obispo de Chicago en violación a las leyes de la Iglesia expresadas y sancionadas por los concilios.

La firme y unánime determinación de mis compatriotas de apoyarme fue una de las más grandes bendiciones que Dios me había dado. Me llenó de un valor que nada, de ahí en adelante, podía conmoverme. Pero la gente de St. Anne pensó que no era suficiente mostrar al obispo que nada podía jamás conmover la resolución que habían hecho de vivir y morir como hombres libres. Hicieron una inmensa reunión pública el domingo después de la ficticia excomunión para adoptar la siguiente alocución dirigida al obispo de Chicago, una copia de la cual fue enviado a todos los obispos de los Estados Unidos, de Canadá y al Papa Pío IX:

A SU SEÑORIA ANTHONY O'REGAN DE CHICAGO:

Nosotros los abajo firmantes, habitantes de la parroquia de St. Anne, Colonia de Beaver, viendo con dolor que usted ha desechado nuestra humilde petición que le hemos enviado por los cuatro delegados y habiendo persistido en intentar a correr a nuestro honesto y digno sacerdote, quien nos ha edificado en todas circunstancias por su conducta pública y religiosa y habiendo maltratado a nuestra digno pastor, el Sr. Chíniquy, contrario a todas las leyes de nuestra santa Iglesia y del sentido común, excomulgándole y denunciándole como un sacerdote cismático y habiéndonos prohibido comunicar con él en asuntos religiosos, por medio de la presente carta protestamos contra la manera injusta e inicua que le ha zarandeado, negándole el derecho de defenderse y comprobar su inocencia.

Por consecuencia, declaramos que estamos dispuestos en todo tiempo como buenos Católicos a obedecer todos sus órdenes y requerimientos que están de acuerdo a las leyes del Evangelio y de la Iglesia, pero no estamos dispuestos a seguirle en todos sus errores de juicio, ni sus injusticias ni caprichos codiciosos. Considerando al Sr. Chíniquy como un buen sacerdote virtuoso, hemos decidido unánimemente retenerlo entre nosotros como nuestro pastor. Así que, suplicamos a Su Señoría no molestarse en buscar a otro sacerdote para nosotros. Además hemos decidido unánimemente a sustentarlo y proveerle los medios para ir hasta Roma si no puede tener justicia en América.

Además declaramos que ha sido deshonroso y vergonzoso para nuestro obispo y para nuestra santa religión el ver venir a nuestra capilla, bajo órdenes del príncipe de la Iglesia y representante de Cristo, a tres hombres con vestimentos sacerdotales, con sus lenguas medio paralizadas por el efecto de wiski y quienes al dar la espalda a la iglesia fueron a la casa y establo de uno de nuestros residentes para vaciar ahí sus botellas. Luego, subiendo a su carroza, fueron hacia la aldea de L'Erable cantando cantos de borrachos como indios salvajes. ¿Está influenciado Su Señoría por semejantes hombres cuya misión parece ser la de degradar al sacerdocio y al Catolicismo?

Concluimos, esperando que, cambiando su determinación, trabajará para el beneficio de nuestra santa religión y no para su degradación donde su conducta intolerable nos llevará. También esperamos que no persistirá en correr a nuestro digno pastor el Rev. Carlos Chíniquy de la colonia floreciente que él fundó al costo de abandonar su tierra nativa y al sacrificio de la alta posición que tenía en Canadá, y que haya paz entre usted y nosotros para que tengamos en el obispo de Chicago, no un tirano, sino un padre y que usted nos tenga, no como rebeldes, sino como hijos fieles. Nos suscribimos los hijos fieles de la Iglesia,

THEODORE DORIEN, J. BLEMOINE N.P.,
DET. VANIER, OLIVER SENECHALL,
J.B BELANGER, BASILIQUE ALLAIR,
CAMILY BETOURNEY, MICHEL ALLAIR,
STAN'LAS GAGNE, JOSEPH GRISI,
ANTONIO ALLAIN, JOSEPH ALLARD,
Y quinientos más.

Esta carta fue reproducido por casi toda la prensa de los Estados Unidos. Cayó como trueno en la cabeza del destructor despiadado de nuestro pueblo, pero no cambió sus planes destructivos. El publicó las historias más mentirosas para explicar su conducta y mostrar al

mundo que tenía buenas razones para destruir la congregación francés de Chicago e intentar el mismo experimento en St. Anne.

Con muy pocas excepciones, la prensa del Estado de Illinois, cuyas columnas habían hecho eco a los clamores de indignación que se levantaban dondequiera contra la tiranía del Obispo O'Regan, se puso de mi parte. Cientos de sacerdotes, no sólo de Illinois, sino de todas partes de los Estados Unidos, me dirigieron sus gracias más calurosas por la postura tan firme que había tomado y me pidieron en el nombre de Dios y para la honra de la Iglesia a no ceder ni un centímetro de mis derechos. Desgraciadamente esos sacerdotes manifestaron su cobardía, poniendo en sus cartas las palabras absolutamente confidencial.

Sin embargo, esto no me perturbó. Mi confianza no estaba puesto en mis propias fuerzas, sino en la protección de Dios. Estaba seguro que yo tenía la razón, que el Evangelio de Cristo estaba a mi favor y que todos los canones y leyes de los concilios estaban a mi favor. Mi biblioteca estaba llena de los mejores libros sobre canones y leyes aprobados por los grandes concilios de mi Iglesia y todos estaban de acuerdo con mi curso de acción. Sobre todo, al saber que la voluntad unánime de mi congregación era que permaneciera entre ellos para continuar las grandes obras buenas en mi colonia encargadas a mí tan providencialmente, consideré esto como un indicio seguro de la voluntad divina; por tanto, decidí quedarme a pesar del obispo de Chicago.

Pero si él estaba espiritualmente impotente contra mí, no lo era en asuntos temporales. Su poder y deseo de dañarnos había aumentado igual que su odio desde que leyó nuestras cartas y las vio en todos los periódicos de Chicago. Lo primero que hizo fue reconciliarse con el sacerdote a quien había expulsado ignominiosamente de su diócesis hacía algún tiempo atrás. Ese sacerdote, mientras, había obtenido una buena posición en la diócesis de Michigan.

Le invitó a su palacio y le mimó varios días. Sentí que la reconciliación de esos dos hombres no significaba nada bueno para mí. Pronto se llenó el aire de los rumores más extraños contra mí. Se decía dondequiera que el Sr. Lebel citaría tales acusaciones contra mi carácter que me mandarían a la penitenciaría. ¿Cuáles eran las nuevas acusaciones de iniquidad formuladas contra mí? Nadie sabía, pero los pocos partidarios y los amigos del obispo, los Sres. Lebel y Spink, estaban jubilosos y seguros de que yo sería destruido para siempre.

Por fin, llegó el momento cuando el sheriff de Kankakee tenía que arrastrarme nuevamente como un criminal y prisionero a Urbana para entregarme al sheriff de esa ciudad. Llegué allí el 20 de octubre con mis abogados, los Sres. Osgood y Paddock y una docena de testigos. El Sr. Abraham Lincoln llegó de Springfield sólo unos pocos minutos antes

de mí.

Una vez seleccionado y juramentado el jurado, el Rev. Sr. Lebel fue el primer testigo llamado para testificar y declarar lo que él sabía contra mi carácter. El Sr. Lincoln se opuso a esa clase de testimonio e intentó comprobar que el Sr. Spink no tenía ningún derecho de citar su nuevo pleito contra mí, atacando mi carácter. Pero el Juez Davis decidió que el fiscal tenía ese derecho en el caso que estaba delante de él. Entonces, el Sr. Lebel tuvo plena libertad para decir todo lo que quería. Su testimonio duró casi una hora y es demasiado largo para presentar aquí. Sólo diré que empezó por declarar: Chíniquy es uno de los hombres más viles del mundo y toda clase de rumores abominables circulan constantemente contra él.

Expuso un buen número de esos rumores, aunque no pudo jurar si estaban fundados en la verdad o no, porque no los había investigado. Pero de uno estaba seguro, porque lo había autenticado a fondo. Expresó mucho aparente pesar de que fuera obligado a revelar al mundo cosas que no sólo eran contra el honor de Chíniquy, sino que, hasta cierto punto, involucraban el buen nombre de una querida hermana, Doña Bossey. Pero como tenía que decir la verdad delante de Dios, no podía evitarlo; tenía que decir la triste verdad:

El Sr. Chíniquy, dijo, ha intentado hacer la cosa más infame con mi propia hermana, Doña Bossey. Ella misma me dijo toda la historia bajo juramento y hoy estaría aquí para desenmascarar a ese hombre malvado delante de todo el mundo si no fuera forzada al silencio en su casa por una severa enfermedad.

Aunque cada palabra de esa historia era perjurio, había tanta apariencia de verdad y sinceridad en mi acusador que su testimonio cayó sobre mí, mis abogados y todos mis amigos como una bomba. Sólo Dios conoce el peso y la amargura de las olas de desolación que pasaron sobre mi alma en ese momento.

Después de ese testimonio, había una tregua y un profundo silencio en el tribunal. Los ojos de todos voltearon hacia mí y se oían muchas voces hablando de mí, susurrando: ¡El villano! Aunque era inocente, en ese momento deseaba que la tierra se abriera debajo de mis pies para ocultarme de los ojos de mis amigos y de todo el mundo.

Sin embargo, el Sr. Lincoln pronto interrumpió el silencio, interrogando al Sr. Lebel con tales preguntas que su testimonio pronto perdió mucho de su poder en la mente de muchos. Hizo todavía más daño al falso juramento del Sr. Lebel cuando interrogó a mis doce testigos quienes contaban entre los más respetados ciudadanos de Bourbonnais y antiguos feligreses del Sr. Lebel. Esos doce caballeros juraron que el Sr. Lebel era un hombre tan borracho y vicioso y tan abiertamente mi enemigo a causa de las muchas reprensiones que yo le había

dado por sus vicios públicos y privados que ellos no creerían ni una sola palabra de lo que él dijera aun bajo juramento.

A las 10:00 p.m., se suspendió la sesión para reanudarse a la mañana siguiente. Fui a la habitación del Sr. Lincoln con mis otros dos abogados. Aunque intentaban ocultarlo, podía discernir en la cara que ellos también sentían mucha ansiedad.

Mi querido Sr. Chíniquy, dijo el Sr. Lincoln, aunque mañana espero destruir el testimonio del Sr. Lebel contra ti, debo admitir que veo gran peligro por delante. No hay la menor duda en mi mente que cada palabra que él ha dicho es una mentira jurada, pero mi temor es que el jurado piense diferente. Puedo juzgar bastante bien en estos asuntos. Siento que el jurado piensa que eres culpable. Hay una sola manera de destruir totalmente el poder de un testigo falso; es por otro testimonio directo contra lo que él ha afirmado o demostrar de sus propios labios que ha perjurado. No alcancé hacer eso anoche aunque he disminuido, hasta cierto punto, la fuerza de su testimonio. ¿No puedes presentar una coartada o traer testigos que estuvieron en la misma casa ese día para contradecir directa y absolutamente lo que tu enemigo implacable ha dicho contra ti?

Le respondí: ¿Cómo puedo hacer eso, puesto que él ha sido tan astuto para no decir la fecha del supuesto crimen?

Tienes razón, tienes razón, Sr. Chíniquy, respondió el Sr. Lincoln, puesto que ha rehusado precisar la fecha, no podemos hacer eso. Nunca he visto a dos pícaros tan adiestrados como esos dos sacerdotes. Hay una destreza verdaderamente diabólica en el plan que han maquinado para tu destrucción. Es evidente que el obispo está al fondo del complot. ¿Recuerda cómo forcé a Lebel a confesar que está en relaciones amistosas con el obispo de Chicago desde que se convirtió en el principal de tus acusadores. Aunque no pierdo la esperanza de rescatarte de las manos de tus enemigos, no me gusta ocultarte que tengo varias razones para temer que serás declarado culpable y condenado a un castigo pesado o enviado a la penitenciaría, aunque estoy seguro de que eres perfectamente inocente.

Es muy probable que tendremos que confrontar a esa hermana de Lebel mañana. Su enfermedad es probablemente una maniobra fingida para no aparecer aquí hasta después que el hermano haya torcido a la opinión pública a su favor. En todo caso, si no viene, mandarán a algún juez de paz para obtener su testimonio jurado, el cual será más difícil refutar que sus propias declaraciones verbales.

Esa mujer evidentemente está bajo el control del obispo y su hermano sacerdote y por tanto está dispuesta a jurar cualquier cosa que ellos le ordenan. Yo sé que no hay nada más

difícil refutar que tales testimonios femeninos, especialmente cuando están ausentes del tribunal. ¡La única manera para estar seguros de un veredicto favorable mañana es que el Dios Todopoderoso actuara a nuestro favor y mostrara tu inocencia! ¡Busca a él y ora, porque sólo él puede salvarte! El Sr. Lincoln estaba sumamente solemne al dirigirme estas palabras que penetraron hasta lo más profundo de mi alma.

Frecuentemente me han preguntado si Abraham Lincoln tenía alguna religión, pero nunca he tenido ninguna duda de su profunda confianza en Dios desde que oí esas palabras salir de sus labios en esa hora de ansiedad. No pude ocultar mi angustia; lágrimas ardientes escurrían por mis mejillas mientras él me hablaba y había una expresión de simpatía amistosa en su rostro que nunca olvidaré. Sin poder contestar una sola palabra, le dejé para ir a mi recámara.

Desde las 11:00 p.m. hasta las tres de la mañana, Clamé a Dios, levantando mis manos en súplica ante el trono de su misericordia. Pero confieso, para mi confusión, en ciertos momentos me parecía inútil orar y llorar, porque aunque inocente, sentía que estaba destinado a perecer. Estaba en las manos de mis enemigos. ¡Mi Dios me había abandonado!

¡Qué noche tan terrible pasé! Espero que ninguno de mis lectores jamás conozca por experiencia propia la agonía de espíritu que yo sufrí. Mi única expectación fue que sería para siempre deshonrado y enviado a la penitenciaría a la mañana siguiente.

¡Pero mi Dios no me había abandonado! Nuevamente había escuchado mis clamores y una vez más me mostró su infinita misericordia!

A las tres de la mañana, oí tres toques a la puerta, me levanté rápido para abrirla. ¿Quién estaba ahí? ¡Abraham Lincoln con una cara irradiando de gozo! Casi no podía creer a mis ojos. Pero no me equivoqué, ¡Era mi amigo de noble corazón, el abogado más honesto de Illinois! ¡Uno de los hombres más nobles que el Cielo jamás había concedido a la tierra! Era Abraham Lincoln. Al verme bañado de lágrimas exclamó: Ten ánimo, Sr. Chíniquy, tengo a los sacerdotes perjurados en mis manos. Ya se descubrió su complot diabólico y si ellos no vuelan antes del amanecer, ciertamente serán ahorcados.

¡Bendito sea el Señor que estás a salvo!

Pasar tan repentinamente de suma desolación a sumo gozo casi me mató. Le agarré de la mano, la apreté a mis labios y la bañé con lágrimas de gozo y dije: ¡Que Dios te bendiga para siempre, querido Sr. Lincoln! Por favor, dime, ¿Cómo pudiste traerme noticias tan gloriosas?

Aquí está la sencilla, pero maravillosa historia tal como me lo contó ese gran hombre bueno a quien Dios hizo su mensajero de misericordia hacia mí: Lo más pronto que Lebel

había dado su testimonio perjurado contra ti ayer, uno de los agentes de la prensa de Chicago mandó telegramas a algunos de los periódicos principales de Chicago diciendo: Es probable que el Sr. Chíniquy será condenado, porque parece que el testimonio del Rev. Sr. Lebel no deja ninguna duda de que él es culpable. Y los muchachos irlandeses para vender sus periódicos, gritaban por las calles: ¡Chíniquy será ahorcado! ¡Chíniquy ser ahorcado! Los Católico-romanos se alegraron tanto de oír eso que se vendieron 10,000 copias extras. Entre los que compraron esos periódicos había un amigo tuyo llamado Terrien quien contó a su esposa que tú serías condenado. Cuando ella oyó eso, dijo a su esposo: ¡Qué lástima, porque yo sé que el Sr. Chíniquy no es culpable! ¿Cómo sabes eso? dijo su esposo. Ella respondió: Yo estaba presente cuando el Sr. Lebel hizo el complot y prometió dar a su hermana 160 acres de buena tierra si ella hiciera un juramento falso, acusándole de un crimen que esa mujer dijo que él ni pensaría hacer con ella.

Si es así, dijo Terrien, no podemos permitir que sea condenado el Sr. Chíniquy; acompáñame a Urbana.

Pero esa mujer estaba muy enferma, por tanto dijo a su esposo: Tú sabes muy bien que yo no puedo ir, pero la Srta. Filomena Moffat estaba conmigo en ese momento. Ella sabe todas los detalles de ese malvado complot igual que yo. Ella está muy bien de salud, ve y lleva a ella a Urbana. No hay duda que su testimonio impedirá la condenación del Sr. Chíniquy.

Narciso Terrien salió inmediatamente y cuando tú estabas pidiendo a Dios a rescatarte, él estaba enviando a tu libertador a toda la velocidad de los trenes de ferrocarril. La Srta. Moffat acaba de darme los detalles de ese complot diabólico. Le he aconsejado a no mostrarse antes de que se abra el tribunal. Entonces, yo mandaré por ella y cuando haya dado bajo juramento delante del tribunal los detalles que acaba de darme, pobre de Spink y los sacerdotes perjurados. Como te dije, no me sorprendería si fueran ahorcados, porque hay una terrible excitación en la ciudad entre mucha gente desde que sospechan que los sacerdotes se han perjurado para destruirte. Ahora, has ganado el pleito y mañana tendrás el triunfo más grande que un hombre jamás ganó sobre sus enemigos confundidos. Pero tú necesitas reposo igual que yo, adiós.

Después de dar gracias a Dios por esa maravillosa liberación, me acosté y descansé.

Pero, ¿Qué hacía el sacerdote Lebel en ese mismo momento? No pudiendo dormir después del terrible perjurio que había hecho, él estaba velando las llegadas de los trenes de Chicago con una mente ansiosa, porque estaba consciente por medio de las confesiones que él había escuchado que solamente dos personas en esa ciudad sabían de su complot y su juramento

falso y aunque ellas prometieron no revelarlo a nadie, quedó con cierta aprehensión temible de que de alguna manera yo llegara a saber de su abominable conspiración. Poco después de la llegada de los trenes de Chicago, ¡Cuánto fue su asombro cuando vio que el primer nombre registrado fue el de Filomena Moffat! Esa misma Filomena Moffat quien, unos días antes, había ido a confesarse con él y le dijo que ella había oído todo el complot de sus propios labios cuando prometió dar 160 acres de terreno para convencer a su hermana a perjurarse para destruirme. ¡Un presentimiento mortal congeló la sangre en sus venas! ¿Será posible que esta señorita está aquí para revelar y comprobar mi perjurio delante de todo el mundo?

El la mandó llamar; ella apenas había terminado de conferir con el Sr. Lincoln: ¡La Señorita Filomena Moffat, aquí! exclamó cuando la vio, ¿Por qué vino usted aquí esta noche?

Usted lo sabrá, señor, mañana por la mañana, respondió.

¡Ay, miserable muchacha! ¿Vienes a destruirme? exclamó.

Ella replicó: No vengo a destruirte, porque ya estás destruido, el Sr. Lincoln sabe todo.

¡Ay, Dios mío, Dios mío! exclamó, golpeando su frente con sus manos. Luego, sacando un grande paquete de billetes de su bolsillo, dijo: Aquí le doy cien dólares para que tome el tren de la mañana de regreso a Chicago.

Si usted me ofreciera tanto oro como para llenar esta casa, no regresaría, dijo.

Entonces, bruscamente la dejó; corrió al dormitorio de Spink y le dijo: Retira el pleito contra Chíniquy; estamos perdidos; él lo sabe todo.

Sin perder un solo momento, corrió al dormitorio de su co-sacerdote y le dijo: Apresúrate, vístete y subamos al tren; no tenemos negocios aquí; Chíniquy sabe todos nuestros secretos.

Cuando llegó la hora de abrir el tribunal, había una inmensa multitud, no sólo por dentro, sino por fuera también. El Sr. Spink, tan pálido como un hombre condenado a muerte, se levantó delante del juez y dijo: Si le agrada al tribunal, permíteme retirar la acción judicial contra el Sr. Chíniquy. Ahora estoy convencido de que no es culpable de las acusaciones presentadas contra él delante de este tribunal.

Abraham Lincoln, habiendo aceptado en mi nombre esa reparación, hizo un corta pero una de las más admirables alocuciones que jamás he oído sobre las crueles injusticias que sufrí de parte de mis perseguidores despiadados. Su denuncia de la bribonería de los sacerdotes que se perjuraron comprobó cuán sabios habían sido en fugarse y desaparecer antes de la apertura del tribunal, porque toda la ciudad fue registrada en búsqueda de ellos por cientos de personas que después me criticaron por perdonarlos y por rehusar vengarme por la ofensa que me habían hecho. Pero creí sinceramente que mis enemigos recibieron suficiente castigo

por medio de la terrible revelación pública de su complot infernal. Me parecía necesario obedecer a mi querido Salvador, que tan visiblemente me protegió, cuando susurró a mi alma: Perdónalos y ámalos como a ti mismo.

¿No recibió Spink suficiente castigo por la ruina total que vino sobre él al perder el pleito? Porque él fue al Obispo O'Regan para ser indemnizado por los enormes gastos de tan largo enjuiciamiento en un lugar tan lejano y el obispo le respondió fríamente: Yo prometí indemnizarle si usted venciera a Chíniquy como usted me prometió. Pero como es Chíniquy quien le ha vencido a usted, no le daré un solo centavo.

Abraham Lincoln me defendió no sólo con el celo y talento del más hábil abogado que jamás he conocido, sino como el amigo más devoto que jamás he tenido. Después de defenderme durante dos largas sesiones del tribunal de Urbana sin recibir un solo centavo de mí, yo estimaba que le debía una gran suma de dinero. Mis otros abogados que no habían hecho ni la mitad de su trabajo, me pidieron mil dólares cada uno y no creí que eso fuese demasiado. Después de agradecerle por los servicios inapreciables que él me había prestado, le pedí que me mostrara la cuenta, asegurándole que aunque tal vez no podría pagárselo todo en efectivo, le pagaría hasta el último centavo si él tuviera la bondad de esperar un poco por lo que faltaba.

El me respondió con una sonrisa y un aire de amabilidad inimitable que era peculiar en él: Mi querido Sr. Chíniquy, Yo me siento orgulloso y honrado de haber sido llamado para defenderte, pero lo he hecho menos por ser un abogado que por ser un amigo. El dinero que debería recibir de ti me quitaría el gusto que siento de haber peleado tu batalla. Tu caso es único en todo mi ejercicio de abogado.

Nunca he conocido a un hombre tan cruelmente perseguido como tú y que tan poco lo mereces. Tus enemigos son demonios encarnados. El complot que ellos maquinaron contra ti fue el más infernal que he conocido. Pero la manera en que has sido rescatada de sus manos por la aparición de esa joven e inteligente Srta. Moffat, quien en realidad fue enviada por Dios en la misma hora de necesidad, lo confieso nuevamente que pensé que casi todo estaba perdido, es una de las ocurrencias más extraordinarias que jamás he visto. Me hace recordar, lo que con demasiada frecuencia he olvidado, lo que mi querida madre me decía tantas veces cuando era niño: Nuestro Dios es un Dios que oye la oración. Este buen pensamiento sembrado en mi joven corazón por la mano de mi querida madre estaba justamente en mi mente cuando te dije: Ve a orar, sólo Dios puede salvarte. Pero te confesaré que no tenía suficiente fe para creer que tu oración sería contestada tan rápida y maravillosamente. Ahora

vamos a hablar de lo que tú me debes. ¡Bien, bien! ¿Cuánto me debes? ¡Tú no me debes nada! Pues, supongo que ya estás bastante arruinado. Los gastos de semejante pleito son enormes, yo lo sé. Tus enemigos quieren arruinarte. ¿Les ayudaré a completar tu ruina cuando espero tener el derecho de ser contado entre tus más sinceros y devotos amigos?

Tienes razón, le respondí, tú eres el amigo más devoto y noble que Dios jamás me ha dado y estoy casi arruinado por mis enemigos, pero tú también eres padre de una familia bastante grande y necesitas sustentarla. Tus gastos de viaje al venir desde Springfield por causa de mí y las cuentas del hotel durante las dos sesiones en que me has defendido deben ser considerables. No es justo que no recibas nada por tanto trabajo y tantos gastos.

¡Bien, bien! respondió, te voy a dar un pagaré que tú firmarás. Luego, tomando una hojita de

papel, escribió:

Urbana, 23 de mayo de 1856,

Debo a Abraham Lincoln Cincuenta Dólares por servicios rendidos,

+________________

C. CHINIQUY

Me dio la nota diciéndome: ¿Puedes firmar esto?

Después de leerlo, le dije: Querido Sr. Lincoln, esto es una broma. No es posible que pidas solamente cincuenta dólares por servicios que valen por lo menos 2,000 dólares.

Luego me tocó mi hombro con su mano derecha y dijo: Fírmalo, es suficiente. Después pellizcaré a algunos hombres ricos y les haré pagar el resto de la cuenta. Y se rió gustosamente.

El desahogo de la gran tensión mental, la gran amabilidad de mi defensor y benefactor al cobrarme tan poquito por semejante servicio y el terrible presentimiento de que él pagaría con su vida por lo que había hecho por mí, me deshicieron en sollozos y lágrimas.

Padre Chíniquy, ¿Por qué estás llorando? preguntó.

Querido Sr. Lincoln, le respondí, permíteme decirte que el gozo que naturalmente debería sentir por semejante victoria se desvanece en mi mente por temor a lo que te pueda costar a ti. Había en el tribunal no menos de diez o doce Jesuitas de Chicago y de St. Louis quienes vinieron para oír mi sentencia de condenación a la penitenciaría. ¡Pero fue sobre sus cabezas de ellos que trajiste los truenos del cielo y de la tierra! Nada se puede comparar con la expresión de su furia contra ti cuando no sólo me arrancaste de sus manos crueles, sino que hiciste temblar los muros del tribunal bajo la terrible y elocuente denuncia sobrehumana que

expuso a la luz su infamia, su malicia diabólica y toda falta de principios Cristianos y humanos en el complot que habían formulado para mi destrucción. Lo que aflige mi alma y me hace llorar es que discerní tu sentencia de muerte en sus ojos diabólicos... ¡Cuántos otras víctimas nobles ya han caído a sus pies!

El intentó desviar mi mente con un chiste: Firme esto, esto será mi orden de muerte.

Pero después que lo firmé, se volvió más solemne y dijo: Yo sé que los Jesuitas nunca olvidan y nunca renuncian. Pero a un hombre no le debe importar cómo ni cuándo muera, con tal que muera en el puesto de honor y del deber.

Y habiendo dicho esto, se fue.

CAPÍTULO 54

En 1851 estuvo en contacto conmigo un irlandés llamado D'Arcy McGee, director de The Freeman's Journal, el diario oficial del Obispo de New York. El Sr. McGee se interesó, no sólo en mi trabajo de colonización, sino también en el movimiento de abstinencia. Se hizo aparente, por medio de nuestra correspondencia, que éramos de la misma opinión.

El Sr. McGee decidió encabezar un proyecto de colonización para guiar a sus compatriotas a las tierras fértiles del Oeste, porque las condiciones de la mayoría de los irlandeses Católico-romanos estaba al mismo nivel de la gente de Beauport antes de mi llegada a esa ciudad.

El asistió a una gran asamblea, compuesta principalmente de sacerdotes, que se reunió en Buffalo, N.Y. en la primavera de 1852. Pero cuánto fue su desengaño cuando vio que la mayoría de esos sacerdotes fue enviada por los obispos de los Estados Unidos para oponerse a y derrotar sus planes.

Aunque él habló con ardiente elocuencia, la mayoría le respondió fríamente: Nosotros también estamos determinados a tomar posesión de los Estados Unidos, pero tenemos que proseguir con sumo secreto y sabiduría. ¿Qué hace un hábil general cuando quiere conquistar a un país? ¿Dispersa sus soldados sobre las tierras agrícolas para gastar sus energías arando el campo? ¡No! Los mantiene a sus flancos, marchando hacia las fortalezas, las ricas y poderosas ciudades. Las regiones agrícolas se someterán y se convertirán en el premio de esta victoria, sin levantar un solo dedo para sojuzgarlas.

Así es con nosotros. En silencio y con paciencia tenemos que amasar a nuestros Católico-romanos en las grandes ciudades de los Estados Unidos, recordando que el voto del pobre labrador aunque esté cubierto de harapos, tiene tanto peso en la escala de poder como el del millonario Astor y que si tenemos dos votos contra uno suyo, él se volverá tan impotente como una ostra. Multipliquemos entonces nuestros votos; llamemos a nuestros pobres pero fieles Católicos irlandeses de cada rincón de la tierra y los reunamos en los corazones de Washington, New York, Boston, Chicago, Buffalo, Albany, Troy, Cincinnati, etc.

Bajo la sombra de esas grandes ciudades, los americanos se consideran una gigante raza

invencible. Ellos miran a los pobres Católicos irlandeses con sumo desprecio, como si sólo fueran dignos de cavar sus canales, barrer sus calles y trabajar en sus cocinas. Que nadie despierte a esos leones dormidos hoy. Pidamos a Dios que sigan durmiendo algunos años más, despertándose para descubrir a sus votos excedidos en número, mientras les expulsamos para siempre de cada posición de honor, poder y lucro. ¡Hasta que ni un solo juez ni policía será electo si no es por el voto Católico irlandés! ¿Qué pensarán esos supuestos gigantes cuando ni un senador ni miembro del congreso será elegido a menos que se haya sometido a nuestro Santo Padre, el Papa?

No sólo elegiremos al presidente, sino llenaremos y mandaremos a los ejércitos, tripularemos a los marinos y controlaremos las llaves de la tesorería pública. Entonces llegará el momento para nuestra fiel gente irlandesa de abandonar sus puestos de ponche para convertirse en los jueces y gobernadores de la tierra.

Entonces, ¡Sí! ¡Entonces gobernaremos a los Estados Unidos y los postraremos a los pies del Vicario de Jesucristo para que él ponga fin a su sistema de educación atea y las leyes impías de libertad de conciencia que son un insulto a Dios y a los hombres!

D'Arcy McGee quedó casi solo cuando hicieron el voto.De allí los sacerdotes Católicos unieron sus legiones Irlandeses en las ciudades grandes de los Estados Unidos de América. Se acerca el día cuando los Jesuitas dominarán cada aspecto de este país. Ya son los amos de New York, Baltimore, Chicago, St. Paul, New Orleans, Mobile, Savannah, Cincinnati, Albany, Troy, Milwaukee, St. Louis, San Francisco, etc. ¡Sí! La rica ciudad de San Francisco, la gran reina de la costa Pacífica está en las manos de los Jesuitas.

Desde los primeros días de los descubrimientos de las minas de oro en California, los Jesuitas tenían la esperanza de convertirse en los amos de esos tesoros inagotables y en secreto hicieron su plan con la más siniestra habilidad y éxito. Los Jesuitas vieron inmediatamente que si podían convencer a los Católicos irlandeses a fijar su residencia permanente allí, pronto serían los amos y gobernadores de esa ciudad de oro, cuyo futuro es tan grande y brillante.

Por consecuencia, hay muy pocos millonarios americanos, alemanes, escoceses o ingleses en San Francisco; pero, hay más de cincuenta irlandeses Católicos. Su banco más rico (Nevada Bank) está en sus manos como también todos los ferrocarriles. Las oficinas principales de la ciudad están llenos de irlandeses Católico-romanos. Casi toda la policía se compone de la misma clase como también las asociaciones militares voluntarias. Su unidad compacta en las manos de los Jesuitas con su enorme riqueza, casi les hacen los amos

supremos de las minas de California y Nevada.

Cuando uno conoce la absoluta y abyecta sumisión de los irlandeses Católico-romanos, sean ricos o pobres, a sus sacerdotes y cómo la mente, el alma, la voluntad y la conciencia están firmemente e irrevocablemente atados a los pies de sus sacerdotes, puede comprender fácilmente que los Jesuitas de los Estados Unidos forman una de las corporaciones más ricas y poderosas que el mundo jamás ha visto. Es bien conocido que esos cincuenta millonarios con sus innumerables empleados, por medio de sus esposas y ellos mismos, están continuamente a los pies de sus confesores Jesuitas. Donde gobiernan los Jesuitas, hay poca esperanza para que un verdadero Protestante logre tener una posición lucrativa en los Estados Unidos hoy.

Es a San Francisco a donde deben ir para tener una idea del gran número de organizaciones secretas y poderosas con los cuales la Iglesia de Roma se prepara para el conflicto inminente por el cual ella espera destruir a las escuelas y todo vestigio de derechos humanos y libertades en los Estados Unidos.

Para entrenar más fácilmente a los católico-romano y prepararlos para esta lucha, los Jesuitas han organizado un gran número de sociedades secretas. Los principales de ellas son: La Orden Antigua de Iberniano, La Sociedad Irlandés Americana, Los Caballeros de San Patricio, Los Cadetes de San Patricio, La Alianza Mutua de San Patricio, Los Apóstoles de Libertad, Los Hijos Benevolentes de la Isla Esmeralda, Los Caballeros de San Pedro, Los Caballeros de la Rama Colorada, Los Caballeros de la Columskill, El Sagrado Corazón, etc.

Casi todas estas asociaciones secretas son militares y tienen su sede en San Francisco; pero sus soldados rasos están esparcidos por todos los Estados Unidos. Cuentan con 700,000 soldados, quienes bajo el nombre de La Milicia Voluntaria de los Estados Unidos están bajo órdenes de algunos de los generales y oficiales más hábiles de esta república.

Otro hecho en el cual los protestantes americanos no ponen suficiente atención es que los Jesuitas han sido tan astutos como para colocar la vasta mayoría de generales y oficiales Católico-romanos al mando del ejército y la marina de los Estados Unidos.

Mucho antes de que fuera ordenado sacerdote, yo sabía que mi Iglesia era el enemigo implacable de esta república. Mis profesores de filosofía, historia y teología habían sido unánimes en decirme que los principios y las leyes de la Iglesia de Roma son absolutamente antagónicos a la leyes y principios que son las piedras del fundamento de la Constitución de los Estados Unidos:

1. - El primer principio más sagrado de la Constitución de los Estados Unidos es la igualdad

de todo ciudadano delante de la ley. Pero el principio fundamental de la Iglesia de Roma es la negación de esa igualdad.

2. - La libertad de conciencia proclamada por los Estados Unidos es el principio más sagrado que todo ciudadano tiene que apoyar aun a precio de su sangre. Pero todos los Papas y concilios de Roma declaran que la libertad de conciencia es algo sumamente ateo, inmundo y diabólico que todo buen Católico debe aborrecer y destruir a toda costa.

3. - La Constitución Americana asegura la independencia absoluta del poder civil del poder eclesiástico. Pero la Iglesia de Roma declara por medio de todos sus pontífices y concilios que semejante independencia es una impiedad y rebelión contra Dios.

4. - La Constitución Americana da libertad a todo hombre para servir a Dios según le dicta la conciencia. Pero la Iglesia de Roma declara que ningún hombre jamás ha tenido tal derecho y que solamente el Papa puede saber y decir lo que el hombre debe creer y hacer.

5. - La Constitución de los Estados Unidos niega el derecho de cualquier persona moral a castigar a otro por diferir de él en religión. Pero la Iglesia de Roma dice que ella tiene el derecho de castigar con la confiscación de sus bienes y con pena de muerte a aquellos que defieren del Papa en la fe.

6. - Los Estados Unidos han establecido escuelas en todo su inmenso territorio para invitar a la gente a enviar a sus hijos para cultivar su inteligencia y llegar a ser buenos y útiles ciudadanos. Pero la Iglesia de Roma públicamente ha maldecido a todas esas escuelas y ha prohibido a sus hijos asistir, bajo pena de excomunión en esta vida y condenación en la venidera.

7. - La Constitución de los Estados Unidos se basa en el principio de que la gente es la fuente principal de todo poder civil. Pero cientos de veces la Iglesia de Roma ha proclamado que este principio es impío y hereje. Ella dice que: Todo gobierno tiene que basarse sobre el fundamento de la fe Católica, con el Papa como su única fuente legítima y el único intérprete infalible de la ley.

Podría citar muchos otros hechos que prueban que la Iglesia de Roma es el enemigo irreconciliable de los Estados Unidos, pero sería demasiado largo. Roma es una víbora; tarde o temprano esa víbora morderá y matará a esta república. Esto fue predicho por Lafayette y ahora se promulga por los grandes pensadores de nuestro tiempo.

El gran inventor de la telegrafía eléctrica, Samuel Morse lo descubrió cuando estaba en Roma y lo publicó en 1834 en su obra notable: Conspiraciones Formuladas Contra las Libertades de los Estados Unidos. El instruido Dr. S. Ireneus Prime en su biografía de Samuel

Morse dice: Cuando el Sr. Morse visitó a Italia, conoció a varios eclesiásticos de la Iglesia de Roma y aprendió de ellos que se había formulado una conspiración política contra los Estados Unidos bajo el disfraz de una misión religiosa. Cuando fue a París y disfrutó de la confianza y amistad de Lafayette, declaró sus convicciones al general, quien coincidió con él que en realidad hay una conspiración.

Ese gran estadista y patriota, Richard W. Thomas, Secretario de la Marina, en su obra admirable El Papado y el Poder Civil dice: Nada está más claro que si los principios de la Iglesia de Roma prevalecen aquí, necesariamente caería nuestra Constitución. Los dos no pueden existir juntos. Están en abierto y directo antagonismo contra la ideología fundamental de nuestro gobierno y de todos los gobiernos populares dondequiera.

El elocuente orador español, Castelar, hablando de su propia Iglesia de Roma en 1869, dijo: No hay un solo principio de progreso que no ha sido maldecido por la Iglesia Católica. Esto es verdad en Inglaterra y Alemania como también en todos los países Católicos. La Iglesia maldijo la Revolución Francés, la Constitución Bélgica y a la Independencia Italiana. Ni una sola constitución ha nacido, ni un solo paso de progreso adoptado, ni una reforma solitaria efectuada, que no ha estado bajo los terribles anatemas de la Iglesia.

¿Por qué pedir el testimonio de protestantes o Liberales que adviertan al pueblo americano contra esa conspiración, cuando tenemos el testimonio público de todos los obispos y sacerdotes para comprobarlo? Leen ustedes mismos la posición adoptada por la Iglesia de Roma hoy. Les presento los siguientes documentos irrefutables:

La Iglesia es necesariamente intolerante. Ella tolera la herejía donde y cuando tiene que tolerarla, pero la aborrece y dirige todas sus energías para destruirla. Una vez que los Católicos ganan suficiente mayoría numérica en este país, la libertad religiosa terminará. Así dicen nuestros enemigos y así creemos. (El Pastor del Valle, diario oficial del Obispo de St. Louis, 13 Nov. 1851)

Ningún hombre tiene el derecho de escoger su religión. (New York Freeman, diario oficial del Obispo Hughes, 26 Ene. 1852)

La Iglesia . . . no acepta y no puede aceptar ni de ninguna manera favorecer la libertad en el sentido Protestante de la libertad. (Catholic World, Abril, 1870)

La Iglesia Católica es el medio y el canal por el cual se expresa la voluntad de Dios. Mientras el Estado tiene derechos, los tiene solamente en virtud de y con permiso de la Autoridad Superior y esa autoridad se expresa solamente por la Iglesia. (Catholic World, Julio, 1870)

El Protestantismo no tiene ni tendrá ningún derecho donde el Catolicismo haya triunfado. (Catholic Review, Junio 1875)

La libertad religiosa se tolera hasta que el opuesto puede efectuarse sin peligro a la Iglesia Católica. (Rt. Rev. O'Conner, Obispo de Pittsburg, PA)

Antes de pasar mucho tiempo, habrá una religión del Estado en este país y esa religión estatal será Católico-romana:

1. - El Católico-romano ejercerá su voto con el propósito de asegurar ascendencia Católica en este país.

2. - Toda legislación tiene que ser gobernada por la voluntad de Dios, infaliblemente indicada por el Papa.

3. - La educación tiene que ser controlada por autoridades Católicas y bajo la educación se incluyen las opiniones del individuo y la palabras de la prensa. Muchas opiniones serán prohibidas por el brazo secular bajo la autoridad de la Iglesia aun hasta guerra y derramamiento de sangre." (Padre Hecker, Catholic World, Julio 1870)

Fue propuesto que todas las creencias religiosas fueran libres y su adoración practicada públicamente, pero nosotros hemos rechazado este artículo por estar contrario a los canones y concilios de la primera Iglesia Católica. (Papa Pío VII, Encíclica, 1808)

Uno de los primeros y más solemnes actos del Papa actual, Leo XIII, fue ordenar que la teología de Santo Tomás Aquino fuese enseñada en todos los colegios, seminarios y universidades de la Iglesia de Roma como la enseñanza más exacta de las doctrinas de la Iglesia. El 30 de diciembre de 1880, forcé al Reverendísimo Foley, Obispo de Chicago a traducir del latín al inglés delante del tribunal de Kankakee y jurar que la siguiente ley se encontraba entre las promulgadas por Santo Tomás como una de las leyes actuales e incambiables de la Iglesia de Roma:

Aunque los herejes no deben ser tolerados porque lo merecen, tenemos que soportarlos hasta que por una segunda amonestación sean traídos nuevamente a la fe de la Iglesia. Pero los que después de una segunda amonestación permanecen obstinados en su error, no sólo serán excomulgados, sino serán entregados a los poderes seculares para ser exterminados. (Santo Tomás Aquino, Summa Teología, Vol.IV, P.90)

Después que el obispo había jurado que esto es la verdadera doctrina de la Iglesia de Roma, expresada por Santo Tomás y enseñada en todos los colegios, seminarios y universidades de la Iglesia de Roma, le forcé a declarar bajo juramento que él y cada sacerdote de Roma una vez al año, bajo pena de eterna condenación está obligado a decir en

la presencia de Dios en su Brevario (su libro oficial de rezos) que esa doctrina es buena y santa, porque cada palabra había sido inspirada a Santo Tomás por el Espíritu Santo.

El mismo Obispo Foley nuevamente fue forzado por mí delante del mismo tribunal a traducir del latín al inglés el siguiente decreto del concilio de Letrán y reconocer bajo juramento que sigue siendo la ley de la Iglesia de Roma hoy como ha sido desde el día en que fue aprobado, en el año 1215 D.C.:

Excomulgamos y anatematizamos a toda herejía que se exalta contra la santa fe Católica ortodoxa, condenando a todo hereje por cualquier nombre que sea conocido; porque aunque se defieren de cara, son atados juntos por la cola. Tales condenados serán entregados a los poderes seculares existentes para recibir su debido castigo. Si son laicos, sus bienes serán confiscados; si son sacerdotes, primero serán degradados de sus órdenes respectivas y sus propiedades aplicadas a la iglesia donde han oficiado. Los poderes seculares de todo rango y grado serán advertidos, inducidos y, si es necesario, obligados por censura eclesiástica a jurar que se esforzarán hasta lo máximo en defensa de la fe y extirpar a todos los herejes denunciados por la Iglesia que se encuentren en sus territorios. Y siempre que una persona asuma el gobierno, sea espiritual o temporal, será obligada a acatar este decreto.

Si algún señor temporal, después de ser amonestado y requerido por la Iglesia, se descuidara de limpiar su territorio de la depravación hereje, el obispo metropolitano y los obispos de la provincia se unirán para excomulgarlo. Si permanece contumaz y rebelde por un año entero, el hecho será dado a conocer al Pontífice Supremo, quien declarará a sus vasallos librados de su lealtad desde ese momento en adelante y el territorio será otorgado a los Católicos para ser ocupado por ellos con la condición de exterminar a los herejes y preservar dicho territorio en la fe.

Los católicos que asumirán la señal de la cruz para la exterminación de los herejes, disfrutarán la misma indulgencia y serán protegidos por los mismos privilegios como los que se conceden a los que van al rescate de la Tierra Santa.

Decretamos, además, que todos los que tengan trato con los herejes y especialmente los que los alberguen, defienden o alienten, serán excomulgados. No serán elegibles a ningún puesto público, ni serán admitidos como testigos. Tampoco tendrán el poder de legar su propiedad por testamento, ni de heredar ninguna herencia. No podrán presentar demanda contra nadie, pero cualquier persona podrá presentar una demanda contra ellos. Si es un juez, su decisión no tendrá ninguna fuerza ni ningún caso será traído delante de él. Si es defensor, no se le permitirá defender el caso; si es abogado, ningún instrumento hecho por él

se aceptará como válido, sino que será condenado con su autor.

El Cardenal Manning, hablando en el nombre del Papa, dijo: No reconozco a ningún poder civil; no soy el súbdito de ningún príncipe y reclamo todavía más que esto: Reclamo ser el juez y director supremo de las conciencias de todos los hombres, desde el campesino que cultiva los campos hasta el príncipe que se siente en el trono; desde el hogar que vive en la sombra de privacía hasta el legislador que aprueba las leyes de los reinos. Yo soy el único, el último y supremo juez del bien y del mal. ¡ ¡Además declaramos, afirmamos, definimos y pronunciamos que es imperativo, para la salvación de todo ser humano, estar sujeto al Pontífice Romano! ! (Tablet, 9 Oct. 1864)

Sin duda alguna, es la intención del Papa poseer a este país. En esta intención es auxiliado por los Jesuitas y todo prelado y sacerdote Católico.(Brownson's Review, Mayo, 1864)

Ningún buen gobierno puede existir sin religión y no puede haber religión sin una inquisición, la cual está sabiamente diseñada para la promoción de la verdadera fe. (Boston Pilot, revista oficial del obispo)

El poder de la Iglesia ejercitado sobre los soberanos en la Edad Media no era una usurpación; no se deriva de las concesiones de príncipes ni del consentimiento de la gente, sino que era y es mantenido por derecho divino y cualquiera que lo resiste, se rebela contra el Rey de Reyes y Señor de Señores. (Brownson's Review, Junio, 1851)

El concilio de Constanza celebrado en 1414 declaró: Cualquier persona que ha prometido seguridad a los herejes no será obligado a cumplir su promesa, cualquiera que sea su oficio. Conforme a este principio, John Huss fue quemado en público, el 6 de julio de 1415, en la ciudad de Constanza, aunque obtuvo un salvoconducto de parte del Emperador.

Los negros no tienen ningún derecho que el hombre blanco está obligado a respetar. (El Jefe del Tribunal Supremo, Taney, Católico-romano, en su decisión Dred-Scott)

Si las libertades del pueblo americano fueran destruidas, caerán por la mano del clero Católico. (Lafayette)

Fíjate, señor, que de esta cámara yo gobierno no sólo a París sino a China, y no sólo a China, sino a todo el mundo, sin que nadie sepa cómo lo hago. (Tamburini, General de los Jesuitas)

Es lícito matar a cualquier hombre que ha sido excomulgado por el Papa. (Busembaum Lacroix, Theología Moralis, 1757)

Por tanto, si usted recibe una orden de uno que ocupa el lugar de Dios, debe cumplirla como si viniera de Dios mismo. Se añade también que hay más seguridad de hacer la

voluntad de Dios obedeciendo a nuestros superiores que por obedecer a Jesucristo si apareciese personalmente para dar su mandato. (San Ligorio, La Monja Santificada)

Los Jesuitas son una Organización Militar, no una orden religiosa. Su jefe es el general de un ejército, no un mero Padre Abad de un monasterio. La meta de esta organización es: PODER, Poder en su ejercicio más despótico, poder absoluto, poder universal, poder para controlar al mundo por la voluntad de un solo hombre. Jesuitismo es el más arbitrario de los despotismos, el abuso más atroz de autoridad. (Memoria de la Cautividad de Napoleón en Sta. Elena, por el General Montholon, Vol. II, p. 62)

En la alocución de septiembre de 1851, el Papa Pío IX dijo que él considera el siguiente principio como básico: La religión Católica, con todos sus votos, debe ser tan exclusivamente dominante que cualquier otra adoración sea suspendida y desterrada!

Ustedes pregunten: Si el Papa fuera señor sobre este país y ustedes (los protestantes) en la minoría, ¿Qué les haría? Eso, decimos, depende enteramente de las circunstancias. Si beneficiaría la causa del Catolicismo, les toleraría. Si fuera oportuno, les encarcelaría, les desterraría o probablemente les ahorcaría. Pero estén seguros de una cosa, nunca les toleraría por respeto a sus principios gloriosos de libertad civil y religiosa. (Rambler, uno de los periódicos Católicos más prominentes de Inglaterra, Sep., 1851)

Señor Acton, uno de los barones Católico-romanos de Inglaterra, reprochando a su propia Iglesia por sus leyes sangrientas y antisociales, escribió: El Papa Gregorio VII decidió que no es homicidio matar a personas excomulgadas. Esta regla fue incorporada en el Derecho Canónico. Durante la revisión del código que sucedió en el siglo decimosexto y que produjo un gran volumen de correcciones, este pasaje quedó en firme y aparece en cada edición de Corpus Juris. 700 años ha permanecido y sigue siendo parte de la ley eclesiástica. Lejos de ser una letra muerta, obtuvo una nueva aplicación en los días de la Inquisición y uno de los últimos Papas ha declarado que el asesinato de un Protestante es una obra tan buena que, en sí misma, expía y más que expía el asesinato de un Católico. (The London Times, 20 de Julio, 1872)

En el último concilio del Vaticano, ¿Ha expresado la Iglesia de Roma algún pesar por haber promulgado y ejecutado semejantes leyes sangrientas? ¡No! Al contrario, ella anatematiza a todos los que piensan o dicen que ella hizo mal cuando inundó al mundo con la sangre de millones que ella mandó masacrar para apaciguar su sed de sangre. Ella dice positivamente que tenía el derecho de castigar con tortura y muerte a esos herejes.

Esas sangrientas leyes anti-sociales estaban escritas en las banderas de los Católico-

romanos cuando degollaron a 100,000 Waldenses en las montañas de Piedmont y a más de 50,000 hombres, mujeres y niños indefensos en la ciudad de Bezieres. El masacre de 75,000 Protestantes, la noche de San Bartolomé y la semana que la siguió, fue inspirado por esas leyes diabólicas de Roma.

El Rey Louis XIV, en obediencia a esas leyes, revocó el Edicto de Nantes, causando la muerte de 500,000 hombres, mujeres y niños, quienes perecieron por todas las carreteras de Francia y causó la muerte de otro millón de personas en la tierra de exilo donde se habían refugiado.

Esas leyes anti-sociales, hoy, están escritas en sus banderas con la sangre de 10 millones de mártires. Bajo esas banderas sangrientas, 6,000 sacerdotes, Jesuitas y obispos en los Estados Unidos están marchando hacia la conquista de esta república respaldados por sus siete millones de ciegos esclavos obedientes.

Esas Leyes que todavía son las leyes gobernantes de Roma, son la causa principal de la reciente rebelión de los Estados del Sur. ¡S! Sin el Romanismo, la última guerra civil hubiera sido imposible. Jefferson Davis nunca hubiera atrevido a atacar al Norte si no hubiera tenido la firme promesa del Papa que los Jesuitas, los obispos, los sacerdotes y toda la gente de la Iglesia de Roma le ayudarían bajo el nombre y disfraz de Democracia.

Esas leyes diabólicas y anti-sociales de Roma hicieron que un católico-romano (Bearegard) fuese el hombre escogido para disparar el primer cañón contra Fort Sumpter y contra la bandera de la libertad, el 12 de abril de 1861. Esas leyes anti-cristianas y anti-sociales hicieron que el Papa fuese el único príncipe coronado en todo el mundo tan depravado como para saludar públicamente a Jefferson Davis y proclamarle presidente de un gobierno legítimo...

Estas son las leyes que guiaron a los asesinos de Abraham Lincoln a la casa de una rabiosa mujer Católico-romana, María Surrat, que no sólo era el lugar de reunión de los sacerdotes de Washington, sino que era la misma residencia de algunos de ellos.

Estas sangrientas leyes infernales de Roma alentaron al brazo del católico-romano, Booth, cuando asesinó a uno de los hombres más nobles que Dios jamás ha concedido al mundo.

Esas sangrientas leyes anti-sociales de Roma, después de cubrir a Europa con ruinas, lágrimas y sangre durante diez siglos, han cruzado los océanos para continuar su obra de esclavitud y desolación, sangre y lágrimas, ignorancia y desmoralización en este continente. Bajo el disfraz y el nombre de Democracia se levantó el estandarte de rebelión en el Sur contra el Norte y causó la caída de medio millón de los hijos más heroicos de América en los

campos de matanza.

En el futuro no muy lejano, si Dios no lo impide milagrosamente, esas leyes de hechos oscuros y sangre harán que la prosperidad, la educación y las libertades de esta demasiada confiada nación sean enterradas bajo una montaña de ruinas humeantes y sangrientas. En la cima de esa montaña, Roma levantará su trono y plantará su bandera victoriosa.

Entonces cantará sus Te Deums y voceará sus gritos de júbilo igual como lo hizo cuando escuchó las lamentaciones y clamores de desolación de los millones de mártires en las capitales y grandes ciudades de Europa.

CAPÍTULO 55

Roma vio, en seguida, que la misma existencia de los Estados Unidos era una amenaza formidable contra su propia vida. Desde un principio, perfidiosamente sembró el germen de división y odio entre las dos grandes secciones de este país y tuvo éxito en dividir entre el Norte y el Sur con la cuestión ardiente de la esclavitud. Esa división era su oportunidad dorada de aplastar el uno al otro y reinar sobre las ruinas sangrientas de ambos. Esto fue su preferida y antigua política.

Ella esperaba que la hora de su triunfo absoluto sobre este continente había llegado. Ella ordenó al Emperador de Francia estar preparado con un ejército en México, listo para apoyar al Sur y pidió a todos los católico-romano que se enlistasen bajo las banderas de la esclavitud, uniéndose al partido Demócrata. Un solo obispo se atrevió a desobedecer.

Sobre todo, la orden fue transmitida a oponerse a toda costa a la elección de Lincoln a la presidencia. La prensa Demócrata, que estaba casi completamente bajo el control Católico-romano y una herramienta devota de los Jesuitas, inundó al país con las más terribles denuncias. Le llamaron a Lincoln: un chango, un bruto estúpido, un peligroso lunático, un monstruo sangriento, un tirano despiadado, etc., etc. Roma saqueó al diccionario inglés para encontrar las expresiones más apropiadas para llenar a su gente de desprecio, odio y horror contra él. Pero Dios decretó que ese hombre honesto, Abraham Lincoln, fuese proclamado el Presidente de los Estados Unidos, el 4 de marzo de 1861.

A fines de agosto, aprendí de un sacerdote Católico-romano a quien, por la misericordia de Dios, había persuadido a salir de los errores del papado, que había un complot entre ellos de asesinar al Presidente. Creí ser mi deber, ir a decirle lo que yo sabía. El me recibió con suma cordialidad y amabilidad.

Me da gusto verte nuevamente, dijo, ya ves que tus amigos, los Jesuitas, no me han matado todavía. Pero seguramente lo hubieran hecho cuando pasé por su ciudad más devoto, Baltimore, si no hubiera pasado incógnito unas horas antes que me esperaban. Tenemos evidencia que la compañía que fue seleccionada y organizada para asesinarme, fue guiada

por un rabioso Católico-romano llamado Byrne; fue compuesta casi enteramente por Católico-romanos, además de dos sacerdotes disfrazados entre ellos para guiarlos y animarlos. Lamento que hay tan poquito tiempo para hablar contigo; pero no te dejaré ir sin decirte que hace algunos días, vi al Sr. Morse, el instruido inventor del telégrafo eléctrico. El me dijo que al estar en Roma recientemente, descubrió evidencias de una conspiración formidable contra este país y contra todas sus instituciones. Es evidente que es a las intrigas y emisarios del Papa a quienes debemos, en gran parte, la terrible guerra civil que amenaza cubrir el país con sangre y ruina.

Lamento que el Profesor Morse tuvo que salir de Roma antes que pudiera saber más de los planes secretos de los Jesuitas contra las libertades y la existencia misma de este país. Pero, ¿Sabes qué? Quiero que tú le reemplazcas y continúes la investigación. Mi plan es destinarte a mi embajador de Francia como uno de sus secretarios. En esa honorable posición, irás de París a Roma donde tal vez descubrirás, por las indicaciones del Sr. Morse, una oportunidad para juntar los hilos rotos de la investigación. Se requiere un griego para pelear con un griego. Puesto que tú has tenido 25 años como sacerdote de Roma, no conozco a otra persona en todos los Estados Unidos tan bien enterada de las artemañas de los Jesuitas y en quien tengo mayor confianza. ¿Qué opinas de esto?

Mi querido Presidente, le respondí, me siento inundado por tu amabilidad. Ciertamente no pudiera haber nada tan gustoso para mí que concederte tu petición. El honor que quieres otorgarme está por encima de mis méritos, pero mi conciencia me dice que no puedo abandonar la predicación del Evangelio a mis pobres compatriotas canadienses franceses. Soy un siervo y embajador de Aquel que está mucho más alto aún del buen y gran Presidente de los Estados Unidos. Apelo a tus propios honorables sentimientos Cristianos para saber que no puedo abandonar el uno por el otro.

El Presidente se puso muy solemne y replicó: ¡Tienes razón! No hay nada tan grandioso bajo el cielo como ser un embajador de Cristo.

Luego, con uno de su chistes finos, dijo: ¡Sí, sí! Tú eres el embajador de un Príncipe mayor que yo, pero él no te pagará con tanto dinero en efectivo como yo haría, luego añadió: Me agrada mucho verte, sin embargo, estoy presionado por asuntos muy importantes; por favor, Podrías volver mañana a las 10:00? Tengo una pregunta muy importante para hacerte sobre un asunto que ha estado constantemente en mi mente estas últimas semanas.

Al día siguiente a la hora fijada, mi noble amigo dijo: Ayer no podía darte más de 10 minutos, pero hoy te daré 20. Quiero saber tu opinión sobre algo que me extraña en gran

manera y tú eres el único con quien me gusta hablar de ese tema. Un gran número de periódicos Demócratas, evidentemente escritos por Católico-romanos, publicaron que yo nací Católico-romano y que fui bautizado por un sacerdote. Me llaman un renegado, un apóstata y echan sobre mi cabeza una montaña de abusos. Al principio, me reía de eso, porque es una mentira. Gracias a Dios, nunca he sido Católico-romano. Ningún sacerdote de Roma jamás ha puesto sus manos en mi cabeza. Pero su persistencia en esa mentira debe significar algo; por favor, dime tu opinión.

Mi querido Presidente, le respondí, fue precisamente esta historia extraña lo que me trajo aquí ayer. Lloré como un niño cuando la leí por primera vez, porque yo creo que es tu sentencia de muerte y he entendido de los labios de un sacerdote convertido que esta mentira fue inventada para excitar al fanatismo de los asesinos Católico-romanos que, tarde o temprano, ellos esperan encontrar para derribarte. Ellos quieren estigmatizarte con la marca de apóstata. En la Iglesia de Roma, un apóstata es un proscrito que no tiene ningún lugar en la sociedad ni ningún derecho de vivir.

Te he traído un libro de teología de uno de los Jesuitas más instruidos y aprobados de su tiempo, Busembaum, quien con otros muchos dice que el hombre que te mate a ti, hace una buena y santa obra. Además, aquí está una copia del decreto del Papa, Gregorio VII, que proclama que asesinar a un apóstata como te acusan a ti, no es un homicidio; al contrario, es una buena acción Cristiana. Este decreto está incorporado en el Derecho Canónico, el cual, todo sacerdote tiene que estudiar y todo buen Católico tiene que acatar.

Mi querido Presidente, tengo que repetir aquí lo que te dije en Urbana en 1856. Temo que caerás bajo los golpes de un asesino Jesuita si no pones mayor atención en protegerte. Recuerda que por ser hereje como tú, Coligny fue brutalmente asesinado, la noche de San Bartolomé; que Enrique IV fue apuñalado por el asesino Jesuita, Reviallac, el 14 de mayo de 1610, por haber dado libertad de conciencia a su nación; y que William el Taciturno fue matado a balazos, por otro asesino Jesuita llamado Girard, por haber roto el yugo del Papa. La Iglesia de Roma es absolutamente la misma; cree y enseña lo mismo hoy como en aquel entonces, que ella tiene el derecho y el deber de castigar con muerte a cualquier hereje que sea un obstáculo a sus propósitos.

La jerarquía Católica de los Estados Unidos está a favor de los rebeldes; esto es evidencia incontrovertible de que Roma quiere destruir a esta república. A causa de tus virtudes personales, tu popularidad, tu amor por la libertad y tu posición exaltada, eres el obstáculo más grande para sus maquinaciones diabólicas. Su odio está concentrado contra ti. Se enfría

mi sangre al contemplar el día cuando Roma añadirá a todas sus demás iniquidades, el asesinato de Abraham Lincoln.Al decir estas cosas al Presidente, fui sumamente conmovido, mi voz se ahogaba y casi no pude detener las lágrimas. Pero el Presidente estaba perfectamente calmado. Cuando terminé de hablar, tomó de mis manos el volumen de Busembaum, leyó los renglones que yo había marcado con rojo y le ayudé a traducirlos al inglés. Luego, me devolvió el libro y me dijo: Te repetiré lo que te dije en Urbana: El hombre no debe preocuparse ni dónde ni cuándo muera, siempre que muera en el puesto del honor y del deber. Pero hoy añadiré que tengo el presentimiento que Dios me llamará a sí mismo por la mano de un asesino. ¡Sea hecha su voluntad y no la mía! luego, miró a su reloj y dijo: Lamento que casi se han terminado los 20 minutos que había consagrado a nuestra entrevista. Estaré eternamente agradecido por las palabras de advertencia que me has dirigido tocante a los futuros peligros a mi vida, de parte de Roma. Yo sé que no son peligros imaginarios. Si estuviera peleando contra un Sur Protestante, como nación, no habría ningún peligro de asesinato. Las naciones que leen la Biblia pelean con valor en los campos de batalla, pero nunca asesinan a sus enemigos. El Papa y los Jesuitas con su Inquisición infernal son los únicos poderes organizados en el mundo que recurren a la daga del asesino para eliminar a los que no pueden convencer con sus argumentos ni conquistar con la guerra.

Desgraciadamente, siento más y más cada día que no es solamente contra los americanos del Sur contra quienes estoy luchando, más bien es contra el Papa de Roma, sus Jesuitas perfidiosos y sus ciegos esclavos sanguinarios. Entre tanto que esperan conquistar al Norte, me perdonarán la vida; pero, el día que derrotamos a sus ejércitos, vencemos a sus ciudades y les forzamos a someterse, entonces, es mi impresión que los Jesuitas, quienes son los líderes principales del Sur, harán lo que invariablemente han hecho en el pasado. La daga o la pistola harán lo que las manos fuertes de los guerreros no pudieron realizar.

Esta guerra civil no parece más que un asunto político a los que no ven como yo las fuentes secretas de este drama terrible. Pero es más bien una guerra religiosa que una guerra civil. Es Roma quien quiere dominar y degradar al Norte así como ha dominado y degradado al Sur desde el mismo día de su descubrimiento. Sólo hay unos pocos líderes del Sur que no están más o menos bajo la influencia de los Jesuitas por medio de sus esposas, familiares y amigos. Varios miembros de la familia de Jeff Davis pertenecen a la Iglesia de Roma. Aun los ministros Protestantes están bajo la influencia de los Jesuitas sin sospecharlo. Para mantener su ascendencia en el Norte como lo hace en el Sur, Roma está haciendo aquí lo que ha hecho en México y en todas las repúblicas de Sud-América. Está paralizando por medio de la guerra

civil a los brazos de los soldados de libertad. Ella divide a nuestra nación para debilitarla, sojuzgarla y dominarla.

Ciertamente tenemos algunos valientes oficiales y soldados católico-romano de confianza en nuestro ejército, pero ellos forman una minoría insignificante cuando se compara con los traidores Católico-romanos contra quienes tenemos que guardarnos día y noche. De hecho, la inmensa mayoría de los obispos, sacerdotes y laicos son rebeldes de corazón aunque en apariencia no lo sean. Con muy pocas excepciones, favorecen a la esclavitud.

Ahora entiendo por qué los patriotas de Francia, que determinaron ver a los colores de libertad flotando sobre su gran y hermoso país, fueron obligados a ahorcar y fusilar a casi todos los sacerdotes y monjes como enemigos irreconciliables de la libertad. Ahora es evidente para mí que, con muy pocas excepciones, todo sacerdote y todo católico-romano devoto es un implacable enemigo de la libertad. Su exterminación en Francia fue una de esas terribles necesidades que ninguna sabiduría humana podía evitar; me parece, ahora, como una orden del Cielo para salvar a Francia. ¡Que Dios conceda que esa misma terrible necesidad jamás sea sentido en los Estados Unidos! Pero lo cierto es que si la gente americana pudiera aprender lo que yo sé del odio feroz de los sacerdotes de Roma contra nuestras instituciones, nuestras escuelas, nuestros derechos más sagrados y nuestras libertades compradas a un precio tan alto, ellos, mañana, los expulsarían de entre nosotros o los fusilarían como traidores. Pero tú eres el único a quien puedo revelar estos tristes secretos, porque yo sé que tú los aprendiste antes que yo.

La historia de estos últimos mil años nos dicen que dondequiera que la Iglesia de Roma no es una daga para traspasar el pecho de una nación libre, es una piedra de molino en su cuello para paralizarla, e impedir que avance en los caminos de civilización, ciencia, inteligencia, felicidad y libertad. Pero se me olvidó que mis 20 minutos terminaron hace mucho.

Por favor, acepta mis sinceras gracias por la nueva luz que me has dado sobre los peligros de mi posición. Ven a verme en otra ocasión. Siempre te recibiré con gusto.

Mi segunda visita a Abraham Lincoln fue a principios de junio de 1862. Pero le hallé tan ocupado que sólo pude saludarlo. La tercera y última vez que fui a presentar mis respetos al Presidente, destinado al asesinato, fue la mañana del 8 de junio de 1864 cuando él estaba totalmente asediado de gente que quería verlo.

Después de un caluroso y amable saludo, dijo: Me agrada mucho verte otra vez, pero es imposible decirte más que esto: Mañana por la tarde, recibiré la delegación de los diputados de todos los estados leales, enviados para anunciar oficialmente el deseo del país que yo

permanezca como Presidente durante los próximos cuatro años. Te invito a estar presente con ellos en esa interesante reunión. Llegarás a conocer algunos de los hombres más prominentes de nuestra república y me dará gusto presentarte a ellos. No te presentarás como un delegado de la gente, sino como el invitado del Presidente. Para que no tengas ningún problema, te doy esta tarjeta con un permiso de entrada a la delegación. Pero no te vayas de Washington antes de vernos nuevamente. Tengo algunos asuntos importantes sobre los cuales quiero saber tu opinión.

Al día siguiente, fue mi privilegio tener el honor más grande que jamás he recibido. El buen Presidente quería que yo estuviera de pie a su mano derecha cuando recibió a la delegación. Después de escuchar el discurso presentado por el Gobernador Denison, presidente de la convención, Abraham Lincoln respondió en su propia y admirable simplicidad y elocuencia, terminando con una de sus ingeniosas anécdotas: En esta convención, recuerdo una historia de un anciano granjero holandés, quien sabiamente comentó a un compañero, Nunca es aconsejable hacer intercambio de caballos mientras cruzamos una fuerte corriente de agua.

Al día siguiente, le acompañé a visitar a los 30,000 soldados heridos recogidos de los campos de batalla de la Batalla del Desierto que duró siete días y de la batalla de treinta días alrededor de Richmond, donde Grant estaba rompiendo la columna vertebral de la rebelión. De ida y venida del hospital, poco se decía a causa del fuerte ruido de la carroza. Además, mi alma estaba tan angustiada por los horrores de la guerra fratricida que mi voz se sofocaba. El único pensamiento que parecía ocupar la mente del Presidente era el papel que desempeñó Roma en esa lucha horrible.

El me dijo: Esta guerra nunca hubiera sido posible sin la influencia siniestra de los Jesuitas. Por culpa del papado, ahora vemos a nuestro país enrojecido con la sangre de sus hijos más nobles. Aunque existen grandes diferencias de opinión entre el Sur y el Norte sobre el tema de la esclavitud, ni Jefferson Davis ni ningún otro de los líderes de la Confederación se hubieran atrevido a atacar al Norte, si no contaran con las promesas de los Jesuitas que bajo el disfraz de democracia, el dinero y las armas de los Católico-romanos, y aun las armas de Francia estarían a su disposición para atacarnos.

¡Ay de los sacerdotes, obispos y monjes de Roma en los Estados Unidos, cuando la gente se da cuenta que ellos, en gran parte, son responsables por las lágrimas y la sangre derramadas en esta guerra. Yo oculto lo que sé, porque si la gente supiera toda la verdad, esta guerra se convertiría en una guerra religiosa y se volvería diez veces más salvaje y sangrienta. Llegaría a ser tan despiadada como son todas las guerras religiosas, una guerra

de exterminación de ambos lados.

Los Protestantes, tanto del Norte como del Sur, se unirían a exterminar a los sacerdotes y Jesuitas si supieran todo lo que el Profesor Morse me ha dicho de los complots formulados en la misma ciudad de Roma para destruir a esta república y si se dieran cuenta cómo los sacerdotes, monjes y monjas que llegan diariamente a nuestras riberas, bajo el pretexto de predicar su religión, enseñar en sus escuelas y cuidar a los enfermos en los hospitales, no son más que los emisarios del Papa, de Napoleón y los demás déspotas de Europa para sublevar nuestras instituciones, enajenar el corazón de nuestra gente contra nuestra Constitución y nuestras leyes, destruir nuestras escuelas y preparar un reinado de anarquía aquí como han hecho en Irlanda, en México, en España y dondequiera que haya algún pueblo que quiere ser libre.

Mientras el Presidente decía esto, llegamos a la puerta de su mansión. Me invitó a acompañarle a su estudio y dijo: Aunque estoy muy ocupado, hay muchas cosas importantes concerniente a los complots de los Jesuitas que puedo aprender solamente de ti. ¿Has leído la carta que el Papa mandó a Jefferson Davis? ¿Qué opinas de ella?

Mi querido Presidente, le respondí, Es precisamente esa carta la que me ha traído a tu presencia nuevamente. Esa carta es una flecha venenosa lanzada por el Papa contra ti personalmente; es tu orden de muerte. Antes de esa carta, todo Católico podía ver que su Iglesia en su totalidad estaba en contra de esta república libre; sin embargo, un buen número de irlandeses, alemanes y franceses Católicos, amantes de la libertad, prefirieron seguir el instinto de su noble conciencia en lugar de los principios degradantes de su Iglesia, enlistándose bajo las banderas de la libertad y han peleado como héroes. El objetivo de los Jesuitas es destacar a estos hombres de entre los rangos de los ejércitos del Norte y forzarlos a ayudar la causa de la rebelión.

Secretas cartas presionantes fueron dirigidas por Roma a los obispos, ordenándolos a debilitar a los ejércitos del Norte y destacar de ti esos hombres. Los obispos rehusaron, por temor de exponerse a sí mismos como traidores y ser fusilados. Pero ellos aconsejaron al Papa a reconocer, en seguida, la legitimidad de la república del Sur y colocar a Jeff Davis bajo su protección autoritaria, publicando una carta que sería leída dondequiera.

Esa carta dice a todo católico-romano que tú eres un tirano sanguinario peleando contra un gobierno que el santo e infalible Papa de Roma reconoce como legítimo. El Papa, por esa carta, dice a sus esclavos ciegos que, al continuar semejante guerra sanguinaria, tú estás ultrajando al Dios de los cielos y de la tierra.

Esa carta del Papa a Jeff Davis les da a entender que tú no sólo eres un apóstata, como pensaban antes, a quien todo hombre tiene el derecho de matar, según el Derecho Canónico de Roma, sino eres más vil, cruel y criminal que el ladrón de caballos, el estafador público, el pirata ingobernable o el homicida.

Y mi querido Presidente, esto no es una imaginación ilusoria de mi mente, es la explicación unánime dado a mi por muchos sacerdotes de Roma con quienes he tenido la ocasión de hablar sobre ese tema. En el nombre de Dios y en nombre de nuestro querido país que tanto necesita tus servicios, te suplico que prestes más atención a proteger tu preciosa vida y no seguir exponiéndola como has hecho hasta aquí.

El Presidente me escuchó con intensa atención; luego, replicó: Tú confirmas mi punto de vista concerniente a la carta del Papa. El Profesor Morse es de la misma opinión. En verdad es el acta más perfidiosa que pudiera ocurrir en las circunstancias actuales. Tienes toda la razón al decir que fue para destacar a los católico-romano que han ingresado en nuestros ejércitos. Desde su publicación, muchos de ellos han desertado nuestras banderas y nos han traicionado. Uno de los pocos que no lo han hecho es Sheridan quien por su habilidad, patriotismo y valor heroica, vale más que todo un ejército. También es cierto que Meade ha permanecido con nosotros y ganó la batalla sangrienta de Gettysburg. Pero, ¿Cómo pudo perderla cuando estaba rodeado de héroes como Howard, Reynolds, Buford, Wadsworth, Cutler, Slocum, Sickles, Hancock, Barnes, etc? Pero es evidente que su Romanismo desbancó su patriotismo después de la batalla. Dejó escapar al ejército de Lee, cuando fácilmente pudiera haber cortado su retroceso y haberle forzado a rendirse, puesto que perdió casi la mitad de sus soldados en la matanza de los tres días anteriores.

Cuando Meade fue ordenado a perseguirlos después de la batalla, un extranjero entró de prisa al cuartel. Ese extranjero era un Jesuita disfrazado. ¡Después de 10 minutos de conversación con él, Meade arregló las tácticas de persecución al enemigo de tal forma que escapó ileso, perdiendo únicamente dos cañones!

Tienes razón, continuó el Presidente, que esa carta del Papa ha cambiado totalmente la naturaleza y terreno de la guerra. Antes de leerla, los Católico-romanos podían ver que yo estaba peleando contra Jeff Davis y la Confederación del Sur; pero, ahora, han de creer que es contra Cristo y su santo Vicario, el Papa, contra quien estoy levantando mis manos sacrílegas. Tenemos evidencia diaria de que su indignación, su odio y su malicia contra mí se han intensificado cien veces más. Nuevos proyectos de asesinato son detectados casi diario, acompañados de circunstancias tan salvajes que me traen a la memoria la masacre de San

Bartolomé y el Complot de Pólvora. Nuestras investigaciones indican que vienen de los maestros mismos en el arte de asesinato, los Jesuitas.

Los alborotos de New York eran evidentemente un complot romanista desde el principio hasta el fin. Tenemos evidencia en la mano que todo fue obra del Obispo Hughes y sus emisarios.

Ninguna duda puede permanecer en cuanto a los intentos sangrientos de destruir a New York cuando sabemos la manera tan fácil en que fueron detenidos. Yo escribí al Obispo Hughes, diciéndole que todo el país le culparía a él como responsable si no se terminaran en seguida. Luego, reunió a los alborotadores alrededor de su palacio para decirles: Queridos amigos, les invito a regresar a sus casas en paz. ¡Y todo se terminó! ¡Así, Jupiter de la antigüedad solía levantar una tempestad y pararla con una inclinación de su cabeza!

Desde el principio de esta guerra civil han habido, no secretas, sino públicas alianzas entre el Papa de Roma y Jeff Davis. El Papa y sus Jesuitas han aconsejado, apoyado y dirigido a Jeff Davis desde el primer disparo del cañón contra Fort Sumpter por el rabioso Católico-romano, Beauregard. Ahora están ayudándole en el mar, guiando y apoyando al rabioso pirata Católico-romano, Semmes.

En mi entrevista con el Obispo Hughes, le dije que cualquier extranjero, como él mismo, que había jurado lealtad a nuestro gobierno para convertirse en ciudadano americano, está en peligro de ser fusilado o ahorcado como traidor o espía. Después de colocar esta pulga en los oídos del obispo de Roma, le pedí que fuera a notificar mis palabras al Papa. Mi expectación fue que él les aconsejaría a los Católicos, para su propio beneficio, a permanecer leales y fieles a sus obligaciones y ayudarnos en lo que resta de la guerra. Pero el resultado ha sido todo lo contrario.

El Papa ha quitado la máscara y ha manifestado que él es partidario público y el protector de la rebelión, saludando en público a Jefferson Davis y desvergonzadamente reconociendo a la Confederación del Sur como un gobierno soberano y legítimo.

Ahora tengo la evidencia en la mano que el mismo Obispo Hughes a quien mandé a Roma para inducir al Papa a exhortar a los Católico-romanos del Norte a, por lo menos, ser fieles a su juramento de lealtad y a quien agradecí en público, porque dio la impresión de haber portado honestamente según la promesa que me hizo, es el mismo quien aconsejó al Papa a reconocer la legitimidad de la república del Sur y poner todo el peso de su tiara en el balance contra nosotros y a favor de nuestros enemigos. Tal es la perfidia de los Jesuitas.

Hay dos cánceres atacando a los órganos vitales de los Estados Unidos hoy: Son los

sacerdotes romanistas y los sacerdotes Mormones. Los dos trabajan de la misma manera para producir un pueblo de los más degradantes e ignorantes esclavos fanáticos que no reconocen ninguna otra autoridad que la de su pontífice supremo. Ambos tienen el objetivo de destruir nuestras escuelas y levantarse sobre nuestras ruinas. Ambos se abrigan bajo nuestros grandiosos y santos principios de libertad de conciencia para luego atar al mundo bajo sus pesados yugos degradantes.

Los sacerdotes Jesuitas y Mormones son igualmente los enemigos intransigentes de nuestra Constitución y nuestras leyes. Pero el más peligroso de los dos es el Jesuita, porque él sabe mejor cómo ocultar su odio bajo el disfraz de amistad y del bien público. El está mejor entrenado para cometer los actos más crueles y diabólicos para "la gloria de Dios".

Hasta recientemente, yo estaba a favor de la libertad ilimitada de conciencia como nuestra Constitución la da a los Católico-romanos. Pero ahora me parece que, tarde o temprano, el pueblo será forzado a poner restricciones a esa cláusula hacia los papistas. ¿No es un acto de necedad dar absoluta libertad de conciencia a un grupo de hombres que han jurado públicamente a cortar nuestras gargantas el mismo día que tengan la oportunidad? ¿Es correcto dar el privilegio de ciudadanía a hombres que son los enemigos públicos y jurados de nuestra Constitución, nuestras leyes, nuestras libertades y nuestras vidas?

El momento que el papado asume el derecho de vida y muerte sobre cualquier ciudadano de Francia, España, Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos, asume el poder del gobierno de esos países. Esos Estados cometan un acto de suicidio al permitir al papado colocar su pie en su territorio con el privilegio de ciudadanía. El poder de vida y muerte es el poder supremo y dos poderes supremos no pueden existir en el mismo territorio sin producir anarquía, alborotos, derramamiento de sangre y guerras civiles sin fin. Cuando el papado renuncia al poder de la vida y la muerte que proclama como su propio derecho divino en todos sus libros teológicos y leyes canónico, entonces y solamente hasta entonces podrá ser tolerado y puede recibir los privilegios de ciudadanía en un país libre.

¿No es absurdo dar a un hombre algo que ha jurado a odiar, maldecir y destruir? Y ¿No odia, maldice y destruye la Iglesia de Roma a la libertad de conciencia dondequiera que puede hacerlo con seguridad? Yo estoy a favor de la libertad de conciencia en su sentido más alto, noble y amplio. Pero no puedo dar la libertad de conciencia al Papa y a sus seguidores, los papistas, mientras ellos me dicen a través de todos sus concilios, teólogos y leyes canónicos que su conciencia les ordena a quemar a mi esposa, estrangular a mis hijos y cortarme la garganta cuando hallen la oportunidad. Parece que la gente de hoy no comprende esto. Pero,

tarde o temprano, la luz del sentido común hará claro a cada uno que ninguna libertad de conciencia puede ser concedida a hombres que juren obedecer a un Papa que pretende tener el derecho de matar a los que difieren de él en religión.

Tú no eres el primero que me advierta contra los peligros de asesinato. Mis embajadores en Italia, Inglaterra y Francia como también el Profesor Morse muchas veces me han advertido contra los complots de asesinos que ellos han detectado en esos países. Pero no veo ninguna otra salvaguardia contra esos asesinos, excepto estar siempre listo para morir como Cristo lo aconseja. Puesto que todos tenemos que morir tarde o temprano, poco me importa si muero de una daga hundido en mi corazón o de la inflamación de los pulmones. Permíteme decirte que recientemente leí un pasaje en el Antiguo Testamento que ha hecho una profunda y espero benéfica impresión en mí. Aquí está el pasaje.

El Presidente tomó su Biblia, la abrió al tercer capítulo de Deuteronomio y leyó desde el verso 22 hasta el 28: No los teméis; porque Jehová vuestro Dios pelea por vosotros. Y oré a Jehová en aquel tiempo, diciendo: Señor Jehová, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza, y tu mano poderosa; porque, ¿Qué dios hay en el cielo ni en la tierra que haga obras y proezas como las tuyas? Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán, aquel buen monte, y el Líbano. Pero Jehová se había enojado contra mí a causa de vosotros, por lo cual no me escuchó; y me dijo Jehová: Basta, no me hables más de este asunto. Sube a la cumbre del Pisga y alza tus ojos al oeste, y al norte, y al sur, y al este, y mira con tus propios ojos; porque no pasarás el Jordán. Y manda a Josué, y anímalo, y fortalécelo; porque él ha de pasar delante de este pueblo, y él les hará heredar la tierra que verás.

Después que el Presidente había leído estas palabras, con gran solemnidad añadió: Mi querido Padre Chíniquy, déjame decirte que he leído estos extraños versículos varias veces durante estas últimas cinco o seis semanas. Entre más los leo, más me parece que Dios los escribió, tanto para mí como para Moisés. ¿No me sacó de mi pobre choza de troncos con la mano, así como sacó a Moisés del carrizal del Nilo para ponerme a la cabeza de la más grande y la más bendecida de las naciones modernas, así como puso a ese profeta a la cabeza de la nación más bendecida de los tiempos antiguos? ¿No me concedió Dios un privilegio que no ha concedido a ningún ser viviente, cuando rompí las cadenas de cuatro millones de hombres y los liberté? ¿No me ha dado nuestro Dios las victorias más gloriosas sobre nuestros enemigos? ¿No están reducidos los ejércitos de la Confederación a un puño de hombres en comparación a lo que eran hace dos años y que pronto se acerca el día cuando tendrán que

rendirse?

Ahora, yo veo al final de este terrible conflicto con el mismo gozo que sintió Moisés al final de sus cuarenta años en el desierto. Yo le pido a Dios que me conceda ver los días de paz y prosperidad inefable que seguirán a esta guerra cruel, así como Moisés pidió a Dios ver al otro lado del Jordán y entrar en la tierra prometida. Pero, ¿Sabes qué? Oigo en mi alma como la voz de Dios, dándome la reprensión que fue dado a Moisés. ¡Sí! Cada vez que mi alma se allega a Dios para pedirle el favor de ver el otro lado del Jordán y comer de los frutos de esa paz, la cual anhelo con deseo indecible, ¿Sabes qué? Hay una quieta pero solemne voz que me dice que veré esas cosas sólo desde una gran distancia y que estaré entre los muertos cuando la nación, que Dios me concedió guiar por estas pruebas terribles, cruzará el Jordán y habitará en esa tierra prometida donde la paz, industria, felicidad y libertad alegrarán a todos. Y ¿Por qué así? Porque él ya me dio favores en estos últimos días que nunca ha dado, me atrevo a decir, a ningún hombre.

¿Por qué Dios Todopoderoso rehusó a Moisés el cruzar al Jordán y entrar a la tierra prometida? Fue a causa de su propio pecado de esa nación. Esa ley de retribución y justicia divina por la cual uno tiene que sufrir por otros, ciertamente es un terrible misterio, pero es un hecho que ningún hombre que tiene inteligencia y entendimiento puede negar. Moisés, quien conocía esa ley, aunque probablemente no la entendió mejor que nosotros, calmadamente dijo a su pueblo: Dios se había enojado contra mí a causa de vosotros. Pero, aunque no entendamos esta terrible ley misteriosa, la hallamos escrita con letras de lágrimas y sangre dondequiera. No leemos una sola página de la historia sin hallar indicios de su existencia.

Tantos complots ya se han hecho contra mi vida que es un verdadero milagro que todos han fracasado, cuando consideramos que la gran mayoría eran por las manos adiestradas de asesinos Católico-romanos evidentemente entrenados por los Jesuitas. Pero, ¿Cómo podemos esperar que Dios haga un milagro perpetuo para salvar mi vida? Yo no lo creo. Los Jesuitas son tan expertos en esos hechos de sangre que Enrique IV dijo que era imposible escapar de ellos. El llegó a ser su víctima a pesar de hacer todo lo que podía para protegerse. Sería más que un milagro escapar de sus manos ya que la carta del Papa a Jeff Davis ha aguzado un millón de dagas para hundir en mi pecho. Pero, así como el Señor no oyó ninguna murmuración de los labios de Moisés cuando le dijo que tenía que morir por los pecados de su pueblo antes que cruzara el Jordán, espero y pido que él no oiga ninguna murmuración de mí cuando caiga por amor a mi nación.

Los únicos dos favores que le pido al Señor son: Primero, que yo muera por la causa sagrada en la cual estoy involucrado, mientras soy el portador de la bandera de los derechos y libertades de mi país. El segundo favor que le pido a Dios es que mi querido hijo Roberto, cuando yo haya partido, sea uno de aquellos que levantará esa bandera que cubrirá mi tumba y la cargue con honor y fidelidad hasta el fin de su vida, igual que su padre, rodeado de los millones que serán llamados con él a pelear y morir en la defensa y honor de nuestra patria.

Yo nunca había oído palabras tan sublimes. Nunca había visto un rostro tan solemne y tan parecido al de un profeta como el rostro del Presidente al decir estas cosas. Yo estaba fuera de mí. Bañado en lágrimas intenté decir algo, pero no podía pronunciar una sola palabra.

Yo sabía que el momento para salir había llegado. Le pedí permiso al Presidente para arrodillarme a orar con él y pedir que su vida fuera perdonada y él se arrodilló conmigo. Pero oré más con lágrimas y sollozos que con palabras.

¡Luego, apreté su mano a mis labios y la bañé con mis lágrimas y con un corazón deshecho por desolación indecible, me despedí de él! Fue por última vez. Pronto se acercaba la hora cuando, por amor a su nación, caería por las manos de un asesino Jesuita.

CAPÍTULO 56

Cada vez que tuve cita con el Presidente Lincoln, yo me preguntaba: ¿Cómo pudieron juntarse en un mismo hombre pensamientos tan elevados y la sencillez de niño? Después de mis entrevistas con él, muchas veces yo me decía: ¿Cómo se habrá elevado tan fácilmente este ferroviario a las esferas más altas de filosofía y pensamiento humano?

El secreto es que Lincoln había pasado una gran parte de su vida en la escuela de Cristo y meditaba en sus enseñanzas sublimes a un grado no sospechado por el mundo. Yo hallé en él la más perfecta clase de Cristianismo que jamás había visto.

No era ni estrictamente Presbiteriano, ni Bautista ni Metodista, sino la incorporación de lo más perfecto y Cristiano en ellos. Su religión era la misma esencia de lo que Dios desea en el hombre. De Cristo mismo aprendió a amar a Dios y a su prójimo como también de Cristo aprendió la dignidad y valor del ser humano. Todos sois hermanos, e hijos de Dios fue su gran lema.

Del Evangelio aprendió los principios de igualdad fraternal como también del Evangelio aprendió esa sublime sencillez de niño que siempre ganó el afecto y la admiración de todos. Podría citar muchos hechos para ilustrar esto, pero sólo daré uno tomado de las Memorias del Sr. Bateman, Superintendente de Instrucción Pública del Estado de Illinois:

El Sr. Lincoln pausó por largos minutos, su rostro cargado de emoción. Luego, se levantó y caminó de un lado al otro de la sala de recepción en un esfuerzo para retener o ganar nuevamente su dominio propio. Por fin, se detuvo y dijo con una voz temblorosa y sus mejillas mojadas de lágrimas: Yo sé que hay un Dios y que él aborrece la injusticia y la esclavitud. Yo veo que viene una tempestad y sé que su mano está en ella. Si él tiene un lugar y trabajo para mí y pienso que sí lo tiene, ¡Creo que estoy listo! Yo no soy nada, pero la verdad es todo. Sé que tengo la razón y sé que la libertad tiene la razón, porque Cristo lo enseña y Cristo es Dios. Yo les he dicho que una casa dividida contra sí misma no puede permanecer y Cristo y la razón dicen lo mismo. A Douglas no le importa si vota a favor o en contra de la esclavitud, pero a Dios sí le importa y con la ayuda de Dios no fracasaré. Quizás no veré el fin,

pero vendrá y seré vindicado y aquellos hombres verán que no leyeron bien sus Biblias. ¿No parece extraño que los hombres pueden ignorar el aspecto moral de este conflicto? Una revelación no lo podrá hacer más claro: que será destruido o la esclavitud o el gobierno. El futuro sería algo terrible según yo lo veo si no fuera por esta ROCA en que estoy firmemente cimentado (refiriéndose al Evangelio que llevaba en la mano). Parece como si Dios ha tolerado la esclavitud hasta que los mismos maestros de la religión han llegado a usar la Biblia para defenderla y reclamar que tiene el carácter y la sanción divina. Pero ahora, la copa de iniquidad está llena y las copas de la ira serán derramadas.

El Sr. Bateman añadió: Después de esto, siguió un largo discurso, dicho con un tono profundo, tierno, religioso y teñido con melancolía conmovedora. Después de más referencias a fe en la providencia divina y el hecho de Dios en la Historia, la conversación volvió a la oración. Abiertamente expresó su creencia en el deber, privilegio y eficacia de la oración. Intimó en términos inequívocas que él de esta manera buscaba la guianza y el favor de Dios.

El efecto de esta conversación en la mente del Sr. Bateman, un caballero Cristiano a quien Lincoln respetaba profundamente, era convencerlo que el Sr. Lincoln, de su manera quieta, había encontrado el camino del punto de vista Cristiano, que había encontrado a Dios y descansaba en su verdad eterna. Cuando los dos hombres se despedían, el Sr. Bateman contestó: Yo no suponía que usted pensaba tanto en estos temas. Seguramente sus amigos, en general, ignoran los sentimientos que usted me ha expresado.

Pronto respondió: Yo sé que lo ignoran, pero pienso más en estas cosas que en todas las demás y así lo he hecho por años y quiero que usted lo sepa.

Más de una vez sentí como si estuviera en la presencia de uno de los antiguos profetas al escuchar sus opiniones sobre los destinos futuros de los Estados Unidos. En una de mis últimas entrevistas con él, me llenó de una admiración difícil de expresar cuando oí las siguientes opiniones y predicciones:

Los líderes del Sur en esta guerra civil son parecidos a las ruedas grandes y chicas de los carros del ferrocarril. Los que ignoran las leyes de la mecánica han de pensar que las ruedas fuertes y ruidosas que ellos ven son la fuerza motriz, pero se equivocan. La verdadera fuerza motriz no se ve, está silenciosa y bien oculta en la oscuridad dentro de placas de hierro. La fuerza motriz son las pocas cubetas de agua calentadas en vapor y que a su vez está dirigida por el pequeño, silencioso, pero inerrante dedo del ingeniero.

La gente común ve y oye las grandes y ruidosas ruedas de la Confederación del Sur. Los

llamen Jeff Davis, Lee, Toombs, Beauregard, Semmes, etc. y honestamente creen que ellos son la fuerza motriz y la causa principal de nuestros problemas, pero esto es un error. La verdadera fuerza motriz está en secreto, detrás de los gruesos muros del Vaticano, los colegios y escuelas de los Jesuitas, los conventos de las monjas y los confesionarios de Roma.

Hay un hecho demasiado ignorado por la gente americana el cual he conocido sólo desde que llegué a ser Presidente y es que las mejores y principales familias del Sur reciben su educación, en gran parte si no enteramente, de los Jesuitas y las monjas. Las ideas degradantes de esclavitud, soberbia y crueldad son como una segunda naturaleza en esa gente; y por tanto, hay esa falta de honestidad, humanidad y ese odio implacable contra los principios de igualdad y libertad como las hallamos en el Evangelio de Cristo. No ignoramos que los primeros colonizadores de Louisiana, Florida, New México, Texas, California Sur y Missouri eran Católico-romanos y que sus primeros maestros eran Jesuitas. Es cierto que esos estados han sido conquistados o comprados por nosotros, pero Roma ya había inyectado el virus mortal de sus máximas anti-sociales y anti-cristianas en las venas de la gente antes que llegaron a ser ciudadanos americanos. Desgraciadamente, los Jesuitas y las monjas, en gran parte, siguen siendo los maestros de esa gente. Ellos continúan, de una manera silenciosa pero eficiente, propagando su odio contra nuestras instituciones, nuestras leyes, nuestras escuelas, nuestros derechos y nuestras libertades de tal manera que este terrible conflicto entre el Norte y el Sur fue inevitable. Como dije antes, es al papado a quien debemos esta terrible guerra civil.

Me hubiera reído del hombre que me dijera eso antes que llegué a ser Presidente. Pero el Profesor Morse ha abierto mis ojos sobre ese tema y ahora veo ese misterio. Entiendo que la ingeniería del infierno, que aunque invisible e insospechada por la nación, está poniendo en movimiento las grandes, pesadas y ruidosas ruedas de los carros de la Confederación del Sur. Nuestra gente todavía no está lista para aprender y creer estas cosas y quizás no es el tiempo apropiado para iniciarla en estos misterios del infierno. Sería echar aceite al fuego que ya está bastante destructivo.

Tú eres la única persona con quien puedo hablar abiertamente sobre este tema, pero tarde o temprano la nación sabrá el verdadero origen de esos ríos de sangre y lágrimas que están propagando desolación y muerte dondequiera y luego los que han causado esas desolaciones y desastres serán llamados a dar cuenta de ellos.

Muchos de los que se acercaban a Abraham Lincoln sintieron que había en él un espíritu profético y que siempre andaba y actuaba con el pensamiento de Dios en su mente y

solamente en vista de hacer Su voluntad y trabajar para Su gloria. Hablando de los esclavos, dijo un día a su gabinete: Hice un voto solemne delante de Dios que si hacen retroceder al General Lee de Pennsylvania, yo coronaré el resultado con la proclamación de libertad a los esclavos.

Tendría que escribir varios tomos en lugar de un corto capítulo, si diera todos los hechos que he juntado sobre la piedad sincera y profunda de Abraham Lincoln. Sin embargo, no puedo omitir su admirable y solemne acta de fe en la eterna justicia de Dios que expresó en las últimas palabras de su último discurso inaugural del 4 de marzo de 1865:

Sinceramente esperamos y fervientemente oramos que rápidamente pasará este terrible azote de guerra. Sin embargo, si Dios quiere que continúe hasta que se acaben todas las riquezas acumulados por los 250 años de labor no recompensado a los esclavos, y hasta que cada gota de sangre sacada por el látigo sea pagada por otra derramada por la espada, lo que fue dicho hace tres mil años, será proclamado nuevamente: Los juicios del Señor son verdad, todos justos.

Estas palabras sublimes saliendo de los labios del Cristiano más grande que Dios jamás puso como cabeza de una nación, sólo días antes de su martirio, enviaron escalofríos de asombro por todo el mundo.

El 6 de abril de 1865, el Presidente Lincoln fue invitado por el General Grant a entrar en Richmond, el capital de los estados rebeldes que él acababa de capturar. El 9 de abril, el ejército de Lee, rodeado por las legiones victoriosas de los soldados de la libertad, fue forzado a entregar sus armas y sus banderas a los pies de los generales de Lincoln. El día 10, el Presidente victorioso se dirigió a una inmensa multitud de ciudadanos en Washington, invitándola a dar gracias a Dios y a los ejércitos por las victorias gloriosas de los últimos días y por la bendita paz que seguirá a estos cinco años de estragos.

El estaba en la cumbre de la montaña de Pisga y aunque había orado fervientemente que pudiera cruzar el Jordán y entrar con este pueblo a la tierra prometida que tanto anhelaba, su petición no le fue concedida. La respuesta había venido del cielo: ¡Tú no cruzarás el Jordán, ni entrarás en la tierra prometida que está ahí tan cerca; tienes que morir por amor a tu nación!

Los labios, el corazón y el alma del nuevo Moisés estaban todavía repitiendo las palabras sublimes: Los juicios del Señor son verdad, todos justos. cuando el asesino Jesuita, Booth, le asesinó el 14 de abril de 1865, a las 10:00 p.m.

Escuchemos al historiador elocuente, Abbot, sobre ese triste evento:

En medio de éxito sin paralelo y mientras todas las campanas de la nación sonaban de

gozo, nos sobrevino una calamidad que inundó al país en asombro y temor. Por la noche del viernes, el 14 de abril, el Presidente Lincoln asistió al teatro Ford en Washington. El estaba sentado quieto en su palco escuchando el drama cuando un hombre entró por la puerta posterior del pasillo que conducía a su palco, cerrando la puerta tras él. Acercándose al Presidente, sacó de su bolsa una pequeña pistola y le tiró por detrás en la cabeza. Mientras caía el Presidente, inconsciente y mortalmente herido, los gritos angustiosos de su esposa, quien estaba sentada a su lado, penetraron los oídos de todos. El asesino saltó del palco de una altura de tres metros y cruzó corriendo por el escenario con la cabeza descubierta blandiendo una daga, exclamando: ¡Sic Semper Tyrannis! Y desapareció detrás del escenario por un lado. Hubo un momento de asombro silencioso, entonces, siguió una escena de confusión que sería en vano tratar de describir.

El Presidente moribundo fue llevado a una casa cercana y colocado en una cama. ¡Qué tremenda escena se presentó en esa habitación! ¡El líder de una poderosa nación quedó ahí postrado, inconsciente, empapado de sangre, sus cesos rezumando por su herida! Sumner, Farwell, Colfax, Stanton y muchos otros estaban ahí, llenos de congoja y asombro.

El cirujano, General Barnes, solemnemente examinó la herida. Había un silencio sepulcral; la vida o la muerte de la nación parecía depender del resultado. El General Barnes levantó sus ojos con tristeza y dijo: ¡La herida es mortal!

¡Ay, no, General! ¡No, no! gritó el Secretario Stanton y dejándose caer pesadamente en un sillón, cubrió su rostro y lloró como un niño. El Senador Sumner tiernamente detenía la cabeza del mártir inconsciente y aunque estaba desacostumbrado a llorar, sollozó como si su gran corazón rompiera. En su angustia, su cabeza caía sobre la almohada teñida de sangre y sus cabellos negros se mezclaban con los del la víctima moribunda que los cuidados y tareas habían cambiado en gris y que la sangre había enrojecido. ¡Qué escena! Sumner quien había sobrevivido meses de agonía después de ser golpeado por el mazo de la esclavitud, ahora estaba llorando y desmayándose de angustia sobre la forma postrada de su amigo a quien la esclavitud había matado. Esta vil rebelión después de inundar la tierra en sangre, se culminó en un crimen que horroriza a todas las naciones.

El noble Abraham, verdadero descendiente del Padre de los fieles, honesto en cualquier encomienda; humilde como un niño; con un corazón tierno como el de una madre; que no podía soportar dañar a su enemigo más venenoso; a quien en la hora de triunfo, le entristeció que los sentimientos de sus adversarios fueran heridos por su derrota; con caridad hacia todos y malicia hacia ninguno; dotado con sentido común," inteligencia insuperable, y con un

poder de intelecto que le dio el poder para luchar contra los más gigantes oponentes en los debates; desarrollando habilidades como jefe de estado que ganó la gratitud de su país y la admiración del mundo; con gracia y amabilidad que le atraían a todos los de corazón generoso; murió por el balazo de un asesino."

Pero, ¿Quién fue el asesino? Booth no era más que el instrumento de los Jesuitas. Fue Roma quien dirigió su mano, después de corromper su corazón y su alma.

Después que mezclé mis lágrimas con las de mi gran país de adopción, caí de rodillas y pedí a Dios que me permitiera mostrar al mundo la verdad de que ese crimen horrible fue la obra del papado. Y después de 20 años de constantes y muy difíciles investigaciones, vengo hoy confiadamente ante el pueblo americano para afirmar y comprobar que el Presidente Abraham Lincoln fue asesinado por los sacerdotes y los Jesuitas de Roma.

En el libro de los testimonios dados en la acción judicial contra el asesino de Lincoln, publicado por Ben Pittman y en los dos tomos del juicio de John Surratt de 1867, tenemos la prueba legal e irrefutable que el complot de los asesinos de Lincoln fue madurado e iniciado en la casa de Mary Surratt, 561 H Street, Washington, D.C. Los testimonios jurados muestran que ahí fue el lugar de reunión común de los sacerdotes de Washington. ¿Qué es lo que revela al mundo la presencia de tantos sacerdotes en esa casa? Ningún hombre de sentido común, que sepa algo acerca de los sacerdotes de Roma, puede dudar que ellos eran los asesores, consejeros y el alma misma de ese complot infernal.

Esos sacerdotes, quienes eran los amigos personales y los confesores de Booth, John Surratt, Sra. y Srita. Surratt, no podían estar constantemente ahí sin saber lo que sucedía, especialmente cuando sabemos que cada uno de ellos eran rebeldes y rabiosos de corazón. Cada uno de esos sacerdotes, sabiendo que el Papa infalible había llamado a Jeff Davis su querido hijo y que había puesto a la Confederación del Sur bajo su protección, estaba obligado a creer que la cosa más santa que un hombre pudiera hacer era luchar por la causa del Sur, destruyendo a todos sus enemigos.

Lean la historia del asesinato del Admiral Coligny, Enrique III, Enrique IV y Guillermo el Taciturno por los asesinos asalariados de los Jesuitas. Compárenlos con el asesinato de Abraham Lincoln y descubrirán que aquéllos se asemejan a éste como dos gotas de agua. ¡Comprenderán que todos vienen de la misma fuente, Roma!

Los asesinos seleccionados y entrenados por los Jesuitas eran de la más exaltada piedad Católico-romana, viviendo en la compañía de sacerdotes, confesándose frecuentemente, recibiendo la comunión el día antes, si no el mismo día del asesinato. Verán que los asesinos

se consideraban los instrumentos de Dios para salvar a la nación derrumbando a su tirano y que ellos creían firmemente que no era pecado matar al enemigo del pueblo, de la Santa Iglesia y del Papa infalible.

Booth, sufriendo los dolores más terribles de su pierna fracturada, escribe en su memorándum diario, el día justo antes de su muerte: Nunca puedo arrepentirme, aunque detesto matar. Nuestro país debió todos sus problemas a él (Lincoln) y Dios sencillamente me hizo el instrumento de su castigo.

¿Quién supondría que Jeff Davis habría llenado la mente y el corazón de Booth con esa soberbia y fanatismo religioso? Es cierto que Jeff Davis ofreció dinero para armar sus nervios con la esperanza de enriquecerse. Los testimonios sobre esa oferta dicen que había ofrecido un millón de dólares. Ese archi-rebelde podía ofrecer dinero, pero sólo los Jesuitas podían seleccionar y entrenar a los asesinos y prometerlos una corona de gloria en el cielo si ellos mataban al autor del derramamiento de sangre, el famoso renegado y apóstata, el enemigo del Papa y de la Iglesia: Lincoln.

¿Quién no puede ver las lecciones dadas por los Jesuitas a Booth en sus comunicaciones diarias en la casa de Mary Surratt, cuando se leen los renglones escritos por Booth pocas horas antes de su muerte: Nunca puedo arrepentirme; Dios me hizo el instrumento de su castigo? Comparen estas palabras con las doctrinas y principios enseñados por los concilios, los decretos del Papa y las leyes de la Santa Inquisición. y descubrirán que los sentimientos y creencias de Booth fluyen de esos principios como el río fluye de su origen.

Esa piadosa Srta. Surratt, quien al día siguiente del asesinato de Lincoln, en la presencia de varios testigos, dijo sin ser reprendida: La muerte de Abraham Lincoln no es más que la muerte de algún negro en el ejército. ¿Dónde adquirió esa máxima si no fue de su Iglesia? ¿No había proclamado recientemente esa Iglesia, por medio de su más alta autoridad legal y civil, el devoto juez Católico-romano Taney, en su decisión Dred-Scott, que los negros no tienen ningún derecho que el hombre blanco está obligado a respetar? Al bajar al Presidente al nivel del negro más despreciable, Roma afirmaba que no tenía ni el derecho de vivir.

Lean el testimonio de la Sra. Mary Surratt (pgs. 122- 123) y verán como los Jesuitas le habían entrenado perfectamente en el arte de perjurarse. En el momento mismo cuando el oficial del gobierno arrestó a ella y a su hija, como a las 10:00 p.m., Payne, el supuesto asesino de Seward, llamó a la puerta deseando ver a la Sra. Surratt. Pero, al abrir la puerta, en lugar de ver a la Sra. Surratt, fue confrontado cara a cara con el investigador del gobierno, el Mayor Smith, quien juró: Le interrogué en cuanto a su oficio y qué asunto tenía en esa casa

a esa hora tan avanzada de la noche. El respondió que era un obrero y que había venido para cavar una zanja a petición de la Sra. Surratt.

Fui a la puerta de la sala y dije: Señora Surratt, pase aquí un momento por favor. Ella salió y le pregunté: ¿Conoce usted a este hombre y le contrató para que viniera a cavar una zanja? Ella contestó, levantando su mano derecha: Delante de Dios, señor, no conozco a este hombre y no le he contratado para cavar ninguna zanja.

Pero fue comprobado después por varios testigos irreprochables que ella sabía muy bien que Payne era un amigo personal de su hijo que muchas veces había venido a su casa en compañía de su amigo preferido, Booth. Ella había comulgado unos dos o tres días antes de ese perjurio público. ¿Podría Jeff Davis haber impartido semejante calma religiosa y dominio propio a esa mujer cuando sus manos acaban de ser enrojecidas con la sangre del Presidente e iba camino al juicio? ¡No! Tanta calma en su alma en semejante hora solemne sólo podía venir de las enseñanzas de aquellos Jesuitas, quienes por más de seis meses estuvieron en su casa mostrándole un corona de gloria eterna si ella ayudara a matar al monstruoso apóstata, Lincoln, la única causa de esa horrible guerra civil. No hay la menor duda que los sacerdotes habían convencido perfectamente a Mary Surratt y a Booth que el asesinato de Lincoln era la obra más santa y meritoria para la cual Dios había reservado una recompensa eterna.

Hay un hecho en el cual el pueblo americano no ha puesto suficiente atención: Sin una sola excepción, todos los conspiradores eran Católico-romanos. El instruido y gran patriota General Baker, en su admirable informe, extrañado y asombrado por ese misterioso y portentoso hecho, dijo: Menciono como un hecho notable y excepcional que cada conspirador es, de educación, Católico.Sin embargo, estas palabras descendieron sobre oídos sordos. Es cierto que algunos de ellos como Atzeroth, Payne, y Harold pidieron ministros Protestantes cuando fueron ahorcados, pero en la página 437 de El Juicio de John Surratt Luis Weichman nos dice que él asistía a la Iglesia de St. Aloysian con Atzeroth y que ahí conoció al Sr. Brothy (otro católico-romano).

Es un hecho auténtico que Booth y Weichman eran protestantes pervertidos al Romanismo. Ellos a su vez proselitizaron a un buen número de semi-protestantes y ateos quienes por convicción o por la esperanza de riquezas prometidas por los asesinos exitosos, eran muy celosos por la Iglesia de Roma. Payne, Atzeroth y Harold contaban entre esos prosélitos, pero cuando esos homicidas iban a aparecer ante la nación para recibir el justo castigo por su crimen, los Jesuitas eran demasiado astutos como para ignorar que si todos fueran ahorcados como Católico-romanos acompañados por sus confesores, se abrirían en

seguida los ojos del pueblo americano y claramente mostraría que fue un complot Católico-romano. Ellos convencieron a tres de sus prosélitos a valerse de los principios teológicos de la Iglesia de Roma que enseñan que es permitido a un hombre ocultar su religión o aun decir que es un hereje, un Protestante, siempre que sea ventajoso para él o para el mejor interés de la Iglesia ocultar la verdad y engañar a la gente. Aquí está la doctrina de Roma sobre ese tema: Frecuentemente es para la mayor gloria de Dios y el bien de nuestro prójimo ocultar nuestra fe en lugar de confesarla. Por ejemplo, si ocultándola entre herejes podrías lograr más bien o si por declarar nuestra religión, más males sigan, por ejemplo: grandes adversidades, muerte, o la hostilidad de un tirano. (Ligorio, Theologia Moralis, t. ii n. 14, p.117 Mechlin, 1845). Los Jesuitas nunca tuvieron mayor razón para sospechar que la declaración de su religión les dañaría y excitaría la ira de su tirano, el pueblo americano.

Lloyds, en cuya casa la Sra. Surratt escondió la carabina que Booth quería para protegerse, justo después del asesinato, cuando huía hacia los estados del Sur, era un firme Católico-romano. El Doctor Mudd, en cuya casa se detuvo Booth para vendar su pierna fracturada, era Católico-romano, como también era Garrett, en cuyo establo Booth fue hallado y fusilado. ¿Por qué? Porque así como Jeff Davis era el único hombre que pagaría un millón de dólares al que asesinara a Abraham Lincoln, los Jesuitas fueron los únicos que seleccionaron a los asesinos y prepararon todo para protegerlos después de su acto diabólico y no pudieron encontrar a semejantes asesinos y cómplices excepto entre sus ciegos y fanáticos esclavos.

El gran error fatal del gobierno americano en el juicio de los asesinos de Abraham Lincoln fue encubrir el elemento religioso de ese drama terrible. Pero la relación religiosa fue cuidadosamente evitado durante todo el procesamiento. Poco después de la ejecución de los asesinos, visité incógnito a Washington para empezar mi investigación. No me sorprendí al ver que ningún oficial del gobierno se atrevía a discutirlo conmigo antes de darle mi palabra de honor que nunca mencionaría su nombre. Vi con profunda angustia que la influencia de Roma era casi absoluta en Washington. No podía hallar ni un solo líder del gobierno dispuesto a confrontar a esa influencia infame ni luchar contra ella.

Varios líderes del gobierno me dijeron en confianza: No tenemos la menor duda que los Jesuitas estaban al fondo de esa gran iniquidad. Temimos, a veces, que esto saldría tan claro ante el tribunal que sería imposible ocultarlo de la vista.Esto no fue por cobardía como usted supone, sino por una sabiduría que usted debe aprobar aunque no lo puede apreciar. Si estuviéramos en días de paz, sabemos que con un poco más de presión, muchos de los

sacerdotes hubieran sido implicados, porque la casa de la Sra. Surratt era su lugar común de reunión y lo más probable es que varios de ellos hubieran sido ahorcados. Pero la guerra civil apenas ha terminado; la Confederación, aunque derrotada, todavía vive en los corazones de millones. Homicidios y elementos formidables de discordia todavía se ven dondequiera, a los cuales el ahorcamiento o exilio de esos sacerdotes daría nueva vida. Alboroto tras alboroto acompañaría y seguiría su ejecución. Pensamos que hemos tenido suficiente de sangre, fuego, devastaciones y malos sentimientos. Todos anhelamos los días de paz que el país tanto necesita. Concluimos que está en el mejor interés de la humanidad castigar solamente a los que eran pública y visiblemente culpables para que el veredicto recibiera la aprobación de todos sin incitar nuevos malos sentimientos. Permítenos decirle también que no hay nada que más temen los buenos y grandes hombres que armar a los protestantes contra los Católicos y los Católicos contra los Protestantes.

Pero si alguien tenga alguna duda de la complicidad de los Jesuitas en el asesinato de Abraham Lincoln, que examine el plan de escapatoria muy elaborado preparado por los sacerdotes de Roma para salvar las vidas de los asesinos y conspiradores. John Surratt estaba en Washington, el día 14 de Abril, ayudando a Booth a perpetrar el asesinato. El sacerdote Charles Boucher juró que sólo unos pocos días después del asesinato, John Surratt fue enviado a él por el Padre Lapierre de Montreal y que él le ocultó en su casa parroquial de St. Liboire desde fines de abril hasta fines de julio. Luego, él lo regresó secretamente al Padre Lapierre, quien le ocultó secretamente en la casa de su propio padre, bajo la sombra misma del palacio del obispo de Montreal. El juró que el Padre Lapierre visitaba frecuentemente a Surratt cuando estaba en St. Liboire y que el Padre Boucher le visitaba por lo menos dos veces por semana desde fines de julio hasta septiembre cuando fue ocultado en la casa del Padre Lapierre en Montreal.

Ese mismo Padre Charles Boucher juró que él acompañó a John Surratt en compañía del Padre Lapierre al buque de vapor Montreal que salía rumbo a Qüebec; que el Padre Lapierre le guardó a Surratt, encerrado con llave, durante el viaje entre Montreal y Qüebec; y que le acompañó disfrazado del buque Montreal al buque de vapor oceánico Peruvian. El médico del buque Peruvian, L.I.A. McMillan juró que el Padre Lapierre le presentó a John Surratt con el nombre falso de McCarthy a quien él guardó encerrado en su camarote hasta que el buque salió de Qüebec rumbo a Europa, el 15 de septiembre de 1865.

Pero, ¿Quién es ese Padre Lapierre quien da un cuidado tan tierno y paternal a Surratt? No es menos que el canónigo del Obispo Bourget de Montreal, el hombre de confianza del obispo

que vive con el obispo; come en su mesa; le asista con su consejo y recibe su consejo en cada paso de la vida. Según las leyes de Roma, los canónigos son para el obispo lo que los brazos son para el cuerpo.

Ahora pregunto: ¿No es evidente que los obispos y sacerdotes de Washington confiaron a este asesino al cuidado de los obispos y sacerdotes de Montreal para que ellos le ocultaran, le sustentaran y lo protegieran por casi seis meses bajo la sombra misma del palacio del obispo? ¿Hubieran hecho eso si no fueran sus cómplices? ¿Por qué le cuidaban tan constantemente día y noche si no temieran que él les transigiera por una palabra indiscreta?

Pero, ¿Adónde enviarán esos obispos y sacerdotes de Canadá a John Surratt cuando se dan cuenta que es imposible ocultarlo más de los miles de detectives de los Estados Unidos que están registrando a Canadá para descubrir su escondite? ¿Quién supondría que nadie, sino el Papa mismo y sus Jesuitas protegerán al asesino de Abraham Lincoln en Europa? Si quieren verlo después que cruzó el océano, vayan a Vitry, a la puerta de Roma, donde se ingresó bajo las banderas del Papa en la compañía novena de sus Zuavos, bajo el nombre falso de Watson. Por supuesto, el Papa fue forzado a quitarle su protección después que el gobierno de los Estados Unidos lo encontró ahí y de donde lo trajo a Washington para ser juzgado.

Pero al llegar como prisionero a los Estados Unidos, su confesor Jesuita le susurró al oído: ¡No temas, no serás condenado! Por medio de la influencia de una distinguida dama Católico-romana, dos o tres miembros del jurado serán Católico-romanos y estarás seguro. Los que han leído los dos tomos del juicio de John Surratt saben que nunca se presentaron más pruebas inequívocas de culpabilidad contra algún asesino. Esos miembros del jurado fueron informados por sus confesores que el Papa Gregorio VII había declarado solemne e infaliblemente: Matar a un hereje no es homicidio (Jure Canonico).

Después de recibir semejante enseñanza, ¿Cómo podrían los jurados Católico-romanos condenar a John Surratt como culpable de homicidio, puesto que mató al hereje Lincoln? No pudiendo llegar a ningún acuerdo el jurado, ningún veredicto pudo ser sentenciado y el gobierno fue forzado a poner en libertad al asesino, sin castigo.

Pero cuando los enemigos irreconciliables de todos los derechos y libertades de los hombres estaban felicitándose por sus esfuerzos exitosos en salvar la vida de John Surratt, el Dios del Cielo estaba imprimiendo en sus frentes la marca de homicida de tal manera que todo ojo lo vería.

Hace algún tiempo, providencialmente conocí al Rev. Sr. F.A. Conwell en Chicago. Cuando

supo que yo estaba investigando los hechos sobre el asesinato de Abraham Lincoln, me dijo que él conocía un hecho que tal vez iluminaría el tema.

El mismo día del asesinato, dijo, yo estaba en la aldea Católico-romana de St. Joseph, Minnesota. Como a las 6:00 p.m., me dijo un católico-romano, quien era el abastecedor de un gran número de sacerdotes de esa aldea donde tienen un monasterio, que el Secretario de Estado Seward y el Presidente Lincoln acaban de ser asesinados. Esto me fue dicho en presencia de un caballero muy respetado llamado Bennett quien no fue menos asombrado que yo, puesto que no había vías de ferrocarril más cerca de 40 millas y el telégrafo más cerca estaba a una distancia de 80 millas. Por tanto, no comprendíamos cómo semejante noticia podía conocerse en ese lugar.

Al día siguiente, el 15 de abril, fui a St. Cloud, un pueblo como a 12 millas de distancia, donde tampoco había ni ferrocarril ni telégrafo. Comenté a varias personas que me habían dicho en la aldea sacerdotal de St. Joseph que Abraham Lincoln y el Secretario Seward habían sido asesinados. Ellos respondieron que no habían escuchado nada acerca de eso. Pero, el próximo domingo, el 16 de abril, cuando fui a predicar en la iglesia de St. Cloud, un amigo me entregó la copia de un telegrama, enviado el sábado, informando que Abraham Lincoln y el Secretario Seward habían sido asesinados el día anterior, es decir, el viernes 14 a las 10:00 p.m.

Pero, ¿Cómo pudo un abastecedor Católico-romano de los sacerdotes de St. Joseph haberme dicho la misma cosa delante de varios testigos sólo cuatro horas antes que ocurrió?Pregunté a ese caballero si tuviera la bondad de darme ese hecho bajo juramento para que pudiera usarlo en el informe que tenía la intención de publicar acerca del asesinato de Abraham Lincoln y él amablemente me concedió mi petición.

Sentí que este testimonio sería mucho más valioso si fuera corroborado por los testimonios de los Srs. Bennett y Linneman. Inmediatamente escribí a un magistrado para ver si vivían aún para poder preguntarles si se acordaban de los hechos jurados por el Rev. Sr. Conwell. Por la buena voluntad de Dios los dos vivían aún.

El Sr. Bennett estaba dispuesto a dar testimonio juramentado verificando la historia del Sr. Conwell. El Sr. Linneman afirmó que sí recordaba cuando los Sres. Bennett y Conwell estuvieron en su tienda (en St. Joseph, Minnesota) la tarde del viernes que el Presidente fue asesinado; que él les preguntó si habían oído de los asesinatos y que ellos respondieron que no; y que él les dijo que él había oído este rumor en su tienda de gente que entraba y salía, pero no se acordaba de quien.

Yo presento al mundo un hecho austero tan claramente corroborado que no admite ninguna posibilidad de duda. Tres o cuatro horas antes que Lincoln fue asesinado en Washington, el 14 de abril de 1865, ese asesinato, no sólo fue conocido por alguien, sino fue circulado y comentado en las calles y en las casas de la aldea sacerdotal y romanista de St.Joseph, Minnesota a pesar de que el ferrocarril y la oficina de telégrafos más cerca de St. Joseph estaban a una distancia de 40 y 80 millas respectivamente. Los hechos son innegables y los testimonios son inmutables.

Naturalmente todos preguntan: ¿Cómo pudiera conocerse semejante noticia? ¿Dónde se originó ese rumor? El Sr. Linneman, quien es un Católico-romano, nos dice que aunque él oyó el rumor de muchos en su tienda y en las calles, él no recuerda el nombre de ni una sola persona que se lo haya dicho. Cuando oímos esto de él, comprendemos por qué no se atrevió a jurarlo. Se echó hacia atrás ante la idea de perjurarse. ¿Cómo es posible que tenga tan mala memoria cuando recuerda tan bien los nombres de dos extranjeros, los Srs. Conwell y Bennett? Pero si la memoria del Sr. Linneman está tan deficiente sobre ese tema, nosotros podemos ayudarle y decirle con una precisión matemática:

¡Usted recibió la noticia de sus sacerdotes de St. Joseph! La conspiración que costó la vida del Presidente martirizado fue preparada por los sacerdotes de Washington en la casa de Mary Surratt, 561 H Street. Los sacerdotes de St. Joseph visitaban frecuentemente a Washington y probablemente se hospedaban en la casa de la Sra. Surratt, como también los sacerdotes de Washington visitaban a sus hermanos sacerdotes en St. Joseph. Estaban en comunicación diaria los unos con los otros; eran íntimos amigos y no había secretos entre ellos. Además, no hay secretos entre sacerdotes, porque son miembros del mismo cuerpo y ramas del mismo árbol. Tanto los detalles del complot del asesinato como el día escogido para ser perpetrado eran bien conocidos tanto por los sacerdotes de St. Joseph como por los de Washington. ¡La muerte de Lincoln fue un evento muy glorioso para esos sacerdotes! ¡Ese tirano sangriento, ese infame hereje y ateo recibiría, por fin, el justo castigo por sus crímenes, el día 14 de abril! ¡Cuán gloriosas noticias! ¿Cómo podrían los sacerdotes ocultar ese evento tan gozoso de su íntimo amigo, el Sr. Linneman? Pues él era un hombre de confianza, era su abastecedor; entre los fieles de St. Joseph, él era su mano derecha. Ellos pensaron que serían culpables de falta de confianza si no le contaran todo lo relacionado con el evento glorioso de ese gran día. Pero por supuesto, le pidieron que no mencionaran sus nombres si anunciaba las noticias gozosas a la gente devota Católico-romana de St. Joseph.

El Sr. Linneman honorable y fielmente guardó su promesa de nunca revelar sus nombres y

hoy tenemos en nuestras manos el testimonio auténtico firmado por él que aunque alguien le dijo el 14 de abril que el Presidente Lincoln fue asesinado, él no sabe quien se lo dijo.

El 14 de abril de 1865, los sacerdotes de Roma sabían y circulaban lo de la muerte de Abraham Lincoln, cuatro horas antes que ocurrió, en su aldea Católico-romana de St. Joseph, Minnesota. Pero no podrían haberlo circulado sin saberlo y no podrían saberlo sin pertenecer a la banda de conspiradores que asesinaron al Presidente Lincoln.

CAPÍTULO 57

A solas y de rodillas en la presencia de Dios, el primero de enero de 1855, cuando hice la resolución de oponerme a los actos de simonía y tiranía del Obispo O'Regan, estaba muy lejos de comprender las consecuencias lógicas de mi lucha. Mi único objetivo era forzarlo a ser honesto, justo y Cristiano hacia mi gente que había dejado su patria y todo lo que era querido para ellos en Canadá para vivir tranquilamente en Illinois bajo lo que consideramos entonces ser la Santa Autoridad de la Iglesia de Cristo. Pero estábamos absolutamente indispuestos a ser los esclavos de ningún hombre en la tierra de libertad. Si alguien en esa hora me hubiera mostrado que esta lucha conduciría a una separación total de la Iglesia de Roma, no hubiera intentado emprenderla. Mi única ambición era purificar a mi Iglesia.

Sin embargo, desde el principio tenía el presentimiento que el poder de los obispos sería demasiado para mí y que tarde o temprano me aplastarían. Pero mi esperanza fue que cuando yo cayera, otros tomarían mi lugar y pelearían las batallas del Señor hasta que una victoria final llevaría a la Iglesia una vez más a los días benditos cuando era la Esposa inmaculada del Cordero.

En el otoño de 1856, nuestra lucha contra el obispo de Chicago había tomado proporciones que no habían sido anticipados ni por mí ni por la jerarquía Católico-romana de América. La prensa de los Estados Unidos y Canadá, tanto política como religiosa discutía las causas y los probables resultados de la controversia.

Al principio, los obispos estaban indignados contra la conducta de mi señor O'Regan, les dio gusto ver que un sacerdote de su propio diócesis probablemente le forzaría a ser más precavido y menos escandaloso en sus tratos públicos y privados con el clero y con la gente. Pero también esperaban que yo fuera paralizado por la sentencia de excomunión y que la gente asustada por esas fulminaciones retirarían el apoyo que me habían dado. Spink les aseguró que yo perdería mi pleito en Urbana y una vez metido en la penitenciaría, sería impotente para hacer alguna discordia en la Iglesia.

Pero su confianza pronto se convirtió en asombro cuando vieron que la gente se reía de la

excomunión, que yo gané el pleito y estaba triunfando en ese mismo terreno de batalla del cual ningún sacerdote, desde Lutero y Knox, había salido ileso. Dondequiera se oía el sonido de alarma y fui denunciado como un rebelde cismático. La entera asamblea de los obispos acudieron para arrojar sus más terribles fulminaciones sobre mi cabeza. Pero antes de adoptar su última medida para aplastarme, hicieron un esfuerzo supremo para mostrarnos lo que ellos consideraban ser nuestros errores. El Rev. Sr. Brassard, cura de Longueuil, y Rev. Isaac Desaulnier, presidente del colegio de St. Hyacinthe, fueron enviados por la gente y obispos de Canadá para mostrarme el escándalo de mis procedimientos y presionarme a someterme a la voluntad del obispo y respetar la supuesta sentencia de excomunión.

La elección de estos dos sacerdotes era muy astuto, puesto que ellos eran los más influyentes que pudieran enviar. El Sr. Brassard no sólo fue mi maestro y benefactor en el colegio de Nicolet, sino que me amaba como su propio hijo y yo le amaba como mi propio padre. El otro, el Rev. Sr. Isaac Desaulnier, había sido mi compañero de escuela en el colegio desde 1822 hasta 1829. Durante ese tiempo y desde entonces estuvimos unidos por los lazos de la más sincera estimación y amistad. Ellos llegaron a St. Anne el 23 de noviembre de 1856.

Me enteré de su venida sólo unos minutos antes de su llegada y sentí gozo inefable por esas noticias. La confianza que tenía en su amistad me dio inmediatamente la esperanza que ellos pronto verían la justicia y santidad de nuestra causa y nos defenderían con valor contra nuestro agresor. Pero ellos tenían sentimientos muy diferentes. Creían sinceramente que yo era un cismático inmanejable y que estaba creando un terrible escándalo en la Iglesia. Los obispos les prohibieron dormir en mi casa ni tener ninguna comunicación amistosa conmigo. Sin ningún odio contra mí, ellos se horrorizaban ante el pensamiento de que yo fuera un sacerdote tan escandaloso, atreviéndome a destruir la paz y la unidad de la Iglesia.

En su viaje rumbo a Illinois, frecuentemente se les dijo que yo no era el mismo hombre, que me había vuelto agrio y deprimente, insolente y arrogante, que también les insultaría y tal vez aconsejaría a la gente a expulsarlos de mi propiedad. Fueron agradablemente decepcionados, sin embargo, cuando me vieron corriendo para encontrarme con ellos con el más sincero afecto y gozo. Les dije que todos los tesoros de California traídos a mi casa no me alegrarían ni la mitad de lo que sentí por su presencia.

En seguida les expresé mi esperanza que ellos fueran los mensajeros enviados por Dios para traernos paz y poner fin al estado deplorable de las cosas que fueron la causa de su largo viaje. Notando que estaban cubiertos de lodo, les invité a pasar a sus dormitorios para lavarse y refrescarse.

¡Dormitorios, dormitorios! dijo el Sr. Desaulnier, pero nuestras instrucciones escritas por los obispos que nos enviaron nos prohíben dormir aquí a causa de su excomunión.

El Sr. Brassard respondió: Tengo que decirte, mi querido Sr. Desaulnier, algo que he guardado en secreto hasta ahora: Después de leer esa prohibición de dormir aquí, dije al obispo que si él ponía semejante restricción sobre mí, que mejor escogiera a otra persona para enviar. Le pedí que nos permitiera a los dos actuar según nuestra conciencia y sentido común; y hoy, ellos me dicen que no podemos empezar nuestra misión de paz insultando a un hombre que nos ha dado una recepción tan amistosa y Cristiana. La gente de Canadá nos ha escogido como sus delegados, porque somos los más sinceros amigos de Chíniquy. Si guardamos ese carácter, cumpliremos mejor nuestros sagrados y solemnes deberes. Yo acepto con gusto el dormitorio que nos ofrece.

El Sr. Desaulnier respondió: Yo lo acepto también, porque no vine aquí para insultar a mi mejor amigo, sino para salvarlo.

Estas palabras amigables de mis huéspedes aumentaron mi gozo. Les dije: Si ustedes están aquí para obedecer a la voz de su conciencia y los dictados de su sentido común, hay una tarea gloriosa delante de ustedes. Pronto descubrirán que la gente y el sacerdote de St. Anne no han hecho más que escuchar a la voz de su conciencia honesta y seguir las leyes del sentido común en su conducta hacia el obispo. Pero, añadí, ahorita no es el momento para explicar mi posición, sino para lavar sus caras empolvadas y refrescarse. Aquí están sus habitaciones; están en su casa.

Después de la cena, me entregaron las cartas de los obispos de Montreal, Londres y Toronto dirigidas a mí para inducirme a someterme a mi superior, ofreciéndome la seguridad de su más sincera amistad y devoción si les obedeciera.

Yo respondí: Si he caído en el profundo abismo como ustedes dicen y del cual ustedes me sacarán, no sólo Dios y los hombres les bendecirán, sino yo también les bendeciré eternamente por su caridad. Sin embargo, la primera cosa que tienen que hacer aquí es averiguar si en verdad yo y mi gente hemos caído en ese profundo abismo del que hablan.

Pero, ¿No estás excomulgado? rápido preguntó el Sr. Desaulnier, y a pesar de esa excomunión, ¿No sigues diciendo misa, predicando y oyendo las confesiones de la gente? ¿No has caído, entonces, en ese estado de irregularidad y cisma que te separa totalmente de la Iglesia a la cual sólo el Papa puede restaurarte?

No, mi querido Desaulnier, le respondí, No soy más excomulgado que tú por la sencilla razón de que un acta de excomunión que no está firmado y certificado, no es digno de

ninguna atención. Aquí está el acta de la supuesta excomunión que hace tanto ruido en el mundo. Examínenlo ustedes mismos para averiguar si está firmado por el obispo o certificado por alguien.

Le di el documento. Después de examinarlo por más de media hora sin decir una sola palabra, por fin, el Sr. Desaulnier rompió el silencio: Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, nunca hubiera creído que un obispo actuaría una comedia tan sacrílega delante del mundo. Tú lo publicaste varias veces, pero confieso que tus mejores amigos y yo entre ellos no le creímos. No cabía en nuestra mente que un obispo fuera tan vacío de honestidad común como para proclamar delante de todo el mundo que fuiste excomulgado. Pero en el nombre del sentido común, ¿Por qué no firmó la sentencia de excomunión o mandarla firmar y contrafirmar por algunas personas autorizadas, cuando es tan evidente que te quería excomulgar.

La razón es muy sencilla, le respondí, yo le había amenazado a llevarle ante un tribunal civil si él se atrevía a destruir mi carácter por suspensión o excomunión. Y él descubrió que la única manera para salvarse fue no firmar ese documento. Mi primera tarea en un procesamiento sería probar la firma del obispo. ¿Dónde encontraría a un testigo que juraría que esta es su firma? ¿Lo jurarías tú, mi querido Desaulnier?

¡Claro que no! Porque ésta no es su firma ni la de su gran vicario ni de su secretario. Pero antes de seguir, añadió, tenemos que confesarte que cuando pasamos por Chicago, preguntamos al obispo si él había hecho alguna investigación pública o privada de tu conducta y si te halló culpable de algún crimen. El sintió avergonzado por nuestras preguntas, pero le dijimos que era necesario para nosotros saber todo en relación a tu carácter público y privado al venir a presionarte a reconciliarte con tu obispo.

El respondió que nunca había hecho ninguna investigación de ti, aunque tú se lo habías pedido varias veces, por la sencilla razón de que él está convencido que eres uno de sus mejores sacerdotes. Dijo que tu único defecto es un espíritu de obstinación y falta de respeto y obediencia a tu superior por meterte en asuntos diocesanos en los cuales no tenías nada que ver. También nos dijo que rehusaste ir a Cahokia, pero su rostro se volvió tan rojo y su lengua ceceaba tan extrañamente cuando dijo eso que sospeché que fue una mentira. Ahora tenemos delante de nuestros ojos los documentos que prueban que fue una mentira. Profirió otra mentira cuando dijo que él mismo había firmado el acta de excomunión, porque seguramente ésta no es su escritura. Semejante conducta de un obispo es muy extraña. Si tú apelaras al Papa y fueras a Roma con estos documentos en la mano, fácilmente vencerías al

obispo, porque los canones de la Iglesia están claros y unánimes: Un obispo que pronuncia una sentencia tan grave contra algún sacerdote, usando firmas falsas, está él mismo suspendido y excomulgado, ipso facto, por todo un año.

El Sr. Brassard añadió: ¿No debemos confesar a Chíniquy que la opinión de los obispos de Canadá es que el Obispo O'Regan es un granuja? Si Chíniquy apelara al Papa, sería pronto reinstalado por un decreto público de Su Santidad.

Nuestra discusión siguió hasta las tres de la madrugada sin llegar a una conclusión satisfactoria, por tanto, la aplazamos hasta el día siguiente. Después de una corta oración, fuimos a descansar.

El 24 de noviembre a las 10:00 a.m., nos encerramos en mi estudio y renovamos la discusión de los mejores planes para resolver las dificultades existentes. Para mostrarles mi sincero deseo de detener esas luchas ruidosas y escandalosas sin transigir los sagrados principios que me habían guiado desde el inicio de nuestros problemas, consentí en sacrificar mi posición como pastor de St. Anne con la condición de que el Sr. Brassard fuese instalado en mi lugar. Se decidió, sin embargo, que yo permanecería con él como su vicario para ayudarle en la administración de los asuntos espirituales y temporales de la colonia. La promesa me fue dada que con esa condición, el obispo retiraría su supuesta sentencia, entregaría a los canadienses franceses de Chicago la iglesia que les había quitado, pondría un sacerdote de habla francés como cabeza de esa congregación y perdonaría y olvidaría lo que él consideraba nuestra conducta irregular hacia él, después de firmar el siguiente documento:

A SU SEÑORÍA O'REGAN OBISPO DE CHICAGO: MI SEÑOR,

Por la razón de que mis acciones y escritos en oposición a sus órdenes desde hace varios meses han causado algunos escándalos y han hecho pensar a ciertas personas que yo preferiría estar separado de la Santa Iglesia que estar sometido a su autoridad, me apresuro a expresar el pesar que siento por esos problemas y escritos. Para mostrar al mundo y a usted, mi obispo, mi firme deseo de vivir y morir como Católico, me apresuro a escribir a Su Señoría que me someto a su sentencia y prometo, de aquí en adelante, ejercer el santo ministerio solamente con su permiso. Por tanto, pido respetuosamente que Su Señoría retire las censuras y suspensiones que ha pronunciado contra mí y contra los que han tenido comunicación espiritual conmigo.

Soy, mi señor, su devoto hijo en Cristo,

C. CHINIQUY

Eran las 11:00 de la noche cuando consentí en firmar este documento que sería entregado

al obispo y tendría valor únicamente en las condiciones anteriores. Los dos delegados estaban emocionados por el gozo del éxito de su misión y por mi disposición a sacrificarme por amor a la paz. El Sr. Desaulnier dijo: Ahora vemos que Chíniquy y su gente han tenido la razón desde el principio y que nunca tuvo la intención de crear un cisma y colocarse a la cabeza de un partido rebelde para desafiar la autoridad de la Iglesia. Si el obispo no quiere vivir en paz con la gente y el pastor de St. Anne, después de semejante sacrificio, le diremos que no es Chíniquy, sino el Obispo O'Regan quien quiere el cisma. Apelaremos al Papa. Yo iré con Chíniquy a Roma y fácilmente lograremos la remoción de ese obispo de la diócesis de Chicago.

El Sr. Brassard estuvo de acuerdo y añadió que él también me acompañaría a Roma para ser testigo de mi inocencia y de la mala conducta del obispo y que en menos de una semana levantaría, en Montreal, dos veces la cantidad de dinero necesario para ir a Roma.

Después de agradecerles lo que habían hecho, le pregunté al Sr. Desaulnier si él tenía el valor de proclamar delante de mi gente lo que acababa de decir delante de mí y el Sr. Brassard en la presencia de Dios.

El dijo: Seguro, con gusto declararía delante de toda tu congregación que es imposible encontrar culpa en ti por lo que has hecho hasta aquí. Pero sabes muy bien que nunca tendré esa oportunidad, puesto que son las 11:00 de la noche y la gente ha de estar bien dormida; luego, mañana tengo que salir a las 6:00 a.m. para alcanzar el tren en Kankakee rumbo a Chicago que sale a las 8:00 a.m.

Le respondí: Muy bien.

Nos arrodillamos juntos para hacer una corta oración y les conduje a sus dormitorios, deseándoles un sueño refrescante después de un día de arduo trabajo. Diez minutos más tarde, salí por la aldea y llamé a la puerta de seis de mis feligreses más respetados y les dije: Por favor, no pierden un solo momento. Vayan con sus caballos lo más rápido posible a tales y tales partes de la colonia, toca a cada puerta, citando a la gente a estar en la puerta de la iglesia a la 5:00 de la mañana para oír con sus propios oídos lo que los delegados de Canadá tienen que decir acerca de nuestras luchas pasadas contra el obispo de Chicago. Diles que estén puntualmente a las 5:00 de la mañana en sus bancos donde los delegados les dirigirán palabras que deben escuchar a toda costa.

Un poquito antes de las 5:00 de la mañana, el Sr. Desaulnier, lleno de sorpresa y ansiedad, tocó a mi puerta y dijo: Chíniquy, ¿No oyes el ruido extraño de carros y carrozas que parecen venir de todas partes? ¿Qué significa esto? ¿Se ha vuelto loca la gente para venir a la iglesia a

esta hora oscura, mucho antes del amanecer?

¿Qué me dices? respondí, he estado tan profundamente dormido que no he oído nada. ¿Qué me dices de carros y carrozas alrededor de la capilla? ¿Estás soñando?

No, no estoy soñando, respondió, no sólo oigo el ruido de muchos carros, vagones y carrozas sino que, aunque está todavía muy oscuro, veo a cientos de personas alrededor de la capilla. Oigo la voz de una gran multitud de hombres, mujeres y hasta niños preguntándose y respondiéndose cosas que aún no entiendo. Hacen mucho ruido con sus risas y chistes. ¿Puedes decirme lo que esto significa? Nunca he estado tan perplejo en toda mi vida.

Le respondí: ¿No ves que estás soñando? Déjeme vestirme para ir a ver algo de esa pesadilla.

El Sr. Brassard, aunque un poco más calmado que Desaulnier, sentía cierta ansiedad por el ruido extraño de esa multitud de gente, caballos, carros y carrozas a semejante hora de la mañana. Llamando a mi puerta, me dijo: Por favor, Chíniquy, explica este extraño misterio. ¿Viene esta gente a hacernos una travesura o castigarnos por entrometernos en tus asuntos?

Cálmense, mis queridos amigos, respondí, no tienen nada que temer de esa buena gente inteligente. ¿No se acuerdan que anoche Desaulnier dijo que sería suficientemente honesto y valiente como para declarar delante de toda la congregación lo que dijo delante de nosotros en la presencia de Dios? Imagino que algunos de los ángeles del cielo oyeron esas palabras y los llevaron esta noche a cada familia, invadiéndolas a estar aquí en la capilla y oyeran de sus propios labios lo que opinan de la gran batalla gloriosa que ellos están librando en esta tierra lejana a favor de los principios de la verdad y la justicia tal como el Evangelio lo asegura a cada discípulo de Cristo.

¡Bien, bien! dijo Desaulnier, hay un solo Chíniquy en todo el mundo capaz de ponerme semejante trampa y hay un solo pueblo bajo el cielo que haría lo que este pueblo hace. Nunca te hubiera dado esa respuesta si no estuviera seguro de que nunca tendría la oportunidad de cumplirla. ¿Quién pensaría que tú me harías semejante truco? Pero, añadió, aunque sé que esto me transigirá delante de ciertos partidos, es demasiado tarde para retractarme; cumpliré mi promesa.

Es imposible expresar mi propio gozo y el gozo de esa gente noble cuando oyeron de los mismos labios de esos delegados que, después de pasar todo un día y dos noches examinando todo lo que ellos y su pastor habían hecho en esa solemne y terrible controversia, no habían quebrantado ninguna ley de Dios ni de su santa Iglesia y que no se habían desviado del mismo camino prescrito por los canones.

Lágrimas de gozo corrieron cuando oyeron al Sr Desaulnier decirles (lo cual confirmó el Sr. Brassard) que el obispo no tenía ningún derecho de suspender a su pastor, puesto que él les había dicho que era uno de sus mejores sacerdotes y que ellos habían hecho bien en no prestar ninguna atención a un acta de excomunión que era ficticia y una comedia sacrílega, puesto que no fue firmado ni certificado por ninguna persona conocida. Los dos delegados explicaron el documento que yo había firmado y las condiciones sujetas a él. Ellos añadieron: Si el Obispo O'Regan no acepta estas condiciones, le diremos que no es el Sr. Chíniquy, sino él mismo quien quiere un cisma. Nosotros iremos con el Sr. Chíniquy hasta Roma para defender su causa y probar su inocencia delante de Su Santidad.

Después de esto, todos nos arrodillamos para bendecir y dar gracias a Dios. Nunca he visto a gente con corazones tan felices como la gente de St. Anne al regresar a sus casas esa mañana del 25 de noviembre de 1856.

A las 6:00 a.m. el Sr. Desaulnier salió rumbo a Chicago para presentar mi acta condicional de sumisión al obispo y a presionarlo, en el nombre de los obispos de Canadá y en nombre de los intereses más sagrados de la Iglesia, a aceptar el sacrificio y la sumisión de la gente de St. Anne y darles la paz que tanto deseaban y pagaban a un precio tan alto. El Rev. Sr. Brassard permaneció conmigo esperando una carta del obispo para acompañarme y poner el sello final a nuestra reconciliación.

Al día siguiente, recibió la siguiente nota del Sr.Desaulnier:

OBISPADO DE CHICAGO,

A 26 de noviembre de 1856,

Al Rev. Sr. Brassard,

Monseñor, es indispensable y aconsejable que usted venga aquí con el Sr. Chíniquy lo más pronto posible. Por consiguiente, les espero a los dos pasado mañana para arreglar este asunto definitivamente.

Respetuosamente,

ISAAC DESAULNIER

Después de leer esa carta con el Sr. Brassard, le dije: Esas palabras frías no significan nada bueno. Lamento que usted no haya acompañado a Desaulnier a conferir con el obispo. Usted conoce la ligereza y debilidad de su carácter, siempre valiente con sus palabras, pero suave como la cera ante la menor presión. Mi temor es que la tenacidad de bulldog de mi Sr. O'Regan le haya asustado y que todo su valor y bravatas hayan derretido ante la cólera feroz del obispo de Chicago, pero, vamos. Sin embargo, le aseguro, mi querido Sr. Brassard, si el obispo no

acepta que usted permanezca a la cabeza de esta colonia para protegernos y guiarnos, ninguna consideración me inducirá a traicionar a mi congregación ni dejaré que llegue a ser presa de los lobos que quieren devorarla.

Llegamos a Chicago el 28 de noviembre a las 10:00 a.m. El Sr. Desaulnier nos estaba esperando en la estación del tren. Estaba tan pálido como un cadáver. Apartándolo a cierta distancia del gentío, le pregunté: ¿Qué noticias hay?

El respondió: Las noticias son que usted y el Sr. Brassard no tienen nada que hacer, sino empacar sus maletas y regresar a Canadá. El obispo está indispuesto a hacer ningún arreglo con ustedes. El quiere que yo sea el pastor temporal de St. Anne; que usted con el Sr. Brassard regresen silenciosamente a Canadá y que digan a los obispos que no se metan en lo que no les importa.

Y, ¿Qué de la promesa que hiciste a mí y a mi gente de ir conmigo y el Sr. Brassard a Roma si el obispo rehusara los arreglos que ustedes mismos propusieron? pregunté.

¡Tat, tat! respondió, al obispo no le importa un comino si vas o no vas a Roma. El me ha puesto como su gran vicario a la cabeza de la colonia de St. Anne de la cual tú tienes que salir lo más pronto posible.

Ahora, Desaulnier, le respondí, tú eres un traidor, un Judas, y si quieres recibir el pago de Judas, te aconsejo que vayas a St. Anne. Ahí recibirás lo que mereces. La hermosura y la importancia de esa gran colonia te han tentado y me has vendido al obispo para llegar a ser su gran vicario y comer los frutos de la viña que yo planté ahí. Pero pronto verás tu error. Si tienes alguna compasión de ti mismo, te aconsejo que nunca vuelvas a poner los pies en ese lugar.

Desaulnier respondió: El obispo no hará ningún arreglo contigo a menos que retractes públicamente lo que has escrito contra él por haber tomado posesión de la iglesia de los canadienses franceses de Chicago. Tienes que publicar en la prensa que él estaba en lo correcto y honesto en lo que hizo en esas circunstancias.

Mi querido Sr. Brassard, dije, ¿Podría yo hacer tal declaración consciente y honradamente?

Ese hombre venerable me respondió: No puedes consentir en hacer tal cosa.

Desaulnier, dije, ¿Oíste? El Sr. Brassard y tu conciencia, si tienes una, te dicen lo mismo. Si tomas partido con un hombre que ayer tú mismo acusaste de ser un estafador sacrílego, tú no eres mejor que él. Ve a trabajar con él. En cuanto a mí, yo regreso a St. Anne.

¿Qué vas a hacer allí, contestó el Sr. Desaulnier, puesto que el obispo te ha prohibido a permanecer ahí?

¿Qué haré? le respondí, enseñaré a esos verdaderos discípulos de Jesucristo a despreciar y rehuir a los tiranos y a los traidores. ¡Vete, traidor, y termina tu obra de Judas! ¡Adiós!Luego, me eché en los brazos del Sr. Brassard, quien estaba casi mudo, sofocado en sollozos y lágrimas. Le apreté a mi corazón y le dije: Adiós, mi querido Sr. Brassard, vuelva a Canadá y diga a mis amigos cómo la cobardía y la ambición de este traidor arruinaron la esperanza que teníamos de poner fin al deplorable estado de asuntos. Yo volveré a mis hermanos de St. Anne con más determinación que nunca a protegerlos contra la tiranía e impiedad de nuestros gobernantes déspotas. Será más fácil que nunca mostrarles que el Hijo de Dios no nos redimió en la cruz para que nos volviéramos esclavos de esos despiadados mercaderes de almas. Con más sinceridad que nunca, enseñaré a mi gente a rehuir al evangelio moderno de los obispos para seguir el antiguo Evangelio de Jesucristo como la única esperanza y vida de nuestra pobre humanidad caída.

El Sr. Brassard quería decir algo, pero su voz fue sofocado por sus sollozos. Las únicas palabras que pudo proferir al apretarme a su corazón fueron: ¡Adiós, querido amigo, adiós!

CAPÍTULO 58

Era evidente que la traición del Sr. Desaulnier sería seguida por nuevos esfuerzos de parte del obispo para aplastarnos. El Sr. Brassard me escribió desde Canadá en diciembre:

Todos los obispos están preparándose para lanzar sus truenos contra usted y su gente a causa de su resistencia heroica a la tiranía del obispo de Chicago. Yo les he dicho la verdad, pero ellos no quieren saberla. Mi Sr. Bourget me dijo positivamente que usted necesita ser forzado a toda costa a ceder a la autoridad de su obispo y me ha amenazado con excomunión si yo diga a la gente lo que sé de la conducta vergonzosa del Sr. Desaulnier. Si estuviera solo, no me importaría esta excomunión y hablaría la verdad, pero semejante sentencia contra mí, mataría a mi pobre madre anciana. Espero que usted no me critique si me quedo absolutamente mudo. Le pido que considere confidencial esta carta. Usted sabe muy bien el problema en que me metería su publicación.

Los canadienses franceses de Chicago vieron inmediatamente que su obispo, fortalecido por el apoyo del Sr. Desaulnier, estaría más que nunca determinado a aplastarles. Ellos pensaron que la mejor manera para hacerles justicia era publicar un manifiesto de los motivos de queja contra él y apelar públicamente a todos los obispos de los Estados Unidos.

El 22 de enero de 1857 pidieron al periódico de Chicago, The Chicago Tribune, que publicara el siguiente documento:

En una reunión pública de los Católicos franceses y canadienses de Chicago hecho en el salón del Sr. Bodicar el 22 de enero de 1857, habiendo nombrado al Sr. Rofinot a presidir y al Sr. Franchere como secretario, los siguientes discursos y resoluciones fueron leídos y aprobados unánimemente.

¿Permitirán los editores del Tribune a mil voces de los muertos hablar por medio de su periódico valioso? Todo el mundo en Chicago sabe que hace algunos años había una congregación floreciente de franceses procedentes de Francia y Canadá en esta ciudad. Ellos tenían su propio sacerdote, su propia iglesia y su propio culto religioso. Ahora todo está dispersado y destruido.El actual obispo de Chicago ha respirado su aliento letal contra

nosotros. En lugar de ser para nosotros un padre, ha sido un enemigo salvaje. En lugar de ayudarnos como amigo, nos ha derrumbado como un enemigo vengativo. Ha hecho todo lo contrario a lo que manda el Evangelio; en lugar de guiarnos con la cruz del manso Jesús, se ha enseñoreado sobre nosotros con una vara de hierro. Cada domingo, los calurosos y generosos irlandeses van a su iglesia para oír la voz de su sacerdote en su idioma inglés. Los alemanes inteligentes tienen sus pastores que se dirigen a ellos en su idioma materna. Los franceses son los únicos que no tienen ni sacerdote ni iglesia. ¿Es por falta de celo y liberalidad? ¡Ah, no! Nosotros llamamos como testigos a toda la ciudad de Chicago de que no había en Chicago una iglesia mejor parecida que la iglesia canadiense-francesa llamada St. Louis. Pero, ¡Ay! Hemos sido sacado de ella por el mismo obispo. Por amor a nosotros mismos y a nuestros hijos decidimos levantar, desde la tumba donde el Obispo O'Regan nos ha enterrado, una voz que dirá la verdad.

Lo más pronto que el Obispo O'Regan llegó a Chicago, le dijeron que el sacerdote francés era demasiado popular, que a su iglesia asistan no sólo canadienses franceses, sino también muchos irlandeses y alemanes iban con él diariamente para hacer sus deberes religiosos. Fue susurrado a los oídos de Su Reverencia que por esta causa muchos dólares y centavos iban al sacerdote francés que serían mejor almacenados en la bolsa de Su Reverencia.

Hasta ese momento, en apariencia, el obispo no se molestaba mucho por nosotros. Pero lo más pronto que vio que había en juego dólares y centavos, tuvimos el honor de ocupar sus pensamientos día y noche.

Luego, siguió un informe detallado de los movimientos perfidiosos del Obispo O'Regan, quien robó a la congregación francesa tanto a su sacerdote francés como su iglesia hermosa y casa parroquial. La carta concluyó con las siguientes resoluciones:

Resolución 1.: Que el Reverendísimo O'Regan, Obispo de Chicago, ha perdido la confianza de la población canadiense-francesa de Chicago desde que nos quitó nuestra iglesia.

Resolución 2.: Que el Reverendísimo O'Regan ha publicado una degradante calumnia contra la población canadiense-francesa de Chicago cuando dice que quitó nuestra iglesia de nosotros por el motivo de que no podíamos pagarla.

Resolución 3.: Que el Reverendísimo O'Regan, habiendo dicho a nuestros delegados, quienes fueron a preguntarle por cual derecho o ley nos quitaba nuestra iglesia para darla a otra congregación: Yo tengo el derecho de hacer lo que yo quiero con su iglesia y cualquier propiedad eclesiástica, puedo venderlas y poner el dinero en mi bolsa e irme donde me dé la gana con ello.", ha usurpado un poder demasiado tiránico para ser obedecido por gente

Cristiana y libre.

Resolución 4.: Que la naturaleza de los varios pleitos que el Reverendísimo O'Regan levantó en los tribunales civiles y que ha perdido casi invariablemente, ha comprobado a todo el pueblo de Illinois que él es indigno de la posición que tiene en la Iglesia.

Resolución 5.: Que el Reverendísimo O'Regan está públicamente acusado de simonía por haber extorcionado $100.00 dólares de un sacerdote para darle permiso para oficiar y ministrar los sacramentos entre nosotros.

Resolución 6.: Que el Reverendísimo O'Regan al prohibir a los Católicos irlandeses y alemanes a comunicarse con la iglesia Católica francesa y dejar a los canadienses franceses comunicar con las iglesias irlandesas y alemanas, ha actuado con el motivo de privar a la iglesia francesa de contribuciones religiosas y otras donaciones. Estos actos los consideramos injustos y en contra del espíritu de la Iglesia y se asemejan más a una transacción mercantil que a una obra Cristiana.

Resolución 7.: Que la gente canadiense-francesa de Illinois ha visto con tristeza y sorpresa que el Sr. Desaulnier se ha hecho el camarero humilde del implacable y desvergonzado perseguidor de sus compatriotas.

Resolución 8.: Que el Rev. Sr. Chíniquy, pastor de St. Anne, merece la gratitud de todo católico de Illinois por haber detenido a la tiranía rapaz del obispo de Chicago.Resolución 9.: Que los Católicos franceses de Chicago están resueltos a dar todo el apoyo en su poder al Rev. Sr. Chíniquy en su lucha contra el obispo de Chicago.

Resolución 10.: Que una copia de estas resoluciones sea enviada a cada obispo y arzobispo de los Estados Unidos y Canadá para que vean la necesidad de dar a Illinois un obispo digno de esa alta posición.

Resolución 11.: Que una copia de estas resoluciones sea enviada a Su Santidad Pío IX para que él sea incitado a investigar la posición humillante de la Iglesia en Illinois desde que el obispo actual está entre nosotros.

Resolución 12.: Que a la prensa independiente y amante de la libertad de los Estados Unidos se les pida que publique el discurso anterior y las resoluciones por todo el país.

P. F. ROFINOS Presidente

DAVID FRANCHERE Secretario.

Este clamor de más de dos mil Católico-romanos de Chicago que fue publicado por casi toda la prensa de Illinois y de los Estados Unidos cayó como una bomba sobre la cabeza del Obispo O'Regan y el Sr. Desaulnier. Muchos obispos publicaron cartas denunciándome a mí y

a mi gente como cismáticos infames, cuyo orgullo y obstinación estaban perturbando la paz de la Iglesia. Pero la más amarga de todas fue una carta escrita por mi Sr. Bourget, Obispo de Montreal, quien pensó que la única y mejor manera de obligar a la gente a abandonarme era destruir para siempre mi honor, pero cayó en el abismo que había cavado para mí en 1851.

La miserable muchacha que había hecho acusaciones contra mí había fallecido, pero tenía todavía en las manos las acusaciones mentirosas que había obtenido de ella contra mí. Probablemente había destruido su retractación jurada escrita por el Jesuita, Padre Schneider, e ignoraba de las otras tres copias juradas de su retractación. Por tanto, pensó que podría publicar con toda seguridad que yo era un hombre degradado, que fui expulsado de Canadá por él, después de ser convicto de un enorme crimen y suspendido.

Esta declaración fue publicada la primera vez por él con un aire hipócrita de compasión y misericordia por mí que añadió mucho al efecto mortal que esperaba producir. Aquí, en parte, están sus propias palabras dirigidas a la gente de Bourbonnais y a través de ellos a todo el mundo: Yo tengo que decirles que el 27 de septiembre de 1851, suspendí al Sr. Chíniquy por las razones que le di en mi carta dirigida a él; una carta que probablemente ha guardado; que él publique esa carta si cree que le he perseguido injustamente.

Yo le respondí inmediatamente, enviándole por medio de la prensa la retractación jurada de la muchacha acompañada por la carta que escribió antes que yo saliera de Canadá que contenía la siguiente declaración:

No puedo más que agradecerle por sus labores entre nosotros y deseo que te sean concedidas las más abundantes bendiciones del cielo. Estará siempre en mi memoria y corazón y espero que la providencia divina me permita en un tiempo futuro poder testificar toda la gratitud que le debo.

Luego, le recordé de nuestra conversación de despedida cuando le pedí una señal tangible de su estimación: Usted respondió que le gustaría darme una y dijo: ¿Qué es lo que deseas?

Quisiera, dije, recibir de sus manos un cáliz para ofrecer el santo sacrificio de la misa el resto de mi vida.

Usted respondió: Lo haré con gusto y dio la orden a uno de sus sacerdotes de traerle un cáliz para dármelo. Pero ese sacerdote no tenía la llave de la caja de los vasos sagrados; esa llave, la tenía otro sacerdote que estaba ausente por algunas horas.

Yo no tenía tiempo para esperar, porque la hora de la salida del tren había llegado; yo le dije: Por favor, entrega ese cáliz al Rev. Sr. Brassard de Longueuil, quien me lo enviará a Chicago. Al día siguiente, uno de sus sacerdotes fue con el Rev. Sr. Brassard y le entregó el

cáliz que usted me prometió, el cual todavía está en mi posesión. El Rev. Sr. Brassard está ahí, todavía vivo, para atestiguar lo que digo y para recordarle de ese hecho si lo ha olvidado.

Bueno, mi señor, creo que un obispo nunca daría un cáliz a un sacerdote para decir misa cuando sabe que ese sacerdote está suspendido. La mejor prueba de que usted sabía muy bien que no estaba suspendido por su precipitada e injusta sentencia es que me regaló ese cáliz en señal de su estimación y de mi honestidad.

Diez mil copias de este descubrimiento de la perversión del obispo fueron publicados en Montreal. Pedí a toda la gente de Canadá ir con el Rev. Sr. Brassard y con el Rev. Sr. Schneider para saber la verdad y muchos fueron. El obispo quedó confundido. Comprobé que él había cometido contra mí el acto más ultrajante de tiranía y perfidia y que yo era perfectamente inocente y él lo sabía.

Algunos días después de la publicación de esa carta, el Sr. Brassard me escribió:

Su última carta ha desenmascarado completamente a nuestro pobre obispo y ha revelado al mundo su malicia, injusticia e hipocresía. Sintió tan confundido por ella que ha estado tres días sin poder comer ni beber nada y tres noches sin dormir. Todos dicen que es terrible el castigo que tú le diste delante de todo el mundo, pero él lo merecía.

Cuando recibí esta última carta amistosa del Sr. Brassard, el primero de abril de 1857, yo estaba lejos de sospechar que el 15 del mismo mes leería en la prensa de Canadá los siguientes renglones de parte de él:

ST. ROCH DE L'ACHIGAN,

A 9 de abril de 185 ,

Monseñores: Les pido que incluyan los siguientes renglones en su revista. Algunas personas sospechan que yo favorezco al cisma del Sr. Chíniquy. Creo que es mi deber decir que nunca le he animado ni por mis palabras ni por escrito a ese cisma. Tengo que decir que en noviembre pasado cuando fui a St. Anne acompañado por el Sr. Desaulnier, superior del colegio de St. Hyacinthe, mi único objetivo era persuadir a ese antiguo amigo a salir de los malos caminos en que andaba y en Chicago le presioné a portarse de una manera canónica.

Yo más que nadie, deploro la caída de un hombre a quien confieso que amé mucho, pero por el amor de quien no sacrificaré los sagrados lazos de unidad Católica. Espero que todos los canadienses que estaban relacionados con el Sr. Chíniquy, cuando él estaba unida a la iglesia, se retirarán de él por horror a su cisma. Porque antes que cualquier cosa tenemos que ser verdaderamente fieles Católicos.

Sin embargo, tenemos un deber que llevar a cabo hacía el hombre quien ha cumplido una

misión tan santa entre nosotros, estableciendo las sociedades de abstinencia. Debemos llamar con nuestras oraciones a la oveja extraviada que ha salido del redil del verdadero pastor.

Pido a todos los periódicos a publicar esta declaración.

Sinceramente,

Moses Brassard, Pastor.

Yo sentí que no había un solo renglón que expresaba los verdaderos sentimientos del Sr. Brassard en esa carta. Olí la mano del Obispo Bourget desde el principio hasta el fin. Pensé, sin embargo, que era mi deber escribirle. La carta que escribí es demasiada larga para reproducir aquí, pero en esencia fue una apelación a su conciencia, integridad y honestidad entre amigos.El efecto de esa carta sobre el Sr. Brassard fue mucho más poderoso de lo que esperaba. Le forcé a sonrojarse ante su propia cobardía y me pidió perdón por la sentencia injusta que había escrito contra mí en obediencia al obispo. Aquí está parte de su carta a mí:

ST. ROCH,

A 29 de mayo de 1857,

Mi hermano Chíniquy: Estoy más que nunca convencido que usted nunca ha sido legalmente suspendido, puesto que el Obispo Bourget me dijo que el Obispo O'Regan le había suspendido privadamente en su cuarto privado. Ligorio dice que no tiene ningún efecto. Le suplico que me perdone por lo que escribí contra usted. Fui forzado a hacerlo, porque no le había condenado lo suficiente y porque mi nombre citado en sus escritos le daba a usted demasiado poder y una condenación demasiada clara al Obispo O'Regan. El Obispo de Montreal, abusando de su autoridad sobre mí, me forzó a firmar ese documento contra usted. No lo haría hoy si tuviera que hacerlo otra vez. Por favor, guarda silencio sobre lo que le digo en esta carta. Es completamente confidencial. Usted lo comprende.

Su devoto amigo,

I. M. Brassard

Ningún sacerdote en Canadá había merecido más la reputación de honorable que el Sr. Brassard. Ninguno estuvo más alto en mi estimación. Su repentina e inesperada caída llenó mi corazón de tristeza indecible y rompió el último hilo que me ataba a la Iglesia de Roma. Hasta entonces era mi firme convicción que había muchos sacerdotes rectos y honestos en la Iglesia y el Sr. Brassard fue para mí la misma personificación de honestidad.

¿Cómo puedo describir el golpe que sentí cuando lo vi ahí en el lodo, un monumento de la indecible corrupción de mi Iglesia? ¡La Delilah perfidiosa había seducido y destruido a este

Sansón moderno, encadenado como esclavo tembloroso a los pies del nuevo e implacable Moloch: la autoridad del obispo! ¡No sólo perdió su temor de Dios y el respeto que se debía a sí mismo al declarar públicamente que yo era culpable cuando sabía que era inocente, sino perdió completamente todo sentimiento de honestidad, puesto que quería que yo guardara secreto su declaración de mi inocencia al mismo momento que invitaba a todo el mundo por medio de la prensa a aborrecerme y condenarme como un criminal!Leí vez tras vez esta carta extraña. Cada palabra estaba destruyendo las últimas ilusiones que habían ocultado de mi mente la absoluta e incurable perversidad de la Iglesia de Roma. No sentí ningún mal sentimiento contra este último amigo a quien ella había envenenado con el vino de sus prostituciones. Sólo sentí una profunda compasión por él. Le tuve lástima y le perdoné desde el fondo de mi corazón. Pero cada palabra de su carta sonaba en mis oídos como la voz de advertencia del ángel enviado para salvar a Lot de la ciudad condenada de Sodoma: Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas. (Ge. 19:17)

CAPÍTULO 59

No olvidé el consejo que me dio el Arzobispo Kenrick de St. Louis, el 9 de Abril de 1856, de dirigir mis quejas al Papa mismo, pero las terribles dificultades y pruebas que seguían constantemente una tras otra lo hizo imposible. Sin embargo, la traición del Sr. Desaulnier y la deserción del Sr. Brassard complicaron tan extrañamente mi posición que sentí que la única manera de escapar del naufragio que amenazaba a mí y a mi colonia y salvar la santa causa que Dios me había encomendado, era dar un golpe tan fuerte a nuestro perseguidor arrogante que no podría sobrevivirlo. Determiné enviar al Papa todas las acusaciones públicas que habían sido comprobadas legalmente y publicadas contra el obispo, junto con una copia de los numerosos pleitos infames que él perdió casi invariablemente en los tribunales civiles y las sentencias de los jueces que lo habían condenado. En esto, uno de los labores más difíciles de mi vida, duré casi dos meses. Junté todos esos documentos que cubrieron más de 200 páginas y los mandé por correo al Papa Pío IX con la siguiente nota:

Santo Padre,

Por amor a sus preciosos corderos que están degollados y devorados en esta vasta diócesis por un lobo rapaz, el Obispo O'Regan, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y por amor a la sangre derramada en el Calvario para la salvación de nuestras almas mortales, suplico a Su Santidad que investigue si está correcto el contenido de estos documentos. Por favor, quite el obispo indigno, cuyos escándalos diarios ya no pueden ser soportados por gente Cristiana.

Para evitar que los siervos del Papa echaran mi carta con estos documentos al basurero, envié una copia de todos ellos a Napoleón III, Emperador de Francia, pidiéndole respetuosamente que investigara por medio de su embajador en Washington y su cónsul en Chicago si estos papeles contenían la verdad o no. Le conté cómo sus compatriotas fueron pisoteados por el Obispo O'Regan y cómo fueron arruinados y despojados para beneficiar a la gente irlandesa y cómo las iglesias, construidas con el dinero de los franceses, fueron abiertamente robadas y transferidas a los emigrantes de Irlanda.

Napoleón acababa de mandar un ejército para castigar al Emperador de China a causa de una injusticia hecha a un hombre francés. Por tanto, le dije: La injusticia hecha a ese hombre francés en el Imperio de China no es nada en comparación con lo que se hace aquí diariamente, no sólo contra uno, sino contra cientos de compatriotas de Su Majestad. Una palabra del Emperador de Francia a Su Santidad haría aquí lo que sus ejércitos han hecho en China: Forzar al injusto y despiadado opresor de los franceses de Illinois a hacerles justicia.

Terminé mi carta diciendo:

Mi abuelo aunque nacido en España, se casó con una dama francesa y por propia elección se hizo ciudadano francés. Llegó a ser un capitán de la marina francesa y por su servicio valeroso fue recompensado con terrenos en Canadá que por suerte de guerra cayó en manos de Gran Bretaña. Al jubilarse del servicio a Francia, fijó su residencia en sus propiedades en Canadá donde mi padre y yo nacimos. Así que, soy súbdito británico por nacimiento, ciudadano americano por adopción, pero todavía francés por sangre y católico-romano por religión. Por tanto, en nombre de la noble gente francesa, suplico humildemente a Su Majestad que interceda por nosotros a Su Santidad, Papa Pío IX, para corregir estos agravios.

El éxito de este paso atrevido fue más rápido y completo de lo que yo había esperado. El Emperador era entonces todopoderoso en Roma. El no sólo había llevado al Papa de Civita Vecchia a Roma, después de quitar esa ciudad de los Republicanos Italianos años antes, sino que era todavía el mismo guardián y protector del Papa.

Algunos meses después, cuando fui a Chicago, el Gran Vicario Dunn me mostró una carta, que recibió del Obispo O'Regan, quien había sido ordenado ir a Roma para dar cuenta de su administración, en la cual decía: Una de las cosas más extrañas que me ha ocurrido en Roma es que la influencia del Emperador Napoleón está en contra de mí, aquí. No entiendo qué derecho tiene él de entrometerse en los asuntos de mi diócesis.

Desde entonces, aprendí que realmente fue debido al consejo de Napoleón que el Cardenal Bidini fue enviado previamente a los Estados Unidos para investigar el escándalo y dio su opinión a nuestro favor. El Cardenal consultó a los obispos de los Estados Unidos, quienes unánimemente denunciaron al Obispo O'Regan como un incompetente. Este fue ordenado inmediatamente a ir a Roma donde el Papa, sin cumplidos, le transfirió de Chicago a una diócesis extinta durante más de 1,200 años llamada Dora. Esto era como tener un obispado en la luna. Se consoló, llevando consigo los millones de dólares que había estafado, a Irlanda donde estableció un banco y murió en 1865.

El 11 de marzo de 1858, como a la 10:00 p.m., me agradó mucho oír la voz de mi amigo

devoto, el Rev. Sr. Dunn, el Gran Vicario de Chicago, pidiéndome hospedaje por la noche. Sus primeras palabras fueron: Mi visita aquí debe ser absolutamente incógnita. Cuando el Obispo de Dubuque, quien acaba de recibirse como el administrador de la diócesis de Chicago, me ordenó visitarte, me aconsejó venir lo más secreto posible.

Entonces dijo: Tu triunfo en Roma fue perfecto. Ganaste la victoria más grande que un sacerdote jamás ganó sobre su obispo injusto. Nuestro buen administrador fue aconsejado a poner fin inmediatamente a todos los problemas de tu colonia, tratándote como un fiel y buen sacerdote. Vengo aquí no sólo para felicitarte por tu victoria, sino para agradecerte en mi nombre y en nombre de la Iglesia por haber librado a nuestra diócesis de semejante plaga, porque el Obispo O'Regan fue una verdadera plaga. Algunos años más de semejante administración hubieran destruido nuestra santa religión en Illinois.

Sin embargo, por la razón de que tú trataste tan duramente al pobre obispo, se sospecha de lejos que tú y tu gente son más Protestantes que Católicos. Nosotros sabemos mejor; el acta de excomunión fue una comedia vergonzosa y sacrílega. Pero en muchos lugares lejanos, esa excomunión fue aceptada como válida y muchos te consideran como un verdadero cismático. El Obispo Smith te pide que le entregues una acta de sumisión escrita, la cual él publicará para mostrar al mundo que todavía eres un buen sacerdote Católico-romano.

Le agradecí al gran vicario por sus amables palabras y buenas noticias y le pedí que me acompañara en dar gracias a Dios por guiarme en todas esas terribles dificultades. Ambos nos arrodillamos y repetimos las palabras sublimes de gratitud y gozo del antiguo profeta: Bendice al Señor, oh alma mía, y bendiga todo mi ser su santo nombre. (Sal. 103) Luego, tomé una pluma y una hoja de papel y con gozo y gratitud a Dios, lentamente me preparé a escribir.

Mientras yo consideraba qué forma debería dar a ese documento, un pensamiento repentino y extraño vino a mi mente. Dije dentro de mí: ¿No es ésta la oportunidad providencial para silenciar esas voces misteriosas que me afligen casi cada hora, de que en la Iglesia de Roma no seguimos la Palabra de Dios, sino las tradiciones mentirosas de hombres? Entonces, escribí en nombre de mi gente y en mi propio nombre:

Mi Sr. Obispo Smith, Obispo de Dubuque y administrador de la diócesis de Chicago,

Nosotros queremos vivir y morir en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana fuera de la cual no hay salvación y para probar esto a Su Señoría, prometemos obedecer a la autoridad de la Iglesia según la Palabra y los Mandamientos de Dios como los hallamos expresados en el

Evangelio de Cristo.

C. CHINIQUY

Entregué este escrito al Sr. Dunn y dije: ¿Qué opinas de esta acta de sumisión?El la leyó y contestó: Es exactamente lo que deseamos de ti.Muy bien, respondí, pero temo que el obispo no la aceptará. ¿No ves que he puesto una condición a nuestra sumisión? Digo que nos someteremos a la autoridad del obispo, pero solamente conforme a la Palabra de Dios y el Evangelio de Cristo.

Y, ¿Eso no es bueno? respondió.

Sí, mi querido Sr. Dunn, sí es bueno, respondí, pero mi temor es que sea demasiado bueno para el obispo y el Papa.

¿Qué quieres decir? preguntó.

Dije: Quiero decir que aunque esta acta de sumisión es muy buena, temo que el obispo y el Papa la rechazarán.

Por favor, explícate más claramente, respondió el Gran Vicario, no entiendo la razón por semejante temor.

Mi querido Sr. Dunn, continué, te confieso que tengo una herida sangrienta que ha estado en mi corazón durante muchos años. No ha sanado por ninguno de los remedios que he aplicado a ella. Tú sabes muy bien que no hay un solo sacerdote viviendo que haya estudiado las Santas Escrituras y los Santos Padres con más atención y fervor que yo en estos últimos años. Fue para fortalecer mi propia fe, como también la fe de nuestra gente y para poder librar las batallas de la Iglesia contra sus enemigos, que pasé tantas horas de mis días y noches en estos estudios. Estoy confundido y avergonzado al confesarlo, pero entre más he estudiado y comparado las Santas Escrituras y los Santos Padres con las enseñanzas de nuestra Iglesia, más se ha conmovido mi fe y más estoy tentado a creer, a pesar de mí mismo, que nuestra Iglesia desde hace mucho tiempo ha abandonado a la Palabra de Dios y los Santo Padres para caminar en los caminos lodosos y torcidos de falsas tradiciones humanas. Voces extrañas y misteriosas me atormentan día y noche, diciéndome: ¿No ves que en tu Iglesia de Roma no sigues a la Palabra de Dios, sino solamente a las tradiciones mentirosas de los hombres? Lo más extraño y doloroso es que entre más le pido a Dios a silenciar esas voces, más fuertes son repetidas. Para poner fin a estas terribles tentaciones, he escrito esta sumisión condicional. Quiero probar a mí mismo que obedeceré a la Palabra de Dios y al Evangelio de Cristo en nuestra Iglesia. Seré feliz el resto de mi vida si los obispos aceptan esta sumisión, pero temo que será rechazada.

El Sr. Dunn pronto respondió: Estás equivocado, mi querido Sr. Chíniquy, estoy seguro que nuestro obispo aceptará este documento como canónico y suficiente para demostrar tu ortodoxia al mundo.

Si es así, le respondí, seré el hombre más feliz.

Acordamos que el 25 de marzo yo iría con él a Dubuque para presentar mi acta de sumisión al administrador de la diócesis, después que la congregación la hubiera firmado. A las 7:00 p.m. ese día, ambos subimos al tren que salía de Chicago rumbo a Dubuque donde llegamos a la mañana siguiente. A las 11:00 a.m., fui al palacio del obispo, quien me recibió con las señas de la mayor cordialidad y afecto. Le presenté nuestra acta de sumisión escrita, con una mano temblorosa, temiendo que él la rechazaría. El la leyó dos veces y luego abrazándome, me apretó a su corazón.

Sentí sus lágrimas de gozo mezcladas con las mías corriendo por mis mejillas mientras me dijo: ¡Cuán feliz estoy al ver esta sumisión! Y, ¡Cuán felices serán el Papa y todos los obispos de los Estados Unidos al saberlo! Porque no te ocultaré que temimos que tanto tu congregación como tú se separarían de la Iglesia, rehusando someterse a su autoridad.

Le respondí que yo no estaba menos feliz al ver el fin de esas dificultades dolorosas y le prometí que, con la ayuda de Dios, nuestra santa Iglesia no tendría un sacerdote más fiel que yo.

A la hora de la comida, él me dio el lugar de honor a su mano derecha en su mesa frugal, pero bien preparada. Me alegré que no había vino ni cerveza para tentar a los débiles. Antes de terminar la comida, el obispo dijo al Sr. Dunn: Tú acompañarás al Sr. Chíniquy a St. Anne el próximo domingo para anunciar, en mi nombre, a la congregación la restauración de la paz. Sin duda, serán alegres noticias para la colonia del Padre Chíniquy. Después de tantos años de dura lucha, el pastor y la gente de St. Anne disfrutarán los días de paz y de reposo que ahora han logrado.

Entonces, dirigiéndose a mí, el obispo dijo: La única condición de esa paz es que tú pases quince días de retiro y meditación en una de las casas de religiosos que tú escojas. Después de tanto ruido y controversias, le hará bien pasar esos días en meditación y oración en una de nuestras hermosas y pacíficas soledades.

Le respondí: Es para mí un acto de suprema bondad que me ofrece estos cuantos días de calma y meditación después de las terribles tempestades de los últimos tres años. Si Su Señoría no tiene ninguna objeción, iré a la hermosa soledad donde M. Saurín ha construido su celebrado monasterio, colegio y universidad en St. Joseph, Indiana. Espero que nada me

impedirá estar allí el próximo lunes después de estar con el Gran Vicario Dunn para proclamar la restauración de la bendita paz a mi querida congregación de St. Anne.

No pudieras haber hecho una mejor elección, respondió el Obispo.

Pero, mi señor, repliqué, espero que Su Señoría no tendrá ninguna objeción a darme una seguridad escrita de la perfecta restauración de esa paz anhelada. Hay gente que no me creerán cuando les diga cuán rápida y noblemente Su Señoría ha puesto fin a todas esas dificultades deplorables. Quiero mostrarles que permanezco hoy en la misma relación como antes de estas desgraciadas disensiones.

El obispo dijo: Ciertamente necesitas ese documento; lo voy a hacer inmediatamente.

Pero aún no había escrito ni dos renglones cuando el Sr. Dunn miró a su reloj y dijo: No tenemos ni un minuto más que perder si queremos abordar el tren rumbo a Chicago.

Entonces dije: Por favor, mi señor, envíe ese importante documento a Chicago. Yo lo recogeré en la oficina de correos al salir rumbo a la universidad de St. Joseph el próximo lunes. El obispo consintió en eso y me despedí de él apresuradamente con el Sr. Dunn, después de recibir su bendición.

Al regresar a St. Anne el día siguiente, nos detuvimos en Bourbonnais para ver al Gran Vicario Mailoux, uno de los sacerdotes enviados por los obispos de Canadá para ayudar a mi Sr. O'Regan aplastarme. Le encontramos en la entrada de su comedor a la hora de la comida. Estaba visiblemente humillado por la derrota total del Obispo O'Regan en Roma.

Después que el Sr. Dunn le dijo que él fue enviado a proclamar paz a la gente de St. Anne, aquél pidió la prueba escrita de esas extrañas noticias. El Sr. Dunn le respondió: ¿Piensa usted, señor, que yo sería tan malo como para mentirle?

No dije que está diciendo una mentira, replicó el Sr. Mailoux, yo creo lo que usted dice, pero quiero saber la condición de esa paz inesperada. ¿Ha hecho el Sr. Chíniquy su sumisión a la Iglesia?

Sí, señor, respondí, aquí está una copia de mi acta de sumisión.

El lo leyó y dijo fríamente: Esto no es una acta de sumisión a la Iglesia, sino solamente a la autoridad del Evangelio de Cristo que es una cosa muy diferente. Este documento pudiera ser presentado por un protestante, pero no por un sacerdote Católico a su obispo. No entiendo cómo nuestro obispo no vio eso inmediatamente.

El Sr. Dunn le respondió: Mi querido Gran Vicario Mailoux, yo esperaba que usted regocijaría con nosotros ante la noticia de la paz. Lamento ver que estaba equivocado. Sin embargo, si quiere pelear, no tendrá ningún oponente, porque el Padre Chíniquy fue aceptado

ayer como un sacerdote regular de nuestra santa Iglesia por el administrador. Esto debe satisfacerlo.

Escuché esa conversación desagradable entre los dos gran vicarios sin decir una sola palabra, pero nuevamente me atormentaban voces misteriosas en mi mente: ¿No ves que en la Iglesia de Roma no sigues la Palabra de Dios, sino solamente las tradiciones mentirosas de los hombres?

Me sentí aliviado al llegar a St. Anne donde la gente se había reunido en la plaza pública para recibirnos y romper el aire con sus gritos de gozo por las felices noticias de paz.

El día siguiente, el 27 de marzo, fue domingo de Palmas, una de las grandes festividades de la Iglesia de Roma. Había una gran concurrencia de gente traída, no sólo por la festividad religiosa, sino también por el deseo de oír al delegado del obispo proclamar la paz. El lo hizo en un discurso muy elocuente en inglés el cual yo traduje al francés. El me presentó una palma bendita y yo le ofrecí otra llena de hermosas flores como señal pública de la concordia que fue restaurada entre mi colonia y las autoridades de la Iglesia.

Para que los lectores Cristianos comprendan mi ceguera y las misericordias de Dios hacia mí, para vergüenza mía, tengo que confesar aquí que me alegré por haber hecho la paz con esos hombres pecaminosos, pero esa no era paz con mi Dios. Sin embargo, ese gran Dios miró sobre mí con misericordia. El pronto rompería esa paz con la gran Iglesia apóstata que está envenenando al mundo con el vino de sus encantamientos para que yo caminara en la luz del Evangelio y poseyera verdadera paz y gozo que sobrepasan todo entendimiento.

CAPÍTULO 60

El Obispo Smith cumplió su promesa de enviarme una carta de testimonio. Estaba llena de expresiones amables de estimación hacia mi y mi gente. Nunca había tenido un documento en el cual mi carácter privado y público fuera tan amablemente apreciado. Mi gratitud hacia el obispo no conocía límites. Inmediatamente le mandé una carta breve para darle las gracias y pedirle que orara por mí durante los felices días de retiro en el monasterio de St. Joseph.

El venerable Gran Vicario Saurín y su asistente el Rev. Sr. M. Granger me recibieron en el monasterio con la más sincera amabilidad. Hallé en ambos la mejor clase de sacerdote de Roma. El Gran Vicario Saurín es considerado uno de los intelectuales más altos que Roma jamás ha dado a los Estados Unidos. Quizás no hay ningún hombre que haya hecho tanto para el progreso de esa Iglesia en este país que ese sacerdote dotado. Mi veneración por él aumentaba cada vez que conversé con él. Las únicas cosas que me dolieron son:

1. - Cuando alguno de sus monjes inferiores se acercaba para hablar con él, tenía que arrodillarse y postrarse ante él como si fuera Dios hasta que él le daba permiso para levantarse.

2. - El prometió a numerosos padres Protestantes que encomendaron sus hijos a su cuidado para su educación a nunca interferir con su religión, sin embargo, los proselitizaba sin cesar. Varios de sus alumnos Protestantes fueron recibidos en la Iglesia de Roma y renunciaron a la religión de sus padres en mi presencia en la víspera de la Pascua de ese año.

Mientras, como sacerdote, me alegré por las conquistas numerosas de mi Iglesia sobre sus enemigos en todos sus colegios y conventos, me oponía a la brecha de promesa relacionada con esas conversiones. Sin embargo, pensé entonces como pienso hoy que un Protestante que lleva a sus hijos con un sacerdote o monja Católico-romano para su educación, no tiene religión. Es absurdo prometer a respetar la religión de un hombre que no tiene ninguna. ¿Cómo se puede respetar lo que no existe?

Nunca me había dado cuenta cuán bueno es estar a solas con Cristo y contarle todo lo que había hecho, dicho y enseñado. Esos pocos días de reposo y meditación fueron más preciosos

para mí, porque Dios me había guiado a poner el Evangelio como la piedra fundamental de mi fe en el acta de sumisión que había entregado a mi obispo. ¡Mi iglesia nunca me había sido tan querida como cuando aceptó esa sumisión condicional! Mi alma estaba regocijándose en ese hecho el 5 de abril (el lunes después de la Pascua) cuando el Gran Vicario Saurín me entregó una carta del Sr. Dunn, la cual me informó que una nueva tempestad formidable de parte de los Jesuitas estaba a punto de estallar sobre mí.

A la mañana siguiente, el Sr. Saurín me entregó otra carta del obispo de Dubuque y con una simpatía que nunca olvidaré, dijo: Lamento ver que no hayas llegado al fin de tus problemas como esperabas. El Obispo Smith le ordena regresar a Dubuque con palabras que están muy lejos de ser amigables.

Extrañamente estas noticias me dejaron perfectamente tranquilo y alegre ese día. En mi querido Evangelio, que había sido mi pan cotidiano los pasados ocho días, había encontrado el yelmo para mi cabeza, la coraza y el escudo para protegerme y la espada invencible con que pelear. De cada página oía la voz de mi Salvador: No temas; yo estoy contigo. (Isa. 43: 5)

De regreso, rumbo a Dubuque, me detuve en Chicago para informarme de la causa de la nueva tempestad con mi fiel amigo, el Sr. Dunn. El dijo: ¿Recuerdas cómo al Gran Vicario Mailoux le desagradó la sumisión condicional que entregaste al obispo? Lo más pronto que nosotros le dejamos, él envió al joven sacerdote que está con él a los Jesuitas de Chicago. Los Jesuitas acordaron con él. Inmediatamente enviaron palabra al obispo de Dubuque diciendo: ¿No ves que ese Chíniquy es un Protestante disfrazado y que no se ha sometido a tu autoridad, sino solamente a la autoridad de su Biblia? ¿No temas que todo el cuerpo de los obispos y el Papa mismo te condenarán por haber caído en la trampa?

Nuestro administrador, aunque es un buen hombre, está tan suave como la cera y puede ser manipulado. Los Jesuitas, que quieren dominar a los sacerdotes y a la Iglesia con una vara de hierro y cuya meta es convertir al Papa y a los obispos en los tiranos más despiadados, han aconsejado al administrador a forzarte a entregar un acta de sumisión incondicional. Evidentemente, tú tenías demasiada razón el otro día cuando dijiste que tu acta de sumisión era demasiada buena para los obispos y el Papa. Ahora, ¿Qué vas a hacer?

Repliqué: No sé, pero esté seguro de esto, haré lo que nuestro gran Dios misericordioso indica.

Muy bien, respondió, ¡Que Dios te ayude! No mucho tiempo después, el Sr. Dunn fue excomulgado por su obispo.En Dubuque, fui inmediatamente al palacio del obispo. Le encontré en compañía de un Jesuita y me sentí como un barco impotente entre dos témpanos

amenazantes.

Dije: ¿Su Señoría quiere verme de nuevo?

Sí, señor, quiero verte de nuevo, respondió.

¿Qué desea de mí, mi señor? repliqué.

¿Tienes la carta de testimonio que te mandé la semana pasada a Chicago?

Sí, mi señor, la tengo conmigo.

¿Me la enseñas, por favor? replicó.

Con gusto, aquí está y le di el precioso documento.

Lo más pronto que se aseguró que era dicha carta, corrió a la estufa y la echó en el fuego. Yo corrí para salvar ese documento que para mí era más valioso y precioso que todo el oro de California, pero llegué demasiado tarde; ya estaba hecha cenizas. Volteé al obispo y le dije: ¿Por qué me quitó un documento que es mi propiedad y lo destruyó sin mi permiso?

El me respondió con una insolencia que no puede ser expresado en papel: Yo soy tu superior y no tengo que rendir cuentas a ti.

Yo repliqué: ¡Sí, mi señor, en verdad usted es mi superior! Usted es un gran obispo en nuestra Iglesia y yo no soy más que un pobre miserable sacerdote. Pero hay un Dios Todopoderoso en el cielo que está tan arriba de usted como lo está de mí. Ese gran Dios me ha concedido derechos que nunca cederé para agradar a ningún hombre. En presencia de Dios, protesto contra su iniquidad.

¿Has venido aquí a darme un sermón? replicó el obispo.

No, mi señor, no vine para darle un sermón, vine por la orden de usted, pero, ¿Fue para insultarme?

Te ordené venir porque me engañaste la última vez, respondió, tú me diste una acta de sumisión que sabías muy bien que no es una acta de sumisión. La acepté entonces, pero me equivoqué. Hoy la rechazo.

Le respondí: ¿Cómo puede usted decir que yo le engañé? El documento que le presenté está escrita en un inglés bueno y claro. Ahí está en su mesa; ahí lo veo. Usted lo leyó dos veces y lo comprendió muy bien. Si usted fue engañado por su contenido, usted se engañó a sí mismo. Usted es entonces un auto-engañador y no puede acusarme de haberle engañado.

Entonces, tomó el documento y lo leyó despacio. Cuando llegó a las palabras Nosotros nos sometemos a su autoridad conforme a la Palabra de Dios como lo encontramos en el Evangelio de Cristo se detuvo y dijo: ¿Qué quieres decir con esto?

Le respondí: Quiero decir lo que usted ve ahí. Quiero decir que ni yo ni mi gente jamás nos

someteremos a nadie excepto según las eternas leyes de la verdad, la justicia y la santidad de Dios como las hallamos expresadas en la Biblia.

El respondió airadamente: Semejante lenguaje de parte tuya es puro Protestantismo. No puedo aceptar ninguna sumisión condicional de ningún sacerdote.

Nuevamente oí la voz misteriosa: ¿No ves que en tu Iglesia de Roma no sigues la Palabra de Dios, sino las falsas tradiciones de hombres?

Gracias a Dios que no silencié la voz en aquella hora solemne. Con una oración ardiente y silenciosa, dije: ¡Oh Dios mío! ¡Habla nuevamente a tu siervo y concédeme la gracia para seguir tu Santa Palabra!

Entonces, dije al obispo: Usted me angustia al rechazar esta acta de sumisión y pedir otra. Por favor, explícame la naturaleza de la nueva sumisión que usted pide de mi y de mi congregación.

Más calmado y más cortes, el obispo dijo: Espero, Sr. Chíniquy, que como un buen sacerdote no quieres rebelarte contra tu obispo y me darás el acta de sumisión que te pida. Quita las frases la Palabra de Dios, el Evangelio de Cristo y Biblia del documento actual y estaré satisfecho.

Pero, mi señor, junto con mi congregación he puesto estas palabras, porque queremos obedecer solamente a los obispos que siguen la Palabra de Dios. Queremos someternos solamente a la Iglesia que respeta y sigue al Evangelio de Cristo.

Irritado, rápido respondió: Quita de tu sumisión las frases la Palabra de Dios, el Evangelio de Cristo y Biblia y si no, te castigaré como a un rebelde.

Mi señor, le repliqué, esas expresiones están ahí para mostrarnos a nosotros y a todo el mundo que la Palabra de Dios, el Evangelio de Cristo y la Biblia son las piedras del fundamento de nuestra santa Iglesia. Si rechazamos esas piedras preciosas, ¿En cual cimiento descansará nuestra Iglesia y nuestra fe?

El respondió airadamente: Señor Chíniquy, Yo soy tu superior, no quiero discutir contigo. Tú eres mi inferior y a ti te corresponde obedecerme. Déme inmediatamente una acta de sumisión en la cual dirás sencillamente que tú y tu congregación se someterán a mi autoridad y que prometen hacer todo lo que yo les mande.

Calmadamente le respondí: Lo que usted pide de mí no es una acta de sumisión, sino una acta de adoración. Yo absolutamente rehuso dársela.

Si es así, respondió, no puedes seguir siendo un sacerdote Católico-romano.

Levanté mis manos al cielo y exclamé en alta voz: ¡Bendito sea el Dios Todopoderoso para

siempre!

Tomé mi sombrero y fui al hotel. Cerré la puerta con llave y caí de rodillas para considerar en la presencia de Dios lo que acababa de hacer. Ahí, la terrible verdad innegable me saltaba a la vista. ¡Mi Iglesia no era la Iglesia de Cristo! Esa triste verdad no me había sido revelada por ningún protestante, ni por ningún otro enemigo de la Iglesia. Me lo dijo uno de sus más instruidos y devotos obispos. ¡Mi Iglesia era el enemigo mortal e irreconciliable de la Palabra de Dios como tan frecuentemente lo había sospechado! ¡No sería permitido permanecer un día más en esa Iglesia sin abandonar pública y positivamente al Evangelio de Cristo! Era evidente para mí, ahora, que el Evangelio para la Iglesia de Roma no es más que un disfraz, una burla para ocultar sus iniquidades, tiranías, supersticiones e idolatrías. ¡El único uso que tenía el Evangelio en mi Iglesia era echar polvo en los ojos de los sacerdotes y de la gente! No tenía ninguna autoridad. ¡La única regla y guía eran la voluntad, las pasiones y los dictados de hombres pecaminosos!

Ahí a solas y de rodillas delante de mi Dios, supe que la voz que tan frecuentemente había afligido y conmovido mi fe era la voz de mi Dios misericordioso; era la voz de mi querido Salvador, quien me estaba sacando de los caminos de perdición en los cuales había estado caminando; la voz que tantas veces yo había intentado silenciar.

¡Dios mío, Dios mío! clamé, la Iglesia de Roma no es tu Iglesia. Para obedecer la voz de mi conciencia que es la voz tuya, la abandoné. Cuando tuve que escoger, no pude abandonar tu Palabra. ¡Decidí abandonar a Roma! Pero, oh Señor, ¿Dónde está tu Iglesia? ¡Oh, hábleme! ¿Adónde tengo que ir para ser salvo?

Por más de una hora, en vano clamé a Dios. No vino ninguna respuesta. Para añadir a mi angustia, el pensamiento destelló en mi mente que al abandonar a la Iglesia de Roma, abandonaba a la Iglesia de mis queridos padres, mis hermanos, mis amigos y mi patria. De hecho, todo lo que era querido y sagrado para mí. No lamenté el sacrificio, pero sentí que no podría sobrevivirlo. Con lágrimas clamé a Dios por más fe y fortaleza, pero todo parecía en vano.

Entonces sentí que una guerra implacable sería declarada contra mí. El Papa, los obispos y los sacerdotes atacarían y destruirían mi carácter, mi nombre y mi honor en su prensa, desde sus púlpitos y en sus confesionarios. Intenté pensar en alguien que acudiría a socorrerme. Cada uno de los millones de los católico-romano estarán obligados a maldecirme. ¡Mis mejores amigos, mi propia congregación y aun mis propios hermanos estarán obligados a mirarme con horror como un apóstata y un vil proscrito! ¿Podría esperar recibir alguna ayuda

o protección de los Protestantes? ¡No! Porque mi vida sacerdotal la pasé escribiendo y predicando contra ellos.

¿Cómo podré salir nuevamente a ese mundo donde no hay un solo lugar de refugio para mí? De repente, la vida llegó a ser una carga insoportable. La muerte instantánea me parecía la bendición más grande en esa hora angustiosa. Tomé mi navaja para cortarme la garganta, pero mi Dios misericordioso que sólo quería mostrarme mi propia impotencia, detuvo mi mano y la navaja se cayó al suelo. Al principio, pensé que la muerte sería un gran alivio, pero entonces, dije a mí mismo: Si muero, ¿Adónde iré? ¡Oh, mi querido Salvador, socórreme!

En ese mismo instante, recordé que traía conmigo mi querido Nuevo Testamento. Con mis manos temblando y mi corazón orando, abrí el libro al azar. ¡No fui yo, sino Dios mismo quien lo abrió! Mis ojos se clavaron en estas palabras:

POR PRECIO HABÉIS SIDO COMPRADOS; NO OS HAGÁIS ESCLAVOS DE LOS HOMBRES. (1 Cor. 7: 23)

Estas palabras llegaron a mi mente más como una luz que como sonidos articulados. De repente, me dieron el conocimiento del misterio de una salvación perfecta por medio de Cristo solamente. En seguida trajeron a mi alma una gran calma deleitosa. Dije a mí mismo: ¡Jesús me ha comprado; entonces, él me ha salvado! Y, Si es así, soy salvo, perfectamente salvo, para siempre salvo! Jesús es mi Dios; las obras de Dios son perfectas. Mi salvación, entonces, tiene que ser una salvación perfecta. Pero, ¿Cómo me ha salvado? ¿Qué precio ha pagado por mi pobre alma culpable?

La respuesta vino tan rápido como un rayo: El te compró con su sangre derramada en la cruz. Te salvó cuando murió en el Calvario.

Entonces, dije a mí mismo otra vez: ¡Sí! Jesús me salvó perfectamente cuando derramó su sangre en la cruz. ¡No soy salvo como había pensado y predicado hasta ahora, por mis penitencias, ni por mis rezos a María y a los santos, ni por mis confesiones ni indulgencias y ni siquiera por las llamas del purgatorio!

En ese instante, todas las cosas que había creído ser necesarios para ser salvo: Los rosarios, indulgencias, escapularios, la confesión auricular, la invocación a la Virgen, agua bendita, misas, purgatorio, etc., etc. se desvanecieron de mi mente como una gran torre cuando es golpeada en sus cimientos y se desmorona al suelo. ¡Jesús, sólo Jesús, permaneció en mi mente como el único Salvador de mi alma!

¡Oh, qué gozo sentí ante esta sublime y sencilla verdad! Pero fue la voluntad de Dios que este gozo durara poco. De repente, se fue, junto con la hermosa luz que había producido. Mi

alma nuevamente fue envuelta por las más terribles tinieblas. En medio de esas densas tinieblas, un objeto aún más oscuro se presentó a mi mente. Era como una montaña muy alta, pero no compuesto de arena ni de piedra. Era la montaña de mis pecados. Los vi a todos parados delante de mí. Con horror los vi moverse hacia mí, como una poderosa mano, para aplastarme. Intenté escapar, pero fue en vano. Sentí que estaba atado al suelo y en ese momento, cayeron encima de mí. Sentí que algo tan pesado como el granito me aplastaba. Apenas podía respirar. Mi única esperanza era clamar a Dios por ayuda.

Con una voz fuerte, oída por muchos en el hotel, clamé: ¡Oh, Dios mío! ¡Ten misericordia de mí! ¡Mis pecados me están destruyendo! ¡Estoy perdido, sálvame! Pero, me parecía que Dios no me oía, la montaña de mis pecados ocultaba mis lágrimas e impedía que mis clamores llegaran hasta él. De repente, ¡Pensé que Dios no quería hacer nada por semejante pecador, excepto abrir las puertas del infierno para arrojarme en ese horno ardiente preparado para sus enemigos y que yo tanto merecía!

Pero estaba equivocado. Después de 8 ó 10 minutos de agonía indecible, los rayos de una nueva luz comenzaron a penetrar la nube oscura que colgaba sobre mí. En esa luz, vi claramente a mi Salvador encorvado bajo la carga de su pesada cruz, su rostro cubierto de sangre. Vi la corona de espinas encrustado en su cabeza y los clavos en sus manos. El me miró con una expresión de compasión y amor indescriptible. Se acercó a mí y dijo: He oído tus clamores y he visto tus lágrimas. Yo puse mi vida por ti, mi sangre y mis heridas pagaron tus deudas. ¿Me entregarás tu corazón? ¿Tomarás mi Palabra como la única lámpara de tus pies y la única lumbrera de tu camino? Yo te presento la vida eterna como un don.

Le respondí: ¡Querido Jesús, cuán dulces son tus palabras a mi alma! ¡Háblame, oh, háblame otra vez! ¡Sí, amado Salvador, yo quiero amarte! Pero, ¿No ves esta montaña que me está aplastando? ¡Por favor, quítala, quítame mis pecados!

Apenas terminé de hablar cuando su mano poderosa tocó la montaña y fue rodando al abismo y se desapareció. Al mismo instante, sentí como una lluvia de la sangre del Cordero cayendo sobre mí, purificando mi alma. De repente mi humilde habitación fue transformada en un verdadero paraíso. Los ángeles de Dios no podrían estar más felices que yo en esa misteriosa y bendita hora de mi vida. Lleno de gozo inefable, dije a mi Salvador: Querido Jesús, ¡El Don de Dios!, tú me has dado el perdón de mis pecados como un don. ¡Me has dado la vida eterna como una dádiva! ¡Tú me has redimido y me has salvado, amado Salvador; yo sé, lo siento! Pero esto no es suficiente, no quiero estar salvo yo sólo, ¡Salva a mi gente también! ¡Salva a todo mi país! Me siento rico y feliz en este Don. Concédeme mostrar su

hermosura y preciosidad a mi gente para que ella también se regocije en su posesión.

Esta revelación repentina de la salvación como un don me transformó tan completamente que me sentí como un hombre nuevo. La angustia indecible de mi alma fue cambiado en gozo inefable. Mis temores fueron reemplazados por un valor y una fortaleza como nunca había experimentado. Los Papas con sus obispos y sacerdotes y sus millones de miserables esclavos podrían atacarme, pero yo sentí que podría vencerles a todos.

Ahora, mi gran ambición era regresar a St. Anne y contar a mi gente lo que el Señor había hecho en mi alma. Limpié las lágrimas, agarré mi maleta, pagué la cuenta y tomé el tren para regresar a mis queridos compatriotas. A esa misma hora, ellos estaban muy ansiosos y excitados, porque acababan de recibir un telegrama del obispo de Dubuque, diciéndoles: Expulsen a su sacerdote, porque él ha rehusado darme un acta de sumisión incondicional. Ellos se habían reunido en gran número para oír la lectura de ese mensaje extraño. Pero ellos decidieron unánimemente: Si el Sr. Chíniquy ha rehusado dar un acta de sumisión incondicional, él ha hecho bien. Nosotros le apoyaremos hasta el fin. Sin embargo, yo no sabía de esa admirable resolución. Llegué a St. Anne el domingo a la hora del culto de la mañana. Había una inmensa multitud en la puerta de la capilla. Todos corrieron hacia mí preguntando: ¿Acabas de venir del obispo? ¿Qué buenas noticias nos traes?

Les respondí: Ningunas noticias aquí, mis buenos amigos, vengan a la capilla y les contaré lo que el Señor ha hecho por mi alma.

Cuando ellos habían llenado ese edificio grande, les dije: Nuestro Salvador, el día antes de su muerte, dijo a sus discípulos: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche. (Todos seréis ofendidos a causa de mí esta noche. Mt. 26: 31; Mc. 14: 27.)

Tengo que decirles a ustedes las mismas palabras, porque temo que hoy seré la causa de un gran escándalo para todos ustedes. Pero así como el escándalo que Cristo dio a sus discípulos ha salvado el mundo, espero que, por la gran misericordia de Dios, el escándalo que yo les haga, les salvará a ustedes también. Hasta ayer, yo fui su pastor, pero desde hoy no tengo más ese honor, porque ya he roto los lazos por los cuales fui atado como esclavo a los pies de los obispos y del Papa.

Apenas había terminado esta frase cuando un clamor de sorpresa y tristeza llenó la iglesia. ¡Y que significa esto! exclamó la congregación.

Mis queridos compatriotas, continué, no he venido para decirles que me sigan a mí; yo no morí para salvar sus almas inmortales. Yo no he derramado mi sangre para comprarles un hogar en el cielo, pero Cristo sí lo ha hecho. ¡Sigan a Cristo y solamente a él! Ahora, les diré

por qué he roto el yugo insoportable de los hombres para seguir a Cristo. Ustedes recordarán que el 21 de marzo pasado, ustedes firmaron conmigo una acta de sumisión a la autoridad del obispo de la Iglesia de Roma con la cláusula condicional que le obedeceríamos solamente en asuntos que fueran conformes a las enseñanzas de la Palabra de Dios como se hallan en el Evangelio de Cristo.

Fue nuestra esperanza que nuestra Iglesia aceptaría dicha sumisión y grande fue nuestro gozo cuando el Obispo Smith la aceptó. Pero esa aceptación fue revocada ayer en la presencia de Dios. El Obispo Smith rechazó con sumo desprecio el acta de sumisión que le entregamos y que él había aceptado hace dos semanas, porque en ella se mencionó la Palabra de Dios. Cuando yo le pedí respetuosamente que me dijera la naturaleza de la nueva acta de sumisión que quería de nosotros, él me ordenó suprimir las frases la Palabra de Dios, el Evangelio de Cristo y la Biblia si nosotros queremos ser aceptados como buenos católicos. Nosotros habíamos pensado hasta entonces que la Sagrada Palabra de Dios y el Santo Evangelio de Cristo eran las piedras del fundamento de la Iglesia de Roma. Por esa causa la amamos y quisimos permanecer en su seno aun cuando fuimos forzados a luchar como hombres honestos contra ese tirano O'Regan.

Pero, ayer aprendí de los mismos labios de un obispo de Roma que nosotros fuimos una pandilla de simplones por creer eso. Aprendí que la Iglesia de Roma no tiene ningún uso para la Palabra de Dios excepto para pisotearla debajo de sus pies y prohibir mencionarla aun en el acta solemne de sumisión.

Cuando pedí al obispo que me diera la forma precisa de la sumisión que él quería de nosotros, me respondió: Déme una acta de sumisión sin ninguna condición y prométeme que harán todo lo que yo les mande. Yo repliqué: Lo que usted me pide no es una acta de sumisión, sino una acta de adoración. ¡Nunca se la daré! Si es así, dijo, no puedes seguir siendo un sacerdote Católico-romano... Yo levanté mis manos al cielo y con una voz fuerte y alegre dije: Bendito sea el Dios Todopoderoso para siempre!

Luego, les conté algo de mi desolación al estar a solas en mi habitación, de la montaña de granito, de mis lágrimas y de mi desesperación. También les dije cómo mi ensangrentado y moribundo Salvador crucificado me había comprado el perdón de mis pecados y cómo me había dado la salvación como un don y cuán rico y feliz me sentía en ese Don. Entonces les hablé acerca de sus propias almas.

Substancialmente, les dije: Yo les respeto demasiado para imponerme sobre sus conciencias honestas o dictar lo que deben hacer en esta ocasión tan solemne. Creo que la

hora ha venido para que yo haga un gran sacrificio. Tengo que irme de ustedes, pero no me iré sin que ustedes digan que me vaya. Serán ustedes mismos quienes romperán los lazos tan queridos que nos han unido.

Por favor, pongan atención en estas mis palabras de despedida: Si ustedes piensan que es mejor seguir al Papa que a Cristo; mejor confiar en las obras de sus manos, en sus propios méritos que en la sangre del Cordero derramada en la cruz para ser salvos; si ustedes piensan que es mejor seguir las tradiciones de los hombres que al Evangelio; y si ustedes piensan que es mejor tener un sacerdote de Roma que les mantendrá atados a los pies de los obispos y quien les predicará las ordenanzas de hombres, en lugar de tenerme a mí predicándoles únicamente la pura Palabra de Dios, díganmelo poniéndose de pie y yo me iré.

La capilla se llenó de sollozos, lágrimas fluían de todo ojo, pero ni siquiera uno se movió para decirme que me fuera de ellos. Yo estaba perplejo. Había esperado que muchos, iluminados por las copias del Nuevo Testamento que repartí entre ellos, cansados de la tiranía de los obispos y repugnados por las supersticiones de Roma, felizmente romperían el yugo de Roma conmigo para seguir a Cristo, pero tenía el temor de que muchos no se atreverían romper su lealtad a la Iglesia y abandonar públicamente su autoridad.

Después de algunos momentos de silencio durante los cuales mezclé mis lágrimas y sollozos con los de la congregación, me llené de asombro. Vi un cambio misterioso en sus rostros. Ellos hablaban con lágrimas en sus ojos y sus caras varoniles irradiaban de gozo. Sus sollozos me dijeron que se llenaron de nueva luz y fortaleza, dispuestos a hacer los sacrificios más heroicos para seguir a Cristo y solamente a él. Esas caras valientes, honestas y felices me decían más elocuentemente que palabras: Nosotros creemos en el Don. Queremos ser ricos, felices, libres y salvos en el Don. No queremos otra cosa; permanezca entre nosotros y enséñanos a amar tanto al Don como al Dador.

Con gozo y esperanza inexpresable, les dije: Mis queridos compatriotas, el Dios Todopoderoso quien me dio su luz salvadora ayer, puede concederles a ustedes lo mismo hoy. El puede salvar a mil almas al igual que a una. Yo veo es sus caras nobles y Cristianas que ustedes no quieren ser más los esclavos de los hombres. Ustedes quieren ser los libertados hijos de Dios, inteligentes seguidores del Evangelio. La luz está resplandeciendo y a ustedes les gusta. ¡El Don de Dios ha sido dado a ustedes! Que todos los que piensan que es mejor seguir a Cristo que al Papa; que es mejor seguir la Palabra de Dios que las tradiciones de los hombres; todos ustedes que quieren que yo permanezca entre ustedes y que les predique únicamente la Palabra de Dios tal como la hallamos en el Evangelio de Cristo, díganmelo,

poniéndose de pie.

¡Sin una sola excepción, se levantó toda esa multitud! Más de mil de mis compatriotas rompieron para siempre sus grillos. ¡Ellos cruzaron el mar Rojo y cambiaron la servidumbre de Egipto por las bendiciones de la tierra prometida!

CAPÍTULO 61

¿Cómo expresaré la sorpresa y el gozo que sentí después del servicio! A solas en mi humilde estudio, consideré en la presencia de Dios lo que su mano poderosa acababa de hacer. La gente que vio a Lázaro salir del sepulcro no estaba más asombrada que yo, cuando más de mil de mis compatriotas tan repentinamente salieron del sepulcro de la esclavitud degradante en el cual habían nacido y fueron criados.

Mi gozo, sin embargo, de repente cambió cuando consideré el instrumento indigno que Dios escogió para hacer esa obra. Sentí que esto era solamente el principio de la reforma religiosa más notable que jamás haya ocurrido en este continente. Fui asombrado al pensar que confrontaría las dificultades terribles que Lutero, Calvino y Knox habían tenido. Esos gigantes muchas veces casi se habían desanimado. ¿Qué sería de mí, viendo que era tan deficiente en conocimiento, sabiduría y experiencia? Muchas veces durante las noches, decía a mi Dios con lágrimas: ¿Por qué no has escogido un instrumento más digno? Me hubiera echado hacia atrás si Dios no hubiera dicho en su Palabra:

Mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. (1 Cor. 1: 26-29)

Estas palabras calmaron mis temores y me dieron nuevo valor. A la mañana siguiente me dije a mí mismo: ¿No hizo Dios las grandes cosas de ayer, él solo? ¿Por qué no depender de él para terminar las cosas que faltan por hacer? Yo soy débil, pero él es poderoso. Yo soy imprudente, pero él es el Dios de luz y sabiduría. Yo soy pecador, pero él es el Dios de Santidad. El quiere que el mundo sepa que él hace la obra.

La nueva batalla que mis queridos compatriotas y yo teníamos que librar contra Roma en esos tempestuosos pero benditos días compondría el libro más interesante. Ver la sorpresa y desolación de la esposa e hijos cuando el padre volviera del servicio y dijera: Mi querida

esposa e hijos, yo he salido de la Iglesia de Roma para siempre y espero que ustedes hagan lo mismo, las cadenas ignominiosas por las cuales estuvimos atados como los esclavos del obispo y del Papa están rotas. Solamente Cristo Jesús reinará sobre nosotros ahora, sólo su Santa Palabra nos gobernará y nos guiará. La salvación es un don y estoy feliz en su posesión.

En otro caso, el esposo no pudo ir a la iglesia, pero la esposa y los niños sí, ahora fue la esposa quien anunció a su marido que ella había renunciado para siempre la autoridad usurpada de los obispos y del Papa y que hizo la firme resolución de obedecer a ningún otro amo aparte de Cristo y no aceptar ninguna otra religión que la que enseña el Evangelio.

Había en muchos hogares confusión, lágrimas, palabras airadas y discusiones amargas, pero el Dios de verdad, luz y salvación estaba ahí. Las tempestades pronto fueron calmadas, las lágrimas secadas y la paz restaurada. Esa semana el Evangelio había realizado una de las victorias más gloriosas sobre su enemigo implacable, el Papa. De las 500 familias que estaban situadas alrededor de mí en St. Anne, 405 no solamente aceptaron el Evangelio de Cristo como su única autoridad, sino públicamente repudiaron el nombre de católico-romano para llamarse Católicos Cristianos. Lo más admirable fue su fuerte determinación de leer por ellos mismos el divino Evangelio que les había libertado de la esclavitud del hombre. La mitad de la gente nunca había aprendido a leer, por tanto, cada casa como también nuestra capilla pronto se convirtieron en escuelas. Nuestros niños y niñas escolares eran los maestros y los padres y madres eran los alumnos. En un corto plazo todos, excepto los que rehusaron salir de Roma, empezaron a leer por sí mismos la Santa Palabra de Dios.

Pero la victoria sobre el Papa no estaba completa. La autoridad usurpada de los obispos fue destruida y la gente determinó a aceptar solamente la autoridad de Cristo. Sin embargo, muchos errores y supersticiones permanecían en sus mentes como una neblina después del amanecer para impedir que vieran claramente la luz salvadora del Evangelio. Era mi deber arrancar toda esa maleza perniciosa, pero yo sabía las dificultades formidables que los reformadores del siglo XV habían confrontado, las divisiones deplorables que se extendieron entre ellos y los escándalos que tan seriamente retardaron y transigieron la reforma.

Clamé a Dios por sabiduría y fortaleza. Nosotros, como todos los Católicos, estuvimos entregados a la adoración de imágenes y estatuas. En las paredes de nuestra capilla estaba colgado un juego de 14 hermosos cuadros llamado la Vía de la Cruz representando la pasión de Cristo. Cada cuadro estaba coronado con una cruz. Uno de nuestros ejercicios devocionales favoritos era arrodillarnos tres o cuatro veces por semana, postrándonos ante ellos y diciendo con fuerte voz: Oh Santa Cruz, te adoramos. Solíamos dirigir nuestras

oraciones más fervientes a ellos como si pudieran oírnos, pidiendo que cambiaran nuestros corazones y limpiaran nuestras almas.

También tuvimos una estatua hermosa o más bien un ídolo de la Virgen María como niña aprendiendo a leer a los pies de su madre Sta. Ana. Era una obra maestra de arte enviado a mí por algunos amigos ricos, poco después que salí para formar la colonia de St. Anne en 1852. Frecuentemente habíamos dirigido nuestras oraciones más fervientes a esas estatuas. Pero después del bendito Pentecostés, cuando quebrantamos el yugo del Papa, nunca entré a la capilla sin sonrojarme al ver esos ídolos sobre el altar.

Yo deseaba mucho quitar los cuadros, las cruces y las imágenes, pero tenía miedo de herir a algunas personas que todavía estaban demasiado débiles en su opinión religiosa para soportarlo. En esos días estuve leyendo cómo Knox y Calvino hacían fogatas para destruir todas esas reliquias del antiguo paganismo y quería hacer lo mismo, pero sentí como Jacob que no podía seguir la rápida marcha de su hermano Esaú: Los niños son tiernos y tengo ovejas y vacas paridas y si las fatigo en un día, morirán todas las ovejas. (Gen. 33: 13)

Nuestro Dios misericordioso vio mi perplejidad y me enseñó cómo deshacernos de esos ídolos sin herir a los débiles.

Un domingo, prediqué sobre el segundo mandamiento: No te harás imagen ni ninguna semejanza... (Ex. 20: 4) Permanecí en la capilla para orar después de que la gente había salido y miré arriba al grupo de estatuas y les dije: Mis buenas señoras, ustedes tienen que bajar de esa alta posición. Sólo Dios Todopoderoso es adorado aquí ahora. Si pudieran salir caminando de este lugar, cortésmente les invitaría a hacerlo, pero no son más que ídolos mudos, sordos, ciegos e ineptos. Ustedes tienen ojos, pero no ven; oídos, pero no pueden oír; pies, pero no pueden caminar. ¿Qué haré con ustedes ahora? Su reino ha terminado ya.

De repente, recordé que cuando coloqué a esas estatuas en su alto pedestal, las había amarrado con un fuerte pero delgado cordón de seda para evitar que cayeran. Dije a mí mismo: Si corto ese cordón los ídolos seguramente caerán la primera vez que el piso temblara. Su caída y destrucción, entonces, no escandalizará a nadie. Tomé mi navaja y subí sobre el altar y corté el cordón. Dije: Ahora, mis buenas señoras, cuídense, especialmente cuando la capilla se sacude por un fuerte viento o por la entrada de la gente.

Nunca había presenciado un risa de tan buena gana como al comenzar el servicio el próximo domingo, cuando la gente cayó de rodillas para orar, los dos ídolos, privados de su apoyo de seda, después de dos sacudidas, cayeron con un fuerte estallido y se rompieron en añicos. Ancianos y jóvenes, fuertes y débiles y aun niños en la fe, después de reírse hasta

quedarse satisfechos del triste fin de sus ídolos, comentaron unos a otros: ¡Cuán tontos y ciegos fuimos al creer que estos ídolos nos protegerían, cuando no pueden cuidar a ellos mismos!

El último vestigio de adoración a los ídolos desapareció con el polvo y fragmentos quebrados de esas pobres e impotentes estatuas. Al mismo día siguiente, la gente misma destruyó todas las imágenes delante de las cuales ellos tan frecuente y despreciablemente se habían postrado.

Mi plan desde el principio había sido dejar que la gente sacara sus propias conclusiones de su propio estudio de las Santas Escrituras. Guié sus pasos de tal manera que ellos comprendieran que todos éramos guiados por el brazo del Dios Todopoderoso y misericordioso.

Después de escudriñar las Escrituras en oración, la gran mayoría descubrieron que el purgatorio era un invento diabólico para enriquecer a los sacerdotes de Roma a las expensas de sus pobres esclavos ciegos, pero un gran número no estaba completamente libre de esto. No sabía cómo destruir este error sin lastimar a uno de los niños débiles en el Evangelio.

El día de todos los santos (el primero de noviembre) llegó, cuando solíamos hacer colectas para decir rezos y misas por las almas en el purgatorio. Les dije desde el púlpito: Desde que salimos de la Iglesia de Roma para ser la Iglesia de Cristo, hemos pasado muchas horas agradables juntos, leyendo y meditando en el Evangelio. Ustedes saben que no contiene una sola palabra acerca del purgatorio. Hemos aprendido que solamente la sangre del Cordero derramada en la cruz puede purificar nuestras almas culpables del pecado. Yo sé, sin embargo, que algunos de ustedes han retenido algunas de las opiniones enseñadas concerniente al purgatorio. No quiero molestarles con discusiones inútiles sobre el tema ni rehusar el dinero que ustedes quieren dar para las almas de sus seres queridos, familiares y amigos difuntos. Lo único que quiero hacer es esto: Ustedes siempre han pasado una cajita para recoger ese dinero. Pues, hoy, en lugar de una caja, vamos a pasar dos cajas, una blanca y la otra negra. Todos los que, como yo, no creen en el purgatorio, pondrán el dinero en la caja blanca y el dinero será dado a las viudas y los huérfanos pobres de la parroquia para comprarles comida y ropa para el invierno. Los que todavía creen en el purgatorio, pondrán el dinero en la caja negra para el beneficio de los difuntos. Solamente les pido que me digan cómo transmitir las donaciones a los difuntos. Les digo francamente que el dinero que ustedes dan a los sacerdotes nunca va para el beneficio de las almas del purgatorio. Dondequiera, los sacerdotes lo guardan para su propio provecho.

Una sonrisa siguió mis comentarios. Pusieron 35 dólares en la caja blanca para los huérfanos y las viudas y ni un solo centavo cayó en la caja para las almas del purgatorio. Desde ese día, por la gran misericordia de Dios, nuestros queridos conversos desecharon completamente esa creencia ridícula y sacrílega.

Para tratar con todos los errores e idolatrías de Roma, hacíamos dos reuniones públicas cada semana en las cuales todos tenían la libertad de preguntarme y discutir los varios temas anunciados en la reunión anterior. Las doctrinas de la confesión auricular, oraciones en idioma extranjero, la misa, agua bendita y las indulgencias fueron tranquilamente examinadas, discutidas y desechadas una tras otra en un tiempo muy corto. El bien hecho en esas discusiones públicas era incalculable. Nuestros queridos conversos no sólo aprendieron las grandes verdades del Cristianismo, sino también aprendieron cómo enseñar a sus familiares, amigos y vecinos.

Muchos vinieron largas distancias para ver ese extraño movimiento religioso que estaba haciendo tanto ruido por el país. Pocos de ellos se fueron sin algunos rayos de la luz salvadora que el Sol de Justicia estaba derramando tan abundantemente sobre mí y mis queridos hermanos de St. Anne.

Tres meses después de nuestro éxodo de la tierra de servidumbre, contábamos 6,000 canadienses franceses marchando hacia la tierra prometida. Por las noches, paseaba silenciosamente por las calles de nuestra aldea y oía de casi cada hogar sonidos de la lectura de las Santas Escrituras o las melodías de nuestros himnos franceses deleitosos. Cuántas veces uní mi débil voz con aquel profeta antiguo en la éxtasis de mi gozo: Bendice, alma mía, al Señor y bendiga todo mi ser su santo nombre. (Sal. 103: 1)

Pero el oro no puede ser purificado sin fuego. El 27 de julio, recibí por medio de un amigo, una carta escrita por el obispo Católico-romano de Illinois (Duggan) a varios de sus co-obispos:

El cisma del apóstata Chíniquy está extendiéndose con increíble e irresistible velocidad. Me dicen que él tiene 10,000 seguidores, aunque espero que este número sea una exageración. Pero muestra que el mal es grande y no debemos perder nada de tiempo en intentar abrir los ojos de la gente engañada que él está llevando a la perdición. Tengo la intención de visitar el baluarte de ese cisma deplorable el próximo martes, el 3 de agosto. Puesto que hablo francés casi tan bien como el inglés, voy a dirigirme a la gente en su propio idioma. Mi intención es desenmascarar a Chíniquy y mostrarles qué clase de hombre es él. Entonces mostraré a la gente que es una tontería pensar que ellos pueden entender e

interpretar las Escrituras por su propio juicio privado. Después de eso, fácilmente les mostraré que fuera de la Iglesia de Roma no hay salvación. Recen a la Bendita Virgen María para que ella me ayude a rescatar a esa pobre gente engañada.

Después de leer esa carta a la congregación el primer domingo de agosto, dije: Conocemos a un hombre sólo después que haya sido probado. Así también, conocemos la fe de un Cristiano sólo después que haya pasado por el fuego de tribulaciones. Doy gracias a Dios que el próximo martes será el día escogido por él para mostrar al mundo que ustedes son dignos de estar en las filas fronterizas del gran ejército que Jesucristo está reclutando para luchar contra su enemigo implacable, el Papa, en este continente. Vengan cada uno de ustedes para oír lo que diga el obispo; no sólo los de buena salud, sino también los enfermos deben ser traídos para oír y juzgar por ellos mismos.

Si el obispo cumple su promesa de demostrar que yo soy un hombre depravado y malo, ustedes tienen que expulsarme. Ustedes tienen que abandonar o quemar sus Biblias a petición de él, si él comprueba que ustedes no tienen el derecho de leer ni la inteligencia para entenderla. Si él les muestra que fuera de la Iglesia de Roma no hay salvación, sin dilatar una hora, ustedes tiene que regresar a esa Iglesia y someterse a los obispos del Papa. Pero si él fracasa (como seguramente sucederá), ustedes saben qué hacer. El próximo martes será un día muy glorioso para todos nosotros, una gran batalla decisiva será librada aquí, tal como este continente jamás ha presenciado, entre los grandes principios de la verdad y la libertad Cristiana, y las mentiras y tiranías del Papa.

Sólo diré una cosa más: Desde este momento hasta la hora solemne del conflicto, humilde pero fervientemente pidamos a nuestro gran Dios por medio de su amado y eterno Hijo que mire a nosotros con misericordia, iluminándonos y fortaleciéndonos para que seamos fieles a él, a nosotros mismos y a su Evangelio. Entonces los ángeles del cielo se unirán con todos los escogidos de Dios de la tierra en bendecirles por la gran victoria gloriosa que ganarán.

El sol nunca había brillado más resplandeciente en nuestra hermosa colina, ese 3 de agosto de 1858. Los corazones nunca habían sentido tan felices ni las caras jamás habían sido tan perfectamente los espejos de mentes gozosas como ese día entre las multitudes que comenzaron a reunirse de cada rincón de la colonia un poco después de las doce del día.

Viendo que en nuestra capilla, aunque muy grande, no cabrían ni la mitad del auditorio, construimos una plataforma grande de tres metros de altura en medio de la plaza pública delante de la capilla. La cubrimos con alfombras, colocamos un sofá y un buen número de sillas para el obispo y sus sacerdotes y una para mí mismo y una mesa grande para los varios

libros de referencia que yo quería tener a la mano para responder al obispo.

Como a las dos de la tarde, llegó su carroza seguida por varias otras, llenas de sacerdotes. El estaba vestido de su sobrepelliz blanca y con su Bonnet Carre oficial en su cabeza para mandar con más seguridad el respeto y temor de la multitud.

De antemano, pedí a la gente que guardasen silencio y le mostraran todo el respeto debido a un caballero. Lo más pronto que su carroza se acercó a la capilla, yo di una señal y alzaron la bandera de los Estados Unidos a la punta de un mástil para advertir al embajador del Papa que no estaba pisando el terreno de la Santa Inquisición y esclavitud, sino la tierra de libertad. El obispo lo entendió, porque levantando su cabeza para ver esa espléndida bandera de franjas y estrellas agitándose en el aire, se volvió tan pálido como la muerte. Su intranquilidad aumentó cuando los miles alrededor de él rompieron el aire con el grito: ¡Viva la bandera de los libres y los valientes!

El obispo y sus sacerdotes pensaron que ésta era la señal que yo les había dado para degollarles, porque se les habían dicho que yo y mi gente éramos tan depravados y malos que su vida estaba en gran peligro entre nosotros. Varios sacerdotes que no saboreaban mucho la corona de martirio, saltaron de sus carrozas y huyeron, para la gran diversión del gentío. Viendo el extremo terror en la cara del obispo, corrí para decirle que no había el menor peligro y asegurarle el gusto que teníamos de tenerlo entre nosotros.

Le ofrecí la mano para ayudarle a bajar de su carroza, pero él la rechazó. Después de algunos momentos de temblar y vacilar, susurró algunas palabras en el oído de su Gran Vicario Mailoux, quien era bien conocido para mi gente. Levantándose lentamente, el vicario dijo con una voz fuerte: Mis queridos compatriotas canadienses franceses, aquí está su santo obispo, arrodíllense y él les dará su bendición.

Pero para el gran asombro del pobre gran vicario, esta apertura bien planeada para la batalla fracasó completamente. A ni una sola persona de toda la multitud le importaba su bendición; nadie se arrodilló.

Pensando que no había hablado lo suficientemente fuerte, alzó su voz y gritó: Mis queridos compatriotas, éste es su santo obispo que viene a visitarles, arrodíllense y él les dará su bendición.

Pero, nadie se arrodilló y peor, una voz del gentío le respondió: ¿No sabe usted, señor, que aquí ya no doblamos la rodilla delante de ningún hombre? Solamente delante de Dios nos arrodillaremos. Toda la gente gritó: ¡Amén! a esa noble respuesta; yo no pude detener una lágrima de gozo. Este primer esfuerzo del embajador del Papa para atrapar a mi gente había

fracasado. Pero, aunque di gracias a Dios, sabía que la batalla estaba lejos de terminar. Imploré a Dios que estuviera con nosotros y que fuera nuestra sabiduría y fortaleza hasta el fin. Viendo el rostro del obispo tan angustiado como antes, le ofrecí nuevamente la mano. El la rehusó por segunda vez, pero aceptó la invitación que le hice de pasar a la plataforma.

A la mitad de las escaleras, se volteó y viendo que yo le seguía, extendió su mano para detenerme y dijo: Yo no quiero que usted suba a esta plataforma. Bájese y deje que sólo mis sacerdotes me acompañen.

Le respondí: Puede ser que usted no quiera que yo esté ahí, pero yo quiero estar a su lado para responderle. ¡Acuérdese que usted no está en su propio territorio, sino en el mío!

El, entonces, silenciosa y lentamente subió. Una vez en la plataforma, le ofrecí un buen sillón, pero él lo rehusó y se sentó en uno que él escogió con sus sacerdotes alrededor de él. Luego, le dije lo siguiente: Mi señor, a la gente y al pastor de St. Anne nos da mucho gusto verlo en medio de nosotros. Prometemos escuchar atentamente lo que usted tenga que decir con la condición que nosotros tengamos el privilegio de responderle.

El respondió enojado: No quiero que usted diga una sola palabra aquí.

Pasando al frente, comenzó su discurso en francés con una voz temblorosa, pero fue un fracaso desde el principio hasta el fin. En vano intentó probar que fuera de la Iglesia de Roma no hay salvación. Fracasó aún más miserablemente, intentando probar que la gente no tiene derecho de leer las Escrituras ni la inteligencia para entenderlas. Dijo cosas tan ridículas sobre este punto que la gente tenía ataques de risa. Algunos dijeron: Eso no es verdad; usted no sabe lo que está hablando; la Biblia dice todo lo contrario. Pero yo los detuve, recordándoles la promesa que habían hecho de no interrumpirlo.

Un poco antes de terminar su discurso, volteó a mí y dijo: Usted es un malvado sacerdote rebelde contra la santa Iglesia. Váyase de aquí a un monasterio a hacer penitencia por sus pecados. ¡Usted dice que nunca ha sido excomulgado de una manera legal! Bueno, ya no podrá decir eso, porque yo le excomulgo ahora delante de toda esta gente.

Yo le interrumpí y le dije: Usted olvida que no tiene ningún derecho de excomulgar a un hombre que públicamente dejó su Iglesia desde hace mucho tiempo.

Pareció darse cuenta que se había puesto en ridículo al decir esas frases y se detuvo por un momento. Haciendo volver su perdido valor, tomó un carácter nuevo e impresionante. El les dijo a la gente cómo sus amigos, familiares y aun sus madres y padres en Canadá estaban llorando a causa de su apostasía. Habló con gran fervor de la desolación de todos los que les amaban, a causa de las noticias de su deserción a la Santa Madre Iglesia. Luego les preguntó

con gran énfasis y seriedad: Mis queridos amigos, por favor díganme, ¿Quién será su guía en los caminos de Dios, puesto que han dejado a la Santa Iglesia de sus padres, la Iglesia de su patria? ¿Quién les guiará en los caminos de Dios?

La respuesta fue casi un completo silencio. ¿Fue ese silencio el resultado de la impresión profunda o fue el silencio que precede a la tempestad? Yo no sabía, pero tengo que confesar que aunque no había perdido la confianza en Dios, no estaba sin ansiedad. Fácilmente hubiera confundido al obispo con pocas palabras, pero era mucho mejor que la reprensión viniera de la gente.

El obispo, esperando que el silencio fuera un indicio de que había tocado sus corazones, exclamó por segunda vez con todavía más poder y seriedad: Mis queridos amigos canadienses franceses, les pregunto en el nombre de nuestro Salvador Jesucristo y en el nombre de sus desolados padres, madres y amigos que están llorando junto a las riberas del hermoso río St. Lawrence; ¡Les pregunto en el nombre de su amada Canadá! ¡Respóndanme! Ahora, que ustedes rehúsan obedecer a la Santa Iglesia de Roma, ¿Quién les guiará en los caminos de salvación?

Siguió otro silencio solemne pero muy breve. Cuando invité a la gente a venir y oír al obispo, les pedí que trajeran sus Biblias. De repente, un anciano granjero, levantando su Biblia sobre su cabeza con ambos manos, dijo: Esta Biblia es todo lo que queremos para guiarnos en los caminos de Dios. No queremos más que la pura Palabra de Dios para enseñarnos lo que debemos hacer par ser salvos. En cuanto a usted, señor, debe irse de aquí y nunca volver.

Y más de cinco mil voces dijeron: ¡Amén! a esa sencilla y sublime respuesta. Toda la multitud llenó el aire con gritos: ¡La Biblia! ¡La Santa Biblia! ¡La Santa Palabra de Dios es nuestra única guía en el camino hacia la vida eterna! ¡Váyase, señor y nunca vuelva a venir! La batalla terminó; el obispo había perdido.

Sofocado por sus sollozos, se sentó o más bien, cayó al sillón y temí, al principio, que se desmayaría. Cuando vi que estaba lo suficiente recuperado para oír lo que yo iba a decir, pasé al frente de la plataforma. Pero apenas había dicho dos palabras cuando sentí como las garras de un tigre sobre mi hombro. Me volteé y hallé que eran los dedos engarruñados del obispo que me sacudían mientras decía con una voz furiosa: ¡No, no! ¡Ni una palabra de usted!

Cuando yo estaba a punto de demostrarle que tenía el derecho de refutar lo que él había dicho, mis ojos vieron una escena que escapa a toda descripción. Solamente los que han visto las olas furiosas del mar repentinamente levantadas por el huracán pueden captar la idea. La

gente vio la mano violenta del obispo levantada contra mí. Ellos oyeron sus palabras insolentes y furiosas prohibiéndome dar una sola palabra de respuesta. Se oía un clamor universal de indignación: ¡Ese desgraciado infame! ¡Abajo con él! ¡Quiere esclavizarnos otra vez! ¡Nos niega el derecho de libertad de expresión! ¡Rehúsa oír lo que nuestro pastor tiene que responder! ¡Abajo con él!

Al mismo tiempo, muchos corrieron para escalar la plataforma y otros empezaron a derribarla. Toda esa multitud, cegada por furia incontrolable, era como un hombre borracho que no sabe lo que hace. Yo había leído de cosas semejantes y espero nunca volverlo a ver. Corrí a la cabecera de las escaleras y con gran dificultad repelé a los que estaban intentando agarrar al obispo. En vano levanté mi voz para calmarlos y hacerles ver el crimen que querían cometer. No se entendía ninguna voz en medio de tanta confusión. Era muy providencial que habíamos construido la tarima de material resistente. Felizmente, teníamos entre nosotros un joven muy inteligente llamado Bechard a quien todos tenían gran respeto. Yo le pedí que pasara a la plataforma en el nombre de Dios para apaciguar la furia ciega de esa multitud. Extrañamente, su presencia y un signo de la mano actuó como magia.

¡Escuchemos lo que Bechard tiene que decir! y hubo una repentina y profunda calma. Con unas palabras apropiadas y elocuentes, ese joven caballero mostró a la gente que lejos de estar enojados, deberían alegrarse de la exhibición de la tiranía y cobardía del obispo. ¿No admitió la debilidad de su discurso por el hecho de rehusar oír la respuesta? ¿No confesó que era el más vil e imprudente de los tiranos al negarles el sagrado derecho de libertad de expresión? ¿No probó delante de Dios y los hombres que ellos habían hecho bien al rechazar para siempre la autoridad del obispo de Roma? ¿No les ha dado la prueba irrefutable que esa autoridad significa la tiranía sin límites y la ignominiosa degradación moral de sus esclavos ciegos?

Viendo que todos estaba ansiosos de escucharme a mí, luego, les dije: En lugar de estar enojados, deberían bendecir a Dios por lo que han oído y visto del obispo de Chicago. No presentó ni un solo argumento para mostrarnos que hicimos mal cuando abandonamos las palabras del Papa para seguir las palabras de Cristo. ¿No les dijo que no había necesidad de mi parte de responderle? ¿No están todos de acuerdo que no había nada que refutar en su discurso? Nuestro Dios misericordioso ha traído a este obispo entre ustedes hoy para mostrarles lo que les he dicho frecuentemente que no había nada varonil, ni honesto, ni veraz en él. ¿Han oído alguna palabra de sus labios que pudiera haber venido de los labios de Cristo o alguna palabra que pudiera haber venido de ese gran Dios que nos amó tanto que envió a su

Hijo eterno para salvarnos? ¿Había una sola oración en todo su discurso que les recordaría que la salvación en Cristo es un Don o que la vida eterna es una dádiva? ¿Han oído algo de él que les hace lamentar que ya no son sus obedientes y miserables esclavos?

¡No, no! replicaron.

Entonces, añadí, en lugar de estar enojados con ese hombre, deben darle las gracias y dejar que se vaya en paz.

¡Sí, sí! replicó la gente, pero con la condición de que nunca vuelva a venir.

Entonces, el Sr. Bechard pasó al frente, levantó su sombrero y gritó con su potente voz: Gente de St. Anne, acaban de ganar la victoria más gloriosa que jamás ha ganado un pueblo sobre sus tiranos. ¡Viva St. Anne, el sepulcro de la tiranía de los obispos de Roma en América!

Toda esa multitud gozosa, llenó el aire con el grito: ¡Viva St. Anne, el sepulcro de la tiranía de los obispos de Roma en América!

Entonces, volteé hacia el pobre obispo y sus sacerdotes cuya angustia y temor sobrepasaban descripción. Les dije: Ustedes ven que la gente les perdona, pero les aconsejo a no repetir ese insulto aquí. Por favor, sigan su consejo y váyanse lo más pronto posible. Yo les acompañaré a su carroza en medio del gentío. Les prometo que estarán seguros siempre que no les vuelvan a insultar.

Abriendo sus filas, la multitud hizo un pasillo por el cual guié al obispo y sus sacerdotes hasta sus carrozas. Esto se hizo en profundo silencio. Sólo algunas pocas mujeres susurraron al prelado mientras pasó de prisa: Váyase de aquí y nunca vuelva a venir; de aquí en adelante seguimos solamente a Cristo.

Aplastado por olas de humillación, ese obispo, cuyo principio había sido tan brillante, después de su derrota vergonzosa en St. Anne, el 3 de agosto de 1858, pronto terminó su carrera rota en el manicomio de St. Louis donde todavía está confinado hoy.

CAPÍTULO 62

El 3 de agosto de 1858, en la colina de St. Anne, Illinois, el poder maravilloso del Evangelio había pulverizado el poder de Roma y puso en fuga al arrogante representante del Papa. Las banderas de la libertad Cristiana fueron alzadas en el lugar marcado por el obispo como el futuro baluarte del papado en los Estados Unidos. Semejante obra fue tan por encima de mi capacidad que me sentí más su testigo que su instrumento. Mis únicos sentimientos eran gozo inefable y gratitud a Dios, pero entre más grandes los favores del cielo, más grandes las responsabilidades. Las noticias de esta reforma repentina se extendieron como relámpago en América y en Europa. Un increíble número de cartas de Episcopales, Metodistas, Congregacionalistas, Bautistas y Presbiterianos de todo rango y color me pidieron amablemente más detalles. Sintiéndome demasiado joven e inexperto en los caminos de Dios para dar un apreciación correcta de las hazañas del Señor entre nosotros, generalmente les respondía: Por favor, vengan a ver con sus propios ojos las cosas maravillosas que nuestro Dios misericordioso está haciendo en medio de nosotros y nos ayudarán a bendecirlo a él.

En menos de seis meses, más de cien venerables ministros de Cristo y prominentes laicos Cristianos de diferentes denominaciones nos visitaron. Me alegro decir que esos eminentes cristianos sin una sola excepción, después de pasar de uno a veinte días con nosotros, declararon que ésta era la más notable Reforma Evangélica entre los Católico-romanos que jamás habían visto. Los Cristianos de Chicago, Baltimore, Washington, Philadelphia, New York, Boston, etc. expresaron deseos de oír de mí, acerca de las hazañas del Señor entre nosotros. Di discursos en sus iglesias principales y fui recibido con tanta amabilidad e interés que nunca podré dar suficientes gracias a Dios.

Después de muchas consideraciones serias en oración, decidimos relacionarnos con esa rama de la vid que más se identifica con los protestantes franceses que dio tantos mártires a la Iglesia de Cristo. Por consiguiente, fue nuestro privilegio ser admitidos a la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos. El presbiterio de Chicago tenía la cortesía de celebrar su reunión anual en nuestra aldea humilde, el 15 de Abril de 1860. Les presenté casi 2,000

conversos incluyendo a mí mismo quienes fuimos recibidos a la plena comunión de la Iglesia de Cristo.Esta acción pronto fue seguida por el establecimiento de misiones y congregaciones en Chicago, Aurora, Kankakee, Middleport, Watseka, Momence, Sterling, Mantego, etc. donde la luz del Evangelio había sido recibido por grandes números de nuestros emigrantes canadienses franceses cuando les había visitado anteriormente.

Las almas preciosas arrancadas del asimiento de hierro del papado, ahora, contaban como 6,500. Esto mucho sobrepasaba mis esperanzas y sería difícil expresar el gozo que me dio, pero mi gozo tenía mezclado cierta inquietud. Fue imposible, para mí solo, distribuir el pan de vida a tantas multitudes esparcidas sobre cientos de millas. Decidí con la ayuda de Dios establecer un colegio donde los hijos de nuestros conversos se prepararían para predicar el Evangelio... 32 de nuestros jóvenes se ofrecieron y comencé enseñándoles el curso preparatorio de estudios para su futura obra Evangélica.

Escocia escogió a 1860 par celebrar el aniversario tercentenario de su reforma y el comité administrativo me invitó a dar conferencias en sus reuniones generales en Edinburg. Al terminar ese gran concilio, fui invitado durante los próximo seis meses a dar conferencias en Gran Bretaña, Francia, y Suiza para levantar fondos necesarios para nuestro colegio. Más de $15,000.00 dólares me fueron entregados para nuestro colegio de discípulos de Cristo.

En 1874, fui invitado nuevamente a la Gran Bretaña para hacer el discurso de felicitación de la gente inglesa a los Emperadores de Alemania y de Bismark por su noble resistencia a las usurpaciones del Papa. Tomé la palabra en las reuniones en Exeter Hall, bajo la presidencia del Sr. John Russell, el 27 de enero de 1874. Al día siguiente, varios ministros del Evangelio me presionaron a publicar mis 25 años de experiencia de la confesión auricular como antídoto a los esfuerzos criminales y demasiado exitosos del Dr. Pusey quien quería restaurar esa práctica infame entre los Protestantes de Inglaterra.

Después de mucha vacilación y mucha oración, escribí el libro titulado: El Sacerdote, la Mujer y el Confesionario que Dios ha bendecido para la conversión de muchos.Pasé los próximo seis meses dando conferencias sobre el Romanismo en las ciudades principales de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

Al regresar, fui presionado por la Iglesia de Canadá a salir de mi colonia de Illinois por un tiempo para predicar en Canadá. Fui a Montreal donde en el corto espacio de cuatro años, tuvimos el gozo inefable de ver a 7,000 Católico-romanos canadienses franceses y emigrantes de Francia, renunciar públicamente los errores de Roma para seguir al Evangelio de Cristo.

En 1878, agotado por tantos años de labor incesante, mis médicos me aconsejaron a respirar el aire refrescante del Océano Pacífico. Crucé las montañas Rocky y pasé dos meses dando conferencias en San Francisco, Portland, Oregon y en el territorio de Washington donde encontré a muchos de mis compatriotas franceses, muchos de los cuales recibieron la luz del Evangelio con gozo.

Después de esto, prediqué en las Islas Sandwich, crucé el Pacífico a las antípodas y di conferencias durante dos años en Australia, Tasmania y Nueva Zelandia. Necesitaría escribir un tomo muy grande para contar las grandes misericordias de Dios hacia mí durante ese largo, peligroso, pero interesante viaje.

Durante esos dos años, di 610 conferencias públicas y volví a mi colonia con una salud tan perfectamente restaurada que podía decir con el salmista David: Bendice, alma mía, al Señor. . . . que te rejuvenece como el águila. (Sal. 103: 1-5)

Pero el lector tiene el derecho de saber algo de los peligros por los cuales le agradó a Dios que yo pasara.

Roma es la misma hoy como era cuando encendió a John Huss y Wishart y cuando causó la matanza de 70,000 protestantes en Francia y exterminó a 100,000 en Piedmont en Italia.

El 31 de diciembre de 1869, forcé al Reverendísimo Obispo Foley de Chicago a jurar ante el tribunal civil de Kankakee que la siguiente oración es una traducción exacta de la doctrina de la Iglesia de Roma como se enseña hoy en todos los seminarios, colegios y universidades Católico-romanos de la Summa Theologica de Santo Tomás Aquino, Vol. IV pg. 90:

Aunque los herejes no tienen que ser tolerados porque lo merecen, tenemos que soportarlos hasta que por una segunda amonestación sean vueltos a la fe de la Iglesia. Pero aquellos que, después de una segunda amonestación, permanecen obstinados en sus errores deben ser no solamente excomulgados, sino también entregados al poder secular para ser exterminados.

A causa de esta ley de la Iglesia de Roma que todavía está en pleno vigor, se hicieron no menos de treinta atentados públicos contra mi vida desde mi conversión.

La primera vez que visité a Qüebec en la primavera de 1859, cincuenta hombres fueron enviados por el obispo de Qüebec (Baillargeon) para forzarme a jurar que nunca predicaría la Biblia o matarme si yo rehusaba.

A las cuatro de la mañana, garrotes fueron levantados sobre mi cabeza, una daga puesta a mi pecho y gritos de una turba furiosa sonaba en mis oídos: ¡Apóstata infame! Ahora, estás en nuestras manos. ¡Eres un hombre muerto si no juras que nunca más predicarás tu maldita

Biblia!

Nunca había visto a hombres tan furiosos alrededor de mí; sus ojos parecían más a los de tigres que de humanos. Esperaba en cualquier momento recibir el golpe mortal y pedí a mi Salvador que viniera a recibir mi alma, mientras los supuestos asesinos gritaron nuevamente: ¡Renegado infame! ¡Jura que nunca predicarás tu maldita Biblia o eres un hombre muerto!

Levanté mi ojos y mis manos al cielo y clamé: ¡Oh Dios mío! Oye y bendice las últimas palabras de tu pobre siervo: ¡Yo juro solemnemente que mientras mi lengua pueda hablar, predicaré tu Palabra tal como la encuentro en la Santa Biblia! luego, abriendo mi chaleco dije: Ahora, ¡Ataca!

Pero mi Dios estaba ahí para protegerme. Ellos no me atacaron. Pasé por en medio de sus filas a la calle donde encontré a alguien para transportarme al Sr. Hall, el alcalde de la ciudad. Le dije: Acabo de escapar milagrosamente de las manos de hombres jurados a matarme si yo vuelva a predicar el Evangelio de Cristo. Sin embargo, estoy determinado a predicar hoy a mediodía, aunque muera en el intento.

Me puse bajo la protección de la bandera británica. Pronto, más de mil soldados británicos me rodearon con bayonetas armadas. Se formaron en dos filas por las calles por los cuales el alcalde me llevó en su propia calesa al salón de conferencias. Entonces, presenté mi discurso sobre La Biblia a por lo menos 10,000 personas. Después de esto, tuve el gozo de distribuir entre 500 y 600 Biblias a la multitud hambrienta.

He sido apedreado 20 veces. El 10 de julio de 1873, el Rev. P. Goodfellow caminando conmigo al salir de su iglesia fue golpeado varias veces con piedras que por poco me hubieran pegado también. Su cabeza fue tan mal herida que cayó al suelo bañado de sangre. Yo lo levanté en mis brazos aunque yo mismo estaba herido y sangrando. Seguramente nos hubieran matado ahí si un noble Escocés no hubiera abierto la puerta de su casa en peligro de su propia vida para darnos refugio contra los asesinos del Papa.

La turba, furiosa porque habíamos escapado, rompieron los vidrios y sitiaron la casa desde las 10:00 a.m. hasta las 3:00 a.m. del día siguiente. Muchas veces amenazaron prender fuego a la casa. Fueron detenidos de hacerlo sólo por temor de encender toda la aldea incluyendo sus propias casas. Varias veces pusieron escaleras largas contra la pared esperando alcanzar las habitaciones superiores para hallar y matar a sus víctimas. Todo esto fue hecho bajo la supervisión de cinco o seis sacerdotes.

En Montreal, en el invierno de 1870, al salir de la Iglesia de la Calle Cote donde prediqué,

acompañado por el Principal, MacVicar, recibimos una descarga de piedras que hubiera herido seriamente si no fatalmente al doctor si no hubiera sido protegido por una gorra gruesa de piel y un abrigo.

Después de dar una conferencia en Paramenta, cerca de Sidney, Australia, fui atacado otra vez con piedras por Católico-romanos. Una golpeó a mi pierna izquierda con tanta fuerza que pensé que estaba rota y estuve cojo por varios días.

En New South Wales, Australia, fui azotado con látigos y garrotes que me dejaron marcas en los hombros.

En Marsham, de la misma provincia, el primero de abril de 1879, los romanistas tomaron posesión de la iglesia donde yo estaba predicando. Corrieron hacia mí blandiendo dagas y pistolas, gritando: ¡Mátalo, mátalo!

En el tumulto, providencialmente escapé por una puerta secreta. Para escapar de la muerte tuve que arrastrarme de manos y rodillas en una zanja lodosa por una larga distancia.

En la misma ciudad, cuando estaba esperando el tren, una señora bien vestida se me acercó y me escupió en la cara. Fui cegado y mi cara cubierto de suciedad. Ella huyó inmediatamente, pero pronto la regresaron mi secretario y un policía, quien dijo: Aquí está la mujer miserable que acaba de insultarlo, ¿Qué haremos con ella?

Para entonces, casi había terminado de limpiarme la cara. Yo respondí: Déjala ir a su casa en paz. Ella no lo ha hecho de motivo propio; fue enviada por su confesor. Ella piensa que hizo una buena acción. Cuando escupieron en la cara de nuestro Salvador, él no castigó a los que le insultaron. Nosotros tenemos que seguir su ejemplo. Ella fue puesta en libertad para el gran pesar de la multitud.

En 1879, mientras daba conferencias de Melbourne, Australia, recibí una carta de Tasmania firmado por doce ministros del Evangelio diciendo: Estamos en gran necesidad de usted aquí, porque aunque los Protestantes son la mayoría, la administración está casi enteramente en las manos de Católico-romanos que nos rigen con una vara de hierro. Quisiéramos tenerlo con nosotros, pero no nos atrevemos a invitarlo a venir. Los Católico-romanos han jurado matarlo y tememos que cumplirán su promesa. Pero aunque no nos atrevemos a invitarlo, le aseguramos que hay una grande obra para usted aquí y nosotros le apoyaremos con nuestras congregaciones. Si usted cae, no caerá solo.

Les respondí: Somos soldados de Cristo y tenemos que estar dispuestos a morir por él, así como él hizo por nosotros. Voy a ir.

El 24 de junio, mientras yo estaba dando mi primera conferencia en Hobart Town, los

Católico-romanos, con la aprobación del Obispo, rompieron la puerta del salón y corrieron hacia mí, gritando: ¡Mátalo, mátalo!

La turba estaba sólo unos metros de mí blandiendo sus dagas y pistolas, cuando los protestantes se interpusieron entre nosotros y una pelea furiosa cuerpo a cuerpo ocurrió y muchos resultaron heridos. Los soldados del Papa fueron vencidos, pero el gobernador tuvo que poner la ciudad bajo ley marcial por cuatro días. Llamó a toda la milicia para salvar mi vida de los asesinos.

En una noche oscura, mientras iba saliendo en un barco sobre el río Ottawa en Canadá, dos veces las balas de los asesinos silbaron a la distancia de dos o tres pulgadas de mis oídos.

El 17 de junio de 1884, después de predicar en Qüebec sobre el tema: ¿Qué debo hacer para tener la vida eterna?, una turba de más de 500 Católico-romanos guiados por dos sacerdotes, rompieron los vidrios de la iglesia y me atacaron con piedras. Más de cien piedras me golpearon. Seguramente hubiera muerto ahí si no fuera por dos abrigos pesados. Puse uno sobre la cabeza y el otro sobre los hombros. Muchos policías y otros amigos que vinieron a rescatarme fueron heridos. Mi vida fue salvada por una organización de mil jóvenes, quienes bajo el nombre de La Guardia Protestante me arrancaron de las manos de los asesinos. Cuando los obispos y los sacerdotes vieron que era tan difícil destruirme con piedras, garrotes y dagas, determinaron destruir mi carácter: 32 veces mi nombre fue llevado ante los tribunales civiles y criminales de Kankakee, Joliet, Chicago, Urbana y Montreal. Fui acusado por el Gran Vicario Mailoux de haber matado a un hombre y haber echado su cadáver al río para ocultar el crimen.

Fui acusado de prender fuego a la iglesia de Bourbonnais. Sesenta y dos falsos testigos fueron traídos por los sacerdotes para apoyar esta última acusación; pero, gracias a Dios, cada vez los mismos labios de los testigos perjurados dieron prueba de que estaban jurando falsamente a instigación de sus confesores. Mi inocencia fue probada por los mismos hombres que habían sido pagados para destruirme. En este último juicio, el Padre Brunet, fue culpado de inventar las acusaciones y apoyarlas con falsos testigos. El Padre Brunet fue condenado a pagar $2,500.00 dólares o ser confinado 14 años en la cárcel.

El escogió la cárcel, teniendo la promesa de sus amigos Católico-romanos que ellos romperían las puertas de su prisión y lo dejarían escapar a un remoto lugar. Fue encarcelado en Kankakee, pero en una noche oscura y tempestuosa, seis meses después, fue rescatado y huyó a Montreal a una distancia de 900 millas. Allí, él hizo creer a los católicos que la Bendita Virgen María, vestida de una hermosa bata blanca, había venido personalmente para abrir las

puertas de la prisión.

No menciono estos hechos para crear malos sentimientos contra los pobres esclavos ciegos del Papa, es sólo para mostrar que la Iglesia de Roma es hoy absolutamente la misma que cuando enrojeció a Europa con la sangre de los mártires. Mi motivo para hablar de los atentados asesinatos es para inducir a los lectores a ayudarme a bendecir a Dios, quien con tanta misericordia me salvó de las manos de mis enemigos.

Con Pablo podía decir frecuentemente: Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, mas no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifiesta en nuestros cuerpos. (2 Cor. 4: 8-10)

Estas persecuciones constantes, lejos de impedir la marcha hacia adelante del movimiento Evangélico al cual he consagrado mi vida, parece haberle dado un nuevo impulso. Nunca olvidaré el día después de la terrible noche cuando más de 1,000 católico-romano habían venido y me habían herido severamente con piedras. Más de 100 de mis compatriotas me pidieron que enlistara sus nombres bajo la bandera del Evangelio y públicamente enviaron al obispo un escrito renunciando los errores de Roma.

Hoy, el Evangelio de Cristo está avanzando con un poder irresistible entre los canadienses franceses, desde el Océano Atlántico hasta el Pacífico. Entre estos conversos ahora contamos 25 sacerdotes y más de 50 ministros jóvenes que habían nacido en la Iglesia de Roma. En cientos de lugares, la Iglesia de Roma ha perdido su prestigio y los sacerdotes son tratados con indiferencia si no menosprecio aun por los que no han aceptado la luz todavía. Un notable movimiento religioso, recientemente inaugurado entre los católico-romano irlandeses bajo el liderazgo de los Rev. McNamarra, O'Connor y Qüinn, promete mantener el paso con, si no exceder, el progreso del Evangelio entre los franceses.

Hoy, más que nunca, oímos la voz del Buen Maestro: Alzad vuestros ojos y mirad los campos que ya están blancos para la siega. (Jn. 4: 35).

ÍNDICE